

Iván A. Goncharov

Oblómov



DADOS DE COPYRIGHT

Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe [X Livros](#) e seus diversos parceiros, com o objetivo de disponibilizar conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

Sobre nós:

O [X Livros](#) e seus parceiros disponibilizam conteúdo de domínio público e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: xlivros.com ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados neste link.

Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade enfim evoluirá a um novo nível.

El protagonista de esta novela, Iliá Ilich Oblómov, a menudo considerado como la personificación del «hombre superfluo», un tópico recurrente a lo largo de la literatura rusa del siglo XIX, es un noble, joven y generoso, que parece incapaz de hacer nada con su vida. A lo largo de la novela, raramente sale de su habitación, donde permanece tumbado en un diván intentando evitar los problemas, las propuestas y las obligaciones que le llegan del exterior.

Este libro se considera como una sátira contra la nobleza rusa, cuya función social y económica estaba cuestionada en la Rusia de mediados del XIX. Sin embargo, la prosa de Goncharov hace sentir al lector una gran empatía por el protagonista, al presentar, con exactitud y sensibilidad psicológica, su desdichada manera de ser. No se trata de un tópico, de un personaje tipo. Gracias a eso, la novela goza de gran fama en todo el mundo, y no es simplemente un documento sociológico de la época y el país en la que está ambientada.



Iván A. Goncharov

Oblómov

Traducción de Lydia Kúper

Introducción de Natalia Ujánova

ePub r2.0

Achab1951 07.07.13

Título original: *Обломов*
Iván A. Goncharov, 1859
Traducción: Lydia Kúper

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0



INTRODUCCIÓN

IVÁN Alexándrovich Goncharov es, junto con I. S. Turguénev, una de las eminentes figuras de la literatura rusa de la segunda mitad del siglo XIX. Nacido el 6 de junio de 1812 en la ciudad de Simbirsk (actual Ulianovsk), a orillas del Volga, en el seno de una acomodada familia de mercaderes, cursa sus primeros estudios en un pensionado, y es enviado a la edad de diez años a Moscú, donde ingresa en la Escuela de Comercio, carrera que abandona, para pasar en 1831 a la sección de filología de la Universidad, la cual termina en 1834. Después de trabajar durante un año en la oficina del gobernador de su ciudad natal, en 1835 se traslada a Petersburgo, donde entra a prestar servicio como intérprete en el Departamento de Comercio Exterior del Ministerio de Finanzas. Al mismo tiempo da clases de literatura a los hijos de un miembro de la Academia de Bellas Artes, lo que le abre las puertas del mundo del arte y le permite probar sus fuerzas en la literatura, publicando varias poesías románticas. En 1847 entabla conocimiento con el conocido crítico V. G. Belinski y se incorpora a su círculo literario.

El desarrollo ideológico y literario de Goncharov tiene lugar durante el período de creación de la «escuela natural» bajo la influencia de las concepciones estéticas de Belinski. Su primera novela, *Una historia trivial* (1847), constituye una importante aportación a la literatura del movimiento progresista de entonces.

Belinski emplea por vez primera la denominación de «escuela natural» en 1847, en su artículo «Visión de la literatura rusa», donde

la considera no sólo como la que había conseguido establecer un nexo con la realidad sino que además había acometido la difícil tarea de presentar en las obras literarias a la gente vulgar, sin caer en el error de idealizarla. La «escuela natural», que no debe confundirse con el naturalismo, es la primera manifestación en Rusia de la corriente literaria que más tarde recibiría la denominación de realismo. No es extraño que al analizar la literatura del siglo XVII y de las tres primeras décadas del siglo XIX tropecemos ya con sus raíces. No cabe silenciar la abundancia de elementos realistas en Pushkin, que le convierten en uno de los precursores del realismo artístico, aun dentro de los moldes del romanticismo.

Las extensas novelas de Goncharov, que constituyen una epopeya de Rusia, son en su conjunto un todo que nos ofrece una imagen global de la vida de entonces. En ningún otro escritor las etapas de su evolución —desde sus primeros pasos hasta los últimos, que podemos considerar como agotamiento literario más que como decadencia del escritor— se perfilan con tanta precisión como en Goncharov. Si la fase ascendente corresponde a *Una historia trivial* (1847) y la culminación a *Oblómov* (1859), el final es *El precipicio* (1869). Mientras que las dos primeras reflejan los recuerdos de la juventud e infancia del autor, la última constituye el resumen de su concepción político-social.

En sus novelas predomina el interés del escritor por los destinos de la nobleza rusa desde el punto de vista social y de cuáles habrían de ser los estamentos que la sustituyan. Pero a diferencia de Turguénev, estaba lejos de reconocer el papel de vanguardia que habían de representar en el desarrollo de la democracia los intelectuales no procedentes de la nobleza —los *raznochintsy*—. Goncharov trató, con espíritu excesivamente tendencioso, de convertir en héroes positivos a los hombres de negocios, a los empresarios. No obstante, en el proceso de interpretación literaria de sus caracteres logró superar semejante enfoque y sus obras se convirtieron objetivamente en una plataforma en favor del primer

movimiento democrático. Es por eso por lo que la crítica progresista de los años cuarenta las valoró positivamente. El estilo de las novelas de Goncharov constituye una expresión particular de los principios creadores propios de la «escuela natural». A diferencia de las novelas de Turguénev «las suyas no encierran un espíritu romántico y en ellas no hay vestigios de psicologismo». Se caracterizan por su gran objetividad y por el plasticismo de los caracteres de los individuos que retrata, y, como señala N. A. Dobroliúbov, «en la capacidad que poseen de abarcar la totalidad de la imagen del objeto, de troquelarlo, esculpirlo... radica la extraordinaria fuerza del talento de Goncharov... No le sorprende una faceta aislada de un objeto, algún momento de un hecho, sino que da vueltas a ese objeto en todos los sentidos, esperando que culminen las circunstancias del fenómeno y sólo entonces inicia su elaboración literaria. Consecuencia de ello es la precisión en la configuración incluso de los detalles más nimios». Gracias a su contenido específico y a su forma, las novelas de Goncharov ocupan un lugar preeminente en la historia del realismo crítico ruso.

Su labor literaria es resultado de los cambios que se habían producido en la sociedad rusa, los cuales dieron lugar a la aparición de una nueva «escuela», democrática en cuanto a su idea rectora — la tendencia estética—. Con la figura de Goncharov hace acto de presencia en la literatura clásica rusa el *raznochinets*, procedente de la burguesía. Pero incluso en el campo de la literatura y la crítica, los representantes de la intelectualidad burguesa no fueron capaces de organizar su propio movimiento y se unieron a los círculos nobiliarios de vanguardia. Todo ello se refleja en el desarrollo ideológico y literario de Goncharov. No hay que olvidar que era hijo de un rico mercader. A pesar de que al principio de su actividad literaria se sentía, de hecho, muy identificado, en lo que respecta a sus convicciones, con los intelectuales de vanguardia, procedentes de la nobleza, sin embargo, sus concepciones sociales se diferenciaban de las de los mejores representantes del liberalismo nobiliario, sobre

todo de las de Turguénev, con su *pathos* de la Ilustración. Goncharov era enemigo declarado del régimen de servidumbre y de la opresión por parte de la burocracia. Perseguía los ideales progresistas, la libertad cívica, los derechos generales de la propiedad y de la actividad empresarial, la instrucción de la sociedad y de las masas populares, la igualdad de la mujer. Pero no le atraían ni constituían fuente de inspiración para él las ilusiones de bienestar de todas las capas sociales, características de la Ilustración, y su actitud hacia los estamentos conservadores no se distinguía por la profunda enemistad que era propia de sus coetáneos liberales, dominados por la forma de pensar de la Ilustración. En cambio, le interesaba notablemente el desarrollo ideológico de los círculos cultivados de la sociedad rusa. En este sentido, consideraba muy importante superar el talante romántico que florecía entre la aristocracia y los *raznochinets* de los años treinta y adoptar puntos de vista más positivos y más cuerdos. Belinski se burlaba de los «románticos de la vida», de los «enemigos de todo lo práctico», de quienes no viven, sino que se limitan a soñar, que no comprenden que «todos, los grandes hombres son personas prácticas».

Para entonces, Goncharov había casi terminado su novela *Una historia trivial*, basada en la antítesis del noble romántico y el funcionario dedicado a los negocios. La contraposición entre los sueños y la realidad constituía entonces un problema nuevo y palpitante. Pero el escritor no llegó inmediatamente a la idea de aquella novela, que marca, de hecho, el comienzo de su fama como literato. Aunque ya en 1835 habían aparecido en un almanaque manuscrito cuatro poesías del incipiente autor y al cabo de tres años su relato *Enfermedad perniciosa* y posteriormente en otro *Feliz error*, todas ellas eran muy poco profundas en cuanto a su contenido. Sin embargo, ya en la primera, Goncharov se burla de la atracción sentimental que experimentaban los escritores románticos hacia la naturaleza, atracción que persistía desde los tiempos de *La pobre Liza* de Karamzin, y por contraste con ello, la ociosidad y la gula de

que daban muestras los miembros de la nobleza. En *Feliz error* retrata la sociedad aristocrática. En el relato abundan las digresiones cómicas, que recuerdan en cierto modo a Gógol. En el carácter del héroe, el autor pone de relieve toda una serie de rasgos del despotismo esclavista.

A comienzos de 1840 se modifican algo los intereses literarios del escritor. En el protagonista de *Iván Sávvich Podzhabrin* (1842) trata de reflejar a su modo el carácter del Jlestakov de *Almas muertas* de Gógol, del funcionario frívolo que se dedicaba a sablear a todo el mundo, manifestaba una actitud despectiva hacia sus obligaciones y estaba dedicado por completo a disfrutar de la vida. Pero en el estilo que adopta en la obra, el autor renuncia ya al procedimiento cómico-narrativo y adopta formas de expresión más objetivas y detalladas. Considerando también que la novela no era lo suficientemente importante para editarla en un volumen aparte, la publicó tan sólo en 1848 en la revista *El Contemporáneo*. Seguidamente trató de reflejar la vida patriarcal de los hacendados de tiempos pasados en una obra titulada *Ancianos*, que pronto abandonó, y emprendió finalmente el proyecto de *Una historia trivial*, más aguda, dedicada a un tema de actualidad. En ella plantea a su manera la antítesis de los sueños románticos y la sobria actividad. El concepto romántico, representado en la obra por su protagonista Alexandr Adúev, es tan sólo un difuso eco psicológico de ciertos problemas del idealismo objetivo presente, desde los tiempos de Karamzín (1766-1826) y del joven Zhukovski (1783-1852), en la conciencia de los representantes más instruidos de las capas conservadoras de la nobleza rusa y en parte de los *raznochintsy*. Este romanticismo no iba más allá de la idealización grandilocuente del amor fraternal, la sensible amistad y la belleza del arte y de la naturaleza. Pushkin reflejó una variedad de semejante romanticismo en el carácter del joven poeta Lienski en *Eugenio Onieguin*. El personaje romántico de la obra de Goncharov es un joven noble, estudiante universitario, que se había convertido en adepto del idealismo filosófico-estético. Su señorial benignidad,

nacida en la hacienda patriarcal, se vio alimentada posteriormente por las lecciones oídas en la Universidad y por sus lecturas sobre estética. En semejante estado, el autor traslada a su héroe al juicioso y calculador Petersburgo con el fin de que la propia vida le haga despertar y arranque de sus ojos el velo romántico. El proceso de su reconversión en un hombre práctico constituye el argumento de la novela. En el reconocimiento de las circunstancias y los resultados de semejante proceso, revela Goncharov, en lo fundamental, un «tacto bastante acertado de la realidad», pero al mismo tiempo también le traiciona algo. En la práctica del espíritu romántico de Alexandr Adúev no incluía la menor posibilidad que le permitiera emprender búsquedas ideológicas más profundas. Belinski supo captar que la tendencia fundamental en el desarrollo del carácter de Adúev radicaba en el peligro de «extinguirse en la lejanía provinciana y en la apatía y la indolencia». Pero dado su amor propio y la experiencia adquirida, no podía dedicarse a otra cosa que a la carrera de funcionario. Los jóvenes nobles, que suspiraban por el amor y la amistad ideales, se convertían en su mayoría en funcionarios, subordinándose a la convicción —del medio conservador de que procedían— de que el servicio del Estado era el campo de acción más digno y ventajoso para los miembros de su estamento.

Y, naturalmente, el ambiente oficinesco iba desarraigando de su espíritu la benignidad romántica. Con los años se volvían indiferentes y se convertían en hombres prácticos. Así es precisamente cómo se perfila en la obra el destino del protagonista. Ya a los dos años de su llegada a la capital ocupa un «lugar respetable» y goza de influencia en la revista literaria en que trabaja. En el epílogo de la obra le vemos ya con su «abultada barriguita» y con su condecoración en el cuello. Está convencido de que el amor y el matrimonio no coinciden y por eso realiza un casamiento por interés, atraído tan sólo por la dote de su esposa. El escritor no sólo retrata el proceso de desilusión del héroe romántico, sino que convierte sus vivencias

románticas en objeto de implacable condena y sarcásticas burlas, que provienen de un practicismo consecuente y sensato, al que el autor quiere asegurar el triunfo definitivo. Como persona «positiva», enemiga de lo romántico, interviene en la novela Piotr Adúev, verdadero hombre de negocios y alto funcionario. Cuando se burla del idealismo de su sobrino, de su entusiasmo romántico y pomposas frases, cuando le aconseja «dedicarse a cosas prácticas», actuar razonablemente y ser útil a la sociedad, cuando pone como ejemplo su propio amor al trabajo, su deseo de adquirir conocimientos, la claridad de los objetivos que persigue, se alza por encima de Alexandr; pero cuando pone de manifiesto la frialdad de su alma y su insensibilidad, cuando considera que la pobreza es una «ignominia», que enamorarse es una extravagancia, cuando revela su interés hacia los negocios sólo por el dinero, y éste por el confort que puede proporcionar, y cuando ve el sentido de la vida en la «carrera personal y la fortuna», demuestra su limitación y no inspira más que compasión no sólo en su sobrino, sino en el autor. Pero Goncharov no se elevó subjetivamente a la altura desde la que se podía haber resuelto de forma históricamente veraz el conflicto entre lo romántico y lo eficiente. Reconocía que había algo de verdad en los puntos de vista de Piotr Adúev, pero no sabía con firmeza dónde se había convertido en mentira esa verdad. Sin embargo, refleja, en lo fundamental, con acierto el carácter de sus héroes. El significado objetivo de la novela consiste en la negación del romanticismo abstracto y en la afirmación de la diligencia burguesa, aunque socialmente limitada, como un nuevo rasgo característico de la vida rusa de entonces. La publicación de la obra en la revista *El Contemporáneo* hizo que Goncharov entrase en estrecho contacto con Belinski, Turguiénev y otros representantes de la «escuela natural». Debido a la particularidad de sus concepciones, no se convirtió en miembro activo del movimiento literario de 1840, pero fue uno de los escritores que más participaron en él, centrándose en la creación de la novela costumbrista-social.

La crítica valoró en alto grado la novela. Belinski escribió: «¡Qué golpe tan fuerte infligió al romanticismo, a la idealización, al sentimentalismo y al provincialismo!». El éxito de *Una historia trivial* animó a Goncharov. El escritor se dedica seguidamente a un género nuevo para él —el folletín—, que también cultivaba la «escuela natural», e incluye anónimamente en la revista del mismo año las *Cartas de un amigo de la capital a un novio provinciano*. En ellas no toca problemas sociales, pero plantea los principios positivos del «saber vivir» e intenta fundamentar la idea del «hombre decente», y aunque este ideal parecía querer referirse a la «razón» y la «justicia», todo se reducía, en resumidas cuentas, a la «delicadeza» y al «confort» de la vida.

En 1850 se aprecia en Goncharov una pasividad creativa y una falta de seguridad en sí mismo, hecho que no era en modo alguno casual y constituía, sin duda, una manifestación de la inestabilidad e inseguridad ideológicas en que vivían los amplios círculos de intelectuales liberales, incluidos muchos de los más importantes colaboradores de *El Contemporáneo*, consecuencia de la reacción política que reinaba en el país.

En otoño de 1852 emprende, en calidad de secretario del almirante Putiatin, un largo viaje alrededor del mundo en la fragata de guerra *Pallada*. El resultado de sus impresiones lo plasma en el libro de relatos titulado *La fragata «Pallada»*, en el cual se plantea la tarea de reflejar y de transmitir de forma desembarazada y humorística todo lo visto por él. Lo fundamental que le interesaba de los pueblos de África y Asia que había visitado era la desaparición del régimen patriarcal y el surgimiento en su lugar de una civilización nueva, burguesa. Al mismo tiempo, Goncharov condena la actividad de la burguesía cuando ésta adopta un carácter de rapiña y expoliación y conduce a la regresión. En la obra ofrece con gran humor una serie de escenas de la vida de los países meridionales y de los paisajes marítimos que más le habían impresionado. Pero incluso los más importantes de ellos, como el del embravecido

océano, que habían excitado la imaginación de Byron y de Pushkin, no produjeron en Goncharov vivencias románticas. La obra, que fue alabada por la crítica, alcanzó gran éxito.

Cuando regresó a su patria, hacía casi ocho años que había concebido la idea de escribir *Oblómov*, que era casi una continuación de *Una historia trivial*.

En 1859, en la revista *Anales patrios* ve la luz la novela, que consolida definitivamente la popularidad de Goncharov.

Los lectores esperaban con extraordinario interés la aparición de la novela, de la que se había hablado como de una obra notable, aunque la lectura de los primeros capítulos les resultó algo pesada, debido quizás a la falta de acción. Pero, según palabras de Dobroliúbov, a medida que se adentraban en el texto «el talento de Goncharov supo someter a su irresistible influencia incluso a quienes menos simpatizaban con él». El secreto de semejante éxito se debe, en opinión del crítico, «tanto directamente a la fuerza de su talento literario como a la singular riqueza de contenido de la novela».

El autor realiza en la obra una crítica aguda y profunda del parasitismo de los grandes terratenientes. Iliá Ilich Oblómov nació y creció en una hacienda de carácter patriarcal, cuyos propietarios «consideraban el trabajo como un castigo». En tan retrógrado, atrasado e ignorante ambiente fue donde se educó el héroe de la novela, lo que sirvió para desarrollar en él los rasgos de indolencia y apatía que le caracterizan y le convierten en un convencido partidario del régimen de servidumbre. Según expresión del propio Goncharov «las fuerzas de que estaba dotado se dirigían hacia su interior en búsqueda de la forma de manifestarse y se marchitaban y secaban...». La historia de Oblómov es la de la muerte espiritual de un individuo, cuyas poco comunes facultades se ven asfixiadas a consecuencia del sistema de vida de la Rusia esclavista, de la educación recibida y de su facultad de pasarse el tiempo soñando y sin hacer absolutamente nada.

El leitmotiv de la novela es la holgazanería y la apatía de Oblómov, su permanente ociosidad, su imaginación que a nada conducía. Los rasgos ancestrales del héroe no son nuevos en la literatura rusa. Basta recordar a Eugenio Onieguin, de la novela del mismo nombre de Pushkin y a Pechorin, de *El héroe de nuestro tiempo* de Lérmontov. Pero en Oblómov vemos que su actitud hacia la vida es distinta y adquiere un nuevo significado.

En la propia historia de la educación de Oblómov radica precisamente su apatía y falta de carácter, su aversión a cualquier actividad, de ahí su tragedia. De igual modo habían sido educados sus abuelos y bisabuelos, que jamás habían movido un solo dedo, ya que los criados lo realizaban todo por ellos. El propio Oblómov dice a su sirviente Zajar: «Tú bien conoces mi delicada educación, —sabes que jamás experimenté ni frío ni hambre, que no conozco la penuria, que nunca tuve que ganarme el pan y que, en general, nunca me ocupé en asuntos innobles».

Sin embargo, Oblómov no carecía de ambiciones y deseos, buscaba algo, poseía nobles sentimientos, pero durante toda su vida no hizo nada para conseguir sus anhelos y ambiciones; todo lo realizaban otros por él, y eso fue lo que le convirtió en un ser completamente apático.

Oblómov descubre la terrible fuerza de la tradición, poniendo de manifiesto una existencia en que su norma de vida le había sido transmitida de una vez para siempre por sus padres, los cuales la habían heredado a su vez de sus abuelos con el legado de mantenerla en su integridad, según expresión del propio escritor. Pero la novela enseñaba, por el contrario, a sus contemporáneos que a la vida no le basta con lo heredado del pasado: necesita la ruptura, la revisión y renovación de las costumbres.

Es necesario resaltar el capítulo «El sueño de Oblómov» (publicado en 1849, antes de la aparición de la novela), que es verdaderamente admirable. En él, el autor describe la infancia del héroe, la educación que le da su madre, mujer excesivamente tierna

e impresionable, que no le permite desarrollarse como corresponde a un niño sano, cómo a semejante ser se le va modelando la anquilosada existencia de las personas que le rodean. Toda la vida y las costumbres de la aldea y de la hacienda aparecen ante nuestros ojos como una ciénaga.

Es precisamente en este capítulo donde hay que buscar las causas y la solución del proceso de formación del carácter del personaje. Su lectura produce verdadero placer. El autor describe con tan incomparable maestría la vida y usos de la vieja hacienda rural y de sus moradores, sus hábitos y costumbres, y su permanente somnolencia, que penetra todo y a todos, y se tiene la sensación de estar presente. No faltan, por supuesto, los encantos que encierran el extraordinario silencio y la tranquilidad reinantes. No obstante, al lector se le escapa a veces el deseo de exclamar: «¿Cuándo se despertarán, por fin, de semejante letargo? ¿Cómo es posible vivir así?».

«"El sueño de Oblómov" y algunas otras escenas de la novela — recuerda Dobroliúbov— los leí varias veces; la obra la leí casi en su totalidad dos veces y la segunda me gustó casi más que la primera».

Pero en este capítulo, el autor, al retratarnos la reciente niñez del héroe consigue hacernos vivir «tiempos remotos». Lo que sucede en su infancia había tenido lugar «siempre». Ante nosotros parecen resurgir las «tradiciones de la familia rusa», que se remontan no sólo al siglo XVIII, sino a épocas más lejanas, encubiertas por la neblina del pasado. Oblómov retrata únicamente el destino concreto de un individuo, pero esa historia individual está extraída de lo más profundo de larguísimos procesos de la vida. Incluso la solitaria existencia de Iliá Ilich en Petersburgo, donde sólo fue capaz de permanecer dos años en su empleo de funcionario, guarda relación con la vida de amplias capas de la sociedad. Junto a la aislada habitación que ocupa en la capital y junto a su voluntario cautiverio fluye la vida. La novela nos deja percibir el multifacético respirar de la contemporaneidad.

El protagonista se pasa días enteros tumbado, en bata, sin dejar de soñar estérilmente y de hacer planes, que en el fondo de su alma sabe que no llevará a la práctica. Permanecer en semejante posición no es para él una necesidad, como le sucede a un enfermo o a una persona que desee dormir, ni un hecho fortuito, como para alguien que esté cansado, ni el placer que representa para los vagos; para él se trataba de un estado normal, como lo describe Goncharov. En lo que respecta al propio Oblómov, ello constituye una fuente de sufrimiento, contra la que no sabe ni es capaz de luchar. Él mismo no comprende su vida, y cualquier cosa que se ve obligado a realizar representa una carga para él y pronto le aburre. No cabe decir que no había estudiado, ni que no había sido funcionario ni frecuentado la sociedad, pero nada de eso había dado el menor fruto; todo era consecuencia de su educación y de las circunstancias que le rodeaban. Como dice Dobroliúbov lo importante no es Oblómov sino el «Oblómovismo». «... Todos los héroes de las grandes novelas y relatos rusos pecan de no ver el objetivo de la vida y de no ser capaces de encontrar una ocupación decente. Debido a ello se sienten aburridos y experimentan aversión hacia cualquier asunto, lo que les asemeja sorprendentemente a Oblómov». Ahí radica precisamente el «oblómovismo».

No es casual que a través de toda la obra tropecemos con la inseparable pareja de dos de los héroes: Oblómov y su sirviente Zajar, que desde la niñez del primero, como siervo que era, le había sido asignado. Ambas imágenes se hallan ligadas a través del que podríamos denominar principio del complemento. El señor es incapaz de prescindir de los servicios de Zajar, ya que durante toda su vida se había visto atendido por manos ajenas, y éste no puede vivir sin su amo, a pesar de que no pierde la ocasión de echar pestes contra él. No hay que olvidar que nunca había pertenecido a sí mismo, que no había tenido la oportunidad de actuar independientemente, que todos sus movimientos habían dependido de la voluntad de los señores, por lo que todo ello resultaba para él

cosa natural y completamente normal. Y al mismo tiempo Goncharov nos presenta a Oblómov como a una persona de gran alma, buen corazón, elevados sentimientos... Su naturaleza se basaba en principios plenos de bondad, de profunda simpatía hacia todo lo bueno y hacia lo que respondiera a la llamada de su sencillo, ingenuo y siempre confiado espíritu.

La línea de vida de Oblómov no es consecuente. Su existencia la constituyen «fragmentos», episodios. Se trata de una existencia desmembrada en partes, del devenir de un individuo carente de una integridad en desarrollo: su vida en Petersburgo, constantemente tumbado, su retorno mental a la infancia, el momento de su amor hacia Olga y finalmente su permanencia en el «barrio de Vyborg» de la capital. No se trata de diferentes etapas de su desarrollo interno (aunque, naturalmente, en «El sueño de Oblómov» vemos el proceso de formación de semejante ser). Se trata de momentos extrañamente aislados de una vida que se ha detenido y que no se mueve en dirección alguna. Son momentos autónomos y en cada uno de ellos acompaña al héroe un determinado círculo de personajes locales, que luego parece como si se desprendiesen de él. Es interesante señalar que acerca de los individuos y los acontecimientos relacionados con su época estudiantil es su íntimo amigo Shtotz quien los recuerda. La existencia de Iliá Ilich carece en todo momento de pasado y futuro. Pero en el retrato que de él hace el escritor, sus propias reacciones psicológicas raramente corresponden a un momento determinado. Con frecuencia, el autor no refleja la situación concreta por la que atraviesa el héroe, sino una situación crónica suya, permanente, resultado de la acumulación de los estados de su alma. Incluso el arrepentimiento y la pena que experimenta Oblómov por su vida no constituyen un acto especial aislado, sino una acción interna repetida, que en el transcurso del tiempo se ha convertido en una costumbre permanente. Y los monólogos del héroe no son con frecuencia el reflejo de un proceso espiritual concreto, sino la apreciación del lugar, objeto de repetidas

reflexiones por su parte, que ocupa en la vida (por ejemplo, el episodio con Zajar en el capítulo VIII de la primera parte) o el cuadro de la existencia que deseaba para sí mismo en su conversación con Shtolz (capítulo IV de la segunda parte). En este sentido, ocupa un lugar especial la parte de la novela relacionada con Olga, donde la voz directa del propio Oblómov se deja oír con mucha mayor frecuencia. Pero estos capítulos no hacen más que subrayar que el carácter general de la narración (dictado por la propia naturaleza del héroe) es diferente.

Para Oblómov la vida corriente a que estaba acostumbrado, sin nada que hacer, sin el menor interés, en la que no acaecía ninguna desgracia ni tenía lugar el menor trastorno dramático, en la que no se producía desviación alguna de la norma diaria le había dejado exhausto, lo que, al fin y al cabo, conduce al héroe al fracaso.

En Iliá Ilich se enfrentan dos fuerzas: por un lado, el principio activo, intelectual y emocional, encarnado en la obra por la Universidad, su amigo Shtolz y Olga y por otro su hacienda Oblómovka con su «Oblómovismo», término introducido por Shtolz en su conversación con Oblómov, cuando éste describe su concepción de la vida ideal en la aldea, en la hacienda señorial, término que se ha convertido en peyorativo y que significa la pasividad social, el espíritu poco práctico e infructuosamente visionario, la psicología esclavista, el héroe aristócrata. En la novela triunfa la vieja Oblómovka.

A Oblómov se le contraponen la imagen de Shtolz, individuo eficiente, educado de forma totalmente distinta por su padre, un alemán práctico, administrador de una finca aristocrática, que se había ocupado seriamente de la instrucción de su hijo y no sólo en el aspecto humanitarista, sino en los asuntos prácticos. Ya desde su niñez ayudaba a su padre a hacer las cuentas y se iba introduciendo paulatinamente en los problemas relacionados con su propiedad. En la novela encarna al representante del lado positivo y activo de la vida, incapaz de estériles sueños y orientado hacia acciones

prácticas. Su existencia transcurre en permanente actividad, en continuos desplazamientos, enfrascado en el trabajo, manifestando gran perseverancia en la consecución del objetivo que persigue. En la descripción que hace de él Goncharov, dice: «Shtolz seguía caminando sin desmayar por el camino elegido. Nadie le veía meditar en algo con enfermiza y dolorosa tensión; diríase que nunca le devoraba la angustia de un corazón fatigado; no sufría ni se turbaba jamás en circunstancias complejas, difíciles o nuevas, sino que las abordaba como si las conociera de antemano, como si las viera por segunda vez y recorriera lugares conocidos». Es decir, era todo lo contrario a Oblómov, a pesar de lo cual se querían el uno al otro, les unían la niñez, el colegio y, finalmente, la pureza y virginidad del alma del primero ejercía sobre Shtolz tal atracción, que le obligaba a sacarle del corrosivo medio, del agua muerta en que vivía.

La tercera figura, en cuanto a su importancia, es la de Olga, joven rusa, de ideas avanzadas para su época, cuyas tendencias estaban orientadas hacia la luz y hacia el trabajo creador. La historia de su desarrollo espiritual la refleja el autor casi con igual fuerza como la de la caída de Oblómov.

Incluso la historia amorosa de Oblómov y Olga no conduce a nada, ya que Iliá es una persona incapaz de actuar y Olga lo que espera de él es precisamente acción, quiere que se dedique a hacer algo. Se enamora de Oblómov porque, según palabras del autor «... tiene una cualidad que vale más que toda inteligencia: ¡un corazón honesto y fiel! Ha conservado esos dones naturales a lo largo de toda su vida. Sufrió toda clase de golpes que le hicieron caer, perder las ilusiones, permanecer inactivo y, al fin, desencantado de todo y sin ganas de vivir, se refugió en el sueño, pero conservó su honradez y su bondad. Ni una sola nota falsa brotó de su corazón, ni se manchó de lodo. Nunca se dejará seducir por una mentira engalanada ni nada le hará seguir un camino falso. Aunque se agite en torno a él todo un océano de maldad y vileza, aunque todo el

mundo esté envenenado y gire al revés, Oblómov jamás rendirá culto al ídolo de la hipocresía. Su alma seguirá siendo pura, honesta y clara... transparente como el cristal. Hay pocas personas como él, son tan escasas como perlas en medio de una muchedumbre. Su corazón es insobornable, se puede confiar en él siempre y en todo».

En la combinación de Olga y Shtolz la heroína resulta vencedora. Al compararle con su valor espiritual ella resulta gananciosa. Shtolz, al que podríamos calificar como un individuo encuadrado en el «presupuesto», creemos que no representa al héroe preferido del autor. Shtolz quiere lograr de Oblómov que realice una serie de actos concretos y de carácter práctico: leer una determinada revista, un libro, organizar sus cuentas, sustituir al encargado de su hacienda, etc. Olga, por su parte, necesita de Oblómov mucho más, aunque de forma menos concreta: que «abra» su alma, que se manifieste todo él en una nueva proyección —la proyección social—, abierta a la vida del mundo y de las personas. Shtolz ayuda a su amigo con el espíritu eficiente que le caracteriza; a Olga, aunque le asusta el fantasma del «Oblómovismo» en su propia vida, trata de profundizar en el alma de él, ya que le atrae como persona de elevadas cualidades, capaz de extasiarse hasta el infinito con la música. En toda la obra se deja notar que Shtolz es mucho más lógico que Oblómov, que nunca tiene nada que objetar a las reconvenciones que le hace aquél, pero las reflexiones de este último encierran a menudo una gran dosis de razón, mucho más fuerte que los argumentos de Shtolz, como es el caso de su confesión ante éste, que, a pesar de su agudeza, no tuvo nada que objetarle. Por eso leemos: «Shtolz no respondió esta vez con su sonrisa despectiva a las palabras de Oblómov. Le escuchaba y guardaba silencio taciturno. Se hallaba todavía bajo la impresión de la confesión y callaba. Después lanzó un suspiro».

Al recurrir a una figura como la de Shtolz, Goncharov pone de manifiesto su enorme sensibilidad hacia las nuevas exigencias de la vida y de la literatura. Dibujar el fascinante retrato de Olga le

resultaba mucho más fácil: la tradición novelística rusa había marcado ya una senda muy definida: no sólo existía la imagen de Tatiana Lárina en Eugenio Onieguih, sino que ya habían iniciado la vida las heroínas de Turguiénev. Shtolz fue concebido como una figura completamente singular. El autor trata de hacerle simpático al lector a través de su atrayente actividad, de su sabio y racional practicismo —cualidades que hasta entonces no habían figurado entre las que adornaban a los héroes preferidos de la literatura rusa. Pero hay que señalar, no obstante, que, a pesar de todo, involuntariamente las simpatías del autor estaban, quizá en contra de su propia voluntad, del lado de Oblómov. Shtolz, hombre mercantil, no podía ser el héroe de Goncharov, como tampoco podía serlo Oblómov.

En *Oblómov*, el talento realista de Goncharov alcanza la cima de su arte. El escritor logra reflejar en la novela la degradación económica, moral y cultural de la nobleza de la época del régimen de servidumbre, el auge de las relaciones capitalistas-burguesas de Rusia. Dobroliúbov da una profunda característica del «oblómovismo». En su artículo *¿Qué es el oblómovismo?* describe con enorme fuerza el sentido social de la novela. El «oblómovismo» es la mezcla de la inercia y la apatía, de la esclavitud moral y la actitud orgánica hacia el trabajo, que gravitaba sobre gran número de terratenientes-aristócratas de entonces. En el mencionado artículo, el crítico arremete contra el régimen que imperaba en Rusia, estigmatizando no sólo a los esclavistas, sino también a los liberales. La repugnancia de Oblómov hacia el trabajo, el procedimiento de hundir en un fárrago de palabras todo lo vivo, era característico de los nobles.

No podemos por menos de citar otro párrafo del mencionado artículo de Dobroliúbov, el cual considera que la historia de Oblómov «refleja la vida rusa, ofrece la realidad del tipo ruso actual, troquelado con severidad y veracidad implacables; en ella se deja oír una nueva palabra sobre nuestro desarrollo social, pronunciada con

claridad y firmeza, sin desesperación y sin esperanzas pueriles, pero con plena conciencia de la verdad. Esta palabra es el «oblómovismo»; sirve de clave para descifrar muchos fenómenos de la vida rusa, y ella proporciona a la novela de Goncharov mucha más importancia social que la que tienen todas nuestras publicaciones de carácter denunciador».

La imagen de Oblómov se convirtió en un concepto peyorativo. La obra consagró la maestría de su autor en la representación de la influencia que ejerce el medio social en el individuo, en la tipificación de las imágenes, en el profundo análisis de la psicología, de sus héroes, en su talento para caracterizar de forma sintética, pero en su total plenitud, la vida y finalmente en su maestría literaria. Belinski subrayó especialmente en el lenguaje de Goncharov, su «pureza, corrección, ligereza y fluidez».

Gorki le incluyó en la pléyade de los gigantes de la literatura rusa, que escribían moldeando las palabras, «como si de arcilla se tratase, con la que modelaban, semejantes a dioses, las figuras y las imágenes de personas tan reales, que llegan a engañar...».

Después de publicar *Oblómov*, Goncharov revivió casi lo mismo que le había sucedido después de haber visto la luz Una historia trivial.

El éxito dio alas al autor y éste dedicó sus esfuerzos a la creación de una nueva novela, *El precipicio*. En las revistas comenzaron a aparecer episodios sueltos de la obra.

Si el auge experimentado por el nuevo espíritu liberal y por la reforma campesina, en la que vio el comienzo de una nueva era, habían hecho brotar en Goncharov la confianza de que en el sistema político del país se produjeran ciertos cambios, la nueva ofensiva de la reacción en 1862 da lugar a que se apaguen las esperanzas liberales y la actividad creadoras del escritor. La novela se retrasa y se prolonga una serie de años.

El final de la primera mitad del siglo corresponde a la gloria literaria de Goncharov, pero él mismo se perjudica accediendo a

ocupar el cargo de censor. A partir de ese momento comienza a ascender rápidamente en su carrera y en 1865 pasa a formar parte del Consejo de Prensa y Publicaciones, órgano supremo encargado de inspeccionar las revistas y la literatura rusas. Debido a ello se convierte en enemigo del movimiento democrático y de su ideología y modifica la idea de su nueva novela. Durante el período de auge del movimiento social anterior a la reforma, quería haber reflejado en ella una pequeña hacienda nobiliaria provinciana y contraponerle los habitantes patriarcales no sólo en la persona de un joven de talante romántico-liberal —Raiski—, sino también de una representante de la nobleza —Viera—, capaz de romper decididamente con el mundo de conceptos y prejuicios caducos. La novela tenía por objeto defender las relaciones patriarcales y combatir el movimiento democrático. La hacienda la rige Berezhkova, «noble de pura cepa», que aunque actúa a la antigua, sin introducir reforma alguna, consigue que florezca. Sin embargo, junto a ella se perciben en la persona de Raiski, síntomas del despertar ideológico de la nobleza. En su imagen, el autor, trata de mostrar al individuo en cuyos ojos brilla «la luz del nuevo mundo», de las «reformas en gestación», según expresión del propio Goncharov. Se trata de un hombre liberal, de un «caballero de la libertad». Viera podría haber llegado aún más lejos, haberse liberado del poder de los principios patriarcales y morales de entonces, pero ambos tropiezan con una negación tan fuerte de esos principios, que se convierten involuntariamente en defensores suyos. Esta negación procede del confinado político Vólojov, nihilista, de quien la joven se enamora y el cual trata de seducirla sin éxito. Vólojov niega la propiedad, desprecia el Estado nobiliario, trata de minar los fundamentos de la religión, de socavar las normas de la moralidad, propagar las ideas materialistas y la libertad del amor. Y adquiere con justicia la reputación de «cínico», «paria», de individuo que había declarado la guerra a la sociedad. Las relaciones amorosas de Viera y Vólojov debían mostrar los graves peligros que amenazaban

a las jóvenes nobles en los «precipicios» de su renuncia ideológica. Pero la falsa agitación de Vólojov no es más que algo efímero y transitorio. Para el autor, el futuro consiste en la conservación de los viejos principios morales y sociales.

La faz activa de ese futuro la ve Goncharov no en la parte intelectual de la burguesía, sino en las propias personas que, procedentes de la nobleza, combinan la sencillez patriarcal y la pureza de costumbres con la eficiencia y el buen modo de obrar.

Según la nueva concepción, *El precipicio* implicaba, por consiguiente, un enfoque distinto, el de adornar tendenciosamente la vida de las capas conservadoras y renunciar al movimiento democrático progresista. Y si el autor no hubiese logrado superar en gran parte el carácter tendencioso de su idea, la novela hubiera compartido el destino de otras análogas, a pesar del talento de su ejecución. Pero en el retrato de los héroes principales de la obra, el escritor puso de manifiesto el «tacto realista de la vida», lo que la convierte en un relato relativamente veraz en lo que respecta a su contenido ideológico. De acuerdo con su tendencia, Goncharov no sitúa en el centro de semejante mundillo al presuntuoso joven, sino a la anciana Berezhkova, que estaba terminando sus días. Nos muestra su gran sentido común, basado en las tradiciones, las viejas costumbres de la hacienda, donde todos se subordinan al poder despótico de la propietaria, a la que obedecen, sin embargo, no por miedo, sino por respeto, lo que constituye una manifestación de su conocimiento de la vida. Ella misma dice que en su casa «nadie vive asustado ni apabullado» y que deja a sus nietos en completa libertad. Y Raiski declara admirado que la abuela ocupa la «cima del desarrollo intelectual, moral y social». El autor resalta la figura de la anciana y pone de manifiesto su descontento con el poder burocrático local, con el que siempre está en desacuerdo. De hecho, la «sabiduría» de Berezhkova es aceptable únicamente dentro de los límites del mundo local. Lo que respeta sagradamente es la autoridad del poder absoluto del régimen de servidumbre, en el que

se apoya por completo. Semejante contradicción entre la manera tendenciosa del autor y la fidelidad en el retrato de los caracteres se pone aún más de manifiesto en la figura de Raiski. Él reconoce que el sistema de los terratenientes no puede seguir subsistiendo si no se hacen concesiones a los «nuevos principios», si no se equipara a las concepciones burguesas. Pero él mismo está muy lejos de aceptar la sustitución radical de lo viejo por lo nuevo. Le parece suficiente «llegar a un acuerdo determinado en los problemas sociales, los derechos, la moralidad, y poner en orden los problemas relacionados con la economía». Raiski es un señor de espíritu conservador-reformista, y «liberal» tan sólo en tal sentido. Únicamente se enfrenta al sistema antiguo en lo que concierne a las cuestiones familiares. Lucha contra el «caduco siglo» desde su sillón en la habitación de la abuela. Desprecia a la vieja sociedad en calidad de intelectual habitante de la capital, pero dominado por ideales provincianos. Para él, el pueblo constituye tan sólo un accesorio dentro del cuadro de la lejana y adormecida provincia. Por eso, sus manifestaciones de «bondad, verdad, humanitarismo y libertad» no pasan de ser ideales puramente estéticos. Él cree tan sólo en los «ideales del progreso» y experimenta un «profundo malestar» al pensar que son irrealizables. Las frases estéticas de carácter liberal encubren su flácida naturaleza señorial.

Y al reconocer este hecho se considera un «frustrado», una persona que «no sirve para nada» y que carece de «campo de acción». Y el autor no lo oculta. A pesar de simpatizar con los ideales de Raiski, desenmascara con suavidad su debilidad y presunción, llegando a veces a ridiculizarle.

Cuando apareció la novela, la crítica no captó la unidad existente entre su falsa tendencia y su veracidad realista.

Y si bien la prensa reaccionaria acogió con simpatía a sus héroes patriarcales, las revistas conservadoras manifestaron su desacuerdo con la imagen de Raiski, con su «pequeñez moral y sus relajadas costumbres».

El precipicio fue la última gran obra de Goncharov. Después de ella su actividad literaria se eclipsó y no emprendió nada nuevo. En resumen, podemos decir que su aportación a la literatura rusa se limita, en lo fundamental, a tres novelas, que se distinguen unas de otras tanto por su contenido ideológico como por su forma literaria. Comparándolas con las obras de Turguénev cabe afirmar que en ellas predomina el interés del autor por la vida y costumbres de las capas preponderantes de la sociedad rusa, respecto a las cuales supo captar sus contradicciones internas. Por eso, el retrato que hace de los terratenientes, los funcionarios y los hombres de negocios carece casi por completo de *pathos* satírico y de tonos románticos. A pesar del subjetivismo del escritor en la condena de los rasgos de la vida nobiliaria que refleja en sus obras, no obstante, su valoración objetiva se orienta hacia el desenmascaramiento del parasitismo del mundo de los terratenientes y de la atroz esclavitud que encerraba el régimen de servidumbre.

El retrato literario tan veraz y tan negativo que hace Goncharov de la vida nobiliario-burguesa del siglo XIX le liga a nuestra actualidad y condiciona su importancia tanto estética como cognoscitiva y educadora.

Un capítulo importante en la biografía de Goncharov es el de sus amores, lo que no puede por menos de hallar reflejo en su obra.

El escritor experimentó siempre un gran miedo a la pobreza, sentimiento que, quizá, fuera para él un freno en la idea de casarse y fundar un hogar.

Cuando ya había rebasado los treinta años conoció en Petersburgo a Yelisavieta Vasílievna Tolstaia, joven de dieciséis años, que conquistó desde el primer momento su corazón. Habían transcurrido doce años desde su primer encuentro, cuando volvieron a tropezar en la misma casa donde habían sido presentados. Lisa se había convertido en una auténtica belleza y su ingenio e inteligencia despertaban la admiración de todos los que la conocían. Goncharov quedó prendado de los encantos de aquella mujer, convirtiéndose en

un sumiso y fiel admirador suyo, lo que le hizo relegar al olvido todas sus ocupaciones y representó un obstáculo para la culminación de Oblómov. No obstante, el amor del escritor no fue correspondido por Lisa como él hubiera deseado ni sus relaciones condujeron a un desenlace feliz, y cuando en 1857 ella contrajo matrimonio con un oficial, Goncharov despertó definitivamente de sus sueños.

Sus tormentos espirituales no se perdieron, sin embargo, para la posteridad. Lisa continuó viviendo en su pensamiento creador. Todo lo hermoso que creía haber descubierto en aquella mujer le permitió crear la figura de Olga, la heroína de Oblómov.

Lo que nos relata el escritor acerca de las relaciones de Oblómov y Olga fue vivido por el propio autor. Sus tormentos durante los años de su pasión no correspondida le permitieron relatar en la novela unas escenas de amor que elevan notablemente el valor poético de la misma, y en sus conversaciones no podemos por menos de ver al propio Goncharov.

En 1866, a pesar de su edad, vuelve a sentirse atrapado por las redes del amor. Esta vez se trataba de la joven Alejandra Kolódkina, a la que conoció en Marienbad y siguió en su viaje a París y luego en su regreso a la capital rusa, permaneciendo juntos varias semanas en Berlín. Aunque Goncharov se sentía intensamente atraído por la bella joven, sus relaciones tuvieron un súbito e inesperado fin. Ella abandonó Petersburgo sin despedirse de él, estableciéndose en Vilno.

Era evidente que el escritor estaba destinado a permanecer soltero, y en tal sentido orientó su vida. En un piso alquilado en la capital rusa pasó los treinta últimos años de su existencia.

Muchos se preguntarán, sin duda, qué hay de autobiográfico en Oblómov, pregunta que también le fue hecha en varias ocasiones al propio escritor. A este respecto, Goncharov recuerda una conversación que mantuvo a finales de 1882 en Alemania con el librero y editor M. Wolf. Hablando de por qué no se ocupaba de reeditar la novela, cuyas ediciones anteriores se habían agotado y

ante su respuesta de que no había pensado en ello, le contestó Wolf: «¡Es usted un auténtico Oblómov! El mismo que tan magistralmente ha descrito». Y continuó reprochándole su apatía y su poco practicismo, a lo que Goncharov le respondió: «Sí... en el fondo está usted en lo cierto... Soy Oblómov y... Oblómov es... yo. No se ha equivocado en este sentido...».

En cierta ocasión, contestando a la duda que existía en los círculos literarios y también entre muchos de los lectores sobre si Oblómov no sería un retrato del propio Goncharov, dijo: «Sé que son muchos los que me quieren reconocer en Oblómov. Me reprochan mi abulia y están firmemente convencidos de que yo soy Oblómov en persona. A esto he de responder: he escrito sobre lo que veía en torno mío. No he inventado ningún personaje. Me llamó de modo especial la atención la abulia que anida en todos nosotros, tan evidente a mis ojos, Comprendí desde el primer momento que atribuía a mi personaje unas cualidades que son las del hombre ruso... ¡El personaje es fiel a la realidad!».

En cuanto a otra de las figuras de la novela, el criado Zajar, también está sacado de la realidad que rodeaba al escritor. Se trataba de un viejo criado, uno de los muchos que le habían servido en su juventud, que conocía muy bien el carácter y las costumbres de su señor y permaneció largo tiempo con él en Petersburgo.

No podemos silenciar las relaciones entre Goncharov y Turguénev, dos de las más destacadas figuras de la literatura rusa del siglo XIX, cuya labor literaria se desarrolló casi paralelamente, hasta el punto de que las obras cumbres de ambos escritores, vieron la luz con un solo año de diferencia: *Nido de hidalgos* en 1858 y *Oblómov* en 1859.

Durante mucho tiempo mantuvieron estrecha amistad, incluso se leían los manuscritos y discutían sus planes para nuevas obras. Cuando llegó a oídos de Turguénev que Goncharov no continuaba la novela Oblómov, le escribió el 11 de noviembre de 1856 la siguiente carta: «No quiero creer que haya abandonado usted su brillante

pluma. He de serle sincero: su silencio puede compararse con una desgracia nacional».

Goncharov leyó a Turguénev en varias ocasiones fragmentos de la novela e incluso el 16 de agosto de 1859, hallándose ambos en París, el manuscrito completo, aunque sin pulir, de la misma.

No obstante, a Goncharov, que era extraordinariamente sensible a su labor de escritor, le preocupaba todo lo que pudiera perjudicar su nombre como autor, y aunque orgulloso de la amistad con Turguénev, sentía celos de él por el éxito alcanzado por *Nido de hidalgos*, que llegaron a envenenarle el alma hasta el punto de considerar que varias escenas de la novela eran un plagio de las de *Oblómov* que él había dado a conocer al escritor. La situación entre ambos amigos llegó a tal extremo, que a instancias de Turguénev tuvo lugar un juicio, en el que actuaron como miembros del tribunal los literatos Dudkin, Drushinin y Ánnenkov. La posición de los jueces era muy ardua, ya que ellos no podían sancionar la acusación de plagio de que era objeto una de las glorias de la literatura rusa, en vista de lo cual dictaron una sentencia salomónica, en la que afirmaban, entre otras cosas, que: «Las obras de Turguénev y Goncharov, por haber nacido ambos en la misma tierra, han de tener algo en común. El hecho de que en algunas escenas de ambas obras se expresen los mismos pensamientos y se mantengan posturas iguales, habla en favor de cada autor y justifica a ambos».

Aunque resulta difícil adoptar una postura en tal delicada cuestión hay que recordar que de Goncharov, que durante muchos años ocupó cargos de gran representatividad, nunca se pudo decir que hablara mal de nadie. Por lo demás, el propio Turguénev confesó que varias de sus escenas de *Nido de hidalgos* se «parecían» a ciertas escenas de diversas obras de Goncharov...

Sin embargo, todo ello puso fin a la amistad entre ambos escritores. Quizá haya que achacar a eso la injustificada y negativa opinión emitida por Turguénev respecto a *Oblómov*: «Una charla insoportable... La obra de un hombre con muchas descripciones,

mucha rutina y mucha retórica. No creo que alcance el menor éxito entre los lectores. Lo único que puedo decir es que sólo entusiasmará a los estúpidos. Esta obra la ha escrito un funcionario para funcionarios y serán éstos los únicos que la lean».

Excepto Dobroliúbov, los restantes críticos de Petersburgo, siguiendo la pauta de Turguénev, a quien no se atrevían a contradecir, atacaron despiadadamente la obra e incluso la labor de su autor como censor, limitándose en el mejor de los casos a silenciar su aparición. Ello representó para Goncharov una gran ofensa, que produjo efectos trágicos en él, de los que tardó bastante tiempo en recuperarse.

En cuanto a otros aspectos de la vida de I. A. Goncharov, hay que recordar que el 9 de septiembre de 1881 fue elegido, junto con L. N. Tolstói y el dramaturgo A. N. Ostrovski, miembro honorario de la Universidad de Kiev «por su labor en el campo de la literatura».

Su existencia, la mayor parte de la cual transcurrió en el extranjero, principalmente en Alemania y Suiza, aunque realizando también frecuentes viajes a París, refleja el largo y difícil, aunque interesante, camino recorrido por el escritor. Durante sus últimos años se agudizó el asma que le había aquejado largo tiempo; a eso hay que añadir la pérdida de la vista, la sordera y los frecuentes resfriados que contraía. Ello dio lugar a que en 1885 perdiera por completo la vista de un ojo, todo lo cual le apartó casi por completo de la vida de sociedad.

A fines de agosto de 1891, cuando se encontraba en su casita de campo —su dacha— de Peterhof, en las proximidades de Petersburgo, cogió un fuerte resfriado, que logró superar. No obstante, debilitado en extremo, durante el traslado a su domicilio de la capital, recayó y contrajo una pulmonía, que no pudo resistir. El 27 de septiembre exhaló su último suspiro. Junto a él se hallaba su fiel amigo de toda la vida A. F. Koni. Sus restos mortales fueron enterrados, de acuerdo con su voluntad, en Petrogrado, en el cementerio de Alexandr Nievski.

Goncharov murió amargado, sin lograr imaginar que su novela *Oblómov* habría de constituir una de las obras maestras y uno de los monumentos imperecederos de la literatura universal.

NATALIA UJÁNOVA

Cronología

1812 Iván Alexándrovich Goncharov nace el 6 de junio de 1812 en Simbirsk (actual Ulianovsk). Su padre, acomodado mercader, muere cuando Iván tenía siete años. Tuvo tres hermanos. De su educación se ocupó M. N. Tregúbov, noble propietario, amigo de la familia, persona de gran cultura.

1822 Es enviado a cursar estudios a la Escuela de Comercio de Moscú, que abandona en

1830, sin terminar la carrera.

1831 Ingresó en la sección de filología de la Universidad de Moscú, que finaliza en

1832 Conoce personalmente a A. S. Pushkin, cuando éste visita la Universidad.

1834 Trabaja un año en la oficina del gobernador de su ciudad natal.

1835 Se traslada a Petersburgo, donde ingresa de intérprete en el Departamento de Comercio Exterior del Ministerio de Finanzas. Al mismo tiempo da clases de literatura y latín a los hijos del miembro de la Academia de Bellas Artes N. A. Máikov, lo que le permite probar sus fuerzas en la literatura. Escribe varias poesías románticas para los almanaques manuscritos *La nevadilla* y *Noches de luna*.

1838 Publica los relatos *Enfermedad perniciosa* y *Feliz error*.

1842 Escribe la novela *Iván Sávvich Podzhavrin*, en la que trata de reflejar a su modo el carácter de Jlestakov, el funcionario frívolo de Almas muertas de Gógol, que se dedicaba a sacar dinero a sus parientes, manifestaba una actitud despectiva hacia sus obligaciones y estaba entregado por completo a disfrutar de la vida, la cual sólo verá la luz en 1847, en la revista *El Contemporáneo*.

1846 Entabla conocimiento con el famoso crítico V. G. Belinski y entra a formar parte de su círculo literario.

1847 Publica en la revista *El Contemporáneo* su primera novela *Una historia trivial*, que había comenzado en 1844, la cual constituye una importante aportación al movimiento social progresista de entonces y le hace famoso.

1848 Publica anónimamente en la misma revista *Cartas de un amigo de la capital a un novio provinciano*.

1849 Publica «El sueño de Oblómov», uno de los capítulos más trascendentales de *Oblómov*.

1852 Emprende, en calidad de secretario del almirante Ye. V. Putiatin, un viaje alrededor del mundo en la fragata de guerra Pallada, el resultado del cual se ve plasmado en el libro de relatos *La fragata «Pallada»*, publicada en 1858.

1855 Fallece, en febrero, el zar Nicolás I.

1855-1856 Mantiene relaciones con Yelisavieta Vasilievna Tolstaia (Lisa).

1859 Juicio entre Goncharov y Turguiénev, al que el primero había acusado de plagiador. Aparición de *Oblómov*, la obra cumbre del gran escritor.

1860-1861 Escribe y publica en diferentes revistas episodios sueltos de la novela *El precipicio*. Son: «Sofía Nikoláevna

Belovódova», «La abuela», «El retrato».

1862 Es nombrado redactor del periódico oficioso del Ministerio del Interior, *Correo del Norte*.

1865 Entra a formar parte del Consejo de prensa y publicaciones, órgano supremo encargado de inspeccionar las revistas y la literatura rusas. Debido a ello se convierte en enemigo del movimiento democrático y de su ideología, lo que le hace modificar la idea de *El precipicio*, que, de acuerdo con el nuevo enfoque, retrata, de forma tendenciosa y antiprogresista, la vida de las capas conservadoras de la sociedad rusa.

1866 Conoce en Marienbad a Alexandra Yákovlevna Kolódkina, a la que hace la corte sin éxito.

1867 Se jubila con el rango de consejero de Estado.

1869 Ve la luz la última gran obra de Goncharov *El precipicio*.

1870 Comienzan las hostilidades entre Prusia y Austria, lo que le obliga a regresar a Rusia.

1876 Conoce a F. M. Dostoievski.

1881 Es elegido, junto con L. N. Tolstói y A. N. Ostrovski, miembro de honor de la Universidad de Kiev.

1882 Estancia de Goncharov en Alemania.

1885 A consecuencia de una enfermedad pierde la vista de un ojo.

1891 A finales de agosto, enferma de un fuerte resfriado en su dacha de Peterhof, cerca de Petersburgo, que, aunque logra superar, le deja muy debilitado. En septiembre, cuando era trasladado a su casa, coge una pulmonía, que no logra vencer. Fallece el 14 del mismo mes, siendo enterrado en Petersburgo, en el cementerio de Alexandr Nievski.

Bibliografía

M. Ehre, *Oblomov and his creator. The life and art of Ivan Goncharov*, Princeton University Press (s. a.).

L. Ganchikov, *Il tema di «oblomovismo»*, en «Ricerche slavistiche», IV, Roma, 1955-1956.

J. Lavrin, *Goncharov*, New Haven, 1954.

E. Lo Gatto, *L'Oblomov e l'oblomovismo*, en «Saggi sulla cultura russa», 1967.

A. Mazon, *Un maître du roman russe: Ivan Gontscharov*, París, 1914.

L. Savoj Pacini, *Introducción a la traducción de las obras de Goncharov*, Milán, 1967.

N. U.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EN un piso de las grandes casas de la calle de Gorójoaia, cuya población bastaría para llenar una ciudad provinciana, yacía aquella mañana en su lecho Iliá Ilich Oblómov.

Tendría unos treinta y dos o treinta y tres años, era de talla mediana y aspecto agradable; sus ojos de un gris oscuro carecían de expresión determinada, así como de firmeza todos sus rasgos. Las ideas se paseaban como aves en libertad por su rostro, revoloteaban en sus ojos, se posaban en sus labios entreabiertos, se ocultaban en los pliegues de su frente para desaparecer luego por completo, y entonces una luz de indolente despreocupación iluminaba su cara. Esa despreocupación se manifestaba en las posturas de todo su cuerpo, incluso en los pliegues de su bata.

A veces, una expresión bien de cansancio, bien de aburrimiento enturbiaba su mirada; pero ni el cansancio ni el aburrimiento podrían desterrar la expresión benevolente de su rostro, expresión no sólo predominante en él, sino en todo su espíritu. Y ese espíritu se revelaba abierta y claramente en los ojos, en la sonrisa, en cada movimiento de la cabeza, de las manos. Incluso un observador frío y superficial, al ver de paso a Oblómov, habría dicho: «Es un bonachón, un ser sin malicia». Alguien dotado de mayor profundidad y de más simpatía habría observado largamente a Oblómov y se habría apartado sonriendo, sumido en gratas reflexiones.

La tez de Iliá Ilich no era ni sonrosada, ni morena, ni claramente blanca, sino indefinida o bien así parecía, ya que Oblómov estaba

más grueso de lo que correspondía a sus años, debido, quizá, a la falta de movimiento o de aire o de ambas cosas a la vez. En general, su cuerpo, a juzgar por el color, excesivamente blanco, del cuello, sus pequeñas y regordetas manos y redondeados hombros, parecía demasiado delicado para un hombre.

Sus movimientos, incluso cuando algo le inquietaba, eran reprimidos con suavidad y no carecían de cierta gracia indolente. Si una nube de íntima inquietud le cubría el rostro, la mirada se le oscurecía, las arrugas le surcaban la frente y se sucedían, como en un juego, la duda, el temor y la tristeza; esa inquietud, sin embargo, cristalizaba raras veces en forma de alguna idea determinada y más raramente aún se convertía en propósito. Toda ella se resolvía en un suspiro y se desvanecía en la apatía o la somnolencia.

¡Y qué bien sentaba a los rasgos apacibles de Oblómov y a su muelle cuerpo la ropa de casa! Llevaba una bata de tela persa, un auténtico batín oriental, carente de todo atisbo europeo, sin borlas, sin terciopelos, sin cinturón, un batín tan amplio, que Oblómov podía envolverse en él dos veces. Las mangas, de acuerdo con la inveterada moda asiática, iban ensanchándose desde los hombros hasta los dedos. Aunque la prenda ya había perdido su inicial lozanía y sustituía en algunos lugares su brillo natural y primigenio por otro adquirido, conservaba todavía la brillantez de los colores orientales y la solidez de su tejido.

Para Oblómov aquel batín poseía infinidad de inapreciables cualidades: era flexible, no le pesaba y como dócil esclavo se doblegaba al más mínimo movimiento de su cuerpo.

Oblómov, en su casa, no llevaba nunca ni corbata ni chaleco, pues le gustaba tener libertad de movimientos. Tenía unas zapatillas largas, anchas y suaves; cuando, sin mirar, bajaba los pies de la cama acertaba con ellas de inmediato.

Estar tumbado no era para Oblómov una necesidad como lo es para el enfermo o para el que tiene sueño, ni una casualidad como para el que está cansado, ni siquiera un placer como para el

perezoso: era su estado normal. Cuando estaba en casa —y lo estaba casi siempre— permanecía acostado y siempre en la misma habitación, donde lo encontramos, que le servía de alcoba, despacho y sala. Tenía tres habitaciones más, pero raras veces entraba en ellas, quizá alguna mañana pero no todos los días, cuando el criado barría el despacho, cosa que tampoco ocurría a diario. En aquellas habitaciones los muebles estaban cubiertos con fundas y corridas las cortinas.

La habitación donde se encontraba Iliá Ilich parecía, a primera vista, magníficamente amueblada. Había un escritorio de caoba, dos divanes tapizados en seda, bellos biombos bordados con pájaros y frutos nunca vistos en la naturaleza. Había allí cortinajes de seda, alfombras, cuadros, objetos de bronce, porcelanas, así como numerosos y bellos cachivaches.

Mas la mirada experta de una persona de buen gusto se habría dado cuenta inmediatamente de que todo cuanto allí había no significaba más que el deseo de mantener el *decorum* de las inevitables normas sociales, el afán de cumplir con ellas. Era evidente que sólo de eso se había cuidado Oblómov al arreglar su despacho. Un hombre de gusto refinado no se contentaría con aquellas sillas de caoba pesadas y poco graciosas y aquellos vacilantes estantes. El respaldo de uno de los divanes había cedido un tanto y en algunos lugares estaba desprendida la madera encolada. Idéntico aspecto ofrecían los cuadros, los jarrones y los cachivaches.

El propio dueño, por otra parte, contemplaba el mobiliario de su despacho con tanta indiferencia y frialdad como si se preguntara mentalmente: «¿Quién habrá traído y puesto todo esto aquí?». A causa de esa fría actitud de Oblómov ante sus bienes, y, tal vez, de una más fría aún de su criado Zajar, el aspecto del despacho, en el caso de que se le prestara mayor atención, sorprendía por su suciedad y abandono.

En las paredes, junto a los cuadros, se extendían, formando festones, las telarañas; los espejos, en vez de reflejar los objetos, servían más bien de paneles para escribir sobre el polvo alguna que otra anotación como recordatorio. Las alfombras se veían llenas de manchas. Una toalla olvidada descansaba sobre uno de los divanes; era rara la mañana en que no apareciera sobre la mesa un plato no recogido de la cena del día anterior, un salero y algún hueso roído, así como migajas de pan.

Si no fuera por ese plato y la pipa recién fumada arrimada a la cama o por el propio dueño tumbado en ella, cabría pensar que allí no habitaba nadie; a tal punto se veía todo polvoriento, deslucido y carente, en general, de huellas vivas de presencia humana. Es cierto que en los estantes había dos o tres libros abiertos, un periódico abandonado y un tintero con plumas en el escritorio, pero las páginas por las que estaban abiertos los libros aparecían cubiertas de polvo y amarillentas; el periódico era del año anterior, y del tintero, caso de introducir en él la pluma, sólo habría salido, espantada y zumbando, alguna mosca.

Aquel día, en contra de su costumbre, Iliá Ilich se despertó muy temprano, a eso de las ocho. Se le veía hondamente preocupado. En su rostro se alternaban expresiones bien de temor, bien de fastidio, bien de aburrimiento. Se notaba que sostenía una lucha interna y que su mente no había acudido aún en su ayuda.

El caso era que Oblómov había recibido el día anterior una carta de contenido desagradable del administrador de su propiedad. Es bien sabido de qué puede escribir un administrador: malas cosechas, impago de rentas, disminución de beneficios, etc. Pero aunque el administrador había escrito a su señor cartas idénticas el año pasado y el anterior y el otro, esta última le produjo la misma impresión que toda sorpresa desagradable.

La solución no le parecía fácil: tendría que pensar en el modo de tomar algunas medidas. Hemos de hacer justicia, sin embargo, a Iliá Ilich como celoso cuidador de sus intereses. Al recibo de la primera

carta desagradable de su administrador, enviada varios años atrás, comenzó a trazar mentalmente un plan de reformas y cambios en la administración de su propiedad.

En ese plan se proponía introducir varias medidas nuevas, tanto económicas como policíacas y otras. El plan se hallaba, sin embargo, muy lejos de su plena conclusión y las cartas desagradables del administrador, que se sucedían de año en año, lo incitaban a la actividad y, por consiguiente, turbaban su paz. Oblómov comprendía la necesidad de emprender algo decisivo antes de tener acabado su plan.

Tan pronto como despertó tuvo la intención de levantarse en el acto, lavarse y, una vez tomado el té, reflexionar largamente y tomar algunas decisiones, anotarlas y, en general, ocuparse del asunto con toda la atención debida.

Permaneció acostado una media hora más, atormentado por esos propósitos, pero pensó que tendría tiempo de hacerlo después del té y que éste podría tomarlo en la cama como siempre, ya que nada le impedía pensar acostado.

Y así lo hizo. Una vez tomado el té, se incorporó en el lecho y a punto estuvo de levantarse; sin dejar de mirar hacia las zapatillas empezó, incluso, a bajar una pierna en dirección a ellas, pero la volvió a encoger de inmediato.

Dieron las nueve y media. Oblómov se sobresaltó.

—Pero ¡qué estoy haciendo! —exclamó con fastidio y en voz alta—. Ya es hora de cobrar conciencia y ponerse manos a la obra. Si me dejó llevar, entonces... ¡Zajar! —gritó.

En la habitación, que sólo un pequeño pasillo separaba del despacho de Iliá Ilich, se oyeron al principio unos gruñidos como los de un perro de presa, luego el ruido de unos pies al saltar. Era Zajar, que había saltado de la tarima situada encima de la estufa donde solía pasar el tiempo sentado y medio dormido.

Entró en la habitación un hombre de edad madura que vestía levita gris con un roto debajo del sobaco, por el cual asomaba un

trozo de camisa, y chaleco del mismo color con botones de cobre. Su cráneo era tan liso como una rodilla, pero lucía espesas y rubias patillas, algo canosas, de inconmensurable anchura, que habrían sobrado para tres barbas.

Zajar no había intentado siquiera modificar la imagen que le había dado Dios ni tampoco el traje que vestía en la aldea y que se le hacía de acuerdo con el modelo traído desde allá. La levita gris y el chaleco le gustaban, además, porque ese semiuniforme le recordaba débilmente la librea que llevó en otros tiempos, cuando acompañaba a los difuntos señores bien a la iglesia, bien a las visitas; la librea, en sus recuerdos, era la única representante del prestigio de la casa de los Oblómov.

Ninguna otra cosa recordaba al viejo la muelle y tranquila vida señorial en la paz de la remota aldea. Los padres de Oblómov habían muerto, los retratos familiares quedaron en la casa y tal vez estuvieran tirados en cualquier rincón del desván; el recuerdo del antiguo modo de vida y de la importancia de la familia Oblómov se iba olvidando cada vez más o perduraba tan sólo en la memoria de unos cuantos viejos que seguían viviendo en la aldea. Por ello estimaba tanto Zajar su levita gris; en ella y en algunos otros rasgos que se conservaban en el rostro y en los modales de su señor, parecidos a los de sus padres, y también en sus caprichos, que le hacían renegar en su fuero interno y en voz alta, pero que respetaba, sin embargo, como la manifestación de su derecho de señor, veía Zajar unos débiles atisbos de la perdida grandeza.

Sin esos caprichos no sentía la autoridad del señor; sin ellos nada le hacía recordar su juventud, la aldea abandonada hacía mucho y las tradiciones de la antigua casa, únicos anales que, llevados por los viejos criados, las niñeras y nodrizas, se transmitían de generación en generación.

En tiempos, la casa de Oblómov fue rica y famosa en aquellos lugares, pero después, y sólo Dios sabe la razón, fue perdiendo categoría y acabó mezclándose con otras familias de reciente

nobleza. Únicamente los viejos criados de la casa conservaban y se transmitían los unos a los otros la fiel memoria de los tiempos pasados, cuyo recuerdo valoraban como algo sagrado.

Esa era la razón del cariño que sentía Zajar por su levita gris. Tal vez apreciara tanto también sus patillas porque, siendo niño, había visto a muchos criados viejos con ese antiguo y aristocrático adorno.

Iliá Ilich, sumido en sus meditaciones, tardó mucho tiempo en apercibirse de la presencia de Zajar, quien permanecía silenciosamente y de pie ante él. Por fin Zajar tosió.

—¿Qué quieres? —preguntó Iliá Ilich.

—Usted me llamó.

—¿Yo te llamé? Bueno, en realidad no recuerdo para qué lo hice —respondió Oblómov estirándose—. Retírate por ahora, hasta que lo recuerde.

Zajar se fue; Iliá Ilich siguió acostado sin dejar de pensar en la maldita carta.

Transcurrieron quince minutos.

—Bueno, ya basta de estar en cama —dijo—, hay que levantarse... Pero voy a leer una vez más y con atención la carta del administrador y luego me levantaré. ¡Zajar!

Se repitió el salto y el gruñido, pero con mayor fuerza. Zajar entró, mas Oblómov volvió a sumergirse en sus pensamientos. Unos dos minutos esperó Zajar, mirando de reojo y con poca simpatía a su señor; por fin se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó de pronto Iliá Ilich.

—Usted no me dice nada, ¿para qué voy a estar aquí en vano? —respondió Zajar con voz ronca; hablaba siempre con esa voz, ya que, según contaba, la había perdido durante una cacería con perros, cuando acompañaba al viejo señor, y un aire muy frío le entró por la garganta.

Estaba de pie en la habitación, medio vuelto hacia el amo y mirándolo de reojo.

—¿Es que se te han secado las piernas y no puedes estar de pie? ¿No ves que estoy preocupado? Por lo tanto, espera. ¿Te parece que no has descansado lo suficiente? Busca la carta que recibí ayer del administrador. ¿Dónde la metiste?

—¿Qué carta? No vi ninguna carta —respondió Zajar.

—Pero si te la dio a ti el cartero, una muy sucia.

—¡Cómo quiere que sepa dónde la puso usted! —decía Zajar toqueteando los papeles y los diversos objetos que había sobre la mesa.

—Tú jamás sabes nada. Mira en aquella cesta. ¿No se habrá caído detrás del diván? Fíjate, el respaldo sigue sin arreglar. ¿Qué te costará llamar al carpintero y mandarlo arreglar? Y fuiste tú quien lo rompió. ¡No piensas en nada!

—Yo no lo rompí —contestó Zajar—, se rompió solo. ¡No iba a durar un siglo! Alguna vez tenía que romperse.

Oblómov no creyó necesario demostrar lo contrario.

—¿La encontraste? —se limitó a preguntar.

—Aquí hay algunas cartas.

—No son ésas.

—Pues no hay ninguna más —dijo Zajar.

—Bueno, vete —ordenó, impaciente, Iliá Ilich—; cuando me levante, yo la encontraré.

Zajar se fue a su habitación, pero tan pronto como apoyó las manos en la tarima para saltar, volvió a oírse la apresurada llamada.

—¡Zajar! ¡Zajar!

—¡Ah, Dios santo! —gruñó, encaminándose de nuevo al despacho—. ¡Qué martirio! ¡Ojalá se me lleve Dios pronto! ¿Qué desea? —preguntó, apoyándose con una mano en la puerta del despacho y mirando tan de reojo a Oblómov, en señal de reprobación, que lo veía únicamente con la mitad del ojo; Oblómov, a su vez, podía divisar tan sólo una patilla inconmensurable, de la cual cabía esperar que salieran volando dos o tres pájaros.

—¡Un pañuelo, de prisa! ¡Podías haberte dado cuenta tú! ¡No ves nada! —le reconvino severamente Iliá Ilich.

Zajar no manifestó ningún descontento especial o sorpresa ante la orden y el reproche de su señor: consideraba, probablemente, que tanto lo uno como lo otro eran muy naturales.

—¡Cualquiera sabe dónde está el pañuelo! —gruñía dando vueltas alrededor de la habitación, al tiempo que tanteaba cada silla, aunque de sobra se veía que nada había en ellas— Todo lo pierde usted —dijo, abriendo la puerta del salón para ver si estaba allí.

—¿Adónde vas? Busca por aquí, hace dos días que no entro en el salón. ¡Date prisa!

—¡A saber dónde estará el pañuelo! ¡No lo veo! —decía Zajar, abriendo los brazos y mirando en todas direcciones—. Pero si allí lo tiene —gruñó de pronto con enfado—, está debajo de usted. Veo la punta que asoma. Lo tiene usted debajo y me pregunta a mí por él.

Y sin esperar respuesta, Zajar se dispuso a salir. Oblómov se sintió algo incómodo por el fallo cometido. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en hallar otro motivo para echarle la culpa a Zajar.

—¡Qué limpio lo tienes todo! ¡Dios mío, cuánto polvo, qué suciedad! Mira, mira por los rincones; no haces nada.

—¡Decirme que no hago nada! —exclamó Zajar con voz ofendida—. Me esfuerzo, empleo mi vida en servirle. Quito el polvo y barro casi todos los días...

Y señaló el centro del suelo y la mesa donde Oblómov comía.

—Mire, mire —siguió diciendo—, todo está barrido, recogido, limpio como para una boda... ¿Qué más quiere?

—¿Y eso qué es? —le interrumpió Oblómov, señalando las paredes y el techo—. ¿Y eso? ¿Y eso? —añadió, enseñándole la toalla tirada desde el día anterior y el plato olvidado sobre la mesa con un trozo de pan.

—Eso lo puedo recoger —dijo Zajar condescendiente, llevándose el plato.

—¡Como si sólo fuera eso! ¿Qué me dices del polvo que hay por las paredes, de las telarañas? —prosiguió Oblómov señalando las paredes.

—Eso lo limpio para Semana Santa: entonces quito el polvo de las imágenes y las telarañas...

—¿Y para cuándo los libros y los cuadros?

—Los libros y los cuadros antes de Navidades; entonces Anisia y yo repasamos todos los armarios. ¿Y cuándo quiere que hagamos la limpieza? Usted está siempre en casa.

—A veces voy al teatro o de visita, entonces...

—¡Qué limpieza puede hacerse de noche!

Oblómov lo miró con reproche, movió la cabeza y suspiró; Zajar miró hacia la ventana con aire indiferente y también suspiró. Diríase que el señor pensaba: «Tú, amigo, eres aún más Oblómov que yo»; Zajar, a su vez, podía haberse dicho: «¡Déjate de cuentos! ¡Eres un maestro en decir palabras sabihondas y lastimeras, pero nada te importa el polvo ni las telarañas!».

—¿No comprendes —empezó a decir Iliá Ilich— que del polvo salen las polillas? A veces hasta veo una chinche en la pared.

—Yo tengo hasta pulgas —respondió Zajar con indiferencia.

—¿Y eso te parece bien? ¡Vaya una porquería! —observó Oblómov.

Zajar sonrió con toda la cara, hasta las cejas y las patillas, que por esta causa se desplazaron a los lados, y una mancha roja se extendió hasta la misma frente.

—¿Qué culpa tengo yo de que haya chinches en el mundo? —preguntó Zajar con ingenua sorpresa—. ¿Acaso las he inventado yo?

—Todo es producto de la suciedad —le interrumpió Oblómov—. Déjate de cuentos.

—Tampoco fui yo quien inventó la suciedad.

—En tu cuarto hay ratones, los oigo correr por las noches.

—Tampoco inventé yo los ratones —porfió Zajar—. Esos bichos, tanto ratones como gatos o chinches, abundan por todas partes.

—¿Y entonces cómo es que en otras casas no hay ni chinches ni polillas?

En el rostro de Zajar se pintó la desconfianza o, mejor dicho, la serena seguridad de que eso no podía ser.

—Yo tengo mucho de todo —dijo tercamente—, no puedo ir detrás de cada chinche ni meterme en sus rendijas.

Parecía, sin embargo, que en su fuero interno pensaba: «¡Cómo va a dormir uno sin chinches!».

—Debes barrer y sacar la suciedad de los rincones y entonces no habrá nada —le aleccionó Oblómov.

—La quito un día y al siguiente vuelve a acumularse —respondió Zajar.

—No se acumulará —le interrumpió Oblómov—, no habrá motivo.

—Habrá, lo sé —insistió Zajar.

—Pues si lo hay, vuelve a barrer de nuevo.

—¿Qué dice? ¿Limpiar los rincones todos los días? —preguntó Zajar—. ¡Vaya una vida! ¡Más vale que se me lleve Dios!

—¿Por qué otras casas están limpias? —preguntó Iliá Ilich—. Fíjate en la casa que tenemos enfrente, la del afinador: gusto da mirarla y sólo tienen una sirvienta...

—¿De dónde quiere que saquen suciedad los alemanes? —le respondió Zajar—. Fíjese en cómo viven. Toda la familia se pasa la semana royendo un hueso. La levita del padre pasa a los hombros del hijo y del hijo al padre de nuevo. Tanto la mujer como las hijas llevan los vestidos cortos, no hacen más que encoger las piernas como las ocas... ¿De dónde va a salir la suciedad? No tienen como nosotros montones de ropa usada y vieja en los armarios durante años o todo un rincón lleno de cortezas de pan guardadas para el invierno... En casa de ellos no se pierde ni siquiera un mendrugo. Lo tuestan y se lo comen con cerveza.

Zajar incluso escupió entre dientes al describir una vida tan miserable.

—¡Basta ya de charla! —dijo Iliá Ilich—. Más vale que limpies.

—Yo a veces lo haría, pero es usted el que no me deja —repuso Zajar.

—¡Y dale! Resulta que soy yo quien te lo impide...

—Claro que sí; siempre está metido en casa. ¿Cómo voy a limpiar delante de usted? Si se fuera durante todo el día, lo haría.

—¡Que me vaya! ¡Qué cosas se te ocurren! Más vale que te retires.

—De veras —insistió Zajar—; si se fuera, aunque fuera hoy, Anisia y yo haríamos limpieza general. Aunque entre los dos no podríamos con todo, habría que emplear algunas mujeres para lavar la ropa.

—¡Qué fantasías! ¡Unas mujeres! Vete ya —ordenó Iliá Ilich.

Ya no estaba contento de haber iniciado esa conversación con Zajar. Siempre olvidaba que la sola mención de ese delicado tema le ocasionaba muchos quebraderos de cabeza.

A Oblómov le habría gustado verlo todo limpio, pero que se hiciera por sí solo, de forma invisible; Zajar se ponía a discutir siempre que se le exigía que limpiase el polvo, que fregase el suelo, etc. Daba muestras, en esos casos, de que se armaría un gran jaleo en la casa, pues sabía perfectamente que sólo pensar en ello horrorizaba a su señor.

Zajar se fue y Oblómov se sumió en sus cavilaciones. Al poco rato el reloj volvió a marcar la media hora.

—Pero bueno —exclamó Iliá Ilich casi asustado—. Pronto serán las once y yo no me he levantado ni lavado. ¡Zajar! ¡Zajar!

—¡Ah, Dios mío! —se oyó desde el pasillo y a continuación el consabido salto.

—¿Está preparada el agua? —preguntó Oblómov.

—Ya hace tiempo —contestó Zajar—. ¿Por qué no se levanta?

—¿Por qué no me dijiste que ya estaba preparada? Me habría levantado hace tiempo. Vete, iré en seguida. Tengo que hacer. Me pondré a escribir.

Zajar se retiró, pero al poco rato regresó con un cuaderno mugriento todo escrito y unas facturas.

—Bueno, si se pone a escribir, haga el favor de comprobar de paso estas facturas: tenemos que pagarlas.

—¿Qué facturas? ¿Qué tenemos que pagar? —preguntó Oblómov, descontento.

—Pues al carnicero, al frutero, a la lavandera, al panadero, todos piden dinero.

—¡Sólo del dinero se preocupan! —gruñó Iliá Ilich—. ¿Por qué no me presentas las facturas poco a poco y no todas a la vez?

—Pero si usted no hace más que echarme, siempre me dice: mañana, mañana...

—Pero vamos a ver, ¿es que ahora no podemos dejarlas hasta mañana?

—¡No! Me están dando mucho la lata: ya no nos fían más. Hoy estamos a primeros de mes.

—¡Ah! —exclamó Oblómov con fastidio—. ¡Una preocupación más! ¿Qué haces ahí parado? Déjamelas sobre la mesa. Me levantaré en seguida, me lavaré y les echaré un vistazo —dijo Iliá Ilich—. ¿Está preparada el agua?

—Sí, ya está preparada —respondió Zajar.

—Bueno, pues ahora...

Y carraspeando empezó a incorporarse en la cama con la intención de levantarse.

—Olvidé decirle —dijo Zajar de pronto— que esta mañana, usted descansaba todavía, el administrador de la casa mandó al portero para notificarnos que necesitaba el piso y que debíamos desalojarlo de inmediato.

—Bueno, ¿y qué? Si lo necesita nos marcharemos, naturalmente. ¿Por qué me das la lata? Es la tercera vez que me lo dices.

—Es que también me la dan a mí.

—Diles que nos mudaremos.

—Me contestan que se lo estamos prometiendo ya hace más de un mes y que no acabamos de irnos: «avisaremos a la policía», me dicen.

—Pues que la avisen —dijo Oblómov, enérgico—. Nos mudaremos cuando haga más calor, dentro de unas tres semanas.

—¡Cómo dentro de tres semanas! El administrador dice que dentro de dos semanas vendrán los obreros a derribarlo todo... «Trasládense —dice— mañana o pasado mañana».

—¡Vaya con las prisas! ¿Qué más se les ocurre? No querrá que lo hagamos ahora mismo... Y tú no te atrevas a mencionarme más lo de la casa. Ya te lo prohibí una vez, pero tú vuelves a la carga. ¡Ten cuidado!

—¿Y qué puedo hacer? —respondió Zajar.

—¡Qué puedo hacer! ¿Eso es todo cuanto se te ocurre? —dijo Iliá Ilich—. ¿Y me lo preguntas a mí? ¡A mí qué me importa! No me molestes y haz lo que quieras, toma las medidas precisas, con tal de que no tengamos que mudarnos. ¿Es que no puedes hacer un esfuerzo por tu señor?

—Pero ¿cómo, padrecito Iliá Ilich, puedo yo tomar medidas? —empezó a decir Zajar con su ronca pero ahora suavizada voz—. La casa no es mía. ¿Cómo no vamos a mudarnos de una casa ajena si nos echan de ella? Si la casa fuera mía, entonces con mucho gusto...

—¿No se les puede convencer de algún modo? Y si se les dice, por ejemplo: «Hace tiempo que vivimos aquí, pagamos puntualmente».

—Ya lo dije —contestó Zajar.

—¿Y ellos qué?

—¡Qué van a decir! Sólo repiten: «Múdense, necesitamos arreglar el piso». Quieren hacer uno grande con éste y el del doctor para la boda del hijo del dueño.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Oblómov con fastidio—. ¡Y pensar que los hay tan burros que se casan!

Y se tumbó de espaldas.

—Señor, debería usted escribir al dueño —aconsejó Zajar—; tal vez lo dejaría tranquilo y empezaría demoliendo la otra casa.

Al decir esto, señaló vagamente a la derecha.

—Bueno, tan pronto como me levante, le escribiré... Retírate, lo pensaré. No sabes hacer nada —añadió—; hasta de semejante pequeñez he de ocuparme personalmente.

Zajar se fue y Oblómov se puso a pensar.

Pero le resultaba difícil elegir el tema de sus pensamientos: bien la carta del administrador, el traslado al nuevo piso o revisar las facturas. Se sentía perdido en ese flujo de preocupaciones cotidianas y seguía acostado, dando vueltas de un lado a otro. De vez en cuando lanzaba entrecortadas exclamaciones: «¡Ah, Dios mío! La vida me atenaza, me acorrala».

No se sabe si habría estado mucho tiempo preso de esa indecisión, cuando sonó el timbre de la puerta.

«Ya ha venido alguien —se dijo Oblómov, arrebujiándose en su batín—. Y yo sin levantarme todavía. ¡Qué vergüenza! ¿Quién será tan temprano?».

Oblómov, acostado, miraba con curiosidad la puerta.

CAPÍTULO II

ENTRÓ en el despacho un hombre joven, de unos veinticinco años, saludable, de rientes mejillas, labios y ojos. Daba envidia verlo.

Su vestimenta y peinado eran irreprochables: deslumbraba la frescura de su tez, de su ropa, de sus guantes y su frac. Lucía sobre el chaleco una elegante cadenita llena de diminutos dijes. Sacó un finísimo pañuelo de batista, aspiró los aromas del Oriente, luego se lo pasó con aire negligente por la cara y por el reluciente sombrero y sacudió con él sus botas de charol.

—¡Ah, Vólkov, buenos días! —le saludó Oblómov.

—¡Buenos días, Oblómov! —dijo el esplendoroso caballero, acercándose.

—¡No se acerque, no se acerque, que viene de la calle y hace frío!

—¡Niño mimado, sibarita! —exclamó Vólkov, buscando un sitio para depositar el sombrero pero, como veía polvo por doquier, no lo dejó en ninguna parte; apartó los faldones de su frac para sentarse pero, después de observar atentamente el sillón, se quedó de pie.

—¡No se ha levantado aún! ¡Vaya un batín que lleva! Hace mucho que pasaron de moda —reconvino a Oblómov.

—No es un batín, sino un jalat^[1] —respondió Oblómov, envolviéndose amorosamente en los amplios faldones de su batín.

—¿Está bien de salud? —le preguntó Vólkov.

—¡No me hable de salud! —respondió Oblómov bostezando—. Me encuentro mal. Las congestiones me atormentan. ¿Y cómo está usted?

—¿Yo? No estoy mal. Me encuentro bien y me divierto, me divierto mucho —añadió el joven con énfasis.

—¿De dónde viene tan temprano? —preguntó Oblómov.

—De la casa del sastre. Mire, ¿me sienta bien el frac? —preguntó, dando vueltas ante Oblómov.

—Muy bien. Está hecho con gran gusto —dijo Iliá Ilich—, pero ¿por qué es tan ancho por detrás?

—Es un frac para montar a caballo.

—¡Ah, vaya! ¿Es que usted monta?

—¡Claro! Me lo encargué para el día de hoy precisamente. Estamos a primero de mayo; Goriunov y yo vamos a Yekateringof. Usted no sabe, claro está, que a Misha Goriunov lo han ascendido y lo celebramos hoy —añadió Vólkov con entusiasmo.

—¡Vaya! —dijo Oblómov.

—Su caballo es bayo —continuó Vólkov—; los de su regimiento son bayos y el mío negro. ¿Cómo piensa ir usted, a pie o en coche?

—Pues... de ningún modo —contestó Oblómov.

—¡No piensa ir a Yekateringof un primero de mayo! ¡Qué dice, Iliá Ilich! —exclamó, asombrado, Vólkov—. Va todo el mundo.

—¡Cómo va a ir todo el mundo! No, todo el mundo no va —dijo Oblómov indolentemente.

—¡Venga con nosotros, querido Iliá Ilich! Sofía Nikoláievna y Lidia irán solas en el coche y enfrente de ellas hay un asiento, puede ir ahí.

—No, no cabré en él. Y, además, ¿qué hago yo allí?

—Bueno, si quiere, Misha le puede proporcionar un caballo.

—¡Qué cosas se le ocurren! —dijo Oblómov, como si hablara consigo mismo—. ¿A qué viene tanto interés por los Goriunov?

—¡Ah! —exclamó Vólkov poniéndose colorado—. ¿Quiere que se lo diga?

—Dígame.

—¿Palabra de honor que no se lo diré a nadie? —continuó Vólkov, sentándose a su lado en el diván.

—Prometido.

—Estoy... enamorado de Lidia —susurró.

—¡Bravo! ¿Hace mucho? Parece una muchacha encantadora.

—Hace tres semanas —respondió Vólkov suspirando profundamente—. Y Misha está enamorado de Dáshenka.

—¿De qué Dáshenka?

—¿De dónde sale usted, Oblómov? ¿No conoce a Dáshenka? ¡La ciudad entera la adora por lo bien que baila! Hoy vamos al ballet y Misha le ofrecerá un ramo de flores. Tengo que acompañarlo; es muy tímido, un novato aún... ¡Ah! He de marcharme ya, tengo que conseguir todavía las camelias...

—Déjelo, quédese a comer conmigo; charlaremos. A mí me han ocurrido dos desgracias...

—No puedo; almuerzo en casa del príncipe Tiúmiénev, allí estarán todos los Goriunov y ella, ella... Lidinka —añadió en un susurro—. ¿Por qué dejó de visitar al príncipe? ¡Una casa tan divertida! ¡Qué tren de vida! ¿Y qué me dice de la finca? ¡Toda sumergida en flores! Han instalado una galería en estilo *gothique*. Dicen que en verano habrá bailes, cuadros vivos... ¿Piensa visitarles?

—No, creo que no.

—¡Ah, qué casa! Este invierno, los miércoles, recibían a más de cincuenta personas y a veces llegaban a cien...

—¡Dios mío, qué aburrimiento tan infernal!

—¿Cómo puede decir algo así? ¡Aburrimiento! Cuanta más gente, más diversión. Lidia solía asistir y yo, al principio, no me fijaba en ella pero, de pronto...

En vano olvidarla procuro y la pasión con la razón vencer...

—canturreó Vólkov, sentándose pensativo en el sillón; pero se levantó de un salto y comenzó a limpiar su traje de polvo.

—¡Qué de polvo tiene por todas partes! —exclamó.

—La culpa es de Zajar —se lamentó Oblómov.

—Bueno, ya es hora de marcharse —dijo Vólkov— Voy en busca de las camelias para el ramo de Misha. *Au revoir*.

—Venga esta noche a tomar el té cuando regrese del ballet, me contará lo que pasó —lo invitó Oblómov.

—No puedo, di palabra a los Mussinski: hoy reciben. Véngase usted conmigo. ¿Quiere que lo presente?

—No, ¿qué hago yo allí?

—¿En casa de los Mussinski? ¡Por favor! Media ciudad los visita. ¿Cómo pregunta qué va a hacer? En esa casa se habla de todo...

—Lo aburrido es que se hable de todo —dijo Oblómov.

—Bueno, entonces, visite a los Mézdrov —lo interrumpió Vólkov —; allí sólo hablan de arte. No se oye más que «escuela veneciana», «Beethoven» y «Bach», «Leonardo da Vinci»...

—¡Qué aburrimiento hablar siempre de lo mismo! Deben de ser unos pedantes —observó Oblómov bostezando.

—Imposible darle gusto. ¿Acaso hay pocas casas? Ahora todos tienen su día de recepción: los Savin dan comida los jueves; los Maklashin, los viernes; los Viáznikov, los domingos, y el príncipe Tiumiénev, los miércoles. ¡Tengo todos los días ocupados! —concluyó Vólkov con entusiasmo.

—¿Y no le da pereza ir de casa en casa día tras día?

—¡Qué cosas dice! ¿Cómo puede hablar de pereza? ¡Si es divertidísimo! —habló alegremente Vólkov— Por las mañanas leo, porque hay que estar *au courant* de todo, conocer todas las novedades. Gracias a Dios tengo un trabajo que no me obliga a estar en la oficina. Voy sólo dos veces a la semana, estoy un rato y como con el general, luego hago visitas a casa de personas que hace tiempo no he visto y después... siempre hay alguna nueva

actriz, bien en el teatro ruso, bien en el francés. Pronto habrá ópera, sacaré un abono. Y ahora estoy enamorado... El verano está a punto de comenzar. A Misha le han prometido un permiso e iremos a pasar un mes a su finca, para variar. Cazaremos. Tienen excelentes vecinos, se organizan *bals champetres*. Lidia y yo pasearemos por el bosque, iremos en barca, cogemos flores... ¡Ah! —Vólkov viró en redondo, lleno de alegría—. Bueno, ya es hora... Adiós —dijo, tratando en vano de verse de frente y por detrás en el polvoriento espejo.

—Espere —dijo Oblómov, tratando de retenerlo—, me gustaría hablar con usted de un asunto...

—Perdón, no tengo tiempo —respondió Vólkov apresurándose—. En otra ocasión. ¿No le gustaría comer unas ostras conmigo? Entonces me lo contaría. Véngase, Misha invita.

—No, vaya con Dios —respondió Oblómov.

—Adiós, pues.

Vólkov se dirigió hacia la puerta, pero se volvió de pronto.

—¿Ha visto esto? —Y le mostró la mano enfundada en un guante que se ajustaba perfectamente.

—¿Qué es? —preguntó Oblómov, perplejo.

—Los nuevos lacets^[2] ¿Ve lo bien que sientan los guantes? Ya no es preciso perder dos horas tratando de abotonarlos: se tira del cordoncillo y ya está. Acaban de llegar de París. ¿Quiere que le traiga un par para que los pruebe?

—Bueno, tráigalos —accedió Oblómov.

—Y mire esto, ¿no le parece un encanto? —dijo buscando en el montón de dijes y mostrándole una diminuta tarjeta de visita con una esquina doblada.

—No descifro lo que pone.

—Pr, es decir, príncipe, y M. de Michel —explicó Vólkov—. No ha cabido el apellido; Tiumiénev me lo regaló por Pascua en vez de un huevo. Bueno, adiós, *au revoir*. Tengo que ir aún a diez sitios. ¡Dios mío, qué divertido es vivir!

Y Vólkov desapareció.

«A diez sitios en un solo día, ¡qué desgraciado! —pensó Oblómov—. ¿Y eso es vida? —Se encogió de hombros— ¿Dónde está el hombre? ¿En qué dispersa y diluye su vida? Claro que es bueno ir al teatro de vez en cuando y enamorarse de alguna Lidia... que es, además, muy linda. Es muy agradable estar con ella en el campo, coger flores, pasear en barca, pero ir a diez sitios en un solo día, ¡qué desgraciado!», concluyó, volviéndose de espaldas, satisfecho de no tener tan vanos deseos y pensamientos, de no tener que ir de aquí para allá, sino de estar echado en su casa, conservando su dignidad humana y su paz.

Otro timbrazo interrumpió sus reflexiones.

Entró un nuevo visitante.

Era un caballero que vestía levita verde oscura, con botonadura repujada; iba cuidadosamente rasurado y sus oscuras patillas enmarcaban por igual su cara. La expresión de sus ojos era de consciente serenidad en un rostro muy ajado. Sonreía pensativamente.

—¡Hola, Sudbinski! —le saludó Oblómov alegremente—. ¡Trabajo te cuesta visitar a un viejo colega! ¡No te acerques, traes el frío de la calle!

—¡Hola, Iliá Ilich! Hace tiempo que me disponía a visitarte —dijo el recién llegado—. Pero tú bien sabes el maldito trabajo que tenemos en la oficina. Mira, llevo toda esta cartera llena para hacer un informe. Tengo dada la orden, en el caso de que alguien pregunte por mí, de que me avisen a tu casa. No puedo disponer ni de un minuto para mí.

—¿Y ahora vas a la oficina? ¿Por qué tan tarde? —preguntó Oblómov— Antes ibas a las diez.

—Antes, sí, pero ahora es distinto; voy en coche a las doce. —Y acentuó las palabras «en coche».

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Oblómov—. Eres el jefe del departamento. ¿Hace mucho?

—Desde Semana Santa —respondió Sudbinski—, pero ¡cuánto trabajo! ¡Es terrible! Desde las ocho hasta las doce trabajo en casa, desde las doce hasta las cinco en el departamento, y por las tardes también tengo que trabajar. He perdido por completo la costumbre de relacionarme con las personas.

—¡Hum! ¡Conque jefe del departamento! Te felicito —dijo Oblómov—. ¡Vaya contigo! Juntos empezamos a trabajar. Seguro que el próximo año llegarás a ser consejero de Estado.

—¡Qué dices! ¡Nada de eso! He de conseguir aún este año la orden de la Corona; pensé que me la darían por méritos en el trabajo, pero me dieron el nuevo cargo y no se puede ascender dos años seguidos...

—Quédate a comer; beberemos por tu ascenso —dijo Oblómov.

—No, hoy como con el subdirector. Tengo que preparar un informe para el jueves. Es un trabajo infernal. Uno no puede fiarse de los datos que nos llegan de la provincia. He de comprobar personalmente las listas. Fomá Fomich es muy minucioso: lo quiere hacer todo en persona. Hoy, después del almuerzo, nos pondremos a trabajar.

—¿Inmediatamente después de comer? —preguntó Oblómov, incrédulo.

—¿Tú qué crees? Y a ver si acabo antes y me da tiempo de dar un paseo por Yekateringof... Y a propósito, vine para preguntarte si no quieres ir de paseo. Vendría a buscarte...

—No me encuentro nada bien, no puedo —respondió Oblómov con una mueca—. Además tengo mucho que hacer... No, no puedo.

—¡Qué lástima! —dijo Sudbinski—, hace un día espléndido. Confío en que hoy sí que podré descansar...

—¿Qué novedades hay por el departamento? —preguntó Oblómov.

—Muchas cosas: en las cartas ya no se pone «su seguro servidor», sino «tenga la seguridad de»; se ha ordenado que no se envíen dos copias de las listas del personal; hay ahora tres

despachos más y dos funcionarios nuevos para misiones especiales. Nuestra comisión se ha disuelto... ¡Muchas novedades!

—¿Qué es de nuestros antiguos colegas?

—Nada por ahora. Sbinkin perdió un expediente.

—¿De veras? ¿Qué dijo el director? —preguntó Oblómov con voz temblorosa. El simple recuerdo de los días pasados le llenó de temor.

—Ordenó que se demorara su ascenso mientras no apareciese el expediente, que era muy importante: trataba de las sanciones. El director opina —añadió Sudbinski casi en un susurro— que lo perdió... adrede.

—¡No puede ser! —exclamó Oblómov.

—No, por supuesto que no —confirmó Sudbinski, con aire importante y protector—. Sbinkin tiene la cabeza a pájaros. A veces ni el diablo entiende los balances que hace, embrolla todos los datos. Es un verdadero martirio lo que padezco con él, pero nunca se lo vio mezclado en nada semejante... Él no haría una cosa así, no, ¡no! Se habrá traspapelado por algún lugar; lo encontraremos más tarde.

—Ya veo que estás muy atareado —dijo Oblómov—. Trabajas mucho.

—¡Terrible, terrible! Pero con una persona como Fomá Fomich da gusto trabajar, no te deja sin recompensa. No olvida ni a aquellos que nada hacen. Cuando llega el turno de premiar por méritos de trabajo, te propone para el ascenso, y al que, por sus años de servicio, no le corresponde, lo propone para una condecoración, una recompensa monetaria...

—¿Qué paga tienes?

—¡Bah! Mil doscientos de sueldo, setecientos cincuenta para manutención, seiscientos de ayuda para la casa, novecientos de subsidio, quinientos de dietas, y gratificaciones alrededor de mil rublos.

—¡Uf, demonios! —exclamó Oblómov, saltando de la cama—. ¿Es que tienes buena voz? ¡Como si fueras un tenor italiano!

—¡Y eso no es nada! Mira a Peresviétov, que recibe paga suplementaria y trabaja menos que yo; además no entiende nada de nada. Pero él, claro está, no tiene una reputación como la mía. A mí me aprecian mucho —añadió modestamente, bajando los ojos—; hace poco, el ministro, refiriéndose a mí, dijo que yo era «el ornato del ministerio».

—¡Es que vales mucho! —afirmó Oblómov—. Pero trabajar desde las ocho de la mañana hasta las doce y desde las doce hasta las cinco y además también en casa es terrible... Oblómov sacudió la cabeza.

—¿Y qué otra cosa podría hacer si no fuera a la oficina? —preguntó Sudbinski.

—Pues muchas cosas: leer, escribir... —respondió Oblómov—.

—Ahora no hago otra cosa que leer y escribir.

—No es eso; podrías publicar lo escrito...

—No todos han de ser escritores. Tampoco tú escribes —repuso Sudbinski.

—Pero yo tengo unas tierras que dependen de mí —dijo Oblómov con un suspiro—, estoy pensando en un nuevo plan, voy a introducir algunas mejoras, me devano los sesos, me atormento. Pero tú te dedicas a algo que no es tuyo, que es ajeno...

—¡Qué le vamos a hacer! Hay que trabajar, puesto que cobras. Descansaré en verano. Fomá Fomich me prometió un viaje en comisión de servicio, especialmente para mí... Entonces cobraré dietas de viaje calculadas para un transporte con cinco caballos, tres rublos al día para la comida y, además, la gratificación...

—¡Menuda ganga! —exclamó Oblómov con algo de envidia; luego suspiró y quedó pensativo.

—Necesito dinero, me caso en otoño —añadió Sudbinski.

—¡Qué me dices! ¿De verdad? ¿Con quién? —preguntó Oblómov, interesado.

—De verdad, con Muráshina. ¿La recuerdas? Vivía cerca de mí, en una finca. Un día en casa, tomando el té, creo que la viste.

—No, no recuerdo. ¿Es bonita? —preguntó Oblómov.

—Sí, es atractiva. Si quieres vamos a comer a su casa.

Oblómov titubeó.

—Bueno... sí... sólo que...

—La semana que viene —dijo Sudbinski.

—Sí, sí, la semana que viene —accedió alegremente Oblómov—.

Aún no me han entregado el traje. ¿Es buen partido?

—Sí, el padre es consejero de Estado y la dota con diez mil rublos; además, nos cede la mitad de su vivienda, que es oficial; en total unas doce habitaciones; también los muebles, la luz y la calefacción van por cuenta del Gobierno. Se puede vivir...

—Sí, se puede. ¡Ya lo creo! ¡Vaya con Sudbinski! —añadió Oblómov, ligeramente envidioso.

—Estás invitado a la boda, Iliá Ilich, en calidad de testigo; no lo olvides...

—Claro, sin falta —dijo Oblómov—. ¿Y qué es de Kuznétzov, de Vasíliev, de Májov?

—Kuznétzov se casó hace mucho; Májov ocupa mi puesto, y a Vasíliev lo trasladaron a Polonia. A Iván Petróvich le concedieron la orden de Vladimiro y en cuanto a Olieshkin el tratamiento de excelencia.

—Olieshkin es una buena persona —dijo Oblómov.

—Sí, muy buena, se lo merece.

—Es bondadoso y tiene un carácter muy amable, sin altibajos —reiteró Oblómov.

—Muy servicial, además —añadió Sudbinski—. Nunca trata de hacer méritos a costa de los demás, ni de ponerle a uno la zancadilla, o hacerle una faena a fin de destacar... Ayuda siempre en lo que puede.

—Es una persona excelente. Uno a veces se confunde, se equivoca al citar alguna opinión o ley en el informe, pero él no se enfada; se limita a encargarse del trabajo a otro. ¡Es un hombre magnífico! —concluyó Oblómov.

—Nuestro Semión Semiónich, en cambio, es incorregible —dijo Sudbinski—. Sólo sabe deslumbrar; en eso sí que es un maestro. Fíjate en lo que hizo hace poco. De la provincia nos propusieron que en los edificios pertenecientes al Estado se construyesen unas perreras a fin de salvaguardar los bienes estatales del pillaje; nuestro arquitecto, que es hombre cabal, buen especialista y honrado, presentó un presupuesto moderado, pero a él le pareció de pronto que era muy elevado y empezó a informarse de lo que costaba una perrera. Y descubrió que podía salir unos treinta copecs más barata, por lo cual no tardó en enviar un informe...

Se oyó un nuevo timbrazo.

—Adiós —dijo el funcionario—; estoy hablando por los codos y tal vez haga falta allí...

—Espera un poco más —pidió Oblómov, deseoso de retenerlo—. A propósito, quiero pedirte un consejo: me han ocurrido dos desgracias...

—No puedo quedarme, será mejor que vuelva un día de estos —dijo Sudbinski marchándose.

«Te has atascado, querido amigo, atascado hasta las orejas —pensaba Oblómov, siguiéndolo con la vista— Estás ciego, sordo y mudo para todo lo demás que hay en el mundo. Con el tiempo irás progresando, te encargarán importantes misiones, acapararás honores, distinciones... ¡En nuestro país a eso se llama hacer carrera! Pero qué poco se exige del hombre como tal: ni inteligencia, ni voluntad, ni sentimientos. ¿Qué falta hace eso? ¡Es un lujo! Y así transcurrirá tu vida y muchos de tus dones, muchos, permanecerán dormidos... Y, sin embargo, trabajas, desde las doce hasta las cinco en la oficina y desde las ocho hasta las doce en casa, ¡desgraciado!».

Oblómov sintió un sereno júbilo al pensar que él desde las nueve hasta las tres y desde las tres hasta las nueve podía quedarse en su casa, en el diván; que no debía presentar ni escribir ningún informe; que tenía libertad para sus sentimientos e imaginación.

Sumido en sus reflexiones, no se percató de que al lado de su cama había un señor muy delgado, moreno, oculto el rostro por patillas, bigote y perilla. Vestía con afectada negligencia.

—¡Hola, Iliá Ilich!

—¡Hola, Pienkin! No se acerque, no se acerque, viene usted de la calle —dijo Oblómov.

—¡Qué ser tan extravagante es usted! —exclamó el recién llegado—. Sigue siendo el mismo holgazán incorregible que de nada se preocupa.

—¿Que de nada se preocupa? —repitió Oblómov—. Voy a enseñarle la carta que recibí del administrador: no hago más que pensar en ella, me devano los sesos y usted dice que no me preocupo de nada. ¿De dónde viene?

—De la librería; fui a ver si ya habían salido las revistas. ¿Leyó usted mi artículo?

—No.

—Se lo enviaré; léalo usted.

—¿De qué trata? —preguntó Oblómov, ahogando un bostezo.

—Del comercio, de la emancipación de la mujer, de los preciosos días de abril que nos tocaron en suerte y de los magníficos dispositivos recién inventados contra los incendios. ¿Cómo es que no lee? Toda nuestra vida cotidiana está allí reflejada, pero abogo más que nada por la tendencia realista en la literatura.

—¿Tiene mucho trabajo? —preguntó Oblómov.

—Sí, bastante. Dos artículos semanales para el periódico, luego hago crítica literaria y he escrito un relato...

—¿De qué trata?

—Pues de cómo en una ciudad el alcalde abofetea a los pequeños comerciantes...

—¡Eso sí que es tendencia realista en la literatura! —dijo Oblómov.

—¡Cierto, cierto! —confirmó alegremente el escritor— Defiendo una tesis nueva y atrevida, lo sé. Un viajero que presencié esa paliza

se queja de ella al gobernador en una entrevista que celebra con él. Este ordena a un funcionario que se dirija a la provincia para hacer una investigación, que compruebe el hecho y le informe sobre la personalidad y el proceder del alcalde. El funcionario en cuestión convoca a los perjudicados, con el pretexto de que le interesa el comercio, y procura averiguar, de paso, lo ocurrido. ¿Qué dirá que dijeron los perjudicados? Pues lo toman a risa, ensalzan al máximo al alcalde y son muy amables con él. El funcionario, entonces, busca información en otras partes y le dicen que esos comerciantes son unos bribones redomados, que trafican con mercancías podridas, engañan en el peso, en la medida, incluso a los estamentos oficiales, que son unos inmorales y que la paliza propinada era justa...

—¿De forma que las palizas del alcalde aparecen en su relato como el *fatum* en las antiguas tragedias? —preguntó Oblómov.

—Eso es —afirmó Pienkin—. Tiene usted mucha sensibilidad, Iliá Ilich; debería escribir. Pese a todo, logré poner al descubierto el despotismo del alcalde, la corrupción de las costumbres en el pueblo llano, la mala organización en el trabajo de los funcionarios subalternos y la necesidad de tomar medidas severas, pero legales... ¿No cree que es una tesis... bastante nueva?

—Sí, en particular para mí —confirmó Oblómov—, que leo tan poco...

—En efecto, no se ven libros en su casa —dijo Pienkin—. Le ruego, sin embargo, que lea una obra magnífica que está a punto de publicarse; cabe decir que se trata de un poema: *El amor del prevaricador por una mujer de la vida*. No puedo decirle el nombre del autor; es un secreto por ahora.

—¿Qué tiene de particular esa obra?

—Pues que pone de manifiesto, en forma poética, el mecanismo de nuestra vida social. El autor convoca, como a un juicio, al gran señor, débil pero vicioso, y a todo un enjambre de prevaricadores que lo engañan; se estudian todas las categorías de mujeres de la vida: francesas, alemanas, finlandesas, y se describe todo con...

asombrosa fidelidad, con palpitante verismo... Oí unos fragmentos de la obra. ¡Es un autor genial! Recuerda tan pronto a Dante como a Shakespeare...

—¿No exagera un poco? —preguntó Oblómov, asombrado, incorporándose en el lecho.

Pienkin calló de pronto, dándose cuenta de que, en efecto, había ido algo lejos.

—Bueno, cuando lo lea, juzgará usted mismo —añadió sin el entusiasmo de antes.

—No, Pienkin, no pienso leerlo.

—¿Y eso por qué? La obra dará mucho que hablar, se comentará...

—¡Que hablen! Algunos no tienen otra cosa que hacer más que hablar. Es su vocación.

—Léala, aunque sea por curiosidad.

—¿Puede enseñarme, acaso, algo nuevo? —preguntó Oblómov—. ¿Para qué escriben esas cosas? Para divertirse... ellos mismos tan sólo.

—¡Cómo «ellos mismos»! ¿Qué dice de la fidelidad con que representan a los personajes? Parecen vivos. A cualquiera que describan, al comerciante, al oficial o al guardia, diríase que es un calco de la realidad.

—¿Para qué se esfuerzan tanto? ¿Por diversión, para poder decir que cada uno de los personajes está tomado de la realidad? La vida, sin embargo, no figura en ninguna parte: no hay compasión ni condolencia, aquello que denominan humanismo. Tan sólo amor propio. Cuando describen a ladrones o a mujeres públicas, parece que su único afán es meterlos en la cárcel. En su relato no se perciben las *lágrimas invisibles*^[3] sino únicamente la burla notoria y burda, la maldad...

—¿Y qué otra cosa hace falta? Usted lo ha expresado perfectamente: es la ira encendida con que se persigue

implacablemente el vicio, la risa despreciativa que acoge a los depravados... Allí está todo.

—No, eso no es todo —exclamó Oblómov con inesperada vehemencia—. Se debe representar al ladrón, a la mujer caída, al imbécil engañado, pero sin olvidar que son seres humanos. ¿Dónde deja usted el amor al prójimo? Pretenden escribir con la cabeza solamente —prosiguió con voz casi silbante—. Creen que para pensar, el corazón sobra. Pero no, la cabeza se fecunda con el amor. Se debe tender la mano al hombre caído para levantarlo o llorar amargamente sobre él si ya está perdido, pero no burlarse de él. Hay que quererlo, recordarle que es nuestro semejante y tratarlo como a nosotros mismos, entonces leeré esas obras y las admiraré... —dijo, volviendo a tumbarse tranquilamente en el diván—. Cuando describen a un ladrón o a una mujer pública, se olvidan de que es un ser humano o bien no saben representarlos. ¿Qué arte hay en esas obras, dónde ve usted su colorido poético? Denuncien, si quieren, el vicio, la depravación, pero sin pretensiones poéticas, por favor.

—Entonces, según usted, ¿debemos hablar de la naturaleza, describir rosas, ruiseñores o una mañana llena de escarcha mientras todo se agita y bulle a nuestro alrededor? Hoy día necesitamos tan sólo la desnuda fisiología de la sociedad, no es hora de cánticos...

—¡Quiero ver al ser humano, al ser humano! —insistía Oblómov—. Quiero que lo améis...

—¡Pero qué dice! ¿Amar al usurero, al hipócrita, al funcionario ladrón o torpe? ¡Bien se ve que no se dedica usted a la literatura! —repuso Pienkin con ardor—. No, ¡hay que castigarlos, expulsarlos del medio social, aislarlos!

—¡Expulsarlos del medio social! —exclamó Oblómov con súbita inspiración, saltando del diván y poniéndose en pie delante de Pienkin—. Eso equivale a olvidar que en esa vasija inservible estuvo presente el principio supremo, que ese ser vicioso es, pese a todo, un ser humano, es decir, alguien como usted. ¡Expulsar! ¿Cómo va a

expulsarlo del ámbito humano, del seno de la naturaleza, de la misericordia divina? —casi gritó Oblómov con los ojos encendidos.

—¡A qué alturas se remonta! —dijo Pienkin lleno de asombro.

Oblómov comprendió que, en efecto, había exagerado la nota. Guardó silencio un rato, bostezó y volvió a tumbarse en el diván.

Ambos guardaron silencio.

—¿Qué está leyendo ahora? —preguntó Pienkin.

—Leo casi siempre... libros de viajes.

Siguió un nuevo silencio.

—¿Leerá usted el poema cuando se publique? —preguntó Pienkin—. Yo se lo puedo traer...

Oblómov negó con la cabeza.

—Le mandaré, sin embargo, mi relato.

Oblómov asintió con la cabeza.

—Bueno, ya es hora de que vaya a la imprenta —dijo Pienkin—. ¿Sabe para qué vine a verlo? Quería proponerle que fuéramos juntos a Yekateringof. Tengo coche. Debo escribir para mañana un artículo sobre la fiesta. Nos dedicaríamos juntos a observar; lo que yo no viera, me lo diría usted; sería más divertido. Vamos...

—No, no me encuentro bien —dijo Oblómov, frunciendo el ceño y cubriéndose con la manta—; le tengo miedo a la humedad, la tierra sigue mojada... Pero usted podría almorzar hoy conmigo, hablaríamos... Me han ocurrido dos desgracias...

—No puedo, toda la redacción está en Saint George^[4] hoy y desde allí iremos a la fiesta. Por la noche tengo que escribir el artículo y enviarlo a la imprenta en cuanto amanezca. Hasta la vista.

—Hasta la vista, Pienkin.

«Escribir de noche —pensó Oblómov—, ¿cuándo dormirá? Seguro que gana más de cinco mil al año. ¡Eso sí que está bien! Pero escribir todo el tiempo, derrochar el alma, el pensamiento en menudencias, cambiar de convicciones, comerciar con la inteligencia, la imaginación, violentar la propia naturaleza, sufrir la inquietud, la indignación, no conocer el reposo y estar siempre en movimiento... Y

escribir, escribir siempre, ser como una rueda, una máquina: escribir mañana y pasado mañana, en días de fiesta, en verano, escribir constantemente. ¿Cuándo podrá detenerse y descansar? ¡Qué desgraciado!».

Volvió la cabeza hacia la mesa donde no había nada, donde la tinta se había secado en el tintero, donde no se veía ninguna pluma, y se alegró de estar tumbado, tan libre de preocupaciones como un recién nacido, se alegró de no tener que vender nada, de no dispersarse...

«¿Y la carta del administrador y la casa?», recordó de pronto, y se quedó pensativo.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

«¡Ni que fuera mi día de recepción!», pensó, esperando la entrada del nuevo visitante.

Entró en el despacho un hombre de edad indefinida, indefinido rostro y en esa etapa de la vida en la cual resulta difícil adivinar los años; no era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni rubio ni moreno. La naturaleza no le había dotado de ningún rasgo relevante, ni bueno ni malo. Muchos lo llamaban Iván Ivánovich; otros, Iván Vasiliévich, y otros aun, Iván Mijáilovich.

También su apellido lo decían de distinta manera: unos afirmaban que se llamaba Ivanov, otros que Vasíliev o Andréiev, los terceros aseguraban que era Alexeiev. Una persona que lo viera por primera vez, y a la cual dijeran su nombre, no tardaría en olvidarlo, igual que su aspecto; no se fijaría en sus palabras. Su presencia no enriquecería en nada la reunión, lo mismo que su ausencia no la privaría de nada. Su inteligencia carecía de ingenio, de originalidad y de otras particularidades. Su presencia física era igual de anodina. ¡Si al menos supiera narrar lo visto y lo oído para distraer así a los demás! Pero él nunca había estado en parte alguna desde que nació, por lo cual todo cuanto vio y oyó era conocido también por los demás.

¿Resulta simpática una persona así? ¿Ama, odia, sufre? Al parecer, debe amar, odiar y sufrir, porque nadie está libre de ello. Pero él se las ingeniaba, no se sabe cómo, para querer a todo el mundo. Existe este tipo de personas y, por mucho que uno se esfuerce en despertar en ellas un sentimiento de hostilidad, un deseo de venganza, etc., no lo consigue por ningún medio. Hágase lo que se les haga, no dejan de mostrarse cariñosas.

A fuer de ser justos, hemos de reconocer, sin embargo, que su afecto, si se divide en grados, jamás alcanza la cota de calor. Aunque al hablar de esa clase de personas se dice que aman a todo el mundo y que por ello son buenas, en realidad no aman a nadie y sólo son buenas por el hecho de no ser malas. Si delante de una persona así se da limosna a un mendigo, también ella depositará su óbolo, pero si lo insultan, o lo echan, o se burlan, se reirá y lo insultará a la par de los demás. No se la puede considerar rica, porque no lo es, sino más bien pobre; sin embargo, tampoco puede decirse que sea realmente pobre, ya que, dicho sea de paso, los hay más pobres que ella.

El nuevo visitante cuenta con una renta propia de trescientos rublos al año; ocupa, además, un cargo de poca monta y recibe un salario igual de insignificante; no pasa necesidades ni pide dinero prestado a nadie, ni a nadie se le ocurre pedirselo a él.

Su cargo no le impone ninguna ocupación constante ni especial, porque ni sus colegas ni sus jefes jamás han podido darse cuenta de qué es lo que hace mejor o peor para poder determinar si tiene capacidades para algo concreto. Si se le encarga que haga esto o lo otro, lo hará de tal modo que su jefe se verá siempre en dificultades para calificar su labor; lo mirará, volverá a mirarlo, lo leerá, volverá a leerlo y se limitará a decir: «Déjelo, lo veré más tarde... Sí, creo que está correcto».

Su rostro jamás denota huellas de inquietud, de ilusión, de algo que demuestre que en aquel instante habla consigo mismo; tampoco

se aprecia que observe con detenimiento algún objeto exterior con el ánimo de conocerlo mejor.

Si encuentra por la calle a un conocido que le pregunta: «¿Adónde va usted?», «Voy a la oficina, o a la tienda, o de visita», contesta; y si el conocido le dice: «Venga mejor a la oficina de correos o bien a casa del sastre o a pasear», él se irá con el conocido al sastre, a correos o a pasear en dirección opuesta a la que iba.

Es poco probable que alguien, a excepción de su madre, se haya apercebido de su llegada a este mundo; muy pocos serán los que se den cuenta de ello en el curso de su vida; nadie se interesará por él, ni lo compadecerá, nadie tampoco se alegrará de su muerte. Carece de amigos y de enemigos, pero tiene multitud de conocidos. Tal vez sólo su entierro llame la atención del transeúnte, quien honrará, por primera vez, a ese ser indefinido con una profunda reverencia; quizá otro transeúnte curioso se adelante al cortejo fúnebre para conocer el nombre del difunto, pero lo olvidará de inmediato.

Ya que ese Alexeiev, Vasíliev, Andréiev o como quieran no es más que un amago incompleto, inanimado, de la masa humana, su sordo eco, su confuso reflejo.

Incluso Zajar, que en sus sinceras charlas junto al portón solía caracterizar de distinto modo a todos los visitantes de su señor, se hallaba siempre confuso cuando le llegaba el turno a... supongamos que Alexeiev. Meditaba largamente, se esforzaba en captar algún rasgo al que pudiera aferrarse, tanto en lo físico, como en los modales o en el carácter de su persona; finalmente, encogiéndose de hombros, decía: «¡Ése no es ni carne ni pescado, ni nada que se le parezca!».

—¡Ah, es usted, Alexeiev! —exclamó Oblómov—. ¿De dónde viene? ¡No se acerque, no se acerque, viene usted de la calle!

—¡Pero qué dice! No hace nada de frío. No pensaba visitarlo hoy, pero me encontré con Ovchinin y me llevó a su casa. Vengo a buscarlo.

—¿Para ir adónde?

—A casa de Ovchinin; allí están Matveí Andreich Aliánov, Kazimir Albértovich Pjailo, Vasili Sevastiánovich Kolvmiaguin, vamos.

—¿Para qué se han reunido y qué quieren de mí?

—Ovchinin lo invita a comer.

—¡Hum...! A comer —repitió Oblómov con voz monótona.

—Luego, todos van a Yekateringof, me mandan a decirle que alquile usted el coche.

—¿Qué vamos a hacer allí?

—¡Pero si hoy es fiesta! ¿No sabe que estamos a primero de mayo?

—Siéntese, lo pensaremos... —respondió Oblómov.

—Pero levántese. Ya es hora de que se vista.

—Espere un poco; es temprano todavía.

—¡Qué va a ser temprano! Han pedido que estemos allí a las doce; comeremos antes, a eso de las dos, e iremos a la fiesta. Dése prisa. ¿Digo que le traigan la ropa?

—¿La ropa? Si no me he lavado aún.

—Pues lávese.

Alexeiev se puso a pasear por la habitación hacia adelante y hacia atrás; luego se detuvo ante un cuadro que ya había visto miles de veces antes, miró de paso por la ventana, cogió un cachivache del estante, lo examinó con atención dándole vueltas en la mano y volvió a dejarlo en su sitio; a continuación, reanudó sus paseos, silbando bajito a fin de no estorbar y permitir que Oblómov se levantara y se asease. De esa guisa transcurrieron unos diez minutos.

—Pero ¿qué hace? —preguntó por fin Alexeiev a Iliá Ilich.

—¿Qué hago? —interrogó a su vez Oblómov.

—¿Por qué sigue acostado?

—¿Es que debo levantarme?

—¡Claro! Nos esperan. Usted quería ir.

—¿Adónde? Yo no quería ir a ninguna parte.

—Pero, Iliá Ilich, si acaba usted de decir que comeríamos con Ovchinin y que luego iríamos a Yekateringof...

—¡Cómo voy a ir con esta humedad! ¡Lo tengo todo muy visto! Además, está a punto de llover, se ven nubes —dijo Oblómov perezosamente.

—No hay ni una sola nubecilla en el cielo y la lluvia la acaba usted de inventar. Le parece que está nublado porque sus ventanas no se han lavado vaya usted a saber desde cuándo. ¡Qué sucias están! No pasa por ellas ni un rayo de luz y una de las cortinas está del todo corrida.

—Intente insinuárselo siquiera a Zajar y ya verá cómo manda a por no sé cuantas mujerucas y me echa de casa durante todo un día.

Oblómov quedó pensativo; Alexeiev tamborileaba con los dedos la mesa, junto a la cual se había sentado, recorriendo distraídamente con la vista el techo y las paredes.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Piensa vestirse o se queda así? —preguntó al cabo de algunos minutos.

—¿Qué quiere?

—¿Piensa ir a Yekateringof?

—¡Qué lata con ese Yekateringof! —repuso, fastidiado, Oblómov—. ¿No está a gusto aquí? ¿Acaso hace frío en la habitación o huele mal y por eso tiene tantas ganas de largarse?

—No, siempre me encuentro a gusto en su casa; estoy muy bien —contestó Alexeiev.

—Pues si está a gusto aquí, ¿para qué quiere ir a otro sitio? Más vale que se quede conmigo todo el día, comeremos y luego, por la tarde, puede ir con Dios a donde quiera... Además, olvidé que hoy viene a comer Tarántiev. ¡Cómo voy a salir! Hoy es sábado.

—Bueno, si es así... yo, bueno... como usted... —empezó a decir Alexeiev.

—¿Le hablé de mis asuntos? —preguntó Oblómov con viveza.

—¿De qué asuntos? No sé nada —dijo Alexeiev, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Usted se pregunta por qué tardo tanto en levantarme? Pues bien, aquí acostado no hago más que pensar en el modo de salir de mis apuros.

—¿Qué le sucede? —preguntó Alexeiev, tratando de poner cara de susto.

—Me han ocurrido dos desgracias y no sé qué hacer.

—¿Qué desgracias?

—Me echan de la casa. Imagínese, tengo que mudarme, ocuparme del transporte, de todo ese jaleo. ¡Miedo me da hasta pensarlo! Llevo ocho años viviendo en esta casa. Menuda jugarreta me ha hecho el dueño. «Trasládese —me dice— lo antes posible».

—¡Y lo antes posible! Pero tendrá que hacerlo. Es muy fastidioso un traslado; una mudanza da mucho trabajo —dijo Alexeiev—. Se pierden cosas, otras se rompen... ¡Un aburrimiento! ¡Y es tan buena esta casa! ¿Cuánto paga por ella?

—¡Cómo voy a encontrar una como ésta! —exclamó Oblómov—. ¡Y encima con prisas! ¡Es una casa cálida, sin humedades, tranquila! Tan sólo hemos tenido un robo. Mire el techo, no parece seguro, se le va desprendiendo el estuco, pero no se cae.

—¡Hay que ver! —comentó Alexeiev, admirado.

—¿Qué podría hacer para no mudarme? —reflexionó Oblómov, como hablando consigo mismo.

—¿Tiene contrato de alquiler? —preguntó Alexeiev, examinando la habitación de arriba abajo.

—Sí, pero el plazo del contrato ha caducado; todo este tiempo estuve pagando mensualmente... pero no recuerdo desde cuándo.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó Alexeiev, después de un rato de silencio—. ¿Va a quedarse o se mudará?

—No pienso nada —dijo Oblómov—, ni siquiera quiero pensar en eso. Que piense algo Zajar.

—Pues hay algunos a quienes les gusta mudarse de casa —dijo Alexeiev—; su único placer es cambiar de vivienda...

—Bueno, pues que se muden esos «algunos». Yo, por el contrario, no soporto los cambios. Pero lo de la casa es lo de menos —empezó a decir Oblómov—. Escuche lo que me escribe el administrador. Ahora mismo le enseñaré la carta... ¿Dónde diablos estará? ¡Zajar, Zajar!

—¡Ah, madre de Dios! —gruñó Zajar en su cuarto, saltando desde la tarima—. ¡Cuándo se me llevará el Todopoderoso!

Zajar entró en la estancia y miró con ojos turbios a su señor.

—¿Por qué no has buscado la carta?

—¿Dónde quiere que la busque? ¿Acaso sé qué carta necesita? Yo no sé leer.

—Búscala de todas formas —dijo Oblómov.

—Ayer estuvo usted leyendo una carta —respondió Zajar—, y luego ya no la volví a ver.

—¿Dónde estará? —dijo Oblómov con fastidio—. No me la comí, recuerdo muy bien que tú la cogiste y la dejaste por aquí, en alguna parte. ¡Mira dónde está!

Sacudió la manta y de entre sus pliegues cayó al suelo una carta.

—¡Siempre me culpa a mí de todo! —gritó Zajar.

—¡Bueno, vete, vete! —decía Oblómov también gritando y al mismo tiempo que Zajar.

Zajar se fue y Oblómov comenzó a leer la carta escrita sobre papel gris con una tinta que parecía hecha con *kvas*, y sellada con lacre rojizo. Unas letras pálidas y enormes se extendían en solemne procesión, sin rozarse unas con otras, y en línea perpendicular desde el extremo superior hasta el inferior. Esa procesión quedaba interrumpida a veces por una gran mancha de tinta blancuzca.

Muy señor nuestro, padre y bienhechor, Iliá Ilich.

Al llegar aquí, Oblómov se saltó unas líneas dedicadas a saludos y buenos deseos y continuó desde la mitad:

Informo a tu excelencia magnánima que en tu propiedad, padre y señor nuestro, todo marcha muy bien. Llevamos cinco semanas sin que llueva, habremos ofendido a nuestro Dios Todopoderoso para que no haya lluvias. Ni los más viejos recuerdan una sequía semejante; la siembra de primavera se agosta como si hubiera fuego. La de invierno está comida de bichos en algunos lugares y en otros perdida por las heladas; la aramos de nuevo para ver si da algo en primavera, pero no sabemos si crecerá alguna cosa. Quizá Dios misericordioso se apiade de ti, magnánimo y excelente señor; por nosotros no nos preocupamos, aunque tengamos que morirnos todos. En la víspera de San Juan se fugaron otros tres *mujiks*: Láptiev, Balachov y aparte se fue Vaska, el hijo del herrero. Mandé a las mujeres en busca de sus maridos, pero tampoco ellas regresaron. Oí decir que vivían en Chelki; a Chelki fue mi compadre desde Verjliovo, lo mandó para allá el encargado: han traído de fuera un arado maravilloso y lo mandó a Chelki para que lo viera. Encargué a mi compadre que averiguase lo de los *mujiks* fugados; supliqué también al jefe de policía, quien me dijo: «Presenta la solicitud y entonces haremos las diligencias precisas, obligaremos a los campesinos a que regresen a sus lugares de residencia». Excepto eso, nada me dijo, yo me postré de hinojos ante él y le rogué con lágrimas en los ojos, y él me gritó a voz en cuello: «Vete, vete, ya te dije que presentaras la solicitud y entonces se hará todo». Pero yo no presenté ese papel. Aquí no tengo a nadie a quien emplear: todos se fueron a trabajar al Volga, a las barcazas; tan estúpida se ha vuelto aquí la gente, padrecito nuestro Iliá Ilich. Este año no podremos mandar lienzo para la feria; cerré con llave el secadero y la blanqueadora y puse a Svchuga de vigilante de día y de noche; es un *mujik* sobrio, pero para que no le birle nada al amo, lo vigilo de día y de noche. Los demás beben cada vez más y piden trabajar como arrendatarios. No se han cobrado las rentas, así que este año, padrecito y protector nuestro, te enviaremos dos mil rublos menos

que el año pasado; lo enviaremos con tal de que la sequía no nos arruine del todo, de lo que informamos a tu señoría.

Seguían a continuación manifestaciones de lealtad y la firma: «Tu administrador y humildísimo siervo Prokofi Vitiagushkin puso aquí su propia mano». A falta de rúbrica había una cruz. La carta, según decía el administrador, la había escrito su cuñado Diomka Krivoi a dictado suyo.

Oblómov miró el final de la carta.

—Falta el mes y el año —dijo—; la carta debió de estar tirada por la casa del administrador desde el año pasado: por San Juan y la sequía. ¡A buena hora se acordó!

Oblómov se quedó pensativo.

—Y bien, ¿qué le parece? Me dice que serán «dos mil menos». ¿Cuánto quedará entonces? ¿No recuerda lo que recibí el año pasado? —preguntó mirando a Alexeiev—. ¿No se lo dije?

Alexeiev fijó la vista en el techo y reflexionó.

—Tendré que preguntárselo a Shtolz en cuanto venga —continuó Oblómov—. Creo que fueron siete u ocho mil... Hice mal en no anotarlos. Y ahora me deja con seis mil. ¡Me moriré de hambre! ¿Cómo podré vivir aquí?

—¿Por qué se atormenta tanto, Iliá Ilich? —dijo Alexeiev—. Nunca debe uno desesperarse. No hay mal que por bien no venga.

—Pero ¿ha oído lo que me escribe? En vez de mandarme el dinero, de consolarme de algún modo, sólo me dice cosas desagradables, como si lo hiciera adrede. ¡Y así todos los años! ¡Estoy desesperado! «Unos dos mil menos».

—Sí, es una gran pérdida —dijo Alexeiev—; dos mil rublos no es poca cosa. Dicen que Alexéi Lóguinovich también recibirá menos este año, tan sólo doce mil en lugar de diecisiete...

—¡Pero son doce mil, no seis! —lo interrumpió Oblómov—. Ese administrador me tiene agobiado. Si de verdad la culpa es de la sequía y de las malas cosechas, ¿por qué ha de disgustarme de antemano?

—Sí, en efecto... —empezó a decir Alexeiev—, no debería hacerlo, pero ¿qué delicadeza cabe esperar de un *mujik*? Esa gente no entiende nada.

—¿Qué haría usted en mi lugar? —preguntó Oblómov, mirando interrogativamente a Alexeiev con la dulce esperanza de que se le ocurriera algo para tranquilizarlo.

—Hay que pensarlo, Iliá Ilich; no puede tomarse una decisión repentina —le respondió Alexeiev.

—¿Y si escribiera al gobernador? —preguntó Iliá Ilich como si reflexionara.

—¿Quién es el gobernador de su provincia? —preguntó Alexeiev.

Iliá Ilich no respondió y se quedó pensativo. Alexeiev se entregó también a sus propias reflexiones.

Oblómov, estrujando la carta en sus manos, apoyó la cabeza en ellas, hincó los codos en las rodillas y siguió así sentado algún tiempo, atormentado por un flujo de ideas penosas.

—¡Si al menos viniera Shtolz lo antes posible! —dijo—. Me escribe que no tardará en llegar, pero sólo Dios sabe por dónde anda! Él lo arreglaría todo.

Se apesadumbró de nuevo. Ambos guardaron silencio un buen rato. Finalmente fue Oblómov el primero en volver a la realidad.

—¡He aquí lo que debe hacerse! —dijo con voz decidida, y a punto estuvo de levantarse de la cama—, ¡y hacerlo lo antes posible! No hay tiempo que perder... Primero...

En aquel instante resonó un timbrazo estridente en el pasillo y Oblómov y Alexeiev se estremecieron. Zajar saltó de su tarima sin tardanza.

CAPÍTULO III

¿ESTÁ en casa? —preguntó una voz recia y ronca en el pasillo.
—¿Dónde quiere que esté a estas horas? —con voz aún más ronca respondió Zajar.

Entró en el despacho un hombre de unos cuarenta años, de fuerte complexión, ancho de hombros y voluminoso en todo lo demás: rasgos marcados, cabeza grande, cuello corto y grueso, ojos saltones y labios abultados. Un simple vistazo a ese individuo hacía pensar en alguien basto y desaseado. Era evidente que no pretendía ser elegante en la vestimenta. No siempre se conseguía verlo cuidadosamente rasurado. Esto, al parecer, le tenía sin cuidado: no se avergonzaba de su ropa y la llevaba con una especie de cínica dignidad.

Era Matveí Andréievich Tarántiev, un paisano de Oblómov.

Tarántiev lo contemplaba todo con aire hosco, medio despectivo, con evidente hostilidad a cuanto lo rodea, dispuesto siempre a denigrarlo todo y a todos como alguien ofendido, víctima de injusticias o poseedor no reconocido de algún talento o de una vigorosa personalidad, que, perseguida por el destino, se somete a él en contra de su voluntad, pero sin perder los ánimos.

Sus movimientos eran amplios y enérgicos, hablaba en voz alta, con vivacidad y casi siempre con enfado; oyéndole a cierta distancia diríase que se trataba de tres carros vacíos cruzando un puente. Ninguna presencia lo cohibía jamás, era ágil en sus réplicas y, en general, siempre grosero en su trato con los demás, sin excluir a sus

amigos, como si quisiera que pensarán que, al conversar con ellos, incluso si almorzaba o cenaba en su casa, les hacía un gran honor.

Tarántiev era un hombre listo y astuto; nadie mejor que él podía juzgar los asuntos de índole práctica general o una causa jurídica embrollada; exponía inmediatamente una teoría de acción, en uno u otro caso, y presentaba pruebas con gran eficiencia y, para terminar, decía casi siempre unas cuantas groserías a la persona que solicitaba su consejo.

Pese a ello, desde que había entrado a trabajar de escribiente en una oficina —de eso hacía veinticinco años—, seguía en ese cargo aunque ya peinaba canas. Ni a él mismo, ni a ningún otro, se le habría ocurrido pensar que pudiera ascender de categoría.

De hecho, Tarántiev sólo era maestro en hablar; de palabra lo resolvía todo con claridad y fácilmente, sobre todo si el asunto atañía a los demás; pero cuando había que mover un dedo, desplazarse a alguna parte, aplicar, en una palabra, la teoría creada por él mismo a la práctica, mostrarse eficiente, decidido, se transformaba en un hombre totalmente distinto y no daba la talla. Empezaba a sentirse mal, se ponía enfermo, le resultaba violento hacerlo o bien se le presentaba otro asunto del cual tampoco se ocupaba, y si llegaba a ocuparse sólo Dios sabe lo que podría suceder. Era como un niño: tan pronto se le escapaba algún detalle, como mostraba ignorancia en cosas baladíes, o bien llegaba tarde y acababa por abandonar el asunto a medias o comenzaba por el final y lo echaba todo a perder de tal modo que resultaba imposible enmendarlo; además, acababa siempre riñendo con todos.

El padre de Tarántiev, alguacil de juzgado en los viejos tiempos, pensaba dejar en herencia a su hijo el arte y la experiencia de solucionar los asuntos ajenos y también su cargo, hábilmente desempeñado, en una oficina judicial. Mas el destino dispuso las cosas de otro modo. Su padre, que apenas había cursado estudios, quería que su hijo estuviese a la altura de las circunstancias y procuró que aprendiera algo más que la sabia ciencia de gestionar

asuntos ajenos. Durante tres años lo envió a casa de un sacerdote para que aprendiera latín.

El niño, inteligente por naturaleza, aprendió en tres años la gramática latina y la sintaxis; había empezado ya a leer a Cornelio Nepote cuando su padre decidió que ya sabía bastante, y que esos conocimientos le daban gran superioridad sobre las viejas generaciones, y que ulteriores estudios podrían dañar, tal vez, su trabajo en los centros oficiales.

A sus dieciséis años, Mijéi, sin saber lo que podía hacer con su latín, empezó a olvidarlo en casa de sus padres, y en espera del honor de asistir a las sesiones del tribunal, tomaba parte, mientras tanto, en todas las francachelas de su padre, y fue en esa escuela donde, en medio de sinceras charlas, se desarrolló plenamente hasta el virtuosismo su inteligencia juvenil.

Siendo muy impresionable, como suelen serlo los jóvenes, escuchaba atentamente los relatos de su padre y sus compañeros sobre diversas causas civiles y criminales, sobre los curiosos asuntos que pasaban por las manos de todos esos alguaciles de los viejos tiempos.

Sin embargo, nada de eso le sirvió. Mijéi no se convirtió en hombre de negocios ni en un trapacero, pese a todos los esfuerzos de su padre, esfuerzos que habrían sido coronados por el éxito si el destino no los hubiera frustrado. Mijéi, en efecto, había asimilado toda la teoría de las charlas paternas; le faltaba únicamente ponerla en práctica, pero la muerte de su padre le impidió empezar su trabajo de alguacil en los tribunales y un pariente bienintencionado se lo llevó a San Petersburgo, donde lo colocó de escribiente en un departamento y luego se olvidó de él.

Así pues, Tarántiev se quedó en teórico para toda la vida. En el departamento de San Petersburgo nada podía hacer con su latín y su alambicada teoría sobre el modo de resolver a su capricho causas justas e injustas. Sin embargo, guardaba en su interior, y era consciente de ello, una fuerza dormida que circunstancias adversas

habían encerrado en él para siempre, sin esperanza de liberación, como en los antiguos cuentos solían encerrarse entre oscuros y embrujados muros los espíritus del mal privados de su poder de causar daño. Consciente de esta fuerza inútil, Tarántiev era grosero, malévolo en el trato, estaba siempre malhumorado y era pependenciero.

Consideraba con amargura y desprecio su actual ocupación: copia de expedientes, clasificación de éstos, etc. Sólo una última esperanza le sonreía de lejos: lograr un empleo en el monopolio de alcoholes. Sólo así veía la posibilidad de un cambio halagüeño en el campo de las actividades previstas por su padre y no logradas todavía. Y en espera de ello, la teoría de actividad y vida que le había preparado y creado su progenitor, una teoría de sobornos y astucias, al no encontrar digna aplicación en provincias, fue aplicada a todas las menudencias de su miserable existencia en San Petersburgo, y se introdujo en todas sus relaciones amistosas ya que no podía hacerlo en las oficiales.

Era corrupto por naturaleza y en la práctica; se las ingeniaba para recibir sobornos de sus amigos y colegas, a falta de causas y clientes, sabe Dios cómo y por qué; valiéndose de la astucia y de la insistencia los obligaba a que lo convidasen, exigía de todos un respeto que no merecía y era cicatero. Jamás se sentía avergonzado de su ropa en mal estado, pero no le era ajena la inquietud si en la perspectiva del día no se vislumbraba un abundante almuerzo con suficiente cantidad de vino y vodka.

Por esta razón desempeñaba en el círculo de sus amistades el papel de perro guardián que ladra a todos, no deja que se mueva nadie, pero que al mismo tiempo coge al vuelo, y sin fallar, un trozo de carne proceda de donde proceda y vaya a donde vaya.

Tales eran los dos visitantes más asiduos de Oblómov.

¿Por qué lo visitaban esos dos proletarios rusos? Ellos sabían muy bien la razón: podían beber, comer y fumar buenos cigarros.

Hallaban un refugio cómodo, cálido, tranquilo, y un recibimiento siempre idéntico, si no cordial, al menos indiferente.

Pero ¿por qué razón los recibía Oblómov? Ni él mismo lo sabía. Tal vez porque hasta la fecha, en nuestra remota Oblómovka, en cada casa acomodada, pulula un enjambre de personas semejantes de uno y otro sexo, carentes de medios de existencia, sin oficio ni capacidad de trabajo, tan sólo con estómago para consumir, pero casi siempre con grados y títulos.

También existen sibaritas que necesitan contar con semejante complemento en la vida; se aburren sin lo superfluo del mundo. ¿Quién les buscará la pitillera perdida no se sabe dónde o les recogerá el pañuelo que ha caído al suelo? ¿A quién podrán quejarse de dolor de cabeza con derecho a la condolencia, contar un mal sueño y exigir su interpretación? ¿Quién les leerá un libro para que se duerman? A veces, alguno de esos proletarios son enviados a la ciudad inmediata a comprar alguna cosa y se los utiliza de ayudantes en las faenas domésticas, pues no es cosa de hacerlas uno mismo.

Como Tarántiev era muy ruidoso, sacaba a Oblómov de su inmovilidad y aburrimiento. Gritaba, discutía y montaba una especie de espectáculo, liberando al indolente señor de la necesidad de hablar y actuar. En la estancia donde reinaba el sueño y la tranquilidad, Tarántiev introducía la vida, el movimiento y, a veces, noticias del exterior. Oblómov podía escuchar, mirar, sin mover un dedo, algo vivo que alborotaba y hablaba delante de él. Además, tenía la ingenuidad de creer que Tarántiev era capaz de darle un consejo sensato.

Las visitas de Alexeiev las toleraba Oblómov por otra causa no menos importante. Si quería vivir a su modo, es decir, yacer en silencio, dormir o pasear por la habitación, Alexeiev parecía no existir, pues también él permanecía callado, dormitaba o miraba un libro, examinando, en medio de indolentes bostezos que le llenaban los ojos de lágrimas, las estampas y los cachivaches. Si Oblómov se

cansaba de estar solo y sentía la necesidad de explayarse, hablar, leer, razonar, exponer sus inquietudes, disponía siempre de un oyente dócil y dispuesto, que compartía por igual tanto su silencio como su conversación y sus ideas, fueran cuales fueran.

Los demás visitantes no eran frecuentes, iban a verlo por breves instantes, como los tres primeros; los lazos de amistad con ellos eran cada vez más y más débiles. Oblómov se interesaba a veces por alguna novedad, conversaba durante cinco minutos y, satisfecho, callaba. Debían pagarle con la reciprocidad, tomar parte en aquello que le interesaba. Ellos vivían en loor de multitud; cada uno de ellos entendía la vida a su modo, y, como Oblómov no quería comprenderla así y ellos lo obligaban a intervenir también, eso no le gustaba, le repelía y no se sentía a gusto.

Sólo un amigo le era afín, pero tampoco éste lo dejaba en paz, pues le gustaban las novedades, el mundo, la ciencia y la vida entera, pero de un modo más sincero, más profundo, y, aunque Oblómov se mostraba amable con todos, tan sólo por ese amigo sentía auténtico afecto, sólo en él confiaba, tal vez porque había crecido, estudiado y vivido a su lado. Esa persona se llamaba Andréi Ivánovich Shtolz.

Shtolz estaba de viaje, pero Oblómov lo esperaba de un momento a otro.

CAPÍTULO IV

¡HOLA, paisano! —saludó Tarántiev con voz entrecortada, tendiendo a Oblómov una velluda mano—. ¿Qué haces acostado como un tronco a estas horas?

—¡No te acerques, no te acerques, traes el frío de la calle! —vociferó Oblómov, cubriéndose con la manta.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡El frío de la calle! —exclamó Tarántiev—. Toma, toma la mano cuando te la dan. Falta poco para las doce y él sigue tumbado...

Intentó incorporar a Iliá Ilich, pero éste se le adelantó bajando rápidamente los pies y acertando de inmediato con las zapatillas.

—Me disponía a levantarme —dijo bostezando.

—¡Bien sé cómo te levantas! Eres capaz de estar echado hasta la hora de almorzar. ¡Eh, Zajar! ¿Dónde estás, viejo bribón? ¡Trae en seguida la ropa del señor!

—¡Debería usted tener antes a su propio Zajar y entonces ladrarle! —rezongó Zajar, entrando en la habitación y mirando a Tarántiev con encono—. Mire cómo ha puesto el suelo, igual que un cochero —añadió.

—¡Aún se atreve a hablar el estafermo ése! —gritó Tarántiev, y levantó el pie para darle una patada a Zajar cuando pasara por su lado, pero éste se detuvo y se volvió hacia él dispuesto a defenderse.

—¡Atrévase a tocarme! —dijo con voz ronca y furiosa—. ¿Qué es eso? Me voy... —Y volvió sobre sus pasos.

—Basta ya, Andréi Mijeich, ¡qué violento eres! ¿Por qué te metes con él? —intervino Oblómov—. Vamos, Zajar, tráeme lo necesario.

Zajar regresó y, mirando de reojo a Tarántiev, pasó ágilmente por delante de él. Apoyándose en Zajar, Oblómov se incorporó en la cama de mala gana, como si estuviera muy cansado, y con la misma desgana se dejó caer en un amplio sillón y se quedó inmóvil, tal como se había sentado.

Zajar tomó de una pequeña mesa crema, peine y varios cepillos; embadurnó el cabello de Oblómov, trazó una raya y a continuación lo peinó con el cepillo.

—¿Va a lavarse ahora? —preguntó Zajar.

—Esperaré un poco más —respondió Oblómov—. Retírate.

—¡Ah, también usted está aquí! —dijo de pronto Tarántiev, dirigiéndose a Alexeiev, mientras Zajar peinaba a su señor— No lo había visto. ¿Qué hace aquí? Escuche, ¿por qué es tan cerdo su pariente? Quiero contárselo todo...

—¿Qué pariente? No tengo ningún pariente —respondió tímidamente el aturdido Alexeiev, mirando a Tarántiev con los ojos muy abiertos.

—Hablo de ese que está empleado en... ¿cómo diablos se apellida? Sí, se llama Afanásiev. ¿Cómo dice que no es su pariente?

—Yo no me llamo Afanásiev, sino Alexeiev —respondió éste— y, además, no tengo ningún pariente.

—¡Cómo que no es su pariente! Es tan poca cosa como usted y también se llama Vasili Nikoláievich.

—Le juro por Dios que no es pariente mío; yo me llamo Iván Alexeievich.

—Bueno, da igual, se parece a usted. Pero es un cerdo, dígaselo tan pronto como lo vea.

—¡Pero si no lo conozco, jamás lo he visto! —repuso Alexeiev, abriendo su tabaquera.

—Deme tabaco —dijo Tarántiev—. ¿Es nacional o francés? Es nacional —añadió después de olerlo— ¿Por qué no gasta tabaco

francés? —dijo severamente a continuación—. Pues sí, jamás conocí un cerdo semejante a su pariente —continuó Tarántiev—. Hará unos dos años le pedí prestados cincuenta rublos; como verá no se trata de una suma que pueda considerarse importante. Era cosa de olvidarlo; pues no, él lo recuerda; no pasa un mes sin que me diga: «¿Qué hay de la deuda?». ¡Me tiene hartos! Y hay aún más, ayer se presentó en la oficina y me dice: «Seguro que ya cobró usted y, por lo tanto, puede devolverme el dinero». ¡Menudo rapapolvos le eché! Lo puse de vuelta y media delante de todos, apenas pudo encontrar la salida. «Soy un hombre pobre —decía—; necesito ese dinero». ¡Como si yo no lo necesitara! ¿Soy un ricachón, acaso, para regalar de golpe cincuenta rublos? Paisano, dame un cigarro.

—Los cigarros están en aquella cajita —respondió Oblómov, señalando un estante.

Oblómov permanecía pensativo en el sillón, manteniendo su postura indolente y graciosa, sin atender a lo que sucedía a su alrededor, sin escuchar lo que hablaban. Contemplaba y acariciaba amorosamente sus manos pequeñas y blancas.

—¡Vaya! Pero si son los mismos del otro día —exclamó Tarántiev, mirando con severidad a Oblómov al tiempo que sacaba un cigarro.

—Sí, son los mismos —respondió Oblómov maquinalmente.

—¿No te dije que compraras otros, los que traen de fuera? ¡Qué poco recuerdas lo que te digo! Procura que para el próximo sábado estén sin falta; en caso contrario tardaré mucho en volver por aquí. ¡Vaya una porquería! —continuó, encendiendo un cigarro, al tiempo que lanzaba una nube de humo al aire y aspiraba otra—. Imposible fumarlo.

—Has venido temprano hoy, Mijéi Andreich —dijo Oblómov bostezando.

—¿Es que ya estás hartos de mí?

—No, es una simple observación; habitualmente llegas a la hora del almuerzo y ahora apenas si pasan de las doce...

—Vine temprano con toda intención para saber qué almuerzo vamos a tener. Sólo me das porquerías y quiero saber lo que mandaste preparar para hoy.

—Averígualo en la cocina —dijo Oblómov.

Tarántiev salió.

—¡Por Dios! —dijo al regresar—. ¡Carne de vaca y de ternera! ¡Ay, hermano, tú no sabes vivir y eso que eres un terrateniente! ¡No tienes nada de gran señor! Vives como un pequeño burgués, no sabes agasajar a un amigo. ¿Compraste, al menos, vino de Madeira?

—No sé, pregúntaselo a Zajar —respondió Oblómov casi sin escucharlo—. Vino seguro que hay.

—¿El de antes? ¿De la casa del alemán? No, haz el favor de comprarlo en la tienda inglesa.

—Bastará con ése —dijo Oblómov—. No vamos a mandarlo a buscar ahora.

—Espera, dame a mí el dinero y de paso te lo traeré: tengo que hacer todavía unos recados.

Oblómov rebuscó en el cajón y sacó un billete de diez rublos.

—El vino de Madeira cuesta siete rublos —dijo Oblómov— y yo te doy diez.

—Dámelos, allí me darán la vuelta, ¡no temas!

Arrancó el billete de manos de Oblómov y lo ocultó prestamente en su bolsillo.

—Bueno, me marcho —dijo, poniéndose el sombrero—; volveré a eso de las cinco. He de ir a varios lugares. Me han prometido un puesto en un almacén de vinos y me dijeron que pasara hoy por allí... Sí, otra cosa, Iliá Ilich, ¿piensas alquilar un coche para ir a Yekateringof? Así me podrías llevar.

Oblómov negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes pereza o te da pena gastar el dinero? ¡Vaya un leño! Bueno, hasta ahora...

—Espera, Mijéi Andreich —lo interrumpió Oblómov—. Tengo que pedirte un consejo.

—¿De qué se trata? Habla deprisa. No tengo tiempo.

—Pues, verás, me han ocurrido dos desgracias de pronto: me echan de la casa...

—Por lo visto no pagas y te está bien merecido —replicó Tarántiev, disponiéndose a partir.

—¡Qué dices! Siempre pago por adelantado. No, es que quieren hacer obras. Pero ¡espera! ¿Adónde vas? Dime qué debo hacer; me están metiendo prisa, me dan de plazo una semana...

—¿Acaso soy tu consejero? En vano te imaginas...

—No me imagino nada —dijo Oblómov—. No alborotes ni grites, piensa mejor en lo que debo hacer. Tú eres hombre práctico...

Tarántiev ya no lo escuchaba; estaba pensando en algo.

—Sea —dijo tomando asiento y quitándose el sombrero—, ya me puedes dar las gracias. Ordena que sirvan champaña con la comida: tu problema está resuelto.

—¿Cómo? —preguntó Oblómov.

—¿Habrá champaña?

—Lo habrá si el consejo se lo merece.

—Lo que pasa es que eres tú el que no merece el consejo. ¿Pretendes acaso que te dé consejos de balde? ¿Por qué no se lo pides a él —añadió señalando a Alexeiev— o a su pariente?

—Bueno, basta ya, habla —pidió Oblómov.

—Pues bien, mañana mismo tienes que trasladarte a otra casa...

—¡Vaya una novedad! Eso ya lo sé...

—Espera, no me interrumpas —gritó Tarántiev—; te trasladarás mañana a casa de mi comadre, en el barrio de Vyborg...

—¡Qué ocurrencias! ¿Al barrio de Vyborg? Pero si dicen que en invierno llegan hasta allí los lobos.

—A veces vienen desde las islas, pero a ti ¿qué te importa eso?

—Aquello es un desierto, un aburrimiento, no hay nada.

—¡Cuentos! Allí vive mi comadre, tiene casa propia y grandes huertos, es una mujer honorable, viuda, con dos hijos; vive con ella un hermano soltero, con un cacumen que no es como el de éste, el

que está sentado en el rincón —dijo señalando a Alexeiev— A ti y a mí también nos deja en mantillas.

—¡Qué me importa a mí todo eso! —exclamó Oblómov, impaciente— No pienso trasladarme allí.

—¡Atrévete a no hacerlo! Ya que me pediste consejo, ¡haz lo que te dicen!

—No me trasladaré —dijo Oblómov, decidido.

—Bueno, entonces, ¡vete al diablo! —respondió Tarántiev encasquetándose el sombrero y dirigiéndose a la puerta—. ¡Pero mira que eres raro! —dijo volviendo sobre sus pasos—. ¿Te parece que vivir aquí es una delicia?

—¡Claro! ¿Cómo no?, estoy cerca de todo —contestó Oblómov—. Hay tiendas, teatros, gente conocida... Es el centro de la ciudad...

—¿Qué dices? —lo interrumpió Tarántiev—. Dime, ¿cuánto tiempo hace que no sales a la calle? ¿Cuándo estuviste en el teatro? ¿A qué amigos visitas? ¿Para qué diablos necesitas este centro, si es que me permites la pregunta?

—¿Cómo que para qué? ¡Para muchas cosas!

—¿Ves? Ni tú mismo lo sabes. Allí, en cambio, vivirías en casa de mi comadre, una mujer nobilísima, con toda tranquilidad y paz. Nadie te molestaría. Sin ruidos ni jaleos, todo limpio y ordenado. Fíjate, diríase que vives en una posada y eso que eres un señor, un terrateniente. Allí todo es limpieza y tranquilidad, tendrás con quien cambiar impresiones en el caso de que te aburras. A excepción de mí, nadie iría a visitarte. Hay dos chiquillos, puedes jugar con ellos cuanto quieras. ¿Qué más puede pedirse? ¡Y qué de ventajas! ¿Cuánto pagas por esto?

—Mil quinientos rublos.

—Allí, en cambio, sólo pagarías mil por toda la casa. ¡Y qué habitaciones tan claras, tan preciosas! Hace tiempo que ella quería tener un inquilino apacible, decente, pues yo te elijo a ti...

Oblómov, con aire distraído, negó con la cabeza.

—¡No me vengas con cuentos! —afirmó Tarántiev—. Te trasladarás. Piensa que vivir allí te costará dos veces menos; sólo en el alquiler economizarás quinientos rublos. La comida será dos veces mejor y habrá mayor limpieza, ni la cocinera ni Zajar podrán robarte...

En el pasillo se oyó un gruñido.

—Y en todo habrá más orden —continuó Tarántiev—. Ahora ¡hasta asco da sentarse a tu mesa! Si quieres pimienta no la hay, del vinagre se han olvidado, los cuchillos están sucios; tú mismo dices que la ropa se pierde, por todas partes hay polvo, en fin, ¡un asco! Y allí habrá una mujer que será el ama de casa; ni a ti, ni al tonto de tu Zajar...

Los gruñidos del pasillo sonaron con mayor fuerza.

—Ese viejo perro —continuó Tarántiev— no tendrá nada en que pensar; estarás atendido en todo. No hay que pensarlo más. Múdate y se acabó...

—Pero cómo, así, sin más ni más, voy a trasladarme al barrio de Vyborg...

—¡Cansas a cualquiera! —dijo Tarántiev, secándose el sudor de la frente—. Estamos en verano y aquello es igual que vivir en una casa de campo. ¿Qué haces pudriéndote aquí en Gorójovaia los meses de verano?... ¡Allí tienes el parque de Bezborodkin, el Ojta al alcance de la mano, el Nevá a dos pasos, huerto propio, ni polvo, ni calor asfixiante! Nada tienes que pensar. Antes de comer iré allí en un santiamén para hablar con ella; dame dinero para el coche, y mañana ya te puedes mudar...

—¡Qué hombre éste! —dijo Oblómov—. ¡Ni el diablo sabe lo que se le puede ocurrir! ¡Mira que trasladarme al barrio de Vyborg!... Eso no es difícil, se le ocurre a cualquiera. Lo bueno sería idear el modo de poder quedarme aquí. Llevo ocho años viviendo en esta casa y no quisiera mudarme...

—No se hable más; te mudarás. Ahora mismo voy a hablar con mi comadre; a la oficina iré otro día...

Y Tarántiev se dirigió a la salida.

—¡Espera, espera! ¿Adónde vas? —lo detuvo Oblómov—. Tengo otro asunto más importante. Mira qué carta recibí del administrador y piensa en lo que debo hacer.

—¡Cómo eres! —exclamó Tarántiev—. No sabes hacer nada solo. Todo tengo que hacerlo yo. Dime, ¿para qué sirves? Eres un alfeñique y no un hombre.

—¿Dónde está la carta? ¡Zajar, Zajar! —gritó Oblómov—. La habré metido otra vez en cualquier sitio.

—Aquí tiene la carta del administrador —dijo Alexeiev, tendiéndole la arrugada carta.

—Sí, aquí está —repitió Oblómov, y comenzó a leerla en voz alta—. ¿Qué me dices? ¿Qué puedo hacer? —preguntó, una vez concluida la lectura—. Sequía, impago de rentas...

—¡Eres hombre perdido! ¡Perdido por completo! —dijo Tarántiev.

—¿Por qué soy hombre perdido?

—¿Y cómo no vas a serlo?

—Pues si lo soy, dime qué debo hacer.

—¿Qué me darás por ello?

—Ya te he dicho que habría champaña. ¿Qué más quieres?

—Champaña por haberte buscado una casa. Tú no te percatas del bien que te hago y todavía me discutes. ¡Eres un ingrato! Búscate la casa tú solito. ¡Y menuda casa! Lo principal es la tranquilidad que vas a tener allí, igual que si vivieras con una hermana. Dos chicos pequeños, un hermano soltero, yo iría a visitarte todos los días...

—Bueno, bueno —lo interrumpió Oblómov—. Dime ahora lo que puedo hacer con el administrador.

—Si añades a la comida vino de Oporto, te lo diré.

—¡Ahora quieres también vino de Oporto! Te parece poco...

—Bueno, entonces, adiós —dijo Tarántiev; *poniéndose* otra vez el sombrero.

—¡Ah, Dios mío! El administrador me escribe que mi renta disminuirá en «unos dos mil» y tú, encima, me pides vino de Oporto. Bueno, cómpralo.

—Dame más dinero —dijo Tarántiev.

—Pero si te queda el dinero de la vuelta del otro.

—¿Y el coche para Vyborg? —respondió Tarántiev. Oblómov sacó un rublo de plata y se lo dio con cierto aire de fastidio.

—Te diré que tu administrador es un bribón —empezó a decir Tarántiev, guardándose el rublo de plata en el bolsillo— y tú le crees a pies juntillas. ¡Vaya con la cantinela! Sequías, malas cosechas, morosos, *mujiks* huidos... ¡Miente, todo es mentira! Oí decir que el año pasado en nuestros lugares, en Shumílovo, la cosecha obtenida bastó para pagar todas las deudas; a ti, sin embargo, te viene de pronto la sequía y las malas cosechas. Shumílovo sólo dista cincuenta kilómetros de tu propiedad. ¿Por qué allí no se agostó el trigo? ¿Y qué me dices de los morosos? ¿Qué hacía el administrador? ¿Por qué lo ha permitido? ¿Por qué no pagan? ¿Acaso no hay trabajo o no se venden los productos de aquella parte? ¡Ah, es un bandido! ¡Ya le enseñaría yo! Y los *mujiks* se fugan porque él, seguramente, cobra algo por hacer la vista gorda y ni siquiera pensó en quejarse al jefe de policía.

—No puede ser —dijo Oblómov—, incluye en su carta la contestación dada por el jefe de policía, todo parece muy natural...

—¡Cómo eres! No sabes nada. Todos los bribones escriben con naturalidad. ¡Es increíble! Mira, aquí, por ejemplo, tienes a una persona honrada, pacífica hasta más no poder —continuó, señalando a Alexeiev—. ¿Crees, acaso, que es capaz de escribir con naturalidad? ¡Jamás! En cambio el bestia de su pariente, por ser precisamente un cerdo, escribirá así. Tampoco tú sabrías hacerlo. Por consiguiente, tu administrador ya es bestia por haber escrito con tanta pericia y naturalidad. Fíjate en lo bien que maneja las palabras: «a que regresen a sus lugares de residencia».

—¿Qué debo hacer con él? —preguntó Oblómov.

—Sustituirlo de inmediato.

—Pero ¿a quién pondré en su lugar? No conozco a los *mujiks*. Otro tal vez aún sea peor. Llevo doce años sin ir por allí.

—Debes ir personalmente a la aldea. Es preciso que vayas. Pasas allí el verano y en otoño te trasladas directamente a la nueva casa. Ya me ocuparé yo de que esté dispuesta.

—¡A la casa nueva, a la aldea, yo personalmente! ¡Qué terribles medidas propones! —dijo Oblómov, descontento—. Prefiero evitar las soluciones extremas y buscar el punto medio...

—Escúchame, Iliá Ilich, acabarás perdiéndote del todo. Si yo estuviera en tu lugar, habría hipotecado las propiedades hace tiempo y comprado otra o una casa aquí, en buen sitio; valdría la pena cambiar la aldea por eso. Luego, hipotecaría la casa y compraría otra... Si yo fuera el dueño de tus propiedades, ya oirían hablar de mí.

—Deja de presumir y piensa la forma de no tener que mudarme ni ir a la aldea y que se arreglen las cosas... —dijo Oblómov.

—Pero ¿acabarás por moverte alguna vez de tu sitio? —exclamó Tarántiev—. Mírate: ¿para qué sirves? ¿Qué servicio le prestas a la patria? ¡Dice que no puede ir a la aldea!

—Aún es pronto para que vaya —respondió Iliá Ilich—. Debo terminar antes el plan de reformas que quiero introducir en mis propiedades... Pero ¿sabes una cosa, Mijéi Andreich? —dijo de pronto Oblómov— Vete tú. Conoces las circunstancias, el lugar y yo no te escatimaría en los gastos.

—¿Te crees, acaso, que soy tu administrador? —repuso, altanero, Tarántiev—. Además, he perdido la costumbre de tratar con *mujiks*...

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó Oblómov, pensativo—. De veras que no lo sé.

—Bueno, puedes escribirle al jefe de policía, pregúntale si habló con él tu administrador sobre los *mujiks* huidos —aconsejó Tarántiev— y pídele que se dé una vuelta por la aldea; luego escribe al gobernador para que ordene al jefe de policía que te informe del

comportamiento de tu administrador. Puedes decirle en la carta: «Excelencia, le ruego que, como padre, se interese por mí y contemple con ojos misericordiosos la terrible e inevitable desgracia que me amenaza, debido a la conducta desenfundada de mi administrador y la extrema ruina que se cierne sobre mí, mi esposa y doce hijos menores de edad, que se quedan en el mayor de los desamparos y sin un trozo de pan...».

Oblómov se echó a reír.

—¿De dónde voy a sacar tantos hijos si me pide que se los enseñe? —preguntó.

—¡Eso no importa! Tú escribe que tienes doce hijos; de todas formas le entrará por un oído y le saldrá por el otro; no intentarán comprobarlo y, en cambio, resultará «natural»... El gobernador dará la carta al secretario y tú, al mismo tiempo, le escribes también a él, pero, claro está, incluyéndole algo; el secretario dará las órdenes pertinentes. Pídeselo también a los vecinos. ¿A quiénes tienes por allí?

—Dobrynin vive cerca —repuso Oblómov—. Cuando estaba aquí, lo veía con frecuencia; ahora se fue para allá.

—Escríbele también a él; pídeselo encarecidamente. Dile: «Con ello me hará un favor impagable y me obligará como cristiano, amigo y vecino». Y adjunta a la carta algún presente de aquí... tal vez unos cigarros. Así es como debes proceder. Tú no entiendes nada... ¡Eres hombre perdido! ¡Conmigo tendría que topar ese administrador! ¡Yo le haría bailar! ¿Cuándo sale el correo para allí?

—Pasado mañana —contestó Oblómov.

—Pues siéntate y escribe ahora mismo.

—El correo sale pasado mañana, ¿para qué voy a escribir ahora? —dijo Oblómov—. Puedo hacerlo mañana. Escucha, Mijéi Andreich —añadió—, completa tus «favores» y yo añadiré, entonces, algo de pescado o ave a la comida.

—¿Qué más quieres? —preguntó Tarántiev.

—Siéntate y escribe tú ahora mismo. A ti no te llevará mucho tiempo escribir tres cartas. Lo expones todo de un modo muy natural —añadió, procurando disimular una sonrisa—; Iván Alexeievich las copiará...

—¡Vaya una ocurrencia! —respondió Tarántiev—. ¡Que yo me ponga a escribir! Llevo tres días sin coger la pluma en la oficina. Tan pronto como me pongo a escribir, empieza a lagrimearme el ojo izquierdo. He debido coger frío y se me nubla la cabeza en cuanto la inclino... ¡Eres un vago, un vago! Te perderás, hermano Iliá Ilich, te perderás por un ochavo...

—¡Ah, ojalá llegara pronto Andréi! Él lo arreglaría todo... —dijo Oblómov.

—¡Vaya benefactor que has encontrado! —le interrumpió Tarántiev—. ¡Maldito alemán! Un truhán como pocos.

Tarántiev sentía una repulsión instintiva por los extranjeros. Para él un francés, un alemán o un inglés eran sinónimo de hombre falso, astuto, mentiroso o bandido. Ni siquiera hacía distinciones entre las nacionalidades: todas eran iguales para él.

—Escucha, Mijéi Andreich —dijo Oblómov severamente—. Te ruego que seas más comedido al hablar, sobre todo cuando se trata de una persona allegada a mí...

—¡Una persona allegada! —repitió Tarántiev con odio—. ¿Acaso es pariente tuyo? Todos saben que es alemán.

—Es más que un pariente: crecimos juntos, estudiamos juntos y no permito insolencias...

—¡Ah, si me cambias por un alemán —dijo Tarántiev, rojo de ira—, no volveré a pisar tu casa!

Se encasquetó el sombrero y se dirigió a la puerta. Oblómov claudicó de inmediato.

—Deberías respetar en él a un amigo mío —dijo— y cuidar tus expresiones, eso es todo cuanto exijo.

—¡Respetar a un alemán! —repuso Tarántiev con inmenso desprecio— ¿Y eso por qué?

—Ya te lo dije, aunque sólo sea por el hecho de haber crecido y estudiado juntos.

—¡Vaya una cosa! ¡No habrás estudiado tú con pocos!

—Si él estuviera aquí, me habría visto libre de cualquier preocupación desde hace mucho tiempo sin necesidad de comprar vino de Oporto ni champaña... —dijo Oblómov.

—¿Ah, me haces reproches? Pues bien, ivete al diablo con tu Oporto y tu champaña! Toma, quédate con tu dinero... ¿Dónde diablos lo habré metido? No recuerdo en absoluto donde metí ese maldito dinero.

Sacó un papelucho grasiento y garrapateado por todas partes.

—No, no es el dinero... —dijo—. ¿Dónde lo habré puesto? Y rebuscó en sus bolsillos.

—No te molestes, no lo busques —dijo Oblómov—. No te hago ningún reproche. Te pido únicamente que hables con mayor corrección de un hombre a quien quiero y que tanto ha hecho por mí...

—¡Tanto! —repuso, airado, Tarántiev—. Espera, hará aún más... ¡Tú hazle caso!

—¿Por qué dices eso?

—Porque ese alemán tuyo te engañará de tal modo que sabrás por ti mismo lo que significa cambiar a un paisano, a un ruso, por un vagabundo cualquiera...

—Escucha, Mijéi Andreich... —comenzó a decir Oblómov.

—Nada tengo que escuchar, ya he escuchado bastante. ¡Muchas penas he sufrido por tu culpa y sólo Dios sabe las ofensas que he padecido!... A lo mejor, su padre, allá en Sajonia, no sabía siquiera lo que era el pan... y vino aquí a presumir..

—¿Por qué te metes con los muertos? ¿Qué culpa tiene el padre?

—Los dos son culpables, tanto el padre como el hijo —dijo Tarántiev con aire sombrío, agitando la mano—. No en vano mi padre siempre me previno contra esos alemanes, y él sí que conoció a mucha gente a lo largo de su vida.

—¿Y por qué no te gusta su padre?

—Pues porque llegó a nuestra provincia con una sola chaqueta y unos zapatos en el mes de septiembre y de pronto deja una herencia al hijo. ¿Eso qué significa?

—Le dejó en herencia sólo cuarenta mil rublos. Parte de ese dinero lo recibió como dote al casarse y el resto lo ganó administrando una propiedad y dando clases a los niños. Ganaba bien. Como ves, el padre no tiene ninguna culpa, ¿y cuál es la culpa del hijo?

—¡Menudo lince! De los cuarenta mil del padre hizo de pronto un capital de trescientos mil y en su trabajo llegó a consejero de la corte, se lo considera un científico y ahora encima iviaja! Un pillo lo pillá todo. ¿Acaso un ruso de verdad, un buen ruso, haría todo eso? El ruso elegiría una sola actividad y, además, sin darse prisa, trabajaría sin esforzarse gran cosa, con calma y poco a poco; él, en cambio... Y aún sería comprensible si se dedicara a los arriendos. Allí sí se puede hacer una fortuna, pero así, sin más ni más. ¡Es muy sospechoso! ¡A personas así yo las llevaría ante los tribunales! ¡Y ahora anda vagabundeando sabe el diablo dónde! —continuó Tarántiev— ¿Qué hace por tierras extrañas?

—Quiere aprender, ver y conocerlo todo.

—¡Aprender! ¿Le han enseñado poco, acaso? ¿Qué puede aprender? Te engaña, no le creas, te engaña como a un niño. ¿Es que los adultos estudian? ¿Oyen lo que dice? ¿Es que un consejero de la corte se pondrá a estudiar? Tú, por ejemplo, estudiaste en la escuela, pero ¿estudias ahora? ¿Acaso él —continuó, señalando a Alexeiev— estudia? ¿Estudia su pariente? ¿Qué persona decente estudia? ¿Crees que él va a la escuela alemana, se sienta allí y estudia las lecciones? ¡Miente! Oí decir que fue a ver una máquina y que quiere encargarla. ¡Para sacar dinero a los rusos seguramente! Yo lo mandaré a presidio... Habla de unas acciones... ¡Esas acciones me revuelven el estómago!

Oblómov se echó a reír sonoramente.

—¿A qué viene esa risa? ¿No es verdad lo que digo? —interrogó Tarántiev.

—Bueno, dejemos eso —respondió Iliá Ilich—. Ve con Dios a donde tenías que ir; Iván Alexéievich y yo escribiremos todas esas cartas y, de paso, trataré de esbozar por escrito mi plan. Tarántiev se dirigió al pasillo, mas regresó de pronto.

—¡Me olvidé por completo! Esta mañana venía a buscar una cosa —empezó a decir con un tono de voz que ya no era rudo—. Me han invitado a una boda para mañana. Se casa Rókotov. Préstame, paisano, tu frac; el mío, como sabes, está algo deteriorado...

—Pero mi frac —dijo Oblómov, frunciendo el ceño ante esa nueva exigencia— no te puede sentar bien...

—Me está bien. ¡Cómo dices eso! —lo interrumpió Tarántiev—. ¿Recuerdas que me probé tu levita? Me quedaba como si me la hubieran hecho a medida. ¡Zajar, Zajar! ¡Ven aquí, vieja bestia! —gritó.

Zajar gruñó como un oso, pero no acudió a la llamada.

—Lámalo tú, Iliá Ilich. ¿Por qué es así? —se lamentó Tarántiev.

—¡Zajar! —llamó Oblómov.

—Así os... —se oyó en el pasillo juntamente con el salto desde la tarima—. ¿Qué quiere? —preguntó dirigiéndose a Tarántiev.

—Tráeme el frac negro —ordenó Oblómov—. Mijéi Andreich se lo probará para ver si le sienta bien o no; mañana tiene una boda...

—No le daré el frac —dijo Zajar con aire decidido.

—¿Cómo te atreves a negarte si te lo manda tu señor? —gritó Tarántiev—. ¿Por qué no lo mandas al manicomio, Iliá Ilich?

—¡Sólo eso faltaba! ¡Mandar al viejo al manicomio! —dijo Oblómov—. Trae el frac, Zajar, no seas terco.

—No lo traeré —repuso fríamente Zajar—. Que nos devuelva antes el chaleco y la camisa; llevan en su casa más de cuatro meses. Los pidió prestados también, como ahora, para un cumpleaños y ¡adiós! El chaleco es de terciopelo y la camisa de fino hilo de Holanda; cuesta más de veinticinco rublos. ¡No le daré el frac!

—Bueno, adiós, entonces. ¡Iros al diablo! —dijo Tarántiev con furia, amenazando a Zajar con el puño—. Ten en cuenta, Iliá Ilich, que voy a alquilarte la casa, ¿me oyes? —añadió.

—Bueno, bueno —respondió Iliá Ilich, impaciente por verse libre de su presencia.

—Y tú escribe ahora lo que haga falta —prosiguió Tarántiev—, no te olvides de decirle al gobernador que tienes doce hijos, a cual más pequeño. Y que a las cinco de la tarde esté la sopa sobre la mesa. ¿Por qué no mandaste que hicieran una empanada?

Pero Oblómov no decía nada; hacía tiempo que ya no lo escuchaba y con los ojos cerrados pensaba en otra cosa.

A la marcha de Tarántiev siguió durante diez minutos un silencio absoluto en la habitación. Oblómov se sentía disgustado por la carta del administrador, por el inmediato traslado de casa y fatigado, en parte, por la algarabía de Tarántiev... Por fin exhaló un suspiro.

—¿Por qué no escribe? —preguntó con voz queda Alexeiev—. Si quiere, puedo afinarle la pluma.

—Hágalo y que Dios lo acompañe si quiere irse a alguna parte —contestó Oblómov—. Ya me ocuparé de hacerlo yo, y usted, después de la comida, podrá copiarlas.

—Muy bien —dijo Alexeiev—. Mi presencia, en efecto, puede ser un estorbo... Iré, mientras tanto, a decirles que no lo esperen para ir a Yekateringof. Adiós, Iliá Ilich.

Pero Oblómov ya no lo escuchaba; entristecido, encogidas las piernas y casi tumbado en el sillón, parecía estar sumido en sus pensamientos, o bien en el sueño.

CAPÍTULO V

OBLÓMOV, noble por nacimiento y consejero colegiado, llevaba doce años seguidos viviendo en San Petersburgo.

Al principio, y mientras tuvo a sus padres, vivió con mayor estrechez; disponía de dos habitaciones y se contentaba con un solo criado que se había traído de la aldea. Pero a la muerte de sus padres se convirtió en el único dueño de trescientos cincuenta siervos, recibidos en herencia, en una de las provincias más alejadas, casi en Asia.

En lugar de cinco mil, recibía siete o diez mil rublos de renta, y a partir de entonces su tren de vida adquirió mayor amplitud. Alquiló una vivienda más grande, añadió al servicio un cocinero y compró un par de caballos.

En aquel entonces era todavía joven, y aunque no se distinguía por su actividad, ésta superaba en mucho la que desarrollaba ahora; aún tenía diversas aspiraciones, confiaba en algo, esperaba muchas cosas del destino y de sí mismo. Se preparaba para desempeñar un papel importante en la vida, primero en el campo del trabajo, para lo cual se había trasladado a San Petersburgo. Luego pensaba en el papel que haría en la sociedad y, finalmente, en una lejana perspectiva, en el límite de la juventud, con la madurez, entreveía en su imaginación una risueña felicidad familiar.

Pero se sucedían los días, se sucedían los años, el suave vello de sus mejillas se convirtió en áspera barba, los rayos de sus ojos se transformaron en dos puntos opacos, se redondeó su talle, comenzó

a caérsele inmisericorde el cabello y llegó a los treinta años sin haber adelantado un solo paso en ninguno de esos campos; estaba al comienzo, allí donde había estado diez años antes.

Oblómov, sin embargo, seguía disponiéndose y preparándose para comenzar a vivir, y por tanto seguía dibujando en su imaginación los contornos afiligranados de su futuro; pero a cada año que pasaba se veía obligado a modificar y excluir alguna cosa de ese contorno.

Para Oblómov la vida se dividía en dos partes: una la constituían el trabajo y el aburrimiento, ambos eran sinónimos para él; la otra, el disfrute apacible de la vida. Por ello, el campo principal, el campo del trabajo, lo desconcertó desde el principio del modo más desagradable.

Educado en las profundidades de una provincia, en un ambiente familiar cálido, tranquilo y tradicional, los primeros veinte años de su vida transcurrieron entre mimos y caricias de parientes y amigos, y estaba hasta tal punto imbuido del principio familiar que su futuro trabajo se le presentaba bajo la forma de un ejercicio similar a la indolente anotación que hacía su padre en el libro de contabilidad doméstica.

Suponía que los funcionarios del Estado constituían una familia unida, amistosa, que se preocupaba constantemente por la tranquilidad y el contento recíprocos, que la asistencia al lugar de trabajo no era un hábito obligatorio al que debía uno atenerse todos los días y que el barro, el calor o simplemente una indisposición eran pretexto suficiente y legal para no acudir al mismo.

¡Cómo se disgustó Oblómov al ver que se requería un terremoto, al menos, para que un funcionario sano no se presentase en su departamento! Y como es bien sabido, no suele haber terremotos en San Petersburgo. También una inundación podría, claro está, servir de impedimento, mas tampoco éstas eran frecuentes.

Aún más pensativo quedó Oblómov cuando empezaron a desfilar ante sus ojos diversos sobres con la inscripción de «urgente», «muy

urgente»; cuando lo obligaron a buscar numerosos datos, tomar notas, rebuscar en los expedientes, escribir voluminosos informes que, para colmo, denominaban «anotaciones»; además, todo se le exigía con prisas, todos se apresuraban, no tenían ni un minuto de respiro; tan pronto como se terminaba un asunto, emprendían urgentemente otro, como si en él se condensase toda la fuerza y la razón, y, al terminarlo, lo olvidaban y comenzaban el tercero. Nunca se veía el fin del trabajo.

Una o dos veces lo sacaron de la cama en medio de la noche para obligarlo a redactar unas «notas»; en varias ocasiones lo sacaron de casas de amigos por medio de un ordenanza, por culpa siempre de esas «notas». Todo ello le infundía temor y un terrible aburrimiento. «¿Cuándo va a vivir uno? —pensaba—. ¿Cuándo?».

En su casa había oído decir que el jefe era el padre de sus subordinados y por ello se había formado una idea de lo más risueña y familiar de tal personaje. Se lo imaginaba como un segundo padre, que sólo vive pensando en el modo de recompensar a todos sus subalternos, tanto merecida como inmerecidamente, y de ocuparse no sólo de sus necesidades, sino también de sus placeres.

Iliá Ilich pensaba que el interés del jefe por el estado de su subordinado lo llevaba al punto de preguntarle con gran solicitud cómo había pasado la noche, por qué tenía los ojos turbios y si no le dolía la cabeza.

Pero ya el primer día de su trabajo sufrió una cruel decepción. Cuando llegó el jefe, todos se aturullaron, corrieron de un sitio para otro, se empujaron, organizando una gran confusión; algunos se estiraban el uniforme, temiendo no estar suficientemente presentables a los ojos del jefe.

Esto ocurría, según pudo observar Oblómov más tarde, por el hecho de que había jefes que en el rostro asustado hasta la imbecilidad del subordinado, que corre a su encuentro, no sólo veían una muestra de respeto a su persona, sino también de interés por el trabajo y, a veces, de capacidad para él.

Iliá Ilich no tenía motivos para temer tanto a su jefe, persona afable y bondadosa en el trato, que jamás había hecho ningún mal a nadie; los subordinados estaban muy contentos y no deseaban nada mejor. Ninguno le había oído decir una palabra desagradable, ni gritar, ni siquiera levantar la voz; jamás exigía nada, se limitaba a pedirlo. Cuando encargaba algún trabajo, siempre lo decía «por favor»; empleaba las mismas palabras cuando invitaba a alguien que cuando le imponía un arresto. No tuteaba a nadie; trataba a todos de usted, lo mismo si se dirigía a uno solo que a todos en conjunto.

Sus subordinados, sin embargo, se turbaban ante él; a sus solícitas preguntas respondían con una voz que no era la suya, sino una distinta a la que empleaban habitualmente con los demás.

También Iliá Ilich se aturdió, sin saber la razón, cuando el jefe entraba en el despacho; también él perdía la voz y surgía en su lugar una distinta, atiplada y repelente, en cuanto el jefe le dirigía la palabra.

Mucho sufrió Iliá Ilich a causa del temor y la angustia que le producía su trabajo, a pesar de tener un jefe bueno y condescendiente. ¡Sabe Dios lo que habría sido de él si le hubiera tocado en suerte uno severo y exigente!

Oblómov trabajó a trancas y barrancas unos dos años; tal vez habría aguantado un año más hasta recibir el ascenso correspondiente, pero un hecho especial lo obligó a abandonar la oficina.

En una ocasión reexpidió un documento muy importante a Arjánguensk en lugar de Astraján. El fallo se descubrió y empezó la búsqueda del culpable.

Los demás, llenos de curiosidad, esperaban que el jefe llamara a Oblómov y le preguntara con fría calma si era «él quien había enviado el expediente a Arjánguensk», y todos hacían conjeturas sobre la voz que tendría Iliá Ilich al responderle.

Algunos pensaban que ni siquiera llegaría a responderle, que no podría hacerlo.

Viendo a sus colegas, el propio Iliá Ilich estaba más que asustado, aunque tanto él como los demás sabían que el jefe se limitaría a reconvenirle; su propia conciencia era más severa que la reconvención.

Oblómov no esperó el castigo merecido: se fue a casa y pidió un certificado médico.

El certificado decía: «Yo, el abajo firmante, atestigo y rubrico que el secretario colegiado Iliá Ilich Oblómov padece hipertrofia del corazón con dilatación del ventrículo izquierdo (*Hipertrophia coráís cum dilatatione ejus ventriculi sinistri*), así como de dolor crónico en el hígado (*hetitis*), que amenaza, en caso de progresar, la salud y la vida del paciente; es de suponer que estos ataques se producen por la obligada asistencia cotidiana al trabajo. Por este motivo, y a fin de prevenir la repetición y el agravamiento de esos dolorosos ataques, considero necesario que el señor Oblómov interrumpa temporalmente su trabajo y le prescribo que se abstenga, en general, de todo ejercicio mental y toda actividad».

Esto no pasó de ser un remedio temporal: tarde o temprano tendría que curarse y volver todos los días a la oficina. Incapaz de soportarlo, Oblómov presentó la dimisión. Así finalizó —y no volvió a reanudarse más— su actividad al servicio del Estado.

Su papel en la sociedad fue más afortunado.

Durante sus primeros años de vida en San Petersburgo, en su primera juventud, los rasgos apacibles de su rostro solían animarse con mayor frecuencia, el fuego de la vida brillaba intensamente, despidiendo rayos de luz, esperanza y fuerza. Compartía las inquietudes de los demás, confiaba como todos, se alegraba por bagatelas y también sufría por ellas.

Mas todo eso había sucedido hacía mucho tiempo, en aquella tierna edad en que uno presupone que cualquier hombre es un amigo sincero, se enamora de casi todas las mujeres y está dispuesto a ofrecer su mano y su corazón; algunos llegan, incluso, a

llevarlo a la práctica y de ello se arrepienten luego el resto de sus vidas.

En aquellos benditos días, a Iliá Ilich le correspondieron no pocas miradas cariñosas, aterciopeladas, incluso apasionadas, de entre aquella multitud de beldades; numerosísimas sonrisas prometedoras, dos o tres besos a escondidas y aún más cariñosos apretones de manos, a veces demasiado fuertes.

Oblómov, sin embargo, jamás se dejaba cautivar del todo por esas beldades, jamás se convertía en su esclavo, ni siquiera en su muy asiduo adorador, por la simple razón de que la intimidad con las mujeres va acompañada de numerosos cuidados e inquietudes. Oblómov se limitaba más bien a quererlas desde lejos, a una distancia respetable.

Raras veces el destino le hacía conocer en sociedad a alguna mujer capaz de despertar su pasión durante varios días y hacerlo sentirse enamorado. Por esta razón sus intrigas amorosas no se convertían en amoríos: se detenían en el mismo comienzo, y por su inocencia, sencillez y pureza hacían competencia a las historias amorosas de alguna colegiala adolescente.

Procuraba huir sobre todo de las doncellas pálidas y melancólicas, casi siempre de ojos negros, que con su brillo recordaban «días atormentados y noches pecadoras», doncellas de penas y alegrías por nadie conocidas, que siempre tienen algún secreto que confiar o contar, pero que, cuando llega el momento de hacerlo, tiemblan, rompen a llorar sin consuelo, se abrazan al amigo, lo miran largamente a los ojos, después al cielo y dicen que su vida está condenada, maldita, y llegan, incluso, a desmayarse. Evitaba con temor a esas doncellas. Su alma era todavía pura y virginal; tal vez esperase que llegara su hora de amar, la hora de su pasión patética, pero con el paso de los años dejó de confiar y perdió la esperanza.

Con mayor frialdad aún dijo adiós Oblómov a sus numerosos amigos. Inmediatamente después de recibir la primera carta del

administrador dándole cuenta de las malas cosechas y de los impagos de renta, sustituyó a su principal amigo, el cocinero, por una cocinera, luego vendió los caballos y, finalmente, dejó de ver a los demás «amigos».

Casi nada le atraía fuera de su casa y cada día se encerraba en ella con mayor firmeza y constancia.

Al principio le costaba estar en casa vestido todo el día; después le dio pereza almorzar en otras casas, exceptuando algunas de amigos solteros, a quienes conocía bien y donde era posible quitarse la corbata, desabrocharse el chaleco e incluso tumbarse y dormir un rato.

Al poco, sin embargo, también esas salidas lo cansaron: había que ponerse el frac y afeitarse todos los días.

Había leído en alguna parte que sólo el aire húmedo de la mañana beneficia la salud, mientras que el nocturno es perjudicial, por lo cual empezó a temer la humedad.

Pese a todas esas rarezas, su amigo Shtolz conseguía sacarlo de casa, pero Shtolz se ausentaba con frecuencia de San Petersburgo. Viajaba a Moscú, Nizhni Nóvgorod, Crimea y también al extranjero, y Oblómov, sin él, volvía a sumirse por completo en su soledad y aislamiento, de los cuales podía sacarlo sólo algo extraordinario, algún acontecimiento que se saliera de la rutina diaria. Pero no había nada semejante en la actualidad, ni se preveía para el futuro.

A todo ello se fue añadiendo con los años cierta timidez infantil, el temor a un peligro, a un mal por parte de todo cuanto no estuviera en la esfera de su vida cotidiana, pues había perdido la costumbre de enfrentarse a los diversos fenómenos externos.

No le asustaba, por ejemplo, la grieta en el techo de su alcoba; se había acostumbrado a ella; tampoco se le ocurría pensar que el aire viciado de su habitación y su constante permanencia en casa eran más dañinos para su salud que la humedad nocturna; o que sobrecargar todos los días el estómago era una especie de suicidio lento. Como estaba acostumbrado no lo temía.

Había perdido el hábito de moverse, de vivir, de ver gente, de hacer algo. En medio de una densa muchedumbre se ahogaba; al montarse en una barca lo hacía con la incierta esperanza de alcanzar la orilla opuesta, y eso si tenía suerte; cuando iba en coche, temía que los caballos se desbocaran y lo dejaran destrozado. A veces era presa de un temor nervioso: se asustaba del silencio que lo rodeaba o bien de algo que ni él sabía lo que era y un escalofrío recorría su cuerpo. En ocasiones miraba a hurtadillas y con miedo algún rincón oscuro, esperando que su imaginación le hiciera una jugarreta obligándolo a ver algo sobrenatural.

De este modo discurrió su vida en sociedad. Abandonó con indolencia todas las esperanzas juveniles que lo defraudaron o a las cuales él defraudó, todos los recuerdos tiernamente melancólicos y luminosos que incluso en la vejez hacen palpitar el corazón de algunos.

CAPÍTULO VI

PERO ¿qué hacía Oblómov en casa? ¿Leía? ¿Escribía? ¿Estudiaba? Cuando caía en sus manos un libro, un periódico, los leía.

Cuando oía hablar de algún acontecimiento notable, sentía inmediatos deseos de conocerlo; buscaba libros, los pedía y, si se los traían pronto, se ponía a leerlos y a formarse una idea del contenido. Un pequeño esfuerzo más y lo habría dominado del todo, pero no, acababa tumbándose mirando el techo y el libro yacía junto a él, inacabado e incomprensible.

Se enfriaba su entusiasmo con mucha mayor rapidez que se encendía y jamás volvía al libro abandonado.

Sin embargo, había estudiado como otros, como todos, es decir, hasta los quince años, en un colegio; más tarde, los viejos Oblómov, después de largas deliberaciones, decidieron enviarlo a Moscú, donde, aun en contra de su voluntad, tuvo que seguir el curso universitario hasta el fin.

Su carácter tímido y apático le impedía poner claramente de manifiesto su pereza y sus caprichos ante desconocidos, y tampoco en la escuela, donde no hacían ninguna excepción con los hijos mimados. Por necesidad se mantenía erguido en clase, escuchaba lo que decían los profesores, ya que ninguna otra cosa podía hacer, y con trabajo, sudor y suspiros iba aprendiendo las lecciones.

Consideraba que todo ello era como un castigo enviado por el cielo a causa de nuestros pecados.

Jamás leía más allá de la línea marcada por la uña del profesor en el libro, jamás le preguntaba nada ni exigía ninguna explicación. Se contentaba con lo escrito en el cuaderno y no expresaba una curiosidad engorrosa ni siquiera cuando no comprendía lo que oía y escuchaba.

Cuando conseguía, a duras penas, dominar un tema, lo mismo si se llamaba estadística que economía política o historia, sentíase plenamente satisfecho.

Cuando Shtolz le traía libros que había que leer además de los manuales, Oblómov lo miraba largamente y en silencio.

—También tú, Bruto, estás en contra de mí —decía con un suspiro, poniéndose a estudiar.

Esa inmoderada lectura era, a su juicio, excesiva y pesada.

¿Para qué tantos cuadernos, tanto papel, tiempo y tinta invertidos en ellos? ¿Para qué los manuales? Y, finalmente, ¿para qué seis o siete años de reclusión, tantas severidades y castigos, tantas horas de permanencia en las clases o ante los libros, tanta prohibición de correr, hacer travesuras y divertirse mientras no se haya terminado de estudiar?

«¿Y cuándo vivir? —volvía a preguntarse—. ¿Cuándo podré, por fin, poner en circulación ese capital de conocimientos, que en su mayor parte, además, nunca me hará falta en la vida? ¿Para qué me sirve en Oblómovka la economía política, por ejemplo, el álgebra o la geometría? ¡Qué puedo hacer con ellas en Oblómovka!».

»La propia historia sólo produce angustia: lees, estudias que la época calamitosa llegó, que el ser humano padece, sufre, hace acopio de fuerzas, trabaja, se afana, soporta calamidades y sigue trabajando en espera de un futuro feliz. Y éste llega, la propia historia debería descansar ya, pero no, de nuevo aparecen las nubes, se vuelve a derrumbar el edificio y a empezar de nuevo a trabajar, a esforzarse... Los días luminosos no perduran, pasan veloces y la vida fluye, fluye sin cesar, y todo, todo queda destrozado de nuevo».

Las lecturas serias lo fatigaban. Los filósofos no conseguían despertar en su espíritu el ansia por las verdades especulativas.

Los poetas, en cambio, le llegaron al alma. Fue un adolescente como todos. Y también para él llegó un momento feliz, que a nadie defrauda y a todos sonríe, el florecer de las fuerzas, de esperanzas en la vida, el deseo del bien, de mostrarse esforzado y activo, el momento en que el corazón late más deprisa y el pulso se acelera; la edad de los discursos entusiastas y de las dulces lágrimas. Su cabeza y su corazón parecieron iluminarse: sacudió su pereza, su somnolencia y su alma exigió actividad.

Shtolz lo ayudó a prolongar ese momento todo cuanto era posible para una naturaleza como la de su amigo. Descubrió su afición por la poesía y durante año y medio lo mantuvo bajo la férula del pensamiento y la ciencia.

Aprovechando el vuelo de sus ensueños juveniles, introducía en la lectura de la poesía otros objetivos, además del deleite poético; señalaba con mayor rigor el futuro camino vital de Oblómov y el suyo propio, obligándolo a pensar en él. Juntos se emocionaban, juntos vertían lágrimas y se hicieron solemnes promesas de seguir un camino justo y racional en la vida.

El ardor juvenil de Shtolz contagió a Oblómov, quien ardía de impaciencia por trabajar y alcanzar la meta lejana, pero radiante.

Aunque la flor de la vida despuntó, no dio fruto. Oblómov recobró la calma, y muy raras veces, por indicación de Shtolz, leía uno u otro libro, mas no de golpe, sino despacio, sin ansia, recorriendo indolentemente las líneas con los ojos.

Por muy interesante que fuera el libro, lo dejaba tapas arriba en cuanto llegaba la hora del almuerzo o de la siesta: se iba a comer o, apagando la vela, se acostaba.

Si le traían sólo el primer tomo, al acabarlo no pedía el segundo, pero si se lo daban, lo leía muy despacio.

Con el paso del tiempo, no llegaba siquiera a terminar el primero y se pasaba la mayor parte de su tiempo libre con un codo sobre la

mesa y la cabeza encima del codo; a veces, en lugar del codo utilizaba el libro que Shtolz se empeñaba en que leyese.

Así terminó su actividad en el campo del estudio. El día que escuchó la última conferencia marcó para él el límite de su saber. La firma del director, estampada en su certificado, al igual que la señal de la uña del maestro en la escuela, señaló la línea más allá de la cual nuestro héroe consideró que era inútil seguir haciendo acopio de conocimientos.

Su cabeza venía a ser un complejo archivo de cuestiones arcaicas, personajes, cifras, religiones, verdades de economía política o de matemáticas completamente desligadas entre sí, problemas, tesis, etc.

Era como una biblioteca formada únicamente por tomos sueltos referentes a diversas ramas del saber.

Los estudios ejercieron un extraño efecto sobre Iliá Ilich; entre la ciencia y la vida se abrió un verdadero abismo que él no trataba de franquear. La vida era algo por sí misma y la ciencia también lo era.

Había estudiado todos los derechos existentes y ya caducos, había seguido un curso de procedimiento judicial práctico, pero cuando a causa de un robo ocurrido en la casa hubo necesidad de mandar un informe a la policía, tomó un pliego de papel, una pluma, quedó pensativo largo rato y acabó llamando a un escribiente.

Las cuentas de su propiedad se las hacía el administrador. «¿Qué falta hace aquí la ciencia?», se decía perplejo.

Y regresó a su soledad sin la carga del saber, incapaz de orientar los pensamientos que deambulaban en libertad por su cabeza o dormitaban indolentemente.

¿Qué hacía, pues? Continuaba trazando los afiligranados dibujos de su propia vida. Encontraba en ella —y no sin fundamento— inagotable sabiduría y poesía sin necesidad de libros y conocimientos.

Habiendo renunciado al trabajo y a la sociedad, decidió orientar de distinto modo la tarea de existir; tras reflexionar profundamente

sobre el sentido de su vida, descubrió, finalmente, que el horizonte de su actividad y de su existencia práctica radicaba en sí mismo.

Comprendió que su destino estaba en la felicidad hogareña y en los cuidados de su propiedad. Hasta aquel entonces no conocía suficientemente el estado de su fortuna. Shtolz se ocupaba a veces de sus asuntos. Desconocía sus ingresos y sus gastos, jamás hacía un presupuesto; en realidad, no hacía nada.

El viejo Oblómov entregó a su hijo la propiedad tal como él la había recibido de manos de su padre. Aunque había pasado toda su vida en el campo, no se las daba de listo, no se devanaba los sesos en buscar nuevas fuentes de productividad de la tierra ni en extender e intensificar las viejas, etc. Durante toda su vida conservó los procedimientos de siembra vigentes en vida de su abuelo y las mismas vías de venta de los productos del campo.

Aunque el viejo se ponía muy contento si la cosecha era buena o el incremento del precio producía mejores ingresos que los del año anterior, lo atribuía, sin embargo, a la bondad divina. No le gustaban los inventos ni el esfuerzo para conseguir dinero.

—Nuestros padres y abuelos no eran más tontos que nosotros —decía en respuesta a algunos consejos, perjudiciales en su opinión— y han vivido felices toda su vida; nosotros también lo seremos con la ayuda de Dios; no pasaremos hambre.

Como recibía, sin necesidad de aguzar el ingenio, toda la renta que necesitaba para comer y cenar sin medida todos los días en compañía de su familia y diversos invitados, daba las gracias a Dios y consideraba que tratar de conseguir más era un pecado.

Si el administrador le hacía entrega de dos mil rublos, guardándose el tercer millar en el bolsillo y culpaba, llorando, a la sequía, al pedrisco o a las malas cosechas, el viejo Oblómov se persignaba y con lágrimas en los ojos decía: «Es la voluntad divina. ¡No vas a discutir con Dios! Debemos darle las gracias por lo que tenemos».

A juzgar por la carta del administrador, la situación económica desde la muerte de los viejos empeoraba cada vez más en lugar de mejorar. Era evidente que Iliá Ilich debería ir en persona a la aldea y buscar allí mismo la causa del constante descenso de la renta.

Oblómov se disponía a ir, pero lo iba aplazando cada vez, debido, en parte, a que el viaje constituía para él una proeza casi nueva e ignota.

En su vida había viajado una sola vez, en largas etapas, rodeado de colchones de pluma, baúles, maletas, jamones, bollos, toda suerte de carnes cocidas y fritas, acompañado de varios criados.

De esta forma realizó su único viaje: desde la aldea hasta Moscú, y consideró que todos los viajes, en general, eran como aquél. Había oído decir que ahora ya no se viajaba así: había que hacerlo de prisa aun a riesgo de romperse la cabeza.

Otro motivo por el cual aplazaba su viaje era que no estaba debidamente preparado para ocuparse de sus asuntos.

Iliá Ilich no se parecía a su padre ni a su abuelo. Había estudiado, vivía en una gran ciudad y todo ello lo obligaba a tener en cuenta consideraciones que eran ajenas a ellos. Comprendía que la adquisición de bienes no sólo era un pecado, sino que todo ciudadano debía coadyuvar al bienestar general con un trabajo honrado.

Por esta razón, la mayor parte del proyecto de vida que había trazado en su soledad lo ocupaba un plan nuevo, flamante, de organización de la hacienda y de gobierno de los campesinos en consonancia con las necesidades de la época.

Hacía ya tiempo que había estructurado en su cabeza la idea fundamental del plan, su compaginación y partes principales; sólo quedaban los detalles: los presupuestos y las cifras.

Llevaba varios años trabajando infatigablemente en ese plan, pensaba, cavilaba en él tanto de pie como acostado y también cuando se hallaba en compañía de otras personas; tan pronto completaba como modificaba algunas partes, o renovaba en la

memoria lo pensado el día anterior y lo olvidado por la noche. A veces, cruzaba por su pensamiento, como un relámpago, alguna idea nueva, inesperada, y comenzaba de inmediato a trabajar en ella.

Él no era el simple ejecutor de un plan ajeno, ya acabado, sino su propio creador, el propio ejecutante de sus ideas.

Por las mañanas, en cuanto se levantaba de la cama y desayunaba, se tumbaba de inmediato en el diván, apoyaba la cabeza en la mano y meditaba, sin escatimar fuerzas, hasta que su cabeza, cansada de tan ardua labor, y su conciencia le decían: hoy has hecho bastante por el bien común.

Sólo entonces decidía tomarse un descanso y cambiar la postura adoptada para pensar en su plan por otra más cómoda y grata para el ensueño y la molicie.

No le era ajeno el deleite de los nobles ideales; el dolor humano le hacía sufrir. A veces, en el fondo de su alma, lloraba amargamente por las penalidades de la humanidad, experimentaba una angustia, un dolor vago y sin nombre, ardía en deseos de participar en la vida, de incorporarse al mundo, al mismo mundo al que, probablemente, lo arrastraba a veces Shtolz...

Entonces, dulces lágrimas corrían por sus mejillas...

Otras veces le invadía el desprecio por los vicios humanos, la mentira, la calumnia, el mal tan extendido en el mundo, y anhelaba mostrar al ser humano sus llagas; sus ideas cobraban vida, bullían y recorrían su pensamiento como las olas en el mar, se transformaban luego en propósitos, se encendía su sangre, despertaban sus músculos, se tensaban sus venas y los propósitos se transformaban en decisiones. Oblómov, movido por la fuerza moral, cambiaba rápidamente de postura dos o tres veces por minuto, se erguía a medias en la cama con los ojos brillantes, extendía un brazo y miraba a su alrededor, lleno de inspiración... A punto estaba ese impulso de convertirse en acción, de transformarse en hazaña y

entonces... ¡Oh, Dios! ¡Qué maravillosas, qué nobles consecuencias cabría esperar de un esfuerzo tan grande!

La mañana, sin embargo, pasa veloz; el día va convirtiéndose en noche y con ella tienden al reposo las fatigadas fuerzas de Oblómov: la tempestad y la agitación se apaciguan en su alma, el pensamiento se serena, la sangre circula con mayor lentitud por sus venas. Oblómov, pensativo, se tumba suavemente de espaldas y fijando una mirada melancólica en la ventana, hacia el cielo, sigue con tristeza el sol que se oculta majestuosamente tras una casa de cuatro pisos.

¡Cuántas veces no habrá despedido así la puesta del sol!

Al día siguiente regresaba la vida y con ella las emociones, los ensueños. Le gustaba, algunas veces, imaginarse ser un caudillo invencible ante el cual no sólo Napoleón, sino hasta Yeruslán Lázarevich^[5] no valían nada; inventaba guerras y sus causas; convocaba multitudes desde Africa a Europa o bien organizaba nuevas cruzadas y combatía; él decidía el destino de los pueblos, arrasaba ciudades, perdonaba, ejecutaba, era clemente, cruel, realizaba hazañas de bondad y generosidad.

O bien elegía el papel de pensador, de un gran artista; todos le aclamaban; se multiplicaban sus laureles, la muchedumbre le seguía exclamando: «¡Miren, miren, ahí va Oblómov, nuestro famoso Iliá Ilich!».

En los momentos amargos las preocupaciones lo hacían sufrir, se revolvía en la cama de un lado a otro, se tumbaba boca abajo, sintiéndose a veces perdido del todo; en esos casos se levantaba e, hincándose de rodillas, rezaba con devoción, con celo, suplicando al cielo que apartase de él la tormenta que presentía.

Después de haber confiado a los cielos el cuidado de su destino, recobraba la tranquilidad y la indiferencia ante todo lo existente, y dejaba que la tormenta se las arreglase como pudiese.

De esa forma ponía en marcha sus fuerzas morales, inquietándose a veces durante días enteros, y sólo cuando el día

desembocaba en la tarde y la enorme bola del sol empezaba a descender magníficamente tras la casa de cuatro pisos solía despertar, con un profundo suspiro, del sueño embelesador o de las torturantes inquietudes.

Entonces, acompañaba de nuevo la puesta del sol con mirada pensativa y melancólica y descansaba pacíficamente de sus emociones.

Nadie veía ni conocía esa vida interior de Oblómov; todos pensaban que se limitaba a permanecer tumbado y a comer más y mejor y que ninguna otra cosa cabía esperar de él; que no era capaz siquiera de ligar unas ideas con otras. Eso pensaban de él todos cuantos lo trataban.

Tan sólo Shtolz conocía con detalle y podía atestiguar esas capacidades suyas, ese trabajo volcánico de su ardiente imaginación, de su corazón tan sensible; pero Shtolz casi nunca estaba en San Petersburgo.

Únicamente Zajar, que había estado toda la vida junto a su señor, conocía aún mejor su vida interior, pero estaba convencido de que los dos llevaban una vida normal, tal como debía ser, y que no se debía vivir de otro modo.

CAPÍTULO VII

ZAJAR tenía más de cincuenta años. No era ya un descendiente directo de aquellos lacayos rusos, caballeros en su profesión, sin tacha ni miedo, llenos de ilimitada abnegación por su señor, dotados de todas las virtudes y sin defecto alguno.

Era un caballero con tacha y miedo. Pertenecía a dos épocas y ambas habían impreso su huella en él. De una de ellas heredó la fidelidad ilimitada a la casa de los Oblómov y de la otra, muy posterior, el refinamiento y la depravación de las costumbres.

Apasionadamente fiel a su amo, era, sin embargo, raro el día en que no le soltara algún embuste. Como criado de los viejos tiempos, solía frenarlo en sus dispendios e incontinencia, pero al propio Zajar le gustaba beber con sus amigos a costa del señor; el criado de los viejos tiempos era casto como un eunuco; Zajar, en cambio, visitaba con frecuencia a una comadre de dudosa moral. Los criados de antes guardaban con mayor seguridad que un cofre los dineros del amo, pero Zajar se las ingeniaba para sisar en todo gasto unas cuantas monedas y apropiarse obligatoriamente de ellas si quedaban encima de la mesa. Y si Iliá Ilich se olvidaba de pedirle las vueltas, éstas jamás volvían a su bolsillo.

Nunca se apropiaba de sumas importantes, tal vez porque medía sus necesidades por esa calderilla o bien por el temor a ser descubierto; en todo caso, no por exceso de honradez.

El criado de antaño moriría como un perro de caza bien amaestrado antes de comer las viandas que le habían encargado

guardar; Zajar, en cambio, siempre estaba dispuesto a comer y a beber todo cuanto pillaba; el de antaño se preocupaba exclusivamente de que el señor comiera lo más posible y se angustiaba cuando no comía; Zajar se angustiaba cuando el señor se comía todo cuanto ponía en el plato.

Además, Zajar era un chismoso. En la cocina, en la tienda, en las reuniones junto al portón se quejaba todos los días de la mala vida que llevaba. Decía que jamás había tenido un señor tan malo: caprichoso, avaro, cruel, iracundo, que era imposible tenerlo contento y que, en una palabra, más le valiera morirse que vivir con él.

Zajar no lo hacía por maldad ni por el deseo de perjudicar a su amo, sino por la costumbre, heredada de su padre y de su abuelo, de injuriar al señor siempre que se presentaba la ocasión.

Raro era el día en que no inventaba un bulo referido a su señor, movido a veces por el aburrimiento, la falta de temas de conversación o bien para inspirar mayor interés en sus oyentes.

—El mío —decía en un ronco susurro y en tono confidencial— ha cogido la costumbre de visitar a la viuda ésa. Ayer le mandó una carta.

O bien hacía saber que su amo era jugador y borracho como no había otro en el mundo; que se pasaba las noches dándole al naipe y bebiendo sin freno.

Nada de ello era cierto; Iliá Ilich no visitaba a ninguna viuda, dormía apaciblemente por las noches y nunca jugaba a las cartas.

Por otra parte, Zajar era muy desaseado. Se afeitaba raras veces y, aunque se lavaba las manos y la cara, lo hacía más bien en apariencia que en realidad; no había jabón en el mundo capaz de dejarlo limpio. Cuando iba al baño, sus manos, de negras, se convertían en rojas durante un par de horas, pero volvían a ser negras más tarde.

Era muy desmañado: cuando quería abrir el portón o una puerta, se le cerraba una mitad mientras abría la otra, y cuando intentaba

enmendar el yerro, se le cerraba la primera. Jamás levantaba del suelo al primer intento un pañuelo o algún otro objeto, siempre tenía que agacharse tres veces como si lo estuviese pescando, y solamente a la cuarta vez alcanzaba su objetivo, aunque había ocasiones en que se le volvía a caer.

Si cruzaba la habitación con un montón de platos u otras cosas, lo que llevaba encima de la bandeja empezaba a caérsele desde su primer paso. Primero volaba uno de esos objetos; Zajar hacía de pronto un tardío e inútil movimiento para impedir su caída y se le escapaban otros dos. Se quedaba mirando con la boca abierta por la sorpresa las cosas que se habían caído y no las que tenía aún en las manos; debido a ello, se le inclinaba la bandeja y continuaba la caída. Solía llegar al otro extremo de la habitación con un solo plato o copa y, entonces, profiriendo maldiciones y tacos, acababa por tirar lo último que le quedaba en las manos.

Al cruzar la habitación, su pie o su costado tropezaban invariablemente con una silla o una mesa; al salir por una puerta entornada se golpeaba siempre el hombro con la otra hoja y entonces insultaba a la puerta, al dueño de la casa o al carpintero que la hizo.

En el despacho de Oblómov casi todos los objetos estaban rotos o estropeados, sobre todo los pequeños, que exigían un trato especial, y todo por obra y gracia de Zajar. Aplicaba su capacidad de manejar los objetos a todos por igual, sin hacer ninguna diferencia en el modo de tratarlos.

Si se le ordenaba, por ejemplo, despabilar una vela o llenar un vaso de agua, empleaba para hacerlo tanta fuerza como si tuviera que abrir un portón.

¡Mas sálvenos Dios el día en que a Zajar se le ocurría contentar a su amo y hacer limpieza general de la casa para establecer el orden con rapidez y de inmediato! Los males y perjuicios eran incontables. Es poco probable que un soldado enemigo, que hubiese irrumpido en la casa, ocasionara tantos daños. Comenzaba la caída, la rotura

de los más diversos objetos, se quebraba la loza, rodaban las sillas y la empresa terminaba con su expulsión del recinto o bien era él quien se retiraba, mascullando insultos y maldiciones.

Felizmente ese fervor era muy poco frecuente en Zajar. Eso se debía, naturalmente, a que había sido educado en la aldea, en la paz y amplitud de las habitaciones, al aire libre, y no en la estrechez y penumbra de despachos y alcobas lujosas, caprichosamente amuebladas, llenas de infinidad de objetos que sólo el diablo sabía para qué servían. Allí estaba acostumbrado a manejar, sin sentirse aprisionado en sus movimientos, objetos de gran solidez: usaba, sobre todo, la pala, el pico, manijas de hierro para las puertas y sillas que apenas se podían mover por su peso.

Cualquier objeto, el candelabro, la lámpara, el pisapapeles, solía permanecer en su sitio tres o cuatro años y no pasaba nada; en la ciudad, por el contrario, bastaba con rozarlo para que se quebrara.

—¡Oh! —solía decir en esos casos a Oblómov, lleno de asombro—. Mire qué cosa tan rara: acabo de coger esa cosita y se ha hecho añicos.

O bien no decía nada y a escondidas volvía a ponerla rápidamente en su sitio para convencer luego a su señor de que él la había roto; a veces, se justificaba, como hemos visto al principio del relato, diciendo que también las cosas debían tener su fin aunque fueran de hierro, que no iban a durar un siglo.

En los dos primeros casos era todavía posible discutir con él, pero cuando echaba mano del último argumento, toda contradicción resultaba inútil y le correspondía la razón sin posibilidad de apelar.

Zajar se había trazado un círculo de actividades determinadas, fijadas ya para siempre y que él, por su voluntad, jamás infringía.

Por la mañana encendía el samovar, lustraba las botas del amo y, a veces, limpiaba el traje que el señor pedía, pero no, claro está, el que no pedía, aunque estuviera colgado diez años.

Luego, barría —no todos los días, sin embargo— el centro de la habitación sin llegar a los rincones, y sólo limpiaba el polvo de la

mesa donde no había nada para no tener que quitar cosas.

Luego, se consideraba ya con derecho a dormitar en su tarima o a charlar con Anisia en la cocina y con otros sirvientes junto al portón, sin ocuparse de nada más.

Si se le ordenaba hacer algo por encima de eso, cumplía la orden de mala gana, después de discutir y procurar convencer a su señor de que el mandato era inútil e imposible de cumplir.

No había ninguna posibilidad de obligarlo a introducir un capítulo nuevo, constante, en el círculo de las tareas que se había trazado.

Si se le ordenaba limpiar, lavar alguna cosa, traerla o llevarla, solía cumplir la orden refunfuñando; pero sería imposible conseguir, pese a todos los intentos, que hiciera lo mismo de forma permanente.

Al día siguiente, al otro y al otro, habría que mandárselo y mantener con él desagradables conversaciones.

Pese a todo ello, es decir, a que Zajar fuera amigo de beber, chismorrear, sisar la calderilla, a que rompía y destrozaba diversos objetos, era un criado sumamente fiel a su amo.

No habría dudado ni un instante en tirarse al fuego o ahogarse en lugar de él sin considerarlo una heroicidad digna de admiración o de recompensa. Este hecho era para él algo natural, algo que no podía ser de otro modo, o mejor dicho, no lo consideraba de ningún modo, sino que obraba así sin pensarlo. Respecto a ese tema carecía de toda teoría. Jamás se le ocurría someter a análisis sus sentimientos y relaciones con Iliá Ilich. Él no los había inventado; le fueron transmitidos por su padre, abuelos, hermanos, toda esa servidumbre en cuyo medio había nacido y se había educado, convirtiéndose en su carne y su sangre.

Zajar habría muerto en lugar de su amo, pues creía que ése era su deber innato e inevitable; ni siquiera se habría parado a meditarlo; se habría precipitado simplemente al encuentro de la muerte lo mismo que un perro, al encontrar una fiera en el bosque,

se tira sobre ella sin razonar el motivo por el cual debe lanzarse él y no su amo.

Pero si fuera preciso pasarse sin pegar ojo la noche entera a la cabecera del señor, incluso si de ello dependiera su salud o hasta su vida, Zajar se habría dormido sin duda alguna.

En su trato exterior con Iliá Ilich, Zajar, lejos de mostrarse servil, era, incluso, grosero, le hablaba con familiaridad, se enfadaba con él por cualquier menudencia y, como hemos dicho ya, chismorreaba junto al portón. Eso, sin embargo, ocultaba temporalmente, pero no disminuía en absoluto, el entrañable sentimiento de fidelidad hacia Iliá Ilich y a todo cuanto llevara el nombre de Oblómov, que le era tan querido, entrañable y afín.

Ese sentimiento quizá estuviera en contradicción con lo que Zajar pensaba de Iliá Ilich; tal vez el conocimiento del carácter de su amo le infundía otras convicciones. Es probable que si a Zajar le explicaran el grado de su afecto por Iliá Ilich, se pondría a discutirlo.

Zajar quería a Oblómovka como quiere el gato su buhardilla, el caballo su pesebre o el perro la perrera donde nació y creció. En el ámbito de ese afecto fueron formándose sus propios sentimientos.

Al cochero de la casa, por ejemplo, lo quería más que al cocinero; a la vaquera Bárbara más que a los dos anteriores juntos, y a Iliá Ilich menos que a todos ellos; sin embargo, el cocinero de los Oblómov era para Zajar el mejor cocinero del mundo, muy por encima de todos los demás, y su señor, muy superior a todos los demás terratenientes.

Zajar no podía ver a Tarás, el mozo del comedor, pero no lo habría cambiado por el mejor hombre del mundo debido al simple hecho de que pertenecía a los Oblómov. En sus relaciones con Iliá Ilich era tosco y familiar, lo mismo que el chamán que habla con rudeza y familiaridad a su ídolo: lo limpia, a veces se le cae y quizá en alguna ocasión le atiza, fastidiado, algún golpe, aunque en su fuero interno sabe muy bien que la naturaleza de ese ídolo está muy por encima de la suya.

El más mínimo motivo era suficiente para provocar ese sentimiento en las profundidades del alma de Zajar y obligarlo a mirar con veneración a Iliá Ilich y, a veces, llorar de emoción. ¡Por nada del mundo habría puesto a ningún otro señor, no digamos que por encima, sino tan sólo al mismo nivel! ¡Dios nos libre si a alguien se le hubiere ocurrido semejante comparación!

Zajar contemplaba con leve aire de superioridad a otros señores y a los invitados que visitaban a Oblómov; los atendía, les servía el té y lo demás con tal condescendencia como si quisiera darles a entender el honor que les hacía su amo al recibirlos. En ocasiones, les negaba la entrada sin el menor miramiento: «El señor está descansando», decía altivo, revisando al recién llegado de pies a cabeza.

A veces, en lugar de chismorrear sobre su amo, comenzaba a ensalzarlo sobremanera en las tiendas y en las reuniones con los demás sirvientes junto al portón, y entonces no había límite a su entusiasmo. Se ponía a enumerar de pronto las virtudes de su señor: inteligente, generoso, bueno, afable; y si no le alcanzaban las cualidades para el panegírico, tomaba las de otros y le adjudicaba rancio abolengo, riqueza o extraordinarios poderes.

Si había que intimidar al portero, al administrador de la casa o, incluso, al propio dueño de la misma, siempre recurría para ello al prestigio de su señor: «¡Como se lo diga al señor —decía amenazador—, ya verán lo que es bueno!». No sospechaba siquiera que existiera en el mundo mayor autoridad.

Exteriormente, sin embargo, las relaciones entre Oblómov y Zajar eran siempre algo hostiles. Por el hecho de vivir juntos tanto tiempo estaban hartos el uno del otro. El trato cotidiano cercano entre dos personas deja su huella tanto en uno como en otro; se precisa gran experiencia vital, de una parte, y mucha lógica y cordialidad, de otra, para gozar de las cualidades tan sólo y no zaherirse mutuamente con los recíprocos defectos.

Iliá Ilich conocía la gran cualidad de Zajar: su fidelidad inquebrantable hacia su persona, y se había acostumbrado a ella, pues también él consideraba, por su parte, que no podía ni debía ser de otro modo. Habitado a esa cualidad, ya no se complacía en ella y no podía, pese a su completa indiferencia por todo, soportar con paciencia los numerosos y pequeños defectos de Zajar.

Si Zajar, albergando en el fondo de su alma la fidelidad por su señor, propia de los antiguos criados, se diferenciaba de ellos por los defectos ya señalados, Iliá Ilich, por su parte, valorando interiormente esa cualidad, no sentía hacia él aquel afecto amistoso, casi familiar, que sentían los señores de antes por sus criados. A veces, sus altercados con Zajar eran bastante violentos.

También Zajar se sentía harto. En su juventud fue lacayo en la casa de los señores, luego pasó a ser el ayo de Iliá Ilich y a partir de entonces empezó a considerarse como objeto de lujo tan sólo, como una pertenencia aristocrática de la casa, destinado a mantener el brillo y el prestigio de una antigua familia y no como objeto de necesidad. Por ello, una vez vestido el señorito por la mañana y desvestido a la noche, no hacía nada en el tiempo restante.

Vago por naturaleza, lo era, además, por su educación como lacayo. Se daba importancia entre la servidumbre, no se molestaba ni en poner el samovar ni en barrer el suelo. Dormitaba en el pasillo, o se iba a charlar a la parte destinada a la servidumbre o a la cocina; a veces, con los brazos cruzados sobre el pecho, permanecía horas enteras en el patio, junto al portón, mirando con rostro pensativo y somnoliento hacia todas partes.

¡Y después de una vida así le habían encomendado la pesada carga de atender al servicio de una casa entera! ¡Tenía que atender al señor, barrer, limpiar e ir a los recados! Zajar se volvió taciturno, aparecieron en su carácter rasgos ariscos y crueles; por ello gruñía cada vez que la llamada del señor le obligaba a saltar de la tarima.

Sin embargo, pese a esa apariencia ruda y salvaje, Zajar tenía un corazón bastante tierno y bondadoso. Le gustaba, incluso, pasar el

tiempo en compañía de los niños. Se lo veía con frecuencia en el patio, junto al portón, con un montón de chiquillos. Los reconciliaba, bromeaba con ellos, organizaba juegos o bien estaba simplemente en su compañía; sentaba a uno en una rodilla, a otro en la otra y siempre había alguno que lo abrazaba por detrás con ambos brazos, agarrándose a su cuello o acariciando sus patillas.

Oblómov molestaba a Zajar con la constante exigencia de sus servicios y su presencia, en tanto que el corazón, la índole sociable de Zajar, la pereza y la constante necesidad, jamás saciada, de masticar lo arrastraban a casa de su comadre, o a la cocina, a la tienda o al patio.

Hacía mucho tiempo que se conocían y vivían juntos. Zajar había cuidado al pequeño Oblómov, le había llevado en sus brazos y Oblómov le recordaba joven, ágil, glotón y astuto.

Este antiguo vínculo era inextinguible entre ambos. Al igual que Iliá Ilich no sabía ni levantarse, ni acostarse, ni peinarse, ni calzarse, ni comer sin la ayuda de Zajar, éste era incapaz de imaginarse a otro señor que no fuera Iliá Ilich, ni otra existencia que la de vestirlo, servirle la comida, ser con él rudo, astuto, mentiroso y, al mismo tiempo, venerarlo en el fondo de su alma.

CAPÍTULO VIII

DESPUÉS de haber acompañado a Tarántiev y a Alexeiev, Zajar no volvió a su tarima, esperando que el señor reclamara sus servicios, pues había oído decir que se disponía a escribir. Pero en el despacho de Oblómov reinaba un silencio sepulcral.

Zajar miró por un resquicio de la puerta y... vio a Iliá Ilich tendido en el diván, apoyada la cabeza en la palma de la mano, con un libro delante de sí. Zajar abrió la puerta.

—¿Por qué ha vuelto usted a tumbarse? —preguntó.

—No me molestes; ¿no ves que estoy leyendo? —le respondió Oblómov bruscamente.

—Es hora de que se lave y escriba —dijo Zajar sin darse por aludido.

—Sí, en efecto, ya es hora. —Oblómov pareció volver a la realidad—. Vete por ahora. Lo pensaré.

—¿Cómo habrá vuelto a tumbarse? —gruñó Zajar, saltando a su tarima—. ¡Qué maña se da!

Oblómov logró terminar la página que leía, amarillenta por el tiempo, puso el libro en su sitio, bostezó y volvió a sumirse en sus constantes pensamientos sobre las dos «desgracias».

—¡Qué fastidio! —murmuró extendiendo y encogiendo las piernas.

Sentía deseos de entregarse a sus deliciosos ensueños y dirigió la mirada hacia el cielo en busca de su amado astro, pero estaba justamente en su cénit e iluminaba con brillo cegador tan sólo la

pared estucada de la casa tras la que veía Oblómov su ocaso por la tarde. «No, antes que nada debo poner manos a la obra —pensó severamente— y luego»...

En el campo, la mañana ya había pasado hacía tiempo y en San Petersburgo estaba a punto de finalizar. Hasta Iliá Ilich llegaba desde el patio el confuso rumor de voces humanas y no humanas: el cantar de unos artistas ambulantes, acompañado casi siempre por ladridos perrunos; voces de titiriteros que venían a exhibir una fiera marina y pregoneros de toda clase de mercancías.

Iliá Ilich se tumbó de espaldas, apoyada la cabeza en ambos brazos, y se decidió a elaborar el plan de reorganización de su hacienda. Repasó mentalmente algunas partes fundamentales del mismo, tales como la renta, el trabajo; ideó nuevas medidas, más severas, contra la pereza y la deserción de los campesinos y se puso a meditar sobre el modo de organizar su propia vida en el campo.

Durante varios minutos pensó en la construcción de la casa, deteniéndose con placer en la distribución de las habitaciones, determinó la longitud y anchura del comedor, de la sala de billar, pensó en la orientación que le daría a su despacho y no se olvidó siquiera de los muebles y las alfombras.

Dispuso a continuación el emplazamiento de los pabellones destinados a los invitados, calculó su número y asignó un lugar para las cocheras, los cobertizos, la servidumbre y diversos servicios.

Finalmente pensó en el jardín: decidió dejar los viejos tilos y robles tal como estaban y talar los manzanos y los perales, plantando en su lugar acacias; también pensó en el parque, pero al hacer mentalmente el presupuesto consideró que sería muy caro y lo aplazó hasta otra ocasión, pasando a los parterres e invernaderos.

La idea tentadora de las futuras frutas cruzó por su mente con tal realismo, que imaginó su vida en el campo, ya reorganizada la hacienda de acuerdo con su plan y viviendo él allí constantemente.

Se veía sentado una tarde estival en la terraza ante una mesa de té, protegido del sol por la espesa fronda de los árboles y fumando

una larga pipa; aspiraba el humo con indolencia, al tiempo que contemplaba con placer el paisaje que se divisaba tras los árboles, gozando del frescor y del silencio; a lo lejos amarilleaban los campos, el sol descendía tras el conocido bosquecillo de abedules e irisaba el estanque liso como un espejo, el vaho de los campos ascendía al cielo y empezaba a refrescar. Anochecía; los campesinos, en grupos, se retiraban a sus hogares.

La servidumbre, ociosa, se agrupaba en el patio, junto al portón; le llegaban desde allí alegres voces, risas, sones de balalaica; las mozas jugaban al escondite. Alrededor de él retozaban sus hijos, se subían a sus rodillas, se colgaban de su cuello. Y sentada ante el samovar... ¡la reina de todo aquello, la diosa!... ¡Su mujer! Mientras tanto, en el comedor, amueblado con elegante sencillez, se habían encendido brillantes y acogedoras lucecitas. Zajar, ascendido a mayordomo, con las patillas totalmente blancas, estaba poniendo una gran mesa redonda, colocaba las copas de cristal de roca de melodioso son, los cubiertos de plata, dejando caer a cada instante un tenedor o un vaso; seguía una copiosa cena; estaba también allí el compañero de su infancia, su invariable amigo Shtolz y otros conocidos; luego todos se retiraban a descansar...

Un rubor de felicidad cubrió de pronto el rostro de Oblómov; la ilusión era tan intensa, viva y poética, que hundió de inmediato su rostro en la almohada. Sintió de repente el confuso anhelo de amor, de una felicidad serena, ansió ver los campos y las colinas de su patria, su casa, tener una esposa e hijos...

Permaneció en la misma postura unos cinco minutos y luego se volvió lentamente de espaldas. Iluminaba su rostro un sentimiento de dulce emoción: era feliz.

Extendió con placer y lentamente las piernas; al hacerlo se le subieron demasiado los pantalones, pero Oblómov ni se percató siquiera de ese pequeño desarreglo. La servicial ilusión lo llevaba con libertad y fácilmente al lejano futuro.

Estaba sumido ahora en su sueño predilecto: pensaba en un reducido grupo de amigos, instalados en aldeas y granjas vecinas, a quince o veinte kilómetros de distancia de su propiedad, en cómo se reunirían todos los días visitándose unos a otros para comer, cenar y bailar; no veía más que días luminosos, rostros sonrientes, sin huellas de inquietud ni arrugas, redondos, sonrosados, con doble barbilla e inagotable apetito: un constante verano, eterno jolgorio, dulce yantar y dulce indolencia...

—¡Oh, Dios, Dios! —dijo lleno de felicidad, y despertó.

Resonaban en el patio diversas voces de pregoneros: «¡Patatas! ¿Quién quiere arena? ¡Carbón! ¡Carbón!... ¡Una caridad, generosos señores, para la construcción del templo del Señor!». Y desde la casa vecina, en construcción, llegaba a sus oídos el golpear de los martillos y las voces de los obreros.

—¡Ah! —exclamó en voz alta Iliá Ilich, suspirando con pena—. ¡Qué vida! ¡Qué horror ese ajetreo urbano! ¿Cuándo llegará el ansiado y paradisiaco vivir? ¿Cuándo veré los campos y los bosques de mi niñez? —decía—. ¡Qué bien estaría ahora tumbado en la hierba bajo un árbol, mirando el sol a través de las ramas, contando los pájaros que en ellas se posan! Y me traería allí, sobre la hierba, el almuerzo, el desayuno, alguna sirvienta de rojas mejillas, redondos brazos y suave cuello tostado por el sol; la muy bribona bajaría la vista y me sonreiría... ¿cuándo llegará ese día?...

«¿Y el plan? ¿El administrador, la casa?», pensó, recobrando súbitamente la memoria.

—¡Sí, sí! —exclamó precipitadamente Iliá Ilich—. Ahora mismo.

Se incorporó con rapidez, se sentó en el diván y bajó los pies al suelo, acertando de golpe con las dos zapatillas; permaneció sentado un rato; luego se puso de pie y quedó pensativo unos minutos.

—¡Zajar, Zajar! —gritó, mirando hacia la mesa y el tintero.

—¿Qué me quiere? —se oyó decir al mismo tiempo que el salto—. No sé ni cómo me aguantan las piernas —susurró roncamente

Zajar a continuación.

—¡Zajar! —repitió Iliá Ilich, pensativo, sin apartar la vista de la mesa—. Mira una cosa... —comenzó a decir señalando el tintero, pero sin terminar la frase volvió a enfrascarse en sus pensamientos.

Sus brazos empezaron a extenderse hacia arriba, a doblarse sus rodillas, se puso a bostezar y a estirarse...

—Nos quedaba —empezó a decir lentamente, sin dejar de estirarse— algo de queso, sí... y tráeme vino de Madeira; para el almuerzo falta mucho, así que comeré algo...

—¿Cómo dice que quedaba? —repuso Zajar—. No quedaba nada...

—Claro que sí —le interrumpió Iliá Ilich—. Lo recuerdo muy bien; había un trozo así...

—No, no había ningún trozo —repitió tercamente Zajar.

—Sí que había —afirmó Iliá Ilich.

—No, no había —insistió Zajar.

—Pues cómpralo.

—Haga el favor de darme dinero.

—Allí hay calderilla, cógela.

—Sólo hay un rublo con cuarenta copecs y necesito un rublo con cincuenta.

—Pero si allí había más monedas.

—Yo no las vi —dijo Zajar, cambiando de postura—. Había monedas de plata, que son las que están, pero nada de calderilla.

—Pues allí estaban; el buhonero me las dio ayer.

—Se las dio delante de mí —dijo Zajar—. Vi que le daba el cambio, pero no vi calderilla...

«¿No la habrá cogido Tarántiev? —pensó Oblómov dubitativo—. Pero no, se habría llevado también las monedas de plata».

—¿Qué nos queda, pues? —preguntó.

—Nada. No sé si habrá quedado jamón de ayer; tendré que preguntarle a Anisia —dijo Zajar—. ¿Se lo traigo?

—Trae lo que haya. ¿Y cómo es que no hay nada?

—Pues no hay —repuso Zajar y se fue.

Iliá Ilich se paseó lenta y pensativamente por el despacho.

—Sí, muchas son las preocupaciones —se dijo en voz baja— ¡Cuántas cosas me faltan todavía en el plan! ¡Montañas de trabajo! Pero estoy seguro de que había quedado queso —añadió con aire pensativo—; se lo habrá comido Zajar y me dice que no quedó. ¿Y dónde se habrá metido la calderilla? —prosiguió tanteando la mesa con la mano.

Un cuarto de hora más tarde se presentó Zajar con una bandeja que sostenía con ambas manos; al entrar en el despacho intentó cerrar la puerta con el pie, pero no acertó y golpeó en el vacío; se le cayó una copa y, simultáneamente, el tapón de la garrafa y un panecillo.

—No das un paso sin que se te caiga algo —dijo Iliá Ilich—. Recoge, al menos, lo que se cayó en vez de quedarte ahí parado admirando lo hecho.

Sin soltar la bandeja, Zajar se inclinó para coger el panecillo, pero al agacharse se dio cuenta de que tenía ocupadas las dos manos y no tenía con qué hacerlo.

—¡Vamos a ver cómo lo coges! —dijo, burlón, Iliá Ilich—. ¿Qué haces ahí parado?

—¡Así se os trague la tierra, malditos! —estalló furioso Zajar, dirigiéndose a los objetos caídos—. ¡A quién se le ocurre desayunar un poco antes del almuerzo!

Zajar dejó la bandeja y recogió lo caído; sopló sobre el panecillo y lo dejó sobre la mesa.

Iliá Ilich se puso a desayunar mientras que Zajar, algo apartado, le miraba de reojo con el evidente propósito de decirle algo...

Pero Oblómov comía sin prestarle la más mínima atención. Zajar tosió dos veces; Oblómov seguía como si nada.

—El administrador acaba de mandar recado —dijo por fin Zajar tímidamente—. El maestro de obras pregunta si puede echar un vistazo a nuestra casa. Respecto a la obra...

Iliá Ilich seguía comiendo sin responder nada.

—Iliá Ilich... —continuó Zajar, en voz más baja todavía, después de guardar silencio un rato. Oblómov fingió no oír nada.

—Ordenan que nos mudemos la semana que viene —susurró Zajar con su ronca voz.

Oblómov, sin responder, bebió una copa de vino.

—¿Qué vamos a hacer, Iliá Ilich? —preguntó Zajar casi en un susurro.

—Te prohibí que me hablaras de eso —dijo severamente Oblómov y, levantándose, se acercó a Zajar. Este retrocedió.

—¡Qué hombre tan venenoso eres, Zajar! —añadió Oblómov con sentimiento.

Zajar se ofendió.

—¡Mira que llamarme venenoso! —dijo—. ¿Por qué soy venenoso? No he matado a nadie.

—¡Claro que eres venenoso! —dijo—. Me envenenas la vida.

—Yo no soy venenoso —insistió Zajar.

—¿Por qué me das la lata hablándome de la casa?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Y qué puedo hacer yo?

—¿No quería escribirle al dueño de la casa?

—Lo haré; ten calma, no se puede, así de pronto.

—Ahora es el momento de escribir.

—¡Ahora, ahora! Tengo que hacer cosas más importantes. ¿Crees, acaso, que es lo mismo que cortar leña? ¡Hachazo viene, hachazo va! Mira —continuó Oblómov, removiendo la seca pluma en el tintero—, ni siquiera tengo tinta. ¿Cómo quieres entonces que escriba?

—Ahora mismo voy a echarle un poco de *kvas* —dijo Zajar, y tomando el tintero se dirigió rápidamente al pasillo, mientras que Oblómov se dedicó a buscar papel.

«¡Ni siquiera hay papel! —se decía a sí mismo, rebuscando en los cajones y tanteando la mesa—. ¡No hay nada! ¡Ay, ese Zajar, es

imposible con él!».

—¿Cómo puedes decir que no eres venenoso? —preguntó Iliá Ilich a Zajar, que acababa de entrar—. No te ocupas de nada. ¿Cómo se puede estar sin papel en una casa?

—¿Por qué me dice eso, Iliá Ilich? Soy cristiano y usted me insulta llamándome venenoso. ¡No hace más que repetírmelo! Yo nací y me crié cuando vivía el viejo amo; él solía reñirme siendo yo pequeño, me tiraba de las orejas, pero jamás le oí decir semejante palabra. ¡No inventaba nada! ¡Con lo fácil que es caer en el pecado! Aquí tiene papel.

Cogió del estante media hoja de un papel grisáceo y se la tendió a Oblómov.

—¿Tú crees que en eso se puede escribir? —preguntó Oblómov tirando la hoja—. Con ese papel cubrí por la noche el vaso para que no cayera dentro nada... venenoso.

Zajar volvió la cabeza y miró hacia la pared.

—Bueno, por esta vez pase; dámelo, haré un borrador y Alexeiev lo copiará.

Oblómov tomó asiento ante la mesa y escribió rápidamente: «Muy señor mío»...

—¡Qué tinta tan mala! —dijo—. En adelante, Zajar, pon más cuidado y cumple tu cometido como es debido.

Después de pensar un rato, comenzó a escribir.

El piso en el cual vivo, en el segundo rellano de la casa en la cual pretendo realizar ciertas obras, es plenamente adecuado a mi modo de vida y al hábito adquirido gracias a mi larga permanencia en la casa. Habiéndome sido notificado por mi siervo Zajar Trofímovich que usted le había ordenado comunicarme que el cuarto ocupado por mí...

Oblómov se detuvo y leyó lo escrito.

«No está bien —se dijo—; aquí puse dos veces "que" y arriba dos veces "cual"».

Meditó susurrando por lo bajo, y cambió el orden de las palabras; luego se puso a pensar en el modo de evitar los dos «que».

Tan pronto borraba como ponía la palabra. Cambió tres veces de posición el «que», pero la frase resultaba incoherente, o había otro «que» cerca.

—¡No puedo librarme de este otro «que»! —exclamó impaciente—. ¡Al diablo con la carta ésa! ¡Tener que devanarme los sesos por semejante bagatela! He perdido la costumbre de escribir cartas de negocios. Y ya son cerca de las tres.

—Zajar, toma. —Rompió la carta en cuatro trozos y los tiró al suelo—. ¿Has visto? —preguntó.

—He visto —respondió Zajar recogiendo los papeles.

—Y no me des más la lata con la casa. ¿Qué llevas ahí?

—Pues, las facturas.

—¡Ah, Dios mío! ¡Vas a acabar conmigo! ¿Cuánto debemos? Dilo deprisa.

—Al carnicero ochenta y seis rublos con cincuenta y cuatro copecs.

Iliá Ilich, asombrado, juntó las manos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Sólo al carnicero semejante cantidad de dinero?

—Llevamos tres meses sin pagar, de ahí esa cantidad. Aquí lo tiene todo anotado, no es un robo.

—Y luego dices que no eres venenoso —respondió Oblómov—. ¡Has gastado un millón en carne! ¿Dónde metes lo que comes? ¡Si al menos te aprovechara!

—No fui yo quien se la comió —protestó Zajar.

—¿No? ¿Tú no has comido?

—¿Por qué me echa ahora en cara lo que como? Tenga, mire.

Y le tendió las facturas.

—Bueno, ¿y a quién más? —preguntó Iliá Ilich, rechazando con fastidio los grasientos papeles.

—Pues ciento veintiún rublos con dieciocho copecs al panadero y al verdulero.

—¡Esto es la ruina! ¡No tiene nombre! —decía Oblómov, furioso—. ¿Acaso eres una vaca para tragar tanta verdura?

—¡No! Soy un hombre venenoso —repuso Zajar con amargura, volviéndose completamente— Si no dejara entrar a Mijéi Andreich no se gastaría tanto —añadió.

—A ver, suma, ¿cuál es el total? —dijo Iliá Ilich, poniéndose a calcular.

Zajar hacía la suma valiéndose de los dedos.

—¡Maldición! Cada vez me da una cantidad distinta —dijo Oblómov—. ¿A ti cuánto te sale? Doscientos, ¿no?

—Espere, deme tiempo —gruñó Zajar frunciendo el ceño—. Ocho decenas más diez decenas, me dan dieciocho, más dos decenas...

—Así no terminarás jamás —dijo Iliá Ilich—. Retírate, me presentarás las facturas mañana; tú ocúpate del papel y de la tinta... ¡Qué montón de dinero! Te tengo dicho que pagues poco a poco, pero no, te las ingenias para presentármelas todas de golpe. ¡Qué gente!

—Son doscientos cinco rublos con setenta y dos copecs —dijo Zajar, una vez finalizadas sus cuentas—. Déme el dinero, haga el favor.

—¡No faltaba más! ¡Ahora mismo! Espérate, mañana lo comprobaré yo personalmente...

—Como quiera, Iliá Ilich, pero ellos lo piden...

—Bueno, bueno, no me des la lata. Te dije que mañana y mañana te lo daré. Retírate, estoy ocupado, tengo cosas más importantes que ésa.

Iliá Ilich se dejó caer en una silla, encogió las piernas, pero antes de que tuviera tiempo de ensimismarse sonó el timbre de la puerta.

Entró en el despacho un hombre de corta estatura, vientre moderado, rostro blanco, sonrosadas mejillas y calvo. Unos cabellos negros y espesos rodeaban, como flecos, su calvicie desde la nuca.

La calva era redonda, lisa, y brillaba como esculpida en marfil. El rostro del recién llegado se distinguía por una expresión de solícita atención por todo cuanto veía, una mirada discreta y una sonrisa comedida; su porte era modesto y digno.

Vestía amplia levita que se abría cómodamente como un portón al menor movimiento. La camisa, de resplandeciente blancura, parecía hacer juego con la calva. En el índice de la mano derecha lucía una sortija grande y maciza con una piedra oscura.

—¡Doctor! ¿Cómo usted por aquí? —exclamó Oblómov, tendiendo una mano al doctor al tiempo que con la otra le acercaba una silla.

—Me aburre el que esté usted tan sano y no me llame; por eso vengo a verlo —bromeó el doctor—. La verdad —añadió ya en serio— es que estuve visitando a su vecino en el piso de arriba y pasé a verlo.

—Se lo agradezco. ¿Qué tal está el vecino?

—Quizá dure tres o cuatro semanas; tal vez llegue al próximo otoño... y después... tiene edema pulmonar y el final ya se sabe. Bueno, ¿qué tal usted?

Oblómov movió tristemente la cabeza.

—Estoy mal, doctor. Precisamente estaba pensando en consultarle. No sé qué hacer. Mi estómago digiere mal, siento pesadez, los ardores me tienen mártir, respiro con dificultad —decía Oblómov con expresión lastimera.

—Déme la mano —dijo el doctor; le tomó el pulso cerrando los ojos—. ¿Tose? —preguntó.

—Por las noches. Sobre todo si ceno.

—Hum. ¿Suele tener palpitaciones? ¿Dolores de cabeza?

El doctor le hizo varias preguntas más de esta índole, luego inclinó la calva y quedó profundamente pensativo. Pasados unos minutos levantó de pronto la cabeza y dijo con voz enérgica:

—Si sigue usted viviendo dos o tres años más en este clima, si permanece tumbado todo el tiempo y continúa comiendo manjares grasientos y pesados, morirá de una apoplejía.

Oblómov se estremeció.

—¿Qué debo hacer entonces? ¡Dígamelo, por Dios!

—Lo mismo que hacen otros: irse al extranjero.

—¡Al extranjero! —repitió, asombrado, Oblómov.

—Sí, ¿y qué?

Sin responderle, Oblómov miró alrededor, recorrió con la vista su despacho y repitió asombrado:

—Por favor, doctor, eso no es posible.

—¿Y por qué es imposible?

—¡Al extranjero! —repitió, maquinalmente, Oblómov.

—¿Qué se lo impide?

—¿Cómo qué? Todo.

—¿Qué entiende por todo? ¿Es que no tiene dinero?

—Sí, sí, en efecto, no tengo dinero —habló Oblómov rápidamente, alegrándose de ese natural obstáculo tras el cual él podía ocultarse—. Mire lo que me escribe el administrador... ¿Dónde está la carta? ¿Dónde la habrá metido? ¡Zajar!

—Bueno, bueno —dijo el doctor—, ése no es asunto de mi incumbencia; mi deber es decirle que debe modificar su modo de vivir, su lugar de residencia, el ambiente, las ocupaciones, todo, todo.

—Bueno, lo pensaré —dijo Oblómov—. ¿Adónde me aconseja que vaya y qué debo hacer? —preguntó Oblómov.

—Vaya a Kissingen o a Ems —empezó a decir el doctor—; allí pasará junio y julio, tome las aguas; vaya luego a Suiza o al Tirol, para seguir un tratamiento a base de uvas. Vivirá allí septiembre y octubre...

—¡Al Tirol, nada menos! —susurró Oblómov.

—Luego a un país seco; a Egipto, por ejemplo.

«¡Vaya con el doctor!», pensó Oblómov.

—Evite los disgustos, las preocupaciones...

—Eso es fácil de decir —observó Iliá Ilich—; usted no recibe cartas semejantes del administrador...

—Procure no pensar —prosiguió el doctor.

—¿No pensar?

—Sí, por la tensión.

—¿Y el plan de organización de la hacienda? ¿Acaso soy un simple leño?

—Bueno, haga lo que quiera; mi deber es prevenirlo. Ha de evitar también las pasiones, perjudican el tratamiento. Procure distraerse haciendo equitación, bailando, haga movimientos moderados al aire libre, mantenga agradables conversaciones, sobre todo con las damas, para que su corazón palpite dulcemente y movido tan sólo por sensaciones gratas.

Oblómov lo escuchaba con la cabeza gacha.

—¿Y qué más? —preguntó.

—¡Que Dios le libre de leer, de escribir! Alquile una casa de campo con las ventanas al sur, donde haya abundantes flores y en las proximidades música y mujeres...

—¿Y qué hay de la comida?

—Evite los alimentos a base de carne y, en general, de origen animal, así como harinas y gelatinas. Puede tomar caldos ligeros, verduras, pero tenga cuidado, hay cólera por todas partes, tome precauciones... Puede caminar ocho horas al día. Hágase con una escopeta...

—¡Dios mío! —gimió Oblómov.

—Y, finalmente —concluyó el doctor—, en cuanto llegue el invierno váyase a París, y una vez allí, en pleno torbellino de la vida, distráigase, no piense; del teatro vaya al baile, a una fiesta de disfraces, a las afueras de la ciudad, haga visitas, esté siempre rodeado de amigos, diviértase, ría...

—¿Nada más? —preguntó Oblómov con fastidio mal disimulado. El doctor quedó pensativo...

—Tal vez le convenga respirar aire marino: tome en Inglaterra un barco y lléguese hasta América...

El doctor se levantó y comenzó a despedirse.

—Si cumple todo eso al pie de la letra... —dijo.

—Bueno, bueno, lo cumpliré sin falta —respondió Oblómov con acento sarcástico, acompañándolo hacia la salida.

El doctor se fue, dejando a Oblómov en la más triste y lastimera situación. Con los ojos cerrados y apoyada la cabeza en ambas manos se encogió en el sillón y permaneció así sin mirar a ninguna parte y sin sentir nada.

A su espalda resonó una tímida llamada:

—¡Iliá Ilich!

—¿Qué hay? —respondió Oblómov.

—¿Y qué le digo al administrador?

—¿Respecto a qué?

—Pues respecto a la mudanza.

—¿Vuelves a hablarme de eso? —preguntó Oblómov, asombrado.

—Pero, padrecito Iliá Ilich, qué quiere que haga yo. Juzgue usted mismo: mi vida de por sí ya es bien amarga, estoy con un pie en la tumba...

—Tú, según parece, a quien quieres mandar a la tumba es a mí con eso de la mudanza —replicó Oblómov—. ¿Oíste lo que dijo el doctor?

Zajar no supo qué responderle; se limitó a suspirar de tal modo, que los extremos del pañuelo que llevaba anudado en la garganta se agitaron sobre su pecho.

—¿Has decidido matarme? —preguntó Oblómov—. Estás harto de mí, ¿eh? ¡A ver, habla!

—¡Que el señor lo bendiga! ¡Viva con plena salud! ¿Quién le desea mal? —gruñó Zajar, perplejo ante el trágico giro que tomaba la conversación.

—¡Tú! —dijo Iliá Ilich—. Te prohibí que mencionaras la mudanza y tú no dejas que pase un día sin recordármelo cinco veces al menos. Debes comprender que eso me disgusta. Mi salud ya de por sí no vale nada.

—Yo pensaba, señor, que... ¿Por qué no podemos mudarnos de piso? —dijo Zajar con voz temblorosa por la emoción y la inquietud.

—¿Por qué no podemos mudarnos? ¡A ti todo te parece fácil! —respondió Oblómov, volviéndose con el sillón en dirección a Zajar—. ¿Tú sabes lo que supone mudarse, eh? Seguro que no lo sabes...

—Pues sí, no lo sé —respondió dócilmente Zajar dispuesto a dar la razón en todo a su señor con tal de no dar lugar a escenas patéticas que eran para él más amargas que la hiel.

—Pues entonces escucha y date cuenta de si podemos o no trasladarnos. ¿Qué significa una mudanza? Significa que el señor ha de estar todo el día en la calle, vestido desde la mañana...

—Bueno, y aunque tenga que irse —le interrumpió Zajar—, ¿por qué no puede estar fuera durante todo un día? No es bueno para la salud encerrarse en casa. ¡Mire qué mala cara tiene! Antes parecía una manzanita y ahora, que le da por no salir, isabe Dios a quién se parece! Podría pasearse por las calles, vería gente, otras cosas...

—¡Basta de decir sandeces! Tú escucha —dijo Oblómov—. ¡Pasearse por las calles!

—Pues sí —continuó Zajar con mayor énfasis—. Dicen que han traído un monstruo nunca visto, podría ir a verlo, o al teatro, o a un baile de máscaras, y mientras tanto, sin usted, haríamos la mudanza.

—¡No digas tonterías! ¡Así te cuidas del reposo de tu señor! Según tú, he de andar vagabundeando el día entero; a ti no te importa que almuerce en cualquier sitio, de cualquier modo y que no pueda acostarme después de comer... ¡Hacer sin mí la mudanza! Si yo no pongo cuidado, sólo trasladaréis cascotes. Yo sé —continuó Oblómov, cada vez con mayor energía— lo que significa una mudanza. Significa destrozos, ruido, todas las cosas amontonadas, revueltas en el suelo: maletas, el respaldo del diván, cuadros, pipas, libros y frascos diversos, que en otros momentos ni se ven y que aparecen de pronto, ini el diablo sabe cómo! Hay que vigilarlo todo para que nada se pierda o se rompa... una mitad está en la casa, la

otra en el carro o bien en la nueva casa; si se te ocurre de pronto fumar una pipa, te encuentras con que el tabaco ya no está... Si quieres sentarte, no tienes dónde; cosa que tocas, te mancha. Polvo por todas partes, no hay con qué lavarse y andas con unas manos como las tuyas...

—Tengo las manos limpias —repuso Zajar, mostrando una especie de suelas en lugar de manos.

—¡Más vale que no me las enseñes! —dijo Iliá Ilich, volviendo la cabeza—. Y si se te antoja beber, encuentras la jarra, pero resulta que no hay vasos...

—También se puede beber de la jarra —observó Zajar con tono bonachón.

—Para vosotros siempre es así; se puede no barrer, ni quitar el polvo, ni sacudir las alfombras. Y en la casa nueva —continuó Iliá Ilich dejándose llevar por la perspectiva del traslado tan vivamente descrita por él—, durante dos o tres días no se encuentra nada, todo está fuera de sitio: los cuadros en el suelo, las botas en un hatillo con el té y la pomada. De pronto te das cuenta que está rota la pata de una silla, lo mismo que el cristal del cuadro, o que en el diván hay numerosas manchas. Preguntes por lo que preguntes, nadie sabe dónde está, o se ha perdido, o se dejó olvidado en la casa anterior y hay que ir corriendo allá...

—Otras veces anda uno corriendo diez veces de un lado para otro —le interrumpió Zajar.

—¡Pues ya ves! —prosiguió Oblómov—. Y cuando te levantas por la mañana, en la casa nueva, ¡qué aburrimiento! No hay ni agua, ni carbón, y en invierno el frío llena toda la casa, hiela las habitaciones y no hay leña; hay que correr, pedir prestado algún tronco.

—Eso dependerá de los vecinos que Dios nos depare —observó nuevamente Zajar—; hay algunos, que no digamos unos troncos, sino siquiera un vaso de agua te dan.

—Pues ya ves —dijo Iliá Ilich—. Haces el traslado y por la tarde crees haber acabado con todo el ajetreo, pero no, han de pasar

todavía dos semanas para que parezca que todo está en su sitio... Siempre queda algo por hacer: colgar las cortinas, los cuadros... Acaba uno agotado, sin ganas de vivir... ¡Y cuántos gastos, cuántos!...

—La otra vez, hará unos ocho años, nos costó doscientos rublos, lo recuerdo como si fuera hoy —confirmó Zajar.

—Te darás cuenta de que no es ninguna bagatela —observó Iliá Ilich—. ¡Y qué extraño resulta empezar a vivir en la nueva casa! ¡Tarda uno en habituarse! Yo me pasaré cinco noches, al menos, sin poder conciliar el sueño en la nueva vivienda; me sentiré angustiado cuando, al levantarme, no vea el rótulo del tornero, sino algún otro, o bien si no se asoma a la ventana esa vieja de pelo corto antes del almuerzo... Me aburriría... ¿Comprendes ahora a lo que pretendes llevar a tu señor? —preguntó Iliá Ilich con tono de reproche.

—Comprendo —susurró humildemente Zajar.

—¿Por qué, entonces, me propones la mudanza? ¿Hay, acaso, fuerzas humanas capaces de soportar todo eso?

—Creo que otros no son peores que nosotros y se mudan, así que también nosotros podríamos... —empezó a decir Zajar.

—¿Cómo? ¿Cómo? —preguntó Iliá Ilich asombrado, incorporándose en el sillón—. ¿Qué has dicho?

Zajar se azoró de pronto sin comprender qué motivo había dado a su amo para esa patética exclamación y guardó silencio.

—¡Que otros no son peores! —repitió, horrorizado, Iliá Ilich—. ¡A lo que has llegado! Ahora ya sé que para ti yo soy igual a «otros».

Oblómov hizo una irónica reverencia a Zajar y se mostró sumamente ofendido.

—¡Tenga piedad, Iliá Ilich! ¿Acaso lo comparo con alguien?

—¡Sal de mi vista! —ordenó imperiosamente Oblómov, señalando la puerta con la mano— ¡No puedo ni verte! ¡Conque «otros»! ¡Está bien!

Zajar, suspirando profundamente, salió del despacho.

—¡Qué vida ésta! —rezongó, sentándose en su tarima.

«¡Dios mío! —se dijo Oblómov, quejumbroso—. Quise dedicar la mañana a trabajar en serio y me he llevado un disgusto que me durará todo el día. ¿Y quién es el culpable? ¡Mi propio criado! ¡El fiel y abnegado Zajar! ¿Cómo pudo decirme eso?».

Oblómov tardó en tranquilizarse: se acostaba, volvía a levantarse, recorría la habitación y volvía a tumbarse. Que Zajar lo hubiera puesto a la altura de «otros» le parecía una infracción de sus derechos a la preferencia exclusiva de Zajar por su persona.

Ahondaba en la profundidad de esa comparación y analizaba cómo eran los «otros» y él mismo, hasta qué punto era posible y justo semejante paralelismo, lo amarga que era la ofensa de Zajar y, finalmente, si esa ofensa era consciente, es decir, si Zajar estaba convencido de que Iliá Ilich era igual a «otros» o bien si se le había escapado sin pensarlo realmente. Todo ello había herido el amor propio de Oblómov; decidió mostrar a Zajar la diferencia existente entre él y aquellos que él situaba bajo el nombre de «otros» y hacerle sentir toda la vileza de su proceder.

—¡Zajar! —llamó con voz solemne y sonora.

Al oír esa llamada, Zajar no saltó de su tarima haciendo ruido con los pies, según tenía por costumbre, ni tampoco rezongó; descendió lentamente desde ella y se dirigió en silencio al despacho, tropezando con todo, como un perro que a la llamada de su amo siente que su travesura ha sido descubierta y que lo llaman para recibir el castigo.

Zajar abrió a medias la puerta, pero no se decidió a entrar.

—¡Pasa! —dijo Iliá Ilich.

Aunque la puerta se abría ampliamente, Zajar hizo como si le fuera difícil pasar por ella y se quedó en el umbral.

Oblómov estaba sentado en el borde de la cama.

—¡Ven aquí! —dijo con insistencia.

Zajar atravesó con dificultad la puerta, pero, en el acto, la cerró tras sí y se apoyó en ella.

—¡Aquí! —insistió Iliá Ilich, señalando con un dedo un lugar junto a él. Zajar dio medio paso y se detuvo a unos dos metros del sitio indicado.

—Más cerca —dijo Oblómov.

Zajar fingió que avanzaba, pero no hizo más que moverse y golpear con el pie, quedando en el sitio de antes.

Iliá Ilich comprendió que era imposible hacer que se acercase más y lo dejó estar; durante algún tiempo lo estuvo mirando en silencio con expresión de reproche.

Zajar, violento por esa contemplación silenciosa de su persona, fingía no ver al señor y más que nunca permanecía ladeado sin mirar siquiera de reojo a Iliá Ilich.

Miraba obstinadamente hacia la izquierda, al otro lado, y vio allí algo ya conocido de antaño: unos flecos de telaraña rodeando los cuadros y en la araña un vivo reproche a su negligencia.

—¡Zajar! —dijo Oblómov con voz grave y digna. Zajar no respondió; se diría que pensaba: «Bueno ¿y qué quieres? ¿Hay, acaso, otro Zajar? ¿Es que no me ves delante de ti?». Dirigió la vista, evitando mirar a Oblómov, hacia la derecha; también allí, el espejo cubierto de polvo, como por una gasa, le recordó sus yerros: a través de él lo miraba como de reojo, como salido de la penumbra, su propio rostro sombrío y poco agraciado.

Descontento, apartó la vista de ese objeto triste, demasiado conocido para él, y decidió fijarla por unos instantes en Iliá Ilich. Sus miradas se cruzaron.

Zajar no pudo soportar el reproche reflejado en los ojos del señor y bajó la vista, fijándola en sus pies; y de nuevo allí, en la alfombra saturada de polvo y manchas, leyó un triste certificado de su celo en el servicio de su amo.

—¡Zajar! —repitió Iliá Ilich con sentimiento.

—¿Qué desea? —susurró Zajar con voz apenas audible, estremeciéndose levemente, pues presentía un discurso patético.

—Tráeme *kvas*.

A Zajar se le quitó un peso de encima; lleno de alegría se precipitó ágilmente, como un chiquillo, al aparador y le trajo lo pedido.

—Y bien, ¿cómo te sientes? —preguntó dulcemente Iliá Ilich, tomando un sorbo del vaso que sujetaba en la mano—. Estás pesaroso, ¿verdad?

El rostro áspero de Zajar se suavizó de pronto por la luz del arrepentimiento, que iluminó todos sus rasgos. Sintió en su corazón los primeros indicios de que despertaba en su alma el sentimiento de veneración por su amo y lo miró, de pronto, fijamente a los ojos.

—¿Comprendes tu falta? —preguntó Iliá Ilich.

«¿De qué falta me estará hablando? —pensó Zajar con amargura—. Se pondrá algo lastimero y, aunque no quiera, me obligará a llorar si me sigue hablando de ese modo».

—Pero si yo, Iliá Ilich —comenzó a decir Zajar en el tono más bajo de su diapason—, no dije nada, sólo que...

—Espera, espera —lo interrumpió Oblómov—. ¿Te das cuenta de lo que dijiste? Toma, pon el vaso sobre la mesa y contesta.

Zajar no contestó nada; era evidente que no comprendía lo que había hecho; mas eso, sin embargo, no le impedía mirar con veneración a su amo; inclinó incluso un tanto la cabeza, como reconociendo su falta.

—¿Vas a negarme, acaso, que eres un ser venenoso? —preguntó Oblómov.

Zajar seguía callado, limitándose a parpadear tres veces con fuerza.

—¡Has disgustado a tu señor! —pronunció lentamente Oblómov, mirando con fijeza a Zajar y satisfecho de verlo confuso.

Lleno de angustia, Zajar no sabía dónde meterse.

—Me has disgustado, ¿no es cierto? —preguntó Iliá Ilich.

—Sí, lo disgusté —susurró todo aturdido Zajar a causa de esta nueva palabra lastimera. Lanzaba miradas a derecha e izquierda y delante de sí en busca de salvación, pero desfilaban nuevamente

ante sus ojos las telarañas, el polvo, su propio reflejo y la cara de su señor.

«¡Ojalá me trague la tierra! ¿Por qué no me moriré?», pensó, comprendiendo que no podría evitar una escena patética por muchas vueltas que diera. Sentía que su parpadeo iba en aumento y que las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojos.

Por fin, respondió a su señor con la canción de siempre, pero en prosa:

—¿En qué lo ofendí, Iliá Ilich? —preguntó casi llorando.

—¿En qué? —repitió Oblómov—. ¿Has pensado en lo que significa «otros»?

Hizo una pausa sin dejar de mirar a Zajar.

—¿Quieres que te diga lo que significa?

Zajar se revolvió como el oso en su madriguera y lanzó un suspiro que llenó toda la habitación.

—Esos «*otros*» a quienes te refieres son hombres míseros, infelices, toscos, incultos, que viven en medio de la suciedad y la pobreza, en una buhardilla y duermen, a veces, en un jergón en pleno patio. ¿Qué puede pasarles a seres semejantes? Nada. Comen patatas y arenques, la penuria los arrastra de un rincón a otro y se pasan corriendo el día entero. A ellos, tal vez, les guste mudarse a una casa nueva. Liaguéiev, por ejemplo, se lleva una regla bajo el brazo, dos camisas, un pañuelo de nariz y se muda... «¿Adónde vas?», le preguntas. «Me mudo de casa», responde. Ese sí que es «*otro*». ¿Acaso yo soy así? ¿Eh?

Zajar miró a su amo, cambió de postura y guardó silencio.

—Ser *otro* —continuó Oblómov— significa limpiarse uno mismo las botas, vestirse solo y aunque ese otro finja, en ocasiones, que es un señor, nada tiene de tal porque ni siquiera sabe lo que es tener servidumbre; no tiene a quien mandar, él mismo va en busca de lo que necesita, él atiza la leña en el fogón y, a veces, limpia también el polvo.

—Entre los alemanes hay muchos así —observó Zajar, ceñudo.

—Eso es; ¿y tú crees que yo soy así?

—Usted es completamente distinto —dijo lastimeramente Zajar sin acabar de comprender lo que pretendía decir el señor—. ¡Sabe Dios la de cosas que se le ocurre decir!...

—Yo soy completamente distinto, ¿eh? Espera, fíjate en lo que dices. Date cuenta de cómo viven otros. Otros trabajan sin descanso, corren, se afanan —continuó Oblómov—. Si no trabajan, no comen. «Otros» hacen reverencias, súplicas, se humillan... ¿Y yo? A ver, decide tú mismo. Crees que yo soy igual a «otros», ¿eh?

—Señor, señor, basta ya de martirizarme con palabras lastimeras —suplicó Zajar—. ¡Ah, Dios mío!

—¿Acaso yo soy como «otros»? ¿Es que yo voy de un lado para otro; es que yo tengo que trabajar? ¿Acaso como poco? ¿Tengo aspecto mísero y famélico? ¿Me falta algo? Creo que tengo suficiente gente para que me sirva o me atienda. ¡Desde que nací no me puse yo mismo las medias ni una sola vez en la vida, gracias a Dios! ¿Debo acaso preocuparme de algo? ¿Tengo algún motivo para ello? ¿Y a quién se lo digo? ¿No eres tú, acaso, el que me cuidó desde niño? Tú bien conoces mi delicada educación, sabes que jamás experimenté ni frío ni hambre, que no conozco la penuria, que jamás tuve que ganarme el pan y que, en general, nunca me ocupé de asuntos vulgares. En ese caso, ¿cómo te atreves a compararme con «otros»? ¿Acaso mi salud es igual a la de esos «otros»? ¿Acaso yo puedo soportar y hacer lo que ellos?

Zajar había perdido definitivamente toda capacidad de comprender cuanto le decía Oblómov; sus labios se habían inflado a causa de una agitación interna. La patética escena retumbaba como una nube tormentosa en su cabeza. Permanecía callado.

—¡Zajar! —repitió Iliá Ilich.

—¿Qué manda? —susurró éste con voz apenas perceptible.

—Tráeme más *kvas*.

Zajar le trajo otro vaso de *kvas*, y cuando Iliá Ilich, tras haber bebido, se lo devolvió, trató de escabullirse rápidamente.

—Espera, espera —le dijo Oblómov—. Te pregunto, ¿cómo has podido ofender cruelmente a tu señor, a quien de niño llevaste en tus brazos, a quien sirves hace un siglo y que es tu bienhechor?

Zajar ya no pudo contenerse más; la palabra *bienhechor* acabó con él. Empezó a parpadear con mayor frecuencia. Cuanto menos comprendía las palabras empleadas por Oblómov en su patético discurso, más triste se sentía.

—Perdone, Iliá Ilich —empezó a decir Zajar con su ronca voz, lleno de arrepentimiento—, fue una tontería, de verdad, una tontería que...

Y Zajar, que seguía sin comprender cuál era su falta, no sabía qué verbo emplear al final de la frase.

—Y yo —prosiguió Oblómov, con la voz de un hombre que se siente no apreciado en sus méritos—, que me preocupo día y noche, me esfuerzo, a veces siento que me arde la cabeza y que se me para el corazón, que no duermo por las noches dando vueltas para procurar que vayan mejor las cosas... ¿Y de quién me preocupo? De vosotros, los campesinos; por consiguiente también de ti! Tú piensas, quizá, cuando me ves acostado, todo cubierto con la manta, incluida la cabeza, que me limito a estar tumbado como un tronco y que duermo, pero no, yo no duermo, sino que pienso profundamente en el modo de evitar que los campesinos pasen necesidades, que no envidien a otros, que no se quejen al Todopoderoso de su amo en el Juicio Final, sino que recen por mí y me recuerden por mis buenas obras. ¡Ingratos! —terminó Oblómov con amargo reproche.

Zajar acabó de emocionarse al oír las últimas palabras de queja. Comenzó a sollozar despacio; la ronquera y los sollozos se aunaron esta vez en una nota imposible para cualquier instrumento, a excepción, tal vez, de algún gong chino o tambor indio.

—¡Padrecito Iliá Ilich! —suplicó—. ¡Basta ya! ¡Qué de cosas dice, el Señor lo ampare! ¡Ah, Virgen Santísima! ¡Qué desgracia me ha caído de pronto sin esperarla ni presentirla...!

—Y tú —continuó Oblómov sin escucharlo— deberías estar avergonzado de decir esas cosas. ¡Menuda serpiente alimenté a mis pechos!

—¡Serpiente! —repitió Zajar, y juntando las manos rompió a sollozar con tal fuerza como si veinte moscardones hubieran irrumpido zumbando en el despacho—. ¿Cuándo mencioné yo a una serpiente? —decía entre sollozos—. Ni siquiera en sueños veo a la muy maldita.

Ambos habían dejado de entenderse y ni siquiera comprendían sus propias palabras.

—¿Cómo ha podido tu lengua decir semejante cosa? —prosiguió Oblómov—. ¡Y pensar que yo, en mi plan, te había destinado una casita particular con huerto, suficiente cantidad de trigo y un salario! ¡Tú ibas a ser mi intendente, mi mayordomo y hombre de confianza en todos los sentidos! Los *mujiks* te harían reverencias, todos te saludarían; te dirían: «¡Zajar Trofímovich, Zajar Trofímovich!». Y tú aún estás descontento y me comparas con «otros». ¡Esa es mi recompensa! ¡Menudo honor me has hecho!

Zajar continuó sollozando, y el propio Iliá Ilich se sentía emocionado. Al regañar a Zajar había acabado por creer en los beneficios otorgados por él a los campesinos y terminó sus últimos reproches con voz temblorosa y lágrimas en los ojos.

—Bueno, ve con Dios ahora —dijo con voz conciliadora a Zajar—. Espera, tráeme otro vaso de *kvas*. Tengo la garganta completamente seca; tú mismo podías haberte dado cuenta. ¿Es que no ves que tu señor está ronco? ¡A lo que me has llevado!

—Confío en que habrás comprendido tu falta —continuó Oblómov en cuanto Zajar le trajo el *kvas*— y que de ahora en adelante no compararás a tu amo con otros. Ahora debes reparar tu falta: convence al amo de la casa para que no tengamos que mudarnos.

»Mal cuidas de mi reposo, me has disgustado profundamente y ahora ya no tengo tranquilidad, ya no puedo pensar en nada útil, provechoso; Y ¿quién padece las consecuencias de todo eso? Pues

tú mismo. Estoy plenamente dedicado a vosotros, por vosotros pedí la excedencia y permanezco aquí encerrado... Bueno, ¡ve con Dios! Mira, ya están dando las tres. Sólo faltan dos horas para el almuerzo. ¿Qué se puede hacer en dos horas? ¡Nada! Y hay montañas de cosas por hacer. Bueno, dejaré la carta para el correo siguiente y el plan lo esbozaré mañana; corre las cortinas y cierra bien la puerta para que nadie me moleste; tal vez consiga dormir una horita. Despiértame a las cuatro y media.

Zajar cubrió a su amo con la manta, la remitió, corrió las cortinas y cerró con fuerza todas las puertas; una vez aislado así su señor, se retiró a su habitación.

—¡Así revientes, demonio! —gruñía, secándose las lágrimas y subiendo a su tarima—. ¡De verdad que es un demonio! Casa especial, huerto, salario —decía Zajar, que sólo había comprendido las últimas palabras—, es un maestro en decir palabras lastimeras, parece que me corta el corazón con un cuchillo... Esta es mi casa, mi huerto, aquí es donde estiraré la pata —decía furioso, golpeando la tarima—. ¡Salario! Si no sisara calderilla para el tabaco no tendría dinero para comprarlo ni para convidar a la comadre. ¡Así te hundas!... ¡Y la muerte que no quiere venir a buscarme!

Iliá Ilich se acostó boca arriba, pero tardó bastante en dormirse. No hacía más que pensar y pensar, se sentía inquieto, muy inquieto...

«Dos desgracias de pronto —se decía, envolviéndose en la manta y cubriéndose con ella la cabeza—. ¡Y tiene uno que soportarlo!».

Pero, en realidad, esas dos desgracias, es decir, la carta funesta del administrador y el traslado a una nueva casa, habían dejado ya de preocuparle, pasando al rango de inquietantes recuerdos.

«Todavía falta mucho para los males que me augura el administrador —pensaba—, muchas cosas pueden cambiar hasta entonces; tal vez las lluvias salven las cosechas, tal vez pueda cobrar los atrasos y los *mujiks* fugados vuelvan «a sus lugares de residencia» tal como él escribe».

»¿Y dónde habrán ido esos *mujiks*? —se preguntó, analizando este hecho—. Se irían de noche, probablemente en medio de la humedad, sin comida. ¿Dónde habrán dormido? ¿Será posible que lo hagan en el bosque? ¡Buena gana de moverse! En la *izbá*, aunque huele mal, tienen calor al menos...

»No vale la pena estar preocupado. Falta poco para que el plan este listo del todo. ¿Para qué disgustarme de antemano? Es que yo...».

La idea del traslado lo inquietaba algo más. Era una desgracia nueva e inminente; sin embargo, y gracias al espíritu acomodaticio de Oblómov, también pasaba a ser historia. De un modo confuso preveía que la mudanza era inevitable y tanto más por la intervención de Tarántiev, pero alejaba mentalmente ese inquietante hecho de su vida aunque sólo fuera por una semana. ¡Podía, por lo tanto, disfrutar de una semana de paz!

«Tal vez Zajar se las ingenie para arreglar las cosas y no habrá necesidad de mudarse, quizá se evite, a lo mejor lo aplazan hasta el próximo verano o bien renuncien a las obras. Algo ocurrirá... No es cosa de que yo..., itenga que mudarme!».

Y de esta forma tan pronto se tranquilizaba como se inquietaba; en las palabras tranquilizadoras de tal vez, quizá, a lo mejor, halló Oblómov en esta ocasión, como había hallado siempre, toda un arca de esperanzas y consuelos, igual que en el arca histórica de la alianza. Así pudo protegerse de las dos desgracias.

Una sensación de ligero y agradable adormecimiento había empezado a recorrer ya sus miembros velando sus sentimientos, al igual que las primeras y tímidas heladas velan la superficie de las aguas; unos instantes más y la conciencia habría huido sabe Dios adónde, mas de pronto Iliá Ilich despertó y abrió los ojos.

—¡Pero si no me he lavado aún! ¿Cómo es posible? Y además no he hecho nada —susurró—. Quise exponer el plan por escrito y no lo hice, tampoco escribí al jefe de policía, ni al gobernador; empecé a escribir una carta para el dueño del piso, pero no la terminé, no

comprobé las facturas, ni le di el dinero a Zajar. ¡Perdí la mañana en balde!

Oblómov quedó pensativo.

«¿Cómo ha sido posible? ¿Otros lo habrían hecho todo? —cruzó por su mente— Otros, otros... ¿Qué significa ser otros?».

De nuevo volvió a compararse con otros. Pensó profundamente en ello y llegó a una conclusión diametralmente opuesta a la que acababa de exponer a Zajar al hablar de otros.

Tuvo que reconocer que a otros les habría dado tiempo de escribir todas las cartas, de evitar que tropezaran el cual y el que, que otros se habrían mudado a la casa nueva, habrían terminado el plan y se habrían ido a la aldea...

«También yo hubiera podido hacer todo eso —pensó—, también yo sé escribir, creo; en otro tiempo no sólo escribía cartas, sino cosas más complejas. ¿Qué se ha hecho de todo eso? ¡Y vaya un problema la mudanza! Basta con desearlo. Otros ni siquiera se ponen la bata —añadió para caracterizar mejor a otros—. Otros —al llegar a este punto bostezó— casi no duermen... A otros les divierte vivir, van a todas partes, lo ven todo, les interesa... Pero yo, yo... no soy como otros», dijo con tristeza y quedó profundamente pensativo. Incluso sacó la cabeza de debajo de la manta.

Había llegado uno de los momentos más claros y conscientes en la vida de Oblómov.

Sintió miedo cuando surgió en su mente la idea viva y clara del destino humano, de su finalidad, cuando la comparó con su propia vida, cuando volvieron a su memoria, unos tras otros, diversos hechos pasados aleteando medrosamente como pájaros asustados, que hubieran despertado de pronto por un rayo de sol.

Sintió tristeza y dolor por su falta de preparación, por haber detenido el desarrollo de sus fuerzas morales, por su indolencia, que era la causa de todo; le roía la envidia al pensar que otros llevaban una vida plena, y que él, como pesada piedra, yacía tirado en el estrecho y mísero sendero de su existencia.

Despertaba en su tímido espíritu la amarga conciencia de que muchas facetas de su naturaleza seguían dormidas aún, que otras apenas si habían despertado y que ninguna había alcanzado un desarrollo total.

Sin embargo, tenía la dolorosa sensación de que estaba encerrado en él, como en una tumba, un principio noble, luminoso, que tal vez ya estuviera muerto ahora o que yacía, como el oro, en las entrañas de la tierra, esperando, hacía tiempo, convertirse en moneda al uso.

Ese tesoro estaba profunda y pesadamente cubierto por desechos y basuras. Como si alguien hubiera robado y sepultado en su propia alma los tesoros donados por el mundo y la vida. Algo le había impedido lanzarse a la vida y volar por ella, desplegadas las velas de la inteligencia y la voluntad. Un enemigo oculto había frenado con mano de hierro su andadura, arrojándolo muy lejos del directo destino humano...

Y, al parecer, ya no podría salir de esa salvaje y solitaria espesura para llegar a un sendero recto. El bosque lo rodeaba por todas partes y en su alma era aún más enmarañado y tenebroso; el despertar de su conciencia era cada vez menos frecuente y sólo por un instante daban señales de vida sus dormidas fuerzas. Hacía tiempo que su pensamiento y su voluntad estaban paralizados y se diría que sin remedio.

Su actividad vital había disminuido hasta un grado microscópico, pero ni aun así era capaz de enfrentarse a los hechos; no era él quien pasaba de unos a otros, sino eran ellos los que lo llevaban como de ola en ola; por sí solo no tenía fuerzas para oponer a unos una voluntad firme o bien dejarse llevar por la razón frente a los otros.

Esta secreta confesión ante sí mismo le producía gran amargura. Las inútiles lamentaciones por la vida pasada, los ardientes reproches de la conciencia le zaherían como agujas; procuraba con todas sus fuerzas librarse del peso de esos reproches, hallar algún

culpable al margen de su propia persona para dirigir contra ella su filo. Pero ¿contra quién?

—La culpa de todo la tiene... ¡Zajar! —susurró.

Recordó los detalles de la escena con su criado y una oleada de vergüenza encendió su rostro.

«¿Qué hubiera pasado si alguien nos hubiese oído? —pensó horrorizándose ante esa idea— Gracias a Dios que Zajar no sabrá contárselo a nadie; además tampoco le creerían».

Suspiraba, se maldecía, daba vueltas y más vueltas en la cama, buscaba un culpable, pero no daba con él. Sus suspiros y ayes llegaron incluso a oídos de Zajar.

—¡Hay que ver cómo lo ha inflado el *kvas*! —rezongó airado.

—¿Por qué seré yo así? —se preguntó Oblómov casi llorando, y volvió a cubrirse por entero con la manta.

Después de buscar en vano el principio maléfico que le impedía vivir como era debido, como vivían otros, suspiró, cerró los ojos y minutos después la somnolencia lo invadió poco a poco.

—También... a mí... me gustaría —se decía parpadeando con dificultad—, algo así... ¿Será posible que la naturaleza me haya desheredado hasta tal punto?... Pero no, gracias a Dios... no puedo quejarme...

Siguió a estas palabras un suspiro de alivio. La inquietud dejó paso a su estado normal: la tranquilidad y la apatía.

—Parece que mi destino es ser así... ¿Qué le puedo hacer? —susurraba bajito, vencido ya por el sueño—. Como unos dos mil rublos menos de renta... —dijo de pronto en voz alta sumido en el sueño—. Espera, ahora, ahora mismo... —Ydespertó a medias—. Me interesaría saber, sin embargo... ¿por qué soy así?... —volvió a musitar con los ojos completamente cerrados—. Sí, ¿por qué?... por qué... eso... —Se esforzó por terminar la frase, pero no pudo.

No llegó, pues, a determinar la causa; la lengua y los labios se inmovilizaron de repente a medio decir y quedaron tal como estaban: medio abiertos. En lugar de palabras se oyó un suspiro más

y a continuación resonaron en el aire los ronquidos uniformes de una persona que duerme apaciblemente.

El sueño detuvo el indolente y lento fluir de sus pensamientos y lo trasladó de inmediato a otra época, lo situó entre otras gentes y en otro lugar, a donde nosotros, juntamente con los lectores, lo seguiremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX

EL SUEÑO DE OBLÓMOV

¿DÓNDE estamos, entonces? ¿A qué bendito rincón de la tierra nos traslada el sueño de Oblómov? ;Qué maravillosa comarca!

Cierto es que allí no hay mar, ni altísimas montañas, ni rocas, ni precipicios, ni espesos bosques; no existe nada grandioso, salvaje o sombrío.

Además, ¡qué falta hace lo salvaje y lo grandioso! ¿El mar, por ejemplo? ¡Vaya bendito de Dios! Sólo entristece al hombre: mirándolo se sienten ganas de llorar. Turba y atemoriza su corazón el manto infinito de las olas y nada hay para que la vista, atormentada por la monotonía del panorama ilimitado, descanse.

El rugido y el loco estruendo de las olas no acarician un oído delicado; repiten siempre su cantinela, la misma desde el principio del mundo, de contenido tenebroso, nunca descifrado; siempre se oye en ella el mismo gemido, idénticas lamentaciones como las de un monstruo sometido a suplicio y unas voces estridentes, que amenazan no se sabe a quién. Los pájaros no gorjean a su alrededor y tan sólo las silenciosas gaviotas revolotean tristemente por la costa, como si estuviesen condenadas a girar sobre el agua.

Los rugidos de las fieras son impotentes ante esos lamentos de la naturaleza, insignificante también la voz humana, y el propio hombre resulta tan pequeño, débil e inútil, que apenas se le divisa entre los menudos detalles de ese vasto cuadro. Por eso, quizá, le duela tanto contemplar el mar.

¡Váyase con Dios el mar! Ni siquiera su inmóvil serenidad hace nacer en el alma un sentimiento grato; en el vaivén apenas perceptible de la masa acuática el hombre percibe la misma fuerza inconmensurable, aunque dormida, que en ocasiones se burla con tanta alevosía de su orgullosa voluntad y entierra tan profundamente sus valientes propósitos, todos sus esfuerzos y trabajos.

Las montañas y los precipicios tampoco fueron creados para alegrar al ser humano. Son amenazadores, terribles como las garras y los dientes de una fiera salvaje dirigidos contra él; nos recuerdan demasiado nuestra mortal envoltura y mantienen en nosotros el temor y la angustia de perder la vida. Y el cielo allí, sobre las rocas y los abismos, parece tan lejano, tan inaccesible, como si hubiera renunciado a los hombres.

Pero no es así el apacible lugar donde se encontró de pronto nuestro héroe. El cielo allí, por el contrario, parece estar más cerca de la tierra, pero no para lanzar sus dardos con mayor rigor, sino para abrazarla con amor y fuerza; se extiende a tan poca altura sobre la cabeza, que recuerda un seguro techo paterno, diríase que está para proteger de todas las desdichas el lugar elegido.

Casi seis meses luce allí el sol con sus rayos brillantes y cálidos; luego se aleja, pero no de pronto, sino como si lo hiciera con desgana, como si se volviera para mirar una o dos veces el lugar predilecto y regalarle en otoño, entre la intemperie, algún día claro y soleado.

Allí las montañas son como modelos en miniatura de aquellas terribles que existen en otros lugares y asustan al hombre. Es una serie de suaves colinas por cuyas pendientes resulta grato descender en invierno de espaldas sobre el trineo, o sentarse allí y contemplar, pensativo, la puesta del sol.

El río, juguetón y travieso, fluye alegremente o se extiende formando un amplio estanque, o bien corre en fino y rápido reguero de agua, o se apacigua como reflexionando, arrastrándose apenas

sobre las piedras del lecho y esparciendo hacia los lados alegres arrovuelos cuyo murmullo imita a dormir dulcemente.

Todo ese rincón y sus contornos, que se extienden a lo largo de quince o veinte kilómetros, presenta a la vista alegres y sonrientes lugares, pintorescos paisajes. Las riberas arenosas y suaves del transparente río, los bajos arbustos que desde las colinas descienden hasta el agua, el oblicuo barranco con su arroyo en el fondo y el seto de abedules, parecen haber sido elegidos intencionadamente para formar un dibujo primoroso.

A un corazón atormentado por la inquietud, o a aquel que no la conoce, le encantaría refugiarse en ese rincón olvidado por todos y llevar allí una vida feliz e ignorada. Todo allí augura una existencia apacible hasta la vejez y una muerte dulce semejante a un sueño. El tiempo transcurre inmutable y sereno.

En marzo, tal como lo indican los calendarios, llega la primavera, corren desde las colinas sucios arroyos, se deshíela la tierra y un tibio vaho se alza sobre ella; el campesino se despoja de la pelliza, sale al aire libre en mangas de camisa y, cubriéndose los ojos con la mano, admira el sol encogiéndose de gusto; luego tira por ambos lados del carro, vuelto boca abajo, inspecciona y golpea con el pie el ocioso arado guardado en el cobertizo, disponiéndose para la habitual tarea.

En primavera no se producen allí repentinas tormentas, la nieve no cubre de pronto los campos ni quiebra los árboles.

El invierno, como una beldad inaccesible y fría, mantiene su talante hasta que llega la época del calor; no irrita con inesperados deshielos ni castiga cruelmente con heladas nunca vistas; todo sigue el orden habitual prescrito por la naturaleza.

En noviembre comienzan las nieves y las heladas, que para Navidad se intensifican hasta el punto que el campesino, al salir por un instante de la *izbá*, regresa siempre con escarcha en la barba; en febrero, sin embargo, una nariz sensible ya percibe en el aire el suave hálito de la siguiente primavera.

Pero el verano, sobre todo el verano, es particularmente encantador en aquella comarca. Es en ese lugar donde debe buscarse el aire puro y seco, no saturado de aromas de laurel y limoneros, sino tan sólo de ajenjo, pino y cerezos silvestres; allí hay que buscar los días luminosos, los rayos de sol ligeramente ardientes, pero no quemantes, y un cielo limpio de nubes durante casi todo el tiempo.

Los días luminosos pueden durar de tres a cuatro semanas; las tardes son tibias y las noches sofocantes. Las estrellas, afables y amistosas, parpadean desde el cielo.

Y cuando cae la lluvia, es una lluvia estival, benéfica. Brota a chorros, es abundante, jubilosa, salta alegremente; diríase que es como las lágrimas gruesas y cálidas de una persona a quien de improviso se le hubiera dado una gran alegría. Tan pronto como cesa, el sol, con amorosa sonrisa, examina y seca los campos y las colinas. Toda la comarca vuelve a sonreír llena de gozo en respuesta al sol.

El campesino acoge la lluvia con alegría: «La lluvia mojará y el sol secará», dice, ofreciendo gozoso el rostro, los hombros y la espalda al tibio aguacero.

Las tormentas allí no son temibles, sino beneficiosas; siempre suceden en la fecha prevista, sin olvidarse jamás del día de San Iliá, para mantener en el pueblo la conocida tradición. El número y la intensidad de los truenos también parecen ser siempre los mismos, como si a esa región se le concediera una determinada medida de electricidad.

No se conocen allí ni terribles vendavales ni destrucciones.

Jamás nadie pudo leer en la prensa algo así referido a ese rincón bendito por Dios. Y jamás se hubiera publicado nada, ni nadie habría oído hablar de ese lugar si la viuda de un campesino, llamada Marina Kullkova, de veintiocho años, no hubiera parido de golpe a cuatro niños, cosa imposible de silenciar.

El Todopoderoso no había castigado aquella comarca con ninguna plaga egipcia ni con ninguna otra. Ni uno solo de sus habitantes vio, ni recuerda, ninguna señal en el cielo, ni bolas de fuego ni repentino oscurecimiento. Tampoco hay allí víboras venenosas; se desconoce la langosta, no existen leones rugientes, ni tigres bramantes, ni siquiera osos o lobos, ya que no hay bosques. Por los campos se ven tan sólo numerosas vacas que rumian, ovejas que balan y gallinas cacareantes.

Sólo Dios sabe si a un soñador o a un poeta les gustaría la naturaleza de ese apacible lugar. A esos señores, como se sabe, les encanta contemplar la luna y oír el canto de los ruiseñores. Aman la luna coqueta que se engalana de nubes pajizas y se filtra misteriosamente entre las ramas de los árboles, enviando haces de rayos plateados a los ojos de sus admiradores.

En aquel lugar nadie sabía cómo era la luna de los poetas y soñadores. La luna allí contempla benévola la aldea, los campos y se parece mucho a un caldero de cobre bien lustrado.

Vanas serían las miradas extasiadas del poeta a la luna; ella lo miraría con la misma simplicidad con que una beldad lugareña de redonda faz responde a las apasionadas y elocuentes miradas de un conquistador de la ciudad.

Los ruiseñores tampoco se oyen en aquella comarca, tal vez porque no hay allí sombreados rincones ni rosas. En cambio, ¡qué abundancia de codornices! En el verano, cuando la siega del trigo, los chiquillos las cazan con las manos.

Pero que a nadie se le ocurra pensar que las codornices son allí un objeto de lujo gastronómico; no, semejante depravación no se ha introducido aún en los hábitos de sus moradores; la codorniz es un ave que los estatutos no incluyen entre las comestibles. Allí deleita con su canto el oído de los vecinos y por ello, bajo el techo de cada casa, se ve una codorniz en una jaula hecha de hilos.

Ni el poeta ni el soñador quedarían satisfechos por la vida en esos modestos y sencillos lugares. No conseguirían admirar ninguna

tarde al gusto suizo o escocés, cuando toda la naturaleza —el bosque, el agua, las paredes de las chozas y las colinas arenosas— parece arder en el purpúreo ocaso, cuando sobre ese rojo fondo destaca nítidamente una cabalgata de caballeros que, siguiendo un sendero sinuoso, acompañan a una *lady* en su paseo hacia unas ruinas amenazantes y apresuran su paso para llegar a un castillo fortificado donde les espera un episodio de la guerra de las Dos Rosas, relatado por el abuelo, una cabra salvaje para cenar y una balada cantada por una joven a los sones de un laúd. ¡Con semejantes cuadros pobló nuestra imaginación la pluma de Walter Scott!

Pero nada de eso existía en nuestra comarca.

¡Qué paz, qué somnolencia reinaban en las tres o cuatro aldeas que formaban ese rincón! Estaban cerca unas de otras y parecía que una mano gigantesca las había lanzado al azar en diversas direcciones dejándolas así para siempre.

Una de las *izbás* cayó en el borde mismo de un barranco y quedó casi colgada. Desde tiempos inmemoriales tiene una mitad al aire, sujeta por tres pértigas. Varias generaciones llevan viviendo en ella felices y tranquilas.

Hasta a una gallina le asustaría entrar en esa *izbá*, pero allí vive, con su mujer, Onísim Súslov, un hombre forzado que en su vivienda no puede erguirse cuan alto es.

No todos sabrían entrar en la *izbá* de Onísim. El porche de la entrada pende sobre el barranco y para pasar hay que sujetarse con una mano en el matorral, con la otra en la techumbre y luego entrar. Otra de las *izbás* quedó incrustada en el pico de un cerro semejante a un nido de golondrinas; por casualidad hay tres juntas y otras dos en el fondo del barranco.

La somnolencia y la paz caracterizan esas aldeas; las *izbás* silenciosas están abiertas de par en par; no se ve a nadie; tan sólo nubes de moscas vuelan, zumbando, en medio del asfixiante calor.

Sería inútil llamar, incluso a gritos, al entrar en alguna de esas viviendas: un silencio sepulcral sería la respuesta. Rara es la *izbá* donde se oye un quejido lastimero o la bronca tos de alguna vieja que finaliza sus días sobre una tarima, o bien asoma tras el tabique algún chiquillo descalzo, con largos pelos, vestido tan sólo con una camisa; el pequeño mirará en silencio y tímidamente al recién llegado y, sin decir nada, volverá a esconderse.

El mismo silencio, la misma paz reina en los campos; de cuando en cuando se divisa algún labrador que, como una hormiga, se afana sobre la negra tierra y, abrasado de calor, tira sudoroso del arado.

La vida en esas aldeas se distinguía por esa misma profunda paz y quietud. No había ni pillajes ni asesinatos; ningún hecho temible tuvo allí lugar: ni pasiones violentas, ni empresas valerosas turbaban el ánimo de sus gentes.

Además, ¿qué pasiones, qué empresas serían capaces de turbarles? Cada uno se conocía a sí mismo. Vivían alejados de otros seres, pues las aldeas inmediatas y la capital del distrito se hallaban a veinticinco o treinta kilómetros de distancia.

A su tiempo, los campesinos llevaban el trigo al puerto más cercano del Volga, que era para ellos su Cólquida^[6] y sus torres de Hércules, y una vez al año iban algunos a la feria; en eso acababan sus relaciones con los demás.

Sus intereses se concentraban en ellos mismos, no se cruzaban ni relacionaban con otros.

Sabían que a ochenta kilómetros estaba la «provincia», es decir, la capital, pero iban a ella muy raras veces; sabían, asimismo, que algo más lejos estaba Sarátov o Nizhni; habían oído hablar de Moscú y San Petersburgo, que más allá de San Petersburgo vivían los franceses o los alemanes y ya más lejos empezaba para ellos, como para los antiguos, un mundo ignoto, países desconocidos poblados por monstruos, por seres de dos cabezas y por gigantes; más allá seguía la penumbra y todo acababa, por fin, en el pez que sostenía la Tierra.

Y como ese rincón no era camino de paso, no había posibilidad de adquirir conocimientos nuevos sobre lo que ocurría en el mundo. Los buhoneros que vendían cacharros de madera vivían a una distancia de veinte kilómetros y no sabían más que ellos. Ni siquiera tenían la posibilidad de comparar con otros su modo de vivir, de saber si lo hacían bien o mal, si eran ricos o pobres, si había que desear algo de lo que tenían los otros.

Esos seres vivían felices pensando que no podía ni debía ser de otro modo, seguros de que todos los demás vivían exactamente igual y de que no hacerlo así era pecado.

No habrían creído si se les dijera que otros araban la tierra de distinto modo, que sembraban y vendían de forma diferente. ¿Qué pasiones y qué inquietudes podían tener, entonces?

Como todos los seres humanos, tenían sus preocupaciones y debilidades: el pago de los impuestos o de la renta, la pereza y el sueño, mas todo eso lo soportaban fácilmente sin que se alterara su pulso.

En los últimos cinco años, de entre los varios centenares de habitantes no había muerto nadie, no ya de muerte violenta, sino ni siquiera de muerte natural.

Y si alguno por vejez o enfermedad crónica dormía el sueño eterno, seguían extrañándose, mucho tiempo después del óbito, de un caso tan raro.

En cambio, a nadie sorprendió que el herrero Tarás, por ejemplo, estuviera a punto de asfixiarse en su choza y que tuvieran que volverlo a la vida echándole cubos de agua.

Sólo se cometía un delito: el robo de guisantes, zanahorias y nabos por los huertos estaba muy extendido. Sin embargo, una vez desaparecieron dos lechones y una gallina, suceso que conmocionó a todo el mundo y por unanimidad se culpó de ello a un convoy de buhoneros que el día anterior había pasado por ahí camino de la feria. Pero, en general, raras veces se producía algo similar.

No obstante, un día encontraron a un hombre en las afueras de la aldea junto a la cuneta cerca del puente: se había rezagado, probablemente, de la cuadrilla de hombres que se dirigía a la ciudad.

Los chiquillos fueron los primeros en verle y corrieron aterrorizados a la aldea con la novedad de que había una terrible serpiente u hombre lobo que yacía en la cuneta, añadiendo que había tratado de perseguirlos y que a punto estuvo de comerse a Kuzka.

Los *mujiks* más decididos se armaron de horquillas, de hachas y todos en grupo se dirigieron hacia la cuneta.

—¿Adónde vais, locos? —decían los viejos tratando de convencerlos— ¿Es que tenéis asegurada la vida? ¿Qué falta os hace ir? ¡Nadie os empuja!

Pero los *mujiks* fueron; a unos cien metros del lugar comenzaron a llamar al monstruo con diversas voces; no hubo ninguna respuesta. Se detuvieron, pero al poco avanzaron de nuevo.

En la cuneta vieron a un hombre tumbado, con la cabeza apoyada en la ladera; junto a él había un saco y un palo, del cual colgaban dos pares de *laptis*^[7].

Los *mujiks* no se atrevieron a acercarse más ni a tocarlo.

—¡Eh, tú, hermano! —gritaban por turno, rascándose unos la nuca, otros la espalda—. ¿Cómo te llamas? ¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

El forastero hizo un gesto para levantar la cabeza, pero no pudo; parecía enfermo o muy cansado.

Uno de los *mujiks* se decidió y lo tocó con la horquilla.

—¡No lo toques! ¡No lo toques! —gritaron muchos—. ¡Quién sabe lo que es! ¿No ves que no habla nada? A lo mejor es un... ¡No lo toquéis, muchachos!

—¡Vámonos —decían otros—; en serio, vámonos! ¿Acaso es pariente nuestro? ¡Sólo males pueden venirnos por su culpa! ¡Nada bueno nos puede traer!

Y todos se dieron la vuelta; contaron luego a los viejos que había en la cuneta un forastero que no hablaba nada y que sólo Dios sabía lo que estaba haciendo allí!

—Si es forastero, no lo toquéis —decían los viejos sentados en un banco de tierra con los codos apoyados en las rodillas—. ¡Dejadlo en paz! Ninguna necesidad teníais de ir.

Tal era la comarca a donde se trasladó Oblómov en su sueño.

Una de las tres o cuatro aldeas dispersas por allí se llamaba Sosnovka, y la otra, situada a un kilómetro de distancia, Vavílovka.

Tanto Sosnovka como Vavílovka pertenecían al patrimonio familiar de los Oblómov, por lo cual se las conocía bajo el nombre común de Oblómovka.

En Sosnovka estaba la casa señorial y la hacienda. A unos cinco kilómetros de Sosnovka se hallaba otra aldea, Verjliovo, que en otros tiempos fue propiedad de la familia Oblómov, pero había pasado hacía mucho tiempo a otras manos, así como algunas *izbás* dispersas pertenecientes a esa aldea.

Verjliovo era ahora propiedad de un rico terrateniente que jamás visitaba sus propiedades, administradas por un alemán.

Esta era la geografía del lugar.

Iliá Ilich despierta por la mañana en su pequeña camita. Sólo tiene siete años, está alegre y contento.

¡Es tan lindo, tan gordezuelo y sonrosado! Sus mejillas son tan redondas, que si algún niño, por hacerse el gracioso, las inflara a propósito, no conseguiría tenerlas como él.

La niñera espera a que despierte. Empieza por enfundarle las medias, pero él no se deja, juguetea, mueve las piernas; la niñera se las atrapa y ambos ríen a carcajadas.

Consigue por fin que se levante; lo lava, peina y conduce a presencia de su madre.

Al ver en sueños a su madre, muerta hacía mucho tiempo, Oblómov se estremece de alegría y de ardiente amor por ella; dos

tibias lágrimas se desprenden de sus ojos cerrados y se inmovilizan en sus mejillas.

La madre lo llena de apasionados besos, lo examina con ojos inquietos, ansiosos, le mira los ojos por si los tiene turbios, pregunta si no le duele nada, interroga a la niñera para saber si el niño durmió bien, si no despertó por la noche, si no fue su sueño agitado, si no tuvo fiebre. Luego, tomándolo de la mano, lo conduce ante la imagen sagrada.

Una vez allí, la madre se pone de rodillas y, abrazando a su hijo, le va diciendo las palabras de la oración.

El niño las repite distraídamente, sin dejar de mirar a la ventana, por la cual entra en la habitación el frescor matutino y el aroma de las lilas.

—Mamita, ¿iremos hoy de paseo? —pregunta de pronto el pequeño, en medio de la oración.

—Iremos, cariño —responde la madre rápidamente, sin apartar los ojos del icono y apresurándose a terminar las sagradas palabras de la oración.

El niño las repetía aburrido, pero la madre ponía en ellas toda su alma. Luego saludaban al padre y, seguidamente, se dirigían al comedor.

Allí vio Oblómov a una tía viejísima, de ochenta años, que vivía con ellos; la vieja tía reñía constantemente a su «chica» que, con la cabeza temblorosa por la vejez, la servía de pie tras su silla. Había también tres solteronas, parientes lejanas de su padre, y un cuñado de su madre, Chekménev, dueño de siete siervos y algo loco, que estaba de invitado, así como algunos viejos y viejas más.

Toda esa gente y la servidumbre de la casa llenaron al niño de caricias y loas; apenas si le daba tiempo de borrar las huellas de sus no solicitados besos.

Luego comenzaron a atiborrarlo de bollitos, galletas, crema de leche.

Más tarde, la madre volvía a llenarlo de caricias y le permitía ir de paseo al jardín, al patio, al prado, encargando muy severamente a la niñera que no dejara solo al niño, que no le permitiera acercarse a los caballos, a los perros, al macho cabrío, ni alejarse demasiado de la casa y, sobre todo, que no le permitiese ir al barranco, el más temible lugar de todo el entorno, que tenía muy mala fama.

Un día encontraron allí un perro, considerado como rabioso por la simple razón de que escapara y desapareciera tras las colinas cuando los hombres se movilizaron contra él armados de horquillas y hachas; al barranco tiraban la carroña y se suponía que existían en él bandidos, lobos y otros seres diversos que no habitaban por aquellos lugares o, en general, ni siquiera en el mundo.

El niño no esperó a que la madre terminara sus advertencias: hacía tiempo que estaba en el patio.

Lleno de alegre sorpresa, examina y corre alrededor de la casa de sus padres como si viera por primera vez el ladeado portón, la techumbre de madera hundida en el centro, donde ha brotado un tierno musgo verde, el vacilante porche, los diversos cobertizos anexos y el poco cuidado jardín.

Sentía intensos deseos de subir a una galería colgante que rodeaba toda la casa para ver desde allí el río, pero la galería era antigua, se sostenía a duras penas y sólo se permitía el paso a la «gente» de la servidumbre; los señores no iban...

El niño, sin hacer caso de las prohibiciones de la madre, se dirigía ya a los tentadores peldaños cuando apareció en el porche la niñera y consiguió capturarlo. Escapó de ella hacia el henil con el propósito de subir a él por una escalera empinada, y apenas le daba tiempo a la niñera de llegar para impedirselo, cuando ya debía correr para evitar que subiese al palomar, que entrase en las cuadras del ganado y, ¡Dios nos libre!, escapase al barranco.

—¡Ah, Dios mío, qué niño, parece una peonza! ¿No vas a estarte quieto nunca? ¡Qué vergüenza! —decía la niñera.

Todo el día y todos los días y noches de la niñera están llenos de trajín, de carreras, de ajetreo: tan pronto se atormenta como se alegra, o le invade el temor de que el niño se caiga y se rompa la nariz o bien se emociona por sus sinceras caricias infantiles o se entristece de angustia al pensar en su todavía lejano futuro. Sólo eso hace latir su corazón, esas emociones calientan la sangre de la vieja y mantienen de algún modo su vida somnolienta, que sin ello se habría extinguido, tal vez hacía tiempo.

Pero no siempre es tan juguetón el niño; a veces se queda quieto sentado junto a la niñera y mira alrededor con suma atención. Su mente infantil observa todo cuanto ocurre, todo cuanto sucede ante él y lo que ve se le queda hondamente grabado; esas impresiones maduran y crecen a la par que él.

La mañana es espléndida y fresca; el sol no está todavía alto. Largas sombras se alejan de la casa, de los árboles, del palomar y de la galería. En el jardín y en el patio se han formado frescos rincones que invitan a la reflexión y al sueño. Tan sólo a lo lejos el campo de centeno parece arder y el río brilla y refulge con tal intensidad que hace daño a la vista.

—Tata, ¿por qué aquí está oscuro y allí hay luz? —pregunta el niño—. ¿También aquí habrá luz?

—Como el sol va al encuentro de la luna y no la ve, frunce el ceño; tan pronto como la vea de lejos, se iluminará del todo.

El niño queda pensativo y mira a su alrededor: ve al cochero Antip, que en el carro marcha en busca de agua, y cómo camina en la tierra, junto a él, otro Antip diez veces mayor que el auténtico; también el barril tiene el tamaño de una casa y la sombra del caballo cubre todo el prado; la sombra sólo dio dos pasos por el prado y, de pronto, cruzó la colina, aunque Antip ni tiempo tuvo de salir del patio.

El niño también dio dos pasos, bastaría uno más para que también él cruzase el monte. Le habría gustado ir allí para ver dónde

se había metido el caballo. Corrió hacia el portón, pero desde la ventana se oyó la voz de su madre.

—¡Tata! ¿No ves que al niño le está dando el sol? Llévalo a la sombra. Si se le calienta la cabeza, entonces le dolerá, tendrá náuseas y dejará de comer. ¡Como no pongas cuidado acabará por irse al barranco!

—¡Oh, bribonzuelo! —gruñe quedamente la niñera, llevándolo al porche.

El niño mira y observa con ojos penetrantes y sensibles lo que hacen los adultos, cómo lo hacen, a qué dedican su mañana.

Ninguna menudencia, ningún detalle se escapa de la atención escrutadora del niño; imborrables se graban en su alma los cuadros de la vida doméstica, se nutre su flexible inteligencia de ejemplos vivos y de modo inconsciente traza el programa de su existencia calcado en la vida circundante.

No puede decirse que la mañana se pase de balde en casa de los Oblómov. El repicar de los cuchillos picando la carne y las verduras en la cocina llegaba incluso a la aldea.

Desde la parte de la casa destinada a la servidumbre se oía el susurrar de los husos y una voz femenina tenue y suave: era difícil determinar si lloraba o improvisaba una triste cantinela sin palabras.

En el patio, tan pronto como Antip regresaba con el barril, acudían al carro desde diversos rincones mujeres y cocheros con cubos, baldes y jarros.

El niño ve pasar a una vieja llevando a la cocina, desde la despensa, harina y una cestita con huevos; el cocinero tira de pronto agua por la ventana, mojando al perro *Arapka*, que no se mueve en toda la mañana, fija la vista en la cocina al tiempo que agita alegremente el rabo y se relame.

El viejo Oblómov tampoco permanecía ocioso. Se pasaba la mañana sentado junto a la ventana, observando incansablemente todo cuanto ocurría en el patio.

—¡Eh, Ignashka! ¿Qué llevas ahí, imbécil? —preguntaba a un hombre que cruzaba el patio.

—Llevo cuchillos para afilar —respondía el interpelado sin mirar al señor.

—Bueno, llévalos, llévalos y cuida de que los afilen bien.

Luego era a una mujer a quien detenía:

—¡Eh, mujer! ¿Adónde has ido?

—Al sótano, padrecito —respondía ésta deteniéndose y, con la mano en los ojos, miraba hacia la ventana—. En busca de leche para el almuerzo.

—Bueno, ve, ve —responde el señor—, ten cuidado de no derramarla. Y tú, Zajarka, bribón, ¿adónde vas corriendo? —grita a continuación—. ¡Ya te daré yo tantas carreras! Es la tercera vez que te veo. Vuelve inmediatamente al vestíbulo.

Y Zajarka volvía a dormir en el vestíbulo.

Cuando regresan las vacas del campo, el viejo Oblómov es el primero que se ocupa de que abreen; si desde la ventana ve que el perro persigue a una gallina, toma de inmediato severas medidas para enmendar semejante desorden.

Su esposa también está muy ocupada: durante tres horas debate con el sastre Averka el modo de hacer de una chaqueta de su marido una para Iliá; ella misma la dibuja con carboncillo y cuida de que Averka no robe el paño sobrante; luego pasa a las habitaciones de las criadas y marca a cada una la medida de los encajes que han de hacer ese día; luego llama a Nastasia Ivánovna o Stepanida Agápovna o bien a alguna otra de su séquito para dar un paseo por el jardín con un fin práctico: ver cómo maduran las manzanas y si no ha caído la que ayer ya estaba madura; además, hay que decidir dónde injertar, dónde cortar, etc.

Su preocupación fundamental, sin embargo, era la cocina y el almuerzo. Para confeccionar el menú del almuerzo se convocaba a toda la casa, hasta la anciana tía era invitada al consejo. Cada uno proponía su manjar predilecto: unos sopa de menudillos, otros

macarrones, carne picada envuelta en hojas de col, salsa blanca o roja.

Todo consejo era tenido en cuenta, se discutía detalladamente y luego se aceptaba o rechazaba según decisión definitiva del ama de casa.

A la cocina se enviaba continuamente bien a Nastasia Petróvna bien a Stepanida Ivánovna para recordar al cocinero lo que se debía añadir o suprimir, para llevar el azúcar, la miel o el vino necesarios, para vigilar si el cocinero había utilizado todo de cuanto se le había provisto.

La comida constituía la primera y vital preocupación de Oblómovka. ¡Qué terneras se cebaban allí para las fiestas anuales! ¡Qué aves! ¡Cuántos cuidados y trabajos para ello! Los pavos y pollos destinados a conmemorar las fiestas onomásticas y otras fechas solemnes eran alimentados con nueces; a los patos se les impedía todo movimiento, los obligaban a permanecer colgados dentro de un saco algunos días antes de la fiesta para que tuvieran más grasa. ¡Qué reservas había allí de confituras, salmueras, pastas! ¡Qué mieles, qué *kvas*, qué empanadas se hacían en Oblómovka!

Hasta el mediodía todos trajinaban y se afanaban como hormigas; la vida era intensa y visible.

Los domingos y días festivos esas laboriosas hormigas seguían trajinando: el golpear de los cuchillos en la cocina resonaba entonces con mayor fuerza y frecuencia; la encargada de la despensa hacía varios viajes desde allí a la cocina llevando doble cantidad de harina y huevos; en el corral se oían más gritos y mayor era el derramamiento de sangre. Se preparaba una empanada colosal que los propios señores comían al día siguiente; al tercero y cuarto los restos pasaban a las dependencias de la servidumbre; la empanada llegaba al viernes, hasta que, por fin, un trozo ya completamente reseco, sin relleno alguno, se ofrecía en forma de merced especial a Antip, quien, persignándose, destruía con estruendo ese curioso fósil, más feliz por el hecho de que procediera

de la mesa de los señores que por el gusto de la propia empanada, igual que un arqueólogo bebe con placer un mal vino en el cuenco de una vasija milenaria.

El niño no dejaba de mirar y observarlo todo con su mente infantil, para la cual nada pasaba inadvertido. Veía suceder a la mañana útil y ajetreada el mediodía y el almuerzo.

El mediodía era caluroso: ni una nubecilla en el cielo. El sol permanecía sobre las cabezas y quemaba la hierba. El aire había dejado de correr y pendía sin movimiento. No se movían ni los árboles ni el agua; sobre la aldea y el campo reinaba un silencio absoluto, como si todo estuviera muerto. En el vacío, la voz humana resonaba fuerte, sonora y se expandía a lo lejos. A cincuenta metros de distancia se percibía el vuelo y el zumbido de un moscardón y entre la espesa hierba se oían constantes ronquidos como si alguien se hubiera tumbado allí para dormir un dulce sueño.

También en la casa reina un silencio de muerte. Es la hora de la siesta general. El niño ve que tanto su padre como su madre, la anciana tía, el séquito entero se dispersan por sus rincones y aquel que no dispone de uno se dirige al henil, al jardín o busca algún frescor en el zaguán; alguno, cubriéndose el rostro con un pañuelo para protegerse de las moscas, duerme allí donde lo vence el calor y el copioso almuerzo; el cocinero se va al jardín para dormitar bajo un arbusto y Antip se tumba en la cochera.

Iliá Ilich inspecciona la parte ocupada por la servidumbre: allí todos se han tumbado en los bancos, en el suelo, en el zaguán, dejando a los niños a su albedrío: los chiquillos juegan en el patio y escarban la arena. Hasta los perros se han metido profundamente en sus perreras, pues no hay a quien ladrar.

Se puede cruzar la casa entera sin encontrar a nadie; es fácil robarlo todo y llevárselo en carros desde el patio sin que nadie lo impida, en el caso de que existieran ladrones en aquellas comarcas.

El sueño era omnímodo, invencible, un auténtico remedo de la muerte. Todo estaba inmóvil, pero desde todos los rincones se

escapaban ronquidos de las más diversas tonalidades.

De vez en cuando alguien, en sueños, levanta la cabeza, mira alrededor con ojos inexpresivos y atónitos y se vuelve de otro costado, o bien, sin abrir los ojos, escupe medio dormido, chasca los labios y mascullando algo para sus adentros vuelve a dormirse.

Otro salta de pronto de su lecho con ambos pies, sin preparativo alguno, como temiendo perder unos instantes preciosos, coge una jarra con kvas, sopla encima para apartar las moscas que nadan por ella y dejarlas así en el lado opuesto, y éstas, hasta entonces inmóviles, se agitan alocadamente con la esperanza de mejorar su situación; se humedece la garganta y cae de nuevo en la cama como si le hubieran pegado un tiro. El pequeño seguía observando.

Después de comer salía con la niñera de paseo. Pero también ésta, pese a las severas recomendaciones de la señora y de su propia voluntad, no podía oponerse al embeleso del sueño. Estaba contagiada de la enfermedad general que reinaba en Oblómovka.

Al principio, cuidaba con esmero al niño, no permitía que se alejara mucho de ella, lo reñía severamente por sus travesuras, pero luego, sintiendo los síntomas del inminente contagio, le suplicaba que no saliese fuera del portón, que no tocase al macho cabrío ni se subiese al palomar o a la galería.

Ella, mientras tanto, se sentaba en algún lugar fresco: en el porche, en la puerta de la bodega o, simplemente, en la hierba con el fin de seguir calcetando y de vigilar al niño. Al poco rato, sin embargo, se limitaba a reprenderlo con un simple movimiento de cabeza.

«Se subirá, seguro que ese bribonzuelo acabará por subirse a la galería —pensaba la niñera casi dormida ya—; con tal de que no vaya al barranco...».

En eso, la cabeza de la vieja descendía hasta casi tocar las rodillas, la calceta caía de sus manos, perdía de vista al pequeño y con la boca algo abierta emitía ligeros ronquidos.

El niño, lleno de impaciencia, esperaba la llegada de ese momento que señalaba el comienzo de su libertad.

Se diría que estaba solo en todo el mundo. De puntillas se escapaba de la niñera para ver cómo y dónde dormían todos: solía detenerse y mirar fijamente el despertar de alguno, cómo escupía y mascullaba algo en sueños; después, con el corazón tembloroso y angustiado, subía a la galería, recorría sus crujientes tablones, trepaba al palomar, se metía en la espesura del jardín, escuchaba el zumbido del escarabajo y observaba largamente su vuelo en el aire; prestaba oído a un constante chirrido en la hierba, buscaba y hallaba a los infractores del silencio. Cuando cogía una libélula le arrancaba las alas para ver lo que sería de ella o bien la atravesaba con una pajita y observaba su vuelo con aquel impedimento; miraba con interés, temiendo hasta respirar, cómo sorbía una araña la sangre de una mosca apresada, cómo se debatía la pobre víctima y zumbaba entre las patas de su verdugo. El niño acababa por matar a las dos.

Luego se metía en la cuneta, buscaba unas raíces, las limpiaba y se las comía con gran placer, pues las prefería a las manzanas y a las confituras que hacía su madre.

A veces abandona el patio y sale fuera del portón; le encantaría ir al soto de abedules, le parece que está tan cerca que no tardaría ni cinco minutos en llegar, pero no por el camino, sino cruzando las vallas y las zanjas, mas tiene miedo; dicen que andan por allí duendes, bandidos y terribles fieras.

Le atrae el barranco; no dista del jardín más de cien metros y el niño ha llegado ya al borde del mismo; con los ojos entornados intenta mirar hacia abajo, como si fuese el cráter de un volcán... pero al recordar de pronto lo oído, todas las tradiciones acerca de ese barranco, se siente invadido por el pánico y más muerto que vivo regresa corriendo, temblando de miedo, junto a la niñera, a quien despierta.

La niñera sacude el sueño, se arregla el pañuelo de la cabeza, remetiéndolo dentro los mechones de su canoso cabello, y fingiendo

no haber dormido en absoluto, mira recelosa al niño, luego hacia las ventanas de la casa señorial y coge con manos temblorosas las agujas de la media que tiene en las manos.

El calor, mientras tanto, empieza por decaer poco a poco; la naturaleza parece revivir. El sol avanza hacia el bosque.

En la casa se va rompiendo lentamente el silencio; chirría la puerta de una habitación; unos pasos resuenan en el patio; en el henil alguien estornuda.

Poco después sale presuroso de la cocina un sirviente doblado bajo el peso de un enorme samovar. La gente empieza a congregarse para tomar el té; alguno tiene el rostro arrugado y los ojos anegados en lágrimas; otro luce una mancha roja en la mejilla y en las sienes; el tercero, somnoliento aún, no habla todavía con su voz habitual; todos ellos bostezan quejumbrosos, se rascan la cabeza, se estiran y tardan en recuperarse.

El almuerzo y la siesta despiertan en ellos una sed inextinguible que abrasa su garganta: algunos beben unas doce tazas de té, mas eso no los sacia; se recurre entonces al zumo de arándanos, de peras, al *kvas*, y algunos a las aguas medicinales, para acabar con la sequía de la garganta... Todos buscan remedio a la sed, como si ésta fuera un castigo divino, y se agitan angustiados como una caravana de viajeros que en un desierto arábigo no encontrara en parte alguna el manantial.

El niño está junto a su madre. Contempla los extraños rostros que lo rodean, oye su conversación abúlica y somnolienta. Le divierte mirarlos, le parece interesante toda estupidez que sale de sus bocas.

Una vez tomado el té, todos se dedican a algo: unos van al río y pasean lentamente por la ribera, tirando con el pie piedrecitas al agua; otros se sientan al lado de la ventana para no perderse nada de lo que pasa: bien sea un gato que cruza corriendo el patio, bien una chova que vuela... El observador sigue con la vista y la punta de la nariz tanto al uno como a la otra, moviendo la cabeza bien a la

derecha, bien a la izquierda. A los perros suele gustarles sentarse así días enteros junto a la ventana, tomando el sol y mirando detenidamente a todo el que pasa.

La madre toma la cabeza de su hijo entre las manos, la reclina en sus rodillas y pasa lentamente el peine por sus cabellos, admirando su suavidad; hace que Nastasia Ivánovna y Stepanida Tíjonova también los admiren. Habla del futuro que espera al niño y lo convierte en héroe de alguna brillante epopeya, creada por su fantasía. Ellas le auguran montañas de oro.

No tarda en anochecer. Vuelve a encenderse el fogón, suena de nuevo el golpear espaciado de los cuchillos. Se prepara la cena.

La servidumbre se reúne en el patio; se oyen sonos de balalaica, risas, se juega a las prendas.

El sol va descendiendo tras el bosque; lanza unos cuantos rayos apenas tibios que cruzan en ígnea franja todo el seto, bañando en oro las copas de los abetos. Los rayos se apagan, unos tras otros; el último permanece mucho tiempo clavado como fina aguja en la espesura de las ramas, pero también él acaba por desaparecer.

Los objetos van perdiendo sus contornos, se funden en una masa primero gris, luego más oscura. Se va extinguiendo el canto de los pájaros y poco después callan del todo, a excepción de uno solo que tercamente, y en contra de todos, gorjea monótonamente en medio del silencio general; por fin, lanza un débil silbido, apenas audible, agita las alas, moviendo a su alrededor las hojas y... se duerme.

Todo queda silencioso. Tan sólo las cigarras, como emulando entre sí, crepitan con intensificado vigor. Se alzan sobre la tierra blancos vahos que se extienden por el prado y el río, también apaciguado. Poco después, algo revuelve el agua una última vez y el río queda inmóvil.

Huele a humedad. La oscuridad es cada vez mayor. Los árboles parecen ahora grupos de monstruos y el bosque infunde pavor; se oyen de pronto extraños crujidos como si uno de los monstruos cambiara de sitio, quebrando a su paso alguna rama seca. Surge en

el cielo, como un ojo vivo, la primera estrella y en las ventanas de las casas parpadean las luces.

En esos instantes la naturaleza parece recogerse en una calma solemne, universal; la cabeza creadora trabaja con mayor intensidad, se encienden con más fuerza las pasiones en el corazón o es cuando más angustiado se siente, cuando en el alma cruel madura con decisión y vigor el grano del pensamiento criminal y cuando... en Oblómovka todo reposa tan serena y profundamente.

—Mamá, vamos a pasear —dice el pequeño.

—¡Qué dices, santo cielo! ¡Ahora no se puede pasear! —responde la madre—. Hay humedad y se te enfriarán los pies y, además, es peligroso: en el bosque hay duendes que se llevan a los niños pequeños.

—¿Adónde se los llevan? ¿Cómo son los duendes? ¿Dónde viven? —pregunta el pequeño.

Y la madre deja en libertad su irrefrenable imaginación. El niño la escucha tan pronto abriendo como cerrando los ojos, hasta que por fin lo vence el sueño. Llega la niñera y, levantándolo de las rodillas de la madre, se lo lleva dormido a la cama, con la cabeza colgada de su hombro.

—Ya pasó el día, gracias le sean dadas al Señor —dicen los de Oblómovka disponiéndose a dormir y persignándose entre ayes—. Lo hemos pasado muy bien. ¡Dios nos conceda un mañana igual! ¡Loado sea el Señor! ¡Loado sea el Señor!

En sueños vivió Oblómov otro período de su vida: en una interminable tarde invernal se abraza tímidamente a su niñera y ella, en un susurro, le habla de un país ignoto donde no hay ni días ni noches, ni frío, donde todo es prodigioso y corren ríos de leche y miel, donde ninguno trabaja y sólo pasea; en ese país todos los hombres son tan gallardos como Iliá Ilich y las mujeres tan bellas que no hay pluma capaz de describirlas.

Vive en aquel país una hechicera bondadosa que, a veces, aparece entre los hombres en forma de esturión, elige a un favorito,

que siempre es persona apacible, inofensiva; dicho en otras palabras, a un haragán a quien todos desprecian, y le colma, sin más ni más, de toda suerte de mercedes; éste se limita a comer, a engalanarse y acaba casándose con una beldad sin par. El niño aguza el oído y con ojos encendidos escucha apasionadamente el relato.

La niñera o la tradición evitaban tan hábilmente en el relato toda referencia a la realidad de la vida, que la imaginación y el pensamiento educados en la ficción seguían siendo sus prisioneras hasta la vejez.

Aunque Iliá Ilich sabía, ya de adulto, que no existían ríos de leche y miel, ni bondadosas hechiceras, aunque bromeaba, riéndose, al recordar los cuentos de la niñera, su sonrisa no era sincera, iba acompañada de un secreto suspiro; el cuento se había mezclado con la vida y, a veces, se entristecía inconscientemente al pensar que el cuento no era como la vida, ni la vida se parecía a un cuento.

Oblómov sueña sin querer con las beldades del relato, se siente siempre atraído por el país donde todos se divierten, donde no existen las penas ni las preocupaciones; el deseo de estar tumbado, de pasearse con ropas donadas por la buena hechicera, y no ganadas por él, y de comer a costa de ella, sigue dominando su pensamiento.

Tanto su padre como su abuelo también habían oído de niños los mismos cuentos en boca de sus niñeras y ayos que, en la edición estereotipada de los viejos tiempos, habían llegado a través de los siglos y las generaciones. La niñera seguía presentando otros cuadros a la imaginación infantil. Le hablaba de las proezas de los Aquiles patrios, del arrojado Iliá Múromets, de Bobrynia Nikítich, Aliosha Popóvich, del adalid Polkán y del peregrino Koléchish^[8], de cómo recorrían Rusia, venciendo incontables huestes de infieles, de cómo competían entre sí para ver quién era capaz de beber sin carraspear un cuenco de aguardiente; le hablaba también de malvados bandidos, de princesas dormidas, de ciudades y gente

petrificadas, luego pasaba a la demonología nacional, a los difuntos, monstruos y hombres lobo.

Con la bondadosa simplicidad de Homero, con la misma palpitante veracidad en los detalles y verismo en las descripciones, nutría la memoria e imaginación infantiles con la *Ilíada* de la vida rusa, creada por los bardos de aquellos lejanos tiempos nuestros, cuando el hombre no sabía enfrentarse a los peligros y secretos de la naturaleza, cuando temblaba tanto ante el hombre lobo como ante los duendes y buscaba en Aliosha Popóvich defensa de los males circundantes, cuando en el aire y en el agua, en el bosque y en el campo reinaban los prodigios.

Temible e insegura era la vida del hombre en aquellos tiempos; asomarse a la puerta de la calle resultaba peligroso: podía atacarlo una fiera, asesinarlo un bandido, el malvado tártaro podía despojarlo de todo, o un hombre podía desaparecer sin dejar rastro.

En el cielo aparecían de pronto señales divinas, columnas y bolas de fuego o sobre una tumba reciente se encendía una lucecita o bien alguien se paseaba por el bosque, al parecer con un candil, lanzando espantosas carcajadas y con los ojos relucientes en la oscuridad.

¡Y cuántas cosas inexplicables le ocurrían al propio hombre! Durante muchos años vivía bien, sin nada de particular, y, de pronto, empezaba a decir cosas absurdas o a gritar con una voz que no era la suya o a vagar somnoliento por las noches; otro, sin razón ni motivo, sufría convulsiones, se golpeaba la cabeza contra la tierra. Pero antes de que eso ocurriera, la gallina acababa de emitir el grito del gallo y un cuervo había graznado sobre el tejado.

El hombre débil se sentía perdido al contemplar horrorizado la vida y buscaba en su imaginación la clave de los misterios que lo rodeaban y de su propio ser.

O tal vez fuera el sueño, el eterno silencio de una vida quieta y la falta de movimiento y de todo temor real, de toda aventura y peligro, lo que obligaba al hombre a crear entre el mundo real otro fantástico y a buscar en él la amplitud y las diversiones para su

imaginación ociosa o bien la razón de las habituales conexiones de los hechos y las causas del fenómeno al margen del mismo.

A tuestas vivían nuestros pobres antepasados; no daban alas a su voluntad ni la contenían y por ello se admiraban o espantaban ingenuamente de las dificultades, de los males, tratando de averiguar las causas de los más oscuros misterios de la naturaleza.

Les sobrevénía la muerte porque un poco antes habían sacado a un difunto con la cabeza por delante y no por los pies; el incendio sucedió porque un perro aulló tres noches seguidas al pie de la ventana. Y procuraban por todos los medios sacar al difunto de su casa con los pies por delante, pero seguían comiendo lo mismo y dormían como antes directamente sobre la hierba. Al perro que aullaba lo arrojaban del patio o lo apaleaban, pero seguían echando en la rendija del suelo podrido las chispas de la tea.

A la gente rusa le gusta creer, incluso ahora, en las tentadoras leyendas de la antigüedad, pese a la sobria realidad que los rodea carente de toda ficción, y es posible que tarde mucho en renunciar a esa fe.

Al escuchar de boca de su niñera los cuentos sobre nuestro vellocino de oro, el Pájaro de Fuego; al oír la hablar de las trampas y los secretos del castillo encantado, el niño se sentía algunas veces valiente y heroico paladín, aunque estremecimientos de temor le recorrían la espalda, y otras sufría por los reveses de los valientes.

Un relato sucedía a otro. La niñera hablaba con sentimiento, ardor, entusiasmo, a veces con inspiración, pues ella misma creía a medias en sus cuentos. Brillaban los ojos de la vieja niñera, le temblaba de emoción la cabeza y su voz alcanzaba tonalidades no habituales.

Invasado por un temor desconocido, el niño se apretujaba contra ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando en el relato se hablaba de difuntos, que se levantaban a medianoche de sus tumbas, de las víctimas cautivas del monstruo o del oso de la pata de madera que recorría pueblos y aldeas en busca

de su pierna cortada, los cabellos del niño se erizaban de terror, su imaginación infantil tan pronto quedaba paralizada como bullía agitadamente. Con los nervios tensos como las cuerdas de un arco, vivía un proceso torturador, pero delicioso.

Cuando la niñera con voz sombría repetía las palabras del oso: «Chirría, chirría, pierna de madera; recorrí pueblos, recorrí aldeas, todas las mujeres duermen, una sola no duerme, sentada en mi piel mi carne cocina, mi lana hila», y cuando el oso entraba por fin en la *izbá* y se disponía a llevarse a la secuestradora de su pierna, el niño ya no resistía más: se precipitaba tembloroso en sus brazos llorando de miedo, pero riendo, al mismo tiempo, de felicidad por no estar entre las garras de una fiera, sino en la cama, junto a su niñera.

La imaginación del niño se poblaba de extraños espectros; el temor y la angustia hicieron presa en su alma durante mucho tiempo, quizá para siempre. Cuando miraba tristemente a su alrededor, no veía más que desgracias, calamidades y soñaba constantemente con aquel país mágico donde no existía el mal ni la inquietud, ni la tristeza, donde vivían las bellas y se comía tan bien y nada costaba la ropa.

El cuento conservaba su poder no sólo sobre los niños de Oblómovka, sino también sobre los mayores. Todos en la casa y en la aldea, comenzando por el viejo Oblómov y su esposa, hasta el forzado herrero Tarás, temían algo en las noches oscuras: cada árbol se convertía entonces en un gigante, todo arbusto en una guarida de bandidos.

El golpear de una contraventana o el ulular del viento en el tiro de la chimenea hacían palidecer a hombres, mujeres y niños. En Navidad nadie salía a la calle después de las diez de la noche, en Semana Santa tenían miedo de ir solos a la cochera, temiendo hallar allí al duende.

En Oblómovka creían en todo: en los ogros, en los difuntos. Si se les dice que un haz de paja se pasea por el campo, lo creerán a pies juntillas; si alguien hace correr el rumor de que un carnero no es tal

carnero, sino otra cosa, o que una tal Marfa o Stepanida es una bruja, tendrán miedo del cordero y de Marfa; no se les ocurrirá preguntar la razón de por qué el cordero dejó de ser cordero o por qué Marfa se ha convertido en bruja. Además, se enfadarían con la persona que lo pusiese en duda. ¡Tan fuerte es en Oblómovka la creencia en lo prodigioso!

Iliá Ilich se convenció más tarde de que la estructura del mundo es simple, que los difuntos no salen de sus tumbas, que si aparece algún gigante, lo mandan de inmediato al circo y a los bandidos a la cárcel; pero si la creencia en los espectros había desaparecido, quedaba, sin embargo, un poso de temor e irracional angustia.

Más tarde, Iliá Ilich averiguó que los monstruos no causaban daños y, además, apenas sabía cuáles eran éstos; no obstante, esperaba que a cada paso ocurriera algo terrible y tenía miedo. Incluso ahora, al quedarse solo en una habitación oscura o bien al ver un difunto, se estremecía por la angustia sembrada en su alma desde su niñez; por la mañana se reía de sus temores, pero volvía a palidecer por la noche.

En sueños, Iliá Ilich se vio ya mozalbete de trece o catorce años.

Estudiaba en el pueblo de Verjliovo, a cinco kilómetros de Oblómovka, en casa del administrador de aquella hacienda, el alemán Shtolz, que había montado un pequeño internado para los hijos de los hidalgos del contorno.

Shtolz tenía de alumno a su hijo Andréi, casi de la misma edad que Oblómov, y a otro niño que jamás había estudiado nada y padecía de escrofulosis casi constantemente, por lo cual su infancia transcurría con los ojos u oídos tapados; no hacía más que llorar a escondidas por no vivir en casa de su abuelita, sino en una ajena, entre gente aviesa que no le daba ningún mimo ni le preparaba sus manjares predilectos. Ellos eran los únicos niños en el internado.

Como no había otro remedio, los padres de Oblómov obligaron al tan mimado hijo a estudiar. Esa decisión les costó soportar el llanto, los gemidos y caprichos de Iliá. Por fin lo enviaron.

El alemán era hombre práctico y severo, como casi todos los alemanes. Tal vez Iliá hubiera sido un buen estudiante a su lado si Oblómovka distara más de quinientos kilómetros de Verjliovo. Pero así, ¿cómo iba a aprender? El encanto del ambiente familiar, de su forma de vida y sus hábitos, se extendía también a Verjliovo, que en otros tiempos había pertenecido a su familia; allí, a excepción de la casa de Shtolz, todo respiraba la misma indolencia primitiva, las costumbres eran igual de simples y reinaba por doquier la quietud y la inmovilidad.

El pensamiento y el corazón del niño estaban impregnados de todos los cuadros, escenas y hábitos de aquella vida antes de haber visto el primer libro. ¿Y quién sabe cuándo empieza a desarrollarse el germen del intelecto en el cerebro infantil? ¿Cómo puede determinarse el momento en que nacen los primeros conceptos e impresiones? Tal vez ocurra cuando el pequeño apenas si pronuncia una palabra o, tal vez, incluso antes, cuando no sabe andar todavía y se limita a mirarlo todo con muda y penetrante mirada infantil que los mayores califican de inexpresiva: tal vez ya entonces ven y adivinan el significado y las conexiones de los fenómenos del medio circundante, aunque nadie se da cuenta de ello, ni siquiera él.

Quizá Iliá se había percatado hacía mucho de lo que decían y hacían delante de él; quizá veía que su padre, ataviado con unos pantalones de algodón aterciopelado y una chaqueta guateada de color marrón, se pasaba el día entero recorriendo la habitación de una punta a otra con las manos a la espalda, tomando rapé y estornudando, mientras su madre pasaba del café al té, del té al almuerzo; que al padre no se le ocurría comprobar el número de sacos de cereales o harina que se recogían, ni remediar los fallos, pero si no le traían rápidamente el pañuelo solicitado se quejaba del desorden y ponía toda la casa boca abajo.

Tal vez su mente infantil ya tiene decidido desde hace mucho que es así como se debe vivir y no de otra manera, es decir, tal como viven los adultos que él ve. Además, ¿de qué otra forma se podía

vivir? ¿Qué otra decisión podía haber tomado? Veamos, pues, cómo vivían los adultos de Oblómovka.

Sólo Dios sabe si se planteaban siquiera la pregunta de cuál era la razón de su vida o para qué se les había concedido. ¿Cómo responderían a esa pregunta? Probablemente de ningún modo: les parecía muy clara y sencilla.

No habían oído hablar de una vida dedicada al duro trabajo, de personas llenas de angustiosas preocupaciones obligadas a ir de un rincón de la tierra a otro dedicadas a trabajar incansablemente, siempre.

No creían mucho los de Oblómovka en las inquietudes espirituales; no consideraban como vida la eterna aspiración a un ideal; temían como al fuego el estallido de las pasiones y mientras en otros lugares los hombres se consumían rápidamente por el trabajo volcánico de su íntimo ardor espiritual, el alma de los habitantes de Oblómovka, por el contrario, se hundía plácidamente, sin traba alguna, en sus muelles cuerpos.

La vida no los marcaba prematuramente, como a otros, ni con arrugas, ni con devastadores sufrimientos y reveses morales.

Esa buena gente comprendía la vida como un estado ideal de reposo e inactividad, alterado a veces por diversas casualidades desagradables como, por ejemplo, enfermedades, pérdidas materiales, rencillas y la necesidad de trabajar, entre otras cosas.

Soportaban el trabajo como un castigo impuesto ya a nuestros antepasados, pero no sentían apego a él y siempre que tenían ocasión se liberaban de todo esfuerzo, considerando esa actitud como posible y debida.

Jamás los turbaban confusas cuestiones mentales o morales: por eso gozaban siempre de espléndida salud y buen humor, y vivían tantos años; a los cuarenta, los hombres parecían unos mozalbetes; los viejos no se enfrentaban a una muerte angustiosa, difícil, sino que morían como a hurtadillas y, habiendo alcanzado edades inverosímiles, se apagaban quedamente; exhalaban su último

suspiro sin que nadie se diera cuenta. Por ello suele decirse ahora que la gente de antes era más fuerte.

Y, en efecto, lo era: antes no se apresuraban a explicarle al niño el significado de la vida, ni de prepararlo a ella como para algo muy complicado y difícil; no lo angustiaban con el estudio que hace nacer en la gente infinidad de problemas que corroen la inteligencia y el corazón y acortan la vida.

El modo de vida ya estaba determinado y era ofrecido al niño por los padres, quienes, a su vez, lo habían heredado de los suyos y éstos de los bisabuelos con el encargo de mantener su integridad y conservarlo como el fuego sagrado de las vestales. Lo mismo que se hacía en vida de los abuelos de Iliá Ilich, se hacía en vida de su padre y tal vez se siga haciendo ahora en Oblómovka.

¿Sobre qué, pues, podían reflexionar? ¿Qué motivos podían tener de inquietud, qué tenían que averiguar y qué fines conseguir?

No necesitaban nada; la vida, como apacible río, fluía, dejándolos al margen; les bastaba con permanecer sentados en la ribera y observar los inevitables acontecimientos que acudían por sí mismos y se presentaban a cada uno de ellos sin llamada previa.

En la imaginación del dormido Iliá Ilich fueron surgiendo sucesivamente, como cuadros vivos, los tres primeros actos de su vida que tuvieron lugar tanto en el seno de su familia como en casa de sus parientes y conocidos: nacimientos, bodas y entierros.

Vinieron luego diversos entreactos, alegres y tristes: bautizos, onomásticas, fiestas, ruidosas comidas, felicitaciones, lágrimas y sonrisas oficiales.

Todo se realizaba con gran pompa y solemnidad, con mucha precisión.

Veía en sueños hasta los rostros de los conocidos y su forma de comportarse en las diversas ceremonias, sus inquietudes y esfuerzos. Por muy complicados que fueran unos esponsales, por muy solemne la boda y el cumpleaños, lo celebraban de acuerdo con todas las reglas, sin el más mínimo fallo. En Oblómovka jamás se

cometía un error en la colocación de los invitados, se sabía dónde se debía sentar a cada uno, cómo y qué servirles, a quién emparejar con quién para ir a la ceremonia y los agüeros que debían tenerse en cuenta.

Y en lo que se refiere al cuidado de los niños, bastaba con mirar a los sonrosados y robustos cupidos que llevaban en brazos o tras de sí las madres de aquellos lugares. Su máximo empeño era que los pequeños fueran rollizos, blanquitos y sanos.

Para ellos la primavera dejaría de serlo y nada querrían saber de ella si al principio no asasen una alondra. ¿Cómo no iban a saberlo, cómo no iban a cumplirlo?

Toda su vida y ciencia, todas sus penas y alegrías estaban allí; por ello desechaban todo otro pesar y preocupación y desconocían otras alegrías; su vida se nutría bulliciosamente de esos únicos hechos radicales e inevitables que proporcionaban alimento infinito a su cabeza y corazón.

Temblando de emoción esperaban la ceremonia, el banquete y una vez ya acabado el bautizo, la boda o el entierro se olvidaban de su protagonista, de su destino, y se sumían en su apatía habitual, que abandonaban tan pronto como ocurría otro hecho similar: onomástica, boda, etc.

Cuando nacía un niño, el primer cuidado de los padres era el de cumplir del modo más exacto, sin la más mínima excepción, todo el ceremonial prescrito por la costumbre, es decir, celebrar un banquete después del bautizo; luego seguían los solícitos cuidados del recién nacido.

La madre se planteaba a sí y a la niñera la misión de criar a un bebé sano, de evitar los catarrros, el mal de ojo y otras circunstancias adversas. Se afanaban celosamente para que el niño estuviese siempre alegre y comiera mucho.

Tan pronto como el niño se hacía hombre, es decir, cuando la niñera estaba de más, en el corazón de la madre anidaba la secreta esperanza de buscarle la compañera más sana y sonrosada posible.

Comenzaba nuevamente el período de las ceremonias, de los banquetes y, finalmente, la boda; en ello concentraban todo el sentido de sus vidas.

Luego, ya venían las repeticiones: nacimiento de los hijos, ceremonias, banquetes, hasta que los entierros cambiaban la decoración, pero no por mucho tiempo; unos cedían su puesto a otros, los niños se convertían en jóvenes, y por lo mismo, en novios; se casaban, daban vida a otros seres semejantes a sí, y la vida, de acuerdo con ese programa, se desenvolvía como una interminable y uniforme tela que se rompía imperceptiblemente junto a la misma fosa.

A veces, ciertamente, otros cuidados se imponían, pero los habitantes de Oblómovka se enfrentaban a ellos con estoica inmovilidad, y esos cuidados, después de volar sobre sus cabezas, se alejaban veloces como pájaros que, al arribar a una pared lisa y no encontrar un lugar para cobijarse, aletean en vano junto a la dura piedra y prosiguen su vuelo.

Ocurrió, por ejemplo, que una parte de la galería se derrumbó de pronto y enterró bajo los escombros a una gallina y a sus polluelos; mal lo habría pasado Aksinia, la mujer de Antip, que se hallaba sentada bajo esa galería, si en aquellos instantes, por fortuna, no hubiese salido de allí para hacer un recado.

En la casa se armó un alboroto indescriptible: acudieron corriendo al lugar del suceso desde el más pequeño hasta el más viejo y todos se horrorizaban imaginándose que en lugar de la gallina con sus polluelos hubiera pasado por allí la propia señora con su hijo.

Todo eran ayes y reproches mutuos por no habersele ocurrido a nadie pensar en eso: a uno recordarlo, a otro ordenar su arreglo y al tercero, hacerlo.

Todos se admiraban de que la galería se hubiera caído, pero el día anterior se maravillaban de que resistiese tanto.

Empezaron a discutir y a preocuparse del arreglo de la galería; lamentaron la muerte de la gallina y de los polluelos y acabaron por regresar a sus puestos, después de prohibir categóricamente que el pequeño Iliá se pasease por ahí cerca.

Después, a unas tres semanas del suceso, se ordenó a Andriusha, Petrushka o Vaska que llevaran a los cobertizos los tablones caídos y las barandillas, a fin de no estorbar el paso. Y allí permanecieron hasta la primavera.

Tan pronto como el viejo Oblómov veía esos restos desde la ventana, se preocupaba mentalmente del arreglo de la galería. Llamaba al carpintero y discutía con él si era mejor construir una nueva o bien derribar lo que quedaba de la vieja; después le mandaba retirarse, diciendo: «Vete, ya lo pensaré».

Y así continuó todo hasta que un día Vaska o Motka informaron al señor de que habiendo trepado a los restos de aquella galería habían visto que las partes laterales estaban totalmente despegadas de las paredes, amenazando con caerse de nuevo.

Entonces se llamó al carpintero para una reunión decisiva; se acordó reforzar con los viejos restos la parte salvada de la galería, lo cual se hizo a finales de aquel mismo mes.

—Fíjate —dijo el viejo Oblómov a su esposa—, la galería volverá a usarse. ¡Qué bien puso Fedot las vigas! Se parecen a las columnas de la casa del decano de la nobleza. ¡Ahora sí que está bien, durará mucho tiempo!

Alguien le recordó que no estaría de más que, de paso, se arreglase el portón y el porche, ya que entre sus escalones no sólo se colaban los gatos al sótano, sino incluso los cerdos.

—Sí, sí, habrá que hacerlo —respondió interesado el viejo Oblómov, y se encaminó de inmediato al porche a fin de inspeccionarlo—. En efecto, se tambalean todos los escalones —dijo, moviéndolos con el pie; los escalones oscilaron como una cuna.

—Ya se meneaban cuando los construyeron —observó alguien.

—¡Eso qué importa! —respondió el viejo Oblómov—. No se han hundido por ello y llevan sin reparación idieciséis años! ¡Buen trabajo el de Luká!... Él sí que era buen carpintero, pero murió. ¡Dios lo tenga en su gloria! Los de ahora no saben trabajar; están echados a perder.

Y miraba en otra dirección; los escalones, según parece, siguen oscilando hasta la fecha pero se mantienen.

Luká, en verdad, tuvo que ser un gran carpintero. Hemos de ser justos, sin embargo, con los dueños de la casa; cuando sucedía a veces una calamidad o desarreglo, solían preocuparse mucho, llegaban incluso a enfadarse y a perder la calma.

«¿Cómo puede dejarse eso así? —decían—. Hay que tomar medidas inmediatamente». Y se hablaba únicamente de cómo debía repararse la pasarela que cruzaba la zanja o bien de que era preciso arreglar la valla, en parte caída, del jardín para que los animales no echasen a perder los árboles.

En su preocupación, el viejo Oblómov, un día que se paseaba por el jardín, llegó incluso a levantar con su propia mano, entre carraspeos y ayes, la valla caída, ordenando al jardinero que colocase dos soportes lo antes posible; gracias a esa disposición la valla se mantuvo así durante todo el verano, pero la derribaron las nieves del invierno.

Llegaron hasta colocar tres tablones nuevos en la pasarela inmediatamente después de que Antip cayera dentro con el caballo y el barril. No había tenido aún tiempo de curar sus contusiones, cuando la pasarela quedó arreglada del todo.

Las vacas y las cabras no se aprovecharon gran cosa de la caída de la valla: se comieron tan sólo dos arbustos de casis y estaban a punto de terminar con el décimo tilo, sin haber llegado a los manzanos, cuando se recibió la orden de apuntalar la valla y rodearla, incluso, de una cuneta.

¡Buen castigo se llevaron dos vacas y una cabra sorprendidas en plena faena! Bien les molieron los lomos.

Sueña también Iliá Ilich con un oscuro salón en la casa de sus padres, con los viejos y antiguos sillones de madera de fresno, siempre cubiertos por las fundas y un enorme diván, incómodo y duro, tapizado con desteñido terciopelo azul lleno de manchas, y un gran sillón de cuero.

Llegaba la larga tarde invernal. La madre, sentada en el diván, encogidas las piernas, calceta perezosamente una media infantil, al tiempo que bosteza y se rasca de vez en cuando la cabeza con una aguja.

Nastasia Ivánovna y Pelagueia Ignátievna están sentadas a su lado, fija la mirada en su labor, cosiendo algo para Iliá, para su madre o para ellas con vistas a una próxima fiesta.

El padre, con las manos a la espalda, se pasea muy ufano arriba y abajo por la sala o bien se sienta en el sillón y después de permanecer sentado un rato vuelve a recorrer la estancia atento al ruido de sus pasos. Luego toma rapé, se suena y vuelve a tomarlo.

Una sola vela de sebo ilumina parcamente la estancia, lujo que se permitía en las largas tardes invernales y otoñales solamente. Durante los meses de verano, todos procuraban acostarse y levantarse sin velas, con la luz diurna.

En parte se hacía por costumbre y en parte por economía. Los dueños eran extremadamente avaros para todo cuanto se adquiría con dinero y no se producía en la casa.

Con gran desprendimiento mataban algún excelente pavo o una docena de pollos para agasajar a un huésped, pero no pondrían ni una pasa de más en la comida y cambiarían de color si al invitado se le ocurriera, por propia iniciativa, servirse una copa de vino.

Pero semejante depravación no solía ocurrir; podía hacerlo, quizá, un golfante, una persona perdida en opinión de los demás, pero a un hombre así no lo dejarían cruzar siquiera el umbral de la casa.

Sí, distintas eran las costumbres de Oblómovka; un huésped no tocaría nada antes de ser invitado tres veces, sabía muy bien que

una sola invitación es más bien un ruego de que renuncie al manjar o al vino ofrecido que lo contrario.

Tampoco encenderían dos velas para cualquiera: las velas se adquirían en la ciudad por dinero y se economizaban como todas las cosas que se compraban; la propia ama de la casa las guardaba bajo llave; lo mismo que los cabos de vela, que eran cuidadosamente contados.

En general, les desagradaba gastar dinero, y por muy necesaria que fuera una cosa pagaban por ella con grandísima pena y siempre que el coste fuera insignificante. Un gasto considerable era acompañado de gemidos, lamentos e insultos.

Los Oblómov, antes de gastar dinero, preferían sufrir toda suerte de incomodidades, llegando, incluso, a no considerarlas como tales.

Por este motivo, el diván de la sala estaba lleno de manchas hacía muchísimo tiempo, y el sillón de cuero del viejo Oblómov sólo llevaba tal nombre, ya que, en realidad, era de estopa o cuerda; del cuero le quedaba sólo un trocito en el respaldo, ya que el resto se había caído a pedazos hacía más de cinco años. Quizá por lo mismo seguía ladeado el portón y se movían los peldaños del porche. Pagar por algo de golpe doscientos, trescientos o quinientos rublos, aunque fuera imprescindible, les parecía casi un suicidio.

Al oír que uno de los jóvenes terratenientes de los alrededores había pagado en Moscú trescientos rublos por una docena de camisas y cuarenta por un chaleco, pues iba a casarse, el viejo Oblómov se persignó y dijo horrorizado, trabándosele la lengua: «A ese buen mozo habría que mandarlo a presidio».

En general, eran sordos para las verdades de la economía política que preconizan la necesidad de que el capital circule rápida y activamente, que se intensifique la productividad y el intercambio de productos; debido a la simplicidad de su espíritu, comprendían un solo empleo del capital, que ponían en práctica: mantenerlo guardado en un cofre.

Los habitantes de Oblómovka o los visitantes habituales se sentaban o dormitaban, en las más diversas posturas, en los sillones de la casa. La mayor parte de las veces reinaba entre ellos un profundo silencio; se veían casi todos los días y los tesoros intelectuales estaban recíprocamente agotados, conocidos, y pocas eran las novedades que les llegaban desde el exterior.

Rompían tan sólo el profundo silencio los pesados pasos del viejo Oblómov calzado con botas de confección casera, el sordo golpear del péndulo de un reloj de pared dentro de su caja o el ruido que hacían Pelagueia Ignátievna o Nastasia Ivánovna al romper de vez en cuando el hilo con la mano o los dientes.

A veces pasaba así media hora; alguien bostezaba en voz alta y se persignaba la boca diciendo: «¡Loado sea Dios!». Siguiéndolo bosteza el vecino, luego el siguiente abre la boca despacio como obedeciendo una orden y así sucesivamente; el juego del aire en los pulmones contagia a todos, y a alguno, incluso, se le llenan los ojos de lágrimas.

En ocasiones, el viejo Oblómov se acerca a la ventana, mira por ella y dice con cierta sorpresa: «No son más que las cinco de la tarde y ¡hay qué ver lo oscuro que está todo!».

—Sí, en esta época del año siempre oscurece pronto —suele responderle alguien—; las tardes se hacen largas ahora.

Cuando llegue la primavera se asombrarán y se pondrán contentos de que los días sean largos; pero si se les pregunta para qué los necesitan, no sabrían decirlo.

Vuelven a quedar silenciosos. Y si uno cualquiera, al espabilar la vela, la apaga de pronto, todos se sobresaltan: «Vendrá un visitante inesperado», dirá alguien sin falta.

Y eso, a veces, anuda la conversación.

—¿Quién podrá ser? —dice el ama de la casa—. ¿No será, tal vez, Nastasia Fadéievna? ¡Dios lo quiera! Pero no, ella vendrá para las Navidades. ¡Qué alegría si fuera ella! ¡Qué de abrazos, qué de lloros! Iríamos juntas a misa y a vísperas... Claro que yo ni

compararme puedo con ella; a pesar de ser más joven, no aguanto tanto...

—¿Cuándo se fue la otra vez? —preguntó el viejo Oblómov—
Creo que se marchó después de San Iliá.

—¡Qué dices, Iliá Ivánovich! ¡Siempre lo confundes todo! Se marchó antes de la Santísima Trinidad —precisó la esposa.

—Creo recordar que el día de San Pedro aún estaba aquí —respondió el marido.

—¡Tú siempre igual! —le reprochó la esposa— Te gusta discutir y ponerte en evidencia...

—Pues claro que estaba aquí el día de San Pedro. Recuerdo que se hacían por aquel entonces empanadas de setas que tanto le gustaban...

—¡Pero si eran para María Onísimovna! A ella es a quien le gustaban las empanadas de setas. ¿Cómo no lo recuerdas? Y María Onísimovna estuvo con nosotros hasta el día de San Prójor y Nikanor y no hasta el día de San Iliá.

Llevaban la cuenta de los días por las fiestas, las estaciones del año, por diversos sucesos familiares y caseros, sin referirse nunca a los meses ni a las fechas. Se debía, tal vez, a que, exceptuando al viejo Oblómov, los demás confundían el nombre de los meses y el orden de los números.

El viejo Oblómov calla derrotado y todos vuelven a sumirse en la somnolencia. El pequeño Iliá, reclinado en la espalda de su madre, también dormita y, a veces, se duerme del todo.

—Pues sí —suele decir uno de los invitados suspirando profundamente—, el marido de María Onísimovna, el difunto Vasili Fómich, Dios lo tenga en su gloria, había que ver lo sano que estaba, pero murió. No llegó ni a los sesenta y parecía tener vida hasta los cien.

—Todos moriremos cuando Dios quiera —responde Pelagueia Ignátievna con un suspiro—. Algunos mueren, pero en casa de los

Jlópov no dan abasto de cristianar; dicen que Ana Andréievna parió de nuevo y ya es el sexto.

—¡Y no será la única! —dijo el ama de casa—. En cuanto casen a su hermano y empiecen a venir los hijos, aumentará el trajín. Cuando los pequeños crezcan, también querrán casarse; luego habrá que casar a las hijas, pero, digo yo, ¿dónde encontrarán novios por aquí? Hoy día todos quieren la dote y en dinero...

—¿De qué estáis hablando? —pregunta el viejo Oblómov acercándose a las mujeres.

—Estábamos diciendo... Y le repiten lo hablado.

—¡Hay que ver cómo es la vida! —exclama, didáctico, Iliá Ivánovich—. Unos mueren, otros nacen, el tercero se casa y nosotros vamos envejeciendo, no digo que año tras año, sino de día en día. ¿Por qué será así? ¡Qué bueno sería que el día de hoy fuese como el de ayer, el de ayer como el de mañana...! ¡Es triste cuando se piensa...!

—El viejo envejece y el joven crece —intervino alguien con voz somnolienta desde un rincón.

—Hay que rezar más a Dios y no pensar en nada —observó la dueña de la casa con voz severa.

—Cierto, cierto —se apresuró a responder Iliá Ivánovich temeroso, y renunciando a sus filosofías, reanudó sus paseos por la habitación.

El silencio se prolonga durante mucho tiempo; sólo crujen los hilos en el ir y venir de la aguja por la tela. El silencio es roto algunas veces por la dueña de la casa.

—Ya es de noche en el patio. Si Dios quiere, en Navidades vendrán a estar con nosotros los familiares, nos divertiremos y las tardes se nos pasarán volando. Si viniera Melania Petrovna, sí que nos divertiríamos con lo traviesa que es. ¡Qué de cosas se le ocurren! Funde plomo para averiguar el porvenir y también la cera, y sale fuera del patio, vuelve locas a todas mis chicas... ¡De verdad que es incansable! ¡La de juegos que organiza!

—Sí, es una mujer de mundo —observó de pronto uno de los interlocutores—. Hace tres años se le ocurrió deslizarse montaña abajo en trineo y fue entonces cuando Luká Sávich se partió una ceja...

Todos parecieron despertar, miraron a Luká Sávich y estallaron en carcajadas.

—¿Cómo fue eso, Luká Sávich? A ver, cuéntelo —dijo Iliá Ivánovich, desternillándose de risa.

Todos siguieron riéndose; el pequeño también despierta y ríe a la par de los demás.

—¿Qué quieren que cuente? —dice, confuso, Luká Sávich—. Todo son inventos de Alexéi Naúmovich, no pasó nada.

—¡Oh! —exclamaron a coro todos— ¿Cómo es que no pasó nada? ¿Acaso estamos muertos?... ¿Y la frente? Todavía se le ve la cicatriz...

Nuevas risas.

—¿De qué se ríen? —intenta decir Luká Sávich en medio de las carcajadas—. A mí nada... me habría... la culpa fue de Vaska, el muy bandido... me dio un trineo viejo... y se rompió... y yo...

Carcajadas unánimes cubren su voz. En vano intenta contar su historia hasta el final; las carcajadas se propagan entre los reunidos, llegan hasta la antesala y las dependencias de las criadas, se extienden por toda la casa. Todos recuerdan el divertido suceso y ríen mucho rato, como los dioses en el Olimpo. Tan pronto como se apaciguan, alguien retoma el hecho y siguen las risas.

Por fin logran tranquilizarse a duras penas.

—¿También en estas Navidades piensa montar en el trineo, Luká Sávich? —pregunta Iliá Ivánovich después de un rato de silencio.

Un nuevo estallido de risas sigue a esas palabras y se prolonga unos diez minutos.

—¿Qué opina si le mando a Antip que haga una montaña en Cuaresma? —dice de pronto Iliá Ivánovich—. Le diré: Luká Sávich es muy aficionado, no puede resistir la tentación...

Unánimes carcajadas no lo dejan concluir.

—¿Podría servir todavía... aquel trineo? —pregunta uno de los contertulios, casi sin poder hablar por la risa.

Nuevas carcajadas que se prolongan hasta que, por fin, todos se tranquilizan; algunos se limpian las lágrimas, otros se suenan, uno tose estrepitosamente y escupe, diciendo con esfuerzo:

—¡Ah, Dios mío! Me ahogan del todo las flemas... ¡Qué risa aquel día! Cuando cayó boca arriba y los faldones del caftán cada uno por su lado...

Siguió a estas palabras un nuevo estallido de risas, el último y el más prolongado; luego, todos enmudecieron. Uno suspiró, otro bostezó ruidosamente, mascullando algo, y volvieron a quedar silenciosos. Igual que antes, se oía tan sólo el oscilar del péndulo, el ruido de las botas del viejo Oblómov y el ligero chasquido del hilo al partirse.

De pronto, Iliá Ivánovich se detuvo en medio de la habitación con aire inquieto, sujetándose la punta de la nariz.

—Ocurrirá alguna desgracia —dijo—. Alguien morirá, me pica la punta de la nariz...

—¡Ah, Dios mío! —exclamó su mujer, juntando las manos—. Si te pica la punta de la nariz no significa que alguien vaya a morir. Eso es cuando te pica el entrecejo. ¡Qué desmemoriado eres, Iliá Ivánovich! Puedes decir una cosa así delante de la gente o de las visitas y será una vergüenza.

—¿Qué significa entonces si es la punta de la nariz la que te pica? —preguntó Iliá Ivánovich, confuso.

—Que mirarás el fondo de la copa. ¡Cómo se te ocurre hablar de muerte!

—Siempre me confundo —dijo Iliá Ivánovich—. ¡Cualquiera se acuerda! Tan pronto te pica la nariz en un lado, como en la punta o bien son las cejas...

—Si es en un lado —intervino Pelaguéia Ivánovna— significa que recibirá alguna nueva; si le pican las cejas, son lágrimas; la frente,

que tendrá que saludar a alguien, a un hombre si es del lado derecho y a una mujer si es del lado izquierdo; si son las orejas quiere decir que lloverá; los labios, que besará; el bigote, que recibirá un presente; el codo, que dormirá en otro lugar; los talones, que hará un viaje...

—¡Cuánto sabe usted, Pelaguéia Ivánovna! —dijo Iliá Ivánovich—. Y si te pica la nuca, bajará el precio de la mantequilla...

Las damas se echaron a reír y cuchichearon entre sí, algunos hombres también sonreían; estaba a punto de provocarse un nuevo estallido de risa, pero en aquel momento se oyó al mismo tiempo algo parecido a gruñidos de perro y el bufido de un gato cuando están a punto de enzarzarse. Era el reloj, disponiéndose a dar la hora.

—¡Eh, pero si ya son las nueve! —dijo Iliá Ivánovich gratamente sorprendido—. ¡Fíjense, ni cuenta nos dimos de cómo pasó el tiempo! ¡Vaska, Vanka, Motka!

Aparecieron tres fisonomías somnolientas.

—¿Por qué no ponéis la mesa? —preguntó Iliá Ivánovich con sorpresa y fastidio—. ¡No se os ocurre pensar en los señores! ¿Qué hacéis ahí parados? ¡Vodka, rápido!

—He aquí por qué le picaba la punta de la nariz —dijo vivamente Pelaguéia Ivánovna—. Cuando beba, mirará dentro de la copa.

Después de la cena se besan y persignan mutuamente; todos se retiran a sus habitaciones y el sueño reina sobre sus despreocupadas cabezas.

Iliá Ilich ve en sus sueños no una ni dos veladas como ésta, sino semanas enteras, meses y años de reuniones semejantes, de días y tardes así transcurridos.

Nada quebrantaba la monotonía de esa vida y los habitantes de la casa no se sentían abrumados por ella, pues no imaginaban que se pudiera vivir de otro modo; incluso si pudieran imaginárselo, renunciarían a esa vida con verdadero espanto. No hubieran querido vivir de otro modo, ni les gustaría. Sentirían auténtica pena si por

cualquier circunstancia tuviesen que introducir algún cambio en su existencia, cualquiera que fuese. Se morirían de tristeza si el mañana no se pareciese al hoy y el pasado mañana al mañana.

¡Qué falta les hacían las variaciones, los cambios, las casualidades que tanto ansian otros! ¡Que sea para otros ese cáliz! ¡Ellos, los de Oblómovka, nada tienen que ver con eso! ¡Que los demás vivan como quieran!

Los cambios exigen cuidados, ocasionan preocupaciones, inquietudes, no lo dejan a uno tranquilo, le obligan bien a vender, bien a escribir, a moverse en una palabra. ¡No era cosa de broma!

Durante decenas de años estuvieron dormitando, resoplando y bostezando o bien desternillándose de bonachona risa por las sencillas bromas que se gastaban entre sí y relatándose lo que cada uno había visto en sueños.

Si el sueño era terrorífico, todos quedaban pensativos y sentían verdadero miedo; si profético, todos se alegraban o entristecían sinceramente, dependiendo de si lo visto era placentero o penoso. Si el sueño exigía que se tuviese en cuenta algún agüero, se tomaban en el acto medidas eficaces.

Jugaban a las cartas, al tute, o bien a otros juegos similares; cuando tenían invitados hacían solitarios o se echaban las cartas, prediciendo futuras bodas.

A veces llegaba alguna Natalia Fadéievna a visitarlos y a estar con ellos una o dos semanas. Primero, las mujeres se dedicaban a pasar revista a todo el entorno, comentando cómo vivía cada uno, lo que hacía. No sólo se adentraban en su vida familiar, sino también en la oculta, en sus más secretos designios y propósitos, ahondaban en sus almas, condenando a los indignos, sobre todo a los maridos infieles; luego se contaban diversos sucesos, onomásticas, bautizos, nacimientos, los manjares que se habían servido, a qué personas se había invitado y a quiénes no.

Cansadas de ese tema, se mostraban la una a la otra su ropa nueva: vestidos, abrigos, incluso sayas y medias. El ama de la casa

alardeaba de sus telas de hilo y encajes de fabricación casera. Mas como también ese tema se agotaba, pasaban a los cafés, tés y confituras. Y después el silencio.

Permanecían sentadas mucho tiempo, mirándose sin hablar y exhalando, en ocasiones, tristes suspiros. A veces, alguna se echaba a llorar.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntaba alarmada una de ellas.

—Tengo pena, amiga mía —respondía la invitada, lanzando un profundo suspiro—. ¡Somos muy malvados! Hemos disgustado al Señor y algo malo nos ocurrirá.

—¡Ay, no me asustes, no me alarmes, querida! —la interrumpe el ama de la casa.

—Sí, sí —continúa la otra—. Han llegado los últimos días: lucharán entre sí pueblos y naciones... y será el fin del mundo! —dice al fin Natalia Fadéievna, y ambas lloran amargamente.

Natalia Fadéievna no tenía ningún fundamento para llegar a semejante conclusión: aquel año ni siquiera hubo cometas, pero las viejas tienen a veces oscuros presentimientos.

Esa forma de pasar el tiempo se veía interrumpida en ocasiones por algún imprevisto, como, por ejemplo, cuando todos se atufan, desde el más pequeño al más grande.

De otras enfermedades casi no se oye hablar ni en la casa ni en la aldea; a excepción de algún accidente, cuando, alguien, en la oscuridad, tropieza y se clava una estaca o se cae del henil, o se desprende algún tablón del tejado y le da en la cabeza. Eso, sin embargo, sucedía raras veces y contra semejantes accidentes se empleaban remedios caseros ya comprobados: el lugar de la contusión se frotaba con diversos ungüentos, se le daba de beber agua bendita, se hacía algún conjuro y todo pasaba.

El atufamiento era algo bastante frecuente. Entonces todos se tumbaban entre aves y gemidos; uno se rodeaba la cabeza de pepinos atados con una toalla; otro se llenaba los oídos de bayas rojas y olía a rábano rusticano; el tercero, en mangas de camisa por

única vestimenta, salía al aire libre; el cuarto, en estado inconsciente, yacía simplemente en el suelo. Esto sucedía periódicamente una o dos veces al mes, porque no les gustaba que el calor se escapara de balde por la chimenea y cerraban el tiro cuando había aún suficiente fuego. No se podía poner la mano en ninguna tarima ni en ninguna estufa porque la quemadura era inminente.

Esa vida tan monótona se vio alterada una vez por un hecho realmente insólito.

Un día, cuando descansaban de un almuerzo laborioso y esperaban todos juntos la hora del té, se presentó de regreso de la ciudad un *mujik* de Oblómovka que empezó por extraer del pecho, sin conseguirlo al principio, una carta a nombre de Ilía Ivánovich Oblómov.

La estupefacción fue general, el rostro del ama de casa se demudó; los ojos y la nariz de todos parecieron alargarse en dirección a la carta.

—¡Qué cosa tan rara! ¿De quién será? —dijo al fin la señora recobrándose.

Oblómov tomó la carta y, perplejo, empezó a darle vueltas en la mano sin saber qué hacer.

—¿De dónde la sacaste? —le preguntó al *mujik*—. ¿Quién te la dio?

—Pues en el patio donde paré en la ciudad, allí fue —respondió el *mujik*—. Vinieron dos veces de correos para preguntar si había algún *mujik* de Oblómovka, pues decían que había una carta para el señor.

—¿Y qué?

—Pues yo, a lo primero, disimulé y el soldado se fue con la carta, pero me vio el sacristán de Verjliovo y lo dijo. Volvió de nuevo y cuando vino por segunda vez me insultó, me dio la carta y me cobró cinco copecs. Yo le pregunté lo que debía hacer con la carta y dónde debía meterla; me ordenó que la entregara a su excelencia.

—No debías haberla cogido —le reprochó la señora severamente.

—Yo no la cogí. Para qué necesito la carta, no me hace falta. Le dije que nadie me había mandado recoger una carta y que no me atrevía. «Váyase con su carta», le dije. Pero el soldado se puso a insultarme cada vez más, quería quejarse a sus jefes y entonces se la cogí.

—¡Imbécil! —exclamó la señora.

—¿De quién será? —dijo Oblómov pensativo, examinando la dirección—. La letra me resulta conocida.

La carta comenzó a circular de mano en mano. Todos hacían conjeturas y suposiciones: de quién podía ser y de qué podía tratar. Al final, nadie sabía ya qué decir.

Iliá Ivánovich dio la orden de que le buscaran las gafas y estuvieron buscándolas hora y media. Una vez puestas las gafas se dispuso a leer la carta.

—Espera, Iliá Ivánovich, no la abras —le dijo la esposa con temor—. ¡Quién sabe lo que hay allí dentro! A lo mejor es algo terrible, alguna calamidad. ¡La gente se ha vuelto ahora muy mala! Tienes tiempo de leerla mañana o pasado mañana, no se irá a ninguna parte.

Y la carta, juntamente con las gafas, se guardó bajo candado. Y habría permanecido allí durante años si no fuera por lo insólito del hecho y la conmoción que produjo en los habitantes de la casa. Al día siguiente, a la hora del té, todos no hacían más que hablar de la carta.

Por fin no resistieron más y al cuarto día, estando todos reunidos, la abrieron. Oblómov miró la firma.

—Rádishev —leyó—. ¡Ah, si es de Fílip Matveievich!

—¡Ah, de Fílip Matveievich! —sonaron voces desde todas partes—. Pero cómo, ¿es que sigue vivo? Fíjate, no ha muerto todavía. ¡Loado sea Dios! ¿Qué escribe?

Oblómov leyó la misiva en voz alta. El caso era que Fílip Matveievich pedía que le enviaran la receta de hacer cerveza, que en

Oblómovka salía muy bien.

—¡Hay que enviársela! ¡Enviársela sin falta! —decían todos—. Y escribirle una cartita.

De ese modo transcurrieron unas dos semanas.

—¡Hay que escribirle! —decía Iliá Ivánovich a su mujer—. ¿Dónde tienes la receta?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le respondió la esposa—. Habrá que buscarla. Pero ¿a qué vienen tantas prisas? Si Dios quiere le escribirás en cuanto llegue la fiesta, hay tiempo...

—Tienes razón, mejor le escribiré entonces —dijo Iliá Ivánovich.

Cuando llegó la fiesta, volvieron a mencionar la carta; Iliá Ivánovich se dispuso a escribirla. Marchó a su despacho, se caló las gafas y tomó asiento ante la mesa.

En la casa reinaba un profundo silencio; se dio orden a la servidumbre de que no pisasen con fuerza ni alborotaran: «El señor escribe», decían todos con la misma voz tímida y respetuosa que se emplea en la casa donde hay un difunto.

Iliá Ivánovich trazó tan sólo «Muy señor mío» con mano temblorosa y lenta, un tanto torcidas las letras, y con tantas precauciones como si estuviera haciendo algo peligroso, cuando se presentó su esposa.

—Busqué la receta por todas partes y no la encontré —dijo—. Aún me queda por mirar en el armario de la alcoba. ¿Cómo enviaremos la carta?

—Habrá que hacerlo por correo —respondió Iliá Ivánovich.

—¿Y qué costará?

Oblómov sacó un almanaque viejo.

—Cuarenta copecs —dijo.

—¡Mira que tirar cuarenta copecs por una bagatela! —observó la esposa—. Más vale que esperemos una ocasión propicia. Ordena a los *mujiks* que averigüen quién va allí desde la ciudad.

—En efecto, más vale que esperemos una ocasión —respondió Iliá Ivánovich sacudiendo la pluma sobre la mesa, luego la metió en

el tintero y se quitó las gafas—. Sí, es mejor —concluyó—, ya tendremos tiempo de mandarla, que espere.

No se sabe si la receta llegó alguna vez a manos de Fílip Matveievich.

A veces, Ilía Ivánovich cogía un libro; le daba igual uno que otro. No sospechaba siquiera que podía existir una verdadera necesidad de leer; lo consideraba como un lujo, como algo de lo cual podía prescindirse fácilmente, lo mismo que se podía o no tener un cuadro en la pared, se podía o no salir de paseo; por ello le daba igual leer un libro que otro, pues para él era un objeto destinado a distraerle cuando estaba aburrido o no tenía nada que hacer.

«Hace tiempo que no leo un libro», solía decir, o bien modificaba la frase diciendo: «Voy a leer», cuando veía por casualidad, de paso, un pequeño montón de libros que le había dejado su hermano. En ese caso tomaba uno al azar. Le era indiferente si se trataba de un libro de poemas, de la interpretación de los sueños, de las tragedias de Sumarókov o de noticiarios con tres años de antigüedad: lo leía todo y con idéntico placer, haciendo, a veces, diversos comentarios.

—¡Vaya con el bribón! ¡Lo que se le ocurre! ¡Así te pudras!

Esas exclamaciones se referían a los autores, categoría de gente que, a su juicio, no merecía ningún respeto. Mantenía, incluso, una actitud algo despectiva frente a los escritores, propia de los hombres de otros tiempos. Al igual que muchos de aquel entonces, consideraba que el escritor era un juerguista, un borracho y algo así como un payaso.

En ocasiones leía en voz alta lo publicado por la prensa tres años atrás o informaba a todos de las noticias.

—Escriben desde La Haya —decía— que su majestad el rey ha regresado a palacio sano y salvo de su reciente y corto viaje. —Y, al decirlo, miraba a sus oyentes por encima de las gafas.

O bien:

—En Viena un embajador hizo entrega de sus credenciales. Aquí dicen —continuaba leyendo— que las obras de *madame* Genlis^[9]

han sido traducidas al idioma ruso.

—Las traducen seguramente —observa un terrateniente modesto que también lo escucha— para sacarnos dinero a nosotros, los nobles.

Mientras tanto, el pobre niño va a estudiar al colegio de Shtolz. Tan pronto como despierta el lunes, se siente invadido por la angustia. Oye la voz brusca de Vaska gritando desde el porche:

—¡Antip, engancha al pío; hay que llevar al señorito a la casa del alemán!

Su corazón se estremece. Se despide tristemente de su madre. Ella sabe el motivo y empieza a dorarle la píldora, sufriendo en silencio por la separación que se prolonga toda la semana.

Aquella mañana no saben qué darle de comer: se cuecen bollos, pastelitos, mandan con él multitud de productos salados, confituras, galletas, pasteles y otros comestibles, pues suponen que el alemán no le da bastante de comer.

—Allí no se harta uno —decían los de casa—. Para almorzar te dan una sopa y carne asada con patatas, mantequilla para el té y la cena es de risa.

En sueños, Iliá Ilich ve más bien aquellos lunes cuando no oía la voz de Vaska ordenando ensillar el caballo pío, sino cuando lo recibía su madre con una sonrisa a la hora del desayuno y con la grata nueva:

—Hoy no te vas; el jueves es una gran fiesta y no vale la pena ir y volver por tres días.

O bien cuando le decía:

—Hoy es la conmemoración de los difuntos, no es cosa de que vayas al colegio, haremos judías.

O cuando su madre, mirándolo fijamente el lunes por la mañana, decía de pronto:

—Te veo los ojitos algo turbios hoy. ¿Te encuentras bien? —le preguntaba inquieta.

El astuto chiquillo estaba perfectamente bien, pero callaba.

—Esta semana te quedarás en casa —dice la madre—, y que sea lo que Dios quiera.

En la casa todos están convencidos de que el estudio y la conmemoración de los difuntos no pueden coincidir en modo alguno, y que una fiesta que caiga en jueves constituye un obstáculo insalvable para ir al colegio durante toda la semana.

Solamente algún criado o muchacha, cuando se les reñía por culpa del señorito, solían rezongar:

—¡Pamplinero!, ¿cuándo acabarás por irte a la casa del alemán?

En ocasiones era el propio Antip quien, con el caballo pío, iba a la casa del alemán en busca de Iliá Ilich en medio de la semana o al principio de la misma.

—Ha llegado María Sávishna o Natalia Fadéievna para pasar unos días, o los Kuzákov con sus hijos —decía—, de forma que haga el favor de regresar a casa.

Y el niño pasaba tres semanas en casa, y luego, como estaba próxima la Semana Santa o había otras fiestas, o bien alguien de la familia decidía que durante la semana de Santo Tomás no había que estudiar, empalmaba semana tras semana. Luego, teniendo en cuenta que para el verano sólo faltaban dos semanas, resolvían que no valía la pena ir, tanto más que el propio alemán descansaba durante el verano y convenía, por lo tanto, dejarlo para el otoño.

De ese modo, Iliá Ilich se pasaba medio año sin hacer nada, pero ¡cuánto crecía durante ese tiempo! ¡Cuánto engordaba! ¡Qué bien dormía! Los de casa no se cansaban de admirarlo, al tiempo que insistían que los sábados, cuando el niño regresaba de la casa del alemán, venía siempre delgado y pálido.

—Más vale prevenir el mal —decían los padres—. Tiempo le queda para estudiar; la salud no se compra y es lo que más vale en la vida. Cuando vuelve del colegio es como si viniera de un hospital: macilento, sin nada de grasa, flaco... ¡y tan travieso! Sólo quiere correr.

—Sí —concluía el padre—, los estudios agotan, acaban con cualquiera.

Y los tiernos padres seguían buscando pretextos para retener al hijo en casa. Y los pretextos, además de las fiestas, no escaseaban.

En invierno hacía frío; en verano tampoco convenía ir en pleno calor; a veces llovía; en otoño el fango dificultaba el viaje. Antip, de pronto, se les antojaba sospechoso: no parecía que estuviera borracho, pero tenía una mirada muy hosca. Podía pasar cualquier cosa, se atascaría en el camino, o volcaría en alguna parte.

Los padres de Oblómov trataban, sin embargo, de justificar al máximo esos pretextos, ante sí mismos y ante Shtolz, que los criticaba, tanto delante de ellos como detrás, por semejante blandenguería.

Los tiempos de cuando la instrucción se consideraba un mal habían pasado ya hacía mucho. El refrán de que «el saber es la luz; la ignorancia, las tinieblas» había tomado ya carta de naturaleza en pueblos y aldeas, juntamente con los libros que eran llevados por los libreros.

Los viejos comprendían las ventajas de la instrucción, pero tan sólo sus beneficios externos. Se daban cuenta de que la gente prosperaba, es decir, conseguía importantes puestos de trabajo, condecoraciones y dinero en función de sus conocimientos; que los viejos leguleyos, arraigados en el servicio, aferrados a los viejos hábitos y mañas, lo pasaban mal.

Siniestros rumores sobre la necesidad de saber no sólo leer y escribir, sino de otras ciencias nunca oídas en aquel medio, empezaban a propagarse entre ellos. Entre el consejero titulado y el asesor colegiado se abría un abismo y para cruzarlo servía de puente no se sabe qué diploma.

Los viejos funcionarios, hijos de las costumbres y pupilos del cohecho, empezaron a desaparecer. Muchos, que no habían tenido tiempo de morir, fueron echados por sospechosos, otros llevados a los tribunales; los más afortunados fueron aquellos que, renunciando

al nuevo reglamento, se retiraron sanos y salvos a los rincones adquiridos con su trabajo.

Los padres de Oblómov comprendían y se percataban de las ventajas de la instrucción, pero sólo en su aspecto visible. Tenían un concepto confuso y abstracto sobre la necesidad íntima del estudio y querían por ello que su hijo se beneficiase por ahora de algunas ventajas palpables.

Anhelaban verlo con uniforme bordado, se lo imaginaban de consejero de la corte y la madre hasta de gobernador; les gustaría conseguir todo ello del modo más fácil, valiéndose de diversas argucias, esquivando secretamente las trabas y obstáculos dispersos por el camino del saber, esforzándose en saltar por encima, es decir, estudiar un poco sin agotar el espíritu ni el cuerpo, sin perder la bendita gordura adquirida en la niñez, tan sólo para mantener las formas prescritas y conseguir algún certificado donde constase que Iliá Ilich había cursado todas las ciencias y artes.

Ese sistema de educación oblomovista tropezó con la fuerte oposición de Shtolz. La lucha fue tenaz por ambas partes. De forma abierta, franca y obstinada, Shtolz atacaba a sus adversarios y ellos eludían sus golpes con todo lo dicho anteriormente y con otras sutilezas.

La victoria no se decidía por ninguna de las dos partes; tal vez la tenacidad germánica hubiera podido con la terquedad y rutina de los oblomovistas, pero el alemán tuvo dificultades incluso en el propio frente y la victoria no se pudo adjudicar a ninguno de los dos bandos. El caso era que el hijo de Shtolz mimaba a Oblómov, bien apuntándole las lecciones, bien haciendo por él las traducciones.

En su sueño, Iliá Ilich ve con claridad la vida que llevaba en su casa y en el colegio de Shtolz.

En su casa, tan pronto como despertaba, tenía junto a su lecho a Zajarka^[10] convertido más tarde en su famoso mayordomo Zajar Trofímovich.

Zajarka, como antaño la niñera, le pone las medias, los zapatos, y él, que ya tiene catorce años, lo único que hace es ofrecerle una pierna y la otra; y si algo no le parece bien, atiza una patada en los morros de Zajarka.

Si a Zajarka se le ocurre quejarse, los adultos también le propinan una buena tunda. A continuación, Zajarka lo peina, le pone la chaqueta, metiéndole los brazos con sumo cuidado para no molestarle mucho y le recuerda que debe hacer esto y aquello, es decir, que al levantarse por la mañana debe lavarse, etc.

Cuando Iliá Ilich quiere algo, le basta con parpadear tan sólo para que tres o cuatro criados se lancen a cumplir su deseo: levantar algo que se le ha caído, buscar alguna cosa o traérsela. A veces, como cualquier muchacho travieso, siente deseos de hacerlo todo él mismo, pero entonces su madre, su padre y las tres tías gritan a cinco voces:

—¿Por qué? ¿Adónde? ¿Para qué tienes a Vaska, a Vanka y a Zajarka? ¡Eh, Vaska, Vanka, Zajarka! ¿Qué miráis, papanatas? Os voy a...

No consigue Iliá Ilich hacer nada por sí solo. Más tarde consideró que era mucho más cómodo así y aprendió a gritar: «¡Vaska! ¡Vanka! ¡Dame esto, dame lo otro! ¡Esto no lo quiero, quiero lo otro! ¡Corre, tráelo!».

En ocasiones, la tierna solicitud de sus padres le cansaba. Cuando corría por el patio o escaleras abajo, resonaban tras él diez voces horrorizadas: «¡Ah, oh! ¡Detenedlo, sujetadlo! ¡Se caerá, se hará daño! ¡Espera... espera!».

Si en invierno se le ocurría salir al zaguán o abrir un postigo, se oían también gritos: «¿Qué haces? ¡No debes hacerlo! ¡No corras, no andes, no abras, te matarás, cogerás frío!...». Iliá, entristecido, se quedaba en la casa, cuidado como una flor exótica en un invernadero, e igual que ésta, bajo el cristal, crecía lenta y abúlicamente. Las fuerzas que buscaban salir se volvían para adentro y se mustiaban.

A veces se despertaba jubiloso, lleno de brío y energía. Sentía que la vida bullía en él como si en su interior se albergase algún diablillo que lo incitara a subirse al tejado, o a montar a caballo y correr al prado donde estaban segando la hierba, o a sentarse a horcajadas sobre la valla o hacer rabiarse a los perros de la aldea; sentía también deseos de correr por la aldea, por el campo, subir a las colinas, ir al seto, llegar en tres saltos al fondo del barranco o jugar con los niños a tirarse bolas de nieve y poner a prueba sus fuerzas.

El diablillo lo incita cada vez con mayor fuerza, él se resiste, pero finalmente no aguanta más: salta de pronto al patio en pleno invierno con la cabeza al descubierto, cruza el portón, coge con ambas manos un puñado de nieve y corre en dirección al grupo de chiquillos.

El viento corta su rostro, el frío le cosquillea tras las orejas, el gélido aire llena su garganta y su boca, pero la alegría inunda su pecho: corre veloz —¿de dónde habrá sacado tanta fuerza?— entre risas y chillidos.

Llega al grupo de chiquillos y les tira la bola de nieve sin acertar; le falta práctica, y cuando intenta formar otra, toda una mole de nieve le llena el rostro y lo hace caer; aunque siente dolor por la falta de costumbre, ríe divertido pese a las lágrimas que se deslizan por sus mejillas...

En la casa, mientras tanto, se arma un alboroto indescriptible. ¡Iliusha^[11] no está! Zajarka corre al patio seguido por Vaska, Mitka, Vanka y, perplejos, lo recorren todo.

Pisándoles los talones, corren dos perros que, como se sabe, no pueden ver con indiferencia que corra alguien.

Entre gritos y clamores se precipitan los criados a la aldea y detrás los perros ladrando.

Por fin dan con los chiquillos y se hace justicia: a unos los apartan por los pelos, a otros por las orejas, a los terceros los llenan

de pescozones, al tiempo que profieren amenazas también contra sus padres.

Luego se apoderan del señorito, lo abrigan con una pelliza, le ponen un abrigo de su padre y dos mantas y lo llevan en brazos a casa.

En la casa habían perdido ya la esperanza de volverlo a ver, creyéndolo perdido, pero al verlo vivo y sin daño, la alegría de los padres es indescriptible. Elevan gracias al Señor, después le hacen beber una infusión de menta, luego otra de saúco, por la noche otra de frambuesa y lo mantienen en cama durante tres días, cuando lo único que le hubiera venido bien sería jugar con las bolas de nieve...

CAPÍTULO X

TAN pronto como los ronquidos de Iliá Ilich llegaron a sus oídos, Zajar saltó cautelosamente, sin hacer ruido, de su tarima, salió de puntillas del zaguán, echó el candado a la puerta, dejando encerrado al amo, y se dirigió al patio.

—Hola, Zajar Trofímovich, bien venido, hace tiempo que no le veíamos. —Con estas palabras lo recibieron diversas voces de cocheros, lacayos, criadas y chiquillos reunidos junto al portón.

—¿Qué tal el suyo? ¿Es que salió de casa? —preguntó el portero.

—Está roncando —respondió sombríamente Zajar.

—¿Cómo es eso? —preguntó un cochero—. Parece temprano... ¿acaso se encuentra enfermo?

—¡Qué va a estar enfermo! Borracho como una cuba —dijo Zajar con una voz como si él mismo estuviera convencido de ello—. ¿Me creerán si les digo que él solito se bebió una botella y media de vino de Madeira y dos cuartillos de *kvas*? Ahora se ha echado.

—¡Vaya! —exclamó el cochero con envidia.

—¿Ya santo de qué esa juerga hoy? —preguntó una de las mujeres.

—No se trata sólo de hoy, Tatiana Ivánovna —respondió Zajar mirándola de reojo como tenía por costumbre—. Últimamente está imposible, irabia me da decirlo!

—Igual que la mía —observó la mujer con un suspiro.

—Dígame, Tatiana Ivánovna, ¿piensa ella salir hoy? —preguntó el cochero—. Necesito ir a un recado por aquí cerca.

—¡Adónde quiere que vaya! —respondió Tatiana—, Ahí está con su amor y no se cansan de admirarse el uno al otro.

—La visita con frecuencia —dijo el portero—. Harto me tiene el maldito por las noches: todos los que llegan se marchan y él es siempre el último y, además, te riñe por tener cerrada la puerta principal... ¡No tengo otro quehacer que montar guardia para que él salga!

—¡Y si vieran, hermanos, lo tonto que es! —dijo Tatiana—. ¡No hay otro igual! ¡La de cosas que le regala! Ella se engalana como una pava y anda dándose importancia, pero si alguien viera las sayas o las medias que lleva, se moriría de vergüenza... Llegan a pasar dos semanas sin que se lave el cuello, pero bien que se embadurna la cara... A veces una peca porque piensa: «Desgraciada; más valiera que te anudaras un pañuelo a la cabeza y fueras a hacer penitencia a un monasterio...».

Todos se echaron a reír, menos Zajar.

—¡Vaya con Tatiana Ivánovna, tira a dar! —decían voces aprobatorias.

—Es cierto —continuó la mujer—. ¡Cómo permitirán los señores que esté con ellos una así!

—¿Adónde va ahora? —le preguntó uno—. ¿Qué lleva en ese hatillo?

—Un vestido que manda esa presumida para la modista. ¡Dice que le está ancho! Pero cuando yo y Duniasha empezamos a apretarle el corsé a esa mole nos pasamos luego tres días sin poder hacer nada con los dedos. Todo se nos cae. Bueno, ya es hora de que me vaya. Adiós por ahora.

—Adiós, adiós —respondieron algunos.

—Adiós, Tatiana Ivánovna —dijo el cochero—. Venga por la tarde.

—Pues no sé, tal vez pueda, si no... adiós por ahora.

—¡Adiós, adiós! —dijeron todos.

—¡Adiós, Tatiana Ivánovna! —volvió a gritar el cochero cuando ya se alejaba.

—¡Adiós! —respondió con voz sonora desde lejos la mujer.

Tan pronto como ella se fue, Zajar empezó a hablar como si estuviese esperando su turno. Tomó asiento —balanceando las piernas— en un poste de hierro junto al portón, al tiempo que miraba con aire hosco y distraído a los que pasaban a pie y en coche.

—¿Cómo está el suyo, Zajar Trofímovich? —preguntó el portero.

—Pues como siempre, rabioso por nada —respondió Zajar—. Y todo por su culpa; no paso yo pocos disgustos por su señoría a causa de la mudanza. ¡Está furioso! No tiene ningunas ganas de irse...

—¡Qué culpa tengo yo! —dijo el portero—. Por mí que se quede cuanto quiera. ¿Es que soy el amo? A mí me dan órdenes... Si yo fuera el dueño, pero como no lo soy...

—¿Le regaña? —preguntó un cochero.

—Me regaña tanto que sólo Dios me da fuerzas para soportarlo.

—¡Eso no importa! Si sólo regaña es un buen señor —dijo uno de los lacayos, abriendo con lentitud una tabaquera redonda y crujiente. Todos los reunidos, a excepción de Zajar, tendieron sus manos en busca del rapé; luego se lo llevaron a la nariz, estornudaron y escupieron—. Más vale que regañe —continuó el lacayo—, cuanto más regañe mejor; al menos no te pega si te regaña. Yo estuve sirviendo en casa de una que me estaba tirando de los pelos antes de que yo supiera el motivo.

Zajar esperaba con aire despectivo a que acabara de hablar el lacayo, y dirigiéndose al cochero continuó:

—Nada le importa ponerte en vergüenza sin causa ni razón.

—Es difícil de contentar, ¿verdad? —preguntó el portero.

—¡Ya lo creo! —exclamó Zajar con su ronca voz, entornando significativamente los ojos—. ¡Difícilísimo! Si lo hago así, no le gusta; si asá, tampoco; para él yo no sé andar, le sirvo mal, lo rompo todo,

no limpio, robo y como demasiado... ¡Uf, así te...! Hoy se puso furioso conmigo, ¡vergüenza me daba oírlo! ¿Y por qué? Por un pedacito de queso que se quedó de la semana pasada y que yo ni a un perro me atrevería a tirárselo; a un hombre no se le ocurriría comerlo. Me preguntó por el pedacito ése, yo le dije que no había queso y se puso a chillarme: «A ti —me dijo—, más valdría ahorcarte, habría que hervirte en brea y despedazarte con tenazas ardientes; habría que empalarte», así me dijo. Y a punto estuvo de pegarme, a punto estuvo... ¿Y saben, hermanos? Hace poco se me cayó agua hirviendo sobre su pie, ni yo mismo sé cómo pudo ocurrir, pues ¡no vean cómo se puso! ¡Qué modo de chillar! Si no me hubiera apartado, me habría golpeado con el puño en el pecho... ésas eran sus intenciones. Seguro que lo habría hecho. El cochero movió la cabeza y el portero comentó:

—¡Bien se ve que es un señor con genio! No perdona nada.

—Pero si se limita a regañar —dijo el lacayo tranquilamente—, es un buen señor. Los que no regañan son peores: te miran, vuelven a mirarte y, de pronto, ¡zas!, te agarran por los pelos y tú no sabes aún el porqué.

—Y encima —continuó Zajar, sin hacer ningún caso de las palabras del lacayo—, el pie no se le ha curado todavía; no hace más que darse ungüentos. ¡Me alegro!

—Es un señor de mal genio —dijo el portero.

—¡Ya lo creo! —continuó Zajar—. ¡Que Dios nos libre, pero algún día matará a alguien! ¡Juro por Dios que acabará matando! Por cualquier bagatela me insulta, me llama calvo... y no quiero ni decir lo que sigue. Hoy se ha inventado un nuevo insulto: «Eres venenoso», me dice.

—¡Eso no es nada! —volvió a meter baza el mismo lacayo—. Si te insulta, gracias le debes dar al Señor, que Dios le conceda salud... Lo malo es un amo que se calla y tú pasas por delante y él te mira, te mira y, de pronto, te agarra como hacía el que tuve antes. Si te regaña e insulta, eso no es nada...

—Bien te lo mereces —observó Zajar, enfadado por las no solicitadas objeciones— Yo te daría todavía más...

—Y después de «calvo», Zajar Trofímovich —preguntó un mocito recadero de quince años, vestido de cosaco—, le decía «del demonio», ¿verdad?

Zajar volvió lentamente la cabeza en su dirección y fijó en el muchacho una mirada turbia.

—¡Ten cuidado conmigo! —dijo con voz amenazadora—. Eres muy joven, hermano, y te pasas de listo. A mí nada me importa que estés al servicio de un general para no tirarte del pelo. ¡Lárgate ya!

El muchacho se apartó unos pasos y se detuvo mirando a Zajar con una sonrisa.

—¿Qué haces ahí enseñándome los dientes? —gritó Zajar con voz ronca y furiosa—, si te pesco ya verás cómo en un santiamén te arreglo las orejas; ya te enseñaré yo a enseñar los dientes.

En aquel instante salió corriendo del portal un lacayo de gran estatura, desabotonada la librea, con cordones y botines. Se acercó al muchacho y le dio una bofetada, llamándolo tonto.

—¿Qué hace, Matvéi Moseich, por qué me pega? —preguntó el chico, sorprendido y confuso, sujetándose la mejilla con la mano y parpadeando convulsivamente.

—¿Te atreves aún a hablar? —respondió el lacayo—. ¡Te ando buscando por toda la casa y tú mira dónde estás!

Y cogiéndolo con una mano por el pelo le bajó la cabeza y le golpeó con su puño tres veces en el cuello con metódica uniformidad y lentitud.

—El señor te llamó cinco veces —añadió con aire didáctico— y a mí me riñen por culpa de un mocoso como tú. ¡Andando!

Y le señaló con gesto imperativo la escalera. El muchacho permaneció dubitativo unos instantes, parpadeó dos veces, miró al lacayo y, comprendiendo que de él no podía esperar más que la repetición de lo ya sucedido, sacudió la cabeza y entró rápidamente en el portal.

¡Qué triunfo para Zajar!

—¡Dale bien, Matvéi Moseich, dale bien! ¡Más, más! —repetía Zajar con malévola alegría— ¡Le pegaste poco! Pero ¡gracias! Se pasaba de listo... Aquí tienen «calvo del demonio». ¡Anda, búrlate ahora!

Los reunidos reían unánimemente, pues simpatizaban con el lacayo que había pegado al muchacho y con Zajar, que desbordaba maligna alegría. Nadie sentía compasión por el chico.

—Exactamente lo mismo hacía mi antiguo amo —empezó a decir el lacayo de antes, el que interrumpía a Zajar—; a veces uno se hacía planes para divertirse un poco, pero él parecía que lo adivinaba y te agarraba por el pelo igual que Matvéi Moseich a Andriushka. ¡Nada importa que te regañe e insulte! ¡Qué importancia tiene que te llame «calvo del demonio»!

—A ti, tal vez, el señor de Zajar sí que te habría cogido —intervino el cochero—; menudas lanas tienes en la cabeza. Pero ¿por dónde puede coger a Zajar Trofímovich? Tiene la cabeza como un melón... Quizá por esas dos barbas que luce en las mejillas, allí sí que tiene pelos...

Todos se echaron a reír, pero Zajar quedó como paralizado ante semejante salida del cochero, con quien hasta aquel entonces había mantenido amistosa charla.

—Pues como se lo diga a mi señor —comenzó a decir furiosamente con su ronca voz mirando al cochero—, también encontrará por dónde cogerlo. Planchará su barba llena de carámbanos.

—No se atreverá su amo a planchar barbas de cocheros ajenos. Más vale que consiga uno propio y entonces se la podrá planchar. Por ahora tendrá que aguantarse.

—¡No pretenderás que llevemos de cochero a un desgraciado como tú! —bramó Zajar—. Tú ni siquiera de caballo le sirves a mi señor.

—Menudo señor —respondió, sarcástico, el cochero—. ¿De dónde lo sacó?

Tanto él mismo, como el portero, el peluquero, el lacayo y el defensor del sistema de los insultos se echaron a reír.

—¡Reíd, reíd! —decía Zajar—. Que ya veréis como se lo diga a mi señor. Y tú —continuó, dirigiéndose al portero— tendrías que pararles los pies a estos bandidos y no reírte. ¿A qué te pusieron aquí? Para poner orden. ¿Y tú qué haces? Ya verás como se lo diga al señor, ya verás lo que te va a pasar.

—Bueno, Zajar Trofímovich, basta ya, cálmese —dijo el portero procurando apaciguarlo.

—¡Cómo se atreve a hablar así de mi señor! —repuso Zajar fuera de sí, señalando al cochero—. ¿Sabe él, acaso, quién es mi amo? —preguntó con una voz llena de veneración—. Tú —continuó, dirigiéndose al cochero— ni en sueños podrás imaginarte un señor como el mío: ¡bueno, inteligente, guapo! El tuyo, en cambio, es como un jamelgo hambriento. Vergüenza da mirarlo cuando sale del patio con esa yegua parda. ¡Parecéis mendigos! Seguro que no coméis más que nabos con *kvas*. Mira tu casaca, está llena de agujeros... —La casaca del cochero, dicho sea de paso, no tenía ningún agujero.

—Pues una como la tuya sí que no se encuentra —le interrumpió el cochero, y tiró con habilidad del trozo de camisa que asomaba por el sobaco de Zajar.

—Bueno, basta ya, basta —decía el portero, poniéndose en medio de los dos.

—¡Ah, conque me rompes la ropa! —gritó Zajar, sacando un trozo mayor de camisa por el descosido—. Espera a que se lo enseñe a mi señor. ¡Mirad, hermanos, lo que me ha hecho! Me ha roto el traje...

—No le hice nada —dijo el cochero, algo amedrentado—. Debí de ser su señor cuando le pegó...

—¡Pegar un señor como él! —exclamó Zajar—. Tiene un corazón de oro, es un ángel, no un señor, Dios le dé salud. Vivo con él como

en el mismísimo cielo: no sé lo que es una necesidad, jamás en su vida me llamó tonto. Vivo tranquilamente y nada me falta, como de su mesa, voy a donde quiero, ideo es! Y en la aldea tengo casa propia, un huerto para mí solo, el trigo me lo dan de la casa. Todos los *mujiks* me saludan, me hacen reverencias. Soy el encargado y el mayordomo, y tú con el tuyo...

De pura rabia le faltó la voz para acabar con su enemigo. Se detuvo un minuto para recobrar fuerzas e idear una palabra venenosa, pero nada se le ocurrió por la rabia acumulada.

—Ya verás lo que te pasará por haberme roto el traje. ¡Ya te enseñaré mi amo a romperlos! —acabó por decir al fin.

Al meterse con su señor, habían herido a Zajar en lo más hondo. Despertaron su amor propio y su vanidad; su fidelidad al amo se puso de manifiesto con toda su fuerza. Estaba dispuesto a verter el veneno de su hiel no sólo sobre el contrincante, sino también sobre su señor y los parientes del mismo, que ni siquiera sabía si existían, y también contra sus conocidos. Con sorprendente exactitud repitió todas las calumnias y maledicencias que sobre los señores había escuchado en sus anteriores charlas con el cochero.

—Tanto tu amo como tú sois unos malditos mendigos, unos judíos, algo peor que un alemán —decía—. El abuelo, yo lo sé bien, fue un vendedor callejero. Ayer, cuando salieron los invitados de tu casa, pensé si no serían unos bribones que se hubieran metido en ella: idaba pena verlos! También la madre comerciaba con objetos robados y trajes usados.

—Bueno, ya basta, basta —decía el portero, tratando de calmarlos.

—El mío, al menos —seguía diciendo Zajar—, pertenece, gracias a Dios, a una familia ilustre, de rancio abolengo; tiene amigos que son generales, príncipes y condes. Y no creas que sienta a su mesa a cualquier conde; algunos no pasan del pasillo... También los escritores lo visitan...

—¿Qué son esos escritores? —preguntó el portero, deseando desviar la conversación—. ¿Son funcionarios o qué?

—No, son señores que inventan ellos mismos lo que quieren —explicó Zajar.

—¿Y qué hacen en la casa? —preguntó el portero.

—Pues unos fuman, otros beben jerez... —respondió Zajar y se detuvo al darse cuenta de que todos sonreían burlescamente—. ¡Todos cuantos estáis aquí sois unos canallas! —dijo muy deprisa, mirando a todos de reojo—. ¡Ya te enseñarán cómo romper trajes ajenos! ¡Voy a decírselo a mi señor! —añadió y se dirigió velozmente a la casa.

—¡Basta ya! ¡Espere, espere! —gritó el portero—. Zajar Trofímovich, vamos a la cervecería, por favor, vamos...

Zajar se detuvo y sin mirar a los criados se volvió rápidamente y salió a la calle con mayor velocidad todavía. Alcanzó la puerta de la cervecería, que estaba enfrente, sin mirar a nadie, pero al llegar allí se volvió y miró con aire sombrío a todos los reunidos, agitó con gesto aún más sombrío la mano, indicando que lo siguiesen y desapareció tras la puerta.

Los demás también se dispersaron; algunos se fueron a la cervecería, otros a casa. Solamente quedó el lacayo.

«¿Qué puede pasar si se lo dice a su señor? —se dijo, pensativo, abriendo lentamente su tabaquera—. Es un señor bueno, seguro, se limitará a regañarlo. ¡Y eso está aún por ver! Otro cualquiera te mira, te mira y luego, izas!, por el pelo...».

CAPÍTULO XI

PASADAS las cuatro de la tarde, Zajar abrió silenciosamente la puerta de la calle y pasó de puntillas a su habitación; una vez en ella, se acercó a la puerta del despacho donde dormía Iliá Ilich y apoyó primero la oreja; luego se puso en cuclillas y miró por el ojo de la cerradura.

Se oían unos suaves ronquidos.

—Duerme —susurró Zajar—, habrá que despertarlo, falta poco para las cuatro y media.

Tosió y entró en el despacho.

—¡Iliá Ilich! ¡Iliá Ilich! —empezó a decir con voz baja junto a la cabecera de Oblómov.

Los ronquidos continuaron.

«¡Qué manera de dormir! —se dijo Zajar—. Si parece que fuera un albañil».

—¡Iliá Ilich!

Y Zajar tocó levemente el brazo de Oblómov.

—¡Levántese! Son las cuatro y media.

Iliá Ilich masculló algo en respuesta, sin despertarse.

—¡Levántese ya, Iliá Ilich! Es una vergüenza —dijo Zajar, alzando la voz.

No hubo ninguna respuesta.

—¡Iliá Ilich! —insistía Zajar, tirándole por una manga.

Oblómov ladeó un poco la cabeza y abrió con esfuerzo un ojo inexpresivo para mirar a Zajar.

—¿Quién es? —preguntó con voz ronca.

—Soy yo. Levántese.

—¡Largo de aquí! —gruñó Iliá Ilich, y volvió a sumirse en su pesado sueño. Los ronquidos dieron paso a unos silbidos nasales.

Zajar le tiró de un faldón.

—¿Qué quieres? —preguntó Oblómov con voz amenazadora, abriendo de pronto ambos ojos.

—Me ordenó usted que lo despertara.

—Bueno, ya lo sé. Tú has cumplido con tu obligación y ahora lárgate. Lo demás es de mi incumbencia...

—No me iré. —Y Zajar volvió a tirarle de la manga.

—Bueno, no me toques —dijo suavemente Iliá Ilich, y hundiendo la cabeza en la almohada comenzó a roncar.

—No puede usted dormirse, Iliá Ilich —dijo Zajar—; me gustaría que lo hiciera, pero no puede ser. —Y seguía dándole empujoncitos.

—Haz el favor de no molestar —dijo Oblómov con voz persuasiva, abriendo los ojos.

—Le haré ese favor y luego se enfadará conmigo por no haberle despertado...

—¡Oh, Dios santo, qué hombre éste! —exclamó Oblómov—. Déjame dormir un minuto, ¿qué importancia tiene un minuto? Yo sé...

Iliá Ilich no siguió hablando; el sueño le había vencido de nuevo.

—¡Roncar sí que sabes! —exclamó Zajar en voz alta, seguro de que Iliá Ilich no lo oía—. ¡Míralo, duerme como un tronco! ¿Para qué habrás venido tú al mundo? ¡Levántate te digo! —gritó de pronto Zajar con furia.

—¿Cómo dices? ¿Cómo dices? —preguntó Oblómov con voz amenazadora, alzando la cabeza de la almohada.

—Digo, señor, que por qué no se levanta —respondió Zajar suavemente.

—No, no fue eso lo que dijiste, ¿cómo te atreves, eh?

—¿A qué?

—A hablarme con tanta grosería.

—Se lo habrá figurado en sueños... Le juro por Dios que fue en sueños.

—Tú crees que duermo, pero te equivocas, lo oigo todo...

Pero ya se había vuelto a dormir.

—¡Ah, qué vida! —exclamó Zajar, desesperado—. ¿Qué haces ahí tumbado como un tronco? ¡Da asco mirarte! ¡Mírenlo, buena gente...! ¡Fu! ¡Levántese! ¡Levántese! —empezó a decir de pronto con voz asustada—. ¡Levántese, Iliá Ilich; mire lo que está pasando...!

Oblómov levantó rápidamente la cabeza, miró a su alrededor y volvió a tumbarse con un profundo suspiro.

—¡Déjame en paz! —dijo con voz engolada—. Te ordené que me despertaras, pero ahora anulo esa orden, ¿me oyes? Me despertaré yo solo cuando se me antoje.

Algunas veces Zajar renunciaba, limitándose a decir: «¡Duerme, pues, y que el diablo te lleve!»; pero en otras ocasiones insistía.

—¡Levántese, levántese! —gritó, y tiró con ambas manos del faldón y de la manga. Inesperadamente, Oblómov se puso en pie de un salto y se lanzó contra Zajar.

—¡Ahora te enseñaré yo a molestar a tu señor cuando él quiere descansar! —exclamó.

Zajar echó a correr para escaparse, pero Oblómov, al tercer paso que dio, despertó del todo y comenzó a bostezar y a estirarse.

—Tráeme un poco de *kvas* —dijo entre bostezo y bostezo.

En eso alguien, detrás de Zajar, rompió en una sonora carcajada. Ambos se volvieron, sorprendidos.

—¡Shtolz! ¡Shtolz! —gritó Oblómov lleno de entusiasmo, lanzándose hacia el recién llegado.

—¡Andréi Ivánich! —exclamó, todo sonriente, Zajar.

Shtolz continuaba riendo a mandíbula batiente: había visto toda la escena anterior.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

SHTOLZ era alemán sólo a medias, por parte de padre; su madre era rusa y él profesaba la religión ortodoxa. Rusa era también su lengua natal, que aprendió con su madre, en los libros, en la universidad, en los juegos con los chiquillos de la aldea, en las discusiones con sus padres y en los mercados moscovitas. El idioma alemán lo había aprendido con su padre y en los libros.

Shtolz creció y se educó en la aldea de Verjliovo, donde su padre era el administrador. Desde los ocho años se sentaba con él ante el mapa, leía deletreando obras de Herder, Wieland, poemas bíblicos y hacía el balance de las mal pergeñadas cuentas de los campesinos, artesanos y obreros. Con la madre leía la historia sagrada, aprendía de memoria las fábulas de Krylov y deletreaba, incluso, el *Telémaco*.

Una vez libre, corría en busca de nidos de pájaros con los chiquillos aldeanos y solía ocurrir que en medio de la oración o durante la clase se oía el piar de unas crías de chova metidas en sus bolsillos.

De vez en cuando, mientras el padre, después de comer, fumaba su pipa bajo un árbol del jardín y la madre calcetaba o bordaba algo, se oía de pronto un gran alboroto en la calle y un grupo numeroso de personas irrumpía en la casa.

—¿Qué sucede? —preguntaba la madre, asustada.

—Seguro que traen otra vez a Andréi —respondía el padre tranquilamente.

Las puertas se abrían de par en par y una muchedumbre de *mujiks*, mujeres y chiquillos entraba en el jardín. Traían, en efecto, a Andréi, pero ¡en qué estado! Descalzo, el traje desgarrado y sangrando por la nariz, bien él, o algún otro.

La madre se inquietaba siempre cuando Andréi desaparecía de la casa durante varias horas, y si no fuera por la expresa prohibición del padre, no dejaría que se alejase de ella.

Lo lavaba, le cambiaba de ropa, de traje, y durante medio día Andréi aparecía limpio y decente, pero ya por la tarde o a veces por la mañana alguien lo llevaba nuevamente a casa todo desgredado, sucio, irreconocible; otras veces lo traían los *mujiks* en un carro con heno o los pescadores, pues se había dormido en el bote junto a las redes.

La madre se echaba a llorar, pero el padre no le daba ninguna importancia y encima se reía.

—¡Será un buen *bursche*^[12], un buen *bursche*! —solía decir.

—¡Por Dios, Iván Bogdánovich! —se lamentaba la madre—. No hay día que regrese sin un cardenal y hace poco vino sangrando por la nariz.

—¿Qué muchacho sería si no viniera algún día con la nariz rota o si no se la rompiera a otro? —respondía el padre riéndose.

La madre se cansaba de llorar, luego se ponía a tocar el piano y se distraía un poco, aunque las lágrimas seguían cayendo sobre el teclado.

Cuando Andréi regresaba o lo traían, comenzaba a contar sus aventuras con tanta viveza y gracia que incluso a ella la hacía reír. Era, además, ¡tan inteligente! Empezó a leer pronto el *Telémaco* y a tocar con ella el piano a cuatro manos.

Una vez desapareció durante toda una semana; la madre derramó todas sus lágrimas, pero el padre permaneció tranquilo: paseaba por el jardín y fumaba su pipa.

—Si el desaparecido fuera el hijo de Oblómov —dijo a su esposa cuando ella le propuso que salieran en busca de Andréi—, habría

puesto en pie a toda la aldea y a la policía del distrito, pero Andréi volverá. ¡Oh, es un bravo *bursche*!

Al día siguiente encontraron a Andréi en su alcoba durmiendo tranquilamente y debajo de la cama una escopeta —no sabían de quién—, una libra de pólvora y perdigones.

—¿Dónde estuviste? ¿De quién es la escopeta? —La madre no cesaba de hacerle preguntas—. ¿Por qué callas?

—Aquí estoy —fue su única respuesta.

El padre le preguntó si había terminado de traducir al alemán un capítulo de Cornelio Nepote.

—No —respondió el muchacho.

El padre, entonces, lo agarró del cuello de la camisa, lo sacó fuera de la casa, le puso la gorra en la cabeza y le dio una patada con tanta fuerza que lo tiró al suelo.

—Vuelve a donde estuviste —añadió— y no regreses hasta que no tengas hecha la traducción, pero en vez de un capítulo, traduce dos y aprende el papel de la comedia francesa que te marcó tu madre. Si no lo haces, no aparezcas por casa.

Andréi regresó al cabo de una semana con la traducción hecha y el papel aprendido.

Al hacerse mayor, el padre se hacía acompañar por él en el carruaje, le confiaba las riendas y le ordenaba que lo llevase a la fábrica, luego al campo, después a la ciudad; hacía que participase en sus entrevistas con los comerciantes, que fuese con él a las oficinas y luego a ver algunas muestras de arcilla; solía untársela en un dedo, la olía, a veces la probaba con la lengua y también se la hacía oler al hijo al tiempo que le explicaba sus propiedades y para lo que servía. Otras veces iban a ver cómo extraían potasa o alquitrán y cómo derretían el sebo.

A los catorce o quince años de edad, Andréi iba habitualmente solo en el carruaje o a caballo, con una bolsa atada a la silla, para cumplir diversos encargos de su padre en la ciudad; jamás olvidaba nada ni cometía la menor equivocación.

—*Recht gut, mein lieber Junge*^[13] —decía el padre tras oír su informe, y le daba cariñosas palmadas en el hombro con su ancha mano. También le regalaba dos o tres rublos, dependiendo de lo importante que fuera el encargo.

Después de un viaje así, la madre tardaba un buen rato en quitar a su hijo toda señal de humo, polvo, suciedad, arcilla o sebo.

No acababa de gustarle esa educación práctica a base de trabajo. Temía que su hijo se convirtiese en un pequeño burgués alemán como su padre y toda su familia. Consideraba que todos los alemanes eran unos burgueses y no le gustaba la tosquedad, el orgullo y la fanfarronería con que la masa del pueblo alemán exhibía en todas partes sus derechos ciudadanos elaborados a lo largo de muchos siglos, igual que exhibe la vaca sus cuernos sin saberlos ocultar en el momento oportuno.

Opinaba que en todo el país alemán no había ni podía haber un caballero. No veía en el carácter alemán ninguna delicadeza, ternura, condescendencia, nada de aquello que hace la vida más agradable en la buena sociedad, que permite eludir algún que otro convencionalismo, infringir una regla general o no someterse a lo prescrito.

Los alemanes no eran así; insistían en lo suyo, en todo cuanto se les metía en la cabeza, dispuestos a romper la pared con la frente con tal de atenerse a sus reglas.

La madre de Andréi había trabajado de institutriz en casa de gente rica, tuvo ocasión de viajar por el extranjero, de recorrer toda Alemania y había clasificado a todos los alemanes como una muchedumbre de seres que fumaban en cortas pipas y escupían entre dientes: dependientes, artesanos, comerciantes, oficiales con rostros de soldados tiesos como palos, y funcionarios de caras bastas capaces tan sólo de trabajar duramente, de conseguir dinero a base de constantes esfuerzos, de llevar una existencia vulgar, aburrida y correcta, cumpliendo de modo pedante todas sus obligaciones. Los modales de todos esos burgueses eran toscos, sus

manos grandes y torpes, sus rostros colorados y su lenguaje poco delicado.

«Por mucho que engalanes a un alemán —pensaba—, por blanca y fina que sea la camisa que luzca, aunque se calce botas de charol y se ponga guantes amarillos, siempre parecerá hecho de tosca piel. Por debajo de sus blancos puños asomarán sus manos ásperas y rojizas y el elegante traje no ocultará a un panadero o a un vinatero. Esas manos ásperas se diría que solicitan una lanza o, como mucho, un arco en una orquesta».

Anhelaba para su hijo el destino de un gran señor; aunque hijo de padre burgués y plebeyo, era, pese a todo, el hijo de una rusa noble, un niño blanco, perfectamente constituido, de pequeñas manos y pies, rostro límpido, clara y viva mirada, parecido a tantos otros que había visto en la rica casa rusa y también en el extranjero, pero no entre los alemanes, claro está.

Y pensar que también él, como su padre, tendría que mover personalmente las ruedas del molino, regresar a casa desde fábricas y campos manchado de sebo, estiércol, con las manos endurecidas, rojas y sucias, con un apetito de lobo.

La madre se apresuraba a cortarle las uñas, a rizarle el cabello, a confeccionarle elegantes cuellos y puños; encargaba sus chaquetas en la ciudad, le enseñaba a prestar oído a los bellos sonos de la música, le cantaba canciones que hablaban de flores, de la poesía de la vida, le contaba al oído historias de brillantes vocaciones, bien de guerreros, bien de escritores, y soñaban juntos con el gran papel que algunos desempeñan en la vida...

¡Y todas esas perspectivas iban a desvanecerse por el chasquido del ábaco, por descifrar los grasientos recibos de los *mujiks*, por el trato con los obreros de las fábricas!

La madre odiaba incluso el carruaje que le servía para ir a la ciudad, el impermeable a cuadros regalado por el padre y los guantes de piel vuelta de color verde, todos esos groseros atributos de una vida de trabajador.

Para colmo de males, Andréi era un estudiante excelente y el padre lo nombró profesor de su pequeño internado.

Eso no era grave, pero le asignó un salario como a un obrero, al modo puramente alemán, de diez rublos al mes y lo obligaba a que le firmase un recibo.

¡Consuélate, buena madre! Tu hijo creció en suelo ruso, no en medio del tropel burgués de cuernos vacunos, con manos capaces de mover las ruedas de un molino. Tenía al lado Oblómovka con sus perpetuas fiestas. Allí evitaban el trabajo como si fuera un castigo; el señor no se levantaba al alba ni recorría las fábricas viendo ruedas y muelles untados de sebo y aceite.

Además, en el propio Verjliovo se alzaba una gran mansión cerrada, vacía la mayor parte del año; en ella se adentraba con frecuencia el travieso chiquillo. Había allí largas salas y galerías, oscuros retratos en las paredes, pero no veía en ellos rostros toscos ni colorados, ni grandes manos de áspera piel, sino lánguidos ojos azules, cabellos empolvados, caras pálidas, delicadas, ampulosos pechos, finas manos de venitas azuladas enmarcadas en vaporosos puños que descansaban orgullosamente en la empuñadura de la espada; veía toda una serie de generaciones de nobles ataviados con terciopelo, brocados y encajes, cuya vida había transcurrido en suave inactividad.

Esos rostros le hacían conocer la historia de los buenos tiempos pasados, de las batallas, de los hombres; leía allí el relato de los viejos tiempos, tan distintos de los que su padre le contaba con tanta frecuencia, al tiempo que fumaba su pipa, sobre la vida en Sajonia, entre nabos y patatas, el mercado y el huerto...

Cada tres años, esta mansión se llenaba súbitamente de gente, bullía de vida, de fiestas y bailes; en las largas galerías brillaban de noche las luces.

Llegaban los príncipes con su familia: el príncipe era un viejo de rostro apergaminado e incoloro, ojos saltones, opacos y gran frente calva; llevaba tres estrellas en el pecho, una tabaquera de oro,

bastón con puño de jade y botas de terciopelo; la princesa, mujer de majestuosa belleza, estatura y corpulencia, a la cual parecía no habersele acercado, ni abrazado ni besado nadie, ni siquiera el príncipe, aunque tuviera cinco hijos.

Se diría que estaba por encima del mundo al que descendía cada tres años, no hablaba con nadie, no salía nunca; permanecía sentada en una habitación que hacía esquina y estaba tapizada en verde, acompañada de tres viejecitas; iba a la iglesia a pie por la galería cubierta y se sentaba en una silla oculta por un biombo.

Pero en aquella mansión, además de los príncipes, había todo un mundo alegre y bullicioso que le permitiera ver con sus verdes ojos infantiles, tres o cuatro esferas de distinta actividad; gracias a su viva inteligencia observaba con avidez e inconscientemente los diversos tipos de esa heterogénea multitud como abigarradas visiones carnalescas.

Estaban allí los jóvenes príncipes Pierre y Michel; el primero enseñó de inmediato a Andréi cómo se toca diana en caballería e infantería, cómo son las espadas y espuelas de los húsares y de los dragones, de qué pelaje eran los caballos de cada regimiento y adónde había que ingresar inmediatamente después de terminados los estudios para no tener que avergonzarse.

El otro, Michel, tan pronto como conoció a Andréi, le colocó en posición y empezó a manejar de muy extraña manera los puños, atizándole tanto en la nariz como en el pecho; le explicó, a continuación, que se trataba de una lucha inglesa.

Al cabo de tres días, y a base tan sólo de la fuerza campesina, Andréi le aplastó la nariz al modo inglés y ruso con la ayuda de sus musculosos brazos, sin ninguna ciencia, por lo cual cobró gran prestigio ante los dos príncipes.

Había también dos princesitas de once y doce años, altitas, esbeltas, lujosamente ataviadas, que no hablaban con nadie, a nadie saludaban y temían a los *mujiks*.

Estaba asimismo su institutriz, *mademoiselle* Ernestine, que tomaba café en casa de la madre de Andréi y le enseñaba a rizarle el pelo. A veces cogía su cabeza, se la ponía en las rodillas y se lo rizaba con papelitos hasta hacerle daño, luego le sujetaba con sus blancas manos las mejillas y lo besaba muy cariñosamente.

En el séquito de los príncipes figuraba también un alemán que fabricaba en un torno tabaqueras y botones, un profesor de música, borracho de domingo a domingo, un verdadero enjambre de doncellas y una jauría de perros y perritos.

Todo ello llenaba la casa y la aldea de bullicio, alboroto, ruido, voces y música.

Por una parte, Oblómovka y, por otra, la mansión principesca, con su espléndido tren de vida, se oponían al estilo germánico y Andréi no se convirtió en un buen *bursche* y ni siquiera en un pequeño burgués.

El padre de Andréi era agrónomo, tecnólogo y maestro; allá en Sajonia, en la casa de su padre, aprendió la práctica agronómica, estudió tecnología en las fábricas y en la universidad cercana, donde había cuarenta profesores, adquirió la vocación de maestro dispuesto a enseñar lo que había aprendido de algún modo de aquellos cuarenta sabios. No siguió estudiando y regresó al hogar decidido a trabajar. Su padre le entregó cien táleros, una mochila nueva y lo dejó en libertad de ir a donde quisiera.

A partir de entonces, Iván Bogdánovich no había regresado ni a su patria ni a la casa de sus padres. Durante seis años recorrió Suiza, Austria y llevaba ya veinte años viviendo en Rusia, sin dejar de bendecir su destino.

Como él había estado en la universidad, decidió que su hijo debía ir sin falta, que no importaba que no fuese una universidad alemana; que la rusa iba a cambiar la vida de su hijo y a llevarlo muy lejos en los raíles que él había trazado mentalmente para el futuro de Andréi.

Él los había trazado muy sencillamente: tomó el camino seguido por su abuelo, lo continuó, como siguiendo una regla, hasta su

futuro nieto, quedándose tan tranquilo. No sospechaba que la música de la madre, sus anhelos y relatos, la galería y el lujo de la mansión principesca transformarían la estrecha vía alemana en un camino tan amplio como no había soñado ni siquiera su abuelo, ni su padre, ni él mismo.

Hemos de decir, por otra parte, que no se impuso y ni siquiera insistió en su propósito; es que, simplemente, no sabía imaginar para su hijo otro camino.

Se preocupaba poco de ello. Cuando su hijo regresó de la universidad y pasó tres meses en casa, su padre le dijo que nada tenía que hacer en Verjliovo, que incluso a Oblómov lo habían enviado a San Petersburgo y, por consiguiente, ya era hora de que también él se fuese.

Pero el viejo, sin embargo, no se preguntaba qué necesidad tenía Andréi de ir a San Petersburgo, no pensaba que podía quedarse tranquilamente en Verjliovo y ayudarlo en la administración de la hacienda; recordaba tan sólo que cuando él finalizó sus estudios, el padre lo mandó fuera de casa. Y él hizo lo mismo con su hijo, siguiendo la tradición alemana. La madre había muerto ya y nadie podía oponerse.

El día en que se iba su hijo, Iván Bogdánovich le dio cien rublos en billetes.

—Irás a caballo hasta la capital de la provincia —le dijo— Kalínikov te dará allí trescientos cincuenta rublos y le dejarás el caballo; si no lo encuentras, vende el caballo, la feria está a punto de celebrarse. Llegar a Moscú te costará unos cuarenta rublos, de allí a San Petersburgo, setenta y cinco. Te quedará suficiente dinero.

Haz luego lo que quieras. Tú has trabajado conmigo y sabes, por lo tanto, que poseo algún capital, pero no cuentes con él antes de que muera, y yo, seguramente, viviré todavía unos veinte años, a menos que me caiga encima alguna piedra. La lámpara arde bien y tiene suficiente aceite. Has recibido buena educación y ante ti se abren todas las puertas; puedes ser funcionario, comerciante,

incluso escritor, lo que tú quieras. No sé lo que vas a elegir, ni lo que más te atrae...

—Voy a ver si puedo hacerlo todo —dijo Andréi.

El padre se echó a reír con estrépito y empezó a sacudirlo por el hombro con tanta fuerza que ni un caballo lo habría aguantado, pero Andréi como si tal cosa.

—Pero si te falta habilidad, si no consigues encontrar el camino por ti mismo, si necesitas un consejo o preguntar alguna cosa, visita a Reinhold: él te enseñará. ¡Oh! —añadió, alzando un dedo y sacudiendo la cabeza—. Es un hombre que... (quería alabarlo, pero no halló la palabra)... Juntos llegamos de Sajonia. Es dueño de una casa de cuatro pisos. Te daré su dirección...

—No me la des, no me hace falta —repuso Andréi—; iré a verlo cuando también yo tenga una casa de cuatro pisos; por ahora me pasaré sin él.

El padre volvió a sacudirle por el hombro.

Andréi saltó al caballo. Junto a la silla tenía atadas dos bolsas: en una llevaba el impermeable a cuadros, gruesas botas claveteadas y algunas camisas de hilo de Verjliovo, cosas que compró por insistencia de su padre; en la otra guardaba un elegante frac de paño fino, un abrigo de lana, una docena de camisas de tela fina y zapatos encargados en Moscú, siguiendo los consejos de su madre.

—Y bien —dijo el padre.

—Y bien —respondió el hijo.

—¿Está todo? —preguntó el padre.

—Todo —respondió el hijo.

Se observaron en silencio, como si se atravesaran mutuamente con la mirada. Mientras tanto, junto a ellos se fue congregando un grupo de vecinos curiosos que, boquiabiertos, miraban cómo despedía el administrador al hijo que se iba de casa.

El padre y el hijo se estrecharon las manos y Andréi marchó al trote.

—¡Vaya con el cachorro, ni siquiera una lagrimita! —comentaban los vecinos—. Fijaos en esos dos cuervos que graznan encima de la valla, ¡ya veréis como son de mal agüero, ya veréis!

—¡Qué le importarán los cuervos! La noche de San Juan se la pasó vagando solo por el bosque con la escopeta. A ellos eso no les importa. Si fueran rusos ya lo sentirían...

—¡También es bueno el viejo hereje! —observó una madre—, lo echó a la calle como si fuera un gatito: no lo abrazó ni lloró.

—¡Andréi, espera! ¡Espera! —gritó el viejo. Andréi detuvo el caballo.

—¡Ah, por lo visto le habló el corazón! —comentó satisfecha la gente.

—¿Qué hay? —preguntó Andréi.

—Está floja la cincha, hay que apretarla.

—La arreglaré en cuanto llegue a Shamshevka. No debo perder tiempo, porque quiero llegar de día.

—Bueno —dijo el padre, agitando la mano.

—Bueno —dijo el hijo asintiendo con la cabeza e, inclinándose un poco, intentó espolear el caballo.

—¡Igual que perros! ¡Ni que fueran extraños! —decían los vecinos.

De pronto, en medio de la gente, una mujer no pudo reprimir un fuerte sollozo.

—¡Pobre huérfano! —decía secándose los ojos con el pañuelo de la cabeza—. Como no tienes a tu pobre madre, no hay quien te bendiga... ¡Ven, yo te persignaré, precioso mío...!

Andréi se acercó a ella, saltó del caballo, abrazó a la vieja y trató de proseguir su camino; pero, de pronto, se echó a llorar mientras ella lo persignaba y lo besaba. En sus cariñosas palabras le pareció oír la voz de su madre y durante un instante su dulce imagen revivió en su memoria.

Abrazó una vez más a la mujer, se secó rápidamente las lágrimas y saltó al caballo... Fustigó sus costados y desapareció entre una

nube de polvo, perseguido por tres mastines frenéticos que ladraban sin cesar.

CAPÍTULO II

SHTOLZ tenía la misma edad que Oblómov, es decir, pasaba de los treinta. Había trabajado como funcionario, pero pidió la excedencia y se dedicó a sus propios negocios, consiguió una casa y se hizo con un capital. Trabajaba para una compañía dedicada al envío de mercancías al extranjero. Estaba en continuo movimiento: si la compañía necesitaba enviar algún agente a Bélgica o Inglaterra, lo enviaban a él; si había que redactar un proyecto o adaptar un nuevo plan, él era el elegido. No por eso, sin embargo, dejaba de frecuentar la sociedad y de leer. ¡Sólo Dios sabe cómo conseguía tener tiempo para todo!

Era todo huesos, músculos y nervios como un buen caballo inglés de carreras. Tenía las mejillas enjutas y no había en ellas ningún rastro de redondeces carnosas; su tez, algo morena, era suave sin el menor asomo de rubicundez; los ojos eran verdosos y muy expresivos.

No hacía ningún movimiento superfluo. Cuando estaba sentado, permanecía quieto. Si se movía, no empleaba más que la mímica precisa.

De igual modo que en lo físico, donde no había nada superfluo, también en lo moral buscaba siempre el equilibrio entre los aspectos prácticos y las más delicadas necesidades del espíritu. Esas dos facetas de su personalidad seguían vías paralelas, se cruzaban y entrecruzaban en su camino, pero nunca se liaban, formando complicados e insolubles nudos.

Seguía su camino con firmeza y decisión; vivía de acuerdo con un plan fijado de antemano, procurando invertir cada día, como cada rublo, con un control constante, vigilante del tiempo, del trabajo realizado, de las fuerzas del alma y del espíritu.

Se diría que gobernaba las penas y las alegrías del mismo modo que el movimiento de sus brazos y los pasos de sus pies; se enfrentaba a ellas igual que al tiempo bueno o malo. Abría el paraguas cuando llovía, es decir, sufría mientras duraba la pena, y más que con tímida sumisión, sufría con rabia, con orgullo. Lo soportaba pacientemente porque se atribuía la causa de todo sufrimiento y no lo colgaba, como una chaqueta, en percha ajena. Gozaba de la alegría como de una flor arrancada por el camino mientras no se ajaba en sus manos, sin beber nunca el cáliz hasta el final, sin llegar a la gota de amargura que se halla en el fondo de todo placer.

Se planteaba como constante tarea la de tener una visión sencilla, pero auténtica y directa, de la vida, y en el intento de alcanzar esta meta, comprendía lo difícil que era y se sentía íntimamente orgulloso y feliz cuando conseguía enderezar el paso al torcerse su camino.

«Es complicado y difícil vivir sencillamente», se decía con frecuencia, procurando determinar con rápida mirada dónde se desviaba el curso de su vida, dónde empezaba a complicarse y a formar un nudo falso y difícil.

Más que nada, temía a la imaginación, a esa falsa compañera, esa amiga de doble faz: por un lado amistosa y por otro hostil. Amiga cuanto menos lo crees y enemiga si te duermes confiado bajo sus dulces susurros. Tenía miedo a toda ilusión, y si entraba alguna vez en su terreno lo hacía como quien entra en una gruta con la inscripción *Ma solitude, mon ermitage, mon repos*, conociendo la hora y el minuto en que se va a salir de ella. Lo enigmático, lo ilusorio, lo misterioso no tenía cabida en su alma. Todo cuanto no fuera factible al análisis de la experiencia, de la verdad práctica, era

considerado por él como un engaño óptico, un reflejo de luces y colores en la retina del ojo o un hecho de difícil comprobación.

Carecía, asimismo, de ese espíritu diletante, amigo de indagar en la esfera de lo maravilloso o de hacer quijotadas en el campo de las suposiciones y los descubrimientos con mil años de antelación. Se detenía obstinadamente a las puertas del misterio sin creer como un niño ni dudar como un pedante: esperaba que apareciese la ley, y con ella la clave.

Con la misma minuciosidad y cautela que la fantasía, vigilaba su corazón. Se veía obligado a reconocer con frecuencia que ese terreno, es decir, la esfera de los sentimientos, era todavía para él *terra incognita*.

Agradecía al destino si conseguía distinguir, a tiempo, en esa desconocida esfera, la acicalada mentira de la pálida verdad; se alegraba si lograba retroceder y no caía en un engaño artísticamente camuflado con flores; sentíase más que contento cuando su corazón palpitaba febrilmente y no latía ensangrentado, o si no cubría su frente un sudor frío y no caía después durante mucho tiempo una larga sombra sobre su vida.

Se consideraba feliz por el simple hecho de poder mantenerse a la misma altura y aun llevado por los sentimientos, no cruzar el delgado límite que separa el mundo emocional del mundo de la falacia y el sentimentalismo, el mundo de la verdad del mundo ficticio y vulgar, y cuando volvía atrás, no caía en el terreno seco, arenoso, de la crueldad, la desconfianza, la mezquindad o la castración sentimental.

Incluso cuando se dejaba llevar por la pasión, sentía el suelo bajo sus pies y suficientes fuerzas para, en caso extremo, librarse de ella y recobrar la libertad. No le cegaba la belleza, por ello no olvidaba ni rebajaba la dignidad del hombre, no era esclavo de las bellas, ni «yacía a sus pies», pero tampoco conocía las ígneas alegrías de la pasión. Carecía de ídolos, pero conservaba la fuerza moral y la salud del cuerpo; tenía el orgullo de la castidad. Se desprendía de su

persona un hálito de fuerza y frescor ante el cual se turbaban incluso mujeres que nada tenían de tímidas.

Shtolz conocía el valor de esas raras y espléndidas cualidades y las gastaba con tal avaricia que solían calificarlo de egoísta e insensible. Criticaban su mesura, el autocontrol de sus sentimientos, el que supiese no perder su estado de espíritu libre; esa misma gente justificaba de inmediato, a veces con envidia y asombro, al que se precipitaba con todo ímpetu en el abismo, destrozando su propia existencia y la de otros.

—La pasión, la pasión lo justifica todo —decían a su alrededor— Usted, en su egoísmo, se cuida solamente de su persona; ya veremos para quién.

—Para alguien me cuidaré —decía pensativo, como si vislumbrase algo a lo lejos, pero seguía sin creer en la poesía de las pasiones, sin admirar sus ardientes manifestaciones y funestas consecuencias. Cifraba el ideal de la existencia y de las aspiraciones humanas en un orden de vida racional y estricto.

Y cuanto más lo criticaban, más profunda se hacía su obstinación, más «arraigaba» en ella, llegando incluso a caer, cuando discutía, en un puritanismo fanático. Decía que el «destino normal del hombre era pasar las cuatro estaciones del año, es decir, las cuatro edades, sin dar saltos, y llevar el cáliz de la vida, desde el principio hasta el fin, sin haber derramado ni una sola gota en vano; que una luz uniforme y pausada valía más que los incendios devastadores, por muy poéticos que fueran». Concluía diciendo que se «sentiría feliz si consiguiera justificar esa convicción en su propia persona, pero que no confiaba en alcanzar semejante felicidad, pues era muy difícil».

Shtolz seguía caminando sin desmayar por el camino elegido. Nadie lo veía meditar en algo con enfermiza y dolorosa tensión; se diría que nunca lo devoraba la angustia de un corazón fatigado; no sufría ni se turbaba jamás en circunstancias complejas, difíciles o

nuevas, sino que las abordaba como si las conociera de antemano, como si las viera por segunda vez y recorriera lugares conocidos.

Frente a cualquier hecho aplicaba de inmediato el procedimiento adecuado a ese fenómeno, igual que un ama de llaves elige del manajo que pende de su cintura justamente aquella que precisa para una u otra puerta.

Lo que más apreciaba en los hombres era la tenacidad en la consecución de los objetivos planteados; lo consideraba una prueba de carácter y jamás regateaba su admiración por las personas dotadas de esa cualidad, aun cuando los fines perseguidos no fueran importantes.

—¡Esos sí que valen! —decía.

Está de más añadir que él mismo iba hacia el objetivo señalado sorteando valerosamente todos los obstáculos. Tal vez renunciara a ese fin sólo en el caso de tener enfrente un muro o de que se abriese ante él un abismo infranqueable.

No era capaz, sin embargo, de armarse de valor para saltar, cerrando los ojos, por encima del abismo o lanzarse a escalar el muro confiando en el azar. Él mediría el muro o el abismo, y de no hallar un medio seguro de superarlos se alejaría, por mucho que hablasen de él.

Para que se forme un carácter semejante se necesitan, quizá, elementos tan dispares como aquellos que poseía Shtolz. Desde antiguo, los prohombres de nuestro país se formaban en *cinco o seis* moldes estereotipados, miraban en torno con ojos indolentes, entornados, ponían la mano en la máquina social y la movían somnolientos por sus raíles habituales, poniendo el pie en la huella dejada por su antecesor. Mas, de pronto, los ojos cobran vida, se oyen pasos vigorosos, amplios, voces vivas... ¡Cuántos Shtolz tendrán que nacer con nombres rusos!

¿Cómo un hombre así podía ser amigo de Oblómov, cuyos rasgos y cuya existencia toda eran una protesta clamorosa contra la vida que llevaba Shtolz? Es bien sabido, sin embargo, que los extremos

opuestos, si no provocan simpatía, como se pensaba antes, no se oponen a ella de ningún modo.

Además, los unía una infancia y el colegio, dos bases sólidas; luego, el cariñoso y magnánimo trato ruso que la familia de Oblómov dispensara al niño alemán, más tarde el papel del fuerte que Shtolz desempeñara junto a su amigo, tanto en sentido físico como moral, y, finalmente, había en el propio carácter de Oblómov algo puro y bondadoso, lleno de profunda simpatía por todo cuanto era noble, por todo cuanto se abría y respondía a la llamada de ese corazón sencillo, ingenuo y siempre confiado.

Todo aquel que ahondara, bien por casualidad, bien intencionadamente, en ese espíritu claro, infantil, no podría dejar de corresponderle, aunque estuviera malhumorado y sombrío, y podría guardar un recuerdo estable y grato de su persona en el caso de que las circunstancias le hubieran impedido hacerse amigo suyo.

Muchas veces, Andréi abandonaba el trabajo, una fiesta o un baile, y se iba a casa de Oblómov para descansar en su ancho diván y tranquilizar su espíritu inquieto o fatigado con una indolente charla. Experimentaba siempre esa sensación de paz que siente un hombre cuando regresa a su modesto hogar desde alguna sala suntuosa o retorna desde bellos paisajes meridionales al seto de abedules donde transcurrió su infancia.

CAPÍTULO III

¡HOLA, Iliá! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué tal estás? ¿Te encuentras bien? —preguntó Shtolz.

—No, hermano Andréi, estoy mal —respondió Oblómov suspirando—. ¡Mi salud falla!

—¿Estás enfermo? —preguntó, solícito, Shtolz.

—Me matan los orzuelos; la semana pasada tuve uno en el ojo derecho y ya me está saliendo otro.

Shtolz se echó a reír.

—¿Sólo eso? —preguntó—. Te salen por dormir demasiado.

—¡Nada de «sólo eso»! Me atormenta la acidez. Tendrías que haber escuchado lo que me dijo el doctor hace poco: «¡Váyase al extranjero! Puede acabar mal, tener, tal vez, una embolia».

—¿Y tú qué dices?

—No pienso ir.

—¿Por qué?

—Si tú hubieras oído todo cuanto me dijo... que viviera en una montaña, que me fuera a Egipto, a América...

—Bueno, ¿y qué? —dijo Shtolz fríamente—. A Egipto llegarías en dos semanas y en tres a América.

—Pero, Andréi, ¿también tú? Eres el único hombre sensato que existe y ahora te has vuelto loco. ¡A quién se le ocurre ir a Egipto o a América! Sólo a los ingleses, pero a ellos Dios los hizo así; además, no tienen dónde vivir en su tierra. Pero ¿quién de nosotros se iría? Es posible que algún desesperado a quien la vida le importe poco.

—¡Pues vaya una hazaña! Sentarse en un coche o en un barco, respirar aire puro, ver países y ciudades extranjeras, conocer sus costumbres y ver todas sus maravillas... ¡Cómo eres! Bueno, más vale que me digas qué tal marchan tus asuntos en Oblómovka.

—¡Ah! —exclamó Oblómov con un gesto de desesperación.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué quieres que ocurra? La vida que me persigue.

—¡Y gracias a Dios!

—¿Cómo «gracias a Dios»? Si al menos me tratara bien, pero no, me persigue lo mismo que al alumno apocado lo persiguen en la escuela los camorristas: tan pronto lo pellizcan a escondidas como lo atacan de frente y le echan arena... ¡Ya no aguanto más!

—Eres demasiado pacífico. Dime lo que ha ocurrido —dijo Shtolz.

—Dos desgracias.

—¿Cuáles?

—Estoy completamente arruinado.

—¿Cómo eso?

—Espera a que te lea la carta del administrador... ¿Dónde está la carta? ¡Zajar! ¡Zajar!

Zajar encontró la carta; Shtolz la leyó y se echó a reír, impresionado, probablemente, por el estilo del administrador.

—¡Menudo pillo es tu administrador! —dijo—. Perdió toda autoridad sobre los *mujiks* y ahora se queja. Más valdría darles los documentos y que se fueran a los cuatro puntos cardinales.

—¡Qué dices! Entonces se querrán ir todos —repuso Oblómov.

—¡Que se vayan! —dijo Shtolz despreocupadamente—. Aquel que esté contento y tenga beneficios no se irá, pero si a él no le conviene quedarse, tampoco te conviene a ti, ¿para qué lo quieres?

—¡Qué cosas se te ocurren! —dijo Iliá Ilich—. Los *mujiks* de Oblómovka son pacíficos, amantes de sus hogares, ¿qué van a hacer por ahí?

—Tú no sabes —lo interrumpió Shtolz— que en Verjliovo quieren hacer un embarcadero y que existe un proyecto de carretera y

Oblómovka no estará lejos de ella, y en la ciudad están organizando una feria.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Oblómov—. ¡Sólo eso nos faltaba! Oblómovka era tan apacible, tan apartada de todo y ahora, ¡la carretera, la feria! Los *mujiks* irán a la ciudad, los mercaderes a Oblómovka. ¡Qué calamidad!

Shtolz se echó a reír.

—¿Crees que no será una calamidad? —continuó Oblómov—. Los *mujiks* eran más o menos pacíficos, no se distinguían por nada especialmente bueno ni malo, hacían su trabajo y no les apetecía ninguna otra cosa... Ahora se echarán a perder, les apetecerá tomar té, café, llevar pantalones de terciopelo, tener acordeones, botas chirriantes... ¡Nada bueno saldrá de todo eso!

—Si ocurre todo tal como lo pintas, claro que no saldrá nada bueno —dijo Shtolz—. Pero si tú organizas una escuela en la aldea...

—¿No te parece pronto? —lo interrumpió Oblómov—. El saber perjudica al *mujik* si lo instruyes, será capaz de negarse a trabajar la tierra...

—Los *mujiks* podrán aprender entonces cómo debe ararse... Escucha, te digo en serio que este año debes ir a Oblómovka.

—Sí, es cierto, pero aún no tengo terminado el plan... —respondió tímidamente Oblómov.

—No te hace falta ningún plan —dijo Shtolz—. Tú vete y en el mismo lugar verás lo que debe hacerse. Hace tiempo que andas dándole vueltas a ese plan y no lo has terminado todavía. ¿Qué haces, pues?

—¡Andréi, Andréi! Además de la hacienda, tengo otras preocupaciones. ¿Qué me dices de la otra desgracia?

—¿Qué otra desgracia?

—Que me echan de la casa.

—¿Cómo que te echan?

—Pues así, simplemente, «múdese usted», me dicen, y eso es todo.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que y qué? Aquí me tienes agotado por todos esos problemas. Ten en cuenta que estoy solo, tengo que hacer esto y lo de más allá, comprobar facturas, pagar aquí, pagar allá y encima la mudanza! Se van montañas de dinero y ni siquiera sé en qué. Si me descuido, me quedaré sin un copec...

—¡Qué mimado estás! —dijo Shtolz, asombrado—. ¡Sufrir tanto por una mudanza! Y a propósito de dinero, ¿tienes mucho? Préstame quinientos rublos, tengo que enviarlos de inmediato; mañana los cogeré en la oficina...

—Espera, deja que recuerde... Hace poco me enviaron mil desde la aldea y me queda ahora... espera...

Oblómov se puso a rebuscar en los cajones.

—Aquí tengo... diez, veinte, mira, doscientos rublos... y otros veinte. También había calderilla... ¡Zajar! ¡Zajar!

Siguiendo el orden habitual, Zajar saltó de la tarima y entró en la habitación.

—¿Dónde están las dos monedas que había sobre la mesa? Yo mismo las puse ayer...

—Pero, Iliá Ilich, ¿otra vez con la calderilla? Ya le dije antes que aquí no había ninguna moneda.

—¿Cómo que no había? La vuelta de las naranjas...

—Se las habrá dado a alguien y no lo recuerda —dijo Zajar volviéndose hacia la puerta. Shtolz se echó a reír.

—¡Cómo son los de Oblómovka! —dijo con reproche—. ¡No saben el dinero que llevan en el bolsillo!

—¿Qué dinero le dio usted antes a Mijéi Andreich? —preguntó Zajar.

—¡Ah, es cierto! Tarántiev se llevó antes diez rublos y me había olvidado de eso.

—¿Por qué dejas entrar en tu casa a esa bestia? —preguntó Shtolz.

—¡No hace falta que lo deje! —intervino Zajar— Viene aquí como si ésta fuera su propia casa o la taberna. Se llevó la camisa y el chaleco del señor y, ¡olvídate de ellos! Antes vino en busca del frac: «Deja que me lo ponga», dijo... Si usted, padrecito Andréi Ivánich, pudiera convencerlo...

—No es asunto tuyo, Zajar; retírate —observó Oblómov severamente.

—Dame una hoja de papel blanco —pidió Shtolz—, tengo que escribir una nota.

—Zajar, trae papel, Andréi Ivánich lo necesita... —dijo Oblómov.

—Pero si no tenemos. Antes lo estuvimos buscando —respondió Zajar desde el pasillo sin entrar siquiera en la habitación.

—Dame aunque sea sólo un trocito —insistió Shtolz.

Oblómov rebuscó en la mesa sin encontrar nada.

—Bueno, pues una tarjeta de visita.

—Hace tiempo que no tengo tarjetas de visita —respondió Oblómov.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Shtolz con ironía—. Y eso que te dispones a emprender una obra y estás redactando un plan. Dime, ten la bondad, ¿vas a alguna parte? ¿Dónde sueles estar? ¿A quién ves?

—¿Adónde voy? Salgo poco, casi siempre estoy en casa. Me tiene preocupado el plan y ahora lo de la casa... Gracias a que Tarántiev quiere ayudarme a buscar una...

—¿Te visita alguien?

—Sí... Tarántiev, Alexeiev. Hace poco estuvo el doctor... Pienkin. Sudbinski, Vólkov...

—No veo ningún libro por aquí —dijo Shtolz.

—Aquí tienes uno —dijo Oblómov, señalando un libro sobre la mesa.

—¿De qué trata? —preguntó Shtolz tomando el libro—. Un viaje a África. Pero la página en la cual dejaste la lectura está enmohecida. No veo ningún periódico... ¿Lees la prensa?

—No, tiene letras pequeñas y estropea la vista. Además, no tengo necesidad de leerla; si hay alguna novedad, oyes hablar de ella todo el día desde todas partes.

—¡Por Dios, Iliá! —exclamó Shtolz, fijando en Oblómov una mirada sorprendida—. Pero ¿tú qué haces? Igual que una bola de masa, te enroscas y te acuestas.

—Es cierto, Andréi, como una bola de masa —respondió Oblómov tristemente.

—Reconocerlo no supone ninguna justificación.

—No, sólo respondo a lo que dijiste; no trato de justificarme —dijo Oblómov con un suspiro.

—Debes salir de esta modorra.

—Lo intenté antes, pero no lo conseguí y ahora... ¿para qué? Nada me sucede, mi alma ya nada ansia y la mente reposa tranquila —concluyó Oblómov con amargura apenas perceptible—. Basta ya de hablar de eso... Más vale que me digas de dónde vienes ahora.

—De Kiev. Dentro de dos semanas me voy al extranjero. Ven conmigo...

—Bueno, tal vez... —accedió Oblómov.

—Siéntate, pues, y solicita el pasaporte; mañana lo presentas...

—Eso de mañana... —dijo Oblómov, volviéndose atrás—. ¡Qué prisas, como si alguien nos estuviera azuzando! Lo pensaremos, hablaremos de ello y ¡Dios dirá! Tal vez tenga que ir antes a la aldea y ya después... al extranjero.

—Pero ¿por qué después? ¿No te lo mandó el doctor? Quítate, primero, esa grasa, la pesadez del cuerpo y entonces se quitará el sueño de tu espíritu. Debes hacer gimnasia de cuerpo y alma.

—No, Andréi, todo eso me fatigaría. Estoy mal de salud; es mejor que me dejes, vete solo...

Shtolz miró a Oblómov, que seguía tumbado, y Oblómov lo miró a él.

—Creo que hasta el vivir te da pereza, ¿no es cierto? —preguntó Shtolz.

—Es cierto, Andréi, me da pereza.

Shtolz se puso a pensar en la forma de llegarle a donde aún le quedara algo de vida, sin dejar de examinarlo en silencio. De pronto, se echó a reír.

—¿Por qué llevas una media de hilo y la otra de algodón? —preguntó, señalando los pies de su amigo—. Además, la camisa está al revés.

Oblómov se miró los pies y luego la camisa.

—Es verdad —confesó turbado—. Ese Zajar es un castigo enviado por Dios. No te puedes imaginar lo desesperado que me tiene. Me discute, responde groseramente y de trabajar, inada!

—¡Ay, Iliá, Iliá! —exclamó Shtolz—. No voy a dejarte así. Dentro de una semana serás otro hombre, no te reconocerás. Esta tarde te diré con todo detalle el plan que tengo pensado para ti y para mí. Ahora, ¡vístete! Ya verás cómo te animo. ¡Zajar! —gritó—. ¡Trae la ropa de Iliá Ilich!

—¡Por Dios, Andréi, qué dices! Espero a Tarántiev y Alexeiev para el almuerzo y queríamos después...

—Zajar —dijo Shtolz, sin escucharlo—, ¡trae la ropa!

—Ahora mismo, Andréi Ivánich; voy a limpiarle tan sólo las botas —respondió de buena gana Zajar.

—¿Cómo? ¿Todavía no están limpias y falta poco para las cinco?

—Limpias sí que están desde la semana pasada, pero como el señor no salió, se han deslustrado un poco...

—Bueno, tráelas tal como estén. Lleva mi maleta al salón, me quedaré en vuestra casa. Voy a vestirme y tú, Iliá, prepárate. Comeremos sobre la marcha en cualquier lado, luego visitaremos una o dos casas y...

—Pero ¡qué dices!... cómo así, de pronto... espera... déjame pensar... ¿No ves que estoy sin afeitarse?

—No hay que pensar ni rascarse el cogote... Te afeitarás por el camino, yo te llevaré...

—¿A casa de quién iremos? —exclamó Iliá tristemente—. ¿De gente desconocida? ¡Qué cosas se te ocurren! Más vale que visite a Iván Guerásimovich. Hace tres días que no lo veo.

—¿Quién es Iván Guerásimovich?

—Fue colega mío en el departamento.

—¡Ah, ese canoso funcionario! ¿Qué ves en él de bueno? ¡Qué tontería matar el tiempo con semejante imbécil!

—Qué duro eres a veces juzgando a la gente, Andréi. Es una buena persona, aunque no vista camisas de hilo de Holanda...

—¿Qué haces en su casa? ¿De qué habláis? —preguntó Shtolz.

—¿Sabes? —dijo Oblómov—, tiene una casa muy acogedora. Las habitaciones son pequeñas, los divanes muy hondos, te sientas y cabes todo entero, casi no se te ve. Tiene las ventanas cubiertas por enredaderas y cactus, más de una docena de canarios, tres perros muy dóciles. Siempre hay entremeses en la mesa. Los grabados representan escenas familiares. Cuando estoy en su casa, no tengo ganas de salir de ella. Me siento allí, no pienso en nada, sé que hay a mi lado un ser humano..., claro que no es un sabio, que digamos, no hay posibilidad de intercambiar ideas con él; es bondadoso, afable, hospitalario, sin pretensiones y no hablará mal de ti a tus espaldas.

—¿Y qué hacéis?

—¿Qué hacemos? Pues mira, llego, nos sentamos el uno frente al otro en el diván, con los pies en alto; él fuma...

—¿Y tú?

—También fumo; escuchamos el canto de los canarios. Luego María trae el samovar...

—¡Tarántiev, Iván Guerásimovich! —dijo Shtolz, encogiéndose de hombros—. Bueno, vístete rápido —le apresuró—. Y a Tarántiev cuando venga —continuó, dirigiéndose a Zajar— le dices que no almorzamos en casa, que Iliá Ilich comerá fuera durante todo el verano y que en otoño estará tan ocupado que no podrá verlo...

—Se lo diré, no me olvidaré, se lo diré todo —respondió Zajar—. ¿Y qué dispone respecto al almuerzo?

—Cómetelo con alguien y que te aproveche.

—Como mande, señor.

Diez minutos más tarde, Shtolz salió del salón vestido, rasurado y peinado; Oblómov, sentado con aire melancólico en la cama, se abrochaba lentamente la pechera de la camisa sin acertar con el ojal. Zajar, con una rodilla en tierra delante de él, le ofrecía una bota no limpia, como si se tratara de un manjar, en espera de que el señor acabara de abrocharse la camisa.

—¿No te has puesto aún las botas? —exclamó Shtolz, sorprendido— ¡Venga, Iliá, date prisa!

—Pero ¿adónde vamos? ¿Para qué? —preguntó Oblómov, angustiado—. ¿Qué tengo yo que hacer allí? He perdido la costumbre y, además, no me apetece.

—¡Date prisa, date prisa! —decía Shtolz, apresurándolo.

CAPÍTULO IV

AUNQUE ya era tarde, hicieron algunas gestiones; luego Shtolz invitó a comer con ellos a un propietario de minas de oro; más tarde fueron a tomar el té a la casa de campo de este último, encontraron allí a mucha gente y Oblómov pasó de pronto de la más absoluta soledad a un ambiente mundano. Regresaron a casa muy entrada la noche.

Al segundo y tercer día se repitió la misma historia y la semana transcurrió sin que se dieran cuenta. Oblómov protestaba, se quejaba, discutía, pero era arrastrado por su amigo y lo acompañaba a todas partes.

Un día, de regreso a casa, ya muy avanzada la noche, Oblómov protestó de un modo muy especial contra esa vida tan ajetreada.

—Me paso días enteros sin quitarme las botas —refunfuñaba, poniéndose el batín—, me arden los pies. Esta vida vuestra en San Petersburgo no me gusta nada —concluyó tumbándose en el diván.

—¿Y qué vida te gusta? —preguntó Shtolz.

—Una distinta.

—¿Se puede saber qué es precisamente lo que tanto te disgusta de ésta?

—Pues todo, el constante correr de un lado para otro, el eterno juego de las pasiones más viles; en particular, la avaricia, las zancadillas de unos y otros para abrirse camino, los chismes, la maledicencia, las faenas recíprocas, el mirarle a uno de pies a cabeza. Si prestas oído a lo que dicen acabarás mareado,

entontecido. A primera vista la gente parece tan inteligente, tan digna, pero su único tema de conversación es: «A Fulanito le concedieron esto». «Aquel otro consiguió el contrato, ¿por qué razón?», grita uno. «Este perdió ayer en el club». «¡Aquél lleva trescientos mil rublos ganados en el juego!». ¡Qué aburrimiento, qué aburrimiento! ¿Dónde está el ser humano? ¿Dónde su integridad? ¿Qué fue de él? ¿Cómo pudo empequeñecerse de ese modo?

—De algo tiene que ocuparse la sociedad, la gente —dijo Shtolz— Cada uno tiene sus propios intereses. La vida es eso...

—¡La sociedad, la gente! ¡Tú, Andréi, me has hecho volver a ella para que la aborreciese todavía más, para quitarme todo deseo de frecuentarla! ¡Vaya una vida! ¿Qué puedo encontrar allí? ¿Algo que interese a mi corazón, a mi cabeza? Date cuenta, no existe nada en el fondo de todo eso, no existe; nada hay allí de profundo, nada que te llegue al alma. Todos esos miembros de la sociedad están muertos, son hombres más dormidos que yo. ¿Qué los mueve en la vida? En vez de estar tumbados como yo, por ejemplo, van y vienen durante todo el día como moscas hacia delante y hacia atrás, pero ¿para qué? Entrás en un salón y no te cansas de admirar la simetría con que están distribuidos los invitados, la profunda y apacible expresión de sus rostros cuando... juegan a las cartas. ¡No puede negarse que se trata de una digna tarea vital! ¡Magnífico ejemplo para una inteligencia que quiere desarrollarse! ¿No te parecen seres muertos? ¿Acaso no duermen sentados durante toda su vida? ¿Es que soy yo más culpable que ellos permaneciendo acostado en mi casa en vez de amenazarles con tríos y escaleras?

—Todo cuanto dices es bien sabido y se ha dicho mil veces —observó Shtolz—. ¿No tienes nada nuevo que añadir?

—¿Y qué hace nuestra mejor juventud? ¿Acaso no duerme al caminar, al pasearse en carruaje por la avenida Nevski, al bailar?

Barajan los días en vano igual que si fueran naipes. Pero fíjate icon qué orgullo, con qué dignidad nunca vista y despectiva contemplan a los que no van vestidos como ellos, a los que no

ostentan su nombre y categoría! Esos desgraciados se imaginan, además, que están por encima de la multitud, como si dijeran: «Nosotros trabajamos donde vosotros no tenéis acceso; ocupamos la primera fila de butacas, asistimos a los bailes del príncipe N, a cuya casa sólo nos invitan a nosotros»... Pero en cuanto se juntan, se emborrachan y se pelean como salvajes. ¿Se los puede calificar, acaso, de seres vivos, despiertos? Y no me refiero a los jóvenes solamente; fíjate en los adultos. Se reúnen, se agasajan los unos a los otros, pero sin cordialidad ni benevolencia, ni mutua simpatía. Van a comer o a una velada como si fueran a cumplir un deber, sin alegría ni entusiasmo, para alardear después del cocinero, del salón, para burlarse luego a escondidas, ponerse la zancadilla unos a otros. Hace dos días, cuando almorzábamos, no sabía adónde mirar, ganas me daban de meterme bajo la mesa cuando empezaron a criticar a los ausentes: «¡Ése es tonto, aquél un miserable, el de más allá un ladrón!». ¡Qué encarnizamiento! Y al hablar así se miraban unos a otros como queriendo decir: «Si te vas, tan pronto como cruces la puerta, te pasará a ti lo mismo»... ¿Para qué se reúnen entonces si son todos iguales? ¿Por qué se dan esos apretones de manos tan fuertes? Ni las risas son sinceras ni existe entre ellos la más mínima simpatía. Tratan de obtener altos puestos, hacerse famosos. «En mi casa estuvo fulano y yo visité a zutano...». De eso presumen... Dime, ¿qué vida es ésa? Yo no la deseo. ¿Qué puedo aprender allí, qué utilidad me reporta?

—¿Sabes una cosa, Iliá? Razonas como los antiguos: en los libros viejos ya figura todo eso. Pero no está mal, por lo menos razones y no duermes. ¿Qué más? Continúa.

—¿Qué más puedo decir? Fíjate en ellos, ninguno tiene un rostro fresco, sano.

—Por culpa del clima —dijo Shtolz—. También tú tienes el rostro ajado y no corres de aquí para allá, sino que te pasas el tiempo tumbado.

—Ni uno solo te mira con ojos límpidos, serenos —prosiguió Iliá—. Se contagian unos de otros de angustia, de inquietud dolorosa, buscan afanosamente algo. Pero no el bien para sí y los demás, ni tampoco la verdad, no, palidecen ante el éxito del compañero. Uno sólo piensa en que debe pasarse mañana por la oficina, pues el expediente lleva cinco años en trámite y la parte contraria está a punto de salirse con la suya y durante esos cinco años no ha tenido más que una idea en la cabeza: hacer que fracase el otro y edificar, a base de su caída, su propio bienestar. Su ideal de vida, su meta, se reduce a ir de aquí para allá durante esos cinco años y a suspirar en la oficina. Uno sufre por tener que ir cada día a trabajar y estar hasta las cinco, y otro por carecer de tanta suerte...

—Eres un filósofo, Iliá —dijo Shtolz—. Todos trajinan menos tú, que nada necesitas.

—Ese señor de tez amarillenta y gafas —continuó Oblómov— me preguntó muy interesado si había leído el discurso de no sé qué diputado y me miró atónito cuando le dije que no leía la prensa. Y venga a darme la lata con Luis Felipe, ni que fuera su padre. Luego se interesó en conocer mi opinión sobre la marcha del embajador francés de Roma. ¿Cómo es posible pasarse la vida entera hablando todos los días de las noticias del mundo? ¿Gritar y discutir hasta quedarse roncos? Hoy Mohamed Alí envía un barco a Constantinopla y él se devana los sesos pensando en por qué lo hizo. Mañana don Carlos pierde una batalla y él queda sumido en dolorosa inquietud. Allí excavan un canal, allá mandan tropas a Oriente, ¡Dios santo! ¡La guerra que empieza! El hombre demudado corre, grita, como si el ejército lo atacara a él. Discuten, analizan los pros y los contras, pero de hecho se aburren, eso no los preocupa; a través de sus gritos se vislumbra su profundo sueño. Todo está al margen de ellos, se engalanan con ropas ajenas. Como nada tienen que hacer, se dispersan en todas direcciones, no se centran en nada. Bajo ese interés universal se oculta la vaciedad, el desinterés por todo. Los aburre elegir una modesta senda de trabajo, seguirla, abriendo un

profundo surco; eso no es visible, el saber mucho no los ayudará a presumir ante nadie.

—Pero tú y yo, Iliá, no nos hemos dispersado. ¿Dónde está nuestra modesta senda de trabajo? —preguntó Shtolz.

Oblómov enmudeció de pronto.

—Deja que acabe..., el plan... —respondió—. Bueno, ivayan con Dios! —añadió con fastidio—. No los crítico, no pretendo nada, pero no me parece normal la vida que llevan. Eso no es vivir, sino deformar la norma, el ideal de vida que la naturaleza marcó al hombre...

—¿Y cuál es ese ideal, cómo es la vida normal?

Oblómov no respondió.

—Dime, ¿qué vida elegirías para ti? —insistió Shtolz.

—Ya la tengo elegida.

—¿Cómo es? Dímelo, haz el favor.

—¿Cómo es? —repitió la pregunta Oblómov, volviéndose de espaldas en el sofá y mirando hacia el techo—. Me iría al campo.

—¿Qué te impide hacerlo ahora?

—Aún no está terminado el plan. Además, no iría solo, sino con mi mujer...

—¡Ah, esas tenemos! Muy bien, ive con Dios! ¿A qué esperas? Dentro de tres o cuatro años nadie querrá casarse contigo...

—¡Qué le vamos a hacer! Será el destino —dijo, suspirando, Oblómov— Mi fortuna no me lo permite.

—Por Dios, ¿y Oblómovka? ¡Son trescientos siervos!

—¿Y qué? ¿Cómo puedo vivir allí con mi mujer?

—¿No basta para que vivan dos personas?

—Vendrán los hijos.

—Si educas bien a los hijos, ellos mismos conseguirán mantenerse; has de saber dirigirlos...

—No, ¡para qué voy a convertir en artesanos a los que nacieron nobles! —lo interrumpió secamente Oblómov—. Además, incluso sin hijos, ¿cómo podremos vivir los dos? Es sólo un decir que seremos

mi mujer y yo; en realidad, tan pronto como te has casado se te llena la casa de no sé cuántas mujeres. Fíjate en cualquier familia: todos los días van a comer o a tomar café parientes o no parientes, amigos, conocidos, eso en el caso de que no vivan con ellos... ¿Cómo puedo alimentar con mi renta semejante pensión?

—Bueno, supongamos que te regalan, además, trescientos mil rublos, ¿qué harías con ellos? —preguntó Shtolz con gran curiosidad.

—Los llevaría de inmediato al banco —respondió Oblómov— y viviría de los intereses.

—Los intereses son pequeños, ¿por qué no invertirlos en alguna compañía, aunque sea en la nuestra?

—No, Andréi, a mí no me engañan.

—¿Cómo? ¿Tampoco confiarías en mí?

—Por nada del mundo; no por ti, pero puede ocurrir cualquier cosa; por ejemplo, que la compañía quiebre, y yo entonces me quedaría sin nada. Lo más seguro es el banco.

—Bueno, ¿y qué harías entonces?

—Pues me instalaría en una casa nueva, comfortable... Tendría en los alrededores buenos vecinos, tú, por ejemplo... Pero no, tú no estarías quieto en un sitio...

—¿Y te quedarías allí para siempre? ¿No irías a ninguna parte?

—¡Por nada del mundo!

—¿Para qué se preocupan, entonces, de construir vías férreas por todas partes y barcos, si el ideal de la vida es no moverse del sitio? ¿Sabes, Iliá? Vamos a presentar un proyecto para que detengan esas obras ya que nosotros no pensamos movernos.

—Hay muchos que quieren hacerlo, sin contar con nosotros: ¿acaso hay pocos administradores, dependientes, comerciantes, funcionarios y viajeros ociosos que no tienen casa propia? ¡Que viajen ellos!

—¿Y quién eres tú?

Oblómov no respondió.

—¿En qué categoría social te incluyes?

—Pregúntale a Zajar —respondió Oblómov.

Shtolz cumplió al pie de la letra el deseo de su amigo:

—¡Zajar! —llamó.

Éste se presentó medio dormido.

—¿Quién está ahí tumbado? —preguntó Shtolz.

Zajar despertó de inmediato y, desconfiado, miró de reojo a Shtolz y luego a Oblómov.

—¿Cómo quién? ¿Es que no lo ve?

—No lo veo —dijo Shtolz.

—¡Qué raro! Es el señor, es Iliá Ilich —explicó Zajar sonriendo.

—Está bien, puedes irte. Es el señor —repitió Shtolz, y se echó a reír estrepitosamente.

—Digamos el *gentleman* —corrigió Oblómov, fastidiado.

—No, no, tú eres el señor —insistió Shtolz sin dejar de reír.

—¿Qué diferencia hay? —dijo Oblómov—. También el *gentleman* es un señor.

—El *gentleman* es un señor —precisó Shtolz— que se pone él mismo las medias y se quita personalmente las botas.

—Los ingleses lo hacen porque no tienen bastantes criados; los rusos, en cambio...

—Bueno, termina de trazarme tu ideal de vida... Me hablabas de los excelentes amigos que tendrías alrededor, pero ¿qué más? ¿Cómo pasarías los días?

—Pues mira, me levantaría por la mañana —empezó a decir Oblómov, poniendo los brazos bajo la nuca mientras una expresión beatífica se extendía por su rostro. Mentalmente ya estaba en el campo—. El día es magnífico, el cielo azul, azul, sin ninguna nubecita; el balcón de una parte de la casa, según mi plan, mira hacia el este, al jardín, al campo; la otra parte está orientada hacia la aldea. En espera de que despierte mi mujer, me pongo la bata y paseo por el jardín para respirar el aire matinal; encuentro allí al jardinero y juntos regamos las flores, cortamos las ramas de los árboles, de los arbustos. Hago un ramo para mi mujer. Después me

doy un baño o voy al río para bañarme; cuando regreso, el balcón ya está abierto: mi mujer con una blusa y una ligera cofia, que apenas si se le sujeta en la cabeza... me espera. «El té ya está servido», me dice. ¡Qué beso! ¡Qué té! ¡Qué sillón tan cómodo! Tomo asiento ante la mesa y veo tostadas, crema de leche, mantequilla fresca...

—¿Y después?

—Después me pongo una amplia chaqueta o cazadora, abrazo a mi mujer por la cintura y nos adentramos en alguna larguísima y umbrosa avenida; caminamos lentamente, pensativos, en silencio o pensando en voz alta; soñamos, contamos los instantes de felicidad como se cuentan los latidos del pulso, escuchamos cómo palpita y se estremece el corazón, buscamos la comunión con la naturaleza... y así, sin darnos cuenta, llegamos al río, al campo... El río apenas se mueve, las espigas se mecen con el soplo de la brisa, hace calor... Nos sentamos en un bote, mi mujer lo lleva, apenas si levanta el remo...

—¡Pero si eres un poeta, Iliá! —lo interrumpió Shtolz.

—Sí, poeta de la vida, porque la vida es poesía. ¡Mal hace la gente en deformarla! Luego podríamos ir al invernadero —continuó Oblómov, entusiasmado por el ideal de la felicidad que describía.

Su imaginación le sugería cuadros ya acabados, dibujados por él hacía tiempo, y hablaba con inspiración, sin detenerse.

—Iríamos a ver los melocotones, las uvas —decía—, escogeríamos los que debían ser servidos para el almuerzo; luego volveríamos a casa, comeríamos un poco y esperaríamos a los amigos... Mientras tanto, mi mujer habría recibido una cartita de alguna María Petrovna enviándole un libro, unas partituras, o bien alguien nos habría mandado de regalo una piña o en mi invernadero habría madurado de pronto una sandía descomunal, que enviaríamos a un buen amigo para el almuerzo del día siguiente y lo compartiríamos con él... Y, mientras tanto, en la cocina todo está en ebullición: el cocinero con un delantal y un gorro blancos como la nieve trajina sin parar: pone una cacerola, quita otra, remueve algo

en la tercera, prepara la masa, echa fuera el agua... los cuchillos no cesan de cortar verdura... Más allá están haciendo helado... Da gusto asomarse a la cocina poco antes del almuerzo, abrir las tapas de las ollas, oler lo que hay dentro, ver cómo doblan las empanadillas o montan la nata. Luego me tumbaría en un canapé, mi mujer leería algún libro nuevo; de vez en cuando dejaría de leer y discutiríamos... En eso vendrían ya los invitados, tú y tu mujer, por ejemplo...

—¡Vaya, también a mí me has casado!

—Desde luego. Dos o tres amigos más, siempre los mismos. Continuaríamos la conversación interrumpida la tarde anterior, bromearíamos o bien, guardando un silencio elocuente, quedaríamos pensativos, pero no a causa de haber perdido algún cargo, no por asuntos del senado, sino por la plenitud de los deseos satisfechos, por reflexiones placenteras... No oirías filípicas con espuma en la boca dirigidas a los ausentes, ni habría miradas que te auguraran lo mismo tan pronto como abandonarás la reunión; no tendríamos como amigos a personas por quienes no sintiéramos aprecio o cariño. En todos los ojos habría simpatía; en las bromas, risas sinceras, amistosas... ¡Todo sería cordialidad! Lo que se piensa y se dice saldría del corazón. Después del almuerzo, el café y los cigarros en la terraza...

—Siempre pintas los mismos cuadros, lo que ya existía en vida de tus padres y abuelos.

—No, no es lo mismo —lo interrumpió Oblómov, casi ofendido—. ¿Cómo va a ser lo mismo? ¿Acaso mi mujer se dedicaría a preparar confituras y a poner setas en salmuera? ¿Contaría, acaso, las piezas de hilo aldeano y los encajes? ¿Crees que daría de bofetadas a las criadas? Te hablo de libros, partituras, pianos, elegantes muebles...

—Bueno, ¿y tú qué harías?

—Pues yo no me dedicaría a leer la prensa del año pasado, no viajaría en un viejo carruaje y, en vez de comer fideos y ganso, haría que el cocinero aprendiera en un club inglés o en la casa de un embajador.

—Bueno, ¿y qué más?

—Después, una vez que decayera el calor, enviaría un carro con samovar y golosinas al seto de los abedules, y si no al campo recién segado, extenderíamos alfombras entre los haces y seríamos felices allí hasta que llegase la hora de cenar. Veríamos pasar a los *mujiks* con sus guadañas al hombro camino de la casa, algún carro traqueteante tan cubierto de heno que no se vería ni al caballo y arriba del todo, el gorro del campesino y una cabecita infantil; pasaría cantando un grupo de campesinas con los pies descalzos... Al ver de pronto a los señores se callan y saludan con profunda reverencia. Una de ellas, de tostada tez y desnudos brazos, con los ojos pudorosamente bajos pero maliciosos, se defiende, sólo por guardar las apariencias, de la caricia del señor, pero ise siente tan feliz! Tsss... ¡Dios nos libre de que lo vea la esposa!

Y ambos, tanto Oblómov como Shtolz, ríen a carcajadas.

—Anochece —continúa Oblómov—, ya se siente la humedad. La niebla, como un mar volcado, pende sobre el campo de centeno, los caballos se estremecen y golpean la tierra con sus cascos. Es hora de regresar. En la casa se han encendido las luces y desde la cocina llega el golpear de numerosos cuchillos: una sartenada de setas, carne, bayas... Suena la música... *Casta Diva... ¡Casta Diva!* —empezó a cantar Oblómov el comienzo de la cavatina—. No puedo recordar con indiferencia esta aria. ¡Con qué sentimiento desvela esa mujer su corazón! ¡Cuánta tristeza en sus sonos! Ella está sola... Y ninguno de los que la rodean sabe nada... Le pesa el secreto y se lo confía a la luna...

—¿Te gusta esa aria? Me alegro muchísimo. Olga Ilínskaia la canta maravillosamente. Te la presentaré, verás qué voz tiene. ¡Cómo canta! Y, además, es una criatura encantadora. Tal vez no sea muy imparcial juzgándola; siento debilidad por ella... Pero no te distraigas, no te distraigas, sigue contando —añadió Shtolz.

—Y bien —prosiguió Oblómov—, ¿qué más te puedo contar? Eso es todo... Los invitados se retiran a sus pabellones y al día siguiente

se dispersan: unos a pescar, otros van de caza y los demás se quedan allí...

—¿Sin tener nada entre las manos? —preguntó Shtolz.

—¿Qué quieres que tengan? Un pañuelo tal vez. ¿No te gustaría vivir así? —preguntó Oblómov—. ¡Eso sí que es vida!

—¿Y así siempre?

—Hasta la vejez, hasta la tumba. ¡Eso es vivir!

—No, eso no es vivir.

—¿Cómo que no? ¿Qué te falta? Tú piensa que no verías ni un solo rostro pálido, sufriente, ninguna preocupación, nadie preguntaría por el senado, ni por la bolsa, las acciones, los informes, las audiencias del ministro, los ascensos del escalafón, las remuneraciones. Todas las conversaciones serían espirituales. No habría que mudarse nunca de casa. Sólo eso, cuánto vale. Y tú dices que eso no es vivir.

—No, eso no es vivir —repitió Shtolz tercamente.

—¿Y qué es según tú?

—Es... —Shtolz quedó pensativo en busca del calificativo para esa vida—. Es... oblomovismo —dijo al fin.

—¡O-blo-mo-vis-mo! —deletreó lentamente Iliá Ilich, asombrado por esta extraña palabra—. ¿O-blo-mo-vis-mo?

Miró a su amigo de modo extraño y penetrante.

—Entonces, ¿cuál es el ideal de vida para ti? ¿Por qué no el oblomovismo? —preguntó con voz tímida y apagada—. ¿Acaso no aspiran todos a lo que yo sueño? Escucha —agregó con mayor seguridad—, ¿es que no pretendéis con todo vuestro trajinar, vuestras pasiones, guerras, comercio y política conseguir la paz, el reposo? ¿Recuperar el paraíso perdido?

—Hasta tu utopía es puro oblomovismo —repuso Shtolz.

—Todos buscan el descanso y la tranquilidad —siguió defendiéndose Oblómov.

—No todos, y hace diez años tampoco tú buscabas ese ideal en la vida.

—¿Qué buscaba? —preguntó Oblómov, perplejo, tratando de recordar.

—Recuerda, piensa. ¿Dónde están tus libros, tus traducciones?

—Zajar los metió no sé dónde —respondió Oblómov—. Estarán en algún rincón.

—¡En un rincón! —exclamó Shtolz con reproche—. Pues bien, en ese mismo rincón están tus propósitos de «servir mientras tengas fuerzas, porque Rusia necesita manos y cerebros para el desarrollo de sus inagotables recursos (son palabras tuyas); es preciso trabajar para que sea más dulce el descanso, pero descansar significa vivir otro aspecto de la vida, la vida de los artistas y de los poetas». ¿También guardó Zajar en un rincón esos propósitos tuyos? ¿Recuerdas que querías recorrer países extranjeros para conocer y amar mejor el tuyo? «Toda la vida es pensamiento y trabajo —decías siempre en aquel entonces—; el trabajo, aunque sea anónimo y oscuro, ha de ser constante y se debe morir sabiendo que se ha cumplido con el deber». ¿Eh? ¿Dónde arrinconaste todo eso?

—Sí... sí... —decía Oblómov, escuchando con inquietud cada palabra de Shtolz—. Recuerdo que yo entonces... creo... ¡Claro que sí! —exclamó de pronto al recordar el pasado—. Tú y yo, Andréi, nos disponíamos a recorrer primero toda Europa a lo largo y a lo ancho, ver Suiza a pie, quemarnos los pies en el Vesubio, bajar hasta Herculano. ¡A punto estuvimos de volvernos locos! ¡Cuántas tonterías!

—¡Tonterías! —repitió Shtolz con reproche—. ¿No eras tú quien con lágrimas en los ojos me decías, al contemplar los grabados de las madonas de Rafael, la noche de Correggio o el Apolo de Belvedere: «¿Será posible, ¡Dios mío!, que jamás consiga ver los originales y enmudecer de espanto al pensar que estoy viendo una obra de Miguel Ángel, de Tiziano y que estoy pisando el suelo de Roma? ¿Será posible que se me acabe la vida y sólo vea esos limoneros, cipreses y mirtos en los invernaderos y no en su patria? Que muera sin respirar el aire de Italia y sin empaparme del azul de

su cielo?». ¡Cuántos magníficos fuegos de artificio brotaban de tu cabeza! Y dices que eran tonterías.

—Sí, sí, lo recuerdo —decía Oblómov, sumido en sus recuerdos—. Me acuerdo de que tú me tomaste de la mano y dijiste: «Juremos no morir antes de ver todo esto...».

—Recuerdo —dijo Shtolz— que un día en que cumplía años me regalaste una traducción de Say con una dedicatoria; aún conservo la obra. Recuerdo cómo te encerrabas con el profesor de matemáticas para averiguar a toda costa para qué necesitabas saber lo que eran las circunferencias y los cuadrados, luego te cansaste y lo dejaste a medias. Más tarde empezaste a estudiar inglés... y también lo dejaste. Y cuando yo decidí ir al extranjero y te invité a ir conmigo a las universidades alemanas, saltaste de alegría, me abrazaste y estrechándome solemnemente la mano dijiste: «Andréi, cuenta conmigo, iré contigo a todas partes». Siempre fuiste un poco actor. Y ya ves, Iliá, yo estuve dos veces en el extranjero al acabar nuestros estudios, me senté humildemente en los bancos estudiantiles de Bonn, Jena, Erlangen; luego recorrí Europa para conocerla como si fuera una propiedad mía. Claro está que el viajar es un lujo y no todos pueden permitírselo ni están obligados a hacerlo. Pero ¿y Rusia? Conozco Rusia a lo largo y a lo ancho. Trabajo...

—Algún día dejarás de trabajar —observó Oblómov.

—Nunca lo dejaré. ¿Para qué?

—Cuando dupliques tu capital —dijo Oblómov.

—Incluso si llegara a cuadruplicarlo tampoco lo dejaría.

—¿Para qué te afanas tanto —preguntó Oblómov después de un rato de silencio— si no pretendes asegurar tu porvenir para siempre y retirarte luego a descansar?

—Es decir, seguir con el oblomovismo, pero en el campo.

—O bien alcanzar con tu trabajo honores, categoría social y luego gozar de un merecido descanso en medio de una honrosa inactividad...

—¡Oblomovismo petersburgués! —repuso Shtolz.

—¿Cómo se ha de vivir entonces? —preguntó Oblómov, fastidiado por las réplicas—. ¿Para qué sufrir toda la vida?

—Por el propio trabajo, sólo por eso. El trabajo da forma, contenido y plenitud a la vida, a la mía por lo menos; tú, por ejemplo, has desterrado el trabajo de tu vida y ¿a qué la dejaste reducida? Trataré de hacerte cambiar, tal vez por última vez. Pero si después de ello sigues metido aquí con los Tarántiev y los Alexeiev, acabarás perdido del todo. Serás una carga para ti mismo. ¡Ahora o nunca! —concluyó Shtolz.

Oblómov lo escuchaba mirándolo con ojos inquietos. Se diría que su amigo le había puesto un espejo delante y se asustó al reconocerse en él...

—No me regañes, Andréi, más vale que de verdad me ayudes —dijo al tiempo que suspiraba—. También yo me atormento por esta causa; si tú hubieras visto y oído, aunque sólo fuera hoy, cómo cavaba mi propia fosa y lloraba mi destino, no tendrías ánimos para reñirme. Lo sé y lo comprendo todo, pero carezco de fuerzas y de voluntad. Dame tu voluntad y tu inteligencia y llévame a donde quieras. A ti tal vez te siga, pero yo solo no me moveré del sitio. Tienes razón al decir «ahora o nunca». Un año más y será tarde.

—Pero ¿eres tú el mismo Iliá? —preguntó Shtolz—. Yo te recuerdo como un muchacho vivaracho, delgado, que iba todos los días de Prechístenka a Kudrino; allí había un jardín... ¿Recuerdas a las dos hermanas? ¿Te has olvidado también de Rousseau, de Schiller, de Goethe y Byron, cuyos libros les llevabas para que dejaran de leer las novelitas de Genlis y Cottin?... ¡Presumías ante ellas, querías depurar su gusto!

Oblómov se levantó de un salto.

—¿También tú lo recuerdas? ¡Claro! Soñaba con ellas, murmuraba en sus oídos planes llenos de esperanzas para el futuro, exponía ideas... y también sentimientos, pero a escondidas de ti, para evitar que te rieras. Todo eso murió allí y jamás volvió a

repetirse. ¿Adónde se fue? ¿Por qué se malogró? ¡Es incomprendible! Jamás sufrí conmociones ni tormentas, jamás perdí nada de cuanto tenía, ningún yugo oprimió mi conciencia pura como el cristal, ningún revés destrozó mi orgullo, pero sólo Dios sabe por qué se ha perdido todo! —terminó con un suspiro—. ¿Sabes, Andréi? —continuó diciendo—, jamás ardió en mi vida ningún fuego ni salvador ni destructor. Al contrario de lo que suele sucederle a los demás, mi vida no fue nunca un amanecer que poco a poco adquiere color para convertirse luego en un mañana radiante, cuando todo bulle y se mueve en el esplendoroso mediodía, y se desvanece paulatinamente para extinguirse con toda naturalidad y poco a poco al anochecer. No, mi vida empezó apagándose. Parece extraño, pero así es. Desde el primer instante que tuve conciencia de mí mismo, ya sentí que declinaba. Empecé a declinar en la oficina, copiando documentos; más tarde, al leer verdades en los libros con las cuales no sabía qué hacer en la vida; luego, en el trato con los amigos, escuchando sus comentarios, calumnias, burlas, su charla malintencionada y fútil, su vaciedad; al ver las relaciones que se mantenían en reuniones sin objetivo, sin cordialidad; perdí ilusiones y fuerzas con Mina, le pagaba más de la mitad de mi renta y pensé que la amaba; en mis indolentes y aburridos paseos por la avenida Nevski, entre abrigo de pieles de visón y cuellos de castor; en las veladas y días de recepción donde me trataban cordialmente como novio aceptable; dilapidaba mi ser y mi inteligencia en las menudencias de la vida, en los viajes desde la ciudad a la casa del campo, desde la casa del campo a la ciudad. Conocía la llegada de la primavera por la presencia de ostras y langostas; del otoño e invierno, por los días señalados; del verano, por las fiestas; y toda la vida estaba marcada por una somnolencia tranquila e indolente, igual que para los demás... Incluso el amor propio... ¿En qué lo cifraba? ¿En que me hiciese el traje un sastre famoso, en ser recibido en una casa importante, en que el príncipe P. me estrechase la mano? ¡Y el amor propio es la sal de la vida! ¿Dónde lo perdí? O no entendí esta vida o

no sirve para nada; el caso es que no conocí ninguna otra que fuese mejor, nadie me la mostró. Tú aparecías y desaparecías como un cometa rápido y brillante. Yo me olvidaba de todo y seguía desvaneciéndome...

Shtolz no reaccionó esta vez con irónica burla al discurso de Oblómov. Lo escuchaba y callaba sombríamente.

—Hace poco me dijiste que mi rostro estaba ajado, que no tenía buena cara —continuó Oblómov—; sí, estoy fofo, soy como una chaqueta vieja y gastada, pero no a causa del clima ni del trabajo, sino porque en mí estuvo enterrada durante doce años una luz que buscaba la salida, limitándose a quemar su prisión; una luz que no logró escapar y se extinguió sin conseguir la libertad. De ese modo, mi querido Andréi, pasaron doce años y ya no siento deseos de volver a despertar.

—¿Por qué no intentaste escapar, por qué no huiste en vez de perderte en silencio? —preguntó Shtolz con impaciencia.

—¿Adónde?

—¿Adónde? Aunque fuera al Volga con tus *mujiks* incluso allí hay más movimiento, ciertos intereses, algún objetivo, trabajo. Yo me habría ido a Siberia...

—¡Qué remedios más drásticos recetas! —dijo Oblómov con aire abatido—. ¿Crees, acaso, que yo soy el único? Fíjate en Mijáilov, en Petrov, Semiónov, Alexeiev, Stepánov... ¡Ni se cuentan! ¡Nuestro número es legión!

Shtolz se hallaba aún bajo la impresión que le había causado la confesión de Iliá y guardaba silencio.

—Sí —dijo suspirando—, ha llovido mucho desde entonces. Pero yo no te dejaré así. Te llevaré conmigo, primero al extranjero, después a la aldea; adelgazarás un poco, dejarás tu tristeza y luego te buscaremos alguna ocupación...

—¡Sí, vamos a alguna parte! —exclamó Oblómov.

—Mañana haremos las gestiones precisas para el pasaporte, luego nos prepararemos para el viaje... No te dejaré en paz, ¿me

oyes, Iliá?

—Tú lo quieres hacer todo mañana mismo —repuso Oblómov como si descendiera de las nubes.

—Y a ti te gustaría «dejar para mañana lo que puede hacerse hoy» ¡Qué bríos! Hoy es tarde —añadió Shtolz—, pero dentro de dos semanas estaremos lejos...

—¡Qué dices, hermano, por Dios, así de pronto...! —exclamó Oblómov—. Déjame que lo piense bien y me prepare... habrá que conseguir un carruaje... tal vez tardemos unos tres meses.

—¡Vaya una idea!, hasta la frontera iremos en coche correo, o en barco hasta Lübeck, como nos sea más cómodo, y una vez allí hay ferrocarriles en muchas direcciones.

—¿Y qué hago con la casa, con Zajar, con Oblómovka? Habrá que tomar medidas —se defendía Iliá Ilich.

—¡Oblomovismo, oblomovismo! —dijo Shtolz riendo y, cogiendo una vela, deseó las buenas noches a Oblómov y se fue a dormir—. ¡Ahora o nunca! Recuérdalo —añadió, volviéndose hacia Oblómov y cerrando la puerta.

CAPÍTULO V

«A HORA o nunca», ésas fueron las primeras palabras que recordó Oblómov a la mañana siguiente, tan pronto como despertó.

Se levantó de la cama, dio unas vueltas por la habitación y miró hacia la sala. Shtolz estaba escribiendo.

—¡Zajar! —llamó Oblómov.

No se oyó el consabido salto desde la tarima; Shtolz lo había enviado a correos. Oblómov se acercó a su polvorienta mesa, se sentó, tomó la pluma y la sumergió en el tintero, pero no había tinta; buscó papel y tampoco lo encontró.

Quedó pensativo; y se puso a trazar algo maquinalmente con el dedo en el polvo de la mesa. Luego leyó lo escrito: había puesto Oblomovismo.

Borró rápidamente con la manga lo escrito. Por la noche también había soñado con esa palabra, escrita con letras de fuego como en el festín de Baltasar.

Cuando Zajar, a su regreso, vio que Oblómov no estaba en la cama, lo miró con ojos turbios, asombrado por hallarlo de pie. En esa inexpresiva mirada de asombro estaba escrito «¡Oblomovismo!».

«Una sola palabra —pensaba Iliá Ilich—, pero... ¡qué venenosa!».

De acuerdo con la costumbre, Zajar cogió un peine, un cepillo, la toalla y se dispuso a peinarlo.

—¡Vete al diablo! —dijo Oblómov enfadado, y de un manotazo hizo caer el cepillo de manos de Zajar, quien, a su vez, tiró el peine.

—¿Piensa acostarse de nuevo? —preguntó Zajar—. Le arreglaré entonces la cama.

—Tráeme tinta y papel —respondió Oblómov, y se quedó pensando en las palabras «ahora o nunca».

Tomaba conciencia de ese desesperado llamamiento a la razón y a la voluntad y sopesaba cuánto tenía de una y otra y a qué debía consagrar ese exiguo resto.

Después de dolorosas reflexiones, cogió la pluma, sacó un libro que estaba metido en un rincón e intentó, durante una hora, leer, escribir y reflexionar sobre todo cuanto no había leído, ni escrito, ni pensado en diez años.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Ir hacia delante o quedarse? Esa cuestión tenía para él mayor profundidad que la de Hamlet. Ir hacia delante significaba abandonar de pronto su amplio batín, no sólo quitárselo de los hombros, sino del alma, de la mente; barrer el polvo y las telarañas no sólo de las paredes, sino de los ojos y recobrar la vista. ¿Cuál debía ser el primer paso hacia esa meta? ¿Por dónde tenía que comenzar? «No sé —pensaba—, no puedo... no... trato de engañarme a mí mismo... lo sé perfectamente... Además, tengo aquí a Shtolz, él me lo dirá».

«Pero ¿qué puede decirme? Esta semana —me dirá— has de escribir al administrador dándole detalladas instrucciones y has de enviar esa carta a la aldea; hipotecarás Oblómovka, comprarás más tierras, enviarás el plan de las obras a realizar, dejarás la casa, recogerás el pasaporte y nos iremos al extranjero durante seis meses; tienes que rebajar el exceso de grasa y refrescar el alma respirando el aire que antaño te hizo soñar con tu amigo; vivirás sin batín, sin Zajar y Tarántiev; te vestirás solo y te quitarás las botas tú mismo; dormirás únicamente de noche y viajarás como todos por ferrocarril o barco, después irás al campo, sabrás la razón de que haya *mujiks* pobres y ricos. Después... te instalarás en Oblómovka, aprenderás cómo es la siembra y la trilla, tomarás parte en las elecciones, visitarás fábricas, molinos y embarcaderos. Y, al mismo

tiempo, leerás periódicos, libros y te preocuparás de que los ingleses hayan enviado un barco al Oriente»...

»¡Eso me dirá! Eso significa ir hacia delante... Y así toda la vida. ¡Adiós al ideal poético de la existencia! Será algo así como una forja, pero no una vida: llamas, calor, chirridos, estruendo... ¿y cuándo viviré? ¿No sería mejor quedarme? Quedarse significa ponerse la camisa del revés, oír los saltos de Zajar, comer con Tarántiev, pensar lo menos posible, no, terminar de leer *Un viaje a África*, envejecer tranquilamente en casa de la comadre de Tarántiev...».

«¡Ahora o nunca!». «¡Ser o no ser!». Oblómov intentó levantarse del sillón, pero sus pies no acertaron de golpe con las zapatillas y volvió a sentarse.

Dos semanas más tarde, Shtolz se fue a Inglaterra habiéndole prometido Oblómov reunirse con él directamente en París. Iliá Ilich ya tenía el pasaporte, había encargado incluso un abrigo de viaje y se había comprado una gorra. Así de avanzadas estaban las cosas.

Zajar procuraba convencerlo muy seriamente de que bastaba con encargarse un solo par de botas y mandar que arreglasen las otras. Oblómov compró una manta de viaje, camisetas de lana, un maletín y tenía la intención de adquirir una mochila para las provisiones, pero muchas personas le aseguraron que al extranjero no se llevaban provisiones.

Zajar, todo sudoroso, iba y venía como loco por talleres y tiendas, y aunque fuese mucha la calderilla de las vueltas que se guardó en los bolsillos, maldijo a Shtolz y a todos cuantos inventaron los viajes al extranjero.

—¡Qué va a hacer él allí solo! —decía en la tienda—. Cuentan que allí son las mujeres las que atienden a los señores. ¿Cómo podrá una moza quitarle las botas? ¿Y cómo va a ponerle las medias en sus piernas desnudas?

Zajar sonrió, meneando la cabeza, y sus patillas se alzaron por ambos lados.

Oblómov llegó al extremo de anotar las cosas que iba a llevarse y lo que dejaría en casa. Encargó a Tarántiev que llevase a la casa de su comadre, al barrio de Vyborg, los muebles y demás enseres, que los encerrase allí en tres habitaciones y los aguardase hasta que él regresara del extranjero.

Los conocidos de Oblómov, unos con desconfianza, otros con risa y los terceros con cierto temor, comentaban: «Se va de viaje, imagínese, Oblómov ha decidido moverse».

Pero Oblómov no se fue ni en un mes ni en tres. En la víspera de su marcha se le inflamó un labio. «Me habrá picado una mosca; no puedo embarcar con semejante labio», dijo, y se puso a esperar otro barco. Llegó el mes de agosto. Shtolz ya estaba en París hacía tiempo y le escribía cartas furiosas, pero no recibía contestación.

¿Cuál era el motivo? ¿Se le habría secado la tinta en el tintero o no tendría papel? ¿O tal vez porque el «que» y el «cual» se juntaban demasiadas veces o porque en su cruel dilema de «ahora o nunca» había elegido este último y yacía con los brazos bajo la cabeza y eran vanos los esfuerzos de Zajar por despertarlo?

No, su tintero estaba lleno y había papeles de todas clases sobre la mesa.

Después de haber escrito varias páginas, nunca había puesto dos veces seguidas el «que» ni el «cual»; su estilo era fluido, incluso elocuente y expresivo como en «otros tiempos», cuando soñaba con Shtolz en una vida dedicada al trabajo y a los viajes.

Ahora se levantaba a las siete de la mañana, leía, llevaba libros no se sabe adónde. No había en su rostro ninguna huella de sueño, cansancio o aburrimiento. Incluso tenía colores y le brillaba en los ojos una cierta audacia o, por lo menos, seguridad. No se ponía el batín: Tarántiev se lo había llevado con las demás cosas a la casa de su comadre.

Oblómov lee y escribe ataviado con traje de calle; anuda en su garganta un ligero pañuelo; los cuellos de su camisa, vueltos sobre la corbata, brillan como la nieve. Sale a la calle luciendo una

impecable chaqueta, magníficamente hecha, y un elegante sombrero... Está alegre, canturrea... ¿A qué se debe todo esto?

Se lo ve sentado junto a la ventana de su casa de campo (ahora vive allí, a algunos kilómetros de la ciudad) y hay un ramo de flores a su lado; escribe presuroso algo y no deja de mirar a cada instante hacia el sendero y de nuevo vuelve a escribir. De pronto se oye crujir la arena del sendero bajo unos pies ligeros. Oblómov tira la pluma, coge el ramo y corre hacia la ventana.

—¿Es usted, Olga Serguéievna? ¡Ahora, ahora mismo voy! —dice, y, agarrando su gorra y el bastón, sale corriendo y tiende la mano a una bella joven; ambos desaparecen en el bosque, a la sombra de unos magníficos abetos...

Zajar, que sale de algún rincón, los mira marchar, cierra la habitación y se va a la cocina.

—Se fue —le dice a Anisia.

—¿Vendrá a comer?

—¡Quién sabe! —responde, somnoliento, Zajar.

Zajar sigue siendo el de siempre; las mismas monumentales patillas, la barba hirsuta, idéntico chaleco gris y agujero en la levita, pero está casado con Anisia, bien por haber roto con la comadre, bien por estar convencido de que el hombre ha de estar casado; aunque casado, no ha cambiado en nada, en contra de lo que dice el refrán.

Shtolz introdujo a Oblómov en la casa de Olga y de su tía. Cuando lo llevó allí por primera vez, había muchos invitados y Oblómov se sentía cohibido y turbado como siempre.

«Sería estupendo si pudiera quitarme los guantes —pensaba—, hace calor en la casa. ¡He perdido la costumbre de todo eso!...».

Shtolz se sentó al lado de Olga, que estaba sola junto a una lámpara, algo alejada de la mesa donde se servía el té; apoyada en el respaldo del sillón parecía poco interesada por cuanto ocurría a su alrededor.

Se alegró mucho de ver a Shtolz, aunque sus ojos no lanzaron destellos luminosos ni sus mejillas se arrebolaron de rubor; una luz serena, uniforme, se extendió por su rostro y sonrió.

Olga consideraba a Shtolz un amigo suyo y sentía cariño por él porque siempre la hacía reír y no dejaba que se aburriese, pero, al mismo tiempo, le tenía cierto miedo, pues se sentía demasiado infantil ante él.

Cuando tenía alguna duda, cuando necesitaba preguntarle algo, tardaba en confiarse; era muy superior a ella, de forma que su amor propio padecía, a veces, por su falta de madurez, por la diferencia en su inteligencia y años.

Shtolz, por su parte, la admiraba desinteresadamente como una maravillosa criatura, por el delicioso frescor de su espíritu y de su corazón. Era para él como una niña encantadora que prometía mucho.

A Shtolz le gustaba hablar con ella y le dedicaba más tiempo que a otras mujeres, porque ella, aunque inconscientemente, seguía una senda natural y sencilla de vida, y gracias a su feliz naturaleza y a una educación sana, no retorcida, no evitaba las manifestaciones sinceras de su pensamiento, de sus sentimientos o su voluntad; era natural hasta en el movimiento más insignificante, apenas perceptible, de los ojos, labios y manos.

Tal vez caminase con tanta seguridad por esa senda porque a veces oía, junto a sí, los pasos aún más seguros del «amigo» en quien creía y a cuyo caminar acompañaba el suyo.

Sea como fuere era raro encontrar en una joven tal sencillez y libertad natural de opiniones, conceptos y actos. Jamás en sus ojos podía leerse: «Ahora, apretaré un poco el labio y me quedaré pensativa; eso me favorece. Miraré hacia allá y lanzaré un gritito, en seguida acudirán a mi lado. Me sentaré junto al piano y asomaré un poquito la punta del pie...».

No había en ella ninguna coquetería, ningún artificio; no se adornaba con oropeles de ninguna clase, ni tenía ocultas

intenciones. Tal vez por ello Shtolz era el único en apreciarla y por eso, quizá, había permanecido sentada más de una mazurca, sin ocultar su aburrimiento; los galanes más amables eran poco locuaces con ella, pues no sabían qué decirle ni cómo hablarle...

Unos la consideraban simple y poco inteligente, pues no brotaban de su boca ni sabias sentencias sobre la vida o el amor, ni rápidas, inesperadas y audaces réplicas, ni juicios oídos o leídos sobre música y literatura; hablaba poco, pero decía lo que pensaba, exponía sus propias opiniones, poco importantes, y los «caballeros» mundanos y listos la evitaban; en cambio, los no muy lanzados la consideraban demasiado inteligente y la temían un poco. Shtolz era el único que hablaba con ella constantemente, haciéndola reír.

Olga era aficionada a la música, pero casi siempre cantaba a escondidas, bien para Shtolz, bien para alguna amiga del colegio; en opinión de Shtolz, sobrepasaba a cualquier cantante. Tan pronto como Shtolz tomó asiento a su lado, sonaron sus risas, tan sinceras, contagiosas y sonoras, que todo aquel que las oyese acabaría riendo sin saber la causa.

Pero no sólo risa provocaba en ella Shtolz; media hora después lo escuchaba con curiosidad y con mayor curiosidad aún trasladaba de pronto su mirada a Oblómov, quien, por este motivo, estaba dispuesto a que lo tragase la tierra.

«¿Qué estarán diciendo de mí?», pensaba inquieto, mirándoles de reojo; había intentado irse, pero la tía de Olga lo había llamado a la mesa, lo había hecho sentar a su lado bajo el fuego cruzado de las miradas de todos los contertulios. Oblómov se volvió tímidamente a Shtolz, pero él ya no estaba; miró a Olga y se encontró con esa mirada de curiosidad fija en su persona.

«Aún sigue mirando», pensó, examinando con turbación su traje.

Incluso se limpió el rostro con el pañuelo, por si tenía manchada la nariz, se arregló la corbata, temiendo que se le hubiese torcido, cosa que le ocurría a veces. Pero no, todo parecía estar en orden; ella, sin embargo, seguía mirándolo.

El sirviente le ofreció una taza de té y una bandeja con pastas. En su intento por vencer la turbación, por mostrarse desenvuelto, se sirvió tal puñado de pastas, galletas y bizcochos, que una niña sentada a su lado se echó a reír. Los demás miraban ese montón con curiosidad.

«¡Dios mío, también ella me está mirando! —pensó Oblómov—. ¿Qué puedo hacer con tantas pastas?».

Incluso sin mirar vio cómo Olga se levantaba de su asiento, dirigiéndose a otro lugar de la habitación. Se sintió reconfortado. La niña aguzó la vista en espera de ver lo que hacía con ese montón.

«Me las comeré lo antes posible», decidió Oblómov, y comenzó a liquidarlas rápidamente; por suerte se deshacían en la boca.

Le quedaban tan sólo dos; respiró aliviado y se decidió a mirar en la dirección seguida por Olga...

¡Dios mío! Estaba de pie, apoyada en el pedestal de un busto y lo observaba. Se diría que había abandonado su rincón para poder mirarlo mejor; se había percatado evidentemente de su turbación al tomar las pastas.

Durante la cena, Olga estuvo sentada en el otro extremo de la mesa; hablaba, reía, comía y, al parecer, no se interesaba por él en absoluto. Pero en cuanto Oblómov se volvía temeroso en su dirección, con la esperanza de que ella no lo mirase, tropezaba con su mirada llena de curiosidad, y, al mismo tiempo, ¡tan bondadosa!

Después de la cena, Oblómov se despidió apresuradamente de la tía; ella lo invitó a comer al día siguiente y le rogó que transmitiera esa invitación también a Shtolz. Iliá Ilich se inclinó en un saludo y sin levantar la vista cruzó toda la sala. Tras el piano, afortunadamente, había un biombo y estaba la puerta. Levantó la vista: sentada ante el piano estaba Olga y lo miraba con gran curiosidad, le pareció que sonreía.

«Seguro que Andréi le habrá contado que ayer llevaba medias de distinta calidad y la camisa al revés», pensó, y se fue a casa descontento ante esa suposición y aún más por la invitación a comer

para el día siguiente, a la cual había contestado con profunda inclinación, señal de haber aceptado.

A partir de aquel instante, el recuerdo de la tenaz mirada de Olga no lo abandonó ni un instante. En vano se tumbó de espaldas, cuando largo era, en vano adoptaba las posturas más indolentes y cómodas: no podía conciliar el sueño de ningún modo. Hasta el batín le resultaba odioso; Zajar se le antojaba estúpido e insoportables el polvo y las telarañas. Ordenó que sacaran varios cuadros horribles que le había endosado un protector de pintores pobres y él mismo arregló una cortina que no se descorría hacía tiempo; llamó a Anisia y le ordenó que limpiara los cristales. El mismo quitó una telaraña y luego se tumbó de costado y estuvo pensando una hora entera en Olga.

Se dedicó primero a examinar con todo detalle su apariencia física y reprodujo mentalmente su retrato.

En el estricto sentido de la palabra, Olga no era una belleza, es decir, carecía de una blancura deslumbradora, de brillantes colores en las mejillas o en los labios; sus ojos no resplandecían por la luz de un fuego interior; no tenía corales en los labios, ni perlas en la boca, ni manos diminutas como las de un niño de cinco años con dedos de puntas afiladas. Pero si la hubieran convertido en estatua, sería la estatua de la gracia y la armonía. A su estatura relativamente alta correspondían perfectamente el volumen de la cabeza, el óvalo y las proporciones de su rostro; todo ello, a su vez, armonizaba con los hombros, los hombros con el talle...

Quienquiera que la viese, aunque estuviera distraído, se detendría por fuerza un instante ante ese ser artísticamente creado, tan perfecto y armonioso. La nariz formaba una línea graciosa, ligeramente aguileña; sus labios eran finos y casi siempre apretados, señal de una mente activa. También en la expresión de sus ojos, de un gris oscuro, algo azulado, siempre avizores, a cuya atención nada escapaba, se notaba la presencia de ese constante y vivo pensamiento. Las cejas conferían una belleza especial a los ojos; no

formaban un arco, no los redondeaban como dos hilitos finos; no, eran, por el contrario, dos líneas pobladas casi rectas, de color claro, que raras veces permanecían simétricas. Una de esas líneas era más alta que la otra y por ello se formaba bajo la ceja una arruguita, que parecía independiente.

La cabeza, inclinada hacia adelante, descansaba orgullosa y serenamente en su fino y altivo cuello; todo su cuerpo se movía armoniosamente, sus pasos eran ligeros, casi imperceptibles...

«¿Por qué me habrá estado mirando tan fijamente ayer? — pensaba Oblómov—. Andréi jura que nada le había dicho de las medias ni de la camisa; le habló tan sólo de su amistad por mí, de cómo habíamos crecido y estudiado juntos, de todo lo bueno, y, sin embargo (también le contó eso), le dijo que era un desgraciado, que estaba perdiendo todo lo bueno que había en mí por falta de actividad, que nada me interesaba, que la llama de mi vida se consumía y cómo»...

»La cosa no era para sonreír —seguía pensando Oblómov—. Si tuviera algo de corazón, tendría que sangrar de piedad, pero ella... bueno, ivaya con Dios! Dejaré de pensar. Hoy comeré allí y luego mi pie no volverá a pisar su casa».

Los días iban pasando y él seguía allí con ambos pies, con los brazos y la cabeza. Un buen día, Tarántiev trasladó todo su ajuar a la casa de su comadre, en el barrio de Vyborg, y Oblómov pasó tres días como hacía tiempo que no pasaba: sin cama, sin diván y comiendo en casa de la tía de Olga.

Más tarde supo que frente a la casa de campo de Olga había otra libre: Oblómov la alquiló sin verla y ahora vivía allí. Y él pasaba los días con Olga, desde la mañana hasta la noche; leían juntos, le enviaba flores, paseaban por el lago, por los cerros... ¡Cómo había cambiado el mundo! Pero ¿cómo fue? Pues sucedió así:

Cuando aquel día Shtolz y Oblómov comieron en casa de la tía de Olga, Oblómov sufrió durante el almuerzo el mismo tormento que el día anterior. Masticaba sintiendo sobre sí la mirada de Olga, hablaba

sabiendo y sintiendo que sobre él, como el sol, estaba esa mirada que lo quemaba, que lo inquietaba haciendo vibrar sus nervios y su sangre. Tan sólo en el balcón, al fumar su cigarro, había conseguido a duras penas ocultarse tras el humo durante un instante de esa silenciosa y tenaz mirada.

«¿Por qué me mirará así? —se preguntaba dando vueltas por el balcón—. ¡Es un tormento! ¿Acaso me toma por un payaso? A nadie se atrevería a mirar de ese modo. Como soy más comedido... ¡Hablaré con ella! —decidió—. Y le diré con palabras lo que ella trata de sonsacarme con los ojos».

De pronto, la propia Olga apareció en la puerta del balcón. Oblómov le ofreció una silla y se sentó a su lado.

—¿Es verdad que se aburre usted mucho? —le preguntó.

—Es cierto —respondió Oblómov—, pero no mucho... Tengo mis ocupaciones.

—Andréi Ivánich me ha dicho que estaba usted redactando un proyecto.

—Sí, quiero ir a la aldea y me estoy preparando poco a poco.

—¿Piensa ir al extranjero?

—Sí, sin falta, tan pronto como Andréi Ivánich se disponga a ir.

—¿Va de buena gana?

—Sí, de muy buena gana...

Oblómov la miró: Olga sonreía. La sonrisa iluminaba sus ojos y se extendía por sus mejillas; los labios, sin embargo, seguían apretados como siempre. Le faltó valor para mentir tranquilamente.

—Soy un poco vago... —dijo—, pero...

De pronto le molestó que ella con tanta facilidad lo obligara a confesar su pereza. «¿Qué me importa ella? —pensó—. ¿Acaso le tengo miedo?».

—¡Vago! —repitió Olga con leve malicia—. ¿Es posible? No comprendo cómo puede ser vago un hombre.

«Nada hay que comprender —pensó Oblómov—, todo es bien sencillo».

—Como paso mucho tiempo en casa, Andréi piensa que yo...

—Probablemente escribe y lee mucho —dijo Olga—. ¿Ha leído...?
—empezó a decir mirándolo fijamente.

—No, no lo he leído —negó de pronto Oblómov asustado ante la idea de que a Olga se le ocurriera someterlo a un examen.

—¿Qué es lo que no ha leído? —preguntó Olga echándose a reír. También Oblómov se rio.

—Pensé que quería preguntarme por alguna novela; yo no las leo.

—Se equivoca; le iba a preguntar sobre los viajes...

Oblómov la miró con suspicacia; el rostro de Olga reía, pero sus labios no...

«¡Oh, qué cuidado hay que tener con ella!», pensó.

—¿Qué lee entonces? —preguntó Olga con curiosidad.

—Sí, en efecto, me gustan más los libros de viajes...

—¿Viajes por África? —preguntó maliciosa y en voz baja.

Oblómov se puso colorado, al darse cuenta, con cierto fundamento, de que ella sabía no sólo lo que él leía, sino qué título.

—¿Le gusta la música? —preguntó Olga para sacarlo de su turbación. En aquel instante se les acercó Shtolz.

—Escucha, Iliá, le dije a Olga Serguéievna que tú amabas apasionadamente la música y le pedí que cantara algo... *Casta Diva*, por ejemplo.

—¿Por qué levantas esos infundios? —respondió Oblómov— No amo apasionadamente la música...

—¡Míralo! —le interrumpió Shtolz—. Parece que se ha ofendido; lo presento como a una persona decente y él se apresura a quitarse méritos.

—Procuro tan sólo eludir el papel de entendido; es un papel dudoso y, además, difícil.

—¿Cuál es la música que prefiere? —preguntó Olga.

—Es difícil responder a esta pregunta. ¡Toda! A veces escucho con placer los roncós sones de un organillo, alguna melodía que se

quedó grabada en mi memoria; otras veces me voy a la mitad de una ópera; en ocasiones es Meyerbeer el que me emociona. Depende de mi estado de ánimo. Y, a veces, hasta Mozart me obliga a taparme los oídos...

—Eso significa que usted ama sinceramente la música.

—Cántenos algo, Olga Serguéievna —pidió Shtolz.

—¿Y si el estado de ánimo del señor Oblómov lo obliga a taparse los oídos? —preguntó Olga dirigiéndose a él.

—Es el momento de decir algún cumplido —respondió Oblómov—. Pero no sé decirlos, e incluso si supiera, no me atrevería...

—¿Por qué?

—¡Y si canta usted mal! —respondió Oblómov ingenuamente—. Me sentiría tan incómodo luego...

—Como ayer con las pastas... —se le escapó a Olga y se puso colorada. Sólo Dios sabe lo que habría dado por no haberlo dicho—. Perdóneme... lo siento... —dijo.

Oblómov, que no esperaba en absoluto nada semejante, se turbó.

—Es una malévola perfidia —dijo a media voz.

—No, tal vez una pequeña venganza y, además, no premeditada, por no haber encontrado usted ni siquiera un cumplido para mí.

—Tal vez lo encuentre cuando la oiga.

—Pero ¿usted quiere que cante?

—No, él es quien lo quiere —respondió Oblómov señalando a Shtolz.

—¿Y usted?

—No puedo querer lo que ignoro —respondió Oblómov.

—Eres un grosero, Iliá —observó Shtolz—. He aquí lo que significa no salir de casa y ponerse medias...

—¡Por favor, Andréi! —lo interrumpió vivamente Oblómov—. A mí no me cuesta nada decir: «¡Ah, me encantaría, sería feliz, porque usted, naturalmente, canta muy bien —continuó dirigiéndose a Olga—, para mí sería un placer, etc.!». Pero ¿es preciso que lo diga?

—Al menos podría desear que yo cantase... aunque sólo fuera por curiosidad.

—No me atrevo —respondió Oblómov— Usted no es cantante...

—Bueno, pues cantaré para usted —dijo Olga a Shtolz.

—Iliá, prepara tus cumplidos.

Mientras tanto, había oscurecido. Encendieron una alta lámpara que como la luna filtraba su luz por entre la hiedra del enrejado. La penumbra ocultó los contornos de la figura y del rostro de Olga. Parecía estar envuelta en un velo de gasa. Se oía tan sólo su voz melodiosa, pero potente y llena de sentimiento.

Siguiendo las indicaciones de Shtolz, Olga cantó muchas arias y romanzas. Algunas expresaban dolor y un confuso sentimiento de felicidad, otras júbilo, pero en sus sonos se ocultaba ya un inicio de futura tristeza.

Las palabras, los sonos de esta voz límpida, potente, juvenil hacían latir con mayor fuerza el corazón de Oblómov, tensaban sus nervios y las lágrimas anegaban sus ojos. En un instante deseaba morir y no despertar, pero luego el corazón volvía a desear la vida. Oblómov contenía a duras penas las lágrimas, vencido por la emoción, pero aún más difícil le resultaba contener el grito jubiloso que estaba a punto de brotar de sus labios. Hacía tiempo que no sentía tantas fuerzas, tantas energías que se alzaban de su alma dispuesta a cualquier proeza.

En aquel instante se habría ido, incluso, al extranjero, si sólo fuera preciso sentarse y partir.

Al final, Olga entonó *Casta Diva*. El entusiasmo, los pensamientos que cruzaban por su mente con la celeridad del rayo, la emoción que como agujas recorría todo su cuerpo, acabaron con Oblómov: estaba al límite de sus fuerzas.

—¿Está contento de mí hoy? —le preguntó Olga a Shtolz, dejando de cantar.

—Pregunte a Oblómov, a ver lo que dice —respondió Shtolz.

—¡Ah! —sólo pudo decir Oblómov.

Asió de pronto una mano de Olga, pero la soltó de inmediato terriblemente confuso.

—Perdóneme —dijo.

—¿Lo ve? —dijo Shtolz a Olga— Dime la verdad, Iliá, ¿cuánto tiempo hace que no experimentabas una emoción semejante?

—Podía haberla experimentado esta mañana si al salir de su casa hubiera tropezado con un ronco organillo... —intervino Olga, pero con tanta bondad y delicadeza que el sarcasmo quedó sin veneno.

Oblómov la miró con reproche.

—Sigue hasta ahora con las dobles ventanas y no oye lo que pasa fuera —añadió Shtolz.

Oblómov reconvino a Shtolz con la mirada.

—No sé a qué atribuirlo, Olga Serguéievna —dijo Shtolz cogiéndola de la mano—, pero hoy cantó usted como nunca; yo, al menos, hace tiempo que no la había oído cantar así. ¡Éste es mi cumplido! —dijo, besando cada dedo de su mano.

Shtolz se iba y Oblómov también se dispuso a marchar, pero Shtolz y Olga lo retuvieron.

—Yo tengo un asunto que resolver —dijo Shtolz—, pero tú sólo irás a tumbarte... aún es pronto...

—¡Andréi, Andréi! —exclamó con voz suplicante—. ¡Hoy no puedo quedarme, me voy! —añadió y se fue.

No durmió en toda la noche: triste y pensativo recorrió arriba y abajo su habitación; al amanecer se fue de casa, paseó por las avenidas del Nevá, por las calles, y sólo Dios sabe lo que pensaba y lo que sentía...

Tres días después volvió de nuevo a la casa de Olga y por la tarde, cuando los demás invitados jugaban a las cartas, se quedó al lado del piano junto a Olga. La tía tenía dolor de cabeza y, encerrada en su habitación, olía un frasco de alcohol.

—¿Quiere que le enseñe una colección de dibujos que Andréi Ivánich me trajo de Odesa? —preguntó Olga—. ¿No se la enseñó a usted?

—¿No pretenderá distraerme como una buena anfitriona? —respondió Oblómov—. Será en vano.

—¿Por qué en vano? Quiero que no se aburra, que se sienta aquí como en su casa, que esté a sus anchas, distendido y que no se vaya para... tumbarse.

«¡Qué criatura tan malévola y burlona!», pensó Oblómov, admirando, en contra de su voluntad, cada uno de sus gestos.

—¿Usted quiere que esté a mis anchas, distendido, y que no me aburra? —repitió Oblómov.

—Sí —respondió ella mirándolo igual, pero con más curiosidad y benevolencia que el día anterior.

—Para eso, en primer lugar, no me mire como ahora y como antes...

La curiosidad aumentó en los ojos de Olga.

—Por esa mirada, precisamente, me siento muy incómodo... ¿Dónde está mi sombrero?

—¿Por qué se siente usted incómodo? —preguntó Olga suavemente, y desapareció de sus ojos la expresión de curiosidad, haciéndose cariñosa y llena de bondad.

—No sé; pero me parece que con su mirada me sonsaca todo cuanto quiero que los demás no sepan, sobre todo usted.

—Pero ¿por qué? Usted es amigo de Andréi Ivánich, y él amigo mío, entonces...

—Entonces, no hay motivos para que usted sepa de mí todo cuanto sabe Andréi Ivánich —concluyó la frase Oblómov.

—No hay motivos, sino la posibilidad...

—Gracias a la sinceridad de mi amigo. ¡Un mal servicio por su parte!

—¿Acaso hay secretos en su vida? —preguntó Olga—. ¿Tal vez crímenes? —añadió, riendo y apartándose de él.

—Tal vez —respondió Oblómov, suspirando.

—Sí, es un delito muy grande ponerse medias de diferente clase —dijo Olga con voz tímida y baja.

Oblómov cogió su sombrero.

—Ya no puedo más —dijo—. ¡Y usted quiere que me sienta a gusto! Dejaré de querer a Andréi... ¿También le contó eso?

—Me hizo reír mucho contándomelo —añadió Olga—, siempre me hace reír. Perdóneme, no lo haré más, no lo haré más y trataré de mirarlo de otro modo...

Y Olga puso una cara risueña y picara.

—En primer lugar —continuó—, ya no lo miro como ayer, por lo tanto debe sentirse distendido y a gusto. ¿Qué más debe hacerse para que no se aburra?

Oblómov miraba fijamente sus cariñosos ojos, de un gris azulado.

—Ahora es usted el que me mira de un modo extraño... —dijo ella.

En efecto, Oblómov la miraba, más que con los ojos, con toda su alma, con toda su voluntad, como si la hipnotizara, pero lo hacía involuntariamente, no tenía fuerzas para evitar mirarla de ese modo.

«Dios mío, ¡qué bonita es! ¡Y pensar que existen seres así en el mundo! —pensaba, mirándola con ojos que casi expresaban temor—. Esa blancura, esos ojos que parecen oscuros como un abismo y donde, al mismo tiempo, algo brilla, seguramente el alma. En su sonrisa puede leerse como en un libro; y qué dientes, y esa linda cabeza... que tan delicadamente reposa sobre sus hombros, que se mece como una flor y desprende su aroma»...

»Sí, en verdad, algo fluye de ella, algo pasa de ella a mí. Y aquí, junto al corazón, siento algo que late, bulle... siento algo que está de más, algo que no tenía antes... ¡Dios mío, qué felicidad poder mirarla! ¡Hasta me cuesta trabajo respirar!«.

Estos pensamientos cruzaban por su mente con la rapidez del rayo mientras seguía mirándola como se mira la infinita lejanía o un precipicio sin fondo, con total olvido de uno mismo, con voluptuoso placer.

—Ya está bien, *monsieur* Oblómov, de mirarme ahora de ese modo —decía Olga, volviendo, confusa, la cabeza, pero la curiosidad

era superior y tampoco ella desviaba los ojos de su cara. Oblómov no oía nada...

Con la mirada fija, no oía las palabras de Olga. Comprobaba en silencio lo que ocurría en su interior; se llevó la mano a la cabeza, pues también allí algo bullía velozmente. No le daba tiempo de captar sus pensamientos, que revoloteaban como bandadas de pájaros, y algo le dolía en el costado izquierdo, junto al corazón.

—No me mire usted de esa forma tan extraña —dijo Olga—, también yo me siento incómoda... Usted, seguramente, quiere averiguar algo de mí...

—¿Y qué puedo yo averiguar? —preguntó Oblómov maquinalmente.

—También yo tengo *planes* comenzados e inacabados —respondió ella.

Oblómov volvió en sí ante esa alusión a su plan inacabado.

—¡Es extraño! —dijo—. Es usted mala, pero su mirada refleja bondad. No en vano dicen que no puede uno fiarse de las mujeres; mienten con la lengua cuando persiguen algo, o con la mirada, la sonrisa, el rubor, incluso los desmayos, cuando no llevan ninguna intención...

Olga no lo dejó seguir, le quitó suavemente el sombrero y se sentó en una silla.

—¡No lo haré más, no lo haré más! —aseguró con viveza—. ¡Ah, perdone mi impertinente lengua! ¡Pero le juro por Dios que no era una burla! —le dijo casi cantando y había sinceridad en esas palabras.

Oblómov se tranquilizó.

—¡Ah, ese Andréi!... —dijo con reproche.

—Bueno, y en segundo lugar, dígame, ¿qué debe hacerse para que no se aburra? —preguntó Olga.

—Cante —respondió él.

—He aquí el cumplido que yo esperaba —exclamó Olga, alegre y ruborizada—. ¿Sabe? —continuó, hablando animada—. Si hace tres

días no hubiera usted lanzado ese «Ah» después de oírme cantar, no habría podido dormir en toda la noche, y tal vez hubiera llorado.

—¿Por qué? —preguntó Oblómov, asombrado.

Olga se quedó pensativa.

—Ni yo misma lo sé —dijo, después de meditar unos instantes.

—Tiene amor propio, es por eso.

—Sí, claro que es por eso —asintió pensativa, recorriendo con una mano el teclado—, pero en todo hay amor propio, y mucho; Andréi Ivánich dice que es casi el único motor que mueve la voluntad. Usted, seguramente, no lo tiene, por eso...

No terminó de hablar.

—¿Por eso qué? —preguntó Oblómov.

—No, nada. —Olga esquivó el tema—. Quiero a Andréi Ivánich —continuó—, no sólo porque me divierte, a veces también me dice cosas que me hacen llorar; ni tampoco porque él me quiera, sino, creo yo... porque él me quiere más que a otros; ya ve dónde se oculta a veces el amor propio.

—¿Usted quiere a Andréi? —preguntó Oblómov, y fijó una mirada escrutadora e intensa en sus ojos.

—Sí, claro, puesto que él me quiere más que a otros, también yo a él —respondió Olga con toda seriedad.

Oblómov la miraba en silencio y ella le respondía con una mirada franca y silenciosa.

—Andréi Ivánich quiere a Ana Vasílievna, también a Zinaida Mijáilovna, pero no de ese modo —continuó Olga—. Con ellas no se pasa charlando dos horas, no las hace reír ni se sincera con ellas; les habla del teatro, de negocios, pero a mí me habla como a una hermana... no, como a una hija —añadió presurosa—; a veces hasta me riñe si no entiendo alguna cosa o no lo obedezco, si no estoy de acuerdo con él. A ellas no las riñe y creo que por ese motivo aún lo quiero más. ¡Cuestión de amor propio! —añadió pensativa—. Pero no sé cómo pudo llegar ese sentimiento a mi canto. Hace ya tiempo que me dicen muchas cosas agradables de mi voz y usted ni quería

escucharme, casi lo obligaron por fuerza. Y si después de haberme oído cantar se hubiera ido sin decir nada, si no hubiese notado nada en su rostro... creo que me habría puesto enferma... sí, seguro que se trata de amor propio —decidió enérgicamente.

—¿Notó usted algo en mi rostro? —preguntó Oblómov.

—Sí, vi lágrimas, aunque usted trataba de ocultarlas. Los hombres tienen el defecto de avergonzarse de su corazón. Más les valiera avergonzarse a veces de su inteligencia, que suele equivocarse más a menudo. Hasta Andréi Ivánich se avergüenza de su corazón. Se lo dije y estuvo de acuerdo conmigo. ¿Usted qué opina?

—¡Cómo no estar de acuerdo con usted mirándola! —respondió Oblómov.

—¡Otro cumplido! Y además... —Se detuvo, buscando la palabra adecuada.

—Vulgar —terminó Oblómov su frase sin dejar de mirarla.

Olga, con una sonrisa, confirmó el acierto de la palabra.

—Esto es lo que temía cuando me negué a pedirle que cantase... ¿Qué se puede decir de una voz que se oye por primera vez? Sin embargo, es preciso decir algo. Resulta difícil ser sincero e inteligente a la vez, sobre todo cuando se está tan impresionado como yo entonces.

—Es verdad que aquel día canté como hacía tiempo que no cantaba, creo incluso que nunca canté así... No me pida que cante, no volveré a hacerlo como aquel día... Pero, espere, cantaré algo... —dijo Olga, y en aquel momento su rostro pareció encenderse, brillaron sus ojos, tomó asiento, sonaron con fuerza uno o dos acordes y empezó a cantar.

¡Dios mío, qué de emociones expresaba ese canto! Esperanzas, temores confusos de tormenta, la propia tormenta estallando por fin, anhelos de felicidad, todo eso no vibraba en la canción, sino en su voz.

Olga cantó mucho tiempo; a veces se volvía hacia él y le preguntaba como una niña: «¿Ya basta? No, escuche esto», y volvía a cantar.

La emoción le encendía las mejillas y las orejas; en su lozano rostro brillaba a veces la luz de una pasión madura, como si su corazón se hubiera adelantado al lejano futuro de su vida; mas, de pronto, esa luz momentánea se apagaba y su voz volvía a sonar fresca y argentina.

También Oblómov experimentaba las mismas emociones; tenía la impresión de que todo eso lo estaba viviendo no una hora, ni dos, sino años enteros...

Ambos, inmóviles en apariencia, ardían por dentro, idéntico temblor los estremecía y el mismo sentimiento llenaba sus ojos de lágrimas.

Eran los síntomas de pasiones que, al parecer, se harían realidad algún día en su joven vida bajo el poder, por ahora, de confusas y fugaces impresiones de sus aún dormidas fuerzas vitales.

Olga terminó con un largo y sonoro acorde y su voz se perdió en él. Se detuvo de pronto, puso las manos sobre sus rodillas y emocionada, conmovida, miró a Oblómov para ver qué tal estaba él.

En el rostro de Oblómov brillaba la luz de una felicidad acabada de nacer, que brotaba de lo más profundo de su alma. Sus ojos, llenos de lágrimas, estaban fijos en Olga. Ahora fue ella quien, involuntariamente, le cogió la mano.

—¿Qué le sucede? —preguntó—. ¿Por qué pone esa cara? ¿Por qué? —Pero sabía perfectamente por qué tenía esa cara y en su interior celebraba modestamente la fuerza de su poder y se sentía orgullosa.

—Mírese en el espejo —continuó sonriente, mostrándole su rostro—, sus ojos brillan y tiene lágrimas en ellos. ¡Dios mío, cuán profundamente siente usted la música!

—No, no es la música lo que siento... ¡sino amor! —dijo Oblómov en voz baja.

Olga soltó de inmediato su mano y la expresión de su rostro cambió. Su mirada tropezó con la de Oblómov fija en ella. Era una mirada inmóvil, casi demente; no era Oblómov el que miraba, sino su pasión.

Olga comprendió que esas palabras se le habían escapado, que no era dueño de sí y que, además, no mentía.

Oblómov se rehízo, tomó su sombrero y sin mirar hacia atrás salió corriendo de la habitación. Olga no le siguió con una mirada llena de curiosidad; durante mucho tiempo, permaneció silenciosa junto al piano como una estatua, mirando fijamente al suelo; tan sólo una agitada respiración le sacudía el pecho...

CAPÍTULO VI

EN medio de su indolente reposo, de su inactiva somnolencia e inspirados impulsos, Oblómov soñaba siempre, y en primer lugar, con la mujer como esposa y, a veces, como amante.

La mujer soñada era alta, esbelta, con los brazos cruzados sobre el pecho, de mirada dulce, pero altiva; la veía sentada sin afectación bajo las ramas, andando ágilmente por las alfombras o la arena de las avenidas; de talle cimbreante, con una cabeza graciosamente asentada sobre los hombros y la expresión pensativa. Era la mujer ideal, la encarnación de todos sus sueños, llena de voluptuosidad y solemne paz, como la paz misma.

Primero la veía rodeada de flores junto al altar, cubierta por un largo velo, luego a la cabecera del lecho nupcial, pudorosa, con los ojos bajos y, finalmente, como madre entre un grupo de niños.

Soñaba con su sonrisa, que no era apasionada; con sus ojos, no humedecidos por el deseo, sino llenos de simpatía por él, su marido, y de condescendencia hacia todos los demás; la mirada benévola dirigida sólo a él y tímida, incluso severa, hacia los demás.

En sus sueños, jamás quería verla palpitante de pasión, ni presa de ardientes sueños, repentinas lágrimas, angustias o desmayos para luego pasar a loca alegría. No quería ni bruscos cambios ni tristezas. No debía palidecer de pronto ni caer desmayada, ni sufrir violentos ataques...

—Ese tipo de mujeres —aseguraba— suele tener amantes y, además, dan mucho que hacer: hay que llamar al médico, ir a

balnearios y tienen innumerables caprichos. ¡Imposible dormir en paz!

Pero al lado de una compañera tranquila, orgullosa y púdica, el hombre puede dormir sin preocupaciones. Se duerme con la seguridad de que al despertar encontrará la misma mirada dulce y comprensiva. Y al cabo de veinte o treinta años sus ojos cariñosos encontrarán una mirada afable, llena de luz, de apacible fulgor. ¡Y así hasta la tumba!

«¿No es acaso el oculto anhelo de todos y de cada uno hallar en su compañera una perenne serenidad y sentimientos constantes y uniformes? Esta es la norma del amor, pero tan pronto como se produce alguna desviación de la misma, si se modifica o enfría, el hombre sufre. Por lo tanto, mi ideal es común a todos —pensaba Oblómov—. ¿No será eso lo que explica y determina las relaciones recíprocas de uno y otro sexo?».

Encerrar la pasión con soluciones legales, determinar su curso como si se tratara del fluir de un río, pensando en el bien general, es una misión que corresponde a toda la humanidad, la cumbre del progreso que intentan escalar todas esas Georges Sand, pero que, al hacerlo, se desvían. En cuanto se logre, ya no habrá traiciones ni desamor, sino el latir uniforme de un corazón sereno y feliz y, por consiguiente, una existencia siempre plena, el eterno dulzor de vivir y la constante salud moral.

Hay ejemplos de semejante bienestar, pero son raros; se citan como fenómenos. Se debe estar predestinado, según dicen. Pero ¿quién sabe si no habría que educarse para ello y buscarlo conscientemente...?

La pasión está muy bien en poemas y en el escenario, donde los actores se pasean con capas y espadas y luego se van a cenar juntos los muertos y sus asesinos...

No sería malo que las pasiones terminaran de ese modo, pero no, tras ellas queda el deshonor, el oprobio y no la felicidad. Su recuerdo causa tan sólo vergüenza y desesperación.

Y, finalmente, si esa desgracia te sucede, si la pasión se apodera de ti, viene a ser lo mismo que caer en un camino trillado, rocoso, insoportable, donde caen hasta los caballos y se agota el jinete..., pero si el pueblo natal está a la vista, no hay que apartar los ojos de él y salir lo antes posible del peligroso lugar...

Sí, había que limitar la pasión, estrangularla, ahogarla en el matrimonio...

Oblómov habría huido horrorizado de una mujer que lo quemara con la mirada o que, gimiendo, se dejara caer sobre su hombro con los ojos cerrados y, volviendo en sí, se abrazara a su cuello a punto de ahogarlo... No sería más que fuego de artificio, la explosión de un barril de pólvora y, luego, ¿qué? ¡Uno queda ensordecido, cegado y con los cabellos chamuscados!

Pero veamos qué clase de mujer era Olga.

Desde el día que a Oblómov se le escapó la declaración, no volvieron a verse a solas. Oblómov se escondía como un colegial tan pronto como la veía. Ella había cambiado con respecto a él, pero no lo rehuía, no lo trataba con frialdad, aunque estaba más pensativa.

Lamentaba, al parecer, que hubiera ocurrido algo que le impedía martirizarlo con sus miradas curiosas y zaherirlo bonachonamente con sus bromas por su costumbre de permanecer tumbado o por su vaguería e inactividad...

Shtolz se había marchado y Olga se aburría por no tener a nadie a quien cantar; su piano permanecía cerrado. En una palabra, los dos se sentían cohibidos, incómodos, violentos.

¡Con lo bien que habían ido las cosas! ¡Habían trabado conocimiento con tanta naturalidad! ¡Hicieron amistad tan fácilmente! Oblómov era más sencillo que Shtolz y tenía mejor corazón, aunque no la hacía reír tanto como aquél; la divertía con su sola presencia y, además, ¡perdonaba tan fácilmente sus burlas!

Por otra parte, Shtolz, al partir, le había encomendado a Oblómov, pidiéndole que no lo perdiera de vista, que no lo dejara permanecer encerrado en casa. La cabecita inteligente y despierta

de Olga ya había confeccionado un detallado plan de cómo le haría renunciar a su costumbre de dormir después de comer, y no sólo de dormir: le prohibiría, incluso, tumbarse de día en el diván, lo obligaría a darle la palabra de no hacerlo. Soñaba en cómo le «ordenaría» leer los libros dejados por Shtolz, luego de hojear la prensa todos los días y contarle las novedades, escribir cartas a la aldea, terminar el plan de reorganización de la hacienda, disponerse a ir al extranjero... En una palabra, no le dejaría permanecer inactivo; le mostraría un objetivo, lo obligaría a querer todo aquello que había dejado de querer y Shtolz, a su regreso, no le reconocería.

Y todo ese milagro sería obra de ella, tan tímida y silenciosa, a quien nadie hasta ahora había obedecido, que no había comenzado aún a vivir. ¡Ella sería la causante de tal transformación!

Y ésta se había iniciado tan pronto como la oyó cantar. Oblómov ya no era el de antes...

Comenzaría a vivir, a ser activo, bendeciría la vida y a ella. ¡Lo mismo que se bendice a un doctor que devuelve la vida a un enfermo desahuciado! ¡Qué mérito no tendría salvar una mente, un espíritu a punto de perecer moralmente!

Sólo de pensarlo se estremecía orgullosa y feliz, considerándolo como una misión enviada por el cielo. Mentalmente lo había convertido en secretario y bibliotecario suyo.

Y, de pronto, todo eso debía concluir. No sabía qué hacer y por ello callaba cuando veía a Oblómov.

Oblómov, por su parte, sufría al pensar que la había ofendido, asustado, y esperaba miradas como rayos, una frialdad severa, y al verla, se echaba a temblar y cambiaba de rumbo.

Entretanto ya se había trasladado a la casa de campo y durante tres días se paseó solo por las colinas, cruzaba el pantano, se iba al bosque o a la aldea y se sentaba sin hacer nada en algún banco junto a las casas campesinas, mirando correr a los chiquillos, a los carneros o chapotear a los patos en el estanque.

Junto a la casa de campo había un lago y un inmenso parque; Oblómov temía ir allá por si acaso se encontraba con Olga a solas.

«¿Por qué habré dicho eso?», pensaba Oblómov, y ni siquiera se preguntaba si la frase que se le había escapado correspondía a la verdad o era la fugaz impresión de la música sobre sus nervios.

El sentimiento de confusión, vergüenza o «bochorno», como él mismo decía, por lo sucedido, le impedía comprender lo que fue en realidad ese impulso y, en general, qué significaba Olga para él. Había dejado ya de analizar lo nuevo que sentía en su corazón, ese algo superfluo que antes no existía en él. Todos sus sentimientos se habían reducido a uno solo: el de la vergüenza.

Cuando Olga surgía por un instante en su imaginación, se identificaba con la imagen soñada de la felicidad, del sosiego. Ese ideal era ella exactamente; las dos imágenes se fundían en una sola.

«¡Ah, qué hice! —se decía— ¡Lo eché todo a perder! ¡Y gracias a Dios que Shtolz se fue y ella no pudo decirle nada!, si no, ¡trágame tierra! ¡El amor, las lágrimas, no me van! Y la tía de Olga no me llama, no me invita... Seguro que ella se lo ha contado... ¡Oh, Dios mío!».

Así pensaba Oblómov, al tiempo que seguía un sendero lateral, en lo más escondido del parque.

Para Olga, la dificultad estribaba en no saber cómo tratarle en el momento del encuentro, ni en lo que debía hacer cuando lo viera: callar, como si nada hubiera ocurrido, o bien decirle alguna cosa.

Pero ¿qué podía decirle? Poner cara seria, mirarle con aire orgulloso o ni siquiera mirarle, diciendo con altivez y secamente que ella «jamás había esperado semejante conducta de él: que por quién la había tomado para atreverse a una tal insolencia...». Fue así como replicó Sóñechka a un corneta durante una mazurca, aunque ella misma había procurado enamorarle por todos los medios.

«Además, ¿qué insolencia hay en su conducta? —se preguntaba — Si él lo sentía así, ¿por qué no iba a decirlo?... Pero ¿cómo es posible si me acaba de conocer...? Ningún otro lo habría dicho por

nada del mundo al ver a una mujer por segunda o tercera vez; nadie puede enamorarse tan pronto. Tan sólo Oblómov es capaz de eso...».

Olga recordaba, sin embargo, que había leído u oído que el amor a veces surge de pronto.

«Él se dejó llevar por el impulso y ahora no se atreve a presentarse; tiene vergüenza, no se trata de una insolencia. ¿Y quién tiene la culpa? —seguía pensando—. Andréi Ivánich por haberme obligado a cantar».

Oblómov, al principio, no quería ni oírla cantar, ella se sintió fastidiada y... se esforzó. Olga se ruborizó intensamente; sí, era cierto, había hecho todo lo posible por hacer que saliese de su indiferencia.

Shtolz le había dicho que era apático, que no se preocupaba de nada, que todo en él estaba muerto... Ella, entonces, intentó comprobar si de verdad todo se había apagado en él y cantó, cantó... como nunca...

«¡Dios mío! La culpa fue mía, le pediré perdón... Pero ¿de qué? —se preguntó seguidamente—. ¡Cómo voy a decirle *monsieur* Oblómov, soy culpable, traté de conquistarlo! ¡Qué vergüenza! Además, ¡es mentira! —se dijo, y, levantándose, golpeó el suelo con el pie—. ¿Quién podrá creerlo? ¿Sabía yo acaso lo que iba a suceder? Y si eso no hubiera ocurrido, si no se le hubiera escapado... entonces ¿qué? —se preguntó— No sé...».

A partir de aquel día Olga se sintió extraña... probablemente estaba ofendida. Enrojecía, tenía fiebre... dos rosetones ornaban sus mejillas.

—Irritación nerviosa... una pequeña calentura —diagnosticó el doctor.

«¡Ese Oblómov! ¡Oh, debo darle una lección para que eso no vuelva a repetirse! Le pediré a *ma tante* que no le reciba más; tiene que ser más respetuoso... ¡Cómo se atrevió!...», pensaba Olga, paseando por el parque; sus ojos ardían.

De pronto Olga oyó unos pasos.

«Alguien viene», pensó Oblómov.

Y se encontraron frente a frente.

—¡Olga Serguéievna! —dijo Oblómov, temblando con todo su cuerpo como una hoja.

—¡Iliá Ilich! —respondió Olga tímidamente, y ambos se detuvieron.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —respondió ella.

—¿Adónde va? —preguntó Oblómov.

—Pues, por ahí... —contestó Olga sin alzar la vista.

—¿Le molesto?

—Nada de eso... —respondió lanzándole una rápida mirada llena de curiosidad.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó de pronto Oblómov mirándola con ojos escrutadores.

Caminaron sin hablar por el sendero. El corazón de Oblómov jamás había latido con tanta fuerza, ni ante la regla del maestro ni por el ceño del director. Quería decir algo, trataba de sobreponerse, pero las palabras no salían de su boca; tan sólo su corazón latía con vigor inusitado como en espera de una desgracia.

—¿Tuvo usted carta de Andréi Ivánich? —preguntó ella.

—Sí —respondió Oblómov.

—¿Qué le escribe?

—Me llama a París.

—¿Y usted qué ha decidido?

—Iré.

—¿Cuándo?

—Pues... no sé, mañana... tan pronto como me prepare.

—¿Por qué tan pronto? —preguntó Olga.

Oblómov calló.

—¿Es que no le gusta su casa de campo?... Dígame, ¿por qué quiere marcharse?

«¡Qué insolente! ¡Encima se quiere marchar!».

—No sé por qué, pero me siento dolorido, incómodo, molesto —susurró Oblómov, sin mirarla.

Olga guardó silencio, arrancó una ramita de lilas y la olió, ocultando con ella la cara y la nariz.

—Huela, imire qué aroma! —dijo, y se la acercó también a él a la nariz.

—¡Aquí hay muguetes! Espere, voy a coger unos cuantos —dijo Oblómov inclinándose hacia la tierra—, huelen aún mejor, a campo, a bosque, son más naturales. Las lilas crecen casi siempre junto a las casas, las ramas se meten por las ventanas y su fragancia es dulzona. Mire, aún están cubiertos por el rocío.

—¿Le gusta la reseda? —preguntó Olga.

—No, la reseda huele muy fuerte; no me gustan ni la reseda ni las rosas. En general no me gustan las flores; en el campo, bueno, pero en la casa dan mucho que hacer... ensucian las habitaciones...

—¿Ya usted le gusta que las habitaciones estén limpias? —preguntó Olga, mirándolo con picardía—. ¿Odia la suciedad?

—Sí, pero tengo un criado... —masculló Oblómov, y añadió para sus adentros: «¡Qué mala es!».

—¿Irá usted directamente a París? —preguntó Olga.

—Sí, Shtolz me espera ya hace tiempo.

—Llévele una carta mía; le escribiré —dijo Olga.

—Escríbala hoy; mañana pienso trasladarme a la ciudad.

—¿Mañana? —preguntó ella—. ¿Por qué tanta prisa? Parece que le echa alguien.

—¡Y de qué modo...!

—¿Quién?

—La vergüenza... —susurró Oblómov.

—¡La vergüenza! —repitió Olga maquinalmente. «Ahora es el momento de decirle: *Monsieur* Oblómov, jamás pude esperar de usted...».

—Sí, Olga Serguéievna —dijo Oblómov sobreponiéndose al fin—, supongo que estará usted sorprendida... enfadada...

«Ya llegó el momento oportuno —se dijo Olga con el corazón palpitante—, pero no puedo, ¡oh, Dios mío!».

Trataba Oblómov de ver la expresión de su rostro, pero Olga olía los muguetes y las lilas y ella misma no sabía... qué hacer ni qué decir.

«A Sóñechka se le habría ocurrido algo, pero yo soy tan tonta, ¡no sé qué decir! ¡Qué tormento!», pensaba Olga.

—Lo he olvidado por completo... —dijo.

—Créame que fue sin querer... no pude contenerme... —empezó a decir Oblómov armándose poco a poco de valor—. Aunque entonces hubiera tronado, aunque hubiera caído sobre mí una piedra, lo habría dicho pese a todo. No había fuerza capaz de impedirlo... No piense, por favor, que yo quería... Instantes después sólo Dios sabe lo que hubiera dado para poder borrar mis imprudentes palabras...

Olga caminaba con la cabeza gacha sin dejar de oler las flores.

—Olvídese de eso —continuó Oblómov—, olvídense, puesto que es mentira...

—¿Mentira? —repitió ella de pronto irguiéndose y dejando caer las flores.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Qué es mentira? —volvió a preguntar.

—Sí, por Dios, no se enfade y olvídelo. Le aseguro que fue una exaltación pasajera debida a la música.

—¿Sólo a la música?

Olga palideció; desapareció el color de sus mejillas y sus ojos perdieron su brillo.

«Ya pasó todo. Él retiró sus imprudentes palabras y no necesito mostrarme enfadada... muy bien... ahora todo está bien... puedo reírme y bromear como antes...», pensaba Olga, y tiró con fuerza de

una ramita de árbol, arrancó con los labios una hojita y luego arrojó de inmediato la ramita y la flor al suelo.

—¿No está usted enfadada? ¿Lo ha olvidado? —preguntó Oblómov inclinándose hacia ella.

—¿De qué me habla? ¿Qué debo olvidar? —dijo Olga, nerviosa, casi con fastidio, apartando de él su rostro—. Lo he olvidado todo... ¡Tengo tan poca memoria!

Oblómov calló sin saber qué hacer. Se dio cuenta de su repentino fastidio y no comprendía la causa.

«¡Dios mío! —pensaba Olga—. Todo volvió a su cauce normal. ¡Como si no hubiera pasado nada! Pero, Dios mío... ¡Sóñechka, Sóñechka! ¡Qué feliz eres!».

—Me voy a mi casa —dijo de pronto, acelerando su marcha y torciendo por otra avenida. Tenía un nudo en la garganta y temía echarse a llorar.

—No vaya por allí, por aquí llegará antes —observó Oblómov. «Imbécil (pensó tristemente para sus adentros), has querido explicarlo. ¡Ninguna falta hacía que te justificaras! ¡Ahora está más enfadada aún! No había ninguna necesidad de recordarlo. Habría pasado sin más ni más; lo habría olvidado. Ahora ya nada puedo hacer; tendré que solicitar de nuevo su perdón».

«Mi fastidio se debe seguramente —pensaba Olga— a no haber tenido tiempo de decirle: *Monsieur* Oblómov, jamás pude esperar que usted se permitiese... Pero él se me adelantó. Que era mentira; mírelo, encima ¡mentía! ¿Cómo se habrá atrevido?».

—¿De veras que lo ha olvidado usted? —preguntó Oblómov en voz baja.

—Olvidado, todo olvidado —respondió rápidamente, apresurando el paso.

—Deme la mano en señal de que no está enfadada. Sin mirarlo, Olga le tendió la punta de sus dedos, y tan pronto como él los rozó se apresuró a retirarlos.

—No, aún está enfadada —dijo Oblómov suspirando—. ¿Cómo podré convencerla de que fue un impulso irrefrenable, que yo jamás me habría permitido propasarme? Le aseguro que jamás volveré a oírla cantar...

—No me asegure nada, no necesito que me asegure... —respondió Olga con viveza—. Yo misma no volveré a cantar.

—Está bien, me callaré —dijo Oblómov—. Pero le pido por Dios que no se vaya así; si lo hace, me quedará un peso en el alma que...

Olga aminoró el paso y prestó oído atento a sus palabras.

—Si es cierto que usted hubiera llorado aquel día de no haber oído mi exclamación cuando terminó de cantar, si ahora se va sin sonreírme, sin tenderme amistosamente la mano, yo... ¡Tenga compasión de mí, Olga Serguéievna! Enfermaré, me tiemblan hasta las rodillas, apenas si me sostengo en pie...

—¿Por qué? —preguntó Olga de pronto mirándolo.

—Ni yo mismo lo sé —respondió él—. Ahora ya no siento vergüenza de aquellas palabras... creo que en ellas...

De nuevo sintió Oblómov con qué fuerza palpitaba su corazón, cómo ardía todo su cuerpo. La curiosa e inquisitiva mirada de Olga volvía a quemarlo. Se había vuelto hacia él con tanta gracia, con tal inquietud esperaba su respuesta.

—¿Qué hay en ellas? —preguntó impaciente.

—No, temo decirlo, volverá a enfadarse.

—¡Hable! —ordenó Olga.

Oblómov callaba.

—¿Y bien?

—Siento de nuevo ganas de llorar mirándola... Como ve no tengo amor propio, no me avergüenzo de tener corazón...

—¿Y por qué tiene que llorar? —preguntó Olga, y en sus mejillas aparecieron dos rosetones.

—Sigo oyendo su voz... y de nuevo siento...

—¿Qué? —preguntó Olga, y las lágrimas refluyeron de su pecho; esperaba sus palabras con impaciencia.

Se habían acercado ya a la casa de Olga.

—Siento... —Oblómov se apresuraba a terminar su frase, pero se detuvo.

Olga subía lentamente, como si le costara esfuerzo, los peldaños del porche.

—La misma música... la misma... emoción... el mismo... sent... perdóneme, perdóneme, por Dios, no me puedo dominar...

—*Monsieur* Oblómov... —empezó a decir severamente Olga; mas de pronto una sonrisa iluminó su rostro—, no estoy enfadada y le perdono —añadió con suave voz—, pero de ahora en adelante...

Sin volverse, tendió hacia atrás la mano, Oblómov se apoderó de ella y la besó en la palma; Olga apretó los labios de Oblómov y entró rápida y graciosamente por la puerta de cristal, dejándolo inmóvil como una estatua.

CAPÍTULO VII

DURANTE mucho tiempo permaneció allí con los ojos muy abiertos, respirando anhelosamente; su mirada vagó por los arbustos...

La gente pasaba a su lado, volaban los pájaros, una campesina le preguntó si no quería comprarle unas bayas; Oblómov no veía ni oía.

Luego echó a andar despacito por el mismo sendero y al llegar a la mitad vio en el suelo los muguets y la ramita de lilas que ella había tirado con fastidio al suelo.

«¿Qué le habrá pasado?», pensó Oblómov, y se puso a recapacitar, a recordar...

—¡Imbécil, imbécil! —se dijo de pronto en voz alta, levantando los muguets y la ramita de lilas, y se puso casi a correr por la avenida—. Yo le pedía perdón y ella... ¿Es posible...? ¡Qué idea!

Feliz, radiante, como «iluminado», según expresión de su niñera, llegó a casa, tomó asiento en un rincón del diván y trazó rápidamente sobre el polvo de la mesa y con letras muy grandes «Olga».

—¡Cuánto polvo! —observó, una vez vuelto de su entusiasmo—. ¡Zajar, Zajar! —gritó un buen rato, porque Zajar estaba sentado con los cocheros junto al portón que salía a una calleja.

—¡Vete ya! —susurró Anisia, airada, tirándole de la manga—. El señor hace tiempo que te está llamando.

—Mira Zajar, ¿qué es eso? —preguntó Iliá Ilich con bondadosa entonación; ahora no era capaz de enfadarse—. ¿También aquí

quieres mantener el mismo desorden, el polvo y las telarañas? No, eso sí que no te lo permitiré, digas lo que digas. Ya de por sí, Olga Serguéievna no me deja en paz: «A usted —me dice— le gusta que todo esté sucio».

—Ella puede hablar, tiene cinco sirvientes —observó Zajar volviéndose hacia la puerta.

¿Adónde vas? Barre todo esto, no puede uno sentarse ni reclinarsse en... Es una porquería, es... ioblomovismo!

Zajar se enfurruñó y miró a su señor de reajo.

«¡Vaya! —pensó— Ya se inventó una palabra lastimera. ¡Y me suena a conocida!».

—Venga, barre, ¿qué haces ahí parado? —dijo Oblómov.

—¿Qué quiere que barra? ¡Hoy ya lo hice! —respondió tercamente Zajar.

—¿De dónde sale el polvo si has barrido? ¡Mira, mira! ¡Que no quede nada de eso! ¡Barre inmediatamente!

—He barrido —porfiaba Zajar—. No es cosa de hacerlo diez veces. Y el polvo viene de la calle... Estamos en el campo, hay mucho polvo en la calle.

—Es que tú, Zajar Trofímovich —intervino Anisia asomándose de pronto desde la otra habitación—, haces mal en barrer primero y luego quitar el polvo de las mesas, así el polvo vuelve... Primero tendrías que...

—¿A qué vienes tú aquí a dar lecciones? —bramó, furioso, Zajar—. Vuelve a tu puesto.

—Pero dónde has visto tú que primero se barra y luego se recojan las mesas... El señor se enfada por eso...

—¡Venga, venga, venga! —gritó Zajar amenazándola con el brazo.

Anisia sonrió y se fue. Oblómov, con un ademán, indicó a Zajar que también él se retirara, y se tumbó sobre un cojín bordado, puso la mano en el corazón y escuchó sus latidos.

«Esto tiene que ser perjudicial —se dijo—. ¿Qué puedo hacer? Si le pido consejo al doctor es capaz de mandarme a Abisinia».

Mientras Zajar y Anisia no estuvieron casados, cada uno se ocupaba de sus quehaceres sin inmiscuirse en las ocupaciones del otro; es decir, Anisia se dedicaba a la compra, a la cocina y participaba en el aseo de la casa una sola vez al año, cuando fregaba los suelos. Pero después de la boda, el acceso a las habitaciones del señor se le hizo más factible. Ayudaba a Zajar y en las habitaciones había más limpieza; en general, tomó a su cargo ciertas obligaciones de su marido, en parte por propia voluntad y en parte porque Zajar se las impuso despóticamente.

—Toma, sacude esta alfombra —le ordenaba con ronca voz—. Deberías poner orden en las cosas arrambladas en aquel rincón y llevarte a la cocina lo sobrante —decía.

Un mes le duró esta felicidad: las habitaciones estaban limpias, el señor no gruñía, no decía «palabras lastimeras», y él, Zajar, no hacía nada. Pero esa felicidad se le acabó por la siguiente causa:

Tan pronto como él y Anisia se dedicaron al arreglo de las habitaciones del señor, todo cuanto hacía Zajar era criticado. Había vivido cincuenta años en este mundo con la seguridad de que todo cuanto hacía no podía ser mejorado. Y de pronto, en dos semanas, Anisia le demostró que nada hacía bien y, además, se lo hacía ver con la misma ofensiva condescendencia, con la misma paciencia que se empleaba con niños o tontos de remate, sin dejar de mirarlo burlonamente.

—Zajar Trofímovich —le decía con voz cariñosa—, haces mal en abrir los cuarterones después de cerrar el tiro, las habitaciones volverán a quedarse frías.

—¿Según tú —le preguntaba Zajar con la grosería de un marido—, cuándo deben abrirse?

—Pues cuando enciendas las estufas: el humo saldrá y volverá a calentarse el aire —respondía apaciblemente Anisia.

—¡Menuda tonta! —decía Zajar—. Llevo veinte años haciéndolo así y no voy a cambiar ahora por ti...

En un estante del armario, Zajar ponía juntos el té, el azúcar, el limón, los cubiertos de plata y al lado el betún, los cepillos y el jabón.

Un buen día vio que el jabón estaba en la mesita del lavabo, los cepillos y el betún en la ventana de la cocina, y el té con el azúcar en un cajón especial del aparador.

—Qué andas revolviendo en mis cosas, ¿eh? —preguntó con aire amenazador—. Lo puse intencionadamente todo junto para tenerlo más a mano y tú me lo has dispersado por diversos rincones.

—Lo hice así para que el té no oliera a jabón —respondió dulcemente Anisia.

En otra ocasión le señaló dos o tres rotos en el traje del señor a causa de la polilla y le dijo que una vez por semana era preciso sacudir y cepillar la ropa.

—Deja que la sacuda bien —concluyó amablemente. Zajar le arrancó de las manos el cepillo y el frac, que había cogido Anisia, y lo volvió a colocar en su sitio.

Y cuando un día empezó a quejarse —según su costumbre— de que el señor lo reñía a causa de las cucarachas, y que «él no las había inventado», Anisia, sin decir nada, quitó del estante trozos de migas de pan, que se hallaban allí desde tiempos inmemoriales, limpió y lavó los armarios y la vajilla, y las cucarachas desaparecieron casi por completo.

Zajar no acababa de comprender cuál era el quid de la cuestión y lo achacaba todo a su celo. Otro día, cuando Zajar, llevando una bandeja, dejó caer un par de vasos y, siguiendo su costumbre, empezó a moverse dispuesto a tirarlo todo al suelo, ella se la quitó de las manos, puso otros vasos, añadiendo, además, el azucarero y el pan; lo colocó todo de tal modo que ni una sola taza se movía y le enseñó a continuación cómo debía sostener la bandeja con una sola mano y sujetarla fuertemente con la otra; después se paseó dos

veces por la habitación sin que se moviera ni una sola cucharilla; fue entonces cuando Zajar comprendió, de pronto, que Anisia era más lista que él.

Arrancó de sus manos la bandeja, alteró la posición de los vasos y jamás se lo pudo perdonar.

—Es así cómo debe hacerse —dijo Anisia con suave voz.

Zajar la miró con obtusa altanería, pero ella se limitó a sonreír irónicamente.

—¡Vaya con la ignorante campesina que se las quiere dar de lista! ¿Acaso allá en Oblómovka teníamos una casa como ésta? Yo era el encargado de todo: sólo los lacayos y recaderos pasaban de quince! ¡Y había tantas mujeres de tu calaña que ni siquiera puedo acordarme de sus nombres!... ¡Y tú vienes presumiendo...!

—Quiero hacer bien las cosas —trató Anisia de justificarse.

—¡Venga, venga! —bramó Zajar amenazándola con el codo—. ¡Lárgate de las habitaciones del señor! ¡A la cocina... dedícate a tus cosas!

Ella se marchó sonriendo y Zajar, todo sombrío, miró de reojo cómo se alejaba.

Su orgullo sufría y trataba toscamente a su mujer. Cuando Iliá Ilich preguntaba por algún objeto y éste no aparecía o estaba roto, y, en general, cuando se producía algún desorden en la casa y nubes de tormenta se amontonaban sobre su cabeza, acompañadas de palabras «lastimeras», Zajar hacía una seña a su mujer y, señalando con la cabeza el despacho de Oblómov, susurraba imperioso: «Ve adónde el señor; mira lo que quiere».

Anisia iba y la tormenta se resolvía siempre con una simple explicación. El propio Zajar, en cuanto Oblómov empezaba a emplear «palabras lastimeras», proponía que la llamase a ella.

A no ser por ella, todo habría vuelto al mismo estado en las habitaciones de Oblómov. Anisia se consideraba ya parte de la casa, compartía inconscientemente la ligazón de su marido con la vida, la

casa y la persona de Iliá Ilich, y su habilidosa mano ponía orden en las abandonadas habitaciones.

Tan pronto como Zajar se alejaba un momento, limpiaba el polvo de las mesas, de los divanes, abría las ventanas, arreglaba las cortinas, recogía las botas tiradas en medio de la habitación, los pantalones colgados de los elegantes sillones, cepillaba los trajes, recogía, incluso, todos los papeles, lápices y plumas, colocándolo todo sobre la mesa. Alisaba la arrugada cama, ahuecaba las almohadas y, pasando rápida revista a toda la habitación, acercaba alguna silla, cerraba algún cajón abierto, retiraba una servilleta olvidada y huía rápidamente a la cocina al oír las crujientes botas de su marido.

Era una mujer ágil, risueña, de unos cuarenta y siete años, de amable sonrisa, vivos ojos, rollizo cuello y pecho, con manos rojas y diestras que jamás conocían el cansancio.

Casi no se le veía la cara porque su nariz, aunque no grande, parecía tener existencia propia o estar mal colocada; además, su parte inferior era respingona, por lo cual apenas si se distinguía su rostro; el color y la posición de su nariz resultaban tan visibles que el resto de la cara pasaba inadvertido.

Hay muchos maridos en el mundo como Zajar. Algún que otro diplomático, después de escuchar con aire negligente el consejo de su esposa, se encoge de hombros, pero luego, sin decir nada, a la chita callando, redacta su informe de acuerdo con su consejo.

A veces, algún alto funcionario, sin dejar de canturrear, responde con una mueca desdeñosa a lo que opina su esposa sobre un asunto importante, pero al día siguiente repite esas mismas opiniones ante sus superiores.

Todos esos señores tratan a sus esposas del mismo modo hosco o burlón que Zajar, dignándose apenas hablar con ellas; no son, como para Zajar, simples y estúpidas campesinas, sino flores que los distraen de su vida seria, de su trabajo...

Es mediodía, el sendero del parque brilla caluroso bajo los rayos del sol. Los paseantes buscan la sombra bajo toldos de lona y tan sólo las niñeras con los niños pasean en grupo, o se sientan valientemente en la hierba pese al calor.

Oblómov seguía tumbado en su diván creyendo o negándose a creer en el sentido de la conversación mantenida con Olga aquella mañana.

«Ella me quiere, siente algo por mí. ¿Será posible? Sueña conmigo. Para mí cantó con tanta pasión y la música hizo nacer nuestra mutua simpatía».

Se sentía lleno de orgullo; la vida se le antojaba maravillosa, veía su mágica lejanía con todos los colores y luces, que hace poco no existían para él. Ya se veía con ella en el extranjero, en los lagos de Suiza, en Italia, paseando por entre las ruinas de Roma, en las góndolas, perdiéndose luego entre la muchedumbre de París y Londres y luego... luego, en su paraíso terrenal, en Oblómovka.

Ella, tan divina, con su dulce hablar, su lindo rostro blanco, su cuello fino y delicado...

Los campesinos jamás han visto nada parecido; se postran ante ella como ante un ángel. Ella camina graciosamente por la hierba, pasea con él por el sombreado bosquecillo de abetos; canta para él...

Oblómov siente el suave fluir de la vida, el dulce rumor de la corriente, su chapoteo... la plenitud de su dicha, la realización de los deseos lo hace soñar.

De pronto, su rostro se ensombrece.

—¡No, esto es imposible! —dice súbitamente en voz alta, y levantándose del diván se pasea por la habitación—. Es ridículo pensar que me ama, soy un ser risible de ojos somnolientos y mejillas ajadas... Ella sigue burlándose de mí...

Se detuvo ante el espejo y se contempló largo rato, al principio descontento; luego su mirada se aclaró e incluso sonrió mirándose.

«Parece que tengo mejor aspecto que en la ciudad —se dijo—, mis ojos ya no están apagados... incluso desapareció el orzuelo... debe de ser por el aire de aquí; camino mucho, no bebo vino en absoluto, no me paso tumbado el día entero... no hay necesidad de ir a Egipto».

Un criado de la tía de Olga le trajo una invitación para ir a comer.
—¡Iré, iré! —dijo Oblómov.

El criado se dispuso a marchar.

—Espera. —Y Oblómov le dio una propina.

Se sentía ligero, feliz. El día era magnífico, todos los hombres parecían buenos y llevaban reflejada la dicha en el rostro. Tan sólo Zajar estaba sombrío, mirándolo de reojo; Anisia, en cambio, sonreía bondadosamente. «Compraré un perro —decidió Oblómov—; no, mejor un gato; los gatos son cariñosos, ronronean».

Y corrió a casa de Olga.

«¿Será posible... que Olga me quiera? —pensaba durante el camino—. ¡Ese ser tan joven, tan lozano! Ahora que está en la etapa más romántica de la vida debería soñar con jóvenes esbeltos, altos, de negros y ondulados cabellos, de oculta y reflexiva fuerza, de rostro audaz, altiva sonrisa, mirada encendida que tan fácilmente llega al corazón, de voz suave, fresca y sonora como una cuerda metálica. Pero también se ama al que no es joven ni tiene audacia en el rostro, a uno que no sabe bailar ágilmente la mazurca ni montar a caballo... Supongamos que Olga no es una muchacha vulgar cuyo corazón se conmueve ante unos bigotes o el sonar de un sable; pero en ese caso hay que tener otras cosas... una inteligencia poderosa, por ejemplo, para que la mujer admire esa mente y que todo el mundo lo acate... O bien, ser algún artista famoso... Y ¿qué soy yo? Oblómov simplemente. Shtolz es otra cosa. Shtolz es inteligente, tiene carácter, sabe gobernarse a sí mismo y gobernar a otros, forjar el destino. Vaya donde vaya, trate a quien trate, siempre es el dueño de la situación y maneja a todos como si fueran muñecos... ¿Y yo? Ni siquiera puedo con Zajar... ni tampoco

conmigo... Yo soy Oblómov. ¡Shtolz! ¡Dios mío! Pero si ella lo quiere —pensó horrorizado—. Me lo dijo ella misma: lo quiere como a un amigo; tal vez me haya mentido sin darse cuenta... No suele haber amistad entre un hombre y una mujer...».

Oblómov iba aminorando cada vez más y más su paso, dominado por la duda.

«Tal vez esté coqueteando conmigo... Si es tan sólo...».

Se detuvo del todo, petrificado un minuto.

«¿Y si todo no es más que una perfidia, un complot?... ¿Y de dónde he sacado yo que ella me quiere? Ella no me lo ha dicho. ¿No será la voz satánica del orgullo? ¿Tal vez Andréi...? No, es imposible... Ella es... ¡Es maravillosa!», se dijo de pronto al ver a Olga que venía a su encuentro.

Olga le tendió la mano sonriendo alegremente.

«No, ella no es de ésas, no me mentiría —decidió Oblómov—; las mentirosas no tienen esa mirada tan cariñosa, ni esa risa tan sincera... ellas sólo pían... Pero... ella no me dijo que me amaba —pensó de pronto asustado—; no es más que una suposición. Entonces, ¿a qué se debió su enfado?... ¡Dios mío, en qué laberinto me encuentro!».

—¿Qué tiene en las manos? —preguntó Olga.

—Una ramita.

—¿Qué ramita?

—Una ramita de lilas, ¿no lo ve?

—¿De dónde la sacó? Por aquí no hay lilas.

—Usted la arrancó hace días y yo la recogí.

—¿Por qué la recogió?

—Me gustó que la hubiera tirado con fastidio...

—¿Le gusta que esté fastidiada? ¡Vaya una novedad! ¿Yeso por qué?

—No se lo diré.

—Dígamelo, por favor, se lo suplico...

—¡Por nada del mundo!

—Se lo suplico...

Oblómov negó con la cabeza.

—¿Y si canto?

—Entonces... tal vez...

—¿Entonces es la música lo único que le hace efecto? —preguntó Olga frunciendo el ceño—. ¿Es cierto eso?

—Sí, la música que usted transmite...

—Bueno, cantaré... *Casta Diva... Casta di...* —Entonó el aria de *Norma* y se detuvo—. Dígamelo ahora.

Durante un rato, Oblómov titubeó.

—¡No, no —exclamó con mayor decisión aún—, por nada del mundo, jamás! ¿Y si no fuera verdad, si sólo me lo pareció? ¡Jamás, jamás!

—¿Qué es? Algo terrible, sin duda —dijo Olga, mirándolo con aire escrutador y tratando de adivinar.

En su rostro la comprensión fue llegando gradualmente; cada rasgo reflejó la luz del pensamiento, de la conjetura y, de pronto, todo él se iluminó, había comprendido... A veces aparece así el sol saliendo por detrás de una nube, iluminando, al principio, un arbusto, después el tejado y, repentinamente, se llena de luz todo el paisaje. Olga ya sabía lo que Oblómov pensaba.

—No, no, mi lengua se niega a obedecer —insistía Oblómov—, más vale que no me pregunte.

—No pienso preguntarle —dijo Olga con aire indiferente.

—¿Cómo? Ahora mismo me decía...

—Vámonos a casa —dijo Olga, seriamente, sin escucharlo—, *ma tante* nos espera.

Se adelantó a él, lo dejó en compañía de su tía y pasó directamente a su habitación.

CAPÍTULO VIII

TODO aquel día fue de gradual desencanto para Oblómov. Lo pasó en compañía de la tía de Olga, mujer muy inteligente, correcta, siempre magníficamente vestida, siempre con un vestido nuevo de seda que le sentaba a la perfección, luciendo elegantes cuellos de encaje. La cofia se distinguía igualmente por su buen gusto y las cintas elegidas con coquetería sentaban muy bien a su rostro todavía fresco a pesar de sus cincuenta años. De una cadena pendían unos impertinentes de oro.

Su postura, todos sus gestos, denotaban gran distinción. Se envolvía con gracia en un suntuoso chal y era digna de admirar la elegancia con que solía apoyar el codo en un cojín bordado o la majestad con que se reclinaba en el diván. Jamás se la veía haciendo algo: inclinarse, coser, ocuparse de menudencias no sentaba nada bien ni a su rostro ni a su imponente figura. Incluso las órdenes a los criados y sirvientes de la casa las daba con tono negligente, breve y seco.

A veces leía, no escribía nunca, pero hablaba bien, aunque casi siempre en francés. Sin embargo, se dio cuenta de que Oblómov no dominaba con soltura ese idioma y desde el segundo día de conocerlo pasó al ruso.

Los temas de su conversación jamás eran poéticos o filosóficos. Se diría que en su mente existía una línea divisoria estricta que su intelecto nunca atravesaba. Era evidente que el amor y los sentimientos ocupaban, o habían ocupado, un lugar en su vida,

aunque no más importante que otras muchas cosas, lo contrario de lo que le suele suceder a otras mujeres, para quienes el amor, si no de hecho, pero al menos de palabra, constituye lo más importante de su vida, mientras que todo lo demás tomaba parte de ella en la medida en que el amor les deja sitio.

Para esta mujer lo fundamental era el arte de vivir, el ser dueña de sí, mantener en equilibrio el pensamiento con el propósito, el propósito con la acción. Era como un enemigo precavido a quien resultaba imposible sorprender desprevenido, de improviso, tomarlo por sorpresa por mucho que se le vigile, pues siempre se le encuentra ojo avizor y la mirada fija en su objetivo.

Su elemento era la sociedad y por ello el tacto y la medida se adelantaban a cada pensamiento, palabra o movimiento.

Jamás ponía al descubierto ni manifestaba ante nadie los íntimos anhelos de su corazón, sus más ocultos secretos; no tenía a su lado a ninguna buena amiga, a ninguna anciana con quien secretar a la hora del café. Tan sólo con el barón Von Langwagen quedaba con frecuencia a solas; por las tardes solía permanecer con ella hasta la medianoche, pero casi siempre en presencia de Olga y las más de las veces en silencio; pero era un silencio significativo, inteligente, como si supiesen algo que otros no conocían; sin embargo, no pasaban de allí.

Al parecer les gustaba estar juntos, y ésta era la única conclusión que cabía hacer al verlos; ella le trataba exactamente igual que a los demás: con bondad y condescendencia, pero de la misma manera serena y uniforme.

Las malas lenguas trataron de utilizar esta circunstancia aludiendo a una vieja amistad, a ciertos viajes al extranjero juntos; pero en el trato de la tía de Olga con el barón no se manifestaba ni una sombra de oculta simpatía, y eso se habría notado de algún modo.

El barón era el tutor de una pequeña propiedad de Olga sobre la que pesaba una hipoteca y que en la actualidad era objeto de un

pleito.

Él se encargaba del proceso, es decir, obligaba a un funcionario a redactar diversos documentos que leía a través de sus impertinentes, los firmaba y mandaba a dicho funcionario a los tribunales, mientras que él, gracias a sus relaciones sociales, mantenía un curso favorable en ese proceso, confiando en un final rápido y feliz. Esta actitud hizo callar a las lenguas maliciosas y el barón fue considerado como un pariente.

Tenía alrededor de cincuenta años, pero muy bien conservados; se teñía tan sólo el bigote y cojeaba un poco de una pierna. Era cortés hasta la exageración, jamás fumaba en presencia de las damas, no cruzaba las piernas y criticaba severamente a los jóvenes que en sociedad se permiten reclinarsse en los sillones y alzar las rodillas y las botas a la altura de la nariz. Incluso en el salón conservaba puestos los guantes. Se los quitaba tan sólo a la hora de comer.

Vestía a la última moda y en el ojal de su frac llevaba muchas cintitas. Se desplazaba siempre en coche y cuidaba extremadamente a los caballos. Antes de tomar asiento en el carruaje, daba unas vueltas alrededor, examinaba las cinchas, incluso las pezuñas y, a veces, sacando un pañuelo blanco lo pasaba por el lomo o las ancas de los animales para comprobar si estaban bien limpios.

A los conocidos los acogía con una sonrisa cortés y benévola; a los desconocidos los miraba fríamente al principio, pero cuando se los presentaban, sustituía la frialdad por una sonrisa y el recién presentado podía contar siempre con ella.

Hablaba de todo con la misma precisión: de la virtud, del alza de los precios o de las ciencias. Exponía claramente su opinión en frases lacónicas y diáfanas como si hablase con sentencias ya preparadas, anotadas en un curso y lanzadas al mundo como guía general para todos.

La actitud de Olga frente a su tía era hasta aquel entonces muy sencilla y serena; su ternura jamás sobrepasaba los límites de la

moderación, pero jamás se alzaba entre ellas una sombra de malestar.

Esto era debido, en parte, al carácter de María Mijáilovna y, por otra, a la total ausencia de todo motivo para portarse ambas de otro modo. A la tía ni se le ocurría exigir de Olga algo que contradijera violentamente sus deseos, y a Olga ni en sueños se le habría ocurrido no cumplir un deseo de su tía, no seguir un consejo suyo.

¿Y en qué se manifestaban esos deseos? En la elección de un vestido, del peinado o, por ejemplo, de si ir al teatro francés o a la ópera.

Olga la obedecía hasta allí donde alcanzaba el deseo o el consejo de su tía, pero jamás iba más allá, y María Mijáilovna, por su parte, lo exponía con una moderación rayana en la sequedad, sin sobrepasar nunca los derechos de su parentesco.

Eran unas relaciones tan incoloras que no había modo de saber si la tía pretendía a la obediencia y ternura especial de Olga o bien si había en Olga una obediencia y una ternura especiales hacia María Mijáilovna.

Al verlas por primera vez juntas se notaba de inmediato que eran tía y sobrina y no una madre con su hija.

—Voy a la tienda, ¿necesitas alguna cosa? —solía preguntar la tía.

—Sí, *ma tante*, necesito arreglar el vestido lila —decía Olga, y se iban juntas, o bien—: No, *ma tante*, estuve allí hace poco.

La tía rozaba sus mejillas con los dedos y la besaba en la frente; Olga besaba la mano de su tía; la una se iba y la otra se quedaba.

—¿Alquilaremos la misma casa de campo? —decía la tía, ni interrogativa ni afirmativamente, sino como razonando consigo misma, sin decidirse por nada.

—Sí, se está muy bien allí —decía Olga.

Y la casa se alquilaba. Pero si Olga decía:

—Pero, *ma tante*, ¿será posible que no esté aburrida ya de ese bosque y esa arena? ¿No sería mejor buscar en otra dirección?

—Buscaremos —contestaba la tía—. ¿Vamos al teatro, Olga? —preguntaba la tía—. Hace tiempo que se está hablando de esa obra.

—Con mucho gusto —respondía la muchacha, pero sin el presuroso afán de agradar a su tía, sin manifestar sumisión.

A veces discutían ligeramente.

—Pero *ma chere* —decía la tía—, no te sientan nada bien esas cintas a la cara. Ponte las pajizas.

—¡Ah, *ma tante*! Ya me he puesto seis veces las pajizas, estoy cansada de verlas.

—Entonces ponte las *pensée*.

—¿Y éstas le gustan?

La tía examinaba las cintas y movía lentamente la cabeza.

—Como quieras, *ma chere*, yo en tu lugar me llevaría las pajizas o las *pensée*.

—No, *ma tante*, prefiero éstas —decía Olga dulcemente, y compraba las que quería.

Olga pedía el consejo de su tía no como algo que estaba obligada a seguir, sino como si pidiera consejo a cualquier otra mujer de más experiencia que ella.

—*Ma tante*, ¿ha leído usted este libro? ¿De qué trata? —preguntaba Olga.

—¡Ah, es una porquería! —respondía la tía, apartando el libro, pero sin guardarlo ni tomar ninguna medida para que Olga no lo leyera.

Y a Olga jamás se le ocurriría leerlo. Si ambas se encontraban en dificultades para decidir, se dirigían al barón o a Shtolz, cuando estaba presente, y el libro se leía o no, de acuerdo con el criterio de ellos.

—*Ma chere* Olga —solía decir la tía alguna vez—. Respecto a ese joven que suele hablar con frecuencia contigo en casa de los Zavadski, me han contado ayer una historia estúpida.

Sólo eso. Olga tendría que decidir por sí misma si hablar con él o no.

La aparición de Oblómov en la casa no suscitó ningún problema, ninguna atención especial por parte de la tía, el barón y ni siquiera Shtolz. Este último quería introducir a su amigo en una casa donde todo fuera algo ceremonioso, donde, lejos de ofrecerle dormir después de la comida, estaba mal visto cruzarse de piernas, donde había que ir bien vestido y ser consciente de lo que se dice; en una palabra, donde no se podía ni dormitar ni despreocuparse y donde se mantenía siempre una conversación viva y actual.

Shtolz pensaba, además, que si introducía en la vida somnolienta de Oblómov la presencia de una mujer joven, simpática, inteligente, llena de vida y algo burlona sería lo mismo que alumbrar una habitación en penumbra con una lámpara que difundiera una luz uniforme por todos los rincones sombríos y algunos grados de calor, haciendo más alegre la estancia.

Eso era todo cuanto pretendía al presentar a Oblómov en casa de Olga. No se le ocurrió pensar que metía una mecha encendida en un castillo de fuegos artificiales, y mucho menos lo pensaron Olga y Oblómov.

Iliá Ilich hizo compañía a la tía durante dos horas, manteniéndose correctamente sentado, sin haber cruzado las piernas ni una sola vez y hablando de todo; incluso le acercó ágilmente por dos veces un escabel.

Llegó el barón, sonrió cortésmente y muy afable le estrechó la mano.

Oblómov se portó aún más correctamente y los tres estaban muy contentos los unos de los otros.

Sobre las conversaciones de Olga con Oblómov por los rincones y sus paseos, la tía opinaba... mejor dicho, no opinaba nada.

Pasear con un joven, con un petimetre, era una cosa; tampoco en ese caso habría dicho nada, pero con el tacto que le era inherente hubiera establecido, de modo imperceptible, otro orden; iría con ellos una o dos veces, enviaría a una tercera persona y esos paseos se acabarían.

Pero pasear con «*monsieur* Oblómov», permanecer con él en un rincón de la gran sala o en el balcón... ¿eso qué importaba? Él tenía más de treinta años, no iba a llenarle la cabeza de tonterías o a prestarle libros poco recomendables... A un hombre como él no se le ocurrirían esas cosas.

Además, la tía había oído cómo Shtolz, en víspera de su partida, decía a Olga que no dejara en paz a Oblómov, que le prohibiera dormir, que lo torturara, tiranizara, que le encargara diversos cometidos; en una palabra, que dispusiera de él. Y también a ella le había suplicado no perderlo de vista, invitarlo con frecuencia, hacerlo participar en excursiones, viajes, en el caso de que no se fuera al extranjero.

Olga no hizo acto de presencia mientras estuvo con la tía y el tiempo transcurría muy lentamente; Oblómov sentía tan pronto frío como calor. Ahora ya adivinaba la causa del cambio experimentado por Olga y ese cambio le resultaba aún más doloroso que el anterior.

Si el primer fallo sólo le había causado temor y vergüenza, ahora se sentía incómodo, pesaroso y triste, como suele sentirse uno cuando el tiempo es sombrío y lluvioso. Le había dado a entender que adivinaba su amor por él y esa conjetura estaba fuera de lugar. Se trataba, en realidad, de una ofensa apenas enmendable. Y si, tal vez, no fuera cierto, ¡qué torpeza la suya! Era simplemente un presuntuoso.

Podía haber asustado un sentimiento que llamaba tímidamente a las puertas de un corazón juvenil y virginal; que se posa ligeramente, con precaución, como un pajarillo en la rama; cualquier susurro, el más mínimo rumor, le hace emprender el vuelo.

Tembloroso y angustiado esperaba el momento en que Olga saliese para el almuerzo, en que le hablase, lo mirase...

Olga apareció y Oblómov no cabía en sí de asombro mirándola: apenas si pudo reconocerla. Tenía otro rostro, incluso otra voz.

Ni un solo instante apareció en sus labios la sonrisa ingenua y juvenil, casi infantil, ni una sola vez le miró con los ojos abiertos y

francos como cuando expresaban una pregunta, perplejidad o simple curiosidad, como si ya no tuviera nada que preguntar, nada que saber, nada de qué asombrarse.

Su mirada no le seguía como antes. Le miraba como si lo conociera desde hacía mucho o lo tuviera ya aprendido y, finalmente, como si él no fuera nada para ella, lo mismo que el barón. En una palabra, como si no le hubiera visto durante un año y ella hubiera madurado durante ese tiempo.

No había en ella ni la severidad ni el fastidio de ayer; Olga bromeaba, incluso reía, respondía con detalle a preguntas que antes hubiera respondido de otro modo. Se notaba que intentaba comportarse como los demás, cosa que antes no hacía. Ya no tenía esa libertad, esa desenvoltura que le permitía decir todo cuanto se le ocurría. ¿Adónde fue todo ello?

Después del almuerzo, Oblómov se le acercó para preguntarle si pensaba dar un paseo. Sin responderle, se dirigió a su tía.

—¿Vamos a dar un paseo? —le preguntó.

—Si es por aquí cerca —respondió la tía—; ordena que me traigan una sombrilla.

Y fueron a pasear todos. Andaban lánguidamente, contemplaron San Petersburgo en la lejanía, llegaron hasta el bosque y regresaron al balcón de la casa.

—Creo que no está dispuesta a cantar hoy. No me atrevo ni a pedírselo —dijo Oblómov con la esperanza de que Olga abandonara su forzada actitud y volviera a ella la alegría, de que se manifestase en una palabra, al menos, en la sonrisa y finalmente en el canto su espíritu sincero, confiado e ingenuo.

—¡Hace calor! —observó la tía.

—No importa, lo intentaré —respondió Olga, y cantó una romanza.

Oblómov la escuchaba y no podía creer a sus oídos.

No era la misma, ¿dónde estaban los sonos apasionados de antes?

Cantaba con gran pureza, brillantez, pero al mismo tiempo tan... tan... igual a como cantan todas las jóvenes cuando les piden que canten en una reunión: sin alma. Había desaparecido de su canto y en los oyentes no vibraba ningún nervio.

No se podía conjeturar nada: ¿fingía, estaba enfadada, disimulaba? Su mirada era cariñosa, hablaba de buen grado, pero lo hacía igual a como cantaba, como todos... ¿Qué significaba eso?

Oblómov, sin esperar el té, cogió el sombrero y se despidió.

—Venga a vernos con más frecuencia —dijo la tía— si se aburre, recuerde que a diario estamos siempre solas en casa y los domingos tenemos algunas visitas, así que no se aburrirá.

El barón se puso cortésmente en pie y lo saludó.

Olga lo despidió con un movimiento de cabeza como a un buen amigo, y cuando él se iba se volvió hacia la ventana, mirando algo, mientras escuchaba con aire indiferente los pasos de Oblómov que se retiraba.

Esas dos horas y los siguientes tres o cuatro días, una semana todo lo más, habían influido poderosamente en Olga haciéndola mucho más madura. Sólo en las mujeres se produce ese rápido florecer de las fuerzas, ese desarrollo de todas las facetas espirituales.

Se diría que estaba pasando por un curso de la vida no en días, sino en horas. Y cada hora de una experiencia minúscula, apenas perceptible, que como un pájaro pasa veloz ante las mismas narices del hombre, es captada por la joven con inexplicable celeridad: ella observa su vuelo a lo lejos y la curva que el pájaro traza queda en su memoria como una señal imborrable, como una enseñanza, una lección.

Allí donde para el hombre es preciso colocar un poste indicador de kilómetros, a ella le basta el susurro del viento, la vibración apenas perceptible del aire.

¿Por qué de pronto, por qué causas aparece marcada en el rostro de una joven —despreocupado hace unos días, ingenua hasta

producir risa— tan seria reflexión? ¿Y qué significa esa reflexión?

¿Sobre qué reflexiona? Al parecer tiene cabida en ella toda la lógica, toda la filosofía especulativa y práctica del hombre, itodo el sistema vital!

El *cousin* que la había dejado recientemente como una niña y corre hacia ella con su uniforme militar al terminar el curso para darle unas palmadas en la espalda, lo mismo que antes, girar cogidos de la mano y saltar por encima de las sillas y divanes... se detiene azorado, la mira con fijeza y se aparta confuso, dándose cuenta de que él sigue siendo un chiquillo todavía, pero que ella ya es una mujer.

Pero ¿a qué se debe? ¿Qué ha ocurrido? ¿Un drama? ¿Algún hecho sobresaliente? ¿Alguna novedad que toda la ciudad conoce?

Pero nadie, ni la *maman*, ni *mon oncle*, ni *ma tante*, ni la aya, ni la doncella lo saben. Tampoco hubo tiempo para ello: había bailado dos mazurcas, algunas contradanzas y le empezó a doler la cabeza, no había dormido por la noche...

Después, todo había pasado ya, sólo que en su rostro se veía algo nuevo, miraba de otro modo, ya no reía en voz alta, no se comía las peras de un bocado, no contaba cómo allá «en su internado»... También ella había acabado el curso.

Al igual que el *cousin*, Oblómov al día siguiente, a los dos o tres siguientes, apenas si reconocía a Olga y la miraba tímidamente; ella lo miraba con naturalidad, pero sin la expresión curiosa de antaño, sin afecto, lo mismo que a otros.

«¿Qué le ocurrirá? ¿Qué piensa, qué siente ahora? —se preguntaba Oblómov, lleno de angustia—. ¡Juro por Dios que no entiendo nada!».

Y cómo iba a entender que en ella se había producido lo mismo que se produce en el hombre a los veinticinco años con ayuda de veinticinco profesores, diversas bibliotecas, numerosos viajes por el mundo, tras haber perdido, a veces, cierto aroma moral, frescor de

ideas y algo de pelo. Olga había entrado en la esfera de la conciencia y fue fácil para ella, no le costó gran cosa.

«Es una situación penosa, aburrida —decidió Oblómov—. Me trasladaré al barrio de Vyborg, estudiaré, leeré, iré a Oblómovka... solo —añadió después con toda tristeza—. ¡Sin ella! ¡Adiós mi paraíso, mi apacible y luminoso ideal de vida!».

No fue a visitarlas ni al cuarto ni al quinto día; no leía ni escribía. Un día se dispuso a pasear y salió al polvoriento camino que se dirigía a una colina.

«¡Buena gana de andar con tanto calor!», se dijo, y bostezando se volvió a su casa, se tumbó en el diván y se hundió en un pesado sueño, como solía hacerlo en la calle Gorójoaia, en la habitación llena de polvo con las cortinas corridas.

Sus sueños fueron algo confusos. Al despertar vio ante sí una mesa puesta: chuletas, empanada. Zajar, de pie, contemplaba somnoliento la calle; Anisia trajinaba en la otra habitación.

Oblómov comió y se sentó junto a la ventana. ¡Qué aburrimiento, qué absurda situación! Seguía estando solo. Y de nuevo no sentía deseos de ir a ningún lado ni de hacer nada.

—Mire, señor, nos han traído este gatito de parte de los vecinos. ¿Nos lo quedamos? Ayer lo quería usted —dijo Anisia con la intención de distraerlo, y le puso el gatito en las rodillas.

Oblómov acarició al gatito, pero seguía sintiéndose aburrido.

—¡Zajar! —llamó.

—¿Qué desea? —respondió Zajar con aire abúlico.

—Tal vez me traslade a la ciudad —dijo Oblómov.

—¿A la ciudad? Pero si allí no tenemos casa.

—¿Y la de Vyborg?

—¿Entonces vamos a ir de una casa de campo a otra? —respondió Zajar— ¿Qué se nos ha perdido allí? ¿Tal vez Mijéi Andréievich?

—Aquí no estamos bien...

—¿Mudarnos otra vez? ¡Dios santo! Ya con ésta quedamos derrengados y hemos perdido dos tazas que no aparecen por ninguna parte, ni tampoco el cepillo del suelo; tal vez se las haya llevado Mijéi Andréievich para allá; siempre se pierde algo.

Oblómov guardó silencio. Zajar se fue y al rato regresó con una maleta y un saco de viaje.

—¿Y dónde vamos a meter esto? ¿No sería mejor venderlo? —preguntó empujando la maleta con el pie.

—¿Es que te has vuelto loco? Un día de éstos me iré al extranjero —le respondió Oblómov con enfado.

—¡Al extranjero! —dijo de pronto Zajar con una sonrisita—. Hablar se puede, pero ideo de ir!

—¿Por qué te extraña tanto? Me iré y eso es todo... Ya tengo incluso el pasaporte —dijo Oblómov.

—¿Y quién va a quitarle allí las botas? —preguntó Zajar irónicamente—. ¿Acaso las mozas? ¡Sin mí está usted perdido!

Volvió a sonreír irónicamente, por lo cual las patillas y las cejas se fueron cada una por su lado.

—No dices más que tonterías. Llévate esto y vete —respondió Oblómov con fastidio.

Al día siguiente, no bien se hubo despertado a eso de las diez de la mañana, Zajar, al servirle el té, le dijo que cuando fue a la panadería encontró allí a la señorita.

—¿A qué señorita? —preguntó Oblómov.

—¿A cuál va a ser? La señorita Ilínskaia, Olga Serguéievna.

—¿Y qué? —preguntó Oblómov, impaciente.

—Me ordenó que lo saludara y me preguntó si estaba bien de salud y qué hacía.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que estaba bien, ¡qué le iba a pasar! —respondió Zajar.

—¿Para qué tienes que añadir tus estúpidos comentarios? —observó Oblómov—. Tú qué sabes lo que puede pasarme. ¿Y qué más?

—Me preguntó que dónde había comido ayer.

—¿Y?...

—Le dije que en casa y que también cenó en casa. «¿Es que cena?», me preguntó la señorita. Le dije que tan sólo había comido dos pollos...

—¡Es-tú-pi-do! —Oblómov estaba furioso.

—¿Por qué soy estúpido? ¿Acaso no era la verdad? —respondió Zajar—. Si quiere puedo enseñarle los huesos...

—De verdad que eres estúpido —respondió Oblómov—. ¿Qué más dijo ella?

—Sonrió. «¿Por qué tan poco?», me preguntó después.

—¡Qué estúpido! —repitió Oblómov—. Podías haberle contado, además, que me pones la camisa del revés.

—Como no me lo preguntó, no se lo dije —respondió Zajar.

—¿Qué más te preguntó?

—Me preguntó qué había hecho durante estos días.

—¿Y qué dijiste?

—Pues le dije que nada, que se pasaba el día tumbado.

—¡Ah! —exclamó Oblómov muy fastidiado llevándose los puños a las sienes—. ¡Vete de aquí! —añadió amenazador—. Si alguna vez te atreves a contar semejantes tonterías de mí, ya verás lo que voy a hacer contigo. ¡Qué venenoso es este hombre!

—¿Acaso quiere que mienta a la vejez? —trataba Zajar de justificarse.

—¡Fuera! —volvió a gritar Iliá Ilich.

A Zajar no le importaba que el señor lo riñese, con tal de que no le dijera palabras «lastimeras».

—Le dije que quería trasladarse al barrio de Vyborg —terminó de decir.

—¡Vete! —gritó Oblómov con voz imperiosa.

Zajar se fue y lanzó un suspiro que llenó toda la antesala. Oblómov se puso a tomar el té.

De la gran variedad de rosquillas y bollos comió un solo bollito, temeroso de que Zajar se fuera nuevamente de la lengua. Después encendió un cigarro, se sentó ante la mesa, abrió un libro, leyó una hoja e intentó pasar a la otra página, pero las hojas estaban aún sin abrir.

Oblómov las cortó con el dedo, por lo cual el borde quedó festoneado y el libro no era suyo, sino de Shtolz, que tenía establecido un orden tan riguroso y aburrido, sobre todo con los libros, que ¡Dios nos libre! Siempre ponía los papeles, los lápices y todas las demás menudencias en un orden perfecto y exigía que siempre estuvieran así.

Hubiera debido buscar un cortapapeles, pero no lo tenía; claro está que podía hacerlo con un cuchillo de mesa, pero Oblómov prefirió dejar el libro en su sitio y dirigirse al diván; no había hecho más que apoyar el codo en el bordado cojín para tumbarse más a gusto, cuando Zajar entró en la habitación.

—Me olvidé de decirle que la señorita pidió que fuera usted a eso... cómo se llama... ¡Ah! —dijo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, hace dos horas? —preguntó Oblómov, presuroso.

—Me ordenó que me fuera, no me dejó terminar... —repuso Zajar.

—¡Eres mi perdición, Zajar! —exclamó Oblómov patéticamente.

«Ya vuelve a lo suyo —pensó Zajar, volviendo su patilla izquierda en dirección a Oblómov y mirando hacia la pared—. ¡Se le ocurre decir cada cosa!».

—¿Adónde te dijo que fuese? —preguntó Oblómov.

—Pues a ese, cómo se llama. Sí, creo que al jardín, me parece...

—¿Al parque? —preguntó Oblómov.

—Eso es, al parque; dijo «si quiere pasear, yo estaré allí...».

—Rápido, trae la ropa...

Oblómov recorrió todo el parque, se metió por senderos y quioscos, pero no vio a Olga en ninguna parte. Caminó por la

avenida donde habían estado hablando y la encontró allí, sentada en un banco próximo al lugar donde arrancó y tiró la ramita.

—Creí que ya no vendría —le dijo cariñosamente.

—Hace tiempo que la busco por todo el parque —respondió él.

—Sabía que me iba a buscar y por eso me senté aquí adrede, en esta avenida, segura de que pasaría por ella sin falta.

Oblómov tuvo la intención de preguntarle «¿Por qué lo pensó?», pero la miró y no dijo nada.

Tenía una expresión distinta a la de antes, de cuando paseaban por allí y de aquélla de cuando se despidieron por última vez y que le produjo tanta inquietud. Y su cariñoso saludo era también más reservado y en todo su rostro había una expresión reconcentrada, decidida; Oblómov comprendió que no se podía jugar con ella a las conjeturas, alusiones y preguntas ingenuas, que ese momento risueño e infantil estaba superado.

Muchas de las cosas que no se habían acabado de decir, y que podían abordarse con una pregunta sutil, ya estaban resueltas entre ambos sin palabras, sin explicaciones, sólo Dios sabe cómo, pero sobre ellas ya no había retorno posible.

—¿Por qué no se le ha visto en tantos días? —preguntó Olga.

Oblómov callaba. Le habría gustado darle a comprender indirectamente que el secreto encanto de sus relaciones había desaparecido, que le pesaba la seriedad reconcentrada que la recubría como una nube, como si estuviese metida dentro de un caparazón y que él no sabía qué hacer, cómo portarse frente a ella.

Pero Oblómov comprendía que la más mínima alusión a ello provocaría en Olga una mirada de asombro, luego añadiría frialdad a su trato y tal vez hiciera desaparecer aquella chispa emocional que él había apagado tan torpemente al principio. Había que atizarla de nuevo, con suavidad y precaución, pero no sabía cómo hacerlo.

Comprendía confusamente que Olga había madurado y que tal vez estuviera por encima de él, que ya no había posibilidad de volver

a la infantil confianza de antes, que tenía ante sí el Rubicón y que la perdida felicidad se hallaba en la otra orilla: había que cruzarlo.

Pero ¿cómo? ¿Y si lo cruzaba solo?

Olga comprendía más claramente que él todo cuanto le sucedía y por ello la ventaja estaba de su lado. Leía claramente en su interior, se daba cuenta de cómo iba naciendo el sentimiento en el fondo de su alma, cómo se debatía y brotaba al exterior; comprendía que la astucia femenina, la coquetería, la malicia, esas armas de su amiga Sóñechka, estaban de más con él, porque no se preveía ninguna lucha.

Se daba cuenta incluso de que, pese a su juventud, le pertenecía el papel primero y principal en esa relación, que de él sólo cabía esperar una profunda impresión, una sumisión apasionada e indolente, una permanente armonía con cada latido de su pulso, pero ningún acto de voluntad, ningún pensamiento activo.

En un solo instante sopesó su poder sobre él, y ese papel de estrella polar, de rayo de luz que ella derramaría sobre el lago dormido, reflejándose en él, fue de su agrado; celebraba su triunfo en ese duelo.

En esa comedia o tragedia, según las circunstancias, ambos personajes tienen casi siempre idéntico carácter: torturador o torturadora y víctima.

Olga, como toda mujer que desempeña el papel principal, es decir, el de torturadora, claro está que en menor grado que otras, y, además, inconscientemente, no podía renunciar al placer de jugar un poco con su víctima a la manera de un gato: a veces sentía remordimiento por ese inesperado capricho, pero volvía a concentrarse, a encerrarse en sí misma para seguir empujándolo cada vez más hacia delante, sabiendo que él, por iniciativa propia, no daría ni un paso y quedaría inmóvil donde lo dejara.

—¿Estuvo usted ocupado? —preguntó, sin dejar de bordar un trozo de cañamazo.

«Le diría que sí, pero ¡ese Zajarí!», gimió Oblómov en su fuero interno.

—Sí, me dediqué a leer alguna que otra cosa —respondió con aire negligente.

—¿Acaso una novela? —preguntó Olga, y alzó la vista para ver qué cara pondría al mentir.

—No, casi no leo novelas —respondió Oblómov muy tranquilo—, estuve leyendo *Historia de los inventos y los descubrimientos*.

«Gracias a Dios que se me ha ocurrido hoy leer una página del libro», pensó.

—¿En ruso? —preguntó ella.

—No, en inglés.

—¿Usted lee en inglés?

—Con dificultad, pero sí leo. ¿No fue usted a la ciudad? —preguntó con el propósito de desviar el tema de la conversación.

—No, estuve en casa todo el tiempo. Casi siempre bordo en esta avenida.

—¿Siempre en ésta?

—Sí, me gusta mucho esta avenida y le agradezco haberla conocido por usted; casi nadie pasea por aquí.

—No la conoció por mí —la interrumpió Oblómov— Es que nosotros, ¿recuerda?, nos encontramos aquí por casualidad.

—Sí, en efecto.

Ambos callaron.

—¿Se le pasó del todo el orzuelo? —preguntó Olga mirándolo directamente al ojo derecho.

Oblómov se puso colorado.

—Ya pasó, gracias a Dios —dijo.

—Póngase compresas de vino corriente cuando le pique el ojo —continuó Olga—; el orzuelo entonces no se forma. Mi niñera me lo enseñó.

«¿Por qué hablará de orzuelos todo el tiempo?», pensó Oblómov.

—Y, además, no cene —añadió Olga con seriedad.

«¡Zajar!», estuvo a punto de gritar furiosamente Oblómov.

—Basta con hacer una cena fuerte —continuó Olga sin alzar la cabeza de su trabajo— y permanecer tumbado unos tres días, sobre todo de espaldas, para que se forme de inmediato un orzuelo.

«¡Es-tú-pi-do!», rugió por dentro Oblómov, pensando en Zajar.

—¿Qué borda usted? —preguntó con el fin de cambiar de conversación.

—Es un cojín para el barón —respondió Olga desdoblado el trozo del cañamazo y mostrándole el dibujo—. ¿Le gusta?

—Sí, mucho, el dibujo es muy bonito. ¿Es una ramita de lilas?

—Creo que... sí —respondió negligente—. Elegí uno al azar, el primero que encontré... —y ligeramente ruborizada dobló diestramente el cañamazo.

«Es fastidioso continuar así, si no consigo que se rinda —pensó Oblómov—. Otro, Shtolz, por ejemplo, lo habría conseguido, pero yo no».

Oblómov frunció el ceño y contempló el entorno con somnolienta mirada. Olga lo miró y dejó su trabajo en un cestillo.

—Vamos a dar un paseo hasta el bosque —dijo, dejándole llevar el cestillo; abrió la sombrilla, se arregló el vestido e inició la marcha—. ¿Por qué está triste? —preguntó.

—No lo sé, Olga Serguéievna. Además, ¿qué motivos tengo para estar alegre? ¿Y cómo puedo estarlo?

—Haga algo, frecuente más a la gente.

—¡Hacer algo! Eso es posible cuando se tiene una finalidad en la vida, pero ¿cuál es la mía? Ninguna.

—La finalidad es vivir.

—Cuando no sabes para qué vives, se vive de cualquier modo, día tras día, te alegras de que haya transcurrido el día, de que haya llegado la noche y en sueños te olvidas de esa aburrida pregunta: ¿para qué he vivido este día, para qué voy a vivir mañana?

Olga lo escuchaba en silencio y con severa expresión; en su fruncido ceño se leía el reproche y en la línea sinuosa de sus labios

había desconfianza o desdén...

—¡Para qué ha vivido! —repitió—. ¿Puede haber alguna existencia inútil?

—Puede. La mía, por ejemplo —dijo Oblómov.

—¿Y no sabe hasta ahora dónde está el objetivo de su vida? —preguntó deteniéndose— No le creo, se engaña usted, de no ser así no merecería usted vivir.

—Dejé atrás el lugar donde debía haber estado, y de allí en adelante ya no hay nada.

—¿No hay nada? —repitió Olga interrogante, pero con alegre vivacidad y riéndose como sin creerle, como si previese que algo tenía en el futuro.

—Ríase —continuó él—, pero así es.

Olga caminaba delante de él, sin levantar la cabeza.

—¿Para quién, para qué voy a vivir? —decía Oblómov siguiéndola—. ¿Qué puedo buscar, hacia dónde dirigiré mis pensamientos, mis propósitos? Perdí la flor de la vida y sólo me quedan las espinas.

Caminaban muy despacio; Olga lo escuchaba distraída, de paso arrancó una ramita de lilas y, sin mirarlo, se la tendió.

—¿Qué es eso? —preguntó Oblómov, estupefacto.

—¿No lo ve? Es una ramita.

—¿Qué ramita? —preguntó él mirándola con los ojos muy abiertos.

—De lilas.

—Lo sé... pero ¿qué significa?

—La flor de la vida y...

Oblómov se detuvo y ella también.

—¿Y?... —repitió Oblómov interrogante.

—Mi fastidio —dijo mirándolo directamente, con aire concentrado, pero su sonrisa indicaba que sabía bien lo que estaba haciendo.

Se había desvanecido la nube impenetrable que la envolvía. Su mirada era elocuente y comprensiva. Se diría que había abierto

adrede una determinada página del libro, permitiéndole leer un pasaje recóndito.

—Entonces, puedo confiar... —dijo Oblómov encendido de alegría.

—En todo, pero...

Olga calló.

Oblómov pareció resucitar, y fue ella ahora quien a su vez no lo reconoció; su rostro somnoliento, inexpresivo, se transformó de pronto: el color iluminó sus mejillas, en los ojos brilló la luz del pensamiento, del deseo y de la voluntad. Olga comprendió al instante, en ese mudo juego de los gestos, que para Oblómov existía ya una finalidad en la vida.

—La vida, la vida se me abre de nuevo —decía Oblómov como en sueños—, está aquí, en sus ojos, en la sonrisa, en esta ramita, en *Casta Diva*... todo está aquí...

Olga movió la cabeza.

—No, todo no... la mitad.

—¿La mejor?

—Tal vez —dijo Olga.

—¿Dónde está la otra? ¿Qué otra cosa hay después de eso?

—Busque.

—¿Para qué?

—Para no perder la primera —respondió Olga; le tendió la mano y se dirigieron hacia la casa.

Oblómov tan pronto la miraba de reojo lleno de entusiasmo, admirando su grácil cabeza, su talle y bucles, como estrechaba en sus manos la ramita.

—¡Todo esto es mío! ¡Mío! —se repetía, y no acababa de creerlo.

—¿No se mudará al barrio de Vyborg? —preguntó Olga al despedirse de Oblómov.

Él se echó a reír y ni siquiera tildó a Zajar de estúpido.

CAPÍTULO IX

A partir de entonces no se produjeron en Olga cambios repentinos. En el trato con su tía y con los demás se mostraba tranquila y del mismo talante, pero vivía y sentía la vida con Oblómov únicamente. Ya no preguntaba a nadie lo que debía hacer, cómo tenía que portarse ni recurría mentalmente a la autoridad de Sóñechka.

A medida que se iban abriendo ante ella las distintas fases de la vida, es decir, de los sentimientos, observaba con atención todo cuanto ocurría, prestaba oído a la voz de su instinto y comprobaba lo que sentía con las exiguas observaciones que tenía en reserva; caminaba con cautela, tanteando con el pie el terreno que debía pisar.

No tenía a quién preguntar. Su tía eludía semejantes cuestiones con tal habilidad, tan fácilmente, que Olga jamás conseguía reunir sus opiniones en una sentencia y grabársela en la memoria. Shtolz no estaba. ¿A Oblómov? Pero él era como Galatea, cuyo Pígalión debía ser ella misma.

Su vida se había llenado de un modo tan apacible, tan imperceptible para los demás, que Olga vivía en su nueva esfera sin suscitar la atención de nadie, sin visibles emociones o inquietudes. Para todos era la misma de siempre, tenía para los demás iguales atenciones que antes, pero lo hacía todo de distinto modo.

Si iba al teatro francés, el contenido de la obra se enlazaba de alguna manera con su propia vida: si leía un libro, siempre hallaba

algún pasaje que respondía a sus pensamientos, en algún otro hallaba el eco de sus más vivos sentimientos, veía escritas las palabras pronunciadas el día anterior, como si el autor hubiera escuchado el latir de su corazón.

Los mismos árboles poblaban el bosque, pero en su rumor percibía un sentido especial: entre ellos y ella se había establecido una viva compenetración. Los pájaros no se limitaban a piar, a gorjear, sino que hablaban constantemente entre sí; a su alrededor, todo hablaba, todo respondía a su estado de ánimo. Oía incluso cómo respiraba la flor al abrirse.

Vivía su propia vida también en sueños que se poblaban de visiones inconcretas, de imágenes, con las cuales hablaba a veces en voz alta... le contaban algo, pero tan confusamente que no las comprendía, se esforzaba por hablar con ellas, por preguntarles, pero sus respuestas seguían siendo incomprensibles. Su doncella le contaba al día siguiente que había delirado en sueños.

Recordaba las palabras de Shtolz: él solía decirle que no había comenzado aún a vivir y ella, a veces, se ofendía al ser considerada por él como una chiquilla a pesar de que ya tenía veinte años. Ahora, sin embargo, comprendía que él tenía razón, que tan sólo ahora comenzaba a vivir.

«Cuando despierten todas las fuerzas de su organismo, entonces despertará la vida alrededor, y verá aquello que ahora no ve, para lo cual tiene los ojos cerrados, oirá lo que ahora no oye; los nervios la harán vibrar, oirá el rumor de las esferas, prestará oído al crecer de las hierbas. Espere, todo llegará a su tiempo, no se apresure», decía Shtolz.

Y había llegado. «Debe de ser el despertar de las fuerzas de mi organismo...», se decía Olga con las palabras de Shtolz, prestando atento oído a sus nunca vividas emociones, observando con atención y temor toda manifestación de la fuerza que despertaban en ella.

Olga no se dejó llevar por los ensueños, ni se sometió al hechizo del repentino temblor de las hojas, de las visiones nocturnas, del

misterioso susurro que a veces sonaba por las noches en sus oídos como si alguien, inclinado sobre ella, le hablase de cosas incomprensibles y confusas.

«¡Son los nervios!», se decía sonriendo entre lágrimas, superando a duras penas el temor y luchando contra las fuerzas que en ella habían despertado. Se levantaba de la cama, bebía un vaso de agua, abría la ventana, se abanicaba el rostro con un pañuelo y se liberaba de sus ensueños tanto despierta como dormida.

Oblómov, por su parte, tan pronto como despertaba por las mañanas, veía mentalmente la imagen de Olga en toda su estatura con la ramita de lilas en la mano. Pensando en ella se dormía; cuando leía o paseaba, ella siempre estaba presente.

Mentalmente sostenía con ella conversaciones inacabables tanto de día como de noche. A la *Historia de los inventos y los descubrimientos* añadía siempre alguno nuevo, hecho por él en el físico o en el carácter de Olga; se las ingeniaba para encontrarla como por casualidad, para enviarle un libro, darle una sorpresa.

Cuando la veía y hablaba con ella, continuaba esa conversación en casa, y alguna vez, cuando entraba Zajar, le decía con un tono extremadamente suave y delicado, con el que hablaba mentalmente con Olga: «Has vuelto a darme ayer las botas sin lustrar, diablo calvorota; ten cuidado que no te...».

La despreocupación lo había abandonado desde el momento en que la oyó cantar por vez primera. Su vida ya no era la de antes, cuando le daba igual permanecer tumbado de espaldas y mirar el techo que estar en compañía de Alexeiev o visitar a Iván Guerásimovich; cuando no esperaba a nadie, ni nada, tanto de día como de noche.

Ahora tanto el día como la noche, como cualquier hora de la mañana y de la tarde, tenían su propia imagen y eran radiantes o sombrías y grises, dependiendo de si esa hora se llenaba de la presencia de Olga o transcurría sin ella y, por consiguiente, era triste y aburrida.

Todo ello se reflejaba en su manera de ser: llenaba su cabeza cada día una inmensa cantidad de conjeturas momentáneas, de suposiciones, inseguridades, dolorosas dudas y todo dependía de si la vería o no aquel día, de lo que ella iba a decirle, de lo que iba a hacer, de cómo lo miraría, del encargo que le haría, de sus preguntas, de si estaría o no contenta de él. Todas esas consideraciones habían pasado a ser problemas vitales de su existencia.

«¡Ah, si sólo se pudiera sentir la dulzura del amor y no sus inquietudes! —soñaba Oblómov—. La vida te hace daño, te acosa vayas donde vayas. ¡Cuántas novedades aporta, cuántas ocupaciones! El amor es una escuela terriblemente difícil de la vida».

Había leído ya varios libros. Olga pedía que le contase su contenido y escuchaba con increíble paciencia su relato. Había escrito varias cartas a la aldea, había cambiado de administrador y, por mediación de Shtolz, había contactado con uno de los vecinos. Incluso hubiera ido a la aldea si le fuera posible separarse de Olga.

Había dejado de cenar y llevaba dos semanas sin acostarse de día.

En dos o tres semanas había recorrido todos los alrededores de San Petersburgo. La tía, con Olga, el barón y él asistían a los conciertos de las afueras y a las grandes fiestas. Se hablaba sobre la posibilidad de visitar Finlandia, de ir a Imatra.

Oblómov, por su parte, hubiera preferido no ir más allá del parque, pero a Olga se le ocurrían nuevas ideas, y cuando, a la invitación de ir a algún lado, él demoraba la respuesta, el viaje se realizaba sin remisión. Y entonces las sonrisas de Olga no tenían fin. En cinco kilómetros a la redonda no había colina que no hubiera escalado cinco veces al menos.

Sus sentimientos, mientras tanto, iban en aumento y se manifestaban de acuerdo con sus inmutables leyes. Olga florecía. Brillaban más sus ojos, había mayor gracia en sus movimientos. Una dulce emoción agitaba su pecho.

—Has embellecido en el campo, Olga —decía la tía. Y la sonrisa del barón corroboraba las palabras de la tía.

Olga se ruborizaba y recostaba su cabeza en el hombro de la tía y ésta le daba cariñosas palmaditas en las mejillas.

—¡Olga, Olga! —la llamaba un día Oblómov, casi en un susurro, al pie de una colina donde se habían citado para dar un paseo.

Ninguna respuesta. Oblómov miró el reloj.

—¡Olga Serguéievna! —añadió en voz alta. Silencio.

Olga, encaramada en lo alto del cerro, lo oía llamar y callaba conteniendo la risa. Quería obligarle a subir.

—¡Olga Serguéievna! —clamó Oblómov tras haber escalado media colina entre los arbustos y mirando hacia arriba. «Me citó a las cinco y media», se dijo para sí.

Olga se rio sin poder contenerse.

—¡Olga, Olga! ¡Mire dónde está! —dijo y subió hasta lo más alto.

—¡Uf! ¡Buena gana tiene usted de esconderse aquí arriba! —Oblómov se dejó caer a su lado—. Para atormentarme a mí se atormenta usted misma.

—¿De dónde viene? ¿Directamente de la casa? —preguntó Olga.

—No, pasé a buscarla y me dijeron que se había ido.

—¿Qué hizo usted hoy? —preguntó Olga.

—Hoy...

—He reñido con Zajar —concluyó ella la frase.

Oblómov se echó a reír como algo completamente imposible.

—No. Leí *Revue*. Pero, Olga, escuche...

Sin embargo, no dijo nada; sentado junto a ella se sumió en la contemplación de su perfil, de su cabeza, del movimiento de sus manos hacia delante y hacía atrás, de cómo ensartaba la aguja en el cañamazo y la volvía a sacar. No era capaz de apartar la vista de ella.

Oblómov permanecía inmóvil; tan sólo su mirada se volvía bien a la derecha, bien a la izquierda, bien hacia abajo siguiendo el movimiento de su mano. En su interior todo se hallaba en

movimiento: la sangre circulaba con mayor rapidez, el pulso y el corazón latían con redoblado vigor y todo ello se manifestaba en su respiración lenta: así se respira antes de la ejecución y en los instantes de máxima voluptuosidad.

Estaba mudo y ni siquiera podía moverse; tan sólo sus ojos, húmedos por la emoción, permanecían fijos en ella.

Olga le lanzaba de vez en cuando una profunda mirada. Comprendía los pensamientos que expresaba su rostro y pensaba: «¡Dios mío! ¡Cómo me ama! ¡Qué delicado es!».

Contemplaba con orgullo y admiración al hombre tendido a sus pies a quien ella había sojuzgado con su propia fuerza.

El período de las alusiones simbólicas, de las sonrisas significativas, de las ramitas de lilas había pasado para siempre. El amor se hacía más exigente, más severo, comenzaba a convertirse en una obligación y cada uno de ellos poseía sus propios derechos. Los dos se sinceraban más y más: iban desapareciendo los equívocos, las dudas, o bien eran sustituidas por cuestiones más claras y positivas.

Olga seguía zahiriéndolo con ligeros sarcasmos por los años vividos en balde, lo había condenado severamente por ellos y castigaba su apatía con mayor profundidad y eficacia que Shtolz; después, a medida que iban intimando, pasó de los sarcasmos dirigidos a su inactiva existencia a una despótica manifestación de su voluntad; le hizo recordar la finalidad de la vida y sus obligaciones y le exigió severamente actividad; no se cansaba de provocar las manifestaciones de su inteligencia, bien haciéndolo intervenir en alguna delicada cuestión de la vida cotidiana que ella conocía bien, bien preguntándole sobre algo que ella no comprendía.

Y Oblómov se esforzaba, se devanaba los sesos, se las ingeniaba para no desmerecer demasiado ante sus ojos o bien para ayudarla a comprender alguna cuestión embrollada o, en último caso, eludir la heroicamente.

La táctica femenina de Olga estaba inspirada por su tierno afecto; todos los intentos de Oblómov para seguir la actividad mental de Olga destilaban pasión.

Pero la mayor parte de las veces Oblómov desfallecía, se tendía a los pies de Olga, se ponía la mano en el corazón y lo escuchaba latir, sin dejar de fijar en ella una mirada inmóvil, asombrada, extasiada.

«Cómo me quiere», se decía Olga en esos momentos admirándolo. Y cuando, a veces, se daba cuenta de que persistía en él algún rasgo anterior de su espíritu —y ella sabía distinguirlos perfectamente—, la más mínima indolencia, una apatía apenas visible ante la vida, provocaba sobre él un torrente de reproches con los que a veces se mezclaba la amargura del arrepentimiento, el temor a la equivocación.

Cuando Oblómov se disponía a bostezar y abría la boca, lo sorprendía la mirada asombrada de Olga y entonces la cerraba de inmediato haciendo chocar los dientes. Olga perseguía la más mínima sombra de somnolencia en su rostro. No sólo se interesaba por lo que hacía, sino por lo que pensaba hacer.

Pero, más que los reproches, impulsaba su energía el temor de que ella, a causa de su indolencia, se cansara y se hiciera distante y fría. Aparecía en él entonces la fiebre de vivir, se mostraba lleno de fuerzas y energías y las sombras entre ellos volvían a desaparecer y su mutuo afecto fluía como un manantial seguro y claro.

Pero todas estas cuitas no sobrepasaban por ahora el mágico círculo del amor. Su actividad era más bien negativa; no dormía; leía a veces, se disponía a terminar su plan, caminaba y viajaba mucho, pero el propio sentido de la vida, su actividad ulterior, se reducía tan sólo a los propósitos.

«¿Qué otra vida y actividad quiere Andréi? —se preguntaba Oblómov abriendo mucho los ojos para no dormirse después de comer—. ¿No es esto acaso vivir? ¿No es el amor un servicio? ¡Me gustaría verlo a él! Cada día un recorrido de diez kilómetros a pie.

Ayer dormí en la ciudad, en un abominable mesón, vestido, me quité tan sólo las botas, y sin Zajar. ¡Y todo por cumplir sus encargos!».

Lo que más lo atormentaba era cuando Olga le planteaba alguna pregunta especial y le exigía, como si fuese un profesor, una respuesta satisfactoria; y eso ocurría con frecuencia, pero no por ser ella una pedante, sino por el afán de conocer la cuestión. Solía, incluso, olvidarse de los objetivos que perseguía con respecto a Oblómov y se interesaba por el propio tema.

—¿Por qué no nos enseñarán eso? —decía pensativa y fastidiada al oír con gran interés retazos de conversaciones sobre temas que no se consideraban apropiados para mujeres.

Un día lo asedió con preguntas sobre las estrellas dobles; como Oblómov había tenido la imprudencia de citar a Herschel, fue enviado a la ciudad, se le obligó a leer el libro y contarle todo hasta su completa satisfacción.

Otro día, y también por descuido, hablando con el barón, mencionó algo relacionado con las escuelas pictóricas, y de nuevo tuvo que trabajar toda una semana: leer y contar. Luego fueron al Ermitage y también allí tuvo que confirmar en la práctica lo leído.

Si a Oblómov se le ocurría decir algo al azar, Olga se daba cuenta en seguida y no lo dejaba en paz.

Se vio obligado, asimismo, a recorrer diversas tiendas en busca de grabados de los mejores cuadros.

El pobre Oblómov, bien repasaba lo ya olvidado, bien recorría las librerías buscando las nuevas obras y, a veces, se pasaba las noches sin dormir en busca de conocimientos para responder a la mañana siguiente, como por casualidad, como si acabara de recordar, la pregunta hecha el día anterior.

Olga le planteaba esas preguntas no por un capricho momentáneo, no con frivolidad femenina de saber una u otra cosa, sino con tenacidad e impaciencia, y si Oblómov daba la callada por respuesta, lo castigaba con una mirada larga, escrutadora. ¡Cómo temía él esa mirada!

—¿Por qué no dice usted nada, por qué calla? —preguntaba ella —. Parece que se aburre.

—¡Ah! —respondió Oblómov como volviendo en sí después de un desmayo—. ¡Cuánto la amo!

—¿De veras? De no ser por mi pregunta, nadie lo diría —respondió Olga.

—¿Es posible que no se dé usted cuenta de lo que me ocurre? —empezó a decir Oblómov— ¿Sabe?, hasta me cuesta trabajo hablar. Mire aquí... deme su mano, algo me lo impide, como si tuviese un peso, una piedra, como le sucede a la gente que sufre un gran dolor; es extraño, pero el organismo reacciona igual cuando uno es desgraciado que cuando es feliz: cuesta trabajo respirar, duele hacerlo, se sienten deseos de llorar. Si yo pudiera llorar, me sentiría aliviado como cuando se sufre...

Olga le miró sin decir nada, como si comprobase la veracidad de sus palabras, como si las comparase con la expresión de su rostro, y sonrió: la comprobación era satisfactoria. El rostro de Olga irradiaba felicidad, pero felicidad apacible, que, al parecer, nada podía turbar. Se veía a las claras que su corazón no sufría ninguna pesadumbre, sino apacible bienestar, que en su alma reinaba la misma paz que en la naturaleza aquella radiante mañana.

—¿Qué me sucede? —preguntó pensativo Oblómov, como hablando consigo mismo.

—¿Se lo digo?

—Dígame.

—Está usted... enamorado.

—Sí, claro —confirmó él cogiendo la mano de Olga, pero no se la besó; oprimió con fuerza sus labios contra sus dedos, disponiéndose, al parecer, a estar así mucho tiempo.

Olga trató suavemente de liberar su mano, pero él se la retuvo con fuerza.

—Bueno, déjeme, basta —dijo ella.

—¿Y usted? —preguntó Oblómov— Usted... no está enamorada...

—No, enamorada no... no me gusta esa palabra, yo le quiero —dijo Olga y lo miró largamente como si comprobase la veracidad de sus palabras.

—Le... quiero —repitió Oblómov—. Pero se puede querer a la madre, al padre, a la niñera, incluso a un perrito. Todo eso se cubre con la palabra genérica «quiero», como con un viejo...

—¿Batín? —dijo ella echándose a reír—. *Á propos*, ¿dónde está su batín?

—¿Qué batín? No tengo ninguno.

Olga lo miró con una sonrisa de reproche.

—¡Y ahora me habla de un viejo batín! —dijo Oblómov—. Yo espero con el alma impaciente que brote de su corazón un sentimiento para saber el nombre que va a darle y usted, Olga... ¡que Dios la perdone! Sí, yo estoy enamorado de usted y le digo que este sentimiento es el verdadero amor, uno no se enamora de su padre, ni de su madre, ni de la niñera, se les quiere simplemente...

—No sé —dijo Olga, pensativa, como tratando de ahondar dentro de sí para averiguar lo que ocurría en su interior—. No sé si estoy enamorada de usted o no. Tal vez no haya llegado aún el momento; sólo sé una cosa: no he querido así ni a mi padre, ni a mi madre, ni a la niñera...

—¿Qué diferencia hay? ¿Siente usted algo especial?... —insistía él.

—¿Usted quiere saberlo? —preguntó Olga maliciosamente.

—¡Sí, sí, sí! ¿Es posible que no sienta usted la necesidad de sincerarse?

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Para vivir con ello cada instante, hoy, esta noche, mañana, hasta que la vea de nuevo... Sólo vivo así.

—Ya ve, necesita renovar cada día el caudal de su ternura. Aquí está la diferencia entre el que está enamorado y el que quiere. Yo...

—¿Usted? —la interrumpió impaciente.

—Yo quiero de otra manera —respondió Olga, apoyando la espalda en el banco mientras sus ojos seguían el paso de unas nubes—. Sin usted me aburro, me da pena separarme de usted aunque sólo sea por poco tiempo, y si es por mucho me duele. Sé que me quiere, lo veo y le creo, y eso me hace feliz, aunque no me repita nunca que está enamorado de mí. No sé querer más ni mejor.

«Esas palabras... como si hablase Cordelia^[14]», pensó Oblómov, mirando apasionadamente a Olga.

—Si usted... muriera —dijo Olga tras un ligero titubeo—, llevaría luto eterno por usted y jamás en mi vida volvería a sonreír. Si se enamorara de otra, no me quejaría, ni maldeciría. En mi fuero interno desearía que fuera feliz... Para mí, el amor es lo mismo que la vida, y la vida...

Se detuvo en busca de la palabra adecuada.

—¿Y qué es la vida en su opinión? —preguntó Oblómov.

—La vida es un deber, una obligación; por tanto, el amor lo es; creo que es Dios quien me lo envió —concluyó alzando los ojos al cielo— Él me ordenó querer.

—¡Cordelia! —dijo en voz alta Oblómov—. ¡Y no tiene más que veinte años! Entonces, para usted eso es amor —añadió pensativo.

—Sí, y creo que tendré fuerzas para vivir amando así toda la vida...

«¿Quién le habrá metido esas ideas? —pensó Oblómov, mirándola casi con veneración—. No es el camino de la experiencia, del sufrimiento, de las pasiones el que la condujo a ese concepto claro y sencillo de la vida y del amor».

—Pero también hay pasiones, intensas alegrías —dijo Oblómov.

—No lo sé —respondió Olga—, no las he sentido y no comprendo lo que son.

—¡Oh, cómo lo comprendo yo ahora! —exclamó él.

—Tal vez con el tiempo también yo las experimente, tal vez tenga los mismos impulsos que usted, lo miraré de idéntica manera al mirarle sin creer que es usted el que está delante de mí... Y eso

debe ser muy, muy divertido —añadió Olga alegremente—. A veces pone usted unos ojos... creo que *ma tante* se da cuenta.

—Entonces, ¿qué es para usted la felicidad en el amor —preguntó Oblómov— si no experimenta esas vivas alegrías que yo siento?

—¿Qué es? Pues esto —respondió señalando con la mano a él, a sí misma y a la soledad que los rodeaba—. ¿Acaso esto no es felicidad, acaso vi antes como ahora? Antes no estaría aquí, entre estos árboles, ni un cuarto de hora sola, sin un libro, sin música. Antes me aburría al hablar con los hombres; a excepción de Andréi Ivánich, no sabía de qué hablarles: estaba deseando quedarme sola... En cambio ahora... incluso guardar silencio me resulta grato.

Olga paseó la mirada por los árboles, la hierba y la detuvo en él, sonrió y le tendió la mano.

—¿Cree, acaso, que no me dolerá cuando tenga usted que marcharse? —añadió—. ¿Cree, acaso, que no me apresuraré a dormir para no ver la tediosa noche? ¿Acaso mañana no le enviaré un recado? Acaso...

Con cada «acaso» se iluminaba el rostro de Oblómov y brillaban más sus ojos.

—Sí, sí —repetía—, también yo espero que amanezca y me aburre la noche y mañana le enviaré un recado, no en busca de algo, sino con el único fin de pronunciar su nombre y oír cómo suena, para averiguar algún detalle sobre usted por boca de los demás, para envidiarles por haberla visto ya... Pensamos, vivimos y confiamos en lo mismo. Perdone, Olga, mis dudas; estoy seguro de que usted me quiere de otro modo que a su padre, a su tía y...

—A mi perrita —dijo Olga, y se echó a reír—. Tenga fe en mí —concluyó— como yo la tengo en usted, y no dude, no empañe con vanas sospechas esta felicidad si no quiere que vuele. Aquello que yo llamé mío una vez, no lo devolveré, a menos que me lo quiten. Lo sé, no importa que sea joven... ¿Sabe? —dijo Olga con voz muy segura—, en el mes que ha transcurrido desde que le conozco, he

pensado y vivido mucho, como si hubiera leído poco a poco un grueso libro que tratara de mí... No dude pues...

—Me es imposible no dudar —la interrumpió Oblómov—, no me lo exija. Ahora, cuando está usted delante, estoy seguro de todo: me lo dice su mirada, su voz, todo. Cuando me mira es como si me hablara: no necesito que hable, sé leer sus miradas. Pero cuando usted no está empieza el terrible juego de la duda, se me plantean diversas cuestiones y tengo que correr a verla de nuevo, a mirarla otra vez; si no lo hago, no creo. ¿Qué significa eso?

—¿Y por qué yo creo en usted? —preguntó ella.

—¡Cómo no va a creerme! ¡Tiene delante a un loco encendido de pasión! Creo que se ve usted en mis ojos como en un espejo. Además, usted tiene veinte años: mírese bien, ¿puede un hombre no rendirle tributo de admiración cuando se la encuentra... aunque sólo sea con los ojos? Y conocerla, oírla, mirarla largamente, amarla... ¡Oh, es para volverse loco! ¡Y usted es tan apacible, tan serena! Y si pasa un día o dos y no la oigo decir «le quiero»... Aquí brota la inquietud...

Oblómov señaló su corazón.

—Le quiero, le quiero, le quiero, aquí tiene una reserva para tres días —dijo Olga, levantándose del banco.

—Usted no hace más que bromear, pero póngase en mi lugar —observó Oblómov con un suspiro, descendiendo con ella la colina.

Así era el tema, con diferentes variaciones, de sus charlas. Las citas, las conversaciones eran una melodía única, un solo sonido, una única llama ardiente cuya luz, fraccionándose en calidades rosa, verdes, amarillas, irisaba la atmósfera que los rodeaba. Cada día, cada hora traían nuevos sonos y colores, pero esa luz seguía ardiendo y la melodía seguía siendo la misma. Tanto él como ella prestaban oído a esos sonos, los captaban y se apresuraban a relatarse mutuamente lo oído, sin sospechar que el día siguiente podía traerles otros sonos, que podían surgir otras luces y olvidarían entonces que la melodía de ayer era distinta.

Olga revestía sus sentimientos con los colores que ardían en su imaginación en aquel momento, y los creía fieles a la naturaleza, apresurándose, en su ingenua e inconsciente coquetería, a mostrarse bellamente ataviada a su amigo.

Oblómov creía aún más en esos sonos mágicos, en esa luz tentadora, y se apresuraba a manifestarse ante ella con todo el ardor de su pasión, a mostrarle todo el brillo y vigor del fuego que devoraba su alma.

No se mentían ni a sí mismos ni el uno al otro; decían aquello que les dictaba el sentimiento, pero su voz pasaba por la imaginación.

A Oblómov, en realidad, no le importaba que Olga fuera Cordelia, ni que permaneciera fiel a esa imagen, ni que siguiera una senda distinta y se transformara en otra visión, con tal de que luciera los mismos colores en medio de los cuales vivía en su corazón, con tal de que él se sintiera a gusto.

A Olga tampoco le interesaba saber si su apasionado amigo iría a recoger un guante lanzado por ella a las fauces de un león, si por ella se arrojaría al abismo, mientras siguiera viendo los síntomas de esa pasión, mientras se atuviera al ideal de hombre, de un hombre, además, que por ella despertaba a la vida, con tal de que la luz de sus ojos y su sonrisa siguieran infundiéndole vigor y no dejara de ver en ella la finalidad de su vida.

Y por ello, en la fugaz imagen de Cordelia que entreviera Oblómov en el fuego de su pasión, se había reflejado un solo momento, un efímero hálito de amor, una sola mañana suya, un caprichoso dibujo. Y mañana, mañana podía brillar otra visión, igual de maravillosa, pero distinta pese a todo...

CAPÍTULO X

EL estado de ánimo de Oblómov era igual al que experimenta un hombre que acaba de ver el ocaso de un sol estival y admira con placer sus rosadas huellas, sin apartar los ojos y sin mirar hacia atrás, por donde asoman las sombras, pensando únicamente en que mañana volverá la luz y el calor.

Tumbado de espaldas, gozaba con el recuerdo de la cita del día anterior. «Le quiero, le quiero, le quiero», aún vibraban en sus oídos las palabras de Olga mejor que cualquiera de sus canciones; sentía aún los últimos rayos de su profunda mirada. Ahondaba en su sentido, determinaba el grado de su amor y a punto estaba de dormirse, cuando de pronto...

Al día siguiente, Oblómov se levantó pálido y sombrío, se leían en su cara las huellas del insomnio: arrugas en la frente, ojos apagados, sin fuego ni deseos. Había perdido el orgullo, la alegría, el brío, el moderado y consciente apresuramiento del hombre ocupado: lo había perdido todo.

Tomó el té de mala gana, no leyó ningún libro y no se sentó a la mesa; encendió con gesto pensativo un cigarro y se dejó caer en el diván. Antes se habría acostado, pero había perdido ya la costumbre y ni siquiera sentía deseos de hacerlo; sin embargo, apoyó el codo en la almohada, lo que era indicio de sus antiguas inclinaciones.

Se le veía sombrío; unas veces suspiraba, otras se encogía de hombros y movía la cabeza con pesadumbre.

Algo lo tenía muy preocupado, pero no era el amor. La imagen de Olga no se apartaba de su mente, pero se diría que flotaba a lo lejos, entre las sombras, sin rayos, como ajena a él; Oblómov la contemplaba con dolorosa mirada sin dejar de suspirar.

«Vive como Dios manda y no como quieres, es una regla sabia, pero»... Y quedó pensativo.

«Sí, no se puede vivir como uno quiere, esto es evidente —en él hablaba una voz taciturna, insistente—; se cae en un mar caótico de contradicciones, que ninguna mente humana puede resolver por muy profunda y audaz que sea. Ayer deseas, hoy consigues lo que deseas con delirio, con pasión y pasado mañana te avergüenzas de haberlo deseado. Luego maldices la vida por haber cumplido tu deseo y éste es el resultado del voluntarioso quiero, del empeño de caminar con independencia y audazmente por la vida. Es preciso ir a tientas, cerrar los ojos a muchas cosas, no soñar con la felicidad y no quejarse cuando se escapa. ¡Así es la vida! ¿A quién se le ha ocurrido decir que la vida es un placer? ¡Dementes! La vida es un deber —dice Olga—, una obligación, y la obligación suele ser penosa. Así pues, hay que cumplir el deber», y Oblómov suspiró.

«No veré más a Olga... ¡Dios mío! Me has abierto los ojos y me señalaste mi deber —decía mirando al cielo—. ¡Separarme de ella! ¿De dónde sacaré fuerzas? Ahora aún es posible, aunque me duela. No me maldeciré luego por no haberme apartado de ella. No tardarán en venir con un recado suyo, quería mandarme... ella no lo espera...».

¿Cuál era la causa de semejante estado de ánimo? ¿Qué vientos habían soplado de pronto sobre Oblómov? ¿Qué nubarrones habían traído? ¿Y por qué aceptaba una carga tan penosa? El día anterior ahondaba en el alma de Olga y veía un destino feliz, apacible, había leído su horóscopo y el de ella. ¿Qué había sucedido, entonces?

Podía suponerse que había cenado o que se había tumbado de espaldas y que su humor poético había dado paso a terribles visiones.

En las claras y apacibles noches de verano suele ocurrir que uno se quede dormido con un cielo sin nubes, lleno de titilantes estrellas, pensando lo bien que se estará en el campo a las primeras horas del alba. ¡Qué placer adentrarse en la espesura del bosque y refugiarse allí del calor! Y, de pronto, uno se despierta por el golpear de la lluvia y ve las nubes grises y tristes, el tiempo es frío y húmedo...

Aquella tarde, Oblómov, como tenía por costumbre, prestó oído a los latidos de su corazón, luego lo palpó con las manos para comprobar si había aumentado su consistencia, después se dedicó al análisis de su felicidad y, de pronto, una gota de acíbar lo envenenó.

El veneno fue rápido y eficaz. Pasó mentalmente revista a toda su vida y por centésima vez los remordimientos y las tardías lamentaciones por los años pasados en balde atenazaron su garganta. Se imaginó cómo sería ahora de haber caminado con decisión por la vida, lo interesante y plena que sería su existencia si hubiera sido un hombre activo; pensó luego en lo que era ahora y cómo pudo, cómo puede Olga enamorarse de él y por qué razón.

«¿No será un error? —Ese pensamiento cruzó por su cabeza como un rayo y ese rayo cayó justamente en su corazón y lo destrozó. Oblómov lanzó un gemido—. ¡Un error! ¡Sí..., eso es!».

«Le quiero, le quiero, le quiero». Volvió a recordar esas palabras, y su corazón empezó a recobrar algo de calma, mas de pronto se angustió de nuevo. ¿Qué significaba esa repetición de la palabra «quiero»? ¿No sería una ficción de su pensamiento, el ingenuo susurro de un corazón inexperto? Amor no, sólo su presentimiento.

La voz del amor sonaría algún día, pero con fuerza, su acorde sería tan potente que sacudiría el mundo entero. Lo sabrían la tía, el barón y el estruendo de esa voz se expandiría muy lejos. No sería un sentimiento apacible como un riachuelo escondido entre la hierba con un murmullo que apenas se percibe.

El amor que Olga siente ahora es como su bordado en el cañamazo: el dibujo surge lento, indolente, y con mayor indolencia aun lo desenrolla, lo admira, luego lo deja y se olvida. Sí, lo que ella

siente no es más que una preparación para el amor, un experimento, y él es el primer sujeto algo interesante que, por casualidad, encontró a mano...

Fue casual su encuentro y su amistad. Ella ni se habría dado cuenta de su existencia. Fue Shtolz quien hizo que ella se fijara en él y contagió su tierno y sensible corazón con el afecto que sentía por su amigo; ella se compadeció de su situación, fue solícita con él e intentó por vanidad despertar su alma indolente y luego dejarlo.

«Sí, así es —se dijo horrorizado, levantándose de la cama y encendiendo la vela con mano temblorosa—. No hay ni hubo nada más. Estaba dispuesta a sentir amor, su corazón lo ansiaba y me encontró a mí por casualidad; fue un error... Si ahora surge otro, comprenderá llena de espanto su equivocación. ¡Cómo me mirará entonces! Me despreciará... ¡Es terrible! ¡Estoy robando algo que no me pertenece! ¡Soy un ladrón! ¿Qué es lo que hago, Dios mío, qué es lo que hago? ¡Qué ciego estoy!».

Se miró en el espejo: pálido, amarillento, los ojos apagados. Recordó a los jóvenes felices de mirada reluciente, pensativa pero profunda como la de ella, de vívida luz en los ojos, con una sonrisa de seguridad en el triunfo, de enérgico andar y sonora voz.

«Y llegará un momento —y yo seré testigo— cuando ella encuentre a uno así; y entonces, de pronto, me mirará a mí, a Oblómov, y toda encendida de rubor se reirá a carcajadas».

Volvió a mirarse en el espejo: «No se ama a hombres como yo», se dijo.

Se acostó y enterró el rostro en la almohada: «Adiós, Olga, sé feliz», pensó al fin.

—Zajar —llamó por la mañana—. Si viene algún criado de casa de las Ilinski invitándome, di que no estoy, que me fui a la ciudad.

—Sí, señor. Así se lo diré.

«Pero no... será mejor que le escriba —se dijo—, le parecerá rara mi repentina desaparición. Debo explicárselo todo».

Tomó asiento ante la mesa y comenzó a escribir rápidamente, enardecido, con febril apresuramiento, no como había escrito al propietario de la casa a principios de mayo.

Ni una sola vez se produjo el incómodo y próximo encuentro de dos «que» y dos «cuales».

Le parecerá extraño, Olga Serguéievna, recibir esta carta mía en lugar de verme, pues nos vemos con frecuencia. Léala hasta el final y verá que me es imposible proceder de otro modo. Debía haberla escrito al principio: ambos nos veríamos libres entonces de muchos reproches de conciencia en adelante. Mas tampoco ahora es tarde. Nos enamoramos tan rápida e inesperadamente como si los dos hubiéramos enfermado de pronto y eso impidió que me despertara antes. Por otra parte, viéndola, oyéndola horas enteras, ¿quién habría querido aceptar la dura obligación de renunciar al embeleso y recobrar el juicio? ¿Quién tendría suficiente fuerza de voluntad y dominio para detenerse a cada momento al borde del precipicio y no caer por su pendiente? Cada día yo pensaba: «No iré más lejos, me detendré, de mí depende», pero me dejé llevar por mis sentimientos y ahora llegó el momento de la lucha para el cual requiero su ayuda. Tan sólo hoy, esta noche, comprendí con qué rapidez se deslizan mis pies; tan sólo ayer llegué a ver el fondo del abismo donde estoy a punto de caer y decidí detenerme.

Hablo de mí únicamente, pero no por egoísmo, sino porque cuando esté en el fondo de ese abismo, usted, como un ángel de pureza, seguirá volando por las alturas y no sé si querrá lanzar una mirada hacia mí. Escúcheme, Olga Serguéievna, le diré clara y sencillamente que usted no me ama ni puede amarme. Confíe en mi experiencia y créame plenamente. Ha de saber que mi corazón empezó a latir hace mucho, supongamos que equivocadamente, a contratiempo, pero eso me enseñó a distinguir los latidos auténticos de los casuales. Usted no puede saber, pero yo sí puedo y debo distinguir dónde están la verdad y el error, y mi obligación es prevenir al que no lo sabe todavía. Y bien, yo la prevengo: está usted en un error, reflexione.

Mientras nuestro amor era como un ensueño sonriente y alado, mientras soñaba en Casta Diva, flotaba en el aroma de una ramita de lilas, en una inclinación no expresada, en una tímida mirada, no creía en él, lo consideraba como un juego de mi imaginación y, tal vez, el susurro de la vanidad. Mas ahora el juego ha terminado; estoy enfermo de amor y tengo todos los síntomas de la pasión; usted se volvió seria y pensativa, me hizo

entrega de todas sus horas libres y sus nervios se alteraron. Empezó por sentir inquietud, y entonces, es decir ahora, me asusté y comprendí que mi deber era detenerme y explicarle lo que esto significa.

Yo le dije que la amaba, usted me respondió que también. ¿Percibe usted la disonancia que hay en ello? ¿Se da cuenta? Pues se la dará más tarde cuando yo esté ya en el abismo. Míreme bien, piense en mi vida: ¿puede usted amarme? ¿Me ama usted? «Le quiero, le quiero, le quiero», me dijo ayer. «¡No, no, no!», le respondo yo con toda firmeza.

Usted no me quiere, pero no me engaña, me apresuro a añadir; usted no podría decir sí cuando en su interior dice no. En resumidas cuentas, lo que pretendo demostrarle es que su quiero de ahora no es amor hoy, sino amor futuro: no es más que la inconsciente necesidad de amar que por falta de verdadero alimento, por ausencia de fuego, arde con falsa llama, que no calienta y que a veces se exterioriza en las caricias que las mujeres prodigan a los niños o a otras mujeres o a veces, simplemente, queda en lágrimas y ataques histéricos. Desde el principio debí decirle severamente: «Está equivocada, yo no soy aquel a quien espera, con quien sueña. Espere, él vendrá y usted entonces despertará. Sentirá fastidio y vergüenza por haberse equivocado y ese fastidio, esa vergüenza me harán daño», he aquí lo que debí decirle si mi mente fuera por naturaleza más perspicaz, más decidido mi ánimo y, finalmente, más sincero... Se lo dije, pero ¿recuerda cómo? Con temor de que usted me creyese, de que eso ocurriera; le decía por adelantado todo cuanto más tarde podían decirle otros, para que no los escuchase ni les creyese y al mismo tiempo me apresuraba a verla y pensaba: «¡Quién sabe cuándo vendrá el otro!; yo, mientras tanto ¡soy feliz!». He aquí la lógica de los sentimientos, de las pasiones.

Ahora ya pienso de otra manera. ¿Qué ocurrirá cuando esté más encariñado, cuando verla no sea un lujo de la vida, sino una auténtica necesidad, cuando el amor hunda sus garras en mi corazón? (No en vano lo siento como endurecido). ¿Cómo podré entonces separarme de ella? ¿Seré capaz de soportar semejante dolor? Lo pasaré muy mal. Ni siquiera puedo pensar en ello sin espanto. Si usted tuviera más años y más experiencia, entonces bendeciría mi dicha y le daría mi mano para siempre. Pero así...

¿Para qué le escribo entonces? ¿Por qué no le digo sinceramente que el deseo de verla es cada día mayor y que no debo verla? Juzgue usted misma si tendré suficiente valor para decírselo. A veces quiero decir algo parecido a eso, pero hago todo lo contrario. Si lo dijera, su rostro podría expresar pesar (si es verdad que mi compañía no le resulta aburrida) o, tal vez, se

ofendería usted sin comprender mis buenas intenciones. No soy capaz de soportar ni lo uno ni lo otro, volveré a decir algo distinto y mis honradas intenciones se vendrán abajo, y acabarán con una nueva cita para el día siguiente. Ahora, cuando no la veo, es diferente: no tengo delante sus dulces ojos, ni su linda y bondadosa carita; el papel aguanta y calla y escribo tranquilamente (miento): no nos veremos más (ahora no miento).

Otro habría añadido: escribo estas líneas inundado de lágrimas, pero yo no presumo ante usted, no me envuelvo en mi dolor porque no quiero aumentar la pena, avivar su compasión y tristeza...

Todas esas galanuras ocultan habitualmente el propósito de profundizar el sentimiento, y lo que yo pretendo es destruir en usted y en mí sus semillas. Además, el llorar corresponde a los seductores que intentan prender en sus frases la imprudente vanidad de las mujeres o a lánguidos soñadores. Se lo digo en son de despedida, igual que se dice adiós a un buen amigo que emprende un largo viaje. Dentro de tres o cuatro semanas sería tarde y difícil: el amor progresa increíblemente, es una gangrena del alma. Incluso ahora parezco un loco, no cuentan para mí ni las horas ni los minutos, no sé cuándo sale ni cuándo se pone el sol; lo único que vale para mí es si la he visto o no; si ha venido o no, si va a venir... Todo eso sienta bien a los jóvenes que soportan con facilidad las emociones tanto gratas como dolorosas; a mí me corresponde la tranquilidad, aunque aburrida, somnolienta pero familiar; no sabría desenvolverme en medio de la tormenta.

Muchos se asombrarían de mi conducta: ¿por qué huye?, se preguntarán. Otros se reirán de mí. Estoy dispuesto a soportarlo todo. Si decido no volver a verla, significa que estoy dispuesto a todo.

En mi profunda angustia me consuela un poco el que este breve episodio de nuestras vidas me dejará para siempre un recuerdo fragante, puro, que será suficiente para que no vuelva a hundirme en mi anterior somnolencia espiritual; y a usted no le hará daño, le servirá de guía para su futura vida normal. Adiós mi ángel, vuela pronto lo mismo que un pajarillo asustado se aleja volando de la rama donde se ha posado por error, vuela con la misma alegría y ligereza que él.

Oblómov escribía con inspiración; la pluma volaba por la hoja de papel. Le brillaban los ojos y le ardían las mejillas. La carta resultó larga, como todas las cartas de amor. ¡Los que aman son tan charlatanes!

«Qué extraño —pensó Oblómov—, ya no estoy angustiado, ni triste. Soy casi feliz... ¿Por qué será? Tal vez por haber descargado todo el peso de mi alma en esta carta».

Releyó lo escrito, metió la carta en un sobre y la lacró.

—Zajar —dijo—, cuando venga el criado de las Ilinski dale esta carta para la señorita.

—Está bien, señor —respondió Zajar.

En efecto, Oblómov se sentía casi alegre. Tomó asiento en el sofá subiendo los pies y preguntó, incluso, si había algo para desayunar. Comió dos huevos y encendió un cigarro. Su corazón y su mente estaban repletos de emociones: vivía. Se imaginaba a Olga recibiendo la carta, su asombro, la cara que pondría al leerla. ¿Qué ocurriría después?

Gozaba con la perspectiva de ese día... Con el corazón desfallecido escuchaba el ruido de la puerta deseoso de saber si va había llegado el sirviente, a lo mejor ya leía la carta... Pero todo permanecía silencioso en el vestíbulo.

«¿Qué significará eso? —pensaba inquieto—. No ha venido nadie. ¿Cómo es posible?».

Una voz secreta le susurraba: «¿Por qué te inquietas? Eso es lo que hace falta para romper las relaciones». Pero Oblómov ahogaba esa voz.

Media hora más tarde llamó a Zajar, que estaba en el patio sentado con el cochero.

—¿Vino alguien? —preguntó.

—Sí, vinieron —respondió Zajar.

—¿Y bien?

—Dije que usted no estaba, que se había ido a la ciudad.

Oblómov se quedó mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó—. ¿Qué te ordené que hicieras en cuanto llegara el criado?

—No fue el criado el que vino, sino la doncella —respondió Zajar con inmovible sangre fría.

—¿Le diste la carta?

—No, usted al principio me mandó que dijera que no estaba en casa y luego que diera la carta. En cuanto llegue el criado se la daré.

—Pero tú, tú... ¡Acabas conmigo! ¿Dónde está la carta? ¡Dámela!

—Zajar trajo la carta, que ya estaba bastante manchada—. Debes lavarte las manos, fíjate cómo las tienes —dijo Oblómov furioso, señalándole la mancha.

—Tengo las manos limpias —respondió Zajar mirando de reojo.

—¡Anisia, Anisia! —gritó Oblómov. La mujer se asomó a medias desde el pasillo.

—Fíjate en lo que ha hecho Zajar —se quejó Oblómov—. Ten esta carta y entrégala al criado o a la doncella que vengan de casa de las Ilinski, di que es para la señorita, ¿me oyes?

—Le oigo, Iliá Ilich. Así lo haré.

Pero tan pronto como Anisia salió al pasillo, Zajar le arrancó la carta de las manos.

—Vete, vete —gritó—, dedícate a tus cosas.

Poco después volvió la doncella. Cuando Zajar abrió la puerta, Anisia se acercó a ella, pero Zajar le lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con su ronca voz.

—Sólo vengo a oír como tú...

—¡Ale, ale, ale! —rugió Zajar amenazándola con el codo—. ¡En todo tiene que meterse!

Anisia sonrió levemente y se fue, pero desde la otra habitación miró por la rendija de la puerta para comprobar si Zajar cumplía o no la orden del amo.

Al oír el ruido, el propio Iliá Ilich salió corriendo.

—¿Qué quieres, Katia? —preguntó.

—La señorita manda preguntar que adónde se fue usted. Y resulta que está en casa. Voy corriendo a decírselo —respondió la doncella disponiéndose rápidamente a salir.

—Estoy en casa. Son cuentos de éste —dijo Oblómov—. Toma, dale esta carta a la señorita.

—Así lo haré.

—¿Dónde está ahora la señorita?

—Está paseando por la aldea; me ordenó que le dijera que si ha terminado de leer el libro, que fuera al parque después de la una.

Katia se fue.

«No, no iré... ¿Para qué avivar el sentimiento cuando todo debe terminar...?», pensaba Oblómov encaminándose hacia la aldea. Desde lejos vio cómo Olga ascendía por la pendiente de una colina, cómo la alcanzó Katia y le entregó la carta; vio que Olga se detuvo un instante, miró la carta, reflexionó, luego dijo algo a Katia y se dirigió a la avenida del parque.

Oblómov dio un rodeo, dejando de lado el cerro, y entró en la misma avenida, por el otro extremo; al llegar a la mitad de la misma, se dejó caer en la hierba entre los arbustos y esperó.

«Ella tendrá que pasar por delante de mí —pensó—, me limitaré a mirarla tan sólo, sin que ella me vea, y me alejaré para siempre».

Con el corazón desfalleciente esperaba el ruido de sus pasos. Pero todo estaba en silencio. La naturaleza vivía su eficaz existencia: en torno a él bullía una actividad invisible, ínfima; en apariencia todo parecía descansar en una solemne paz.

Entre la hierba, mientras tanto, el movimiento y el trajín eran continuos: las hormigas, laboriosas y apresuradas, corrían en todas las direcciones, tropezaban unas con otras, se dispersaban. Si desde las alturas se pudiera contemplar algún mercado humano, se verían los mismos grupitos y empujones, idéntico ajetreo.

Un zángano, zumbando en torno a una flor, se adentraba en su cáliz; un tropel de moscas se agrupaba alrededor de una gota de resina en la rendija de un tilo; en la espesura, un pájaro repetía sin cesar un mismo sonido, llamando tal vez a otro.

Dos mariposas, una junto a la otra, giraban veloces como si bailaran un rápido vals y desaparecían tras los árboles. Entre la olorosa hierba se oían incesantes ruidos...

«¡Qué jaleo arman! —pensó Oblómov contemplando todo ese trajinar y prestando oído a ese invisible rumor de la naturaleza—. Y fuera está todo tan silencioso, tan tranquilo...».

Seguía sin oír pasos. Por fin...

«¡Ah! —suspiró Oblómov separando cautelosamente las ramas— ¡Es ella, ella!... Pero... ¡Si está llorando! ¡Dios mío!».

Olga caminaba lentamente, secándose las lágrimas con un pañuelo, pero tan pronto como las enjugaba brotaban otras nuevas. Avergonzada se las tragaba, pretendiendo ocultarlas incluso de los árboles, pero no podía. Oblómov jamás la había visto llorar; no lo esperaba y sus lágrimas parecieron quemarle, pero no sentía la quemazón, sino tan sólo una sensación de tibieza.

Fue tras ella rápidamente.

—¡Olga! ¡Olga! —decía con ternura, siguiéndola.

Olga se estremeció, volvió la cabeza y lo miró asombrada; luego apartó el rostro y siguió caminando.

Oblómov se puso a su lado.

—¿Está llorando? —preguntó.

Las lágrimas corrieron con mayor rapidez por las mejillas de Olga; incapaz de reprimirlas, apretó el pañuelo contra los ojos, estalló en sollozos y se dejó caer en el primer banco.

—¿Qué es lo que he hecho? —susurró, horrorizado, Oblómov, tomando su mano y procurando apartársela de la cara.

—¡Déjeme! —dijo Olga— ¡Váyase! ¿Por qué está aquí? Sé que no debería llorar. ¿Por qué voy a llorar? Usted tiene razón, todo es posible.

—¿Qué puedo hacer para que no haya estas lágrimas? —preguntó Oblómov, poniéndose de rodillas ante ella—. Hable, ordene, estoy dispuesto a todo...

—Usted tiene la culpa de esas lágrimas, pero no está en su poder detenerlas... No posee suficiente fuerza para ello. ¡Déjeme! —dijo, abanicándose con el pañuelo.

Oblómov la miró y se maldijo mentalmente.

—¡Maldita carta! —exclamó arrepentido.

Olga abrió la cesta de la labor, sacó la carta y se la tendió.

—Tómela —dijo—, llévesela para que no tenga que seguir llorando.

Sin decir nada, Oblómov se la guardó en un bolsillo y se sentó a su lado con la cabeza baja.

—Hará, al menos, justicia a mis propósitos —dijo en voz baja—. Esta carta es una prueba de lo mucho que me importa su felicidad.

—Sí, le importa mucho —respondió Olga suspirando— No, Iliá Ilich, lo que sucede es que tuvo envidia al verme tan serenamente feliz y se apresuró a enturbiar mi dicha.

—¿Enturbiar? ¿Es que no ha leído mi carta? Le puedo repetir...

—No acabé de leerla porque se me llenaron de lágrimas los ojos. Todavía soy muy tonta. Pero adiviné el resto, no hace falta que lo repita si no quiere que vuelva a llorar.

Pero sus lágrimas brotaron de nuevo.

—Si yo renuncio a usted —empezó a decir Oblómov— es porque preveo que su felicidad está aún por venir y me sacrifico... ¿Acaso lo hago sin sufrir? ¿Acaso yo no lloro por dentro? ¿Y por qué lo hago?

—Sí, ¿por qué? —repitió Olga, dejando de llorar súbitamente y volviéndose hacia él—. Por la misma razón que se ha ocultado ahora entre los arbustos para ver si lloraba y cómo lo hacía. ¡Por eso! Si hubiera usted deseado sinceramente lo que escribió en su carta, si estuviera de verdad convencido de que debíamos separarnos, se habría ido al extranjero sin volver a verme.

—¡Qué ocurrencia!... —exclamó con reproche, pero no siguió hablando. Le asombró semejante suposición porque de pronto comprendió que era verdad.

—Sí —continuó Olga—, ayer necesitaba oírme decir le quiero, hoy quería que llorase, y mañana, tal vez querrá ver usted cómo muero.

—¡Olga, cómo puede ofenderme de este modo! ¿Acaso no cree que daría ahora media vida para oírla reír y no ver sus lágrimas?...

—Sí, tal vez ahora, cuando ya vio llorar a una mujer por usted... Sí —continuó—, usted no tiene corazón. Me dice que no quería que llorase, pero si fuera verdad no haría lo que hizo.

—¿Cómo podía saberlo? —medio exclamó, medio preguntó Oblómov llevándose las manos al corazón.

—Cuando se ama, el corazón tiene su propia inteligencia —respondió Olga—, sabe lo que quiere y adivina con antelación lo que va a suceder. Ayer me era imposible venir a verlo porque llegaron inesperadamente unas visitas, pero yo sabía que usted estaría sufriendo esperándome y que tal vez pasaría mala noche, y acudí a la cita porque no quería que se atormentase... Usted... usted, en cambio, se alegra de que llore. ¡Mire, mire, disfrute!...

Y Olga volvió a llorar.

—De todas formas dormí mal, Olga, sufrí mucho...

—Le dio pena el que yo hubiese dormido bien, que no sufriera, ¿verdad? —lo interrumpió Olga—. Si no hubiera llorado, esta noche volvería usted a dormir mal.

—¿Qué debo hacer ahora? ¿Pedir perdón? —dijo Oblómov con sumisa ternura.

—El perdón lo piden los niños o cuando en una muchedumbre se pisa a alguien, pero en este caso, con el perdón no se consigue nada —dijo Olga abanicándose de nuevo con el pañuelo.

—Pero, Olga, ¿y si todo fuera verdad? ¿Si yo tuviera razón y su amor fuera un error? ¿Si más tarde se enamora de otro y al mirarme sintiera vergüenza?

—Bueno, ¿y qué? —preguntó ella mirándolo con unos ojos tan irónicos, penetrantes y profundos, que Oblómov se sintió turbado.

«Quiere hacerme confesar algo —pensó—. ¡Ten cuidado, Iliá Ilich!».

—¿Cómo que «y qué»? —repitió maquinalmente, mirándola inquieto sin adivinar lo que pensaba ni de qué modo iba a justificar su «y qué», cuando era evidente que no podían justificarse los resultados de ese amor si fuese un error.

Olga lo miraba con serena firmeza, segura de lo que iba a decir.

—Usted tiene miedo —le repuso con mordacidad— de caer en el «fondo del abismo», le asusta la futura ofensa, el que yo deje de quererlo... «lo pasaré mal», dice en su carta...

Oblómov seguía sin comprender.

—Pero si yo me enamorara de otro, estaría a gusto, sería feliz. Y usted dice que «presiente mi futura dicha y está dispuesto a sacrificar por mí todo, incluso la vida».

Oblómov la miraba fijamente y parpadeaba a menudo con los ojos muy abiertos.

—¡Qué lógicas consecuencias! —murmuró—. La verdad es que no me lo esperaba...

Olga lo seguía mirando sarcásticamente de arriba abajo.

—¿Y la felicidad que le vuelve loco? ¿Y esas mañanas y tardes, este parque y mi quiero? ¿Todo eso no vale nada, ningún sacrificio, ningún dolor?

«¿Por qué no me tragará la tierra?», pensaba Oblómov íntimamente atormentado a medida que comprendía el pensamiento de Olga.

—¿Y si es usted —prosiguió Olga enardecida— el que se cansa de este amor, lo mismo que se cansó de los libros, del trabajo, de la sociedad? ¿Si con el tiempo, y sin tener ninguna otra rival, sin otro amor, se duerme de pronto a mi lado lo mismo que en el diván de su casa y mi voz no es capaz de despertarlo? ¿Si desaparece esa sensación de peso en el corazón y si, no digamos ya otra mujer, sino su batín le es más querido que yo?

—¡Eso es imposible, Olga! —la interrumpió Oblómov con disgusto, apartándose de ella.

—¿Por qué imposible? —preguntó Olga—. Usted dice que «estoy equivocada, que me enamoraré de otro», y yo pienso a veces que usted simplemente dejará de amarme. ¿Qué pasará entonces? ¿Cómo me podré justificar ante mí misma por lo que estoy haciendo ahora? Y no me refiero a la gente, pero ¿qué me diré yo?... A veces

tampoco yo duermo por las noches, pero no lo martirizo con mis conjeturas sobre el futuro, porque creo en él. Mi felicidad supera mis temores. Sé valorar cuando sus ojos brillan por mi causa, cuando me busca escalando las colinas, olvida su pereza y se apresura a ir a la ciudad a comprar para mí, pese al calor, un ramo de flores, un libro; cuando veo que le hago sonreír, ansiar la vida... espero y busco la felicidad únicamente y creo haberla encontrado. Si me equivoco, si es verdad que voy a llorar a causa de ese error, al menos siento aquí —y puso su mano en el corazón— que no soy culpable de él; significa que el destino no lo quiso, que Dios no me lo concedió. Pero no temo las lágrimas futuras; no lloraré en vano, habré comprado algo con ellas... ¡Fui tan feliz! —añadió.

—¡Vuelva a ser feliz de nuevo, Olga! —suplicó Oblómov.

—Usted, en cambio, no ve más que sombras en el futuro; no le importa la felicidad... ¡Es una ingratitud! —continuó—; eso no es amor, es...

—Egoísmo —terminó la frase Oblómov, sin atreverse a mirarla, sin atreverse a hablar ni a suplicar perdón.

—Váyase —dijo Olga quedamente— a donde quería ir.

Oblómov la miró. Tenía secos los ojos. Miraba pensativa hacia el suelo y con la sombrilla trazaba algo en la arena.

—Vuelva a tumbarse de espaldas —añadió después—, no se equivocará, «no caerá en el abismo».

—Me envenené y la envenené a usted en vez de ser simplemente dichoso —murmuró arrepentido.

—Beba *kvass*, así no se envenenará —se burló Olga.

—¡Olga! ¡No es usted generosa! —exclamó Oblómov—. Después de que yo mismo me he condenado confesando...

—Sí, de palabra se condena, se lanza al abismo, sacrifica media vida y luego viene la duda, la noche de insomnio y entonces, ¡cómo se cuida!, con qué ternura y solicitud piensa en sí mismo y cómo sabe ver el futuro...

«¡Qué cierto es y qué sencillo!», pensó Oblómov, pero se avergonzó de confesarlo en altavoz. ¿Por qué no fue capaz de entender él mismo esa verdad, y fue una mujer, que apenas comenzaba a vivir? ¡Y qué rápidamente! Aún hace poco parecía tan niña.

—No tenemos nada de qué hablar —concluyó Olga levantándose— Adiós, Iliá Ilich, y esté tranquilo; su felicidad, ¿no es cierto?, radica en eso.

—¡Olga, no, por Dios, no! Ahora que todo vuelve a aclararse no me eche... —decía Oblómov tomándola de una mano.

—Pero ¿qué es lo que quiere de mí? Usted pone en duda mi amor, supone que es un error; yo no puedo aclarar sus dudas; tal vez sea un error, no lo sé...

Oblómov soltó su mano. La espada volvía a pender sobre él.

—¿Cómo es posible que no lo sepa? ¿Es que no lo siente? —preguntó con la duda pintada en el rostro—. ¿Es que sospecha...?

—No sospecho nada; ayer le dije lo que siento, pero no sé lo que puede ocurrir dentro de un año. ¿Es que después de una felicidad puede haber otra y después una tercera igual? —preguntó Olga mirándolo fijamente—. Hable, usted tiene más experiencia que yo.

Pero él ya no quería afirmarla en esa idea y callaba, moviendo con la mano la rama de una acacia.

—¡No, sólo se ama una vez! —repitió como un escolar la frase aprendida de memoria.

—Ya ve, también yo creo en eso —añadió Olga—. Si no es así, tal vez llegue a desenamorarme algún día, tal vez me duela el error cometido y también a usted; tal vez nos separemos... Amar dos, tres veces... no, no... no quiero creerlo.

Oblómov suspiró. Ese «tal vez» perturbaba su alma. La seguía silencioso, pero a cada paso se sentía mejor; el error inventado aquella noche ya pertenecía a un futuro lejano... «No se trata de amor únicamente, la vida entera está sujeta a error... —pensó de pronto—, y si se rechazan todas las oportunidades por miedo al

error, ¿cuándo puede uno estar seguro de que no lo es? ¿Qué me pasa? Parece que estoy ciego...».

—Olga —dijo rozando apenas con dos dedos su cintura. Ella se detuvo—, es usted más inteligente que yo.

Ella negó con la cabeza.

—No, soy más sencilla y valiente. ¿De qué tiene miedo? ¿De verdad cree usted en serio que se puede dejar de querer? —preguntó con orgullosa seguridad.

—Ahora tampoco yo tengo miedo —contestó Oblómov con alegre firmeza—. Con usted al lado no temo al destino.

—Hace poco leí estas palabras... creo que en una obra de Sue —le repuso Olga, irónica, volviéndose hacia él—. Sólo que allí es una mujer la que se lo dice a un hombre.

Oblómov se sonrojó.

—¡Olga, dejémoslo todo tal como era ayer! —suplicó—. Ya no volveré a tener miedo de los errores.

Olga permanecía en silencio.

—¿De acuerdo? —preguntó Oblómov tímidamente.

Ella callaba.

—Si no quiere decirlo, hágame lo comprender con algo... con una ramita de lilas...

—Las lilas... se han pasado, están ajadas —respondió ella—. Mire las que quedan, todas marchitas.

—Pasado, marchitado —repitió Oblómov mirando las lilas—. ¡También mi carta está pasada! —dijo de pronto.

Olga negó con la cabeza. Oblómov la seguía, meditando sobre la carta, su felicidad de ayer y las marchitas lilas.

«Las lilas, en efecto, se marchitan —pensaba—. ¿Para qué escribí la carta? ¿Por qué me pasé la noche sin dormir y escribí por la mañana? Qué tranquilidad siento ahora de nuevo... —Bostezó—. ¡Qué sueño tan terrible tengo! Si no hubiera escrito la carta, nada de esto habría ocurrido; ella no habría llorado, todo sería como ayer. Estaríamos sentados tranquilamente en la avenida, nos miraríamos y

hablaríamos de nuestra felicidad. Y sería igual hoy y mañana...», y bostezó con toda la boca.

Pensó a continuación en lo que habría sucedido si la carta hubiese conseguido su propósito, si ella estuviera de acuerdo si tuviera miedo como él de los errores y de las futuras y lejanas tormentas, si hiciera caso de su —así llamada— experiencia, sensatez y accediera a separarse, a olvidar.

¡Dios no lo quiera! ¡Decirle adiós, volver a la ciudad, vivir en una casa nueva! Vendrían las largas noches, el aburrido mañana, el insoportable pasado mañana y toda una serie de días cada vez más y más tediosos...

¡Eso era imposible! ¡Sería la muerte! Pero así sería. Se pondría enfermo. Él no quería separarse de ella, no lo soportaría, vendría a suplicarle que volviese a verlo. «¿Para qué, entonces, escribí esa carta?», se preguntó.

—¡Olga Serguéievna! —dijo.

—¿Qué quiere?

—A todas mis anteriores confesiones he de añadir una más...

—¿Cuál?

—Pues que la carta era totalmente innecesaria...

—No es cierto, era imprescindible —afirmó Olga. Se volvió y se echó a reír al ver el rostro que puso Oblómov, cómo se borró toda su somnolencia y se abrieron sus ojos por la sorpresa.

—¿Imprescindible? —repitió lentamente, fijando una mirada asombrada en su espalda. Pero sólo vio los flecos de la mantilla.

¿Qué significaban entonces esas lágrimas, esos reproches? ¿Es posible que fuera astucia? Pero Olga no era astuta, él bien lo sabía.

Sólo usan la astucia mujeres más o menos limitadas. Por falta de inteligencia mueven, mediante la astucia, los resortes de la mezquina vida cotidiana, tejen como encaje su política doméstica, sin darse cuenta de cómo se disponen a su alrededor las líneas maestras de la vida, hacia dónde se dirigen y se juntan.

La astucia es igual que la calderilla; con ella poco puede comprarse. A base de calderilla se puede vivir una, dos horas; con astucia se puede ocultar, disimular, engañar en algún caso, pero no basta para abarcar todo el lejano horizonte, juntar el principio y el fin del acontecimiento más importante y fundamental.

La astucia es miope; ve bien lo que tiene bajo las narices únicamente; pero no a lo lejos y por ello cae en la misma trampa que tiende a los demás.

Olga era muy inteligente. ¡Con qué facilidad y con qué claridad había resuelto la situación! ¡Y siempre lo hacía! Comprende de inmediato el verdadero sentido del hecho y lo aborda directamente.

La astucia es como un ratón: da vueltas, se esconde... Además, el carácter de Olga no era así. ¿Qué significaban entonces sus palabras? ¿Qué pretendía?

—¿Por qué era imprescindible la carta? —preguntó.

—¿Por qué? —repitió Olga, y se volvió rápidamente hacia él con una expresión alegre, gozosa de ponerlo a cada paso en un callejón sin salida—. Pues porque —empezó a decir lentamente— no ha dormido en toda la noche, y estuvo escribiéndola para mí. También yo soy egoísta. Eso, en primer lugar...

—¿Por qué, entonces, me lo estuvo usted reprochando si está de acuerdo conmigo? —la interrumpió Oblómov.

—Porque se inventó usted esos sufrimientos. Yo no los inventé, pero existieron, y ya han pasado; usted, en cambio, los preparó y gozaba de antemano. ¡Tiene mal corazón! Y mis reproches eran por eso. Además... su carta está llena de sentimientos, de ideas... Aquella noche y esta mañana no vivió usted a su modo, sino tal y como nuestro amigo y yo queríamos que lo hiciera; eso, en segundo lugar, y, finalmente, en tercer lugar...

Olga se acercó tanto a él, que Oblómov sintió que la sangre le subía al corazón y a la cabeza; respiraba pesadamente, con agitación. Ella seguía mirándolo a los ojos.

—En tercer lugar, porque en esta carta, al igual que en un espejo, se revela su ternura, su preocupación y solicitud por mí, su inquietud por mi felicidad, su limpia conciencia... Todo cuanto me hizo ver en usted Andréi Ivánich y por lo que me enamoré de usted, por lo que olvido su pereza... su apatía... En esta carta se ha reflejado usted involuntariamente; no es usted egoísta, Iliá Ilich. La escribió no para decirme adiós, eso no lo quería, sino porque tenía miedo de engañarme... Era su honradez la que hablaba; si no fuera así, su carta me habría ofendido y no habría llorado por orgullo. Ya ve, sé por qué le amo y no temo los errores; con usted no me equivoco...

A Oblómov le parecía verla nimbada de luz cuando decía eso. En sus ojos brillaba el triunfo del amor, la conciencia de su fuerza; dos rosetones ardían en sus mejillas. ¡Y él, él era el causante de todo eso! Un honrado impulso de su corazón había encendido el alma de Olga, la hacía vibrar con ese fuego.

—¡Olga, es usted la mejor de todas las mujeres, la primera mujer del mundo! —dijo entusiasmado, y sin darse cuenta se inclinó hacia ella con los brazos abiertos—. Por Dios... un beso en prenda de esta felicidad sin nombre —susurró como presa de un delirio.

Olga se apartó de inmediato; de su rostro desapareció súbitamente la luz y el color; sus ojos brillaron amenazadores.

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡No se acerque! —dijo asustada, casi con espanto, extendiendo los brazos y la sombrilla entre ambos. Se detuvo inmóvil, como petrificada, sin respirar, medio vuelta hacia él en una postura desafiante, llenos de amenaza los ojos.

Oblómov se turbó: no tenía ante sí a la dulce Olga, sino a una diosa ofendida, altiva y orgullosa, que apretaba los labios y lanzaba rayos por los ojos.

—Perdóneme —murmuró confuso, destrozado. Olga se volvió lentamente y emprendió la marcha, mirando de reojo y con temor por encima del hombro para ver lo que hacía él. Pero él no hacía

nada, la seguía despacio como un perro maltrecho a quien hubieran golpeado.

Olga apresuró el paso, pero al ver su rostro reprimió una sonrisa y caminó con mayor lentitud estremeciéndose de vez en cuando. Sus mejillas iban recobrando el *color* paulatinamente. A medida que caminaba, su rostro se fue aclarando, su respiración se hacía menos agitada y frecuente; volvía a caminar con su paso normal. Se daba cuenta de que su «nunca» era sagrado para él y su acceso de ira fue pasando poco a poco, dejando sitio a la compasión. Aminoraba cada vez más y más su marcha.

Quería suavizar su arranque y buscaba un pretexto para iniciar la conversación.

«Todo lo eché a perder. He aquí el verdadero error. "¡Nunca!" ¡Oh, Dios mío! Las lilas se han ajado —pensaba Oblómov contemplando las marchitas ramas colgantes—. El ayer se marchitó y también mi carta y este instante, el mejor de mi vida, cuando por primera vez una mujer me ha dicho, como si fuera la voz divina, que había en mí algo bueno, ese instante se marchitó también...».

Miró a Olga: estaba parada y lo esperaba con los ojos bajos.

—Deme la carta —dijo en voz queda.

—Está marchita —respondió tristemente, tendiéndole la carta.

Olga volvió a acercársele con la cabeza baja; tenía los ojos cerrados... Casi temblaba. Oblómov le entregó la carta; sin levantar la cabeza, Olga no se apartaba de él.

—Me asustó usted —dijo en un susurro.

—Perdóneme, Olga —murmuró él.

Olga seguía silenciosa.

—¡Ese terrible «nunca»! —dijo Oblómov tristemente, y suspiró.

—Se marchitará —susurró apenas Olga, enrojeciendo y mirándolo tímida y cariñosamente; le tomó las dos manos, las estrechó con fuerza entre las suyas y se las acercó al corazón.

—¿Oye cómo late? —preguntó—. Me asustó usted. ¡Déjeme! Y sin mirarlo dio media vuelta y corrió por el sendero alzando un poco

el vestido por delante.

—¿Dónde va usted? —decía Oblómov—. Estoy cansado, no puedo alcanzarla...

—Déjeme. ¡Voy a cantar, a cantar, a cantar! —repetía Olga con el rostro encendido—. Siento opresión en el pecho, me hace daño.

Oblómov se detuvo y miró cómo se alejaba, parecida a un ángel que volara.

«¿Será posible que también este instante se marchite?», pensó casi con tristeza sin darse cuenta siquiera de si estaba parado o seguía andando.

«Las lilas están marchitas —pensó—, también se fue el ayer y la noche angustiosa con sus espectros... Sí, este instante también se marchitará como las lilas. Pero cuando la noche llegaba a su fin, nacía esta feliz mañana...».

—¿Qué significa todo esto? —se dijo abstraído y en voz alta—. ¿Y también el amor... el amor? Y yo pensaba que el amor, como un mediodía ardiente, se alzaría sobre los amantes y nada se movería, nada alentaría en su reino. Pero tampoco el amor conoce el reposo y se mueve siempre hacia delante, hacia delante... «Como toda la vida», dice Shtolz. Y no ha nacido aún otro Josué que le diga: «¡Párate y no te muevas!». ¿Y qué pasará mañana? —se preguntó inquieto dirigiéndose pensativo a su casa con paso lento.

Al pasar frente a las ventanas de Olga oyó cómo su oprimido pecho se desahogaba en una melodía de Schubert que parecía sollozar de felicidad.

¡Dios mío! ¡Qué magnífico es vivir!

CAPÍTULO XI

EN su casa, Oblómov encontró una carta de Shtolz que empezaba y terminaba con las palabras «ahora o nunca», repleta de reproches por su inmovilidad; lo invitaba a reunirse sin falta con él en Suiza, a donde él se dirigía, e ir luego a Italia.

De no aceptar esta propuesta, le decía que fuese a la aldea para comprobar la marcha de su hacienda, poner en orden su economía, determinar la cuantía de su renta y, una vez allí, disponer la construcción de la nueva casa.

«Acuérdate de lo dicho: ahora o nunca», con estas palabras finalizaba su carta.

—¡Ahora, ahora, ahora! —repitió Oblómov—. Andréi no sabe qué poema estoy viviendo. ¿Qué más pretende que haga? ¿Puedo, acaso, estar más ocupado alguna vez de lo que estoy ahora? ¡Me gustaría verlo a él! Siempre se dice que los ingleses y los franceses trabajan mucho, que están al tanto de todo. Pero se pasan el tiempo viajando por Europa, algunos llegan incluso a Asia y África por gusto, sin tener nada que hacer. Unos se dedican a dibujar en su álbum, otros a excavar antigüedades, los hay que van a cazar leones o serpientes. Y si no, se están en sus casas en noble ociosidad, almuerzan, comen con amigos, con mujeres y eso es todo cuanto hacen. ¿Por qué yo he de ser como un condenado a trabajos forzados? Andréi no sabe más que decir: «trabaja y trabaja». ¡Ni que fuera un caballo! ¿Para qué? Tengo lo suficiente para comer, para

vestir. Claro que Olga me preguntó de nuevo si no pensaba ir a Oblómovka...

Y Oblómov se puso a escribir, a reflexionar, visitó incluso a un arquitecto. Poco después, sobre su pequeña mesita apareció el plano de la casa y del jardín. La casa era amplia, pensando en la familia, y tenía dos balcones.

«Aquí yo, aquí Olga, aquí el dormitorio de los niños —pensaba sonriente—. Pero los *mujiks*, los *mujiks*... —Y la sonrisa desaparecía de su rostro—. Mi vecino me escribe, me da detalles de la siembra, de la recolección... ¡Qué aburrimiento! Y me propone, además, que sufraguemos conjuntamente la construcción de un camino al pueblo con un puente sobre el río. Pide tres mil rublos y quiere que hipoteque Oblómovka... Pero ¡yo qué sé si eso hace falta! Si conviene o no. ¿No me estará engañando?... Supongamos que sea una persona honesta. Shtolz lo conoce, pero también él puede equivocarse y voy a perder el dinero. ¡Tres mil es mucho dinero! ¿De dónde voy a sacarlo? Me da miedo. Me dice, asimismo, que debería mandar algunos *mujiks* a desbrozar los eriales y me exige que le responda lo antes posible. El mismo se encargaría de mandar todos los documentos precisos para hipotecar la propiedad, pero debo ir a la Cámara para certificar ese poder. ¡No es poco lo que me pide! Ni siquiera sé dónde está esa Cámara, ni cómo ir allí».

Pasó más de una semana sin que Oblómov le respondiera; hasta Olga le preguntó si había estado en la Cámara. Shtolz volvió a escribirle a él y a Olga preguntando por lo que hacía.

Olga, sin embargo, podía observar sólo muy superficialmente la actividad de su amigo y en la esfera que le era accesible, es decir, si estaba contento, si iba de buena gana a todas partes, si acudía puntualmente al lugar de la cita, hasta qué punto le interesaban las novedades, las conversaciones generales. La pregunta que le hizo respecto a la Cámara fue para poder contar algo a Shtolz de los asuntos de su amigo.

El verano estaba en pleno auge. Finalizaba el mes de julio y el tiempo era soberbio. Oblómov casi no se separaba de Olga. Por las mañanas paseaban por el parque; al mediodía, cuando hacía calor, se refugiaban en el seto, entre los pinos. Sentado a sus pies, Oblómov leía para ella en voz alta; Olga bordaba para él alguna cosa. Reinaba entre ellos un cálido verano; de vez en cuando algunos nubarrones ensombrecían su cielo, pero no tardaban en pasar. Si Oblómov sufría pesadillas y la duda golpeaba en su corazón, Olga, al igual que un ángel, montaba la guardia, lo miraba fijamente con sus claros ojos, y renacía la paz en su espíritu y su amor fluía tan sereno como un río, reflejando los nuevos dibujos del cielo.

Las opiniones de Olga sobre la vida, el amor y todo lo demás adquirieron aún mayor claridad y firmeza. Contemplaba con más seguridad todo cuanto la rodeaba y no le preocupaba el futuro. Su inteligencia iba adquiriendo mayor amplitud, aparecían nuevos rasgos en su carácter, bien se manifestaban en diversas formas poéticas, bien eran lógicos, naturales y se deducían unos de otros.

Poseía una especie de tenacidad que no sólo era capaz de superar las tormentas del destino, sino también la indolencia y la apatía de Oblómov. Cualquier propósito suyo cobraba inmediata y rápida validez. Sabía insistir. Incluso si no decía nada, se notaba a las claras que pensaba en su plan, que no lo olvidaba, que no renunciaría a él, y siempre conseguía realizarlo.

Oblómov no podía comprender de dónde provenía su fuerza, ese tacto, ese saber cómo y qué hacer en cada circunstancia por difícil que pudiera parecer.

«Debe ser —pensaba— porque tiene una ceja más alta que la otra y debajo se le forma una arruguita pequeña, apenas visible... Es allí, precisamente, donde radica su tenacidad».

Aunque el rostro de Olga permaneciera tranquilo, esa arruguita nunca desaparecía y la ceja no se nivelaba con la otra. Sin embargo, esa fuerza no se manifestaba exteriormente, no era brusca en

ningún momento. La tenacidad de sus propósitos no le hacía perder ni un ápice de su femineidad.

Olga no pretendía ser una mujer de mundo, ni turbar a un admirador inoportuno con una aguda réplica, ni hacerse admirar por su brillante ingenio para que alguno de los oyentes exclamase «¡Bravo, bravo!».

Incluso era tímida, como lo son muchas mujeres; claro está que no se echaría a temblar al ver un ratoncillo, ni se desmayaría por el ruido de una silla al caer; sin embargo, temía alejarse de la casa y daba la vuelta al ver a un *mujik* sospechoso a su juicio; por la noche cerraba la ventana para evitar a los ladrones, es decir, obraba como casi todas las mujeres.

Era, además, muy propensa a la compasión y a la piedad. Resultaba fácil hacerla llorar y el camino a su corazón estaba siempre abierto. Tierna en el amor, se mostraba cariñosa y afable en sus relaciones con los demás. En suma, era una mujer.

Solía ser sarcástica, pero lo era con tal gracia y encanto, que a nadie importaba servir de blanco a sus ironías.

En cambio, no temía las corrientes de aire y se paseaba ligeramente vestida al anochecer. Gozaba de excelente salud y comía con apetito. Tenía sus manjares predilectos, que sabía preparar ella misma.

Muchas mujeres saben todo eso, mas por lo general ignoran lo que debe hacerse en uno u otro caso; incluso si lo saben, lo hacen de memoria, basándose en los conocimientos de una tía o de una prima, pero sin conocer la razón, el porqué debía de ser así. Muchas de ellas ignoran, incluso, lo que hacer y si se deciden lo hacen abúlicamente, sin seguridad alguna. Tal vez se deba a que sus cejas son en forma de arco y *no* poseen arruguitas en la frente.

Entre Oblómov y Olga se habían establecido unas relaciones secretas, invisibles para los demás; cada mirada, cada palabra dicha delante de otros, por insignificante que fuera, tenía para ellos su propio sentido. Veían en todo una alusión a su amor.

Y Olga, pese a toda la seguridad que tenía en sí misma, solía ruborizarse cuando en la mesa se hablaba de una historia de amor parecida a la suya; y como todas las historias de amor se parecen mucho entre sí, solía ruborizarse con frecuencia.

También Oblómov, al oír una alusión semejante, se turbaba y cogía tal cantidad de bizcochos a la hora del té, que alguien se echaba a reír indefectiblemente.

Ambos se hicieron cautelosos y sensibles. A veces, Olga no le contaba a su tía que había visto a Oblómov, y él, en casa, solía decir que se iba a la ciudad cuando se dirigía al parque.

Sin embargo, por muy clarividente que fuera la mente de Olga, por muy consciente que contemplara todo cuanto tenía a su alrededor, pese a su excelente salud, empezaban a manifestarse en ella ciertos síntomas nuevos, enfermizos. De vez en cuando sentía una inquietud que no sabía cómo explicar, a pesar de reflexionar en ello.

Algunas veces, paseando del brazo de Oblómov algún cálido mediodía, se apoyaba con indolencia en su hombro y caminaba maquinalmente y en silencio como falta de fuerza. Perdía su energía, sus ojos aparecían fatigados, sin vida, inmóviles y fijos en un solo punto y le daba pereza volverlos en otra dirección.

Sentía opresión en el pecho, estaba inquieta y, aun cuando se despojaba de la manteleta, eso no le servía de alivio: la opresión no pasaba y le molestaba todo. Le hubiera gustado tumbarse bajo un árbol y permanecer allí horas enteras.

Desconcertado, Oblómov le abanicaba el rostro con una rama, pero ella, con impaciencia, le hacía entender que no se preocupara, pero su malestar persistía.

Luego lanzaba de pronto un suspiro, miraba alrededor con ojos conscientes, estrechaba la mano de Oblómov y volvía a ser igual de alegre y animosa, a sentirse dueña de sí.

Un atardecer, Olga se mostró más inquieta de lo habitual, como una lunática de amor, y Oblómov la vio bajo una nueva luz.

Hacía calor, el aire era asfixiante; un viento tibio rumoreaba sordamente en el bosque y el cielo aparecía cubierto de pesados nubarrones. La oscuridad se hacía mayor cada vez.

—Va a llover —dijo el barón, y se fue a casa.

La tía se retiró a su habitación. Olga tocó largamente el piano con aire pensativo, pero acabó dejándolo.

—No puedo, me tiemblan los dedos, siento asfixia —le dijo a Oblómov— Vamos a dar un paseo por el parque.

Durante mucho rato pasearon en silencio por las avenidas cogidos de la mano. Las manos de Olga eran húmedas y suaves. Entraron en el parque. Los árboles y los arbustos formaban una sombría masa; no se veía nada a dos pasos y tan sólo los senderos arenosos culebreaban en franjas blancuzcas.

Olga fijaba con insistencia sus ojos en la penumbra y se apretaba contra Oblómov. Vagaban silenciosos.

—¡Tengo miedo! —dijo de pronto Olga estremeciéndose cuando, casi a tientas, pasaron por un estrecho sendero entre dos vallas negras, impenetrables, del bosque.

—¿De qué? —preguntó él—. No temas nada, Olga, yo estoy contigo.

—También a ti te tengo miedo —susurró Olga—. Pero ¡es un temor tan grato! Siento desfallecer el corazón. Dame la mano, fíjate cómo late.

Olga, temblorosa, miraba alrededor.

—¿Ves, ves? —susurró temblando y sujetándole con fuerza por el hombro con ambas manos—. ¿No ves algo allí, en la oscuridad?... Y se estrechó todavía más contra él.

—No hay nadie... —dijo Oblómov, pero sintió cómo un estremecimiento recorría su espalda.

—¡Tápame corriendo los ojos con algo... con fuerza! —musitó Olga—. Bueno, ya me pasó... son los nervios —añadió inquieta—. ¡Otra vez! Mira quién es. Vamos a sentarnos en algún banco... Oblómov buscó a tientas un banco y la hizo sentar.

—Vámonos a casa, Olga —decía tratando de convencerla—, no estás bien de salud.

Olga reclinó la cabeza en su hombro.

—No, aquí se respira mejor —dijo—. Siento que algo me oprime el corazón.

Oblómov percibía en la mejilla su cálido aliento, tocó su cabeza con la mano; también estaba caliente. Respiraba con dificultad y lanzaba frecuentes suspiros.

—¿No es mejor que vayamos a casa? —repetía Oblómov lleno de inquietud—. Tienes que acostarte...

—No, no, déjame, no me toques —decía Olga con voz lánguida apenas audible—, algo me quema aquí... —dijo señalando el pecho.

—Es mejor que nos vayamos... —insistía Oblómov.

—No, espera, esto pasará...

Olga estrechaba su mano y, de vez en cuando, se acercaba mucho para mirarlo, permaneciendo silenciosa un rato. Luego empezó a llorar, al principio bajito y luego sollozando. Completamente turbado e inquieto, Oblómov repetía:

—¡Por Dios, Olga! ¡Vamos corriendo a casa!

—No es nada —contestó Olga sollozando—, no te preocupes, deja que me desahogue llorando... El fuego saldrá con las lágrimas y me encontraré mejor, son los nervios...

En la oscuridad percibía Oblómov su anhelosa respiración y las cálidas lágrimas que caían en su mano y la fuerza convulsiva con que la estrechaba.

Oblómov no movía ni un dedo, apenas se atrevía a respirar. La cabeza de Olga descansaba en su hombro, su aliento le quemaba la mejilla. También él se estremecía, pero no osaba rozar con sus labios la mejilla de Olga.

Poco a poco Olga se fue tranquilizando y su respiración recobró el ritmo normal... Estaba silenciosa. Oblómov pensó que se había dormido y tenía miedo de moverse.

—¡Olga! —susurró.

—¿Qué? —respondió ella igual de bajito, y suspiró—. Ya pasó... Ahora ya pasó... —dijo lánguidamente—, me siento aliviada y respiro sin esfuerzo.

—Vámonos —dijo él.

—Vámonos —repitió ella de mala gana—. ¡Querido mío! —susurró con abandono estrechándole la mano; apoyándose en su hombro llegó a su casa con pasos vacilantes.

Una vez en el salón, Oblómov la miró: estaba fatigada, pero sonreía con una extraña sonrisa inconsciente, como si estuviera bajo el influjo de un ensueño.

Oblómov la hizo sentarse en el diván, se puso de rodillas a su lado y, profundamente conmovido, besó varias veces su mano.

Olga seguía mirándolo con la misma sonrisa, ofreciéndole las dos manos, y lo siguió con la vista hasta la puerta.

En la puerta, Oblómov se volvió: ella seguía mirándole y en su rostro estaba la misma expresión lánguida, voluptuosa, como si no pudiera reprimirla.

Se fue pensativo. Había visto en alguna parte esa sonrisa, recordaba un cuadro que representaba a una mujer sonriendo de ese modo... pero desde luego no era Cordelia.

Al día siguiente mandó a preguntar por su salud. Le respondieron que gracias a Dios estaba bien y que lo esperaban a comer y por la tarde irían todos a ver fuegos artificiales a unos cinco kilómetros de allí.

Oblómov no lo creyó y fue a enterarse personalmente. Olga estaba fresca como una flor: los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y llena de energía. ¡Su voz era tan sonora! Pero se turbó de pronto y estuvo a punto de lanzar un grito cuando Oblómov se acercó a ella, y se ruborizó intensamente cuando él le preguntó qué tal se encontraba «después de lo de ayer».

—Fue un pequeño desarreglo nervioso —se apresuró a responderle—; *ma tante* dice que hay que acostarse antes. Me viene sucediendo desde hace poco...

No terminó de explicarse y apartó el rostro como pidiendo compasión. Ni ella misma comprendía el motivo de su turbación. ¿Por qué sentía vergüenza y bochorno al recordar la tarde del día anterior y sus lágrimas?

Sentía vergüenza de algo y rabia contra alguien, bien contra sí misma, bien contra Oblómov. Y en otros momentos tenía la impresión de que Oblómov le era ahora más querido, que estaba más cerca de ella, que se sentía atraída hacia él hasta el punto de llorar, como si desde la tarde del día anterior estuviera misteriosamente unida a él...

Tardó mucho en dormirse, por la mañana paseó largamente desde el parque hasta la casa, sola e inquieta, sin dejar de pensar, perdida en diversas conjeturas. Tan pronto se ensombrecía su rostro, como se encendía de rubor y sonreía sin saber por qué, incapaz de llegar a una conclusión. «¡Sóñechka, Sóñechka! —pensaba llena de fastidio—. ¡Qué feliz eres! ¡Tú ya lo habrías resuelto!».

¿Y Oblómov? ¿Por qué permaneció callado e inmóvil la noche anterior, aunque la respiración de Olga quemaba su mejilla y sus cálidas lágrimas caían en su mano, a pesar de haberla llevado casi en brazos a su casa y escuchado el indiscreto susurro de su corazón? ¿Qué habría hecho otro? ¡Algunos son tan audaces!...

Aunque Oblómov había pasado su juventud en un ambiente de jóvenes que lo sabían todo y que habían resuelto de una vez para siempre los problemas vitales, que en nada creían y lo analizaban todo con fría serenidad, albergaba en su alma la fe en la amistad, en el amor, en el honor, y aunque se había equivocado numerosas veces en sus juicios sobre los hombres, pese a los errores que aún podía cometer y a los sufrimientos que esto podía acarrearle, su fe y su bondad no habían sufrido ningún menoscabo. Reverenciaba en secreto la pureza de la mujer, reconocía su poder y sus derechos y le ofrecía sacrificios.

Sin embargo, carecía de carácter suficiente para acatar abiertamente los principios del bien y del respeto a la inocencia. En

secreto se embriagaba de su perfume, pero, a veces, se unía al coro de cínicos para evitar toda sospecha de castidad o de respeto por ella y añadía a su ruidoso coro alguna que otra opinión frívola.

Jamás trató de ahondar en la gran importancia de palabras como «el bien», «la verdad», «la pureza», lanzadas al torrente de los discursos humanos, en la profunda brecha que abrían; no pensaba que dichas en voz alta y enérgica, con valentía, sin falsa vergüenza, lejos de ser ahogadas por los perversos gritos de los sátiros mundanos, se sumergían como perlas en la vorágine de la vida social y había siempre para ellas una concha.

Muchos evitan expresar un noble sentimiento, se avergüenzan de él y hablan con audacia y frivolidad sin sospechar que sus palabras no se pierden en balde, sino que dejan una huella de mal, a veces inextinguible.

Oblómov, en cambio, era honesto: su conciencia no podía acusarlo de frío y desalmado cinismo; no había manchas en su vida. No le era posible escuchar con tranquilidad a los que contaban cómo habían cambiado sus caballos, los muebles o... algunos la mujer, y los gastos que supusieron esos cambios...

Más de una vez sufrió por la pérdida dignidad y el honor de un hombre; lamentaba profundamente la deshonra de una mujer para él desconocida, pero callaba temiendo la opinión del mundo.

Había que adivinar esas cualidades suyas, y Olga las adivinó. Los hombres suelen reírse de semejantes excéntricos, pero las mujeres los reconocen de inmediato; las mujeres castas y puras los quieren por afinidad; las depravadas buscan su amistad para purificar su alma.

El verano avanzaba, vivía sus últimos días. Las mañanas y los atardeceres eran más oscuros y húmedos. No sólo se marchitaron las lilas, también los tilos; la época de las bayas había acabado. Oblómov y Olga se veían a diario.

Oblómov se había puesto al día con relación a la vida, es decir, estaba enterado de todo cuanto olvidara hacía mucho: sabía por qué

abandonó Roma el embajador francés, por qué los ingleses enviaban barcos y tropas al Oriente, se interesaba por la construcción de nuevas carreteras en Francia o Alemania. Pero en lo referente al camino que debía ir desde Oblómovka al pueblo, no pensaba siquiera, no había ido tampoco a la Cámara ni contestado a Shtolz.

Estaba al tanto únicamente de todo cuanto se hablaba cada día en casa de Olga, de lo que decían los periódicos que allí se recibían, y conocía, gracias a la tenacidad de Olga, las novedades literarias del extranjero. Todo lo demás se hallaba sumergido en la pura esfera del amor.

Pese a los frecuentes cambios en esa rosada atmósfera, su horizonte permanecía casi siempre despejado. Si Olga reflexionaba, a veces, sobre sus relaciones con Oblómov, su amor por él, si ese amor dejaba huecos y vacíos en su corazón, si no todas sus preguntas hallaban siempre claras y completas respuestas por parte de Oblómov y su voluntad callaba a la llamada de la suya y respondía a su energía y su vívido palpar tan sólo con una mirada fija y llena de pasión, Olga se sumergía en dolorosas meditaciones; algo frío como una serpiente se adentraba en su alma, le hacía olvidar sus ilusiones, y el mundo cálido y fabuloso del amor se convertía en un día otoñal en que todo se ve de color gris.

Olga trataba de averiguar por qué su felicidad no era completa, plenamente satisfactoria. ¿Qué le faltaba? ¿Qué más se necesitaba? Su destino era amarlo. Justificaba su amor la bondad de Oblómov, su pura fe en el bien y sobre todo su ternura, una ternura que jamás había visto en los ojos de otros hombres.

¿Qué importaba, pues, que no respondiera a cada mirada suya con otra acorde, que no siempre sonara en su voz aquello que había oído alguna vez en sueños o despierta?... Era la imaginación, los nervios: ¿para qué hacerles caso y sacar las cosas de quicio? Y, finalmente, si quisiera abandonarle, ¿cómo podría hacerlo?

Ya estaba hecho: le había confesado su amor y desprenderse del amor por capricho, igual que si se tratara de un vestido, no podía

hacerse. «No se ama dos veces en la vida —pensaba Olga—, dicen que es inmoral...».

De este modo iba aprendiendo lo que era amar, interrogaba a su corazón, analizaba sus sentimientos y recibía cada nueva experiencia con una lágrima o una sonrisa. Luego aparecía esa expresión reconcentrada en su rostro bajo la cual se ocultaban las lágrimas y las sonrisas y que tanto asustaba a Oblómov.

Olga, sin embargo, en sus conversaciones con Oblómov, no aludía siquiera a esos pensamientos ni a esas dudas.

Oblómov no lo aprendía, vivía sumergido en él, en la dulce ilusión con la cual había soñado en voz alta al hablar con Shtolz. Creía a veces que la vida sería siempre como un cielo sin nubes y volvía a soñar con Oblómovka poblada de rostros amistosos, llenos de bondad y despreocupación, con las veladas en la terraza y las meditaciones sugeridas por la plenitud de la dicha.

Incluso ahora se dejaba llevar por esas meditaciones y, a escondidas de Olga, se durmió un par de veces en el bosque esperando su llegada... Pero, de pronto, surgió una nube en su firmamento.

Un día que regresaban caminando indolentemente y silenciosos de un paseo, cuando se disponían a cruzar la carretera, vieron avanzar hacia ellos una nube de polvo y en medio de esa nube iba Sóñechka con su marido, un caballero más y otra señora...

—¡Olga! ¡Olga! ¡Olga Serguéievna! —llamaban.

El coche se detuvo. Todos los caballeros y señoras que iban dentro rodearon a Olga, se saludaron, se besaron hablando todos a la vez, sin percatarse de la presencia de Oblómov durante mucho tiempo. Después, todas las miradas se volvieron hacia él y uno de los caballeros lo miró, incluso, a través de sus impertinentes.

—¿Quién es? —preguntó Sóñechka en voz baja.

—Iliá Ilich Oblómov —dijo Olga presentándolo.

Todos se dirigieron a la casa andando. Oblómov no se sentía a gusto; había perdido la costumbre de estar en sociedad y trató,

incluso, de saltar una cerca para irse a casa por el campo, pero una mirada de Olga le detuvo.

La cosa no habría tenido importancia, pero todos esos señores lo miraban de una forma tan rara... Mas eso tal vez tampoco importaba. Antes todos le miraban así debido a su expresión somnolienta, aburrida, su negligente forma de vestir.

Pero esos señores miraban de la misma extraña manera tan pronto a Olga como a él. A causa de esa maliciosa mirada dirigida a Olga, su corazón se sobrecogió. Sentía remordimientos de conciencia por algo y eran tan dolorosos, tan torturadores que, incapaz de soportarlos, se fue pensativo y sombrío a su casa.

Al día siguiente, la charla cariñosa de Olga y sus divertidas ocurrencias no pudieron alegrarlo. A sus insistentes preguntas respondió quejándose de un fuerte dolor de cabeza y permitió con toda paciencia que le vertieran encima setenta y cinco copecs de agua de colonia.

Al tercer día de ese encuentro, cuando regresaron bastante tarde a casa después del paseo, la tía los miró de un modo harto significativo, sobre todo a él; luego bajó los párpados algo inflamados y durante unos instantes estuvo oliendo alcohol con aire pensativo.

Oblómov sufría, pero callaba. No se atrevía a confiar sus dudas a Olga, temiendo alarmarla, asustarla y, la verdad, temía por sí mismo, tenía miedo de perturbar ese mundo sin nubes tan feliz con una cuestión de tanta importancia.

Ya no se trataba de si el amor de Olga por él era un error, sino de saber si era una equivocación todo su amor, esas citas en el bosque a solas, a veces ya entrada la noche.

«Intenté besarla —pensó horrorizado—; esto es criminal, según el código de la moral, y tiene su importancia. Antes de llegar a eso hay numerosas etapas: el apretón de manos, la declaración, la carta... Todo eso lo hemos pasado. Sin embargo —siguió pensando, irguiendo la cabeza—, mis intenciones son honestas, yo...».

La nube desapareció de pronto, surgió ante sus ojos una Oblómovka luminosa como en día de fiesta, radiante, inundada de rayos solares, con esas verdes colinas y su plateado río; se vio caminando pensativamente con Olga por una larga avenida con un brazo en su talle, luego en el quiosco, en la terraza...

Todos la saludaban con adoración; en una palabra, todo cuanto había dicho a Shtolz.

«Sí, sí, pero debía haber comenzado por eso —se dijo inquieto de nuevo—. El "le quiero" repetido tres veces, la ramita de lilas y la declaración deben ser la garantía de una felicidad para toda la vida, y para una mujer honesta no puede volver a repetirse. ¿Qué hago yo? ¿Quién soy yo?», estos pensamientos lo golpeaban como un martillo en la cabeza.

«¡Soy un seductor, un Donjuán! ¡Sólo falta que yo, como aquel viejo verde de nariz colorada, me ponga en el ojal la rosa robada a la mujer y cuente al oído de un amigo mi conquista para que, para que...! ¡Dios mío, dónde fui a caer! ¡He aquí el abismo! Y Olga no vuela en lo alto, sino que está en su fondo porque, porque...».

Se sentía apesadumbrado y lloraba como un niño al pensar que el arco iris de su vida se había desvanecido y que Olga sería su víctima. Todo su amor era un crimen, una mancha en su conciencia.

Su mente turbada volvía a serenarse al pensar que había una solución legal a todo eso: tender la mano a Olga con un anillo...

«Sí, sí —se decía con gozosa emoción—, y su respuesta será una vergonzosa mirada de aceptación... No dirá ni una sola palabra, se ruborizará, sonreirá con toda el alma, sus ojos se llenarán después de lágrimas...».

Las lágrimas, la sonrisa, la mano silenciosamente tendida; luego una viva y juguetona alegría, un feliz apresuramiento en los movimientos; después una larga, larga conversación, las confidencias susurradas a solas, el misterioso acuerdo de fundir dos vidas en una.

El amor de ambos, invisible para todos, estaría presente, brillaría en las conversaciones baladíes sobre temas cotidianos. Y nadie se atrevería a ofenderlos con la mirada...

Su rostro adquirió de pronto una expresión grave, severa. «Sí — se dijo—, ése es el mundo de la felicidad segura, noble y honesta. ¡Vergüenza debería sentir por ocultar las flores, respirar el aroma del amor como un chiquillo, buscar citas, pasear bajo la luz de la luna, espiar los latidos de un corazón juvenil, captar su ilusión temblorosa!... ¡Dios mío!». Oblómov enrojeció violentamente.

«Esta misma tarde Olga sabrá qué severas obligaciones impone el amor; hoy será nuestra última cita a solas, hoy...».

Oblómov se llevó la mano al corazón: latía con fuerza pero regularmente como debe latir el corazón de un hombre honrado. Pensó de nuevo en la pena que sentiría Olga cuando le dijera que no debían verse más a solas; cómo luego le manifestaría tímidamente sus intenciones, pero antes procuraría conocer su modo de pensar al respecto, disfrutando de su turbación, y luego...

Luego soñó con la tímida aceptación de Olga, con sus lágrimas y su sonrisa, la mano tendida en silencio, los largos y misteriosos susurros y los besos a la vista de todo el mundo.

CAPÍTULO XII

CORRIÓ en busca de Olga. En la casa le dijeron que se había ido; fue a la aldea, pero no la encontró. De pronto la vio a lo lejos, como un ángel que ascendiera al cielo; subía a la colina con paso ligero y el talle cimbreante.

Oblómov fue tras ella; se diría que Olga no tocaba el suelo con los pies, como si en efecto volara. Mucho antes de alcanzarla, comenzó a llamarla. Olga se detuvo, pero tan pronto como él se acercaba a unos veinte metros volvía a emprender la marcha, dejando otra vez entre ambos un gran espacio, luego se detenía, riendo.

Oblómov se detuvo al fin, seguro de que ella no se alejaría de él. Olga se acercó corriendo, le dio la mano y tiró de él riendo.

Se internaron en el seto; Oblómov se quitó el sombrero y ella le secó la frente con su pañuelo y lo abanicó con la sombrilla.

Olga estaba particularmente alegre, locuaz y animada; tan pronto se mostraba cariñosa como se quedaba seria.

—¿Adivina lo que hice ayer? —preguntó cuando se sentaron a la sombra.

—¿Estuviste leyendo?

Olga negó con la cabeza.

—¿Has escrito?

—No.

—¿Estuviste cantando?

—No. Me echaron las cartas —dijo—. El ama de llaves de la condesa estuvo en casa ayer; sabe echar las cartas y le pedí que me leyera el porvenir.

—¿Y qué salió?

—Nada. Primero un viaje, luego mucha gente y en todas partes un rubio, en todas partes... Me puse colorada cuando dijo delante de Katia que pensaba en mí el rey de diamantes. Cuando intentó decir en quién pensaba yo, le revolví las cartas y me escapé. ¿Tú piensas en mí? —preguntó de pronto.

—¡Ah! —exclamó Oblómov—. ¡Si se pudiera pensar menos!

—¡Y yo! —dijo Olga, pensativa—. Ya ni recuerdo cómo se puede vivir de otro modo. Cuando te enfurruñaste la semana pasada y estuviste dos días sin venir, ¿lo recuerdas?, mi carácter cambió. Me hice mala; me peleaba con Katia como tú con Zajar, la veía llorar a escondidas y no me daba ninguna pena. No respondía a *ma tante*, no prestaba atención a sus palabras, no hacía nada, no tenía deseos de nada. Pero tan pronto como viniste, cambié. Regalé a Katia mi vestido lila...

—¡Eso es amor! —exclamó Oblómov en tono patético.

—¿Qué? ¿El vestido lila?

—¡Todo! En tus palabras me reconozco a mí mismo; sin ti no concibo la vida; por la noche sueño con valles llenos de flores. Cuando te veo soy bueno, activo; cuando tú no estás me aburro, me domina la pereza, quiero tumbarme y no pensar en nada... Ama, no te avergüences de tu amor...

De pronto se calló: «¿Qué estoy diciendo? Si no he venido para eso», pensó frunciendo el ceño y tosiendo levemente.

—¿Y si me muriese de pronto? —preguntó Olga.

—¡Qué ocurrencia! —respondió Oblómov con aire negligente.

—Pues sí —prosiguió Olga—, puedo resfriarme, tener fiebre, tú vendrías a verme aquí y no me encontrarías, irías a casa y te dirían que estoy enferma, y al día siguiente lo mismo; las cortinas de mi habitación estarían corridas y el médico se mostraría pesimista. Katia

saldría a tu encuentro y toda llorosa te diría en un susurro: está enferma, se muere...

—¡Oh! —exclamó Oblómov de pronto. Olga se echó a reír.

—¿Qué sería de ti entonces? —preguntó mirándolo a la cara.

—¿De mí? Me volvería loco o me pegaría un tiro y tú de pronto sanarías.

—No, no digas eso —dijo Olga, temerosa—. ¡Qué de tonterías estamos diciendo! Pero no se te ocurra venir a verme de muerta, tengo miedo a los difuntos...

Oblómov se echó a reír y también ella.

—¡Dios mío, qué chiquillos somos! —exclamó Olga poniéndose seria.

Oblómov volvió a toser.

—Escucha... quiero decirte...

—¿Qué? —preguntó Olga volviéndose con presteza hacia él.

Oblómov sentía cierto temor y guardaba silencio.

—Bueno, habla —instó Olga tirándole de la manga.

—No es nada... —acabó por decir, turbado.

—¡En algo estás pensando!...

Siguió callado.

—Si es algo terrible, desagradable, no me lo digas —pidió Olga—. Pero no, dímelo —añadió de pronto.

—No es nada, una tontería.

—Algo estás pensando, dímelo —insistió Olga, sujetándolo con fuerza por las solapas de la chaqueta; estaba tan cerca de él que para no besarla debía volver la cara a la derecha o a la izquierda.

No lo hubiera hecho si en sus oídos no siguiera resonando su terrible «¡Nunca!».

—¡Dímelo!... —insistía ella.

—No puedo, no vale la pena... —se escabullía Oblómov.

—¿Y quién dijo que «la confianza es la base de la recíproca felicidad» y que «no debe haber ni un recodo en el corazón que el otro no conozca»? ¿De quién son estas palabras?

—Quería decir tan sólo —dijo lentamente Oblómov— que te quiero tanto, tanto, que si... Hizo una pausa.

—¿Qué? —preguntó Olga, impaciente.

—Que si ahora te enamoraras de otro y él fuera capaz de hacerte más feliz que yo... me tragaría mi pena en silencio y le cedería mi lugar.

Olga soltó de pronto las solapas de su chaqueta.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida—, no lo comprendo. Yo no te cedería a nadie; no quiero que seas feliz con otra. Eso que dices es muy complicado, no lo entiendo.

Olga paseó una mirada pensativa por los árboles.

—Entonces, ¿no me quieres? —preguntó luego.

—Al contrario, te quiero hasta el punto de sacrificarme por ti.

—¿Para qué? ¿Quién te lo exige?

—Lo digo en el caso de que te enamores de otro.

—¿De otro? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo puedo enamorarme de otro si te quiero a ti? ¿Tú puedes enamorarte de otra?

—¿Por qué me haces caso? ¡Sabe Dios las tonterías que digo y tú me crees! No es eso lo que yo quería decirte...

—¿Qué querías decirme?

—Quería decirte que soy culpable ante ti, hace tiempo que soy culpable...

—¿De qué? ¿Cómo es eso? —preguntó Olga—. ¿Es que no me quieres? ¿Estabas bromeando tal vez? ¡Dímelo rápidamente!

—No, no es nada de eso —respondió Oblómov, angustiado—. Es que, ¿sabes...? —empezó a decir indeciso—. Nosotros nos vemos... a escondidas...

—¿A escondidas? ¿Por qué dices eso? Casi siempre le digo a *ma tante* que te he visto...

—¿Se lo dices cada vez que nos vemos? —preguntó Oblómov, inquieto.

—¿Qué hay de malo en eso?

—La culpa es mía: debí haberte dicho hace tiempo que eso... no se hace...

—Me lo dijiste.

—¿Te lo dije? Sí, es verdad... creo que te lo insinué. Entonces, cumplí mi deber.

Oblómov se animó; estaba contento de que Olga cargara tan fácilmente con el peso de su responsabilidad.

—¿Qué más? —preguntó ella.

—Eso es... todo —respondió.

—No es cierto —replicó Olga con aire tajante—, hay algo más, no lo has dicho todo.

—Sí, pensé... —comenzó a decir procurando dar un tono negligente a sus palabras— que...

Se detuvo; Olga esperaba.

—Que deberíamos vernos con menos frecuencia... —y la miró tímidamente. Olga permanecía silenciosa.

—¿Por qué? —preguntó tras unos instantes de meditación.

—Hay una serpiente que me roe, es la conciencia... Permanecemos a solas tanto tiempo...; yo me pongo nervioso, mi corazón desfallece; tampoco tú estás tranquila... Tengo miedo... —concluyó con esfuerzo.

—¿De qué?

—Tú eres joven y desconoces todos los peligros. A veces el hombre no puede dominarse, se apodera de él una fuerza demoníaca, su corazón se ensombrece y los ojos lanzan rayos. Se enturbia la claridad de su juicio, el vendaval se lleva el respeto por la inocencia, la pureza, y el hombre pierde la cabeza embargado por la pasión, ya no se domina y entonces bajo sus pies se abre el abismo.

—Bueno, ¿y qué? ¡Que se abra! —respondió ella mirándole con los ojos muy abiertos.

Él se calló. No tenía nada más que decir o bien no hacía falta seguir hablando.

Olga le estuvo mirando un rato, como si leyera en los pliegues de su frente igual que en un libro y repasó mentalmente toda la historia de su amor hasta llegar al recuerdo de aquel atardecer en el parque y se ruborizó de pronto.

—No dices más que tonterías —dijo rápidamente, apartando la vista—. Nunca vi ningún relámpago en tus ojos... La mayor parte de las veces me miras como... mi niñera Kuzmínichna —añadió echándose a reír.

—Tú bromeas, Olga, y yo te hablo en serio... Además aún no lo he dicho todo.

—¿Qué más? ¿Qué otro abismo hay? Oblómov suspiró.

—Pues, que no debemos vernos... a solas...

—¿Por qué?

—No está bien...

—Sí, dicen que no está bien —dijo como si reflexionara—. Pero ¿por qué?

—¿Qué van a decir cuando lo sepan, cuando corra el rumor?...

—¿Quién puede decir algo? No tengo madre, que es la única que podría preguntarme por qué te veo y sólo delante de ella me echaría a llorar en respuesta y le diría que no hacemos nada malo ni tú ni yo. Ella me creería. ¿Quién más podría preguntarme?

—Tu tía —dijo Oblómov.

—¿Mi tía?

Olga negó tristemente con la cabeza.

—Ella jamás me preguntará nada. Si yo me fuera del todo, no iría a buscarme para preguntármelo, ni yo volvería para decirle dónde estuve y lo que hice. ¿Quién más?

—Otros, todos... Hace poco, Sóñechka te miraba a ti y a mí, sonreía y todos esos caballeros y señoras que estaban con ella hacían lo mismo.

Y Oblómov le habló de toda la inquietud sufrida por él desde aquel día.

—Mientras me miraba sólo a mí —añadió—, no me importaba, pero cuando esa mirada se fijó en ti, sentí que se me helaba el corazón...

—¿Y qué? —preguntó Olga fríamente.

—Pues que desde aquel día me atormento, me devano los sesos pensando en la forma de prevenir la notoriedad; estaba preocupado porque no quería asustarte... Hace mucho que deseaba hablar contigo de eso...

—¡Te has atormentado en vano! —repuso Olga—. Yo lo sabía sin que tú me dijeras nada...

—¿Lo sabías? —preguntó Oblómov, sorprendido.

—Sóñechka habló conmigo, trató de sonsacarme. Bromeaba e, incluso, me aleccionó sobre la forma en que debía tratarte...

—¡Y tú no me habías dicho nada! —dijo Oblómov con tono de reproche.

—Tampoco tú me dijiste nada hasta ahora de tus preocupaciones.

—¿Qué le respondiste? —preguntó Oblómov.

—¡Nada! ¿Qué le podía responder a eso? Me ruboricé tan sólo...

—¡Dios mío! ¡Adónde hemos llegado! ¡Tú te ruborizas! —dijo Oblómov horrorizado— ¡Qué poco prudentes somos! ¿Qué ocurrirá ahora?

Oblómov la miró interrogador.

—No lo sé —respondió Olga.

Él pensaba serenarse al compartir con Olga su cuidado, hallar en sus ojos y en la claridad de su juicio la fuerza de voluntad precisa, pero al no encontrar una respuesta decidida se sintió muy abatido.

La indecisión se pintó en su rostro, su mirada vagaba tristemente por los alrededores. Sentía algo de fiebre. Casi se olvidó de la presencia de Olga: sólo veía a Sóñechka, a su marido, a los demás invitados, oía sus comentarios, sus risas.

Olga no hizo gala de su habitual ingenio y guardó silencio; lo miraba con frialdad y aún más fríamente había dicho «no lo sé». Él

no se había esforzado o no había sabido ahondar en el sentido recóndito de ese «no lo sé».

Oblómov callaba: su pensamiento o propósito no conseguía madurar sin ayuda ajena y jamás se habría desprendido como una manzana madura por sí misma: había que arrancarla.

Olga lo miró durante un instante, luego se puso la manteleta, el pañuelo de cabeza que colgaba de la rama de un árbol y cogió la sombrilla.

—¿Adónde vas? ¡Es muy temprano! —exclamó Oblómov, volviendo en sí.

—No, es tarde. Tú has dicho la verdad —dijo pensativa y con tristeza—. Hemos ido demasiado lejos y no hay solución. Debemos separarnos lo antes posible y borrar las huellas del pasado. ¡Adiós! —añadió con sequedad y amargura, y con la cabeza inclinada emprendió el camino de regreso.

—¡Olga, por favor, qué dices! ¿Cómo podemos estar sin vernos? Pero si yo... ¡Olga!

Sin escucharlo, Olga apresuró el paso; la arena crujía bajo sus pies.

—¡Olga Serguéievna! —llamó Oblómov. Ella no le hizo caso y prosiguió su marcha.

—¡Regresa, por Dios! —gritó con lágrimas en la voz—. ¡A un criminal también se le debe oír! ¡Dios mío! ¿Tendrá corazón?... ¡Así son las mujeres!

Oblómov se sentó y se tapó los ojos con ambas manos. El rumor de los pasos dejó de oírse.

—¡Se fue! —dijo lleno de espanto y alzó la cabeza. Olga estaba delante de él.

Oblómov apresó, alegremente, una de sus manos.

—¿No te has ido, no te irás?... —decía—. No te vayas, recuerda que si te vas, soy hombre muerto.

—Y si no me voy, seré una criminal igual que tú, acuérdate también de eso, Iliá.

—¡No, no!

—¡Cómo no! Si Sóñechka y su marido nos vuelven a encontrar juntos una vez más, estaré perdida.

Oblómov se estremeció.

—Escucha —empezó a decir rápidamente y titubeante—, no te lo dije todo... —y se detuvo.

Aquello que en su casa le parecía tan sencillo y natural, tan necesario, aquello que le sonreía y constituía su dicha, se convirtió de pronto en un abismo. No tenía ánimos para cruzarlo. Era una decisión valiente, definitiva.

—¡Alguien viene! —dijo Olga.

En un sendero lateral se oyeron pasos.

—¿No será Sóñechka? —preguntó Oblómov, inmobilizados los ojos por el espanto.

Pasaron dos hombres con una dama; eran desconocidos. Oblómov respiró aliviado.

—Olga —empezó a decir apresuradamente tomándola de la mano—, salgamos de aquí; vayamos a donde no haya nadie.

La hizo tomar asiento en un banco y él se tumbó en la hierba a su lado.

—Tú te enfadaste y te fuiste, cuando yo no había acabado aún de decirlo todo —dijo.

—Y volveré a marcharme y no regresaré más si continúas jugando conmigo —respondió Olga—. Te han gustado mis lágrimas y quizá pretendas ahora verme a tus pies y convertirme poco a poco en esclava tuya, hacerme soportar tus caprichos, darme lecciones de moral, luego llorar, asustarte, asustarme y preguntar después por lo que hemos de hacer. Recuerde, Iliá Ilich —añadió con aire altivo levantándose del banco—, que he crecido mucho desde que le conocí y sé cómo se llama el juego que tanto lo divierte... pero a mí no me verá llorar más...

—¡Juro por Dios que yo no juego! —aseguró Oblómov.

—Tanto peor para usted —observó Olga secamente—. En respuesta a todos sus temores, precauciones y adivinanzas le diré tan sólo una cosa: hasta la entrevista de hoy, yo le quería y no sabía qué hacer; ahora lo sé —concluyó con decisión, disponiéndose a marchar—, y no pienso pedirle consejo.

—También yo lo sé —dijo Oblómov, sujetándola de un brazo y obligándola a sentarse de nuevo en el banco; guardó silencio un minuto, haciendo acopio de fuerzas— Quiero que sepas —comenzó a decir— que mi corazón rebosa de un solo deseo, que en mi mente no hay más que un pensamiento único, pero la voluntad, la lengua no me obedecen; quiero decirlo, pero las palabras no salen de mi boca. Y con lo sencillo que es... Ayúdame, Olga.

—No sé lo que tiene usted en la mente.

—¡Oh, por Dios, suprime ese «usted»! Tu altiva mirada me mata, cada palabra que dices me hiela... —Olga se echó a reír.

—¡Eres un loco! —dijo, poniéndole una mano en la cabeza.

—Eso está bien, he recobrado el don de pensar y hablar. Olga —dijo, poniéndose de rodillas ante ella—, isé mi esposa!

Olga guardó silencio y se volvió en dirección opuesta a él.

—¡Olga, dame la mano! —continuó diciendo Oblómov.

Pero Olga no se la dio; entonces la cogió él mismo y apoyó en ella sus labios. Olga no la retiró. La mano era suave, tibia y algo húmeda. Oblómov procuraba ver su rostro, pero ella lo apartaba cada vez más.

—¿Callas? —preguntó Oblómov, inquieto, besándole la mano.

—El silencio es señal de consentimiento —dijo en voz baja, sin mirarlo todavía.

—¿Qué sientes ahora? ¿Qué piensas? —preguntó, recordando que había soñado con una tímida aceptación, acompañada de lágrimas.

—Lo mismo que tú —respondió Olga con la vista aún fija en la lejanía; tan sólo su agitada respiración demostraba que hacía esfuerzos por dominarse.

«¿Tendrá lágrimas en los ojos?», pensaba Oblómov, pero ella seguía con la vista obstinadamente baja.

—¿Estás tranquila? ¿Indiferente? —dijo, tratando de atraerla hacia sí.

—Indiferente no, pero sí tranquila.

—¿Por qué?

—Porque lo había previsto hacía tiempo y me acostumbré a la idea.

—¡Hace tiempo! —exclamó Oblómov, sorprendido.

—Sí, desde el momento en que te di la ramita de lilas... te llamé mentalmente...

Olga no terminó de hablar.

—¡Desde aquel momento!

Oblómov abrió ampliamente los brazos para encerrarla entre ellos.

—¡Cuidado... se abre el abismo, brillan los relámpagos! —exclamó Olga maliciosamente, evitando con agilidad el abrazo y apartando sus brazos con la sombrilla.

Oblómov recordó su amenazador «¡Nunca!» y desistió.

—Pero jamás dijiste nada, ni siquiera lo insinuaste... —dijo.

—Nosotras no nos casamos, nos casan o toman en matrimonio.

—¿Es posible que fuera... ya desde aquel momento? —repitió Oblómov, pensativo.

—¿Crees, acaso, que si yo no te hubiera comprendido estaría aquí a solas contigo, pasaría las tardes en el quiosco escuchándote, confiando en ti? —respondió Olga orgullosamente.

—Entonces... —empezó a decir con el rostro demudado, soltando su mano. Se le había ocurrido una extraña idea. Ella lo miraba con sereno orgullo y esperaba con seguridad. Pero él, en aquel momento, no quería ni orgullo ni seguridad, sino lágrimas, pasión, embriagadora alegría, aunque sólo fuera por un minuto y después ya podía fluir la vida en una paz inmutable.

¡Pero no había ni lágrimas emocionadas por la inesperada felicidad, ni tímido consentimiento! ¿Cómo entenderlo?

La serpiente de la duda despertó y se agitó en su corazón... ¿Estaría enamorada de él o se limitaba a casarse?

—Sin embargo, hay otro camino para la felicidad —dijo.

—¿Cuál?

—El amor, a veces, no espera, no resiste, no calcula... La mujer arde de pasión, padece tormentos y alegrías que...

—Yo no conozco ese camino —respondió Olga.

—En ese camino la mujer lo sacrifica todo: tranquilidad, fama, respeto y halla su recompensa en el amor... que para ella lo sustituye todo.

—¿Es que nosotros necesitamos seguir ese camino?

—No.

—¿Te gustaría encontrar la felicidad a costa de mi paz y del respeto que me debo?

—¡Oh, no, no! Te juro por Dios que por nada del mundo —respondió Oblómov con ardor.

—¿Por qué, entonces, me hablas de eso?

—De veras que no lo sé...

—Pues yo sí lo sé. Quieres saber si habría sacrificado por ti mi tranquilidad, si te hubiera seguido por ese camino, ¿no es cierto? — Sí, creo que has adivinado... ¿Y bien?

—¡Nunca, por nada del mundo! —respondió Olga con firmeza.

Oblómov quedó pensativo y luego suspiró.

—Sí, es un camino terrible y se necesita mucho amor para que una mujer lo siga, que sacrifique su vida por amor.

Fijó en ella una mirada interrogante. Olga no reaccionó de ningún modo, tan sólo se movió el pliegue que tenía sobre la ceja; la expresión de su rostro era, sin embargo, tranquila.

—Imagínate —siguió diciendo Oblómov— que Sóñechka, que no vale lo que tu dedo meñique, no te saludara de pronto al verte.

Olga sonrió y en sus ojos brilló la misma serenidad. Oblómov se dejó llevar por la necesidad, que le dictaba su amor propio, de exigir sacrificios de Olga en aras del amor y embriagarse con ello.

—Imagínate que los hombres al acercarse a ti no bajaran los ojos con tímido respeto, sino que te miraran con una sonrisa atrevida y picara...

Oblómov la miró: movía concienzudamente una piedrecita por el sendero con la puntera de la sombrilla.

—Imagínate que al entrar tú en un salón varias personas hicieran gestos de indignación; alguno que otro cambiaría de sitio..., pero tu orgullo sería el mismo de siempre y tendrías conciencia de ser mejor que ellos, de ser superior a todos.

—¿Para qué me dices todos esos horrores? —preguntó tranquilamente—. Nunca iré por ese camino.

—¿Nunca? —preguntó Oblómov, abatido.

—¡Nunca! —repitió ella.

—Claro —dijo pensativo—, tú no serías capaz de enfrentarte al deshonor. Tal vez no le tuvieras miedo a la muerte; lo terrible no es la ejecución, sino los preparativos para ella, las torturas continuas. Tú no podrías soportarlas y te agostarías, ¿no es cierto?

Oblómov seguía escrutando sus ojos para ver su reacción.

Pero Olga parecía contenta; esos cuadros de horror no la habían impresionado. Una leve sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡No quiero ni agostarme ni morir! Todo eso no vale —dijo al fin—. Se puede ir por distinto camino y querer aún más...

—¿Y por qué no irías por ese camino si no tienes miedo? —preguntó Oblómov con insistencia y casi con fastidio.

—Porque en él... acaban... por separarse —dijo ella—, y para mí... separarme de ti...

Se detuvo, colocó la mano sobre su hombro, lo miró largamente y tirando la sombrilla rodeó de pronto su cuello con ambos brazos y lo besó; luego, encendida de rubor, apretó el rostro contra su pecho y añadió en voz baja:

—¡Nunca!

Oblómov lanzó un grito de júbilo y cayó a sus pies sobre la hierba.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

RADIANTE de felicidad, Oblómov se dirigió a su casa. Le ardía la sangre y sus ojos brillaban. Tenía la impresión de que le ardía hasta el pelo. Con ese estado de ánimo entró en su habitación y toda su alegría se desvaneció de pronto; sus ojos, desagradablemente sorprendidos, se detuvieron en un solo punto: Tarántiev estaba sentado en su sillón.

—¡Pues no llevo tiempo esperándote! ¿Por dónde andas? —le preguntó severamente, tendiéndole su peluda mano—. Y ese viejo diablo que tienes por criado está echado a perder por completo; le pido que me dé algo para comer y me dice que no hay nada, ni siquiera me sirvió un poco de vodka.

—Estuve paseando por el parque —respondió Oblómov con aire negligente, no recobrado aún del fastidio que le había producido la presencia de su paisano en aquel momento.

Había olvidado el sórdido ambiente donde viviera tanto tiempo y había perdido la costumbre de respirar su aire asfixiante. Tuvo la impresión de que Tarántiev, en un solo instante, le había arrojado del cielo a la pestilente charca de antaño. Oblómov se preguntaba angustiado el motivo de su visita, si permanecería mucho tiempo. Lo atormentaba la suposición de que tal vez se quedara a comer y no pudiera entonces ir a casa de Olga. El único pensamiento que le ocupaba era el de buscar la manera de que se fuera, aun a costa de ciertos dispendios. Oblómov guardaba silencio y esperaba con aire taciturno a que hablara Tarántiev.

—¿Cómo no has pasado a ver la nueva casa? —preguntó Tarántiev.

—Ya no la necesito —respondió Oblómov, tratando de no mirarlo—. Yo... no pienso trasladarme allí.

—¿Có-o-mo? ¿No piensas trasladarte? —preguntó Tarántiev en tono amenazador— ¿La alquilaste y no piensas mudarte? ¿Y el contrato?

—¿Qué contrato?

—¿Ya lo olvidaste? Firmaste un contrato por un año. Dame ochocientos rublos en billetes y ve a donde quieras. Cuatro personas querían haberla alquilado y a todos despachamos. Uno la quería por tres años.

Sólo entonces recordó Oblómov que, el mismo día de su traslado a la casa de campo, Tarántiev le trajo un papel y él lo firmó de prisa y corriendo, sin leerlo siquiera.

«¡Ah, Dios mío, qué hice!», pensó Oblómov.

—No necesito la casa —respondió—, me voy al extranjero...

—¡Al extranjero! —lo interrumpió Tarántiev—. ¿Te vas con el alemán? ¡Pero qué! Tú no te irás a ninguna parte...

—¿Por qué no voy a ir? Ya tengo el pasaporte, si quieres te lo enseño. Hasta he comprado la maleta.

—No te irás —repitió Tarántiev con aire indiferente—. Más vale que me des por adelantado la mitad del dinero.

—No tengo dinero.

—Consíguelo donde quieras; el hermano de mi comadre, Iván Matveich, no se anda con chiquitas. Te llevará ajuicio y no saldrás de líos. Además, yo adelanté el dinero, así pues, devuélvemelo.

—¿De dónde sacaste tú tanto dinero? —preguntó Oblómov.

—¿A ti qué te importa? Cobré una vieja deuda. ¡Dame el dinero! Para eso vine.

—Está bien, un día de éstos pasaré por la casa y la subarrendaré; ahora tengo prisa...

Oblómov comenzó a abrochase la chaqueta.

—¿Qué otra casa necesitas? Mejor que ésta no la vas a encontrar en toda la ciudad. Además, ni siquiera la has visto —dijo Tarántiev.

—Ni quiero verla —respondió Oblómov—. ¿Para qué voy a ir allí? Me queda lejos...

—¿Lejos de qué? —preguntó Tarántiev con grosería.

Pero Oblómov tardó en responder a la pregunta.

—Del centro —dijo al cabo de un rato.

—¿De qué centro? ¿Qué falta te hace? ¿Para tumbarte en el diván?

—No, ya no me tumbo.

—¿Cómo es eso?

—Ya ves. Hoy... —empezó a decir Oblómov.

—¿Qué? —lo interrumpió Tarántiev.

—Pues que no almuerzo en casa.

—Tú dame el dinero y vete al diablo si quieres.

—¿Qué dinero? —volvió a preguntar Oblómov, impaciente—. Un día de éstos pasaré por la casa y hablaré con la dueña.

—¿Con la dueña? ¿Te refieres a mi comadre? ¡Qué sabe ella! ¡Es una mujer! Habla con su hermano, ¡ya verás lo que es bueno!

—De acuerdo, hablaré con él.

—¡Cualquiera se fía de ti! Tú dame el dinero y ve a donde quieras.

—No lo tengo, he de pedirlo prestado.

—Bueno, pues págame, al menos, el coche que me trajo hasta aquí —insistió Tarántiev—. Son tres rublos.

—¿Dónde está el cochero? ¿Y por qué tres rublos?

—El coche lo despedí; no quería traerme aquí, por «esos arenales», como dijo, ni por tres rublos. Pon de vuelta otros tres.

—La diligencia no cuesta más que cincuenta copecs hasta aquí —dijo Oblómov—. Pero toma.

Y le tendió el dinero, que Tarántiev se apresuró a guardar en el bolsillo.

—Me debes aún el dinero del almuerzo —dijo.

—¿Qué almuerzo?

—Como no me dará tiempo de llegar a la ciudad, tendré que comer por el camino y aquí todo está muy caro. Seguro que me roban cinco rublos.

Sin decir nada, Oblómov sacó el dinero y se lo tiró. No se sentaba de pura impaciencia a fin de que Tarántiev se fuese lo antes posible, pero él no se iba.

—Ordena que me traigan algo para picar.

—¿No querías almorzar por el camino? —le preguntó Oblómov.

—¡Eso es almorzar! Pero ahora no son ni las dos.

Oblómov ordenó a Zajar que le trajese alguna vianda.

—No hay nada —respondió Zajar, mirando sombríamente a Tarántiev—. No hemos preparado nada. Dígame, Mijéi Andreich, ¿cuándo va a devolver la camisa y el chaleco del señor?...

—¡Pero de qué camisa y de qué chaleco me hablas! —repuso Tarántiev—. Te los devolví hace tiempo.

—¿Cuándo? —preguntó Zajar.

—¿No recuerdas que te los di en mano cuando os veníais para aquí? Los habrás metido en algún hatillo y ahora me das a mí la lata...

Zajar se quedó pasmado.

—¡Ah, Dios mío! ¿Lo oye, Iliá Ilich? ¡Qué poca vergüenza! —clamó dirigiéndose a Oblómov.

—A mí no me vengas con esos cuentos —repuso Tarántiev—. Lo habrás vendido y ahora me lo reclamas...

—¡Jamás en mi vida vendí nada de mi amo! —bramó Zajar—. Usted, en cambio...

—Déjalo, Zajar —lo interrumpió Oblómov severamente.

—¿No fue usted —preguntó Zajar de nuevo— el que se llevó un cepillo del suelo y dos tazas?

—¿Qué cepillo? —rugió Tarántiev—. ¡Vaya con el viejo bribón! Más vale que me traigas algo para comer.

—¿Oye usted, Iliá Ilich, cómo me ladra? —dijo Zajar— No hay nada en la casa, ni siquiera pan, y Anisia no está —añadió Zajar, y se fue.

—¿Dónde almuerzas tú? —preguntó Tarántiev—. Todo es bien extraño, en realidad: Oblómov pasea por el parque, no almuerza en casa... ¿Cuándo vas a mudarte? Ya falta poco para el otoño. Ven a verla.

—Bueno, bueno, un día de éstos...

—Y no te olvides del dinero.

—Sí, sí, sí... —respondió Oblómov, impaciente.

—¿No necesitarás algo más en la casa? Han pintado para ti los suelos, el techo, las ventanas y las puertas... Más de cien rublos se ataron.

—Está bien, está bien... Escucha —recordó Oblómov de pronto—, ¿no podrías hacerme el favor de pasar por la Cámara para certificar una autorización?

—¿Me has tomado por tu secretario? —preguntó Tarántiev.

—Te daré más dinero para el almuerzo —dijo Oblómov.

—Me gastaré más en suelas de lo que tú vas a darme.

—Tú hazlo, yo te lo pagaré.

—No puedo ir a la Cámara —dijo Tarántiev sombríamente.

—¿Por qué?

—Tengo enemigos allí, me están cavando la fosa y tratan de hundirme.

—Está bien, iré yo mismo —dijo Oblómov, y echó mano de su gorra.

—Cuando te traslades, Iván Matveich te lo hará todo. Él sí que vale, no como el advenedizo de tu alemán. Es un ruso de raigambre, un probo funcionario que lleva treinta años sentado en la misma silla; él es quien lo maneja todo en la oficina. Además, tiene dinerito, pero no se le ocurre tomar un coche; su levita no es mejor que la mía y es de lo más pacífico y humilde, habla con voz tan baja que

apenas se le oye. No anda vagabundeando por países extranjeros como ese amigo tuyo...

—¡Tarántiev! —gritó Oblómov, golpeando la mesa con el puño—. ¡No hables de lo que no comprendes!

Tarántiev quedó atónito ante esa inesperada salida de Oblómov y se olvidó, incluso, de mostrarse ofendido, por ser considerado inferior a Shtolz.

—¡Hay que ver, hermano, cómo te pones! —masculló tomando el sombrero—. ¡Qué bríos!

Limpió su sombrero con la manga y lo miró; luego fijó la vista en el sombrero de Oblómov puesto en un estante.

—Tú llevas gorra y no sombrero —dijo, probándoselo—, préstamelo para el verano.

Sin decir nada, Oblómov le quitó el sombrero de la cabeza y lo dejó en el sitio de antes; luego se cruzó de brazos y esperó a que Tarántiev se fuese.

—¡Vete al diablo! —exclamó Tarántiev, saliendo torpemente por la puerta—. Hoy no eres tú... Habla con Iván Matveich, y como no lleves el dinero ya verás lo que te pasa...

CAPÍTULO II

TARÁNTIEV se fue y Oblómov, de muy mal humor, tomó asiento en el sillón y trató de olvidar la desagradable impresión. Recordó por fin lo ocurrido aquella mañana y la sórdida imagen de Tarántiev se esfumó de su mente: la sonrisa tornó a sus labios.

De pie en el espejo estuvo arreglándose mucho tiempo la corbata. Sonreía a su imagen y miraba su mejilla, buscando un rastro del beso de Olga.

—Dos «nunca» —se dijo en voz baja, embargado de jubilosa emoción—, pero ¡qué diferencia entre ellos! Uno ya se marchitó y el otro ha florecido esplendorosamente...

Se sumió en pensamientos cada vez más profundos. Se daba cuenta de que la fiesta luminosa del amor había llegado a su fin, que el amor se convertía de hecho en un deber, se entretejía con la vida entera, formando parte de sus habituales manifestaciones, perdiendo poco a poco sus radiantes colores.

Tal vez aquella mañana había contemplado su último rayo luminoso y de ahora en adelante no brillaría ya con la misma intensidad, sino que daría invisible calor a la vida; la vida acabaría por aceptarlo y sería, naturalmente, su palanca fundamental, pero oculta. Y a partir de ahora sus manifestaciones serían itan simples, tan corrientes, tan usuales!

El poema estaba a punto de terminar e iba a iniciarse la historia real: la Cámara, el viaje a Oblómovka, la construcción de la casa, la hipoteca, la construcción del camino, las cuentas embrolladas con

los *mujiks*, la organización de los trabajos, la siembra, la recolección, los chasquidos del ábaco, la cara preocupada del administrador, las elecciones de la nobleza, las sesiones del tribunal.

Sólo de vez en cuando brillaría la mirada de Olga, sonarían los melodiosos sonos de *Casta Diva*, se darían un beso apresurado y de nuevo habría que volver al trabajo, ir a la ciudad, hacer cuentas con el administrador, oír el chasquido del ábaco.

La llegada de las visitas tampoco sería muy divertida. Se hablaría del vino que producen sus lagares, de la cantidad de metros de paño entregados al Estado... ¿Era eso lo que había soñado? ¿Eso era vivir?... La gente, sin embargo, vivía como si en ello consistiera toda la vida. A Shtolz también le gustaba.

Pero el casamiento, la boda, sí que formaba parte del lado poético de la vida, era como una flor recién abierta. Se imaginó conduciendo a Olga hacia el altar con azahares en la cabeza y cubierta con un largo velo. Entre los asistentes se oirían murmullos de admiración. Ella, toda turbada, le tiende la mano, su orgullosa cabecita se inclina graciosamente y una respiración anhelosa agita su pecho; no se atreve a mirar. Tan pronto asoma una sonrisa a sus labios, como se le llenan de lágrimas los ojos.

En casa, cuando se han ido los invitados, ella, lujosamente ataviada aún, se lanza a sus brazos como aquella mañana...

«Voy corriendo a verla, no puedo pensar ni sentir solo —se dijo—. Se lo contaré al mundo entero... pero no, primero a la tía, luego al barón, le escribiré a Shtolz. ¡Qué sorpresa para él! Luego se lo diré a Zajar; se arrojará a mis pies y gritará de alegría, le regalaré veinticinco rublos. Anisia tratará de besarme la mano y le daré diez rublos. Después gritaré loco de alegría para que todos me oigan y digan: ¡Oblómov es feliz, Oblómov se casa! Ahora voy corriendo a su casa; allí me espera el misterioso convenio de unir dos vidas en una, las largas charlas susurradas».

Corrió a casa de Olga, que escuchó sonriendo sus sueños, pero tan pronto como Oblómov intentó comunicárselo a su tía, sus cejas

se juntaron tanto que él se asustó.

—¡Ni una palabra a nadie! —dijo, llevándose un dedo a los labios e instándole a que hablara en voz baja para que la tía no lo oyese desde la otra habitación—. Aún no es el momento oportuno.

—¿Cuándo va a serlo? ¿No lo tenemos decidido los dos? —preguntó Oblómov, impaciente— ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Por dónde tenemos que empezar? —siguió preguntando—. No podemos estar con los brazos cruzados. Vamos a iniciar una vida seria, llena de obligaciones...

—Sí, es cierto —afirmó Olga, mirándolo fijamente.

—Pues bien, quiero dar el primer paso y hablar con tu tía...

—Este es el último.

—¿Cuál es el primero?

—El primero... ir a la Cámara. Tienes que firmar un documento, ¿no es verdad?

—Sí... lo haré mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Hoy... ¿Cómo puedo separarme de ti en un día como éste?

—Bueno, lo dejaremos para mañana. ¿Y después?

—Después se lo diremos a tu tía, le escribiré a Shtolz...

—No, después tienes que ir a Oblómovka... Andréi te escribió lo que debías hacer en la aldea. Ignoro de qué se trata, creo que de construir una casa, ¿no es cierto? —preguntó mirándole fijamente.

—¡Dios mío! —exclamó Oblómov—. ¡De hacer caso a Shtolz pasaría más de un siglo hasta que pudiera hablar con tu tía! Me dice que debo construir la casa, luego la carretera, fundar escuelas... ¿Sabes, Olga?, iremos juntos y una vez allí...

—Pero ¿adónde iremos? ¿Tenemos casa?

—No, la vieja está en muy mal estado, me imagino que el porche se habrá caído ya...

—¿Adónde iremos entonces? —preguntó Olga.

—Habrá que buscar casa aquí.

—Para eso también hay que ir a la ciudad —observó Olga—, éste es el segundo paso...

—Y después... —empezó a decir Oblómov.

—Primero da esos pasos y luego...

«¿Cómo es posible? —pensó tristemente Oblómov—. Ni largas conversaciones susurradas, ni el misterioso convenio de unir dos vidas en una... Todo resulta diferente, distinto. ¡Qué extraña es Olga! No se detiene ni un instante, no se entrega a dulces meditaciones sobre el momento poético, como si no tuviese ilusiones, como si no sintiese la necesidad de soñar. ¡Ve a la Cámara, busca casa! Exactamente igual que Andréi. Parece que se han confabulado para acelerar la vida».

Al día siguiente, con el documento en la mano, se dirigió a la ciudad para ir primero a la Cámara; hacía el viaje de mala gana, bostezando y mirando a los lados. Como no sabía la dirección exacta de la Cámara, pasó por la casa de Iván Guerásimovich para preguntarle en qué negociado debía certificar la autorización.

Este se alegró de verlo y no lo dejó marchar antes del almuerzo. Luego envió a buscar a un amigo para enterarse del modo de hacer esa gestión, pues él llevaba mucho tiempo apartado de tales asuntos.

El almuerzo y la consulta terminaron a las tres de la tarde; a esa hora ya no podía ir a la Cámara y como el día siguiente caía en sábado y estaban cerradas las oficinas, hubo que aplazarlo hasta el lunes.

Oblómov se dirigió al barrio de Vyborg, donde estaba su nueva casa. Durante mucho tiempo estuvo buscándola por diversos callejones flanqueados de altas vallas. Por fin encontró a un guardia, quien le dijo que eso caía en la otra manzana y le mostró una calle vacía de casas, llena de lodo endurecido, con solares cubiertos de vegetación.

Oblómov continuó su camino, admirando las ortigas junto a las tapias y los serbales que asomaban por encima de las mismas. El

guardia, finalmente, le indicó una vieja casita en el interior de un patio: «Esta es», dijo.

«Casa propiedad de la viuda del secretario colegiado Pshenitzin», leyó Oblómov en el portón, y ordenó al cochero que entrara en el patio.

Éste tenía las dimensiones de una habitación, de forma que la lanza del coche chocó contra una esquina y asustó a un tropel de gallinas que se lanzaron, cacareando, en diversas direcciones; algunas llegaron, incluso, a alzar el vuelo. Un gran perro negro sujeto de una cadena saltaba a derecha e izquierda sin dejar de ladrar desaforadamente e intentaba alcanzar los hocicos de los caballos.

Sentado en el coche a la altura de las ventanas, Oblómov tenía dificultades para salir. En las ventanas, llenas de macetas con diversas flores, aparecieron varias cabezas. A duras penas consiguió Oblómov bajar del coche; el perro ladró con mayor fuerza todavía.

Subió al porche y tropezó con una vieja arrugada que llevaba un extremo de la falda sujeto a la cintura.

—¿Por quién pregunta? —inquirió.

—Por la dueña de la casa, señora Pshenitzina.

La vieja bajó la cabeza con aire perplejo.

—¿No será a Iván Matveich a quien desea ver? —preguntó—. Él no está en casa; no regresó aún de la oficina.

—Quiero ver a la propietaria —repitió Oblómov.

Dentro de la casa continuaba el trajín. Bien por una ventana, bien por otra, seguían asomándose diversas cabezas; detrás de la vieja la puerta se abría un poco y volvía a cerrarse y se veían algunos rostros.

Oblómov miró hacia atrás: dos chiquillos, un niño y una niña, lo miraban con curiosidad desde el patio.

Apareció de pronto un *mujik* somnoliento vestido con una pelliza; protegiéndose del sol con la mano, miró con aire indiferente a Oblómov y al coche. El perro seguía ladrando, aunque más

espaciadamente, pero tan pronto como Oblómov se movía o un caballo golpeaba el suelo con la pezuña, empezaba a dar saltos, intentando romper la cadena sin dejar de ladrar.

A través de la valla que tenía a la derecha se veía un gran huerto plantado de coles, algunos árboles y un cenador de madera pintado de verde.

—¿Desea ver a Agafia Matvéievna? —preguntó la vieja— ¿Para qué la necesita?

—Dígale a la dueña —respondió Oblómov— que soy el que alquila la casa y quiero verla...

—Entonces, ¿es usted el nuevo inquilino, el conocido de Mijéi Andreich? Espere, voy a decírselo.

La vieja abrió la puerta y varias personas escaparon corriendo al interior de la casa. Oblómov logró distinguir a una mujer con el cuello y los brazos desnudos, bastante gruesa, que sonrió al verse descubierta y se alejó corriendo.

—Haga el favor de pasar —dijo la vieja, y lo introdujo, a través de un pequeño vestíbulo, a una habitación bastante espaciosa, rogándole que esperara—. El ama saldrá en seguida —añadió.

«Y el perro sigue ladrando», pensó Oblómov, pasando revista a la habitación.

Sus ojos se detuvieron de pronto en algunos objetos conocidos: la habitación estaba llena de cosas de su propiedad; las mesas aparecían llenas de polvo, las sillas se amontonaban sobre la cama y estaban también allí los colchones, la vajilla toda desordenada, los armarios.

«¡Cómo está todo! ¡Qué desorden, qué porquería!», se dijo Oblómov.

Una puerta crujió de pronto detrás de él y entró en la habitación la misma mujer gruesa del cuello y los brazos al descubierto que había visto antes.

Tendría unos treinta años. Era muy blanca y de grueso rostro; se diría que los colores no podían abrirse paso a través de sus mejillas.

Casi no tenía cejas; en su lugar se veían dos líneas algo abultadas y brillantes de pelo claro y escaso. La expresión de sus ojos grises era cándida, como la del resto de su rostro; tenía unas manos blancas, aunque bastas, de abultadas venas azules.

Llevaba un vestido muy ceñido y era bien visible que no recurría a ningún artificio, ni siquiera a una saya de más, a fin de aumentar el volumen de sus caderas y afinar el talle. Por eso, hasta su busto, cuando no llevaba la pañoleta, podría servir de modelo a un pintor o escultor que quisiera plasmar, sin herir el recato femenino, un pecho hermoso y sano. El vestido, en comparación con el chal que se había echado encima y la cofia de vestir, parecía viejo y desgastado.

No esperaba ninguna visita y cuando Oblómov solicitó verla, se echó sobre el vestido de diario el chal de los domingos y se cubrió la cabeza con una cofia. Entró tímidamente y se detuvo mirando a Oblómov.

Este se levantó y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Tengo el placer de ver a la señora Pshenitzina? —preguntó.

—Sí —respondió ella—. ¿Tal vez quiera hablar con mi hermano? —preguntó con aire indeciso—. Está en la oficina y volverá después de las cinco.

—No, es con usted con quien quiero hablar —comenzó a decir Oblómov en cuanto ella se hubo sentado en el diván, lo más lejos posible de él, fija la vista en los extremos de su chal que la cubría hasta los pies. También escondió las manos bajo el chal—. Yo había alquilado esta casa, pero ahora, debido a diversas circunstancias, he de buscar vivienda en otra parte de la ciudad, de forma que he venido para hablar con usted...

Ella lo escuchaba con expresión obtusa y quedó pensativa sin variar de expresión.

—Es que mi hermano no está ahora —dijo después de un rato de silencio.

—Pero ¿no es suya la casa?

—Mía —respondió brevemente.

—Creí que lo podría decidir usted misma...

—El caso es que mi hermano no está y él es quien se encarga de todo —dijo con voz monótona, mirando de frente a Oblómov por primera vez y bajando en el acto los ojos.

«Tiene una cara vulgar, pero agradable —decidió Oblómov condescendiente—, debe ser una buena persona».

En aquel momento asomó por la puerta la cabeza de una niña. Agafia Matvéievna le hizo una seña a hurtadillas con aire amenazador y la niña desapareció.

—¿Dónde trabaja su hermano?

—En una oficina.

—¿En cuál?

—En una donde registran a los mujiks... no sé cómo se llama.

Sonrió con aire cándido, pero en el acto recobró la expresión de antes.

—¿Vive usted sola con su hermano? —preguntó Oblómov.

—No, tengo dos hijos de mi difunto marido: un niño que va para los ocho años y una niña de cinco —explicó con bastante locuacidad Agafia Matvéievna, y su rostro se animó—; también vive con nosotros la abuelita, pero está enferma y apenas puede andar, tan sólo va a la iglesia. Antes iba al mercado con Akulina, pero ahora, desde el día de San Nicolás, dejó de ir; se le hinchan las piernas. Hasta en la iglesia ha de estar sentada. Y nadie más. Algunas veces viene mi cuñada a pasar unos días con nosotros y también Mijéi Andreich.

—¿Los visita a menudo Mijéi Andreich? —preguntó Oblómov.

—A veces se queda con nosotros todo un mes; mi hermano y él son amigos, siempre están juntos...

Y se calló, habiendo agotado toda su reserva de palabras y pensamientos.

—¡Qué silencioso es esto! —dijo Oblómov—. Si no fuera por los ladridos del perro podría creerse que aquí no vive nadie.

La mujer sonrió.

—¿Sale usted a menudo? —preguntó Oblómov.

—En verano algunas veces. El otro día fuimos a las Fábricas de Pólvora.

—¿Va mucha gente por allí? —preguntó Oblómov mirando a través del entreabierto chal su busto alto y macizo, inmóvil.

—Este año hubo poca gente, pues llovió por la mañana, pero a la tarde el tiempo escampó. En general suele haber mucha gente.

—¿A qué otros sitios suele ir?

—Salimos poco. Mi hermano y Mijéi Andreich van de pesca, les gusta la sopa de pescado, pero nosotras nos quedamos en casa.

—¿Siempre en casa?

—Por Dios que es cierto. El año pasado fuimos a Kólpino; otras veces vamos al bosque pequeño que está por aquí cerca. El día del santo de mi hermano, el veinticuatro de junio, damos una comida, vienen todos sus compañeros de oficina.

—¿No hace visitas?

—Mi hermano sí, pero yo, con los niños, visito tan sólo a la familia de mi marido en Navidad y Semana Santa; almorzamos con ellos.

Los temas de conversación se habían agotado.

—Veo que tiene muchas flores, ¿le gustan? —preguntó Oblómov. La mujer sonrió.

—No —contestó—, no tengo tiempo para dedicárselo a las flores. Los niños fueron con Akulina al jardín del conde y se las regaló el jardinero. Los geranios y los áloes ya los tenía yo en vida de mi marido.

En aquel instante irrumpió en la habitación Akulina; se debatía entre sus manos un gallo enorme que cloqueaba desesperadamente y batía las alas.

—¿Este es el gallo, Agafia Matvéievna, que debo llevar al tendero? —preguntó.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete, vete! —dijo la dueña, avergonzada—. ¿No ves que tengo visita?

—Sólo quería preguntárselo —dijo Akulina, sujetando al gallo por las patas cabeza abajo—. Nos da por él setenta copecs.

—¡Ve, ve a la cocina! —insistió Agafia Matvéievna— Hay que darle el gris a pintas y no éste —añadió presurosa y avergonzada; volvió a esconder las manos y bajó los ojos.

—¡Es difícil llevar una casa! —dijo Oblómov.

—Sí, tenemos muchas gallinas; vendemos pollos y huevos. En esta calle nos compran todos y también en la casa del conde —respondió la mujer, y miró a Oblómov con mayor confianza que al principio.

Cuando hablaba de un tema que conocía, su rostro perdía la expresión obtusa que le era peculiar y cobraba vida. Pero si la pregunta se refería a un tema para ella desconocido, respondía con una sonrisa y el silencio.

—Habría que ordenar todo esto —observó Oblómov, señalando las cosas de su pertenencia.

—Lo habríamos hecho, pero mi hermano me ordenó que no tocara nada —dijo con viveza, y miró a Oblómov sin ninguna turbación—. «Sabe Dios, me dijo, lo que tendrá en esos armarios y cajones. Si se pierde alguna cosa, nos echarán a nosotros la culpa...». —Hizo una pausa y sonrió.

—¡Qué precavido es su hermano! —dijo Oblómov. Agafia Matvéievna sonrió de nuevo y su rostro volvió a adoptar la expresión habitual.

Su sonrisa era más bien la forma de que se valía para encubrir su desconocimiento de lo que debía decir o hacer.

—No puedo esperar a que venga —dijo Oblómov—. Tal vez tenga usted la bondad de decirle de mi parte que, debido a ciertas circunstancias, no puedo quedarme con la vivienda y le ruego que disponga de ella y la alquile; yo, por mi parte, buscaré algún otro inquilino.

La mujer lo escuchaba con aire de no comprender y parpadeaba con frecuencia.

—Respecto al contrato, tenga la bondad de decirle...

—Es que él no está ahora en casa —repitió de nuevo—; más vale que vuelva usted mañana que es sábado y no va a la oficina...

—Estoy terriblemente ocupado, no tengo ni un minuto libre —se excusó Oblómov—. Tenga la bondad de decírselo y como la fianza queda a su favor y yo encontraré a otro inquilino...

—Mi hermano no está en casa —repitió la mujer con voz monótona—, no me explico por qué tarda tanto... —y miró hacia la calle—. Siempre pasa por delante de estas ventanas y se le ve llegar, pero hoy nada.

—Bueno, yo me voy... —dijo Oblómov.

—¿Y qué le digo a mi hermano respecto a su traslado? —preguntó Agafia Matvéievna levantándose del diván.

—Dígale que, debido a ciertas circunstancias, le ruego... —empezó a decir Oblómov.

—Sería mejor que volviese usted mañana y se lo dijese usted mismo... —repitió la mujer.

—Mañana no puedo.

—Pues venga el domingo, después de misa; siempre tenemos vodka y entremeses. También viene Mijéi Andreich.

—¿También viene Mijéi Andreich? —preguntó Oblómov.

—Por Dios que es cierto —aseguró Agafia Matvéievna.

—Pasado mañana tampoco puedo venir —se apresuró a responder Oblómov, impaciente por irse.

—Vuelva la próxima semana... —dijo Agafia Matvéievna—. ¿Cuándo piensa mudarse? Ordenaría que fregaran el suelo y limpiaran el polvo.

—No pienso mudarme —respondió Oblómov.

—¿Cómo es eso? ¿Y qué hacemos con sus cosas?

—Tenga la bondad de decirle a su hermano —repitió lentamente Oblómov con los ojos fijos en su pecho— que yo, por diversas circunstancias...

—No sé por qué tarda tanto hoy, no se le ve... —repitió con voz monótona la mujer, mirando hacia la valla que separaba su casa de la calle—. Reconozco sus pasos; se oye cuando pasa alguien por el pavimento de madera. Por aquí viene poca gente...

—¿Será tan amable de transmitirle mi recado? —preguntó Oblómov, haciendo una inclinación de cabeza al tiempo que salía de la habitación.

—Él estará aquí dentro de media hora... —dijo Agafía Matvéievna con una agitación no habitual en ella, tratando de retenerlo al menos con la voz.

—No puedo esperar más —decidió Oblómov, abriendo la puerta. Al verlo en el porche, el perro comenzó a ladrar frenéticamente tratando de soltarse de la cadena. El cochero, que dormía apoyado en un codo, maniobró el coche hacia atrás; las asustadas gallinas corrieron en todas las direcciones y varias cabezas se asomaron de nuevo a las ventanas.

—Le diré a mi hermano que estuvo usted aquí —dijo la dueña de la casa, algo inquieta, cuando Oblómov ya estuvo sentado en el coche.

—Sí, y dígame que debido a ciertas circunstancias no me puedo quedar con la vivienda y que trataré de traspasarla o bien que él... busque...

—Siempre viene a estas horas... —decía la mujer escuchándole con aire distraído—. Le diré que piensa usted volver por aquí.

—Sí, vendré un día de éstos —respondió Oblómov. En medio de los desenfrenados ladridos del perro, el coche salió del patio y marchó, dando tumbos, por el seco barro de la no empedrada calleja.

Al final de la misma apareció un hombre de mediana edad, embutido en un gabán raído, con un gran fajo de papeles bajo el brazo; llevaba un grueso bastón y chanclos de goma, a pesar de que el tiempo era seco y caluroso.

Caminaba con rapidez, mirando a los lados, y pisaba con tanta fuerza como si quisiera hundir el pavimento de madera. Oblómov se volvió para mirarlo y vio que entraba en el patio de la casa de Pshenitzina.

«Ése debe de ser el hermano —se dijo—. ¡Al diablo con él! Tendría que perder una hora más y tengo hambre y calor. Además, Olga me espera... ¡Ya volveré otra vez!».

—¡Date prisa! —ordenó al cochero.

«¿Y si buscara otra casa? —recordó de pronto, mirando hacia los lados—. Pero tendría que volver hacia Morskaia o Koniúshenaia... ¡Lo haré otro día!» —decidió.

Y de nuevo metió prisa al cochero.

CAPÍTULO III

A finales de agosto cayeron abundantes lluvias y en las casas de campo que tenían chimeneas empezó a salir humo, y los habitantes de aquellas que no las tenían se abrigaban hasta los ojos. Poco a poco las villas se fueron quedando vacías.

Oblómov no había vuelto a la ciudad y una mañana desfilaron ante sus ventanas los muebles de las Ilinski. Aunque ya no consideraba una proeza mudarse de casa, comer de paso en cualquier restaurante y no acostarse en todo el día, no sabía cómo pasar las noches.

Quedarse solo en la casa de campo cuando tanto el parque como el bosquecillo estaban desiertos, cuando las contraventanas de la habitación de Olga permanecían cerradas, le parecía realmente imposible.

Recorrió sus vacías habitaciones, el parque, subió y bajó del cerro y la tristeza le oprimió el corazón.

Ordenó a Zajar y a Anisia que se fueran al barrio de Vyborg, donde decidió instalarse hasta encontrar una nueva vivienda; fue a la ciudad, comió rápidamente en una fonda y pasó la tarde en casa de Olga.

Pero las tardes otoñales en la ciudad no se parecían a los largos y luminosos días y atardeceres del parque y el seto. Allí no la podía ver tres veces al día, tampoco podía venir Katia, ni él enviar a Zajar con una nota a cinco kilómetros de distancia. Y todo ese florido

poema de amor estival parecía haberse detenido, su curso se hizo más lento, como si careciese de contenido.

A veces pasaban más de media hora sin hablar; Olga se abstraía en su labor contando con la aguja los cuadros del dibujo y él se sumía en un caos de pensamientos, mientras en su imaginación vivía momentos futuros que nada tenían que ver con el presente.

De vez en cuando la miraba fijamente y se estremecía de pasión o bien ella, lanzándole una mirada de paso, sonreía al captar en sus ojos una expresión de tierno acatamiento y silenciosa dicha.

Durante tres días fue a comer a la casa de Olga con el pretexto de que la suya no estaba aún en condiciones, y como pensaba mudarse en esa semana, no podía sentirse a gusto en aquella vivienda...

Pero al cuarto día le pareció violento ir a la casa de Olga y después de dar unas vueltas se fue tristemente al barrio de Vyborg.

Al quinto día, las Ilinski no comieron en casa.

Al sexto, Olga le dijo que fuera a una determinada tienda donde ella tenía que ir y que luego podría acompañarla a pie hasta su casa, mientras que el coche los seguía lentamente.

Todo resultaba en extremo violento: encontraban a diversos conocidos, tanto de él como de ella, había que saludarlos, algunos se detenían para charlar un rato.

—¡Ah, Dios mío, qué tormento! —decía Oblómov, incómodo por la falsedad de su posición.

La tía de Olga lo miraba también con sus grandes y lánguidos ojos y olía pensativamente su frasco de alcohol como si por su causa le doliera la cabeza. ¡Y qué lejos quedaba su casa de la de Olga! Entre la ida y la vuelta tardaba casi tres horas.

—Vamos a decírselo a tu tía —insistía Oblómov—, entonces podré quedarme en tu casa desde la mañana y nadie tendrá que decir nada...

—¿Estuviste en la Cámara? —preguntó Olga.

Oblómov sentía grandes tentaciones de decirle que sí y que todo estaba hecho, pero sabía que Olga lo miraría fijamente y se daría cuenta de inmediato de que era mentira.

—¡Si tú supieras lo difícil que es! —exclamó, lanzando un suspiro.

—¿Hablaste con el hermano de la dueña? ¿Has encontrado vivienda? —volvió a preguntar sin mirarlo.

—El hermano jamás está en casa por las mañanas y las tardes las paso aquí —respondió Oblómov, contento de tener una buena excusa.

Fue Olga la que suspiró esta vez, pero no dijo nada.

—Mañana hablaré con él sin falta —aseguró Oblómov—. Mañana es domingo y no hay oficina.

—Mientras no se arreglen todas estas cosas —dijo Olga, pensativa—, nada se le puede decir a *ma tante* y debemos vernos menos...

—Sí, claro, tienes razón... —accedió Oblómov, asustado.

—Los domingos comes con nosotros, es el día que recibimos, y ven los miércoles, que no tenemos extraños —resolvió Olga—. Además, podemos vernos en el teatro, tú sabrás cuándo vamos y vas también.

—Sí, tienes razón —dijo Oblómov, contento de que Olga se encargara de organizar sus encuentros.

—Y si hace buen tiempo —concluyó—, iré al Jardín de Verano para pasear y también tú puedes ir; eso nos hará recordar el parque... ¡el parque! —repitió con sentimiento.

Sin decir nada, Oblómov besó su mano y se despidió de ella hasta el domingo. Olga lo miró partir con tristeza, se sentó ante el piano y se sumergió en la música. Su corazón lloraba por algo y también lloraban las notas. Hubiera querido cantar, pero no podía hacerlo.

Cuando Oblómov se levantó a la mañana siguiente, se puso la chaqueta de verano, la misma que llevara en la casa de campo.

Había dicho adiós a su batín hacía tiempo y había ordenado que lo guardaran en un armario.

Zajar se acercó a la mesa con la bandeja vacilante, como tenía por costumbre, donde llevaba el café y los bollos. Detrás de él, Anisia asomó medio cuerpo para vigilar si su marido llegaba a la mesa sin que se le cayese nada, volviendo a esconderse de inmediato, y sin hacer ruido, tan pronto como él depositaba la bandeja. Pero si se le caía algo, se presentaba rápidamente con el fin de salvar las demás cosas. En esos casos, Zajar comenzaba a despotricar primero contra las cosas, después contra su mujer, amenazándola con el codo en el pecho.

—¡Qué café tan sabroso! ¿Quién lo ha hecho? —preguntó Oblómov.

—La propia dueña de la casa —respondió Zajar—. Los últimos cinco días lo ha preparado ella. Dice que pongo mucha achicoria y que no lo hiervo bastante.

—Muy sabroso —repitió Oblómov, sirviéndose otra taza—. Dale las gracias.

—Aquí la tiene en persona —dijo Zajar, señalándole la puerta semiabierta de una habitación lateral—. Siempre está ahí, debe de ser una despensa; en ella guardan el té, el café, el azúcar, también la vajilla.

Oblómov no veía más que la espalda de Agafia Matvéievna, su nuca, una parte de su blanco cuello y sus desnudos brazos.

—¿Y qué hace que mueve los codos tan rápidamente? —preguntó.

—No lo sé. Creo que está planchando unos encajes.

Oblómov se quedó mirando cómo se movían los codos, cómo se le doblaba y erguía la espalda.

Cuando se inclinaba hacia delante, veía Oblómov sus limpias enaguas y medias, las piernas redondas y gruesas.

«Es una simple plebeya, pero sus codos son de condesa y, además, tiene hoyuelos», pensó Oblómov.

A mediodía, Zajar vino a preguntarle si no le gustaría probar la empanada hecha por Agafia Matvéievna.

—En domingo siempre hacen empanada —explicó Zajar.

—¡Me imagino cómo será! —respondió Oblómov con voz displicente—. Seguro que es de cebolla y zanahoria.

—No es peor que las que se hacían en Oblómovka —observó Zajar—. De pollo y setas frescas.

—¡Ah, tiene que estar buena! Tráeme un poco. ¿Quién la hizo? ¿Esa mujer tan sucia?

—¡Ésa no sirve para nada! —respondió Zajar despectivamente—. Si no fuera por la dueña, no sabría ni poner la mesa. Agafia Matvéievna es la que cocina. La empanada la hicieron ella y Anisia.

Cinco minutos más tarde, desde la habitación lateral asomó un brazo desnudo, apenas cubierto por el chal que Oblómov ya conocía, con un plato donde humeaba un gran trozo de empanada.

—Muy agradecido —dijo Oblómov cariñosamente, tomando el plato y, asomándose a la puerta, fijó sus ojos en el opulento pecho y los desnudos hombros de la mujer. La puerta se cerró de inmediato.

—¿Quiere vodka? —oyó preguntar desde el otro lado de la puerta.

—No bebo, muy agradecido. —Con tono más cariñoso aún preguntó Oblómov—: ¿Cómo es su vodka?

—Es de fabricación casera, lo maceramos con hojas de casis —contestó la voz.

—Nunca lo bebí, ¿me permite probarlo?

Se asomó de nuevo el brazo desnudo con un plato y una copa de vodka. Oblómov lo bebió y le gustó mucho.

—Muchas gracias —dijo, tratando de mirar por la puerta, pero ésta se cerró de golpe.

—¿Por qué no me deja verla y darle los buenos días? —preguntó en tono de reproche.

Agalla Matvéievna sonrió al otro lado de la puerta.

—No estoy arreglada todavía —dijo—. No salí aún de la cocina. Voy a vestirme; mi hermano no tardará en volver de misa.

—Ah, *á propos*, necesito hablar con su hermano —dijo Oblómov—. Ruéguele que pase a verme.

—Bueno, se lo diré en cuanto venga.

—¿Quién tose así en la casa? —preguntó Oblómov—. ¡Qué tos más seca!

—Es la abuela, lleva siete años tosiendo así.

Y la puerta volvió a cerrarse.

«¡Qué... sencilla es! —pensó Oblómov—. Pero tiene un algo... Además es muy limpia».

Oblómov no había tenido ocasión de conocer todavía al hermano. Había visto, desde la cama y no con frecuencia, cómo muy temprano por la mañana cruzaba la verja del patio un hombre con un gran fajo de papeles bajo el brazo, perdiéndose en la calleja; luego, a las cinco de la tarde, volvía a pasar con el mismo fajo por delante de su ventana, desapareciendo en el porche. En casa no se le oía...

Era notorio, sin embargo, que la casa estaba habitada, sobre todo por las mañanas: se oía el golpear de los cuchillos en la cocina, por la ventana llegaba el chapotear del agua, un hombre partía leña y traía agua en un barril sobre dos ruedas; al otro lado de la pared lloraban a veces los niños y resonaba la tos seca y persistente de la vieja.

Oblómov disponía de cuatro habitaciones, es decir, de toda la parte delantera de la casa. Agafia Matvéievna se alojaba con sus hijos en dos habitaciones posteriores y el hermano vivía en el piso de arriba, en una especie de buhardilla.

El despacho y el dormitorio de Oblómov daban al patio, el comedor al jardín y el salón a un gran huerto sembrado de coles y patatas. En el comedor, las ventanas tenían visillos de algodón de colores desteñidos.

Adosadas a las paredes se veían unas sillas sencillas, imitando madera de nogal, y al pie de este espejo, una mesa de juego.

Tiestos de geranios y dientes de león ornaban las ventanas y había cuatro jaulas con jilgueros y canarios.

El hermano entró de puntillas y se inclinó tres veces en respuesta al saludo de Oblómov. La chaqueta de su uniforme, abrochada hasta el cuello, no dejaba ver si llevaba o no camisa; anudaba la corbata con un nudo simple y escondía sus extremos bajo la chaqueta.

Tendría alrededor de cuarenta años, lucía un tupé en la frente y dos mechones iguales en las sienes que dejaba sueltos y parecían dos orejas de perro de tamaño mediano. Los ojos, grises, tardaban en mirar directamente; primero lo hacían como a hurtadillas y luego se detenían en el objeto.

Se diría que se avergonzaba de sus manos y, al hablar, procuraba ocultarlas, bien poniéndolas a la espalda, bien una en el pecho y la otra detrás. Al presentar algún documento a su jefe e informarle del mismo, mantenía una mano en la espalda y con la uña del dedo corazón de la otra señalaba alguna línea o palabra; una vez señalada, escondía la mano de inmediato; lo hacía, tal vez, porque sus dedos eran gruesos, rojizos y temblaban un poco; consideraba, probablemente, que no era muy adecuado exhibirlos.

—Manifestó usted el deseo —empezó a decir, lanzando a Oblómov su doble mirada— de hablar conmigo.

—Sí, quiero hablar con usted sobre la vivienda. Tenga la bondad de sentarse —respondió Oblómov cortésmente.

Después de una segunda invitación, Iván Matvéievich decidió sentarse, inclinando el cuerpo hacia delante y con las manos recogidas en las mangas del uniforme.

—Debido a ciertas circunstancias he de buscar otra casa —dijo Oblómov— y por ello quisiera subarrendar esta vivienda.

—Ahora es difícil encontrar otros inquilinos —respondió Iván Matvéievich, tosiendo en la mano, que escondió rápidamente—; si lo hubiera dicho a finales del verano sería distinto, en aquel entonces venía mucha gente a verla.

—Vine para decírselo, pero usted no estaba —lo interrumpió Oblómov.

—Me lo dijo mi hermana —repuso Iván Matvéievich—. No pase cuidado por la vivienda, aquí estará cómodo. ¿Tal vez le molesten las aves?

—¿Qué aves?

—Las gallinas.

Aunque Oblómov oía desde muy temprano el pesado cacareo de las gallinas cluecas al pie de sus ventanas y el piar de los polluelos, su ánimo no estaba pendiente de eso. La imagen de Olga flotaba ante sus ojos y apenas hacía caso de cuanto le rodeaba.

—No, eso no me importa. Creí que se refería usted a los canarios, que empiezan a cantar muy de mañana.

—Podemos quitarlos —dijo Iván Matvéievich.

—Tampoco eso me importa —repuso Oblómov—; el caso es que debido a ciertas circunstancias no puedo quedarme con la vivienda.

—Como usted quiera —dijo Iván Matvéievich—. Y si no encuentro otro inquilino, ¿qué pasará con el contrato? ¿Pagará usted la indemnización? Le va a costar caro.

—¿Cuánto les debo? —preguntó Oblómov.

—En seguida le haré la cuenta.

Trajo el contrato y el ábaco.

—El alquiler de la casa son ochocientos rublos, como recibimos cien de fianza, restan setecientos...

—Pero ¿es posible que me cobre todo el año cuando no llevo aquí más de dos semanas? —lo interrumpió Oblómov.

—¿Y cómo no? —repuso Iván Matvéievich humildemente y con aire contrito—. ¡No estaría bien que mi hermana saliera perdiendo! Es una pobre viuda y vive tan sólo con lo que recibe por la casa y algo que saca de la venta de pollos y huevos para la ropa de los chiquillos...

—Pero yo no puedo pagar esa suma cuando apenas llevo aquí dos semanas —dijo Oblómov—. ¿Por qué tengo que pagar tanto?

¿Cómo es posible?

—Mire, así consta en el contrato —respondió Iván Matvéievich, señalando con el dedo corazón dos líneas y escondiendo de inmediato la mano—; tenga la bondad de leer: «En el caso de que yo, Oblómov, abandone la casa antes del plazo fijado, me obligo a buscar otro inquilino bajo las mismas condiciones establecidas o, en caso contrario, pagar a la propietaria toda la suma estipulada por este año, hasta el primero de junio del año próximo».

—Pero ¿cómo es eso? —exclamó Oblómov—. Me parece muy injusto.

—Está de acuerdo con la ley —precisó Iván Matvéievich—. Usted mismo lo ha firmado; mire, aquí está su firma.

Volvió a aparecer el dedo, señalando su firma, y desapareció en el acto.

—¿Cuánto es en total? —preguntó Oblómov.

—Setecientos rublos. —Y con el mismo dedo, que escondía cada vez con suma agilidad en el puño, comenzó a pasar las cuentas del ábaco—, más la cochera y el cobertizo, que son ciento cincuenta rublos.

El ábaco volvió a chascar.

—Pero, oiga, yo no tengo caballos, ¿para qué necesito la cochera y el cobertizo? —repuso Oblómov vivamente.

—Figura en el contrato —observó Iván Matvéievich, señalándole unas líneas—. Mijéi Andreich dijo que tendría usted caballos.

—Es un cuento de Mijéi Andreich —exclamó con fastidio Oblómov—. Deme el contrato.

—Aquí tiene usted una copia; el contrato pertenece a mi hermana —respondió Iván Matvéievich humildemente—. Además, por el huerto y las verduras, tales como coles, nabos y demás procedentes del mismo y calculadas para una sola persona, debe usted, más o menos, doscientos cincuenta rublos...

Iván Matvéievich intentó hacer la suma en el ábaco.

—Pero ¿qué huerto? ¿Qué coles? No sé nada de eso —exclamó Oblómov en tono casi amenazador.

—Figura así en el contrato. Mijéi Andreich dijo que usted quería...

—Pero ¿qué significa eso? ¿Cómo puede decidir sin mí lo que quiero comer? ¿Para qué necesito yo sus coles y nabos? —elijo Oblómov levantándose del asiento.

También Iván Matvéievich se levantó.

—¿Cómo íbamos a decidirlo sin usted? Aquí tiene su firma —repuso.

Su dedo grueso y tembloroso señaló la firma; también el papel temblaba en sus manos.

—¿A cuánto asciende todo eso? —preguntó Oblómov impaciente.

—Por pintar el techo, las puertas, arreglar las ventanas en la cocina, poner nuevas cerraduras en las puertas, nos debe ciento cincuenta y cuatro rublos con veintiocho copecs...

—¿Cómo? ¿También eso he de pagarlo yo? —preguntó Iliá Ilich asombrado—. Los arreglos se hacen siempre a costa del dueño. ¿Quién se traslada a una casa que no está en condiciones?

—En el contrato consta que será por cuenta suya —dijo Iván Matvéievich, señalando desde lejos con el dedo el lugar donde figuraba su firma—. En total son mil trescientos cincuenta y cuatro rublos con veintiocho copecs —concluyó con voz muy suave, llevándose las manos con el contrato a la espalda.

—¿De dónde quiere que saque todo ese dinero? No dispongo de él —dijo Oblómov paseándose por la habitación—. ¡Qué necesidad tengo yo de sus nabos y coles!

—Como usted quiera —dijo Iván Matvéievich en voz baja—. Pero no debe preocuparse, aquí estará a gusto —añadió—. Y en cuanto al dinero... mi hermana esperará.

—Pero yo no puedo quedarme, no me lo permiten las circunstancias. ¿Entiende?

—Como usted disponga —respondió dócilmente Iván Matvéievich retrocediendo un paso.

—Bueno, lo pensaré, trataré de encontrar otro inquilino —dijo Oblómov despidiéndole con una inclinación de cabeza.

—Será difícil, pero como usted quiera —concluyó Iván Matvéievich, y después de inclinarse tres veces abandonó la habitación.

Oblómov sacó su monedero y contó el dinero: sólo tenía trescientos cinco rublos. Quedó estupefacto.

«¿Dónde habré metido el dinero? —se preguntó con asombro y casi asustado—. A principios de verano recibí mil doscientos rublos y ya me quedan tan sólo trescientos!».

Empezó a recordar sus gastos, a contarlos, pero sólo pudo llegar a doscientos cincuenta rublos.

«¿En qué se fue el dinero?», se decía.

—¡Zajar, Zajar!

—¿Qué desea?

—¿En qué se nos fue el dinero? —preguntó—. No nos queda nada.

Zajar rebuscó en sus bolsillos, sacó unas monedas y las depositó sobre la mesa.

—Olvidé devolvérselo, es lo que me sobró de la mudanza.

—¡Para qué quiero esa calderilla! Más vale que me digas en qué se fueron ochocientos rublos.

—¡Cómo quiere que yo lo sepa! ¿Acaso sé en qué lo gasta ni cuánto paga a los cocheros por llevarlo?

—Sí, en efecto, en el transporte se me va mucho dinero —recordó Oblómov mirando a Zajar—. ¿Recuerdas cuánto le pagué al cochero en la casa de campo?

—No lo recuerdo —respondió Zajar—. Una vez me ordenó que le diera treinta rublos, eso sí que lo recuerdo.

—¡Podías haberlo apuntado! —le reprochó Oblómov—. ¡Qué malo es ser analfabeto!

—He vivido sin saber leer ni escribir no peor que otros, gracias a Dios —contestó Zajar mirando de reojo.

«Tiene razón Shtolz; tendré que montar una escuela en la aldea», pensó Oblómov.

—Me contaron que las Ilinski tuvieron a uno que sabía leer y escribir y desapareció llevándose la plata del aparador —dijo Zajar.

«¡Pues sí que estamos bien! —pensó Oblómov impresionado—. Todos los instruidos son realmente unos inmorales: se pasan el tiempo en tabernas tocando la armónica y regalándose con el té... No, es pronto todavía para organizar escuelas...».

—Bueno, ¿y en qué más se nos fue el dinero? —preguntó.

—¡Yo qué sé! A Mijéi Andreich le dio dinero cuando estuvo en la casa de campo...

—Es verdad —se alegró Oblómov al recordar ese dispendio—. Pues bien, al cochero treinta, a Tarántiev, veinticinco... ¿Y dónde lo que falta?

Miró pensativo a Zajar como interrogándolo. Este lo miraba sombrío y de reojo.

—¿Lo sabrá Anisia? —preguntó Oblómov.

—¡Cómo lo va a saber esa tonta! ¿Qué puede saber una mujer? —respondió Zajar con desprecio.

—No consigo recordar —acabó por decir Oblómov, angustiado—. ¿Habrán entrado ladrones en la casa?

—De haber entrado se lo habrían llevado todo —dijo Zajar saliendo de la habitación.

Oblómov, pensativo, se dejó caer en el sillón. «¿De dónde sacaré el dinero? —pensó, y un sudor frío le cubrió el cuerpo—. ¿Cuándo me mandarán dinero desde la aldea y cuánto será?».

Echó una ojeada al reloj: eran las dos de la tarde, la hora de ir a casa de Olga; aquel día estaba invitado a almorzar con ellas. Poco a poco fue recobrando la alegría, mandó a buscar un coche y se dirigió a la calle Morskaia.

CAPÍTULO IV

CONTÓ a Olga que había hablado con el hermano de la dueña de la casa y añadió, de prisa y corriendo, que tenía esperanzas de subarrendar la vivienda a otro inquilino.

Antes del almuerzo, Olga tuvo que salir con su tía para hacer una visita y Oblómov se dedicó a ver pisos por los alrededores. Encontró dos: uno de ellos tenía cuatro habitaciones y costaba cuatro mil rublos; por el otro, de seis habitaciones, pedían seis mil rublos.

—¡Terrible, terrible! —repetía tapándose los oídos y saliendo apresuradamente con gran sorpresa de los porteros. Al añadir estas sumas a los mil rublos y pico que debía a Pshenitzina, Oblómov, de puro susto, no pudo hacer la suma global y corrió a la casa de Olga.

Había allí bastantes invitados. Olga, muy animada, charlaba, cantaba y había entusiasmado a todos. Únicamente Oblómov la oía distraído y ella hablaba y cantaba solamente para él, para que no estuviese triste ni aburrido, para que también en él todo vibrase de alegría.

—Ven mañana al teatro, tenemos palco —le dijo.

«Salir por la noche con lo lejos que está y con tanto barro», pensó Oblómov, pero al mirarla a los ojos respondió a su sonrisa con otra de asentimiento.

—Toma un abono en el patio de butacas; la semana que viene llegan los Maievski y *ma tante* los invitó a nuestro palco.

Olga lo miró a los ojos para ver si estaba contento.

«¡Dios mío! —pensó Oblómov, horrorizado—. ¡Y sólo tengo trescientos rublos!».

—Habla con el barón; él conoce allí a todo el mundo y mañana mismo enviará a buscar tu butaca.

Olga volvió a sonreír y Oblómov respondió con otra sonrisa; luego pidió al barón que le consiguiese una butaca, y éste accedió sonriente.

—Por ahora estarás en una butaca, pero después, cuando acabes con todos tus asuntos —añadió Olga—, ocuparás un lugar en nuestro palco con lodo derecho.

Y le sonrió como solía hacerlo cuando se sentía completamente dichosa.

¡Qué ráfaga de felicidad envolvió a Oblómov cuando Olga le dejó entrever el encantador futuro, medio oculto por sonrisas como si fueran flores!

Se olvidó, incluso, del dinero; tan sólo a la mañana siguiente, cuando vio desfilas bajo su ventana al hermano con su fajo de papeles, recordó la escritura de poderes y pidió a Iván Matvéievich que lo certificase en la Cámara. Éste leyó el documento y dijo que había un párrafo poco claro, ofreciéndose él mismo a redactarlo de nuevo.

El documento volvió a escribirse, se certificó y fue enviado por correo. Radiante, Oblómov se lo dijo a Olga y se tranquilizó por mucho tiempo.

Se alegraba de no tener que buscar casa hasta no recibir respuesta; en cuanto al dinero, acabaría por llegar.

«También podríamos vivir aquí —pensaba—, ¡pero está tan lejos de todo! En la casa reina el orden y está muy bien llevada».

En efecto, las cosas marchaban muy bien. Aunque Oblómov comía aparte, Agafia Matvéievna también vigilaba sus comidas.

Un día que Iliá Ilich entró en la cocina se encontró a la patrona y a Anisia casi abrazadas.

Si es cierto que existe una afinidad espiritual, si hay corazones hermanos que se intuyen recíprocamente, ese aserto jamás quedó más evidente que en el caso de Agafia Matvéievna y Anisia. Desde la primera mirada, palabra y ademán, ambas se comprendieron y estimaron.

Agafia Matvéievna se dio cuenta de lo mucho que valía Anisia y de la gran ayuda que podría prestarle en sus quehaceres domésticos al ver cómo armada de un trapo y un badil, subidas las mangas, arregló en cinco minutos una cocina no utilizada durante meses; con qué rapidez había quitado con un cepillo el polvo de las paredes y estantes, barrido el suelo y sacado la ceniza del fogón. A partir de entonces le otorgó un lugar en su corazón.

Anisia, por su parte, sentía admiración y respeto por Agafia Matvéievna desde el día en que vio cómo sus ojos avizores, carentes de cejas, se percataban de cada movimiento de la desmañada Akulina; al ver con qué seguridad daba las órdenes, cómo sabía disponer la preparación de cada plato, determinar de manera infalible, con una simple mirada o, a lo más, con el roce de un dedo, los meses que tenía una gallina, el tiempo que llevaba muerto el pez, cuándo fueron arrancados del huerto el perejil o la lechuga. Anisia decidió que su campo de acción no era la cocina de Oblómov, donde su febril actividad se dirigía principalmente a recoger al vuelo el plato o el vaso que se le caían a Zajar y donde su experiencia y habilidad profesional eran oprimidas por la sombría envidia y grosera altanería de su marido. Ambas mujeres se comprendieron y se hicieron inseparables.

Cuando Oblómov no comía en casa, Anisia iba a la cocina de Agafia Matvéievna y por amor al trabajo no cesaba de trajinar: ponía un puchero al fuego, sacaba otro y, casi simultáneamente, abría el armario, tomaba de él lo preciso y lo cerraba antes de que Akulina comprendiese de qué se trataba.

En recompensa, Anisia recibía la comida, seis tazas de caté por la mañana, otras tantas por la tarde y mantenía largas charlas y, a

veces, confidenciales susurros con la propia Agafia Matvéievna.

Cuando Oblómov comía en casa, Agafia Matvéievna ayudaba a Anisia, es decir, le indicaba de palabra o con gestos si el asado ya estaba a punto o era temprano aún para servirlo, si había que añadir a la salsa vino tinto o crema de leche, o el modo de cocer el pescado para que resultase más sabroso.

¡Qué intercambio de experiencias entre ellas relativo a la economía doméstica! Y no sólo en lo referente a lo culinario, sino también en cuanto a las telas, hilos, costura, lavado de ropa, limpieza de encajes, guantes, eliminación de manchas de diversas telas, así como respecto al empleo de los distintos remedios caseros, de hierbas principalmente, introducidos a partir de la observación o por las propias experiencias.

Iliá Ilich se levantaba a eso de las nueve; veía a veces la silueta del hermano cruzando la verja, camino de la oficina; luego tomaba café, que seguía siendo igual de sabroso, acompañado de espesa crema de leche y tiernos bollos.

A continuación encendía un cigarro y escuchaba atentamente el cacareo de la gallina clueca, el gorjeo de los jilgueros y canarios. No dejó que los quitaran: «Me recuerdan la aldea, la casa de Oblómovka», dijo.

Luego se ponía a leer los libros comenzados en la casa de campo y, a veces, continuaba la lectura tumbado en el diván.

Reinaba en la casa un silencio ideal; de vez en cuando pasaba algún soldado o un grupo de *mujiks* con hachas en la cintura. Muy raramente aparecía en aquel perdido rincón algún vendedor ambulante que se ponía a vocear de pie ante la valla de madera: «¡Manzanas, sandías de Astraján!», de tal modo que, aun sin querer, había que comprarle alguna cosa.

En ocasiones entraba en su habitación Masha, la hija de Agafia Matvéievna, para preguntarle, de parte de su madre, si no quería comprar setas frescas. Otras veces Iliá Ilich llamaba a Vania, se interesaba por sus estudios, le hacía leer o escribir y comprobaba

sus progresos. Si los niños no cerraban bien la puerta, veía el cuello desnudo de su madre, sus brazos y su espalda siempre en movimiento.

Agafia Matvéievna siempre estaba haciendo algo: planchaba, trituraba, molía, pero la presencia de Oblómov ya no la turbaba y no se ponía por encima el chal al darse cuenta que él la miraba a través de la entreabierta puerta; sonreía como siempre y proseguía diligente su labor.

Algunas veces, Oblómov se acercaba a la puerta con el libro en las manos y hablaba con ella.

—Usted siempre trajinando —le dijo en una ocasión.

Ella sonrió y continuó dando vueltas al molinillo de café y su codo giraba tan rápidamente, que a Oblómov le hacían chiribitas los ojos.

—Se va a cansar —añadió.

—No, estoy acostumbrada —respondió la mujer, haciendo chirriar el molinillo.

—¿Y de qué se ocupa cuando no tiene nada que hacer?

—Trabajo no falta —respondió—. Por la mañana hay que preparar el almuerzo, después tengo que coser, y por la tarde, la cena.

—¿Ustedes cenan?

—¡Cómo no vamos a cenar! Cenamos. Y en vísperas de fiesta, acudimos a la iglesia.

—Me parece muy bien —aprobó Oblómov—. ¿A qué iglesia?

—A la iglesia de la Natividad. Es nuestra parroquia.

—¿Lee usted algo?

Ella lo miró con expresión obtusa y guardó silencio.

—¿Tiene algún libro? —preguntó Iliá Ilich.

—Mi hermano los tiene, pero no lee. El periódico nos lo dan en la fonda y lo lee en voz alta... Vania es el que tiene muchos libros.

—¿Es posible que nunca descansa?

—Es cierto, lo juro por Dios.

—¿Tampoco va al teatro?

—Mi hermano va por Navidades.

—¿Y usted?

—¡De dónde voy a sacar tiempo! ¿Quién se ocuparía de la cena?

—preguntó, mirándolo de reojo.

—La cocinera puede hacerla sin que esté usted...

—¿Akulina? —preguntó muy asombrada—. ¡Ésa no sabe hacer nada sin mí! La cena no estaría lista ni para el día siguiente. Yo tengo todas las llaves.

Quedaron callados. Oblómov admiraba sus carnosos y redondos codos.

—¡Qué bonitos brazos tiene usted! —dijo de pronto—. Dignos de ser dibujados.

Agafia Matvéievna se ruborizó, algo turbada.

—Las mangas son molestas para trabajar —dijo como justificándose—, y con la moda de ahora se mancharían en seguida.

Ambos guardaron silencio.

—Tan pronto como acabe de moler el café —susurró Agafia Matvéievna, como hablando consigo misma—, partiré el azúcar. Y que no se me olvide mandar por canela.

—Debería usted casarse —dijo Oblómov—. Es un ama de casa excelente.

Ella sonrió y vació el café del molinillo en un tarro de cristal.

—Se lo digo en serio —insistió Oblómov.

—¿Quién querrá casarse conmigo teniendo dos hijos? —preguntó, y se puso a calcular algo mentalmente—. Dos docenas... —dijo pensativa—. ¿Será capaz de ponerlos todos? —Dejó el tarro en el armario y corrió a la cocina.

Oblómov marchó a su despacho y se puso a leer...

«¡Qué mujer tan lozana y saludable! ¡Qué excelente ama de casa! De verdad que debería casarse...», se dijo a sí mismo, y sus pensamientos volvieron a... Olga.

Cuando hacía buen tiempo, Oblómov se ponía la gorra y daba unas vueltas por los alrededores; en algunos lugares se metía en el

barro; en otros, entablaba desagradables relaciones con los perros y regresaba a casa.

Y en casa lo esperaba la mesa ya servida, manjares sabrosos y gran limpieza en todo. A veces, asomaba por la puerta un brazo desnudo con un plato, ofreciéndole un trozo de pastel.

«¡Qué tranquila y agradable es esta parte de la ciudad, pero resulta algo aburrida!», se decía Oblómov, mientras se dirigía a la ópera.

Una noche, que volvió tarde del teatro, él y el cochero estuvieron llamando más de una hora; el perro quedó ronco de tanto ladrar y Oblómov, aterido y furioso, manifestó al día siguiente que se mudaría de casa. Pero transcurrió un día, dos, tres, una semana y siguió en el mismo sitio.

Echaba muchísimo de menos a Olga los días que no podía verla, ni oír su voz, ni leer en sus ojos el mismo cariño, la misma invariable ternura y felicidad.

Cuando la veía, en cambio, le parecía seguir viviendo en pleno verano; no se cansaba de oírla cantar o de mirarla; delante de testigos le bastaba una sola de sus miradas, indiferente para todos los demás, pero profunda y significativa para él.

Sin embargo, a medida que se acercaba el invierno, sus entrevistas a solas se iban espaciando. A casa de las Ilinski acudían numerosas visitas y Oblómov no siempre conseguía decirle dos palabras a solas en todo el día. Intercambiaban miradas y los ojos de Olga expresaban, a veces, cansancio e impaciencia...

Una o dos veces Oblómov se sintió tan aburrido que, acabado el almuerzo, intentó marcharse.

—¿Adónde vas? —le preguntó Olga, sorprendida, apareciendo de pronto a su lado y quitándole el sombrero.

—Permite que me retire...

—¿Para qué? —preguntó Olga; una de sus cejas estaba más alta que la otra—. ¿Qué quieres hacer?

—Pues, yo... —empezó a decir Oblómov, haciendo esfuerzos para tener los ojos abiertos.

—¿Quién te lo va a permitir? No pretenderás irte a dormir... —preguntó, mirándolo enfadada a los ojos.

—¡Qué dices! —replicó Oblómov vivamente—. ¡Dormir de día! La verdad es que me aburro.

Y le entregó el sombrero.

—Hoy vamos al teatro —dijo Olga.

—Pero no estaremos juntos en el palco —respondió Oblómov con un suspiro.

—¡No importa! ¿Acaso el hecho de que podamos vernos, el que tú en el entreacto vayas al palco, que a la salida me des la mano hasta el coche, no significa nada?... ¡Haz el favor de ir! —añadió en tono imperioso—. ¡Vaya unas novedades!

Nada podía hacer; iba, pues, al teatro, bostezaba como si quisiera tragarse todo el escenario, se rascaba el cogote y se cruzaba de piernas.

«¡Ojalá se acabe todo pronto y pueda sentarme a su lado y no tener que vernos a ratos, a escondidas, desempeñar el papel de un jovencito enamorado...! Si estuviera casado, hoy, ciertamente, no habría ido al teatro; es la sexta vez que oigo esta ópera».

En el entreacto pasó al palco de Olga y le costó trabajo abrirse paso hacia ella, acompañada como estaba de dos petimetres. Cinco minutos más tarde, se había escabullido. Se detuvo junto a la puerta que daba acceso al patio de butacas, en medio de la gente; la función iba a dar comienzo y todos se apresuraban a tomar asiento. Los petimetres del palco de Olga estaban allí y no se percataron de su presencia.

—¿Quién era el señor que estaba en el palco de las Ilinski? —preguntó uno al otro.

—Un tal Oblómov —respondió con negligencia el interpelado.

—¿Quién es?

—Un terrateniente... amigo de Shtolz.

—¡Ah! —exclamó el otro, con aire significativo—. Amigo de Shtolz. ¿Y qué hace aquí?

—*Dieu sait* —respondió el otro, y pasaron a ocupar sus butacas. Aquella insignificante conversación turbó a Oblómov.

«¿Quién era el señor?... Un tal Oblómov... ¿Qué hace aquí?... *Dieu sait!* —Todas esas frases retumbaban en su cabeza—. "Un tal"... ¿Qué hago yo aquí? ¿Cómo qué? Quiero a Olga, soy su... La gente, sin embargo, ya se interesa por saber lo que hago. Se han dado cuenta... ¡Dios mío! Habrá que...».

No veía siquiera lo que estaba ocurriendo en el escenario ni oía la música. Miraba alrededor, calculando cuánta gente conocida había en la sala. Eran muchos y todos, seguramente, se estarían preguntando: «¿Quién es el señor que estuvo en el palco de las Ilinski?». «Un tal Oblómov», dirían todos.

«Sí, en efecto, soy "un tal" —pensaba triste y abatido—. Me conocen porque soy amigo de Shtolz. ¿Por qué estoy con Olga? *Dieu sait!* Ahí están esos petimetres mirándome y luego miran hacia el palco».

Oblómov miró hacia el palco; los gemelos de Olga estaban dirigidos hacia él.

«¡Santo cielo! —pensó—. ¡Y ella que no me quita los ojos de encima! ¿Qué habrá visto en mí de bueno? ¡Vaya un tesoro que encontró! Ahora me hace señas de que mire al escenario... Creo que los petimetres se están riendo y me miran... ¡Dios, Dios!».

Nuevamente inquieto, se rascó frenéticamente el cogote y se cruzó de piernas.

Olga había invitado a los dos petimetres a que fueran a tomar el té a su casa después de la ópera y les prometió repetir la cavatina, y también a él le ordenó que fuera.

«¡No, hoy no iré! He de resolver las cosas lo antes posible y después... ¿Por qué no me responderá el apoderado?... Ya me habría ido hace tiempo, pero antes quiero formalizar mi compromiso con Olga. ¡Y ella que no deja de mirarme! ¡Qué desgracia!».

Se marchó a su casa sin esperar el final de la ópera. Esa impresión fue pasando poco a poco, y cuando estaba a solas con Olga la contemplaba trémulo de dicha, la oía cantar con verdaderas lágrimas de entusiasmo y de regreso en su casa se tumbaba en el diván —eso no se lo contaba a Olga—, pero no para dormir, ni estar como un tronco, sino para soñar con ella, imaginarse lo felices que serían y emocionarse al pensar en su futura vida, donde brillaría Olga y todo lo demás a su alrededor. Entregado a esos sueños, Oblómov no dejaba de acercarse, a veces con intención y otras involuntariamente, a la entreabierta puerta para ver los brazos de Agafia Matvéievna, que nunca cesaban de trabajar.

Un día que el silencio fuera y dentro de la casa eran ideales, ni ruido de coches, ni golpear de puertas, tan sólo el canto de los canarios y el rítmico tic-tac del reloj, que no turbaban el silencio, sino que le conferían un cierto matiz de vida, entró Zajar y se detuvo junto a la puerta.

Oblómov, tumbado despreocupadamente en el diván, jugaba con su zapatilla, la dejaba caer al suelo, la levantaba con el pie, dándole vueltas en el aire y cuando volvía a caer, la levantaba de nuevo...

—¿Qué quieres? —le preguntó con aire negligente.

Sin decir nada, Zajar lo miraba casi de frente y no de lado como tenía por costumbre.

—¿Y bien? —preguntó Oblómov, mirándolo con sorpresa—. ¿Es que ya está la empanada?

—¿Encontró usted casa? —preguntó Zajar a su vez.

—Todavía no, ¿por qué?

—Es que todavía no saqué todas las cosas: la vajilla, la ropa y los baúles están amontonados en el desván. ¿Quiere usted que saque todo?

—Espera —contestó Oblómov, distraído—. Estoy pendiente de una carta de Oblómovka.

—Así, ¿la boda será para después de Navidades? —preguntó.

—¿Qué boda? —interrogó a su vez Oblómov, levantándose de pronto.

—¡Cuál va a ser! La suya —respondió Zajar tranquilamente, como si se tratara de un asunto decidido hacía mucho—. ¿No es verdad que usted se casa?

—¿Que me caso? —preguntó Oblómov, horrorizado, fijando en Zajar unos ojos sorprendidos—. ¿Con quién?

—Con la señorita Ilinski... —Pero antes de que Zajar terminara de hablar, Oblómov, de un salto, se había plantado casi encima de él.

—¿Qué dices, desgraciado? —exclamó con voz patética y contenida, casi empujándolo—. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—¡Gracias a Dios no soy ningún desgraciado! —respondió Zajar, retrocediendo hacia la puerta—. Me lo dijeron los criados de las Ilinski, en verano.

—¡Tsss! —casi silbó Oblómov, alzando un dedo amenazador, al tiempo que le señalaba la puerta—. ¡Ni una palabra más!

—Yo no me lo he inventado —dijo Zajar desde la puerta.

—¡Ni una palabra más! —repitió Oblómov amenazador, y le señaló la puerta. Zajar se fue, lanzando un suspiro que se oyó en toda la casa.

Oblómov no podía recobrase de la sorpresa; permanecía de pie, en la misma posición, mirando con espanto el lugar donde estuvo Zajar. Luego, desesperado, se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer en el sillón.

«¡La gente lo sabe! —pensaba—. Lo comentan los cocheros y las cocineras. ¡A lo que hemos llegado! ¡Se atrevió a preguntarme, incluso, para cuándo es la boda! Y la tía no lo sospecha todavía o si sospecha, no será nada bueno... ¡Ay, ay, qué puede pensar! ¿Y yo? ¿Y Olga?».»

«¡Qué he hecho, desgraciado de mí! —se decía, hundiendo el rostro en la almohada—. Se han atrevido a hablar de la boda, de ese patético instante en la vida de los enamorados, la culminación de su dicha, los lacayos y cocheros, cuando no hay nada decidido aún,

cuando no se ha recibido ninguna respuesta, cuando mi cartera está vacía y no tengo casa...».

Se puso a pensar en el instante poético, que había perdido, tan pronto como lo mencionó Zajar, todos sus colores. Oblómov empezó a ver el reverso de la medalla. En su desesperación no cesaba de dar vueltas en el diván: tan pronto se tumbaba de espaldas, como se ponía en pie de un salto, daba tres pasos por la habitación y volvía a tumbarse.

«¡Menuda se va a liar! —pensaba, asustado, Zajar en el vestíbulo—. ¡Quién me habrá tirado de la lengua!».

«¿Cómo lo sabrán?, —se preguntaba Oblómov—. Olga no dijo nada y yo ni a pensarlo en voz alta me atrevía; ellos, en cambio, lo han decidido todo en el vestíbulo. He aquí las consecuencias de las citas a solas, la poesía de las mañanas luminosas y de los atardeceres, de las miradas apasionadas y el canto embriagador. ¡Ah, esos poemas de amor nunca acaban bien! Hay que casarse primero y sólo entonces flotar en la rosada atmósfera del amor... ¡Dios, Dios mío! Tengo que hablar con la tía lo antes posible, tomar a Olga de la mano y decir: "¡He aquí a mi novia!", pero no tengo nada preparado, no recibí ninguna respuesta del vecino, carezco de casa y de dinero. Lo primero que debo hacer es quitarle esa idea de la cabeza a Zajar, apagar el rumor igual que se apaga un incendio a fin de que no se extienda, para que no haya ni llamas ni humo... ¡La boda! Pero ¿qué es una boda?».

Sonrió, incluso, al recordar su ideal poético de la boda, el largo velo, la ramita de azahar, el rumor de la muchedumbre...

Los colores ya eran distintos: entre la muchedumbre estaba el tosco y desaseado Zajar, toda la servidumbre de las Ilinski, rostros desconocidos llenos de fría curiosidad, numerosos carruajes. Y luego, luego, todo se le antojaba aburrido y temible...

«Hay que quitar a Zajar esa idea de la cabeza, hacerle comprender que es un absurdo», decidió, tan pronto agitado y nervioso, como hundido en dolorosas reflexiones.

Una hora más tarde llamó a Zajar.

Este fingió no haberle oído y trató de refugiarse, a la chita callando, en la cocina. Había abierto ya la puerta sin hacerla rechinar, pero no consiguió pasar de costado por la abierta mitad, su hombro tropezó con la otra hoja, de forma que ambas se abrieron con gran estrépito.

—¡Zajar! —gritó Oblómov con voz imperiosa.

—¿Qué quiere? —respondió éste desde el pasillo.

—¡Ven aquí! —ordenó Iliá Uich.

—Si desea que le traiga alguna cosa, dígamelo —respondió Zajar.

—¡Ven aquí! —repitió Oblómov la orden con voz insistente y pausada.

—¡Por qué no moriré ya de una vez! —rezongó Zajar, entrando en la habitación—. Bueno, ¿qué quiere? —preguntó atascándose en la puerta.

—¡Acércate más! —dijo Oblómov con aire solemne y misterioso, señalándole el lugar donde debía estar; era tan próximo a él, que Zajar, de haberlo obedecido, tendría que sentarse en las rodillas de su señor.

—¡No puedo acercarme más! ¡No hay sitio! Le oigo bien desde donde estoy. —Zajar se resistía, pegado tercamente a la puerta.

—¡Te digo que te acerques! —conminó Oblómov con voz amenazadora.

Zajar dio un paso y quedó inmóvil como una estatua, mirando por la ventana a las gallinas y ofreciendo a los ojos del señor una patilla que más bien parecía un cepillo. En el transcurso de esa hora, Iliá Ilich parecía haber adelgazado a causa de la inquietud; un brillo febril le encendía los ojos.

«¡Ya la tenemos armada!», pensó Zajar cada vez más y más sombrío.

—¿Cómo pudiste hacerle una pregunta tan absurda a tu señor? —preguntó Oblómov.

«Ya empieza», se dijo Zajar, y parpadeó con fuerza en angustiosa espera de las palabras «lastimeras».

—Te pregunto, ¿cómo has podido pensar un disparate semejante? —repitió Oblómov la pregunta.

Zajar no respondió nada.

—¿Me oyes, Zajar? ¿Cómo te has atrevido no sólo a pensarlo, sino a decirlo?

—Permítame, Iliá Ilich, pero es mejor que llame a Anisia... —contestó Zajar, y dio, incluso, un paso hacia la puerta.

—Es contigo con quien deseo hablar y no con Anisia... —dijo Oblómov—. ¿Por qué has inventado semejante disparate?

—Yo no lo inventé —respondió Zajar—. Me lo dijeron los criados de las Ilinski.

—¿Y quién se lo dijo a ellos?

—¡Y yo qué sé! Katia se lo dijo a Siemión, Siemión a Nikita, Nikita a Vasilisa, Vasilisa a Anisia y Anisia a mí...

—¡Señor, Señor! ¡Todos! —exclamó Oblómov, horrorizado—. No es más que un absurdo, un disparate, una mentira y una calumnia, ¿me oyes? —dijo Oblómov, golpeando la mesa con el puño—. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué es imposible? —replicó Zajar tranquilamente—. Casarse es algo corriente. No está usted soltero, todos se casan.

—¡Todos! —exclamó Oblómov—. Eres un maestro en equipararme a otros y a todos. Pero esa boda no puede ser. No hay nada de eso. ¿Cómo se te ocurre decir que una boda es algo corriente? ¿Qué significa para ti una boda?

Zajar lanzó una mirada a su señor, pero al verle los ojos enfurecidos fijos en él, apartó de inmediato la vista fijándola en un rincón de la derecha.

—Escúchame, Zajar, te explicaré lo que eso significa. «Una boda», «una boda», dice la gente ociosa, mujeres, niños, criados; se habla de ello en las tiendas, en el mercado. El hombre deja de llamarse Iliá Ilich o Piotr Pietróvich para convertirse en «el novio».

Ayer nadie quería mirarlo siquiera, pero mañana todos los ojos estarán fijos en él como si fuera un bribón. No lo dejan en paz ni en el teatro ni en la calle. «Es el novio», cuchichean todos. Y la gente que se acerca a él procura lucir la más estúpida de sus expresiones, la misma que tienes tú ahora —Zajar volvió de inmediato la vista al patio— y decirle algo de lo más absurdo —continuó Oblómov—. ¡Y esto no es más que el principio! Y uno, como maldito, ha de ir todos los días a ver a la novia ya desde la mañana, siempre con guantes claros, procurando estar impecablemente vestido y no poner cara de aburrido. No puede comer ni beber a gusto, sino vivir de aire y flores. Y así unos tres o cuatro meses. ¿Te das cuenta? ¿Crees que yo puedo hacerlo?

Oblómov hizo una pausa para ver si esta exposición de los inconvenientes de la boda impresionaba a Zajar.

—¿Me puedo retirar ya? —preguntó Zajar, volviéndose hacia la puerta.

—No, espera. Ya que eres un maestro en propalar falsos rumores, quiero que sepas por qué son falsos.

—¿Qué debo saber? —refunfuñó Zajar examinando las paredes de la habitación.

—¿Sabes, acaso, lo que han de hacer los novios? ¿El trajín y el trabajo que esto supone? ¿A quién puedo yo enviar a casa de los sastres, zapateros y a las tiendas de muebles? No será a ti, ¿verdad? Yo solo no puedo acudir a todas partes. En la ciudad la gente comentaría: «¿Sabe que Oblómov se casa?». «¿Es posible?». «¿Con quién?». «¿Quién es ella?». «¿Para cuándo es la boda?» —siguió diciendo Oblómov, cambiando el tono de la voz a cada interrogación—. De eso se hablaría únicamente. Acabaría rendido, enfermaría sólo por ello y a ti se te ocurre hablarme de boda. Y volvió a mirarlo.

—¿Quiere que llame a Anisia? —preguntó Zajar.

—¡Para qué la necesito! Fuiste tú y no ella quien hizo esta absurda suposición.

—¡Por qué me habrá castigado hoy el Señor! —murmuró Zajar, y suspiró de tal modo que; hasta sus hombros se alzaron.

—Además, ¡qué de gastos! —prosiguió Oblómov—. ¿Y de qué dinero dispongo yo? ¿Tú has visto el dinero que tengo? —preguntó Oblómov en tono casi amenazador—. ¿Y la vivienda? Por ésta he de pagar mil rublos y tres mil por otra que alquile. Y no sé cuánto por el arreglo. Pon luego el coche, el cocinero y el vivir cada día. ¿De dónde voy a sacar tanto dinero?

—¿Cómo se casan otros que también poseen trescientos siervos? —repuso Zajar, pero se arrepintió en el acto, porque Iliá Ilich dio un salto en el sillón y a punto estuvo de ponerse en pie.

—¿Vuelves a hablarme de «otros»? ¡Ten cuidado! —dijo amenazándolo con un dedo—. Otros viven en dos o tres habitaciones a lo sumo, incluirlo el comedor y el salón; otros duermen allí mismo con los niños. Una sola criada para toda la casa. La propia señora va al mercado. ¿Te imaginas a Olga Serguéievna en el mercado?

—Al mercado puedo ir yo —observó Zajar.

—¿Sabes tú lo que recibo de Oblómovka? —preguntó Oblómov—. ¿Has oído lo que me escribió el administrador? «Unos dos mil rublos menos de renta». Tengo, además, que construir un camino, montar la escuela, ir a Oblómovka. Pero allí no hay donde vivir, la casa no está construida... ¿Cómo puede hablarse de boda? ¡No sé cómo pudiste pensarlo siquiera!

Oblómov se detuvo. El mismo se llenó de espanto ante una perspectiva tan amenazadora y poco halagüena. Las rosas, el azahar, la fiesta radiante, los murmullos de admiración de la gente, todo se marchitó de pronto.

Demudado el rostro, se sumió en sus pensamientos. Al poco, lentamente, fue volviendo en sí, miró alrededor y vio a Zajar.

—¿Qué quieres? —le preguntó de mal humor.

—Usted me dijo que me quedara.

—¡Vete! —exclamó Oblómov, impaciente.

Zajar se dirigió rápidamente a la puerta.

—¡Espera! —gritó Oblómov.

—Tan pronto es «vete», como «espera» —gruñó Zajar, sujetando la puerta con una mano.

—Di, ¿cómo te has atrevido a propalar semejantes infundios respecto a mí? —preguntó Oblómov con súbita irritación y en voz muy baja.

—Pero, Iliá Ilich, ¿cuándo propalé yo semejante cosa? No fui yo, sino los criados de las Ilinski los que dijeron que mi señor había pedido la mano...

—¡Tsss!... —susurró con voz silbante Iliá Ilich, agitando amenazador la mano—. ¡Ni una palabra jamás! ¿Me oyes?

—Lo oigo —respondió Zajar tímidamente.

—¿No seguirás propalando semejante absurdo?

—No, señor —respondió Zajar sin comprender la mitad de las palabras; sabía que eran «lastimeras».

—Y en cuanto oigas que hablan de eso, si te lo preguntan, di que es mentira, que jamás se habló de eso y que es imposible —añadió.

Oblómov en un susurro.

—Como usted diga —masculló Zajar con voz apenas audible.

Oblómov se volvió hacia él y lo amenazó con un dedo. Zajar, asustado, se retiraba ya de puntillas sin dejar de parpadear, cuando Oblómov volvió a preguntarle.

—¿Quién fue el primero en hablar de eso?

—Rada se lo dijo a Siemión, Siemión a Nikita —susurró Zajar—, Nikita a Vasilisa...

—¡Y tú a todos los demás! ¡Ya te daré yo! —lo amenazó Oblómov—. ¡Propalar semejante calumnia contra tu señor!

—¿Por qué me atormenta con palabras tan lastimeras? —dijo Zajar—. Llamaré a Anisia, ella lo sabe todo...

—¿Qué es lo que sabe? ¡Habla, habla inmediatamente! —Zajar se escabulló de inmediato por la puerta y se plantó en la cocina con increíble rapidez.

—¡Deja la sartén y ve al despacho del señor, quiere verte! —ordenó a su mujer, señalándole la puerta con el pulgar.

Anisia entregó la sartén a Akulina, se arregló la falda y secándose la nariz con el pulgar se presentó ante Oblómov. En cinco minutos lo tranquilizó diciéndole que nadie habló jamás de boda, que podría jurarlo, incluso, ante la imagen sagrada si fuera preciso, que era la primera vez que oía hablar de eso; se decía, por el contrario, que era el barón quien pretendía casarse con la señorita...

—¡El harón! —exclamó Oblómov poniéndose en pie de un salto al tiempo que sentía frío no sólo en el corazón, sino también en las manos y los pies.

—Pero no deja de ser una tontería —se apresuró a decir Anisia, al ver que iba de mal en peor—. Fue Katia quien se lo dijo a Siemión, éste a Marfa y Marfa lo embrolló todo cuando se lo contó a Nikita, y fue Nikita el que dijo entonces: «Estaría muy bien que su señor, Iliá Ilich, pidiera en matrimonio a nuestra señorita...».

—¡Vaya un estúpido que es el tal Nikita! —observó Oblómov.

—Sí que lo es —corroboró Anisia—, hasta cuando lleva el coche parece estar dormido. Pero Vasilisa no le creyó —se apresuró a añadir—. El día de la Ascensión la propia niñera le había dicho que la señorita ni siquiera pensaba en casarse, que si nuestro señor hubiera querido casarse lo habría hecho ya hace tiempo y que, recientemente aún, vio a Samoilo y que éste, al oírlo, hasta se echó a reír, como diciendo ¡para bodas estamos! Más que boda sería un funeral; a la tía le duele siempre la cabeza y la señorita llora y se calla, en la casa no se hacen preparativos para el ajuar y la señorita tiene montones de medias sin zurcir y ni siquiera se disponen a zurcirlas, que la semana pasada tuvieron que empeñar hasta la plata...

«¿Empeñar la plata? ¡Tampoco ellas tienen dinero!», pensó Oblómov, fijando una mirada espantada en la nariz de Anisia, ya que no podía fijarla en ningún otro punto. Daba la impresión de que todo cuanto decía salía de su nariz y no de la boca.

—Bueno, bueno, y icuidado con decir tonterías! —previno Oblómov, amenazándola con el dedo.

—Pero, señor, ini siquiera lo pienso! —siguió cotorreando la incansable Anisia—. Hoy es la primera vez que oigo hablar de semejante cosa, se lo juro por Dios Nuestro Señor, así me trague la tierra. Quedé asombrada cuando el señor me lo dijo, hasta me asusté, me eché a temblar toda. ¿Cómo iba a ser cierto? ¿Una boda? A nadie se le ha ocurrido pensarlo ni en sueños. Yo no comento nada con nadie, me paso el día entero en la cocina. A los criados de las Ilinski no los veo y hasta sus nombres los tengo olvidados. ¿Y con quién puedo hablar aquí? Con el ama sólo hablo de cosas de la casa, con la abuelita resulta imposible hablar, siempre está tosiendo y además no oye bien. Akulina es tonta de remate, y el criado, un borracho. Sólo quedan los chiquillos, pero ¿qué se puede hablar con ellos? Hasta no recuerdo la cara que tiene la señorita...

—Está bien, está bien —dijo Oblómov, impaciente, despidiendo a la mujer con un gesto.

—¿Cómo puede decirse lo que no hay? —prosiguió hablando Anisia al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Lo que dijo Nikita, como es tonto, no va a ninguna parte. A mí ni se me hubiera ocurrido. Me paso el día trajinando y no está una para pensar en esas cosas. ¡Dios conoce la verdad! Puedo jurarlo ante la imagen sagrada... —Y su nariz parlante desapareció tras la puerta, pero todavía se la oyó hablar allí un rato.

—¡Hasta ella lo cree imposible! —se dijo Oblómov en un susurro, juntando las manos— ¡Qué frágil, qué insegura eres, felicidad! —añadió amargamente—. ¡El velo, el ramito de azahar, el amor! Pero ¿dónde encontrar el dinero? ¿Cómo vamos a vivir? También a ti, amor puro y legal, hay que comprarte.

A partir de aquel momento, el sosiego y las ilusiones abandonaron a Oblómov. Dormía mal, comía poco, lo miraba todo con ojos distraídos y sombríos.

Había intentado asustar a Zajar, pero el que se asustó fue él cuando reflexionó y comprendió que no era tan sólo un acto poético, sino también práctico, oficial, que imponía severas obligaciones.

No era así como se había imaginado la conversación con Zajar. Recordó su propósito de comunicarle la noticia con toda solemnidad y como Zajar, lleno de júbilo, caería a sus pies y él le daría veinticinco rublos y diez a Anisia.

Lo recordó todo: la dicha experimentada entonces, la mano de Olga, su apasionado beso... y sintió que la vida lo abandonaba: «¡Se ha marchitado, también eso se ajó!», oyó una voz en su interior.

«¿Qué pasará ahora?».

CAPÍTULO V

NO sabía Oblómov cómo presentarse ante Olga, ni tampoco qué decirle, ni lo que podía decirle ella; tomó, por lo tanto, la decisión de no visitarla el miércoles, aplazando la entrevista hasta el domingo, día en que solía haber numerosas visitas en la casa y apenas si podían hablar a solas.

No quería decirle nada de los estúpidos comentarios de la gente para no inquietarla con algo que ya no tenía remedio, pero le resultaba difícil guardar silencio. No sabía disimular ni fingir con ella. Olga conseguía siempre averiguar lo que él ocultaba en lo más recóndito de su alma.

Una vez tomada esa decisión, se tranquilizó un poco y escribió al vecino, su apoderado, otra carta, rogándole encarecidamente que le respondiera cuanto antes y de forma satisfactoria.

Luego se puso a reflexionar en el modo de ocupar el largo e insoportable miércoles, siempre tan lleno de la presencia de Olga, de la charla invisible de sus almas, de sus canciones. ¡Qué inoportuno había sido Zajar perturbándole así!

Decidió visitar a Iván Guerásimovich y comer con él a fin de que pasase lo antes posible ese insoportable día. Para el domingo tendría tiempo de prepararse y quizá ya hubiese tenido respuesta del vecino.

El martes lo despertaron los frenéticos ladridos del perro y sus desesperados saltos. Alguien había entrado en el patio y preguntado

algo. El criado llamó a Zajar y éste entregó a su señor una carta con el matasellos de la ciudad.

—Es de la señorita Ilinski —dijo Zajar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Oblómov, enfadado—. Te equivocas.

—En la casa de campo siempre se recibían cartas así —porfió Zajar.

«¿Estará enferma? ¿Qué significa esto?», pensó Oblómov, abriendo la carta.

No quiero esperar al miércoles. Me aburre mucho no verte tanto tiempo, así que te espero mañana sin falta a las tres de la tarde en el Jardín de Verano.

No decía nada más.

La inquietud se apoderó de Oblómov. No sabía qué decir a Olga ni qué cara poner. «No sé, no puedo —decía—. ¡Si Shtolz estuviera aquí!».

Pero se tranquilizó, pensando que Olga, probablemente, iría con su tía o con otra dama, con María Siemiónova, por ejemplo, que tanto afecto y admiración sentía por ella. Confiaba en disimular delante de ellas su turbación y se disponía a ser locuaz y amable.

«¡Y se le ocurre citarme justamente a la hora de comer!», pensó, dirigiéndose con cierta pereza al Jardín de Verano.

No había hecho más que entrar en una larga avenida, cuando vio que una mujer, cubierto el rostro con un velo, se levantaba de un banco y se dirigía a su encuentro.

No se le ocurrió pensar que fuera Olga. ¡Era imposible que estuviera sola! No se atrevería y, además, carecía de un pretexto para salir de casa.

Sin embargo... el modo de andar parecía ser el suyo; sus pies avanzaban tan rápidos y ligeros como si en vez de pisar el suelo se

deslizaran por él. Llevaba inclinada la cabeza, como si buscara alguna cosa en el suelo.

Otro la habría reconocido por el vestido o el sombrero, pero Oblómov, incluso después de haber pasado con Olga toda una mañana, hubiera sido incapaz de decir qué vestido llevaba.

En el jardín no había casi nadie: un señor, entrado en años, que caminaba presuroso con el evidente propósito de hacer ejercicio; dos mujeres, que no damas, y una niñera con dos niños de rostro azulado por el frío.

Las hojas habían caído ya y estaban por todo alrededor. Los grajos, posados en los árboles, emitían desagradables sonidos, pero el día era claro y soleado. De ir bien abrigado, no se sentía frío.

La mujer del velo se aproximaba más y más.

—¡Olga! —exclamó Oblómov, y se detuvo asustado, sin creer en lo que veía—. ¿Eres tú? ¿Cómo estás aquí? —preguntó tomándola de la mano.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —dijo Olga sin responder a su pregunta—. Creía que no ibas a venir y empezaba a temer que así fuera.

—¿Cómo has podido venir? —preguntó Oblómov confuso.

—¡Qué importa eso! ¿Por qué me lo preguntas? ¡Es aburrido! Quería verte y he venido. Eso es todo.

Olga estrechaba con fuerza su mano, lo miraba risueña, despreocupada, y era tan evidente el gozo que sentía por los instantes robados al destino, que Oblómov casi sintió envidia por no poder compartir su alegre estado de ánimo. Olvidó, sin embargo, sus preocupaciones un instante, al ver el rostro de Olga distendido, sin esa expresión reconcentrada que solía manifestarse en sus cejas, formando una arruguita en la frente y confiriendo a sus rasgos esa maravillosa madurez que tanto le turbaba.

En aquel momento su rostro denotaba una confianza infantil en el destino, en la felicidad, en él... ¡Estaba encantadora!

—¡Qué contenta estoy! ¡Qué contenta! —decía sonriente, mirándolo—. Pensaba que no te vería hoy. Ayer sentí de pronto una gran angustia, no sé por qué, y te escribí. ¿Estás contento?

Y le miró atentamente.

—¿Por qué estás tan enfurruñado hoy? ¿Por qué te callas? ¿No te alegras? Creí que te volverías loco de alegría, pero parece que estás dormido. ¡Despiértese, señor, Olga está con usted!

Y le apartó ligeramente de sí con aire de reproche.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué te ocurre? —preguntó con insistencia.

—Estoy bien y soy feliz —se apresuró a responder, para que ella no siguiera preguntando y llegase a saber lo que él ocultaba—. Me preocupa el que hayas venido sola...

—Eso es asunto mío —dijo Olga, enojada—. ¿Sería mejor, acaso, que hubiera venido con *ma tante*?

—Sería mejor, Olga...

—De saberlo —lo interrumpió Olga ofendida, soltando su mano —, se lo habría pedido. Creía que *para ti no había más felicidad* que estar conmigo.

—¡No la hay, ni puede haberla! —repuso Oblómov—. Pero ¿cómo has podido venir sola?

—Dejemos ya ese tema, más vale que hablemos de otras cosas —dijo con aire despreocupado—. Escucha... ¡Ah, quería decirte algo, pero se me olvidó!

—¿No se tratará de explicarme cómo conseguiste venir aquí sola? —preguntó Oblómov, mirando inquieto a su alrededor.

—¡Otra vez con lo mismo! ¡No te cansas! ¿Qué te quería decir?... Bueno, ya me acordaré más tarde. ¡Qué bien se está aquí! Han caído todas las hojas, *feuilles d'automne*. ¿Recuerdas a Víctor Hugo? Mira, el sol está sobre el Nevá, vamos al río, pasearemos en una barca...

—¡Qué dices! Con el frío que hace, no llevo más que una gabardina guateada...

—También yo llevo tan sólo un vestido guateado. ¡Qué importa! ¡Vamos, vamos!

Olga corría arrastrando a Oblómov, que se resistía y refunfuñaba. Pero no tuvo más remedio que sentarse en la barca e ir de paseo.

—¿Cómo has podido venir aquí sola? —insistía Oblómov, inquieto.

—¿Quieres que te diga cómo? —respondió Olga con aire pícaro cuando llegaron al centro del río—. Ahora te lo puedo decir, de aquí no podrás irte, pero en el parque te habrías escapado...

—¿Por qué? —preguntó Oblómov, asustado.

—¿Irás mañana a casa? —preguntó a su vez Olga, en lugar de responder.

«¡Dios mío! —pensó Oblómov—. ¡Parece haber leído mis pensamientos y sabe que no quería ir!».

—Iré —respondió en voz alta.

—¿Desde la mañana y para todo el día?

Oblómov titubeó.

—Pues no se lo digo —dijo ella.

—Me quedaré todo el día.

—Pues verás —empezó a decir Olga seriamente—, te cité hoy aquí para decirte...

—¿Qué? —preguntó Oblómov, asustado.

—Para decirte... que vayas mañana a casa...

—¡Dios mío! —la interrumpió Oblómov con impaciencia—. Quiero saber cómo has conseguido venir aquí.

—¿Aquí? —repitió ella con aire distraído—. ¿Cómo lo conseguí? Pues muy fácilmente... Pero ¡a qué hablar de eso!

Olga metió la mano en el agua y salpicó el rostro de Oblómov que, estremeciéndose, cerró los ojos. Ella se echó a reír.

—¡Qué fría está el agua, se me ha quedado helada la mano! ¡Dios mío, qué bien se está aquí! —continuó, mirando alrededor—. Volvamos mañana de nuevo, pero directamente desde la casa...

—¿Acaso no has venido directamente de allí? ¿De dónde vienes, entonces? —preguntó Oblómov, impaciente.

—De la tienda —respondió Olga.

—¿De qué tienda?

—¿Cómo que de qué tienda? En el jardín ya te dije de cuál...

—No, no me dijiste nada...

—¿No te lo dije? ¡Qué extraño! Se me habrá olvidado. Salí de casa con un criado para ir al joyero...

—¿Y bien?

—Pues... ¿Qué iglesia es aquélla? —preguntó Olga de pronto al barquero, señalando a lo lejos.

—¿Cuál? ¿Aquélla? —interrogó éste a su vez.

—Es Smolni —explicó Oblómov con impaciencia—. Bueno, fuiste a la tienda y ¿qué?

—Que había allí... cosas muy lindas. Vi una pulsera preciosa.

—No estamos hablando de pulseras —la interrumpió Oblómov—. ¿Qué pasó después?

—Eso es todo —dijo Olga con aire distraído, mirando el paisaje.

—¿Y dónde está el criado? —preguntó, impaciente, Oblómov.

—Se fue a casa —contestó Olga de mala gana, sin dejar de mirar los edificios de la orilla opuesta.

—¿Y tú qué hiciste? —siguió su interrogatorio Oblómov.

—¡Qué bonito es aquello! ¿No podemos ir allí? —preguntó, señalando con la sombrilla la otra orilla del río—. ¿No es allí donde vives?

—Sí.

—Enséñame la calle.

—¿Qué fue del criado? —preguntó Oblómov.

—Lo mandé en busca de la pulsera —respondió Olga con la misma despreocupación de antes—. Él se fue a casa y yo estoy aquí.

—¿Cómo has podido hacer eso? —exclamó Oblómov mirándola con ojos asustados.

Olga lo imitó adrede y también puso cara de susto.

—Habla en serio, Olga, ya está bien de bromas.

—No bromeo, es la pura verdad —respondió Olga tranquilamente—. Olvidé la pulsera en casa con toda intención y *ma tante* me había pedido que fuese al joyero. ¡A ti nunca se te habría ocurrido una cosa así! —añadió muy orgullosa, como si hubiese realizado una gran hazaña.

—¿Y si regresa el criado?

—Dejé dicho que me esperase, que había ido a otra tienda, pero vine aquí...

—¿Y si María Mijáilovna te pregunta a qué otra tienda fuiste?

—Le diré que estuve en la modista.

—¿Y si se lo pregunta a la modista?

—¿Y si, de pronto, todo el Nevá se desborda, si zozobra la barca y se hunde nuestra casa y toda la calle? ¿Y si tú, de pronto, dejas de quererme?... —dijo Olga, y volvió a salpicarle la cara.

—Seguro que el criado ya está de vuelta y te espera —dijo Oblómov, secándose la cara—. Barquero, vaya hacia la orilla.

—¡No lo haga, no lo haga! —ordenó Olga.

—Vaya hacia la orilla. El criado seguramente ha regresado ya —insistió Oblómov.

—¡Que espere! ¡Sigamos paseando!

Pero Oblómov consiguió su propósito y, una vez en el jardín, apresuró el paso. Olga, en cambio, procuraba ir despacio, apoyándose en su brazo.

—¿Qué prisa tienes? —decía Olga—. Espera, quiero estar más tiempo contigo.

Caminaba cada vez más despacio, se apretaba contra su hombro y lo miraba muy de cerca; él hablaba aburrida y pesadamente de obligaciones y deberes. Olga lo escuchaba distraída, sonreía lánguidamente y con la cabeza inclinada miraba hacia el suelo, a él, y pensaba en otra cosa.

—Escúchame, Olga —dijo por fin Oblómov en tono solemne—, aun a riesgo de enfadarte y de sufrir tus reproches debo decirte con

toda energía que hemos ido demasiado lejos. Mi obligación y mi deber me impulsan a decírtelo.

—¿Decirme qué? —preguntó Olga, impaciente.

—Que hacemos muy mal viéndonos a escondidas.

—Eso ya me lo dijiste en la casa de campo —respondió Olga, pensativa.

—Sí, pero entonces me dejaba llevar por mis sentimientos; te apartaba con una mano, pero te retenía con la otra. Tú eras confiada y yo... se diría... que te engañaba. Nuestro amor era muy reciente...

—Ahora ya no es reciente y empiezas a aburrirte, ¿no es eso?

—¡No, Olga, no! Eres injusta. Quise decir que el sentimiento era nuevo y resultaba imposible ser juicioso. Me atormenta la conciencia; tú eres joven, conoces poco a la gente y, además, tu amor es tan puro, tan sagrado, que no se te ocurre pensar siquiera en las severas críticas a que estamos expuestos por lo que hacemos, yo sobre todo.

—Pero ¿qué hacemos? —preguntó Olga, deteniéndose.

—¿Cómo que qué? Tú engañas a tu tía, sales en secreto de tu casa, te ves a solas con un hombre... Intenta decir todo eso el domingo, delante de los invitados.

—¿Por qué no puedo decirlo? —preguntó Olga tranquilamente—. Tal vez lo diga...

—Pues verás cómo tu tía se desmaya, las damas abandonan la casa y los hombres te miran con insolencia, sonriendo maliciosamente...

Olga quedó pensativa.

—Pero ¡somos novios! —repuso.

—Sí, sí, querida Olga —dijo Oblómov estrechándole las manos—, por eso hemos de ser más cautos, cuidar más nuestra conducta. Quiero llevarte del brazo con orgullo por esta avenida a la vista de todos y no a escondidas, quiero que te miren con respeto y no con insolente malicia, que nadie se atreva a sospechar ni siquiera que tú,

tan orgullosa, fuiste capaz de olvidar el pudor y la educación recibida, que hayas perdido la cabeza o abandonado el camino del recto proceder...

—No olvide ni el pudor, ni la educación, ni el deber —respondió Olga, orgullosa, retirando su mano de la suya.

—Lo sé, lo sé, mi inocente ángel, pero no soy yo el que lo dice, lo dirá la gente, la sociedad, y no te lo perdonarán jamás. Comprende, te lo ruego por Dios, lo que yo pretendo. Quiero que también ante los ojos del mundo seas pura e irreprochable tal como lo eres en la realidad.

Olga caminaba pensativa.

—Debes comprender para qué te lo digo: tú vas a sufrir y la responsabilidad caerá sobre mí exclusivamente. Dirán que yo te seducía, que ocultaba de ti el abismo con toda intención. Tú sigues siendo pura a mi lado, estás tranquila, pero ¿a quién convencerás de ello? ¿Quién lo creerá?

—Tienes razón —dijo Olga estremeciéndose—. Escucha —añadió con decisión—, vamos a decírselo todo a *ma tante* y que mañana mismo nos bendiga... —Oblómov palideció—. ¿Qué te sucede? —preguntó ella.

—Espera, Olga, ¿a qué tanta prisa? —respondió apresuradamente, pero sus labios temblaban.

—¿No eras tú quien hace dos semanas me metía prisa? —preguntó Olga, mirándolo con fría atención.

—Entonces no pensé en los preparativos y ¡son tantos! —respondió Oblómov suspirando— Esperemos tan sólo a que llegue la carta del apoderado.

—¿Para qué tenemos que esperar esa carta? ¿Acaso la respuesta, sea cual fuere, puede alterar tu decisión? —preguntó Olga mirándole con mayor atención todavía.

—¡Qué ocurrencia! No, la necesito para poder hablar con tu tía, fijar la fecha de la boda. Con ella no hablaré de amor, sino de cosas prácticas para las cuales aún no estoy preparado.

—Entonces hablaremos con ella cuando recibas la carta, pero, mientras tanto, todos sabrán que somos novios y podremos vernos cada día. Te echo de menos —añadió—, los días se me hacen larguísimos; todos se dan cuenta de que algo me pasa, me dan la lata, aluden maliciosamente a tu persona... ¡Estoy harta de todo eso!

—¿Aluden a mi persona? —preguntó Oblómov con voz temblorosa.

—Sí, gracias a Sóñechka.

—¿Ves, ves? No me hiciste caso y te enfadaste conmigo entonces.

—¿Qué quieres que vea? No veo nada, tan sólo que eres un cobarde... A mí esas alusiones no me asustan.

—No soy cobarde, sino precavido... Pero, por Dios, Olga, ivámonos de aquí! Mira, se acerca un coche, a lo mejor son conocidos... hasta sudores me entran... ¡Vamos, vamos!... —decía Oblómov asustado, contagiando su temor a Olga.

—Sí, vamos deprisa —dijo ella en un rápido susurro.

Casi echaron a correr por la avenida hasta llegar al final del jardín, sin hablar una sola palabra. Oblómov miraba alrededor con aire inquieto y Olga llevaba muy inclinada la cabeza cubierta con el velo.

—Entonces, hasta mañana —dijo cuando llegaron a la tienda donde la esperaba el criado.

—No, mejor hasta pasado mañana... o, mejor, hasta el viernes o el sábado —respondió él.

—Pero ¿por qué?

—¿Sabes, Olga?, pienso que para entonces ya tendré la carta.

—Como quieras. Pero ven mañana a comer, ¿me oyes?

—Sí, sí, de acuerdo, de acuerdo. —Y Olga entró en la tienda.

CAPÍTULO VI

OBLÓMOV ni se percató siquiera de que Zajar le había servido un almuerzo completamente frío, ni se dio cuenta de cómo se echó luego en la cama, quedándose profundamente dormido.

Al día siguiente, la idea de ir a la casa de Olga le hizo temblar. ¡Cómo podía hacerlo! Se imaginó vivamente con qué aire lo mirarían todos.

El portero ya de por sí lo recibía de manera asaz amable. Siemión se lanzaba como un loco a traerle el vaso de agua solicitado. Katia y la niñera le sonreían cariñosamente.

«El novio, el novio», parecían pensar todos, y él no había solicitado aún el permiso de la tía, no tenía nada de dinero, no sabía cuándo iba a tenerlo, ignoraba, incluso, qué renta recibiría aquel año y ni siquiera poseía casa en la aldea. ¡Vaya un novio!

Oblómov tomó la decisión de ver a Olga tan sólo los domingos, en presencia de gente, hasta no recibir una respuesta positiva del apoderado. Por ello, cuando llegó el día siguiente, no se le ocurrió prepararse ya desde la mañana para ir a verla.

No se afeitó ni se vistió; estuvo hojeando perezosamente unos periódicos franceses que había cogido en casa de las Ilinski la semana pasada. No consultaba el reloj a cada instante ni fruncía el ceño por la lentitud con que se movían sus agujas.

Zajar y Anisia supusieron que no comería en casa, como tenía por costumbre, y por tanto no le preguntaron qué hacer para el almuerzo.

Oblómov los regañó y dijo que era una «calumnia» decir que comía cada miércoles en casa de las Ilinski, también visitaba a Iván Guerásimovich y que a partir de ahora, exceptuando el domingo, y tampoco siempre, comería en casa.

Anisia corrió rápidamente al mercado en busca de menudillos para hacer la sopa preferida de Oblómov.

Vinieron a verlo los hijos de Agafia Matvéievna, y Oblómov comprobó las sumas y restas hechas por Vania y halló dos errores. Trazó rayas en el cuaderno de Masha y escribió *modelos* de caligrafía; luego estuvo escuchando cantar a los canarios y *mirando* por la entreabierta puerta el incesante trajinar de la dueña de la casa.

A eso de las dos de la tarde, Agafia Matvéievna le preguntó si no le gustaría probar unas *vatrushkas*^[15] hechas en casa. Le sirvieron una copa de vodka macerado con hojas de casis y un plato de *vatrushkas*. Iliá Ilich se tranquilizó un poco y se sumió en un estado de obtusa meditación, que le duró hasta casi la hora del almuerzo.

Después de comer y cuando, ya tumbado en el diván, empezaba a dar cabezadas vencido por el sueño, se abrió la puerta que conducía a las habitaciones de la dueña y apareció Agafia Matvéievna con una pirámide de medias en ambas manos que depositó en dos sillas.

Oblómov se puso en pie de un salto y le ofreció la tercera para que se sentara, pero ella no aceptó. No tenía costumbre de sentarse, siempre estaba de pie, siempre trajinando.

—Hoy me dediqué a repasar sus medias —dijo—. Tiene usted cincuenta y cinco pares, casi todos en mal estado.

—¡Qué buena es usted! —dijo Oblómov acercándose a ella y sujetándola en broma por ambos codos.

Ella sonrió.

—¿Por qué se toma esas molestias? Me da reparo, de verdad se lo digo.

—No tiene importancia, estoy acostumbrada a esas cosas; usted no tiene quien lo haga y a mí no me cuesta trabajo. Estos veinte pares no sirven para nada —continuó diciendo—. No vale la pena zurcirlos.

—Tírelas todas, por favor, y no se preocupe. ¿Por qué se entretiene con semejante porquería? Se pueden comprar otras nuevas...

—¿Por qué se van a tirar? Estas otras tienen arreglo. —Y comenzó a seleccionar rápidamente las medias.

—Pero siéntese, haga el favor. ¿Por qué está de pie? —rogó Oblómov.

—No, muchas gracias, no tengo tiempo de sentarme —respondió la mujer, rechazando de nuevo la silla—. Hoy nos toca lavado y aún he de preparar la ropa.

—¡Es usted una maravilla y no un ama de casa! —exclamó Oblómov, fijos los ojos en su pecho y su cuello.

Agafia Matvéievna sonrió.

—Entonces, ¿le zurzo estos pares? Encargaré los hilos a una mujer que me los trae de la aldea; aquí no vale la pena comprarlos, se rompen todos.

—Si es usted tan buena, haga el favor —respondió Oblómov—, pero me remuerde la conciencia por darle más trabajo.

—¡No importa! ¿Qué otra cosa puedo hacer? Estos pares los arreglaré yo misma y estas otras se las daré a la abuelita; *mañana* viene mi cuñada a pasar unos días y por las tardes, como no hay nada que hacer, lo haremos. Masha ya empieza a calcetar, pero como las agujas son grandes, se le escapan de las manos.

—¿Es posible que Masha ya lo sepa hacer? —preguntó Oblómov.

—Por Dios que es cierto.

—No sé ni cómo agradecersele —dijo Oblómov, mirándola con el mismo placer con que por la mañana había mirado las *vatrushkas* calientes—. Le estoy muy, muy agradecido y sabré corresponder; a Masha le compraré vestidos de seda, la vestiré como a una muñeca.

—¡Qué dice! No tiene que agradecer nada. ¿Para qué necesita Masha vestidos de seda? Con los de algodón no doy abasto. Parece que lo quema todo, sobre todo los zapatos; ni tiempo nos da de comprárselos en el mercado.

Agafia Matvéievna se levantó y recogió las medias.

—¿Qué prisa tiene? —preguntó Oblómov—. Quédese un ralo, no estoy ocupado.

—Otra vez será, algún día de fiesta. Y, usted, tenga la bondad de venir a tomar café con nosotros cuando quiera. Hoy es día de colada y tengo que ir a ver si Akulina empezó ya.

—Vaya usted con Dios, no me atrevo a retenerla —dijo Oblómov, mirando la espalda y los codos de Agafia Matvéievna, cuando se iba.

—Una cosa más, saqué su batín del zaguán —dijo ya desde la puerta—; se puede lavar y arreglar. La tela es magnífica. Durará mucho tiempo.

—No vale la pena. Ya no lo uso, no me hace falta.

—Bueno, es lo mismo, haré que lo laven, tal vez se lo ponga alguna vez... cuando se case —acabó de decir sonriendo, y cerró la puerta.

Oblómov sintió que sus ganas de dormir se esfumaron de pronto.

—¡También ella lo sabe! ¡Lo saben todos! —murmuró inquieto, dejándose caer en la silla que había ofrecido a Agafia Matvéievna— ¡Ese Zajar!

De nuevo vertió sobre Zajar palabras «lastimeras». Anisia habló nuevamente con la nariz, diciendo que «era la *primera* vez que oía a la patrona hablar de boda, que en sus charlas con ella ni siquiera se mencionó esa palabra y, además, lo de la boda no era cosa posible. Lo habría inventado, probablemente, un enemigo del género humano, así se lo tragara de inmediato la tierra, y que también el ama estaba dispuesta a jurar sobre la imagen sagrada que jamás oyó hablar de la señorita Ilinski, que pensaba en otra novia...».

Tanto habló Anisia, que Iliá Ilich, cansado, la despidió con un ademán.

Al día siguiente, Zajar pidió permiso para ir a la calle Gorójovaia a visitar a sus amigos, pero Oblómov lo puso de vuelta y media hasta el punto de que salió más muerto que vivo.

—Como allí no lo saben todavía —le dijo—, pretendes divulgar esa calumnia. ¡Quédate en casa! —añadió en tono de amenaza.

Pasó el miércoles. El jueves volvió a recibir por correo carta de Olga, preguntándole el motivo de no haber ido. Le decía que había pasado la noche llorando y casi no había dormido.

—¡Ese ángel llora y no duerme! —exclamó Oblómov—. ¡Dios mío! ¿Por qué me querrá? ¿Por qué la amo yo? ¿Por qué nos conocimos? La culpa la tiene Andréi. Nos inoculó el amor a los dos como si fuera viruela. ¡Con tantas inquietudes y preocupaciones no vive uno! ¿Cuándo llegará la apacible dicha, el sosiego?

Sin dejar de suspirar ruidosamente, tan pronto se dejaba caer en el diván como se levantaba; incluso salió a la calle sin dejar de pensar en la norma que había que seguir en la vida para que la existencia, aun plena de contenido, fluyera apacible día tras día, gota a gota, en una contemplación muda de la naturaleza y en hechos serenos, lentos en su desarrollo, de una vida familiar tranquilamente ajetreada. No le gustaba representársela en forma de un río anchuroso, de ruidoso curso, agitadas olas, tal como se la imaginaba Shtolz.

«Es como una enfermedad —se decía Oblómov—, una fiebre, una carrera de obstáculos con rotura de diques e inundaciones».

Escribió a Olga diciéndole que se había acatarrado un poco en el Jardín de Verano, por lo que había tenido que quedarse dos días en casa y tomar una infusión de hierbas; que ahora ya había pasado todo y esperaba verla el domingo.

Olga le respondió que hacía bien en cuidarse, le aconsejaba que no saliese todavía de casa, que se quedase incluso el domingo, si era preciso, y que prefería aburrirse una semana con tal de que él se encontrase bien.

La respuesta la trajo Nikita, el mismo que, según Anisia, era el primer culpable de esos comentarios. Olga le envió, asimismo, varios libros, encargándole que los leyese y le dijese, en cuanto la viera, si valía la pena de que los leyese ella.

Exigía que le diese datos sobre su salud. Oblómov escribió la respuesta, y él mismo se la entregó a Nikita; desde el vestíbulo lo hizo salir directamente al patio, siguiéndolo con la vista hasta la verja para evitar que pasase a la cocina y repitiese allí esa «calumnia», o que Zajar lo acompañase hasta la calle.

Se alegró de que Olga insistiese en que se cuidara y no fuese el domingo. Le escribió que, en efecto, tendría que permanecer algunos días más en casa para curarse del todo.

El domingo visitó a Agafia Matvéievna, tomó café, comió empanada y envió a Zajar al otro lado del río en busca de bombones y helados para los niños.

Zajar consiguió regresar a duras penas; el Nevá estaba a punto de helarse y se procedía a la retirada de los puentes. No cabía pensar siquiera en ir el miércoles a casa de Olga.

Claro está que podía ir ahora, de inmediato, al otro lado del río, instalarse durante varios días en casa de Iván Guerásimovich y ver a Olga, incluso comer con ella cada día. El pretexto sería lógico: el Nevá se había helado y no le había dado tiempo de regresar. El primer pensamiento de Oblómov fue ése; incluso bajó de inmediato los pies al suelo, pero, tras reflexionar un rato, volvió a tumbarse suspirando y con expresión preocupada.

«Más vale que se acallen los rumores, que los visitantes de la casa se olviden un poco de mí y me vean cuando ya seamos oficialmente novios», pensó.

—Es muy penoso esperar, pero nada se puede hacer —añadió con un suspiro, y se puso a hojear los libros enviados por Olga.

Leyó unas quince páginas, Masha vino a llamarlo para que fuese a ver cómo se helaba el Nevá. Oblómov fue y regresó a la hora del té.

Así iban pasando los días. Iliá Ilich se aburría, echaba de menos a Olga, leía y, de puro aburrimiento, se asomaba de vez en cuando a la puerta de la habitación de Agafia Matvéievna para cambiar con ella algunas palabras. Un día el mismo llegó a moler casi un kilo de café con tanto celo que la frente se le cubrió de sudor.

Intentó darle un libro para que lo leyese; Agafia Matvéievna leyó el título con esfuerzo, moviendo los labios, y se lo devolvió, diciendo que se lo pediría para Navidades y Vania lo leería en voz alta, entonces también la abuelita podría oírlo, pero que ahora no tenía tiempo.

Mientras tanto habían puesto unas tablas sobre el río y un día los frenéticos ladridos del perro y sus desesperados saltos anunciaron a Oblómov la segunda visita de Nikita con una nota. Olga preguntaba por su salud y le enviaba otro libro.

Oblómov se escondió de Nikita para no tener que cruzar el río por unas tablas, cosa que le asustaba, y escribió en respuesta que se le había formado un absceso en la garganta, que no se decidía a salir aún y que el «cruel destino le privaba unos días más de la felicidad de ver a la adorada Olga».

Ordenó severamente a Zajar que no hablara con Nikita y volvió a seguirlo con la vista hasta la verja; y cuando Anisia asomó la nariz desde la cocina con la intención de preguntarle algo, la amenazó con un dedo.

CAPÍTULO VII

PASÓ así una semana. Cada mañana, al levantarse, Oblómov preguntaba lleno de ansiedad si habían montado ya los puentes.

—Todavía no —le contestaban, y él pasaba tranquilamente el día oyendo el tic-tac del reloj, el chirrido del molinillo y los trinos de los canarios.

Los polluelos, ya convertidos en pollos adultos, habían dejado de piar y se escondían en los gallineros. No tuvo tiempo de leer los libros enviados por Olga; llegó a la página ciento cinco de uno de ellos y, después de forrarlo, lo dejó boca arriba; llevaba así varios días.

Dedicaba casi todo su tiempo a los hijos de Agafia Matvéievna. Vania era un chiquillo muy inteligente y había aprendido en tres lecciones las ciudades más importantes de Europa; Iliá Ilich le prometió como regalo un pequeño globo terráqueo tan pronto como pudiese ir al otro lado de la ciudad. La pequeña Masha le había bordado tres pañuelos, mal por cierto, pero era tan divertido ver cómo se esforzaba por hacerlo con sus pequeñas manitas, corriendo hacia él para mostrarle cada pulgada.

Charlaba con Agafia Matvéievna en cuanto divisaba sus codos por la entreabierta puerta. Por el simple movimiento de sus brazos adivinaba lo que hacía: si amasaba, trituraba algo o planchaba.

Hasta intentó hablar con la abuela, pero ella no estaba en condiciones de mantener una conversación: se detenía a media palabra, apoyaba el puño en la pared y, doblada, comenzaba a toser

como si realizase una difícil tarea, luego gemía y con eso acababa todo.

A quien no veía nunca era al hermano; distinguía tan sólo el enorme fajo de papeles cuando pasaba por delante de su ventana. En la casa ni se lo oía. Incluso un día que Oblómov entró, sin querer, en la habitación donde comían en apretado tropel, el hermano, secándose rápidamente los labios con la mano, se retiró a su alcoba.

Un día, cuando Oblómov, al despertar, se disponía a desayunar despreocupadamente, Zajar le comunicó de pronto que los puentes ya estaban montados. El corazón de Oblómov dio un vuelco.

«Y mañana es domingo —se dijo—, tengo que ir a su casa, soportar estoicamente durante todo el día las miradas curiosas y significativas de personas extrañas y decirle luego cuándo pienso hablar con su tía».

Pero la situación seguía siendo la misma y le impedía dar un paso hacia delante.

Se imaginó vivamente cómo lo declaraban novio oficial, cómo irían llegando día tras días diversas damas y caballeros y se veía convertido en objeto de curiosidad general. Luego, la comida de gala, todos beberían a su salud... Después, con el derecho y la obligación del novio, tendría que hacerle un regalo a Olga...

«¡Un regalo!», se dijo horrorizado, y rompió a reír amargamente. ¡Un regalo! ¡Y él disponía tan sólo de doscientos rublos! Incluso si le mandaran dinero no lo recibiría antes de Navidad o, tal vez, más tarde, cuando vendiesen el trigo. Únicamente la carta podría aclarar cuándo sería eso y la cantidad de dinero a recibir... pero la carta no había llegado. ¿Qué podría hacer? ¡Adiós a la paz y al sosiego de esas dos semanas!

En medio de todos esos sinsabores veía el rostro encantador de Olga, sus vaporosas cejas tan expresivas, los inteligentes ojos gris azulados, toda su cabeza tan linda y la trenza que peinaba casi en la nuca, lo que realzaba toda la dignidad de su porte, empezando por la cabeza hasta los hombros y el talle.

Pero tan pronto como se estremecía de amor por Olga, oprimía su corazón el pensamiento de qué hacer, de cómo abordar el problema de la boda, dónde conseguir dinero y cómo vivir después...

«Aguardaré un poco más; tal vez mañana o pasado mañana llegue la carta». Calculó la fecha en que habrían recibido la suya, el tiempo que podría tardar el vecino en responderle y cuándo llegaría la respuesta.

«La recibiré dentro de tres o cuatro días a lo sumo; esperaré a que llegue para ir a casa de Olga —decidió Oblómov—. Además, probablemente, ella no sepa que ya han montado los puentes...».

—Katia —preguntó aquella misma mañana Olga a su doncella—, ¿han montado ya los puentes?

Hacía la misma pregunta todas las mañanas, pero Oblómov no lo sospechaba.

—No lo sé, señorita; hoy no vi al cochero, ni al portero y Nikita no lo sabe.

—¡Nunca sabes lo que necesito! —exclamó Olga, descontenta. Estaba todavía en cama, jugueteando con la cadenita que llevaba al cuello.

—Ahora mismo voy a enterarme. No quería apartarme por si se despertaba usted; si no, hace tiempo que lo sabría. —Y Katia desapareció de la habitación.

Olga abrió el cajón de su mesita y sacó de él la última misiva de Oblómov. «El pobre está enfermo —pensó tristemente— y, solo, me echa de menos... ¡Ah, Dios mío, cuándo...!».

No acabó de pensarlo; Katia, toda sofocada, irrumpió en la habitación.

—¡Están puestos, los han puesto esta noche! —exclamó alegremente, y ayudó de inmediato a su señorita, que había saltado de la cama, a ponerse una blusa y le acercó unas pequeñas zapatillas. Olga abrió rápidamente un cajón, sacó algo y lo depositó en la mano de Katia, quien le besó la mano. Todo ello, el salto desde la cama, la moneda depositada en la mano de Katia y el beso de

ésta, ocurrió en menos de un minuto. «¡Qué bien! ¡Mañana es domingo y él podrá venir!»», pensó Olga, se vistió de prisa, desayunó de prisa y fue con su tía de compras.

—Vayamos mañana, *ma tante*, a la misa en Smolni —pidió Olga.

La tía frunció un poco las cejas, meditó un instante y dijo:

—Como quieras, pero ¡está tan lejos, *ma chérie*! ¿Por qué se te ha ocurrido ir allí en invierno?

A Olga se le había ocurrido por la simple razón de que fue Oblómov quien le había señalado esa iglesia desde el río y sintió deseos de rezar en ella... por él, para que tuviese salud, para que la amase y fuese feliz con ella, para que... esa indecisión, esa inseguridad acabasen lo antes posible... ¡Pobre Olga!

Llegó el domingo. Olga se las ingenió de modo que todo el almuerzo fuese a gusto de Oblómov.

Se puso un vestido blanco, ocultó bajo los encajes una pulsera que él le había regalado, y se peinó tal como le gustaba a él. En la víspera había ordenado que afinaran el piano y aquella mañana probó a cantar *Casta Diva*. La voz era tan sonora como no lo había sido desde el verano. Luego se puso a esperar.

Al poco rato se presentó el barón y le dijo que estaba muy bella, lo mismo que durante el verano, pero que estaba algo más delgada.

—Es evidente que la falta de aire puro y un cierto desarreglo en el género de vida han influido sobre usted —dijo—. Usted, querida Olga Serguéievna, necesita el aire de la aldea.

Le besó varias veces la mano, de modo que sus teñidos bigotes dejaron una pequeña manchita en los dedos de Olga.

—Sí, de la aldea —respondió pensativa, pero sin dirigirse a él directamente.

—Y hablando de la aldea —añadió el barón—, el mes que viene habrá terminado su pleito y en abril ya podrá ir a su propiedad. No es muy grande, pero su emplazamiento es magnífico. Le gustará mucho; la casa y el jardín son preciosos. Hay un pabellón en lo alto de un cerro que le encantará. Se ve el río... usted no lo recuerda

probablemente, tenía cinco años cuando su padre salió de allí y se la llevó...

—¡Qué alegría! —exclamó Olga, y se quedó pensativa.

«Ahora ya está decidido, iremos a vivir allí, pero él no lo sabrá antes de...».

—¿Será el mes que viene, barón? —le preguntó vivamente—, ¿Es cierto?

—Tan cierto como que es usted encantadora siempre y hoy, especialmente —respondió el barón, y fue en busca de la tía.

Olga no se movió del sitio, soñando con la próxima felicidad, pero tomó la decisión de no decir nada a Oblómov, ni hablarle de sus futuros planes.

Quería ver hasta el fin cómo el amor acabaría por vencer la pereza de su espíritu, liberándolo de ese yugo, y cómo él, radiante de felicidad, pondría a sus pies la respuesta favorable recibida de Oblómovka, y cómo ambos, adelantándose el uno al otro, correrían para decírselo a la tía, y después...

Después, ella le diría de pronto que era dueña de una aldea con jardín, de un pabellón sobre un cerro con vistas al río y de una casa dispuesta para ser habitada y que antes tendrían que ir allá y después a Oblómovka.

«No, no quiero que reciba una respuesta favorable —pensó Olga—; se llenaría de orgullo y no se alegraría en absoluto de que también yo tenga una propiedad, casa y jardín... No, más vale que venga disgustado por haber recibido una carta desagradable que lo obligue a ir personalmente. Iría corriendo allá como un loco, haría de prisa lo más preciso, se olvidaría de muchas cosas, no sabría cómo hacerlo, pero cuando regresara, ella le diría que podía no haber ido, que tenían casa con jardín y un pabellón con una espléndida vista, que tenían dónde vivir sin necesidad de Oblómovka... Sí, aguantaría hasta el fin sin decirle nada; más vale que haga el viaje, que se mueva, que despierte, todo por mí, en aras de la futura dicha. Pero no, ¿para qué mandarlo tan lejos? ¿Por qué

separarse? Cuando venga a despedirse, vestido de viaje, pálido y triste, pensando en una ausencia de meses, le diría de pronto que no es preciso irse hasta el verano y que entonces podremos hacer el viaje juntos...».

Así soñaba Olga. Luego corrió en busca del barón para rogarle que por ahora no dijese a nadie, absolutamente a nadie, lo de su propiedad. En ese nadie sólo incluía a Oblómov.

—Sí, sí, naturalmente, ¿para qué? —asintió éste—. Tal vez al señor Oblómov tan sólo, si viene al caso...

Olga disimuló y dijo con aire indiferente:

—No, a él tampoco.

—Ya sabe que sus deseos son órdenes para mí... —añadió amablemente el barón.

Olga no carecía de cierta astucia. Incluso cuando sentía enormes deseos de mirar a Oblómov ante testigos, fijaba antes la vista en otros y ya, después, en él.

Todo lo hacía por él. ¡Cuántas veces la emoción coloreaba sus mejillas! ¡Cuántas veces pulsaba una tecla, u otra, para comprobar si estaba bien afinado el piano o cambiaba de sitio las partituras! ¡Y él, no venía! ¿Qué significaría eso?

Las tres, las cuatro, íseguía sin aparecer! A las cuatro y media su belleza empezó a marchitarse: abatida, pálida, tomó asiento ante la mesa.

Los demás no se daban cuenta de nada: comían los manjares que se habían preparado para él y conversaban con alegría e indiferencia.

Por la tarde tampoco se presentó. Estuvo esperándolo hasta las diez de la noche, llena de esperanza y temor; a las diez se retiró a su habitación.

Al principio volcó sobre él toda la hiel acumulada en su corazón; no existía en su léxico ningún sarcasmo hiriente, ningún vituperio cáustico que no aplicara mentalmente a su persona.

Después, toda esa ardiente ira que llenaba su ser dejó paso al temor. «Está enfermo y solo, ni siquiera puede escribir...», pensó atormentada. Segura de ello, apenas si pudo conciliar el sueño toda la noche. Durmió inquieta unas dos horas, deliró en sueños, pero se levantó tranquila y decidida, aunque pálida.

El lunes por la mañana, Agafia Matvéievna entró en el despacho de Oblómov y dijo:

—Hay una joven que pregunta por usted.

—¿Por mí? ¡Es imposible! —respondió Oblómov—. ¿Dónde está?

—Está aquí, se equivocó de puerta y llamó a nuestra casa. ¿La hago pasar?

Oblómov no había tomado aún ninguna decisión cuando Katia apareció ante él. Agafia Matvéievna se retiró.

—¡Katia! —exclamó Oblómov, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—La señorita está aquí —respondió la doncella en voz muy baja—. me ordena que le pregunte...

Oblómov palideció.

—¡Olga Serguéievna! —susurró, horrorizado—. ¡No es cierto, Katia, estás bromeando! ¡No me atormentes!

—Le juro por Dios que es cierto: está en un coche de alquiler, se detuvo junto a la tienda de té, quiere venir aquí y espera que yo vuelva. Me manda a decirle que envíe usted a Zajar a cualquier lado. Dentro de media hora ella vendrá.

—Más vale que vaya yo personalmente... ¿Cómo va a venir ella aquí? —dijo Oblómov.

—No le dará tiempo, puede llegar de un momento a otro; ella cree que está usted enfermo. Adiós, me voy corriendo; está sola y me espera...

Katia se fue.

Con increíble celeridad, Oblómov se puso la corbata, el chaleco, las botas y llamó a Zajar.

—Zajar, hace poco me pediste permiso para visitar a tus amigos de la calle Gorójovaia; pues bien, ve a verlos ahora —dijo Oblómov

con febril premura.

—No iré —respondió Zajar con aire decidido.

—Sí, irás —insistió Oblómov.

—¡Mira que ir de visita en un día de trabajo! ¡No pienso ir! —
repuso Zajar tercamente.

—Ve, diviértete, no te niegues cuando el señor te da permiso...
¡Reúnete con tus amigos!

—¡Que se vayan mis amigos a donde quieran!

—¿Es que no quieres verlos?

—Son todos tan canallas que a veces ni ganas me dan de
mirarlos.

—Tú vete, vete —insistía Oblómov, sintiendo cómo le subía la
sangre a la cabeza.

—No, hoy me quedaré todo el día en casa, y el domingo tal vez
vaya —dijo Zajar con toda tranquilidad.

—¡Vete ahora mismo, inmediatamente! —exclamó Oblómov
apresurándolo—. Debes ir...

—Pero ¿a qué voy a ir tan lejos para nada? —se resistía Zajar.

—Tú ve, pasea unas dos horas, ¡vaya cara tan somnolienta que
tienes! Te conviene tomar un poco el aire.

—Es la misma cara de siempre, la que corresponde tener a gente
como yo —dijo Zajar, mirando perezosamente por la ventana.

«¡Dios mío! —pensó Oblómov, secándose el sudor de la frente—.
¡Ella está a punto de llegar!».

—Haz el favor de ir a pasear, te lo ruego. Toma, aquí tienes
veinte copecs para que tomes cerveza con un amigo.

—Más vale que me quede en el porche. ¿Adónde voy a ir con
este frío? Puedo quedarme también junto a la valla, eso sí puedo
hacerlo...

—No, aléjate de la valla —dijo Oblómov vivamente—, pasea por
la otra calle, hacia la izquierda hay un jardín... al otro lado.

«¡Qué cosa tan rara! —pensó Zajar—. Me manda pasear, nunca
lo había hecho».

—Más vale que vaya de paseo el domingo, Iliá Ilich...

—¿Acabarás por irte de una vez? —dijo Oblómov, apretando los dientes y empujando a Zajar.

Cuando Zajar se fue, Oblómov llamó a Anisia.

—Ve al mercado —le dijo— y compra lo que haga falta para el almuerzo...

—Ya lo tengo todo comprado, y para el almuerzo falta poco... —respondió Anisia.

—¡Calla y obedece! —gritó Oblómov.

Anisia se quedó turbada.

—Compra... aunque sea espárragos... —agregó sin saber qué otra cosa podía encargarle.

—¡Pero, Iliá Ilich, no es tiempo de espárragos! ¿Y dónde voy a encontrarlos por aquí?

—¡Lárgate! —gritó Oblómov, y Anisia echó a correr—. ¡Ve a toda prisa —continuó gritando tras ella—, no vuelvas la cabeza y antes de dos horas no aparezcas por aquí!

—¡Qué cosa más rara! —comentó Zajar a Anisia al tropezar con ella en la calle—. Me mandó pasear y me dio veinte copecs. ¿Adónde iré?

—El señor es quien manda —observó la despabilada Anisia—; ve a donde el cochero del conde y convídale a té; él siempre te está convidando y yo iré corriendo al mercado.

—¡Qué cosa tan rara! —le dijo Zajar al cochero—. El amo me mandó a pasear y me dio veinte copecs para la cerveza...

—¿No será que también él quiere emborracharse? —supuso el ingenioso cochero—. Y te dio dinero a ti para que no le tuvieses envidia. Vamos. —Guiñó un ojo a Zajar, y señaló con la cabeza una calle.

—¡Vamos! —repitió Zajar, señalando con la cabeza la misma calle. «¡Qué cosas! ¡Mira que mandarme de paseo!», se decía sonriente.

Se fueron; Anisia llegó a la primera encrucijada y se acomodó junto a una valla para ver lo que pasaba.

Oblómov esperaba impaciente; oyó cómo alguien intentaba abrir la verja y en el mismo instante el perro empezó a ladrar con furia y a tirar de la cadena.

—¡Maldito perro! —exclamó Oblómov, rechinando los dientes, cogió su gorra, corrió hacia la verja, la abrió y casi en brazos llevó a Olga hasta el porche.

Venía sola. Katia la esperaba en el coche, cerca de la entrada.

—¿Te encuentras bien? ¿No estás en cama? ¿Qué te ocurre? —preguntó rápidamente sin quitarse el abrigo ni el sombrero y examinándolo de pies a cabeza tan pronto como entraron en el despacho.

—Ya estoy mejor, la garganta... casi no duele... —respondió, llevándose la mano a la garganta y tosiendo un poco.

—¿Por qué no viniste ayer? —preguntó Olga, mirándolo con ojos tan escrutadores, que Oblómov no pudo decir ni una sola palabra.

—Olga, ¿cómo te has atrevido a venir? —preguntó atemorizado—. ¿Sabes lo que has hecho...?

—¡Más tarde hablaremos de eso! —lo interrumpió ella con impaciencia—. Te estoy preguntando qué significa tu ausencia. Oblómov callaba.

—¿No será por culpa de algún orzuelo? —preguntó. Oblómov seguía callado.

—No has estado enfermo ni te ha dolido la garganta —dijo Olga, frunciendo las cejas.

—No —murmuró Oblómov con el aire de un colegial.

—¡Me has engañado! —exclamó, mirándolo con asombro—. ¿Por qué?

—Te lo explicaré todo, Olga —repuso Oblómov—; una causa importante me obligó a no verte dos semanas... tenía miedo...

—¿De qué? —preguntó Olga, sentándose y quitándose el abrigo y el sombrero.

Oblómov depositó ambas prendas en el diván.

—Temía los comentarios, las calumnias...

—Pero no temías por mí. ¿No pensabas que no dormía, que sólo Dios sabe lo que imaginaba y que a punto estuve de enfermar? —preguntó, mirándolo con ojos inquisitivos.

—Olga, tú no te imaginas siquiera lo que está pasando aquí —dijo señalando el corazón y la cabeza—. Todo yo ardo de inquietud. No sabes lo que ha sucedido.

—¿Qué otra cosa ha sucedido? —preguntó fríamente.

—No sabes hasta dónde han llegado los comentarios sobre nosotros. No quería inquietarte más y tenía miedo de presentarme ante ti.

Y le contó todo cuanto había oído de Zajar, de Anisia, recordó la conversación de los petimetres y terminó diciendo que desde entonces no dormía, que en cada mirada leía una pregunta, un reproche o maliciosas alusiones a sus citas.

—Pero si decidimos hablar esta semana con *ma tante* —repuso Olga—, esos comentarios se acallarán entonces...

—Sí, pero no quisiera hablar con tu tía hasta no haber recibido la carta. Sé que ella no me preguntará sobre mi amor por ti, sino sobre la propiedad; querrá conocer detalles, pero yo nada le puedo explicar hasta no recibir la carta del apoderado.

Olga suspiró.

—Si no te conociera —dijo pensativa—, sabe Dios lo que pensaría... Temías inquietarme por los comentarios de los criados, pero ¡no tuviste miedo de causarme tanta preocupación! Ya no te comprendo.

—Pensé que esas murmuraciones te preocuparían. Katia, Siemión, Marfa y ese estúpido de Nikita sabe Dios lo que dicen...

—Hace tiempo que sé lo que dicen —respondió Olga con indiferencia.

—¿Cómo? ¿Lo sabes?

—Pues sí. Katia y la niñera me hablaron de eso, preguntaron por ti, me felicitaron...

—¿Te felicitaron? —preguntó Oblómov, horrorizado—. ¿Tú qué les dijiste?

—Nada, les di las gracias: a la niñera le regalé un pañuelo de cabeza y me prometió ir a pie al monasterio de San Sergio. A Katia le dije que procuraría arreglar su boda con el pastelero; también ella tiene su romance...

Oblómov la miraba entre asustado y sorprendido.

—Tú nos visitas casi todos los días y es muy natural que la servidumbre hable de ello —añadió—, son los primeros en comentar las cosas. A Sóñechka le pasó lo mismo. ¿Por qué eso te alarma tanto?

—¿Así que los rumores proceden de allí? —dijo Oblómov muy despacio.

—¿Acaso carecen de fundamento? ¿No es verdad?

—¡Verdad! —repitió Oblómov en un tono que no era ni de afirmación ni de negación—. Sí —añadió a poco—, en realidad tienes razón; pero yo no quiero que conozcan nuestras citas y por eso tengo miedo...

—Tienes miedo, tiembles como un chiquillo... ¡No lo entiendo! ¿Acaso intentas raptarme?

Oblómov se sentía turbado; Olga lo miraba atentamente.

—Escucha —dijo Olga—, hay algo falso, algo que no es cierto... Ven aquí y dime todo cuanto llevas dentro. Podías no haber venido por precaución un día, dos, una semana, si quieres, pero me habrías prevenido, me habrías escrito. Tú sabes que ya no soy una niña y no es fácil engañarme con tonterías. ¿Qué significa todo eso?

Oblómov reflexionó un momento, luego le besó la mano y suspiró.

—¿Sabes, Olga?, yo creo —empezó a decir— que durante todo ese tiempo mi imaginación me hizo ver toda clase de peligros para ti; las preocupaciones me han torturado, y las esperanzas, que tan

pronto renacían como se esfumaban, me oprimían el corazón; todo ello ha conmocionado mi organismo que, falto de fuerzas, exige algo de reposo, aunque sea temporal...

—¿Por qué yo no estoy falta de fuerzas y sólo busco reposo junto a ti?

—Tú eres joven y fuerte, tu amor es sereno y tranquilo, pero yo... ¡tú sabes cómo te quiero! —dijo Oblómov, agachándose y besándole las manos.

—Todavía no, lo sé poco, eres tan extraño que me pierdo en conjeturas. Ya no sé qué pensar y pierdo las esperanzas... Lo malo es que pronto dejaremos de comprendernos.

Ambos guardaron silencio.

—¿Qué has hecho durante todos estos días? —preguntó Olga, mirando por primera vez la habitación—. No estás bien aquí: los techos son muy bajos; las ventanas, pequeñas; el empapelado, viejo... ¿Dónde tienes las otras habitaciones?

Oblómov se apresuró a mostrarle la vivienda para eludir la respuesta a su pregunta. Ella volvió a sentarse en el diván y él se tumbó en la alfombra a sus pies.

—Bueno, ¿y qué has hecho durante estas dos semanas? —insistió ella.

—He leído, he escrito y he pensado mucho en ti.

—¿Has acabado de leer los libros que te mandé? Me los llevaré.

Olga cogió un libro que se encontraba sobre la mesa y miró la página por la cual estaba abierto: la página estaba llena de polvo.

—¡Tú no has leído!

—No.

Olga fijó la vista en los arrugados cojines bordados, en el desorden que reinaba en la habitación, en las ventanas llenas de polvo; se acercó a la mesa escritorio, levantó algunos papeles, también polvorientos, removi6 la pluma en el seco tintero y lo miró con asombro.

—¿Qué has hecho, entonces? —repitió—. No has leído ni escrito.

—He tenido poco tiempo —comenzó a decir titubeando—; cuando me levanto vienen a arreglar las habitaciones y me molestan; luego se habla del almuerzo, en eso vienen los hijos del ama de la casa, pidiendo que les compruebe un problema, después el almuerzo... Y después del almuerzo, ¿cuándo puedo leer?

—Has dormido después de comer —dijo Olga tan afirmativamente que él, después de un breve titubeo, respondió en voz muy baja:

—Sí...

—¿Por qué?

—Para no darme cuenta del paso del tiempo. Tú no estabas conmigo y sin ti la vida es insoportable, tediosa...

Oblómov se detuvo. Ella lo miraba severamente.

—¡Iliá! —empezó a decir Olga muy seria—. ¿Recuerdas aquel día en el parque cuando me dijiste que renacías a la vida, cuando me aseguraste que yo era tu meta, tu ideal, me tomaste de la mano y me dijiste que tu vida me pertenecía? ¿Recuerdas cómo te acepté?

—¿Cómo podría olvidarlo? Eso fue lo que transformó toda mi vida. ¿No ves, acaso, lo feliz que soy?

—No, no lo veo; me has engañado —dijo Olga fríamente—. Vuelves a abandonarte...

—¿Que yo te engañé? ¡No peques, Olga! ¡Te juro por Dios que por ti me lanzaría ahora mismo a un abismo!

—Sí, en el caso de que el abismo estuviera aquí, bajo tus pies y ahora mismo —lo interrumpió ella—. Pero si se aplazara tres días, cambiarías de opinión, te asustarías, sobre todo si a Zajar o a Anisia se le ocurriera comentarlo... Eso no es amor.

—¿Dudas de mi amor? —dijo Oblómov enardecido—. ¿Crees que temo por mí y no por ti? ¿Que no protejo tu nombre, que no velo como una madre para que el rumor no te alcance? ¡Olga, Olga! ¡Pídeme las pruebas que quieras! Te lo repito, si yo supiera que con otro serías más feliz que conmigo, le cedería sin una queja mis

derechos sobre ti, si fuera preciso morir por ti, lo haría con alegría — acabó de decir con lágrimas en los ojos.

—No necesito nada de eso, nadie te lo exige! ¿Para qué me hace falta tu vida? Quiero que hagas lo que debes. Las personas astutas recurren a la artimaña de ofrecer sacrificios innecesarios o imposibles a fin de no hacerlos realmente precisos. Yo sé que tú no eres astuto, pero...

—¡Tú no sabes cuánta salud he perdido por esa pasión y esos cuidados! —continuó Oblómov—. Desde que te conozco no puedo pensar en otra cosa... Sí, vuelvo a repetirte ahora que sólo tú eres mi ideal, mi meta. Si tú no estuvieras conmigo, moriría o me volvería loco. Sólo por ti aliento, veo, pienso y siento. ¿Por qué te extraña, entonces, que duerma y me abandone los días en que no te veo? Todo me aburre y me asquea. Soy como una máquina, camino, hago algo, pero no sé qué, no me doy cuenta. Tú eres el fuego y la fuerza de esa máquina —decía Oblómov, de rodillas ante ella.

Sus ojos brillaban como antaño en el parque. El orgullo y la fuerza de voluntad se reflejaban en ellos.

—Estoy dispuesto a ir a donde tú ordenes, a hacer lo que tú quieras. Cuando tú me miras, me hablas o cantas, me siento vivir...

Olga escuchaba esas apasionadas manifestaciones grave y pensativa.

—Escucha, Iliá —dijo—, creo en tu amor y en mi poder sobre ti. ¿Por qué me asustas, entonces, con tu indecisión y me haces dudar? Tú dices que yo soy tu meta, pero vas hacia ella con tanta lentitud y timidez; y aún tienes mucho que andar. Has de ser superior a mí. ¡Esto es lo que espero de ti! He visto a personas felices y cómo se querían —añadió con un suspiro—. Toda su vida es actividad y su reposo no se parece al tuyo. No agachan la cabeza, mantienen los ojos abiertos, apenas si duermen, iactúan! Pero tú... no, no creo en tu amor ni en que yo soy tu ideal, tu meta en la vida...

Movió la cabeza con aire dubitativo.

—¡Tú, sólo tú! —decía Oblómov tirado a sus pies y besándole las manos con profunda agitación—. ¡Dios mío, qué felicidad! —repetía como en un delirio—. ¿Y tú crees que es posible engañarte, quedarse dormido después de un despertar así y no convertirse en un héroe? Ya veréis, tanto tú como Andréi —continuó, mirando a su alrededor con ojos inspirados—, a qué alturas puede elevar a un hombre el amor de una mujer como tú. Mírame, mírame bien, ¿es que no he resucitado, no estoy viviendo en este instante? ¡Salgamos de aquí! ¡Vamos fuera! ¡Vamos! No puedo quedarme aquí ni un minuto más.

—¡Me ahogo, siento asco! —decía contemplando la habitación con no fingida repugnancia—. Déjame acabar el día sintiendo lo mismo que ahora... ¡Ah, si ese fuego que ahora arde en mí ardiera igual mañana y siempre! Cuando tú no estás, me apago y caigo. Ahora he revivido, he resucitado. Creo que yo... ¡Olga, Olga! Eres la mujer más maravillosa del mundo, eres la primera entre todas, tú... tú...

Apretó el rostro contra las manos de Olga y enmudeció. Le era imposible seguir hablando. Se puso la mano en el corazón para calmar sus latidos, dirigió a Olga una mirada emocionada, llena de pasión y quedó inmóvil.

«¡Cuánta ternura hay en él!», pensaba Olga, pero con cierta pesadumbre, no como antaño en el parque y quedó profundamente pensativa.

—Es hora de que me vaya —dijo al fin cariñosamente, volviendo en sí. Oblómov se recobró de inmediato.

—¡Tú aquí, en mi cuarto! ¡Oh, Dios mío! —exclamó, y sus ojos, antes tan inspirados, miraron tímidamente a su alrededor y de su boca no salió ninguna otra palabra.

Apresurándose, cogió el sombrero y el abrigo de Olga y, aturdido, intentó ponérselo en la cabeza.

Olga se echó a reír.

—No temas por mí —dijo, procurando tranquilizarlo—, ma tante se fue para todo el día y en casa únicamente la niñera y Katia saben dónde estoy. Acompáñame.

Le tendió la mano y cruzó sin temor, orgullosamente, el patio, consciente de su inocencia; en medio de los furiosos ladridos y saltos del perro, subió al coche y se fue.

En las ventanas de la parte correspondiente a la dueña de la casa se vieron algunas cabezas; también Anisia se asomó por detrás de la valla.

Cuando el coche dobló la esquina, llegó Anisia y dijo que había recorrido todo el mercado sin encontrar espárragos. Zajar regresó tres horas después y se pasó durmiendo todo el día.

Oblómov paseó por la habitación durante mucho tiempo sin sentir el suelo bajo sus pies ni oír el ruido de sus pisadas: tenía la sensación de flotar en el aire.

Tan pronto como el ruido de las ruedas del coche por la nieve, que se llevaba su vida y felicidad, se acalló, dejó de sentirse inquieto. Se irguió y sus ojos brillaron de dicha y emoción. Experimentaba en todo su cuerpo una sensación de calor, frescura y energía. Y de nuevo, como antes, deseó de pronto marcharse a cualquier lugar lejano: allí donde estaba Shtolz, con Olga a la aldea, al campo, al bosque, deseaba quedarse a solas en su despacho y entregarse al trabajo, ir al embarcadero de Rybinsk, construir el camino y leer el último libro publicado, del cual hablaban todos, e ir a la ópera ese día...

Sí, ella había ido a verlo hoy a su casa, luego él iría a la suya, la vería en el teatro. ¡Un día pleno! ¡Qué bien se respira en aquella atmósfera, al lado de Olga, entre los rayos de su esplendor virginal, de sus vigorosas fuerzas, de su clara inteligencia, tan profunda y sutil! Más que andar, Oblómov tenía la impresión de que volaba, de que alguien lo llevaba en brazos por la habitación.

«¡Adelante, adelante! —decía Olga—. ¡Arriba, arriba, hacia el límite, donde la fuerza de la ternura y la gracia pierde sus derechos

y comienza el reino del varón!».

¡Con qué claridad comprende Olga la vida! ¡Cómo sabe leer en ese complicado libro su camino y, por instinto, adivina también el de él! Ambas vidas deben unirse como dos ríos; ¡y él ha de ser su guía, su jefe!

Ella intuye sus fuerzas y capacidades, sabe de lo que es capaz y espera sumisa su dominio. ¡Maravillosa Olga, segura, sencilla, sincera, pero decidida, una mujer tan natural como la vida misma!

«¡Qué asqueroso es todo esto! —pensó, mirando alrededor—. ¡Pero mi ángel descendió a esta ciénaga y la santificó con su presencia!».

Contempló con amor la silla donde ella había estado sentada y sus ojos se iluminaron de pronto: en el suelo, junto a la silla, vio un pequeño guante.

—¡La prenda que me ha dejado! ¡Es una señal profética! —gimió, besando apasionadamente el guante.

Agafia Matvéievna se asomó a la puerta y le preguntó si no le interesaría ver unas telas de hilo que traían para vender.

Oblómov se limitó a darle las gracias secamente y se excusó, diciendo que estaba muy ocupado. Se sumió luego en los recuerdos del verano, pasó revista a todos los detalles, recordó cada árbol, arbusto, banco, cada palabra dicha, y todo le pareció más grato de lo que había sido entonces.

Procuraba dominar su alegría, pero no podía: cantaba, bromeaba cariñosamente con Anisia por no tener hijos y prometía ser el padrino en cuanto naciese alguno. Y armó tal jaleo con Masha, que Agafia Matvéievna echó a la niña de su despacho para que no lo molestase en sus «ocupaciones».

El resto del día fue aún más alegre. Olga estaba contenta, cantó mucho y después todos fueron a la ópera; más tarde tomó el té en su casa y en el transcurso del mismo la tía, el barón, Olga y él estuvieron charlando con tanta sinceridad y confianza, que él se sintió un miembro más de esa pequeña familia. ¡Ya no quería vivir

solo! Ahora tenía un rincón y su vida se había anudado firmemente; había en ella luz y calor, ¡qué bien se vivía con eso!

Durmió poco durante aquella noche: estuvo leyendo los libros enviados por Olga; leyó un tomo entero y parte de otro.

«Seguro que mañana mismo recibiré carta del apoderado — pensó, y su corazón latió alborozado—. ¡Por fin!».

CAPÍTULO VIII

LIMPIANDO la habitación al día siguiente, Zajar encontró un pequeño guante sobre el escritorio, lo contempló un rato, sonrió y se lo tendió a Oblómov.

—Lo debió de olvidar la señorita Ilinski —dijo.

—¡Estúpido! —tronó Iliá, arrancándole el guante de las manos—. ¡Te equivocas! ¿Por qué hablas de la señorita Ilinski? Ayer vino a probarme unas camisas la modista. ¿Cómo te atreves a decir semejante cosa?

—¿Por qué soy estúpido? ¿Qué es lo que invento? En las habitaciones de la patrona dicen...

—¿Qué dicen? —preguntó Oblómov.

—Pues que ayer vino la señorita Ilinski con la doncella.

—¡Dios mío! —exclamó Oblómov horrorizado—. ¿Y de qué conocen allí a la señorita Ilinski? Tú y Anisia habréis ido con el cuento...

Anisia asomó de pronto medio cuerpo por la puerta del vestíbulo.

—¿Cómo no te dará vergüenza, Zajar Trofímovich, decir tantas tonterías? No le haga usted caso, Iliá Ilich, nadie dijo nada ni sabe nada, por Nuestro Señor se lo juro...

—¡Largo de aquí! —bramó Zajar, amenazándola con el codo—. Siempre te metes cuando nadie te llama.

Anisia desapareció. Oblómov amenazó a Zajar con los puños, después abrió rápidamente la puerta que comunicaba con las habitaciones de la patrona. Agafia Matvéievna, sentada en el suelo,

revisaba el contenido de un viejo baúl; había junto a ella montones de trapos, viejos vestidos, botones y restos de pieles.

—Escúcheme —empezó a decir Oblómov cariñosamente, pero con cierta agitación—, mis criados andan diciendo tonterías, le ruego, por Dios, que no les crea...

—Yo no oí nada —respondió la mujer—. ¿Qué andan diciendo?

—Hablan de la visita de ayer —continuó Oblómov—, dicen que vino a verme una señorita...

—¡Qué nos importan las visitas que reciben los inquilinos! —dijo Agafia Matvéievna.

—Le ruego, sin embargo, que no les crea, es una verdadera calumnia. No vino ninguna señorita, era simplemente la modista que me está haciendo unas camisas. Vino para probármelas...

—¿Dónde encargó usted las camisas? ¿Quién se las hace? —preguntó muy interesada la mujer.

—En la tienda francesa.

—Enséñemelas en cuanto se las traigan; conozco a dos jóvenes que las hacen mejor que cualquier francesa. Me las trajeron para que las viese, cosen para el conde Metlinski, nadie es capaz de igualarlas. Ni comparación tienen con las que usted lleva...

—Muy bien, lo tendré en cuenta. Pero, por Dios, no piense que era la señorita...

—¡Qué nos importan sus visitas! Y aunque fuera la señorita...

—¡No era ella, no! —insistió Oblómov—. La señorita a que se refiere Zajar es muy alta, tiene la voz ronca, y la modista, a lo mejor la han oído, habla en tono muy suave, tiene una voz maravillosa. No piense, por favor...

—¡Qué nos importa! —volvió a decir Agafia Matvéievna cuando se retiraba Oblómov—. Pero no olvide, cuando necesite camisas, dígamelo. Mis conocidas cosen magníficamente... se llaman Lizavieta Nikolaievna y María Nikolaievna...

—Está bien, está bien, no lo olvidaré, pero usted no crea lo que dicen, se lo pido por favor.

A continuación se vistió y fue a la casa de Olga.

Cuando regresó a la suya, encontró sobre la mesa una carta del vecino a quien había nombrado apoderado suyo. Se acercó apresuradamente a la lámpara, leyó la carta y quedó anonadado. El vecino escribía:

Le ruego encarecidamente que nombre apoderado a otra persona, pues pesa sobre mí mucho trabajo aplazado y no puedo, en conciencia, cuidar como es debido sus intereses. Sería bueno que viniese usted en persona y, aún mejor, que se instalase en Oblómovka. La propiedad es buena, pero está muy abandonada. En primer lugar habría que distribuir mejor el trabajo entre los siervos, así como los tributos. Sin la presencia del dueño es imposible hacerlo. Los mujiks están mal acostumbrados y no obedecen al nuevo administrador, y el viejo es un bribón a quien habría que vigilar. Resulta imposible precisar la cifra de sus ingresos. Teniendo en cuenta el desorden que reina en la propiedad, es poco probable que ascienda a más de tres mil rublos, y eso en el caso de que venga usted personalmente. Según mis cálculos, esa suma se obtendría por la venta del trigo, ya que las esperanzas de cobrar las rentas son bastante pequeñas. Hay que apretar las clavijas y aclarar lo que deben. Para todo eso tendría que estar en la aldea tres meses al menos. La cosecha y los precios fueron buenos; recibirá usted el dinero en marzo o abril, en el caso de que se cuide personalmente de la venta. En la actualidad no hay nada de dinero.

Por lo que se refiere al camino desde Verjliovo y el puente, como su carta tardó mucho en llegar, me puse de acuerdo con Odintzov y Bielovod para construirlo desde mi propiedad hasta Nielki, de modo que Oblómovka queda muy apartada. Para terminar, le reitero mi ruego de que venga usted lo antes posible. Al cabo de tres meses podrá determinar la renta para el próximo año. Y, a propósito, estamos en época de elecciones, ¿no le agradecería presentar su candidatura para el cargo de juez del distrito? Dese prisa. Su casa está en muy mal estado. Ordené a la vaquera, al viejo cochero y a dos viejas criadas que se trasladaran a la *izbá* más próxima, ya que resultaba peligroso quedarse en ella por más tiempo.

Adjuntaba a la carta una nota con la relación de los sacos de trigo recogidos, molidos y almacenados; la cantidad destinada a la venta y demás detalles prácticos.

«No hay nada de dinero, ir allí por tres meses, desenredar las cuentas de los campesinos, fijar la renta del año próximo, presentarse a las elecciones»... todo eso, como si fueran espectros, rodeó de pronto a Oblómov. Le pareció que estaba de noche en un bosque, cuando en cada árbol y arbusto nos parece ver a un asesino o un cadáver o una fiera.

«¡Es una vergüenza! ¡Pero no pienso claudicar!», se decía, procurando enfrentarse a esos espectros al igual que el cobarde trata de mirar a los fantasmas a través de sus entornados ojos, sintiendo cómo se le hiela el corazón, cómo le desfallecen las piernas y los brazos.

¿En qué confiaba, pues, Oblómov? Pensaba que en la carta le dirían con toda precisión la renta a percibir y confiaba, naturalmente, en que fuera considerable, unos seis mil o siete mil rublos; que la casa seguía en buen estado y, en caso de necesidad, podía ser habitada mientras se construía la otra y, finalmente, que el apoderado le enviaría unos tres mil o cuatro mil rublos... En una palabra, que leería en esa carta la misma alegría, optimismo y amor que leía en las cartitas enviadas por Olga.

Ahora ya no le parecía flotar en el aire, ya no bromeaba con Anisia, ni soñaba con la felicidad: tenía que aplazarla por tres meses, pero ¡tampoco! En tres meses sólo conseguiría aclarar algunas cosas, conocer su propiedad, pero la boda...

«¡Antes de un año no se podrá pensar en la boda! —se dijo temeroso—. Sí, sí, por lo menos un año. Todavía he de terminar mi plan, hablar con el arquitecto... después...», y suspiró.

«¡Puedo pedir un préstamo!», pensó de pronto, pero rechazó de inmediato esa idea.

«¡Es imposible! ¿Y si luego no puedo pagarlo en el plazo fijado? Si las cosas me van mal, procederán contra mí y el nombre de Oblómov hasta ahora limpio, sin mancha... ¡Dios nos libre! Adiós entonces al sosiego, a la propia dignidad... ¡No, no! Otros que lo han hecho no salen de cuidados, trabajan, no duermen, como si tuviesen

demonios dentro. Sí, una deuda es como un demonio, un espíritu del mal que tan sólo con el dinero se puede echar».

»Hay personas listas que viven siempre a costa ajena, piden allá, piden aquí y de nada se preocupan. No entiendo cómo pueden dormir y comer tranquilamente. La consecuencia de una deuda es un trabajo incesante, como el de un forzado, o el deshonor. ¿Hipotecar Oblómovka? ¿No es, acaso, la misma deuda, pero inaplazable, inflexible? Hay que pagar cada año y, quién sabe, tal vez no llegue el resto para vivir».

Su felicidad se aplazaba por un año más. Oblómov exhaló un doloroso gemido y se tumbó en la cama, pero se levantó en el acto. ¿Y Olga? Confiaba en él como en un hombre, creía en sus fuerzas. Esperaba que él hiciese frente a la situación, que llegase a lo alto y desde allí le tendiese la mano, la condujese y le señalase el camino. ¡Sí, sí! Pero ¿por dónde comenzar?

Reflexionó un buen rato, luego se dio una palmada en la frente y se dirigió a la habitación de Agafia Matvéievna.

—¿Está en casa su hermano?

—Sí que está, pero ya se acostó.

—Ruéguele que pase mañana a hablar conmigo —dijo Oblómov—, necesito verlo.

CAPÍTULO IX

EL hermano entró de la misma forma que el primer día, tomó asiento en una silla con idéntico cuidado, escondió las manos en las mangas y esperó a que hablara Iliá Ilich.

—He recibido una carta muy desagradable de Oblómovka en respuesta a la que yo escribí nombrando apoderado a un vecino, ¿lo recuerda? —dijo Oblómov—. Tenga la bondad de leerla.

Iván Matvéievich cogió la carta, la recorrió rápidamente con la vista y la depositó luego sobre la mesa, escondiendo de inmediato las manos tras la espalda.

—¿Qué opina usted sobre lo que debo hacer ahora? —preguntó Oblómov.

—Su amigo le aconseja que vaya usted personalmente a Oblómovka —respondió Iván Matvéievich—. Mil doscientos kilómetros no son gran cosa. Dentro de una semana los caminos ya estarán en condiciones y podrá ir.

—He perdido el hábito de viajar y le confieso que, debido a la falta de costumbre y teniendo en cuenta que estamos en invierno, no me apetece ir, no quisiera hacerlo... Además, es muy aburrido vivir solo en el campo.

—¿Tiene usted muchos campesinos tributarios? —preguntó Iván Matvéievich.

—Pues... no lo sé; hace tiempo que no voy por allí.

—Hay que saberlo, sin eso no puede hacerse el cómputo de la renta a percibir.

—Sí —respondió Oblómov—, debería saberlo. También el vecino me lo dice, pero como estamos en invierno...

—¿Y cuánto supone usted que le pagan?

—¿Cuánto? Creo que... espere, antes tenía una lista... me la hizo Shtolz en tiempos, pero no sé dónde está. Zajar la habrá metido seguramente en alguna parte. Se la enseñaré más tarde... creo que treinta rublos por animal de tiro.

—¿Cómo son sus *mujiks*? ¿Qué tal viven? —preguntó Iván Matvéievich— ¿Son ricos o pobres? ¿Cuántos trabajan para usted?

—Escúcheme —dijo Oblómov acercándose a él y sujetándole amistosamente por las solapas del uniforme.

Iván Matvéievich se levantó de inmediato, pero Oblómov lo obligó a sentarse de nuevo.

—Escúcheme —dijo despacio y casi en voz baja—, ignoro cuántos trabajan para mí, desconozco las faenas del campo, no sé si son ricos o pobres, no sé lo que es un cuarto de cebada o avena, lo que cuestan, en qué mes se siembra una u otra cosa, cómo se vende y cuándo, no sé si soy rico o pobre, si el año próximo tendré dinero o seré un mendigo, ino sé nada! —concluyó tristemente, soltando a Iván Matvéievich y dando un paso hacia atrás—; por consiguiente, hábleme y aconséjeme como a un niño...

—Pues debería usted saber. Sin eso no podrá arreglar nada —dijo Iván Matvéievich, sonriendo con humildad—. Un terrateniente —continuó, poniéndose en pie al tiempo que ocultaba una mano en la espalda y la otra en el pecho— debe conocer su propiedad y saber administrarla —añadió en tono didáctico.

—Pues yo no sé, enséñeme si puede.

—Nunca me dediqué a esa cuestión, tendré que pedir consejo a personas expertas. En la carta le dicen —continuó Iván Matvéievich, señalando con la uña del dedo corazón unas líneas de la carta— que se presente a las elecciones. Eso sería muy conveniente.

»Tendría que vivir allí, trabajaría en el tribunal y, de paso, aprendería a gobernar su propiedad.

—Ignoro lo que es un tribunal de distrito, no sé lo que hacen allí ni cuál sería mi misión —replicó Oblómov a media voz, pero recalcando sus palabras.

—Se acostumbrará. Además, usted trabajó aquí en un departamento; el trabajo es igual en todas partes, se diferencia un poco en las formas. En todas las oficinas hay prescripciones, reglamentos, actas... Con tal de tener un buen secretario, estaría libre de todo cuidado. Se limitaría a firmar, ya sabe usted cómo se hace en los departamentos...

—Tampoco sé cómo se hace en los departamentos —dijo Oblómov con voz monótona.

Iván Matvéievich miró a Oblómov y guardó silencio.

—¿Supongo que habrá leído todos esos libros? —preguntó con la misma sonrisa humilde.

—¡Libros! —exclamó amargamente Iliá Ilich, y se contuvo.

Le faltó decisión y no consideró necesario abrir su corazón ante ese burócrata. «Tampoco sé lo que son los libros», quiso decir, pero se calló, limitándose a suspirar tristemente.

—Pero de algo se ocupará usted —añadió Iván Matvéievich como si hubiera adivinado su respuesta acerca de los libros—; no es posible...

—Es posible, Iván Matvéievich, y en mí tiene usted un ejemplo vivo. ¿Quién soy yo? ¿Qué soy? Si se lo pregunta a Zajar, él le dirá que «el señor». Sí, soy un señor y no sé hacer nada. Hágalo usted si sabe y ayúdeme, si puede. Cobre cuanto quiera por su trabajo, la sapiencia se recompensa.

Oblómov comenzó a pasearse por la habitación. Iván Matvéievich permanecía sin moverse de su sitio, pero volvía el cuerpo en la dirección seguida por Iliá Ilich. Ambos permanecieron callados un buen rato.

—¿Dónde estudió usted? —preguntó Oblómov, deteniéndose ante él.

—Empecé a estudiar en el colegio, pero en el sexto curso mi padre me hizo dejar los estudios y me colocó en una oficina. ¡Ya sabe cuál es nuestra ciencia! Leer, escribir, gramática, matemáticas y ise acabó! Me acostumbré a trabajar y voy viviendo. Lo de usted es distinto, habrá estudiado verdaderas ciencias...

—Sí —confirmó Oblómov suspirando—, es cierto, estudié Álgebra Superior, Economía Política y Derecho, pero no me acostumbré a trabajar. Ya ve, sabiendo Álgebra Superior no sé cuál es mi renta. Y de regreso a la aldea, cuando comprendí y vi lo que pasaba en mi casa, en la propiedad y a nuestro alrededor, me di cuenta de que nada de eso concordaba con el Derecho que había estudiado. Llegué aquí pensando que con la Economía Política podría abrirme camino... Pero me dijeron que las ciencias me servirían pasados los años, tal vez cuando fuera viejo, pero que antes debía progresar en el escalafón; para ello sólo una ciencia se necesitaba: escribir papeles. Por eso no estoy acostumbrado al trabajo y me convertí simplemente en señor. Usted, en cambio, se adaptó; por lo tanto, piense en el modo de solucionar esta situación.

—Puede, claro está, hallarse una solución —dijo al fin Iván Matvéievich.

Oblómov se detuvo frente a él, en espera de que hablase.

—Habría que encargarse de todo eso a una persona preparada y pasar a su nombre el poder —añadió Iván Matvéievich.

—Pero ¿dónde encontraremos a ese hombre? —preguntó Oblómov.

—Tengo un compañero en la oficina, Isai Fómich Zatiorty, que es algo tartamudo pero sabe mucho de estas cuestiones. Durante tres años dirigió una gran propiedad, pero el terrateniente lo despidió por su tartamudez. Ahora trabaja en mi oficina.

—¿Se puede confiar en él?

—¡Es de lo más honrado que puede haber! Por eso no se preocupe. Gastaría de su propio dinero con tal de dar satisfacción a

la persona que ha confiado en él. Lleva más de once años trabajando conmigo.

—¿Cómo podrá ir si está trabajando?

—No tiene mayor importancia. Podría solicitar un permiso por cuatro meses. Si usted se decide, se lo presentaré. Pero, como es natural, no querrá hacerlo gratis.

—Claro que no —se apresuró a decir Oblómov.

—Tendrá que asignarle dietas de viaje, subvenir a la manutención diaria y, al acabar su trabajo, pagarle según acuerden. Accederá a ir, sin duda.

—Le estoy muy agradecido, me libra usted de muchas preocupaciones —dijo Oblómov, tendiéndole la mano—. ¿Cómo dice que se llama su amigo?

—Isai Fómich Zatiorty —repitió Iván Matvéievich; se secó rápidamente la mano con la bocamanga del otro brazo, estrechó un instante la mano que le tendía Oblómov y escondió de inmediato la suya en la manga—. Mañana hablaré con él y lo traeré por la tarde.

—Sí, vengan a comer y hablaremos. Le estoy muy agradecido—repitió Oblómov, acompañándolo hasta la puerta.

CAPÍTULO X

EN la tarde de aquel mismo día, en una casa de dos plantas, una de cuyas fachadas daba a la calle donde vivía Oblómov y la otra al callejón, se encontraban en una de las habitaciones del segundo piso Iván Matvéievich y Tarántiev.

La casa era una especie de cantina, a la puerta se veían siempre dos o tres coches vacíos, mientras que los cocheros tomaban té en la planta inferior. La de arriba estaba destinada a los «señores» del barrio de Vyborg.

En la mesa de Iván Matvéievich y Tarántiev había sendos vasos de té y una botella de ron.

—Es ron auténtico de Jamaica —dijo Iván Matvéievich sirviéndose con mano temblorosa un vaso—, no me lo desprecies, compadre.

—Confiesa que tienes buenos motivos para agasajarme —respondió Tarántiev—. Se habría podrido la casa en espera de un inquilino semejante.

—¡Cierto, cierto! —contestó Iván Matvéievich—. Y si el asunto sale bien y Zatiorty va a Oblómovka, tendrás también tu recompensa.

—Pero tú, compadre, eres un rácano; hay que regatear contigo —respondió Tarántiev—. ¡Mira que cincuenta rublos por semejante inquilino!

—Temo que quiera marcharse, habla de irse —observó Iván Matvéievich.

—¡Qué cosas dices! ¡Y eso que te las das de listo! ¿Adónde quieres que vaya? No conseguirás echarlo, aunque quieras.

—¿Y la boda? Dicen que se casa.

Tarántiev rio a carcajadas.

—¡Casarse él! ¡Te apuesto lo que quieras a que no se casa! —replicó—. ¿Cómo quieres que se case un hombre que no puede acostarse sin ayuda de Zajar? Hasta ahora yo lo favorecía en todo, sin mí se habría muerto de hambre o lo hubieran metido en la cárcel. Siempre que se encontraba en apuros acudía a mí, él solo nada sabía resolver. No entiende nada.

—Es cierto, nada, «no sé —me dice— lo que hacen en el juzgado de distrito ni en el departamento», no sabe cuántos *mujiks* tiene... ¡Risa me daba oírlo!

—¡Menudo contrato le hice firmar! —siguió alabándose Tarántiev—. ¡Eres un maestro, Iván Matvéievich, en eso de los papeles, un verdadero maestro! Me recuerdas a mi difunto padre. También yo tenía buena mano, pero ya perdí la costumbre; tan pronto como me pongo, empiezan a lagrimearme los ojos... ¡y pensar que sin leerlo estampó su firma! ¡Y mira si había allí cosas: el huerto, la cochera, los cobertizos...!

—Sí, compadre, mientras haya papanatas en Rusia que firmen sin leer podremos vivir. Si no fuera por eso estaríamos perdidos, las cosas van muy mal ahora. Cuando oyes hablar a los viejos, comprendes que lo de ahora ni comparación tiene con los tiempos de antaño. ¿Qué capital he conseguido hacer yo después de veinticinco años de trabajo? Claro que puedo vivir en el barrio de Vyborg, pero sin asomar las narices al mundo; comida no me falta, y buena, además, no me quejo. Pero vivir en un piso de la calle Litiénaia, tener alfombras, casarse con una mujer rica, ennoblecer a los hijos; de todo eso, ¡ni hablar! La jeta, te dicen, no es la adecuada, tus manos son rojas y además, bebes vodka. ¡Y cómo no vas a beberlo! Prueba a no hacerlo. Vas peor que un lacayo, dicen. Hoy día un lacayo no se pone unas botas así y cambia de camisa

todos los días. Se recibe otra educación... ¡esos mocosos nos han cerrado todos los caminos! Se pavonean. Hablan y leen en francés...

—Pero no saben nada —añadió Tarántiev.

—Te equivocas, hermano, saben; pero todo ahora es distinto. La gente quiere las cosas claras, y eso nos fastidia. Así no se debe escribir, dicen, no hace falta volver a copiarlo, son ganas de perder el tiempo, puede hacerse más deprisa... ¡Lo echan todo a perder!

—¡Pero el contrato lo firmó! No lo echó a perder —dijo Tarántiev.

—Eso sí, y es sagrado. ¡Bebamos, compadre! Ahora, que mande a Zatiorty a la aldea, éste chupará un poco y que se las apañen luego los herederos.

—¡Que se las apañen! —exclamó Tarántiev—. Pero si no los tiene... Unos primos en segundo o tercer grado...

—¡Me da miedo la boda! —dijo Iván Matvéievich.

—No temas, te digo. Cree en mi palabra.

—¿Estás seguro? —preguntó Iván Matvéievich contento—, ¿sabes —añadió en un susurro— que le pone ojos tiernos a mi hermana?...

—¿Qué dices? —preguntó, asombrado, Tarántiev.

—Tú no digas ni palabra. Te juro que es así...

—Vaya, vaya —exclamó Tarántiev asombrado, sin recobrase aún de su sorpresa—. ¡Ni en sueños me lo habría imaginado! ¿Y ella qué?

—¿Qué esperas de ella? Ya sabes cómo es.

Y golpeó la mesa con el puño.

—No sabe velar por sus intereses. Es una vaca, una auténtica vaca. Igual si le pegan que si la abrazan, sólo sabe sonreír y enseñar los dientes como un caballo ante la cebada. Otra en su lugar... Pero yo no la perderé de vista, ¿comprendes lo que eso puede significar?

CAPÍTULO XI

«¡CUATRO meses! Otros cuatro meses de citas secretas, de rostros sospechosos, de sonrisas maliciosas —pensaba Oblómov mientras subía las escaleras de la casa de Olga—. ¡Dios mío, cuándo acabará todo esto! Y Olga me meterá prisa. Hoy, mañana... ¡Es tan insistente, tan inflexible! Es difícil convencerla...».

Oblómov casi llegó a las habitaciones de Olga sin ver a nadie. La encontró en un pequeño saloncito, anterior a la alcoba, entregada a la lectura de un libro.

Apareció ante ella tan de improviso, que Olga se estremeció; luego, le tendió la mano sonriendo cariñosamente, pero sus ojos parecían aún seguir fijos en el libro; miraba con aire distraído.

—¿Estás sola? —preguntó Oblómov.

—Sí, *ma tante* ha ido a Zarskoie Sielo; quería que yo la acompañase, pero me quedé. Comeremos casi solos, vendrá únicamente María Siemiónova; de otro modo no podría recibirte. Hoy no podrás hablar con mi tía. ¡Qué aburrido es todo esto! En cambio mañana... —añadió sonriente—. ¿Y qué habrías hecho si me hubiese ido a Zarskoie Sielo? —preguntó risueña.

Oblómov permanecía silencioso.

—¿Estás preocupado? —preguntó Olga.

—He recibido carta del apoderado —respondió con voz monótona.

—¿Dónde está? ¿La llevas encima?

Oblómov le tendió la carta.

—No entiendo nada —dijo, tratando de descifrar la escritura.

Oblómov cogió la carta y la leyó en voz alta. Olga permaneció pensativa.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó, tras un momento de silencio.

—He consultado hoy con el hermano de la dueña de la casa —respondió Oblómov— y me recomienda que nombre apoderado a un amigo suyo, a un tal Isai Fómich Zatiorty; le encargaré que haga las gestiones necesarias.

—¡Vas a encargar esas gestiones a un hombre desconocido, a un extraño! —preguntó Olga, sorprendida—. ¿Que cobre los tributos, que aclare con los campesinos las cuentas pendientes, que se ocupe de la venta del trigo...?

—Él dice que es muy decente, lleva sirviendo en su oficina más de once años... Tartamudea un poco únicamente...

—¿Y cómo es el hermano de tu patrona? ¿Lo conoces bien?

—No, pero parece un hombre práctico, muy entendido y, además, como vivo en su casa le dará reparo engañarme.

Olga callaba, con la vista fija en el suelo.

—De otro modo tendría que ir yo mismo —dijo Oblómov—; te confieso que no me gustaría hacerlo... He perdido por completo la costumbre de viajar, sobre todo en invierno... jamás lo hice, ésa es la verdad.

Olga seguía sin levantar la vista, tan sólo movía la punta de su zapato.

—Incluso si fuera —continuó Oblómov— no conseguiría absolutamente nada; los *mujiks* me engañarían, el administrador me diría lo que le diese la gana y yo tendría que creerle; me daría el dinero que se le antojase. ¡Es una lástima que no esté Andréi! Él lo solucionaría todo —añadió tristemente.

Olga sonrió, aunque sólo en apariencia; su corazón estaba lleno de amargura. Miró por la ventana, entornando un poco los ojos, observando el paso de cada coche.

—Ese hombre, dicho sea de paso, administró antes una gran propiedad —continuó diciendo Oblómov—, pero el terrateniente le despidió por ser tartamudo. Pondré el poder a su nombre, le daré los planos de la casa y él se encargará de comprar los materiales, de recoger el dinero de los campesinos tributarios, de vender el trigo; traerá el dinero y entonces... ¡Qué contento estoy, querida Olga —exclamó, besándole la mano—, de no tener que dejarte! No resistiría esa separación, el estar solo en la aldea sin ti... ¡Qué espanto! Pero ahora hemos de tener muchísimo cuidado.

Olga clavó en él una mirada profunda y esperó.

—Sí —empezó a decir lentamente Oblómov, casi tartamudeando—, hemos de vernos muy de tarde en tarde; ayer volvieron a hablar de nosotros en casa de la patrona... y yo no quiero que hablen... En cuanto esté todo solucionado, el apoderado disponga la construcción de la casa y traiga el dinero... todo eso no podrá tardar más de un año... ya no habrá más separaciones, se lo diremos a tu tía y... y...

Oblómov la miró: Olga se había desmayado. Tenía la cabeza ladeada y entre sus azulados labios se veían los dientes. Embebido como estaba en sus risueños planes, no se percató de que al decir «en cuanto esté todo solucionado y el apoderado disponga», Olga había palidecido sin oír el final de la frase.

—¡Olga! ¡Dios mío, se encuentra mal! —exclamó, y tiró del cordón de la campanilla—. ¡La señorita se encuentra mal! —dijo a Katia, que había acudido corriendo—. ¡Trae agua... alcohol!

—¡Dios mío! ¡Con lo contenta que ha estado toda la mañana!... ¿Qué le pasa? —decía Katia; había traído un frasco con alcohol desde la habitación de la tía y, además, un vaso de agua.

Olga volvió en sí, se levantó del sillón con la ayuda de Oblómov y Katia y, tambaleándose, se dirigió a su alcoba.

—No es nada —dijo con voz débil—, son los nervios, he dormido mal la noche pasada; Katia, cierra la puerta, y usted espéreme; en cuanto me encuentre mejor, saldré.

Oblómov quedó solo. De cuando en cuando acercaba la oreja a la puerta, miraba por el ojo de la cerradura, pero ni se oía ni se veía nada.

Media hora más tarde buscó a Katia en las dependencias de la servidumbre y le preguntó qué tal estaba la señorita.

—Está mejor —dijo Katia—; se acostó y me dijo que saliera. Más tarde entré y estaba sentada en el sillón.

Oblómov volvió a la salita, miró de nuevo a la puerta, pero no se oía nada.

Llamó quedamente con los nudillos; no hubo respuesta.

Tomó asiento y reflexionó. Muchas cosas pasaron por su mente durante la hora y media que estuvo esperando; sus pensamientos y decisiones también experimentaron muchos cambios. Finalmente, decidió que él mismo iría a Oblómovka con el apoderado, pero que antes pediría la mano de Olga y encargaría a Iván Guerásimovich que le buscara un piso e, incluso, pediría algo de dinero prestado para celebrar la boda.

Podría pagar esa deuda con lo que sacara de la venta del trigo. ¿Por qué, entonces, se sentía tan abrumado? ¡Dios mío, cómo podían cambiar de aspecto las cosas en un instante! Una vez en la aldea, él, con el apoderado, cobraría las rentas. Y, además, podía escribir a Shtolz, él le daría dinero y luego, cuando volviera, se lo arreglaría todo en Oblómovka, construiría caminos y puentes por todas partes, organizaría escuelas... y después ¡Olga y él! ¡Qué felicidad, Dios santo! ¿Cómo no se le habría ocurrido antes?

Se sintió de súbito tan contento y aliviado, que empezó a pasearse por la salita de un rincón a otro a punto de gritar de alegría; se acercó a la puerta de Olga y la llamó quedamente con voz alegre.

—¡Olga, Olga! ¡Escucha lo que voy a decirte! —dijo, aplicando los labios a la puerta—. Seguro que no te lo esperas...

Había decidido, incluso, no marcharse de la casa hasta no ver a la tía. «Hoy mismo se lo comunicamos y saldré de la casa como

novio oficial».

La puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció Olga. Cuando la miró, toda su alegría se fue. Parecía más vieja y estaba pálida, pero sus ojos brillaban; en sus labios cerrados, en todos los rasgos de su rostro, forzadamente serenos e inmóviles, se leía una decisión interna, inflexible.

Leyó esa decisión en sus ojos, pero aún no sabía cuál era; sintió un vuelco en el corazón como jamás sintiera antes. En su vida nunca había habido un momento semejante.

—Escucha, Olga, no me mires así, me da miedo! —dijo—. He cambiado de idea, hay que tomar otra decisión... —continuó, bajando cada vez más la voz, deteniéndose y procurando comprender esa nueva, para él, expresión de sus ojos y labios—; he decidido ir personalmente a Oblómovka con el apoderado... y una vez allí... —dijo con voz apenas audible.

Olga no decía nada, lo miraba con fijeza, inmóvil como un fantasma.

Oblómov comenzó a intuir la sentencia que le esperaba y cogió su sombrero, pero tardaba en preguntar; le daba miedo oír la fatal decisión, tal vez sin apelación posible. Por fin hizo acopio de fuerzas.

—¿He comprendido bien? —preguntó con voz temblorosa.

Olga afirmó con la cabeza lenta y suavemente. Aunque él había adivinado ya su pensamiento, palideció. Seguía de pie ante ella.

Olga estaba algo triste, pero parecía tan serena e inmóvil como si fuera una estatua de piedra. Era esa quietud sobrenatural que una decisión o un sentimiento lacerado proporcionan de pronto al ser humano la fuerza necesaria para dominarse, aunque sólo sea por unos instantes. Se parecía a un herido que aprieta su herida con una mano para acabar de decir lo que precisa y morir luego.

—¿No me odiarás? —preguntó.

—¿Por qué? —dijo Olga con voz débil.

—Por todo cuanto te hice...

—¿Qué hiciste?

—¡Te he querido! Es una ofensa.

Olga sonrió apenada.

—Por haberte tú equivocado... —siguió diciendo Oblómov sin levantar la cabeza—. Tal vez me perdones si recuerdas que te previne, te dije que te avergonzarías, que te arrepentirías...

—No me arrepiento de nada. Me duele tanto, tanto..., —dijo Olga, y se detuvo para recobrar el aliento.

—A mí me duele más —dijo Oblómov—, aunque me lo merezco. Pero ¿por qué has de sufrir tú?

—Por mi orgullo —respondió ella—, estoy castigada por haber confiado demasiado en mis fuerzas, ése fue mi error y no el que tú supones. Yo no soñaba con jóvenes gallardos, soñaba con infundirte vida, con que tú vivieras para mí, pero ya hace tiempo que estás muerto. No había previsto ese error y seguía esperando, seguía confiando... ¡Y ahora!... —acabó de hablar con un suspiro.

Guardó silencio y se sentó.

—No puedo permanecer de pie, me tiemblan las piernas. Una piedra hubiera cobrado vida por todo cuanto hice —continuó con voz lánguida—. Pero ahora no pienso hacer nada, ni un paso, ni siquiera ir al Jardín de Verano: todo es inútil, Iliá, ¡estás muerto! ¿No piensas tú lo mismo? —añadió después de un rato de silencio—. ¿No me reprocharás nunca el haberte dejado por orgullo o capricho?

Oblómov negó con la cabeza.

—¿Estás convencido de que no nos queda ninguna esperanza?

—Sí —dijo él—, es cierto... Pero, tal vez... —añadió indeciso poco después—, dentro de un año... —Le faltaba valor para asestar el golpe decisivo a sus sueños de felicidad.

—¿Crees, de veras, que dentro de un año serías capaz de poner orden en tus asuntos y en tu vida? —preguntó Olga—. ¡Piénsalo!

Oblómov lanzó un suspiro y reflexionó; en su espíritu se había entablado una verdadera lucha. Olga se dio cuenta de ello.

—Escucha —dijo—, estuve mirando el retrato de mi madre y tuve la impresión de que me daba consejos y fuerzas. Si tú ahora, como

hombre honrado... Recuerda, Iliá, que no somos niños, que no estamos bromeando, se trata de toda la vida! Indaga con severidad en tu conciencia y dime si estás dispuesto a ser el hombre que yo quiero y necesito. Tú me conoces; comprendes, entonces, lo que quiero decir. Si tú me respondes que sí convencido de lo que dices, renunciaré a mi decisión, te daré mi mano e iremos a donde quieras, al extranjero, a la aldea, i hasta al barrio de Vyborg!

Oblómov callaba.

—¡Si tú supieras cómo te amo!

—No espero palabras de amor, sino una breve respuesta —lo interrumpió casi secamente.

—¡No me martirices, Olga! —suplicó abatido.

—Y bien, Iliá, ¿tengo o no tengo razón?

—Sí —dijo él con voz clara y decidida—, ¡tienes razón!

—Entonces hemos de separarnos ya —decidió Olga—, antes de que nadie te vea y se dé cuenta de mi pena.

Oblómov permanecía inmóvil.

—Incluso aunque nos casáramos, ¿qué pasaría luego? —preguntó Olga.

Oblómov no respondió nada.

—Te irías durmiendo más profundamente cada día, ¿no es cierto? ¿Y yo? Tú sabes cómo soy. Yo no me cansaré nunca de vivir, no envejeceré. Tú y yo viviríamos día a día: esperaríamos la llegada de las Navidades; después, de los carnavales; haríamos visitas, bailaríamos y no pensaríamos en nada. Al acostarnos, daríamos gracias a Dios por haber pasado tan rápido el día y nos despertaríamos por la mañana con el deseo de que el hoy se pareciera al ayer... ése sería nuestro futuro, ¿no es verdad? ¿Acaso eso es vida? Yo caería enferma, moriría... ¿por qué, Iliá? Serías tú feliz...

Oblómov quería moverse, huir, pero las piernas no le obedecían. Quiso decir algo, pero tenía la boca seca, la lengua no se le movía y la voz se negaba a salir de su pecho. Tendió la mano a Olga.

—Entonces... —dijo con voz desconsolada, pero no acabó de hablar y sus ojos terminaron la frase: «¡Adiós!».

También ella intentó decirle algo, pero no pudo; le tendió la mano, pero ésta, sin rozar la suya, cayó a lo largo de su cuerpo; intentó decir «¡Adiós!»», pero su voz se quebró a mitad de la palabra. Con el rostro contraído por el dolor, apoyó el brazo y la cabeza en el hombro de Oblómov y sollozó desconsolada. Se diría que le habían arrancado el alma de las manos. Ya no era la mujer fría e inteligente de antes, sino una simple criatura indefensa ante la pena.

—Adiós, adiós... —decía entre sollozos.

Callado y lleno de espanto, Oblómov la oía llorar sin atreverse a decir nada. No sentía lástima ni por ella ni por él: su estado era lamentable. Olga se dejó caer en el sillón, se tapó el rostro con el pañuelo, apoyó la cabeza en la mesita y siguió llorando amargamente. Sus lágrimas no fluían en ardientes chorros originadas por un dolor repentino y provisional, como aquella vez en el parque, sino que brotaban amargas y desoladas semejantes a una implacable lluvia otoñal sobre los campos.

—Olga —dijo, por fin, Oblómov—. ¿Por qué te atormentas? Tú me quieres y no podrás soportar la separación. Tómame tal como soy, ama en mí lo que tengo de bueno.

Olga negó con la cabeza sin levantarla.

—No... no... —pudo decir al fin—, no te preocupes por mí ni por mi dolor. Me conozco bien: lloraré mi pena de una vez por todas y después dejaré de llorar. Deja que llore ahora... vete... ¡No, espera!... ¡Dios me castiga!... Siento dolor, mucho dolor... aquí, en el corazón...

Volvió a sollozar.

—¿Y si ese dolor no se te pasa —dijo Oblómov— y tu salud se resiente? Estas lágrimas hacen daño; Olga, ángel mío, no llores... olvida todo...

—No, déjame llorar. No lloro por el futuro, sino por el pasado... —murmuró con dificultad—, se ha marchitado, pasó... No soy yo la que llora, sino los recuerdos... El verano... el parque... ¿te acuerdas?

Lloro por nuestra avenida, por las lilas... Todo eso lo llevo en el corazón y me duele arrancarlo...

Lloraba con desesperación, repitiendo:

—¡Cómo duele, cómo duele!

—¿Y si te mueres? —preguntó Oblómov de pronto, horrorizado—. Piensa, Olga...

—No —lo interrumpió ella, alzando la cabeza y mirándolo a través de las lágrimas—. Hace muy poco supe que amaba en ti lo que yo quería que existiese, lo que me hizo ver Shtolz, lo que nos habíamos inventado. Quería al futuro Oblómov... Tú, Iliá, eres bueno, honrado, tierno como un palomo, escondes la cabeza bajo el ala y no quieres nada más, eres capaz de pasarte arrullando bajo el tejado la vida entera, pero yo no soy así, eso no me basta, necesito algo más, pero no sé qué. Puedes tú explicarme, decirme qué más necesito, darme todo eso para que yo... La ternura... ¿se encuentra siempre!

Oblómov sintió que las piernas le flaqueaban; se dejó caer en el sillón, secándose con un pañuelo las manos y la frente.

Las palabras de Olga eran crueles y lo habían herido profundamente: por dentro parecieron quemarle y por fuera sintió su frío aliento. Sonrió, pero era una sonrisa vergonzosa, doliente, como la de un mendigo a quien hubieran reprochado su desnudez. Permanecía sentado con esa misma sonrisa de impotencia, desfallecido por la emoción y la ofensa; en sus apagados ojos se leía claramente: «Sí, soy un indigente, un mendigo lastimoso... ¡pegadme, pegadme!».

Olga comprendió de pronto cuánto veneno había en sus palabras y se precipitó hacia él.

—¡Perdóname, amigo mío! —dijo dulcemente, casi llorando—. No soy consciente de lo que digo, estoy loca. Olvídalo todo, ¡sigamos como antes! Que todo continúe del mismo modo...

—¡No! —dijo de pronto Oblómov poniéndose de pie y alejándola de sí con un gesto—. No puedo seguir como antes. No te preocupes

por haberme dicho la verdad, lo merezco... —añadió desolado.

—¡Soy una soñadora, estoy llena de fantasías! —dijo Olga—. ¡Tengo un carácter extraño! ¿Por qué otras, por qué Sóñechka es tan feliz?

Y se echó a llorar.

—¡Vete! —decidió de pronto, estrujando entre sus manos el mojado pañuelo—. No puedo soportarlo más, ¡el pasado es aún muy querido por mí!

Volvió a cubrirse el rostro con el pañuelo, procurando ahogar sus sollozos.

—¿Por qué habrá fracasado todo? —preguntó de pronto, alzando la cabeza— ¿Quién te maldijo, Iliá? ¿Qué has hecho? Eres bueno, inteligente, noble, delicado... y ¡te estás perdiendo! ¿Qué es lo que te pierde? ¿Tiene nombre ese mal?...

—Lo tiene —susurró apenas Oblómov.

Olga fijó en él una mirada interrogante, llena de lágrimas.

—¡Oblomovismo! —susurró él.

Le cogió la mano, intentó besarla, pero no pudo; la apretó con fuerza contra sus labios y unas lágrimas ardientes cayeron sobre los dedos de Olga. Sin alzar la cabeza ni mostrarle el rostro, Oblómov dio la vuelta y se fue.

CAPÍTULO XII

¡SÓLO Dios sabe por dónde anduvo vagando Oblómov, lo que hizo durante todo el día! Regresó a su casa ya avanzada la noche. Agafia Matvéievna fue la primera en oírlo llamar y avisó a Zajar y a Anisia de que había regresado el señor. Iliá Ilich ni cuenta se dio de cómo lo desvistió Zajar, cómo le quitó las botas y le echó encima... ¡su viejo batín!

—¿Y eso? —preguntó mirándolo.

—Hoy me lo dio la patrona, lo han lavado y arreglado —respondió Zajar.

Oblómov permanecía inmóvil en el sillón donde se había sentado al llegar a la casa.

Todo alrededor estaba sumido en tinieblas y en sueño. Pero él, apoyada la cabeza en una mano, no se daba cuenta de la oscuridad ni oía el tic-tac del reloj.

Su cabeza había naufragado en un caos de ideas confusas, terribles, que rotaban como las nubes en el cielo, inconexas y sin rumbo. No podía retener ninguna.

La vida se había paralizado en su corazón maltrecho. El retorno a la realidad, al curso normal de la existencia, al renacer de sus fuerzas vitales, se produjo lentamente.

La impresión recibida fue muy dura y Oblómov no sentía su cuerpo, no experimentaba ningún cansancio, no tenía ninguna necesidad. Podía yacer como una piedra días enteros o bien moverse y caminar días enteros como una máquina.

El hombre, bien se somete al destino, siguiendo una difícil trayectoria, y entonces el organismo recobra lenta y gradualmente todas sus funciones, bien es vencido por el dolor y no vuelve a recobrase. Claro que eso depende de cómo sean el dolor y el hombre.

Oblómov no recordaba dónde estaba sentado y ni siquiera si lo estaba. Miraba con indiferencia por la ventana sin darse cuenta de que ya empezaba a clarear el día; oía, sin oír, la seca tos de la vieja, cómo partía la leña el criado en el patio, los ruidos matutinos de la casa. Vio, sin ver, cómo la patrona y Akulina se iban al mercado y cómo desfiló bajo sus ventanas el fajo de papeles.

Ni el quiquiriquí de los gallos, ni los ladridos del perro, ni el chirrido de la verja consiguieron sacarle del estupor en que se hallaba.

Por fin, a eso de las diez de la mañana, entró Zajar empujando la puerta con la bandeja y, siguiendo su costumbre, intentó cerrarla con el pie, pero fracasó como siempre; sin embargo, retuvo la bandeja. De algo tenían que servirle sus largos años de experiencia; sabía, además, que Anisia lo observaba desde la puerta y que tan pronto como a él se le cayera algo, acudiría corriendo, dejándolo en evidencia.

Con la barba hundida en la bandeja, que sujetaba fuertemente con las manos, llegó hasta la cama y cuando se dispuso a ponerlo todo en la mesa de al lado y despertar al señor, vio que el lecho se hallaba vacío y sin deshacer. ¡El señor no estaba!

Turbado, dejó caer una taza y tras ella el azucarero. Procuró pescar las cosas al vuelo y, al mover la bandeja, se fue cayendo todo lo demás. Sólo pudo retener una cucharilla.

—¡Vaya una maldición! —decía viendo cómo recogía Anisia el azúcar, los trozos de la taza, el pan—. ¿Dónde está el señor?

El señor seguía sentado en su sillón con el rostro completamente demudado. Zajar lo miró con la boca abierta.

—¿Por qué no se acostó usted, Iliá Ilich? —preguntó—. ¿Por qué se ha quedado sentado toda la noche?

Oblómov volvió lentamente la cabeza en su dirección, miró con aire distraído a Zajar, el café derramado, el azúcar disperso por la alfombra.

—¿Y por qué has tirado tú la taza? —preguntó, y se acercó a la ventana.

La nieve caía en gruesos copos, cubriendo la tierra.

—¡Nieve, nieve, nieve! —repitió Oblómov con expresión abstraída, mirando cómo la espesa capa de nieve cubría la valla y los surcos del huerto—. ¡Lo ha tapado todo! —murmuró con desesperación. Se dejó caer en el lecho y se durmió profunda, pesadamente.

Era más del mediodía cuando lo despertó el crujido de la puerta que comunicaba con las habitaciones de Agafia Matvéievna. Asomó por la puerta un brazo desnudo con un plato donde humeaba un trozo de empanada.

—Hoy es domingo —dijo una voz cariñosa—. Hemos hecho empanada, ¿no querrá usted probar un poco?

Oblómov no respondió nada: tenía mucha fiebre.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

HABÍA transcurrido un año desde la enfermedad de Iliá Ilich. Muchos fueron los cambios acaecidos durante ese año en las diversas partes del mundo: algunos países se hallaban en plena agitación, mientras otros permanecían tranquilos; algunas lumbreras, gloria y prez de la humanidad, se habían extinguido, pero surgían otras, se descubrían nuevos misterios de la vida en una parte y en la otra se derrumbaban edificios y desaparecían pueblos; donde dejaban de existir las viejas formas de vida, surgían, como joven hierba, otras más actuales...

En casa de la viuda Pshenitzina, en el barrio de Vyborg, aunque los días y las noches se sucedían plácidamente, sin cambios violentos ni repentinos en su monótono curso, aunque las cuatro estaciones se alternaban lo mismo que las del año anterior, la vida, pese a ello, no se detenía, cambiaba sus manifestaciones, pero de manera tan gradual y lenta como se producen los cambios geológicos en nuestro planeta, del mismo modo que se va desmoronando poco a poco una montaña o como avanza y retrocede el mar, siglo tras siglo, cubriendo o formando tierras.

Iliá Ilich se había restablecido. Zatiorty, a quien nombró apoderado, fue a Oblómovka y le remitió el dinero obtenido por la venta del trigo, de cuya suma cobró las dietas, la manutención y la recompensa por el trabajo realizado.

En lo referente al tributo, Zatiorty explicó en su carta que era imposible cobrárselo a los mujiks, unos estaban arruinados y otros

se habían dispersado por diversos lugares y nadie sabía dónde encontrarlos, pero que él, sin embargo, seguía haciendo averiguaciones.

Respecto a los puertos y el camino, afirmaba en sus cartas que no corrían ninguna prisa, que los *mujiks* preferían ir por el monte y el barranco al pueblo cercano que trabajar en la construcción del puente y de un nuevo camino.

En una palabra, las noticias y el dinero recibido dejaron satisfecho a Iliá Ilich; consideró que su presencia en Oblómovka no era muy necesaria y quedó tranquilo en espera del año siguiente.

El apoderado se preocupó asimismo de la construcción de la casa; con ayuda del arquitecto municipal determinó la cantidad de materiales precisos y ordenó al administrador que, en cuanto llegase la primavera, hiciera llevar la madera necesaria y construyese un cobertizo para guardar los ladrillos; decía también en su carta que Oblómov podía ir en primavera para bendecir las obras y ver su comienzo. Para entonces podrían cobrarse los tributos y, como estaba previsto, hipotecar Oblómovka: así, pues habría suficiente dinero para atender todos los gastos.

Después de su enfermedad, Oblómov quedó profundamente abatido durante mucho tiempo. Permanecía horas enteras sumido en dolorosos pensamientos y, a veces, no respondía a las preguntas de Zajar, ni se daba cuenta de cuando se le caían las tazas al suelo, ni de que la mesa estaba llena de polvo. Agafia Matvéievna solía ver lágrimas en sus ojos al ofrecerle la empanada de los días de fiesta.

Después, poco a poco, ese intenso dolor fue sustituido por muda indiferencia. A lo largo de horas enteras Iliá Ilich miraba caer la nieve, cómo se amontonaba en el patio y en la calle, cubriendo la leña apilada, los gallineros, la perrera, el jardincillo y los surcos del huerto con su blanco sudario; contemplaba las pirámides que formaba en las estacas de la valla.

Solía escuchar largamente el chirriar del molinillo del café, los ladridos y saltos del perro tirando de su cadena, el uniforme tic-tac

del reloj o cómo Zajar limpiaba las botas.

Agafia Matvéievna seguía entrando como antes en su despacho ofreciéndole comprar alguna cosa o a probar algún que otro manjar; venían a verlo los niños... Oblómov hablaba indiferente y afable con la primera, ponía deberes a los segundos, los oía leer y sonreía con desgana y abúlicamente ante su charla infantil.

Pero al igual que el monte se va desmoronando poco a poco y el mar fluye y refluye de la costa, Oblómov se iba incorporando gradualmente a su vida normal de antes.

La primavera, el verano y el otoño fueron aburridos y tristes. Pero Oblómov esperaba la primavera y soñaba con ir a la aldea.

En el mes de marzo asaron alondras, en el mes de abril quitaron las dobles ventanas y le dijeron que el Nevá se había deshelado y que había llegado la primavera.

Oblómov paseaba por el jardín. Luego plantaron verduras en el huerto y llegaron diversas fiestas: la Santísima Trinidad, la Pascua de Pentecostés, el primero de mayo; todas estas fiestas eran celebradas al modo tradicional y se tomaba el té en un bosquecillo próximo.

A principios de verano se empezó a hablar en la casa de dos grandes fiestas venideras: el día de San Iván, onomástica de Iván Matvéievich, y el de San Iliá; eran dos fechas importantes a tener en cuenta. Cuando Agafia Matvéievna veía en el mercado un buen trozo de ternera o la empanada resultaba excelente, solía decir: «¡Ah, si pudiera conseguir una ternera como ésta o hacer una empanada tan sabrosa el día de San Iván o de San Iliá!».

Hablaban de esas fiestas, del paseo que daban todos los años a las Fábricas de Pólvora, de la fiesta en el cementerio Smolenski de Kólpino.

Al pie de las ventanas resonaba nuevamente el pesado cloqueo de las gallinas cluecas y el piar de las nuevas generaciones de polluelos; aparecieron en la mesa las empanadas a base de pollos y setas, los pepinos frescos en salmuera y, poco después, las bayas.

—Los menudillos ya no salen buenos —dijo la patrona a Oblómov—, ayer me pidieron por un par setenta copecs; en cambio hay salmón fresco y si quiere puedo preparar sopa de pescado todos los días.

Se comía muy bien en casa de Agafia Matvéievna, y no sólo por ser ella una magnífica ama de casa, lo que constituía su vocación, sino también porque su hermano era, en el sentido gastronómico, un gran entendido. No se preocupaba en absoluto de su ropa interior ni de sus trajes; solía llevar la misma levita durante años y adquiría una nueva con fastidio y desgana; no la cuidaba colgándola de una percha, sino que la tiraba en un rincón. Cambiaba de ropa interior los sábados únicamente, igual que los obreros, pero jamás escatimaba el dinero cuando se trataba de comer. Se regía por un razonamiento que había elaborado cuando entró a trabajar en la oficina: «Lo que llevas en la tripa no te lo verán y no podrán comentarlo; en cambio, una gruesa cadena de reloj, una levita nueva o unas botas de color darán paso a conversaciones inoportunas».

Por esta razón, en la mesa de Agafia Matvéievna la ternera era de primera calidad; el esturión, exquisito, y las ortegas, blancas. A veces, el propio Iván Matvéievich recorría el mercado o las mejores tiendas, olfateándolo todo como un perro de caza, trayendo a continuación, bajo el faldón de la levita, la mejor pularda. No le dolía pagar cuatro rublos por un pavo.

El vino lo compraba en almacenes especiales, lo guardaba bajo llave y lo bebía en su alcoba; en la mesa nunca se ponía ese vino, sólo vodka macerado con hojas de casis. Cuando iba de pesca, en compañía de Tarántiev, llevaba siempre en el bolsillo del abrigo una botella del mejor vino de Madeira, y cuando tomaba el té en la cantina llevaba su propio ron.

El gradual desmoronamiento de la montaña o el movimiento de los fondos marinos era general para todos y también lo era para Anisia: la recíproca atracción que sentían Anisia y Agafia Matvéievna

se transformó en una unión indisoluble, se fundió en una sola existencia.

Al ver el interés de Agafía Matvéievna por su economía doméstica, Oblómov le propuso un día, casi en broma, que se encargara ella de su abastecimiento, liberándole de toda preocupación.

El rostro de Agafía Matvéievna se iluminó de alegría, hasta sonrió conscientemente. ¡Había aumentado su campo de acción! ¡En vez de una familia, dos, o mejor dicho, una, pero qué grande! Además, Anisia pasaba a estar a sus órdenes.

Agafía Matvéievna habló con su hermano y al día siguiente todo cuanto había en la cocina de Oblómov pasó a la cocina de Pshenitzina; los cubiertos de plata y la vajilla se guardaron en su aparador y Akulina fue degradada: de cocinera pasó a ser corralera, cuidaba de las gallinas y del huerto.

Aumentó el tren de vida: la compra del azúcar, del té y de las provisiones, la preparación de confituras, la salazón de verduras, la maceración de manzanas, todo aumentó.

Se diría que Agafía Matvéievna había crecido; Anisia extendió sus brazos, como un águila sus alas, y la vida de la casa, llena de incesante actividad, fluía como un río.

Oblómov comía con la familia a las tres de la tarde; el hermano lo hacía aparte y casi siempre en la cocina, pues regresaba muy tarde de su trabajo.

La propia Agafía Matvéievna, y no Zajar, servía el té o el café a Oblómov.

Cuando a Zajar le daba la gana, limpiaba el polvo de las habitaciones, y si él no lo hacía, entraba corriendo Anisia y lo limpiaba todo, bien con el delantal, bien con la mano, casi con la nariz, apresurándose mucho; arreglaba lo que podía y volvía a desaparecer. En ocasiones era Agafía Matvéievna en persona la que pasaba a las habitaciones de Oblómov cuando éste salía a dar un paseo por el jardín; al ver que algo no estaba en su sitio, meneaba

la cabeza murmurando por lo bajito; ahuecaba las almohadas, comprobaba de paso si estaban limpias las fundas, decidía que ya era hora de cambiarlas, las quitaba, limpiaba las ventanas, miraba si había caído algo tras el respaldo del diván y desaparecía.

Los cambios que producen el gradual movimiento del fondo marino, el desmoronamiento de las montañas, o los sedimentos aluviales, con las ligeras explosiones volcánicas, se manifestaron en Agafia Matvéievna más que en el resto, pero nadie, y ella menos que nadie, se daba cuenta de ello. Se hicieron únicamente visibles por sus numerosas, inesperadas e infinitas consecuencias. ¿Por qué en estos últimos tiempos no era la de siempre? ¿Por qué antes, cuando se quemaba el asado, cocía demasiado el pescado o no ponían suficiente verdura en la sopa, se limitaba a reprender a Akulina con tranquila dignidad y olvidaba lo ocurrido? Ahora, en cambio, si sucedía algo semejante, abandonaba corriendo la mesa, se presentaba en la cocina, vertía amargos reproches contra Akulina, se enfurruñaba incluso con Anisia y al día siguiente ella misma vigilaba si habían puesto suficiente verdura y comprobaba si el pescado estaba en su punto.

Podría decirse que temía mostrarse poco eficiente a los ojos de un extraño, pues cifraba su orgullo y toda su actividad en ser una excelente ama de casa.

Admitámoslo. Pero, entonces, ¿por qué antes se le cerraban los ojos a eso de las ocho de la tarde o a las nueve, después de acostar a los niños y de comprobar si estaba apagado el fuego en la cocina, cerrado el tiro, recogido todo? Se acostaba entonces y no existía cañón en el mundo capaz de despertarla hasta las seis de la mañana.

Ahora, en cambio, si Oblómov iba al teatro o se quedaba hasta muy tarde en casa de Iván Guerásimovich, no podía quedarse dormida, daba vueltas en la cama, se persignaba, suspiraba, cerraba con fuerza los ojos, pero el sueño no acudía.

Si llamaban a la verja, se echaba encima una falda, corría a la cocina, despertaba a Zajar, a Anisia y los mandaba abrir la puerta.

Dirán, quizá, que en semejante proceder se manifestaba un ama de casa consciente a quien disgustaba todo desorden y no quería que su inquilino tuviese que estar de noche en la calle, esperando a que le abriera el borracho portero o que sentía temor de que sus incesantes llamadas despertaran a los niños...

Muy bien, pero ¿por qué cuando Oblómov cayó enfermo no permitía que nadie entrara en su habitación, la revistió de fieltro y alfombras, tapó las ventanas y se ponía furiosa —ella tan dulce y bondadosa— si Vania o Masha alzaban la voz o reían con demasiada fuerza?

¿Por qué, sin confiar en Zajar ni en Anisia, se pasaba las noches junto a la cabecera de la cama, fija la mirada en su rostro, hasta la hora de la primera misa, y después de echarse encima un abrigo y de escribir en un papel con letras grandes el nombre de «Iliá», corría a la iglesia y entregaba el papel al sacerdote para que rogara por la salud de Oblómov? ¿Por qué luego, de rodillas en algún rincón con la cabeza en el suelo, rezaba largamente? Y después corría al mercado y volvía temblando a su casa; miraba hacia la puerta de Oblómov y preguntaba en un susurro a Anisia:

—¿Qué tal?

Se dirá que nada tiene de particular, que se debe al sentimiento de compasión, cualidad tan fundamental en la naturaleza femenina.

Muy bien, pero ¿por qué cuando Oblómov estuvo malhumorado todo el invierno, apenas le hablaba, no miraba hacia su habitación, no se interesaba por lo que hacía, no bromeaba ni reía con ella, Agafia Matvéievna adelgazó, decayó su ánimo y no tenía ganas de nada? Cuando molía el café, no pensaba en lo que hacía o bien ponía tal cantidad de achicoria, que resultaba imposible beberlo; ella, sin embargo, no se daba cuenta, como si no tuviese paladar. Si Akulina dejaba el pescado demasiado hecho y el hermano

abandonaba con enfado la mesa, Agafia Matvéievna no se percataba de nada, como si fuera de piedra.

Antes no se la veía nunca pensativa, eso no era propio de su carácter; estaba siempre en movimiento, siempre haciendo algo, de todo se percataban sus ojos avizores; pero ahora, de pronto, con el almirez en las rodillas parecía estar dormida, no se movía o comenzaba a golpear la mano del mortero con tal fuerza, que hasta el perro se ponía a ladrar, creyendo que llamaban a la puerta.

Pero tan pronto como Oblómov volvió a la vida, tan pronto como empezó a sonreír bonachonamente, a mirarla con ojos cariñosos, a presentarse de nuevo en su puerta para bromear con ella, volvió a engordar, reanudó su actividad con alegría y brío, aunque con cierto matiz peculiar. Antes trabajaba todo el día como una máquina bien organizada, segura y suave, se movía airosamente, hablaba con una voz ni alta ni baja, lo hacía todo sin apresurarse, lo mismo si molía café, partía el azúcar o colaba alguna cosa; cuando se ponía a coser, la aguja iba y venía con la misma uniformidad que las agujas de un reloj; se levantaba sin apresuramiento, se detenía a medio camino hacia la cocina, abría el armario, sacaba alguna cosa y la llevaba, lo hacía todo con la exactitud de una máquina. Ahora, en cambio, desde que Iliá Ilich pasó a ser un miembro de su familia, su modo de moler o colar ha cambiado. Ya no se acuerda de sus encajes.

Cuando se sienta a coser tranquilamente y Oblómov llama de pronto a Zajar pidiendo café, se presenta de inmediato en la cocina y observa con atenta mirada cómo se lo prepara, comprueba a la luz con una cucharilla —operación que suele repetir tres veces— si el café está a punto, si no hay espuma en la crema de leche.

Cuando se le prepara su plato preferido, no quita los ojos de la cazuela, levanta la tapa, huele el contenido; luego, la sostiene ella misma sobre el fuego... Cuando muele almendras, o bien alguna otra cosa para Oblómov, lo hace con tal ardor y entusiasmo, que se inunda de sudor.

Todo cuanto hace ahora tiene un sentido nuevo y único: el sosiego y la comodidad de Iliá Ilich. Antes lo consideraba una obligación, ahora se ha convertido en un placer. La vida había adquirido para ella variedad y plenitud.

Agafia Matvéievna, sin embargo, no sabía lo que le estaba pasando, jamás se interrogaba sobre dicho tema y había aceptado ese dulce yugo incondicionalmente, sin resistencia ni entusiasmo, sin emoción ni apasionamiento, sin confusas premoniciones ni angustias, sin coquetería ni nerviosismo.

Se diría que hubiera abrazado de pronto otra fe y la practicaba sin razonar qué clase de religión era ni cuáles sus dogmas, limitándose a obedecer ciegamente sus leyes.

Era algo que por sí mismo se posó sobre ella y ella lo había aceptado sin dar marcha atrás ni correr hacia delante. Se enamoró de Oblómov de la misma forma que se acatarró uno o contrae una enfermedad incurable.

Agafia Matvéievna no sospechaba nada de eso; si se lo hubieran dicho, habría experimentado una gran sorpresa y sonreiría avergonzada.

Aceptaba en silencio sus obligaciones frente a Oblómov: conocía el aspecto de cada camisa suya, los remiendos de sus medias, adivinaba cuándo iba a salirle un orzuelo, con qué pie se levantaba de la cama, cuáles eran sus manjares preferidos, cuánto comía, si estaba alegre o triste, si había dormido mucho o no. Parecía haberlo hecho toda la vida sin preguntarse para qué, ni lo que significaba Oblómov para ella ni por qué se preocupaba tanto de él.

Si alguien le hubiera preguntado si lo amaba, habría respondido que sí con una sonrisa, pero habría dado la misma respuesta cuando Oblómov llevaba viviendo en su casa sólo una semana.

¿Por qué se había enamorado precisamente de él? ¿Por qué se había casado sin amor y vivido sin él hasta los treinta años y ahora, de pronto, caía en sus redes?

Aunque el amor suele calificarse de sentimiento caprichoso, inconsciente, que se origina como una enfermedad, posee, sin embargo, sus propias leyes y razones. Y si por ahora esas leyes han sido poco estudiadas, se debe sencillamente a que una persona enferma de amor no está en condiciones de observar con rigor científico cómo se adentra ese sentimiento en su alma, cómo la encadena y ciega sus ojos. No puede precisar desde qué momento su corazón y su pulso han empezado a latir con mayor fuerza; cómo nace de pronto la abnegación que ha de durar hasta la tumba, la disposición al sacrificio; cómo va desapareciendo poco a poco el propio yo para transformarse en él o ella: de qué modo tan extremo se entorpece su mente o se agudiza excepcionalmente; cómo la propia voluntad se entrega a la voluntad de otro; desde cuándo dobla la cerviz, le tiemblan las rodillas, brotan lágrimas de sus ojos y la fiebre la consume.

Hasta aquel entonces Agafia Matvéievna había visto pocos hombres como Oblómov, y de haberlos visto, era de lejos. Podían haberle gustado, pero vivían en una esfera distinta de la suya y jamás tuvo ocasión de conocerlos.

Iliá Ilich no caminaba con apresurado y nervioso trote como su marido, el difunto secretario colegiado Pshenitzin, que siempre tenía miedo de llegar tarde a la oficina y se dedicaba a copiar constantemente unos interminables documentos; no miraba a la gente como pidiendo que lo ensillaran para montarlo, sino con abierta y clara mirada, sin temor alguno, como exigiendo sumisión a su persona.

No tenía el rostro tosco ni coloradote, sino blanco y delicado; sus manos no se parecían a las de su hermano, no temblaban ni eran rojas, sino pequeñas y blancas. Oblómov, al sentarse, cruzaba las piernas, apoyaba la cabeza en una mano y todos sus movimientos eran bellos, pausados, naturales; no hablaba como su hermano o Tarántiev, ni como su marido. Muchas de las cosas que decía eran incomprensibles para ella, pero tenía la impresión de que eran

palabras inteligentes, hermosas, excepcionales. Hasta aquello que lograba entender era dicho por él de distinta manera a como lo hubieran dicho los demás.

Llevaba ropa interior muy fina, se cambiaba todos los días, se lavaba con jabón perfumado, se limpiaba las uñas; todo él era itan bello, tan limpio!... Podía estar sin hacer nada, y en realidad nada hacía, trabajaban otros para él. Tenía a Zajar y a trescientos Zajares más...

Todo un señor... iresplandeciente, espléndido! Además itan bueno! Sus andares son suaves, al igual que todos sus movimientos; el roce de su mano parece terciopelo; el de su marido, en cambio, hacía daño... Miraba, hablaba con la misma suavidad y iera tan bueno!

Agafia Matvéievna no pensaba nada de eso, no era consciente de ello, pero si alguien intentara hablar de la importancia de Oblómov en su vida, tendría que hacerlo precisamente así y no de otro modo.

Iliá Ilich comprendía el efecto que su presencia había causado en ese rincón, comenzando por el hermano hasta el perro, que desde su instalación en la casa recibía triple cantidad de huesos. No comprendía, sin embargo, la profundidad de los sentimientos de Agafia Matvéievna ni hasta qué punto había conquistado su corazón.

En los constantes cuidados que demostraba por su comida, ropa y limpieza veía tan sólo el rasgo más acusado de su carácter, *observado* ya por él en su primera visita, *cuando* Akulina irrumpió en la habitación con el trepidante gallo y Agafia Matvéievna, pese a su turbación por el inoportuno celo de la cocinera, le dijo que diese al tendero el gris y no aquél.

Agafia Matvéievna era incapaz de coquetear con Oblómov y ni siquiera hacerle ver lo que sentía. Como hemos dicho ya, ella misma no lo comprendía, había olvidado incluso que poco antes nada de eso le ocurría. Su amor se manifestaba en su abnegación sin límites.

Oblómov, por su parte, estaba completamente ciego en cuanto a la naturaleza de los sentimientos de ella por él y seguía

considerándolos como una manifestación de su carácter. Los sentimientos de Agafia Matvéievna, tan normales y desinteresados, seguían siendo un misterio para Iliá Ilich, para todos cuantos vivían en la casa y para ella misma.

Y eran en verdad desinteresados, porque cuando encendía una vela en la iglesia y rezaba por su salud, Oblómov jamás se enteraba de ello. Había pasado noches enteras sentada a la cabecera de su cama, se retiraba al amanecer y nunca se hablaba de eso.

La actitud de Oblómov en relación con ella era mucho más sencilla: Agafia Matvéievna, con sus brazos en constante movimiento, sus ojos siempre atentos y solícitos, con su eterno deambular de la despensa a la cocina, de la cocina a la bodega, y sus conocimientos respecto al gobierno y administración de la casa, era para él la encarnación del ideal de una vida hogareña, infinita como el océano, llena de sosiego y paz, como el cuadro depositado en su alma ya desde la infancia, cuando vivía aún bajo el techo paterno.

Al igual que su padre, su abuelo, los hijos, los nietos, así como los invitados, que permanecían tranquilos en sus asientos y lechos, sabiendo que había en la casa unos ojos vigilantes y manos incansables que coserían para ellos, les darían de comer, de beber, los vestirían, los acostarían y cerrarían sus ojos cuando muriesen, así Oblómov veía sin moverse de su diván cómo un ser ágil y diestro trajinaba a su alrededor, pensando tan sólo en su provecho. Tenía la plena seguridad de que al día siguiente, aunque no saliera el sol, el vendaval cubriese el cielo y un viento huracanado azotase el mundo de un confín a otro, en su mesa no faltarían la sopa y el asado, su ropa seguiría siendo blanca y no habría telarañas en las paredes sin que él supiera siquiera cómo lo habían hecho. Antes de que se molestara en pensar, sus deseos serían adivinados y atendidos, pero no con desgana, con brusquedad, no por las manos sucias de Zajar, sino por unas manos limpias, blancas, de brazos desnudos,

acompañado todo de una mirada solícita y animosa, de una sonrisa llena de abnegación.

Oblómov se encariñaba más y más con su patrona; ni se le ocurría pensar en el amor, es decir, en esa clase de amor que acababa de experimentar tan semejante a una enfermedad y cuyo solo recuerdo lo hacía estremecer.

Se aproximaba a ella como a un fuego que calentara cada vez más, al cual, sin embargo, era imposible amar.

Terminado el almuerzo, le gustaba quedarse en el comedor fumando su pipa, mirando cómo guardaba la plata y la vajilla en el aparador, cómo sacaba las tazas y servía el café. Una de las tazas era limpiada con singular esmero y servida en primer lugar; con los ojos fijos en Oblómov observaba Agafia Matvéievna si era de su gusto.

Iliá Ilich contemplaba con placer sus blancos brazos y redondos codos a través de la puerta entornada, y si ésta tardaba en abrirse, la empujaba levemente con la punta del pie, bromeaba con ella y jugaba con los niños.

Pero si pasaba la mañana sin verla, no la echaba de menos; después del almuerzo se iba con frecuencia a dormir un par de horas en vez de quedarse con ella. Sabía, sin embargo, que al levantarse, incluso en el justo instante de abrir los ojos, tendría el té a punto.

Y lo principal de todo era la tranquilidad que reinaba en la casa. Ya no sentía dolor en el corazón, jamás le conturbaba la ansiedad de si vería o no a Agafia Matvéievna, no le inquietaba lo que ella podía decirle o lo que él iba a preguntarle, no sufría pensando en el modo de responder a sus preguntas, ni lo atenazaba la duda de saber cómo iba a mirarlo: nada de eso existía.

No sentía angustia, se habían acabado para siempre las noches insomnes, las lágrimas dulces y amargas. Fumando su pipa, la miraba coser, a veces decía alguna cosa o bien callaba. Se sentía en paz, no necesitaba nada, no tenía deseos de ir a ninguna parte, como si todo cuanto necesitara lo tuviera al alcance de su mano.

Agafia Matvéievna no le incitaba a la acción, no le exigía nada. Oblómov, por su parte, carecía de ambiciosos deseos, de impulsos heroicos, no sentía remordimientos por el tiempo perdido en vano, por su inactividad, por no haber hecho nada, ni el bien ni el mal, por estar ocioso y vegetar más bien que vivir.

Se diría que una mano invisible le había colocado, como planta preciosa, a la sombra, lejos del calor y resguardado de la lluvia, cuidándole amorosamente.

—¡Con qué rapidez va y viene la aguja por delante de su nariz, Agafia Matvéievna! —dijo Oblómov—. La saca usted tan deprisa desde abajo, que temo que se cosa la nariz a la falda. Agafia Matvéievna sonrió.

—Tan pronto como termine este pespunte —dijo como hablando consigo misma—, cenaremos.

—¿Qué tenemos de cena? —preguntó Oblómov.

—Salmón y col en salmuera —respondió la mujer—. No hay esturión por ninguna parte, recorrí todas las tiendas y también lo buscó mi hermano. El tendero prometió enviarme una parte si se lo traían. También hay ternera y patatas fritas...

—¡Magnífico! ¡Qué amable es usted por haberse acordado, Agafia Matvéievna! Con tal de que no lo olvide Anisia...

—¿Y para qué estoy yo? ¿No oye cómo crepita? —respondió, abriendo un poco la puerta de la cocina—. Ya las está friendo.

Acabó el pespunte, cortó el hilo con los dientes, dobló la labor y se la llevó al dormitorio.

Así pues, se acercaba a ella como a un fuego cálido, pero una vez se aproximó tanto que a punto estuvo de quemarse, al menos un poco.

Un día que recorría su despacho de una esquina a otra, vio que los codos de Agafia Matvéievna se movían con inusitada rapidez.

—Usted siempre tan ocupada —dijo entrando en la habitación—. ¿Qué hace?

—Estoy moliendo canela —respondió, mirando al mortero, como si fuera un abismo, sin dejar de machacar con fuerza.

—¿Y si yo no se lo dejo hacer? —preguntó, sujetándola por los codos e impidiéndola moverse.

—¡Déjeme! Aún he de moler el azúcar y buscar el vino para el pudín.

Oblómov seguía sujetándola por los codos y su rostro rozaba la nuca de Agafia Matvéievna.

—Dígame..., ¿qué pasaría si yo me enamorara de usted?

La mujer sonrió.

—¿Me querría usted? —volvió a preguntar.

—¿Por qué no iba a quererle? Dios nos ha ordenado querer a todos.

—¿Y si le doy un beso? —susurró Oblómov, inclinándose y quemando la mejilla de Agafia Matvéievna con su aliento.

—No estamos en Semana Santa —respondió con una sonrisa.

—¡Deme un beso ahora!

—Si Dios quiere y vivimos para Semana Santa, nos besaremos —dijo, sin demostrar la más mínima sorpresa, ni turbación alguna; permanecía de pie frente a él, inmóvil como un caballo que estuvieran ensillando.

Oblómov la besó ligeramente en el cuello.

—¡Cuidado, que se me puede caer la canela y no podré ponérsela en el pastel! —dijo.

—¡Qué importa! —respondió Oblómov.

—¿Y esta mancha que tiene en el batín? —preguntó solícita, alzando un faldón—. Parece aceite. —Olió la mancha—. ¿Cómo se la hizo? ¿No habrá goteado la lamparilla de la imagen sagrada?

—No sé cómo ha sido.

—Tal vez fue con la puerta —sugirió Agafia Matvéievna—. Ayer engrasaron las bisagras, que chirriaban mucho. Quíteselo rápidamente y démelo: lavaré la mancha y mañana no se notará nada.

—¡Qué buena es usted, Agafia Matvéievna! —exclamó Oblómov, quitándose el batín con perezoso ademán— ¿Sabe una cosa? ¡Vayamos a vivir al campo! ¡Aquello sí que es vida! Hay de todo: setas, bayas, aves, vacas...

—No, ¿para qué? —dijo ella suspirando—. Aquí nací, siempre viví en esta casa y aquí he de morir.

Oblómov la miraba ligeramente emocionado, pero sus ojos no relucían, ni se llenaban de lágrimas; su espíritu no ansiaba una actividad superior ni soñaba con realizar heroicas proezas. Su único deseo era sentarse en el diván y no apartar la vista de sus codos.

CAPÍTULO II

LA fiesta de San Iván transcurrió con toda solemnidad. Iván Matvéievich no fue a la oficina el día anterior, recorrió como un loco las tiendas de la ciudad y regresó a casa con cestas y capachos llenos de provisiones.

Agafia Matvéievna, por su parte, se alimentó de café únicamente a lo largo de tres días, y los demás de la casa comían de cualquier modo; tan sólo para Oblómov siguieron cocinando los tres platos de costumbre.

En la víspera, Anisia ni siquiera se acostó; Zajar, que durmió por los dos, contemplaba todos esos preparativos con aire negligente y despectivo.

—En Oblómovka —decía a los dos cocineros del conde contratados para esa ocasión— solíamos servir cinco clases de pasteles, y del número de salsas, ini me acuerdo! Los señores comían todo el día y también al siguiente. Nosotros tardábamos cinco días en acabar con las sobras. Y tan pronto acabábamos, se presentaban otros invitados y a empezar de nuevo. Aquí, en cambio, es una sola vez al año.

A la hora del almuerzo, Zajar sirvió en primer lugar a Oblómov y no a un señor con una gran cruz colgada del cuello.

—Mi señor es noble de nacimiento —decía orgullosamente—, y ¡qué son los demás!

A Tarántiev, sentado al final de la mesa, no se molestó en servirle, se limitó a echarle en el plato la comida que se le antojó.

Asistieron al almuerzo todos los compañeros de la oficina de Iván Matvéievich, en total treinta.

Comieron una gigantesca trucha, pollos rellenos, codornices, helado y un vino excelente, dignos manjares de tan señalada fecha.

Terminada la comida, los invitados se abrazaban unos a otros, ensalzaban el excelente gusto del anfitrión y se pusieron a jugar a las cartas. Iván Matvéievich daba las gracias, saludaba a todos, diciendo que no sentía haber gastado un tercio de sus ingresos anuales para agasajar a sus queridos invitados.

Al amanecer, los invitados, unos a pie y otros en coche, se retiraron y la casa recobró la calma hasta el día de San Iliá.

Ese día, Oblómov invitó únicamente a Iván Guerásimovich y a Alexeiev, el amigo silencioso y dócil que a principios de nuestro relato se empeñaba en que fuese a Yekateringof a celebrar el primero de mayo. Oblómov no quiso ser menos que Iván Matvéievich, sino superarlo, agasajando a sus invitados con platos delicados y exquisitos, desconocidos en aquellos lugares.

En lugar de una empanada grasienta, aparecieron en la mesa buñuelos de viento, y antes de la sopa, al estilo inglés, ostras, pollos en papillote con trufas, carnes tiernas, delicadísimas verduras.

Adornaba el centro de la mesa una enorme piña, rodeada de melocotones, guindas y albaricoques. En los jarrones había flores frescas.

Tan pronto como empezaron a comer la sopa y Tarántiev a quejarse de los buñuelos de viento y del cocinero, por la estúpida iniciativa de no poner nada dentro, se oyeron los desesperados ladridos del perro y sus saltos tirando de la cadena. Un coche había entrado en el patio y alguien preguntaba por Oblómov. Todos quedaron sorprendidos.

—Algún amigo mío del año pasado se habrá acordado de que es el día de mi santo —explicó Oblómov—. Di que no estoy en casa —añadió en un susurro dirigiéndose a Zajar.

Estaban comiendo en el cenador del jardín; Zajar corrió hacia el patio para cumplir el encargo de su señor y tropezó en el camino con Shtolz.

—¡Andréi Ivánich! —exclamó alegremente con su ronca voz.

—¡Andréi! —gritó Oblómov, lanzándose hacia su amigo y abrazándolo.

—¡Qué oportunamente he llegado! ¡Justo a la hora de comer! —dijo Shtolz—. Y, por cierto, tengo mucha hambre. ¡Cuánto me costó encontrarte!

—¡Ven, ven conmigo, siéntate! —decía Oblómov todo agitado, haciéndole sentar a su lado.

En cuanto apareció Shtolz, el primero en desaparecer fue Tarántiev, quien saltó la valla y se dirigió al huerto; Iván Matvéievich imitó su ejemplo, escondiéndose tras el cenador y retirándose después a su alcoba. Agafia Matvéievna también se puso en pie.

—He venido a estorbar —dijo Shtolz, levantándose de un salto.

—Pero ¿adónde van? ¡Iván Matvéievich! ¡Mijéi Andreich! —gritaba Oblómov.

Hizo que Agafia Matvéievna volviera a sentarse, pero no consiguió que volvieran los otros dos.

—¿De dónde vienes? ¿Qué haces? ¿Vas a quedarte por mucho tiempo? —Oblómov lo asaeteó a preguntas.

Shtolz había venido por dos semanas para resolver unos asuntos, después iba a la aldea, más tarde a Kiev y sabe Dios adónde más.

Durante el almuerzo, Shtolz habló poco, pero comió con gran apetito; se notaba que venía hambriento. Los demás, lógicamente, comían en silencio.

Después del almuerzo, una vez recogida la mesa, Oblómov ordenó que dejasen champán y agua de seltz en el cenador y se quedó a solas con Shtolz.

Permanecieron silenciosos un buen rato. Shtolz miraba a su amigo con gran atención.

—¿Y bien, Iliá? —dijo al fin, pero tan severamente que Oblómov bajó la vista y no contestó nada.

—Entonces, ¿«nunca»?

—¿Qué quieres decir con ese «nunca»? —preguntó Oblómov como si no comprendiera.

—¿Has olvidado ya: «Ahora o nunca»?

—Ya no soy ahora... el de antes, Andréi —dijo Oblómov al fin—. Mis asuntos, gracias a Dios, están en orden. No estoy ocioso, el plano de la casa lo tengo casi terminado, me he suscrito a dos revistas y he leído casi todos los libros que me dejaste.

—¿Por qué no fuiste al extranjero?

—Me impidió ir al extranjero... —Oblómov titubeó.

—¿Olga? —preguntó Shtolz, mirándole significativamente.

Oblómov enrojeció.

—¿Cómo? ¿Es que has oído algo...? ¿Dónde está ahora? —preguntó presuroso, mirando a Shtolz.

Sin responderle, Shtolz siguió mirándole, como queriendo leer en su alma.

—Oí decir que se había ido al extranjero con su tía —prosiguió Oblómov—, poco después de...

—Poco después de haber comprendido su error —acabó su frase Shtolz.

—¿Es que tú sabes...? —empezó a decir Oblómov, confuso y aturdido.

—Lo sé todo —respondió Shtolz—, incluso lo de la ramita de lilas. ¿No estás avergonzado, Iliá, no te sientes dolido? ¿No te remuerde la conciencia? ¿No lo lamentas?

—¡No me hables de eso, no me lo recuerdes! —le interrumpió Oblómov apresuradamente—. Caí muy enfermo cuando comprendí el abismo que había entre ella y yo, cuando me convencí de que no la merecía... ¡Ah, Andréi! Si me quieres, no me tortures, no me la recuerdes. Yo le hice ver desde el principio el error que estaba

cometiendo, pero ella no me lo creyó... La verdad es que no soy muy culpable...

—No te culpo, Iliá —dijo Shtolz cariñosamente—; he leído tu carta. El más culpable soy yo, después ella, luego tú, pero poco...

—¿Cómo está ella ahora? —preguntó Oblómov tímidamente.

—Pues triste, llora con desconsuelo, te maldice...

A medida que Shtolz hablaba, en el rostro de Oblómov se reflejaba el espanto, el dolor, la compasión y el remordimiento.

—¡Qué me dices, Andréi! —exclamó, levantándose—. Vayamos, por Dios, ahora mismo a verla, le pediré perdón de rodillas...

—¡Cálmate! —lo interrumpió Shtolz, echándose a reír—. Está alegre, es incluso feliz, te manda recuerdos y quería escribirte, pero yo se lo desaconsejé, temía que una carta suya te perturbara.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Oblómov casi con lágrimas en los ojos—. ¡Qué feliz soy! Deja que te abrace, Andréi. ¡Bebamos a la salud de Olga!

Bebieron una copa de champán.

—¿Dónde está ella ahora?

—Ahora, en Suiza. Para el otoño la tía y ella irán a la aldea. Por eso estoy aquí, quedan por hacer unos cuantas gestiones. El barón no acabó ese asunto; se le ocurrió pedir a Olga en matrimonio.

—¿Es posible? Entonces era verdad... ¿Qué dijo Olga? —preguntó Oblómov.

—Lo rechazó, naturalmente. El barón, disgustado, se fue y a mí me toca acabar todas esas gestiones. Pienso terminarlas la semana que viene. ¿Qué tal tú? ¿Por qué te has venido a vivir tan lejos?

—Aquí estoy tranquilo, nadie me molesta...

—¿Te molesta para qué?

—Para ocuparme de...

—¡Por favor, Iliá, esto es lo mismo que Oblómovka, pero aún peor! —dijo Shtolz, mirando a su alrededor—. Ven conmigo a la aldea.

—A la aldea... Bueno, si quieres; pronto empezarán las obras, pero no me metas prisa, deja que lo considere...

—¡Otra vez con lo mismo! Conozco tus consideraciones, lo vas a considerar lo mismo que hiciste hace dos años con tu viaje al extranjero. Nos vamos la semana que viene.

—¿Cómo? ¿La semana que viene? —se defendía Oblómov—. Tú estás en marcha, pero yo tengo que prepararme... Aquí tengo mi casa, mis cosas, ¿cómo quieres que lo abandone todo? Allí no tengo nada.

—Ni falta que te hace. A ver, dime, ¿qué necesitas? Oblómov guardó silencio.

—No ando bien de salud, Andréi —dijo—. Me fatigo mucho. Y de nuevo me salen orzuelos tan pronto en un ojo como en otro, se me hinchan las piernas. Y a veces, por la noche, cuando duermo, tengo la sensación de que alguien me golpea en la cabeza o en la espalda y debo ponerme en pie de un salto...

—Escucha, Iliá, te hablo en serio; debes cambiar de vida si no quieres sufrir una hidropesía o una apoplejía. Has puesto fin a tus esperanzas en un futuro. Si un ángel como Olga no ha conseguido sacarte en sus alas de tu ciénaga, yo nada podré hacer. Pero puedes y debes ocuparte de algo, tener cierta actividad, organizar tu casa en la aldea, ocuparte de tus *mujiks*, interesarte por sus vidas, por edificar, plantar... No te dejaré en paz. Ahora ya no sigo los dictados de mis deseos, sino también la voluntad de Olga. Ella quiere, ¿me escuchas, Iliá?, que no mueras del todo, que no te entierres en vida, y yo le prometí desenterrarte de tu tumba...

—¡Olga no me ha olvidado! ¡Pero no lo merezco! —dijo Oblómov emocionado.

—No, no te ha olvidado. Ni creo que te olvide jamás; no es de esa clase de mujeres. Debes visitarla en su propiedad.

—Pero no ahora, Andréi, por Dios, ahora no. Deja que lo olvide. Todavía aquí...

Y señaló el corazón.

—¿Qué hay «aquí»? ¿No será amor? —preguntó Shtolz.

—No, es dolor y vergüenza —respondió Oblómov con un suspiro.

—Está bien, iremos entonces a Oblómovka. Tienes que empezar a construir ahora que estamos en verano, es un tiempo precioso que no se debe perder...

—Tengo allí a mi apoderado y yo iré cuando me prepare; lo tengo que pensar. —Empezó a presumir ante Shtolz de lo bien que había resuelto su problema sin necesidad de moverse. El apoderado estaba haciendo averiguaciones acerca del paradero de los *mujiks* fugados, había vendido el trigo a buen precio y le había enviado mil quinientos rublos. Este año cobraría probablemente los tributos y le remitiría el dinero.

Al oír su relato, Shtolz no pudo reprimir una exclamación.

—¡Te han robado lisa y llanamente! ¡Mil quinientos rublos por una propiedad con trescientos siervos! ¿Quién es tu apoderado? ¿Qué clase de persona es?

—Fueron más de mil quinientos rublos —precisó Oblómov—, pues de esa suma le pagué la gratificación por el trabajo realizado...

—¿Cuánto?

—De verdad que no lo recuerdo, tengo los cuentas en alguna parte y ya te las enseñaré después.

—¡Ay, Iliá! ¡De verdad que estás perdido, muerto! —exclamó—. Vístete y ven conmigo.

Oblómov trató de resistirse, pero Shtolz se lo llevó a su casa casi a la fuerza. Una vez allí, hizo que escribiese un poder a su nombre y le manifestó que tomaba Oblómovka en arriendo hasta que él mismo fuera allí y supiese dirigir su propiedad.

—Vas a recibir tres veces más de esa suma —le dijo—, pero yo no podré ser tu arrendatario durante mucho tiempo, pues tengo mis propios negocios. Iremos ahora a Oblómovka o bien ve tú más tarde. Estaré en la propiedad de Olga, que dista unos trescientos kilómetros de la tuya. Iré a Oblómovka, echaré a tu apoderado, haré las gestiones precisas y luego irás tú. No te dejaré en paz.

Oblómov suspiró.

—¡Ay, qué vida! —dijo.

—¿Qué le pasa a la vida?

—Que me persigue, no me deja en paz. Me gustaría tumbarme y dormir... para siempre...

—Es decir, que apagarías la luz y te quedarías a oscuras. ¡Vaya una vida! ¡Ay, Iliá, Iliá! Al menos podrías filosofar un poco. La vida pasa fugaz, en un instante, y tú dices que te gustaría tumbarte y dormir. Más vale que arda siempre. ¡Ojalá pudiéramos vivir doscientos, trescientos años! ¡Cuántas cosas se podrían hacer!

—Tú eres muy distinto, Andréi —repuso Oblómov—, tú tienes alas, vuelas, no vives. Posees grandes dotes y tienes amor propio. No estás gordo, ni te salen orzuelos, ni te pica la nuca. Estás hecho de otra manera.

—¡No digas eso! El hombre ha sido creado para hacerse a sí mismo y cambiar, incluso, su propia naturaleza. ¡Tú has echado esa barriga y crees que te la dio la naturaleza! También tú tuviste alas, pero las cortaste.

—¿Dónde están mis alas? —preguntó Oblómov tristemente—. No sé hacer nada.

—Es decir, no quieres saber —le interrumpió Shtolz— Te juro que no hay una sola persona en el mundo que no sepa hacer algo.

—Pues yo no sé —aseguró Oblómov.

—Según tú, no sabes redactar un informe ni escribir una carta al propietario de la casa, pero a Olga le escribiste tú, ¿no es cierto? No te armaste un lío con el «que» ni el «cual». Supiste encontrar papel satinado, buena tinta inglesa y tu estilo era ágil. ¿Qué me dices a eso?

Oblómov se ruborizó.

—Cuando fue preciso, supiste pensar y expresarte; tu carta podría figurar, incluso, en alguna novela. Pero cuando no lo necesitas, dices que no sabes, que te falla la vista, que sientes debilidad en los brazos. Perdiste tu saber siendo todavía un niño en

Oblomovka, rodeado de niñera, ayos y tías. Empezaste por no saber ponerte solo las medias y acabaste por no saber vivir.

—Todo eso tal vez sea cierto, pero ¡qué se le va a hacer! ¡El pasado no vuelve!

—¡Cómo que no vuelve! —objetó Shtolz con enfado—. ¡Qué tontería! Si me escuchas y haces lo que yo diga, ¡vaya si volverá!

Shtolz, sin embargo, se fue solo a la aldea; Oblómov se quedó, tras prometerle que iría a Oblómovka en otoño.

—¿Qué quieres que le diga a Olga? —preguntó Shtolz a su amigo antes de partir.

Oblómov bajó la cabeza y suspiró.

—¡No le hables de mí! —dijo al fin—. Di que no me has visto, que no sabes nada...

—No me creerá —repuso Shtolz.

—Bueno, pues dile que estoy perdido, muerto, que he desaparecido...

—Se echará a llorar y tardará en consolarse, ¿qué necesidad hay de apenarla?

Oblómov callaba muy conmovido; tenía lágrimas en los ojos.

—Bueno, le contaré una mentira. Le diré que vives de su recuerdo y que buscas una meta seria y rigurosa. Ten en cuenta, Iliá, que la propia vida y el trabajo son una meta y no la mujer. En eso os equivocabais los dos. ¡Qué contenta se pondrá!

Y se despidieron.

CAPÍTULO III

AL día siguiente de San Iliá, Tarántiev e Iván Matvéievich se reunieron por la tarde en la cantina.

—¡Té! —ordenó Iván Matvéievich con aire sombrío, y cuando el camarero le trajo el té y una botella de ron, se la devolvió con enfado—. ¡Eso no es ron, sino una porquería! —dijo, sacó del bolsillo de su abrigo su propia botella, la destapó, la acercó a la nariz del camarero—. ¿Hueles? —preguntó—. No me vuelvas a traer tu ron. ¡Van mal las cosas, compadre! —dijo no bien se hubo retirado el mozo.

—Sí, el diablo lo trajo —contestó Tarántiev, furioso—. ¡Qué bribón es el alemán ése! ¡Ha tomado en arriendo la finca y echará al apoderado! ¡Algo inconcebible! ¡Bien pelará ahora a esa ovejita!

—Si es hombre experto, compadre, mucho me temo que nos veamos en un apuro. Como sepa que se han cobrado los tributos y que los hemos recibido nosotros es capaz de llevar el asunto a los tribunales...

—¡A los tribunales! Muy cobarde te has vuelto, compadre. No es la primera vez que Zatiorty mete su pezuña en dinero ajeno, sabe atar los cabos. ¿Crees que da recibos a los *mujiks*? Les cobra a solas, sin testigos. El alemán montará en cólera, gritará y así acabarán las cosas. ¡De tribunales, nada!

—¿Tú crees? —dijo Iván Matvéievich más tranquilo—. Bueno, bebamos.

Sirvió más ron a Tarántiev y a sí mismo.

—A veces —dijo Iván Matvéievich— te parece que es imposible vivir en este mundo, pero en cuanto bebes un poco, lo ves todo con mejores ojos.

—Mientras tanto, compadre, podemos hacer lo siguiente —continuó Tarántiev—. Vas a presentarle unas facturas por el suministro de lo que quieras; leña, coles, en fin, de lo que se te ocurra... Como ahora es tu hermana la que se encarga de su economía doméstica, anota esa suma en el capítulo de gastos. Cuando regrese Zatiorty, le diremos que ha cobrado las rentas, pero que ese dinero se ha invertido en sus gastos.

—¿Y si pide las cuentas y se las enseña al alemán? Este puede meternos en buen lío...

—¡Qué va! Meterá las cuentas en cualquier lugar y ni el propio demonio podrá encontrarlas. Vaya usted a saber cuánto tardará el alemán en volver, y para entonces lo habrá olvidado...

—¿Tú crees? ¡Bebamos, compadre! —dijo Iván Matvéievich vertiendo el ron en una copa— Es una pena diluir con el té semejante tesoro. ¡Huele! ¡Tres rublos me ha costado! ¿Qué te parece si encargamos una sopa de pescado?

—De acuerdo.

—¡Camarero!

—¡Fíjate si es bribón! —siguió diciendo Tarántiev con rabia—. «Déjame en arriendo —le dice— Oblómovka». A nosotros, rusos auténticos, no se nos habría ocurrido una cosa así. Son tretas alemanas. Allí todo son granjas y arriendos. Espera, ¡ya verás cómo le obliga todavía a comprar acciones!

—¿Qué es eso de las acciones? No acabo de entenderlo —le preguntó Iván Matvéievich.

—¡Invenciones alemanas! —respondió rabiosamente Tarántiev—. Imagínate, por ejemplo, que a un bribón se le ocurre construir casas incombustibles y pretende edificar toda una ciudad; como necesita dinero, pone en circulación unos papeles a quinientos rublos, por ejemplo, y una multitud de papanatas se los compra y luego los

revenden a otros. Cuando se oye decir que la empresa marcha bien, esos papelillos suben de precio; pero si va mal, todo se hunde... Te quedas con los papeles, pero sin el dinero. ¿Dónde está la ciudad?, preguntas; se ha quemado, te responden, y el constructor se ha fugado con tu dinero. Eso son las acciones. ¡Ya verás cómo el alemán acaba por embarcarlo! Me extraña que no lo haya hecho hasta ahora. De no haber estado yo velando por los intereses de mi paisano, ya lo habría hecho.

—Sí, el capítulo de Oblómovka se acabó, habrá que archivarlo; no volveremos a cobrar el tributo de sus campesinos... —masculló Iván Matvéievich ligeramente bebido.

—¡Al diablo con ellos, compadre! ¡Dinero te sobra! —le contestó Tarántiev también bebido—. Tienes un manantial seguro, sigue libando, ino te canses! ¡Bebamos!

—¡Vaya un manantial, compadre! Toda la vida reuniendo rublo tras rublo...

—¡Pero si ya llevas veinte años haciéndolo! No te quejes, no ofendas a Dios...

—¡No exageres! —repuso Iván Matvéievich con lengua insegura—. Llevo de secretario algo más de once años, ¿lo has olvidado? Antes no sonaban en mi bolsillo más de diez o veinte copecs y, a veces, ¡vergüenza me da confesarlo!, debía contentarme con la calderilla. ¡Eso no es vivir! ¡Eh, compadre! Hay, sin embargo, gente muy feliz en el mundo, les basta con susurrar una palabrita al oído de otro, dictar unas líneas o poner su nombre en un papel para que su bolsillo se hinche como una almohada... ¡hasta se podría dormir sobre él! ¡Si yo pudiera hacer lo mismo! —continuó hablando cada vez más borracho—. Los peticionarios ni lo ven siquiera, ni acercarse se atreven. Un tipo de éstos sube a su coche, ordena que lo lleven al club y allí señores de mucha categoría le estrechan la mano, juegan con él a las cartas, pero no creas que apuestan calderilla, sino sumas muy importantes... ¡Y qué comilonas se pega el tío! Vergüenza le daría pedir sopa de pescado, arrugaría el ceño y

escupiría sólo de oír su nombre... En invierno comen pollos, fresas en abril. La mujer lleva vestidos de encaje en casa, los hijos tienen institutriz y siempre van vestidos y peinados. ¡Compadre, compadre! También en la tierra hay paraíso, pero no para nosotros. ¡Bebamos! Ya nos traen la sopa.

—No te quejes, compadre, no ofendas a Dios. Bien sé que tienes un bonito capital... —decía Tarántiev ya completamente borracho con los ojos rojos, como inyectados en sangre—. ¡Treinta y cinco mil rublos en plata no son moco de pavo!

—¡Baja la voz, compadre! —lo interrumpió Iván Matvéievich—. Pero no paso de los treinta y cinco mil. ¿Cuándo llegaré a los cincuenta mil? Y si llego a cincuenta, tampoco entraré en el paraíso. Si me caso, tendré que vivir con mucha cautela, llevar la cuenta de cada rublo y olvidarme del ron de Jamaica... ¡Esa no es vida!

—Pero no hay riesgo, compadre; un rublo por aquí, otro por allá y al final del día te encuentras con siete que puedes guardar. Nadie sabe nada, ni huellas, ni señales. Pero si tu firma aparece en algo importante, te pasas la vida padeciendo las consecuencias. ¡No tientes a Dios, compadre!

Iván Matvéievich no le oía; llevaba bastante tiempo pensando en algo.

—Escucha —dijo de pronto alegremente, mirándolo con los ojos muy abiertos y casi sereno—, pero no, no te lo voy a decir, me da miedo, no quiero que una idea tan preciosa salga fuera de mi cabeza, es un verdadero tesoro... ¡Bebamos, compadre, bebamos!

—¡Me niego a beber hasta que me lo digas! —dijo Tarántiev, apartando su copa.

—Es un asunto muy importante —dijo Matvéievich, mirando con recelo hacia la puerta.

—¡Dímelo ya! —insistió Tarántiev, impaciente.

—Creo, compadre, que he dado con algo muy valioso. Pero ¿sabes?, es lo mismo que estampar tu firma al pie de un negocio importante. ¡Por Dios te juro que así es!

—¿Acabarás por decírmelo de una vez?

—¡Y qué recompensa para ti! ¡Qué recompensa!

—¡Dímelo ya! —siguió insistiendo Tarántiev.

—Espera, deja que lo piense mejor. No hay nada punible, todo está dentro de la ley. Te lo diré, compadre, sobre todo porque te necesito, sin ti sería algo violento. En caso contrario, ¡a Dios pongo por testigo!, no te diría nada. La índole del asunto no admite que otra persona lo sepa.

—¿Es que yo soy otra persona para ti? Creo haberte servido más de una vez: hice de testigo, luego las copias... ¿lo recuerdas? ¡Menudo cerdo estás hecho!

—¡Muérdete la lengua, compadre! ¡Tu voz parece que sale de un cañón!

—¿Quién diablos nos oirá aquí?

—Pues bien, escucha: como sabes, Iliá Ilich es un cobardica y no sabe nada de leyes; cuando lo del contrato, a punto estuvo de perder la cabeza, y cuando el vecino le devolvió el poder, no sabía qué hacer. No recuerda ni siquiera cuánto le tributan sus campesinos y él mismo dice «No sé nada»...

—¿Y bien? —preguntó Tarántiev.

—Pues verás, últimamente visita con harta frecuencia a mi hermana. Hace poco estuvo con ella pasadas las doce de la noche, tropezó conmigo en el vestíbulo y fingió no haberme visto. Veamos lo que puede hacerse... Tú, en un aparte, le dices que es una inmoralidad lo que hace, que ella es viuda; dile que ya se habla de eso y que ella ahora no podrá casarse...; que había un pretendiente a la vista, un rico comerciante, pero al saber que él la visita, ahora no quiere ni oír hablar de boda...

—Bueno, ¿y qué? Se tumbará muy asustado en la cama, se liará a dar vueltas y más vueltas como un verraco, suspirará y eso será todo. ¿Qué beneficios sacaremos de ello?

—¡Qué poco cerebro! Le dirás que yo quiero denunciarlo, que los han visto, que hay testigos...

—¿Y qué?

—Pues bien, si se asusta demasiado, puedes decirle que hay posibilidad de llegar a un arreglo, que si sacrificara un pequeño capital...

—Pero él no tiene dinero —dijo Tarántiev—. Por miedo prometerá lo que quieras, hasta diez mil...

—Entonces, tú me lo haces saber y yo preparo una carta de crédito... a nombre de mi hermana, diciendo, más o menos: «Yo, Oblómov, he tomado en préstamo de la viuda Pshenitzina diez mil rublos por un plazo de, etc.».

—¿Cuál es el provecho? No acabo de entenderlo. El dinero será de tu hermana y de sus hijos. ¿Dónde el beneficio?

—Mi hermana, a su vez, me dará otra carta de crédito por la misma cantidad; haré que me la firme.

—¿Y si no la firma? ¿Si se resiste?

—¿Mi hermana?

Iván Matvéievich estalló en una prolongada y queda risa.

—Firmará, compadre, firmará, es capaz de firmar su propia sentencia de muerte sin preguntar nada y sonriendo. Pondrá con letras torcidas «Agafia Pshenitzina», y jamás sabrá lo que ha firmado. ¿Te das cuenta? Tú y yo no habremos intervenido en nada; mi hermana le reclamará ese dinero al secretario colegiado Oblómov y yo a la viuda de Pshenitzin. ¡Ya puede rabiarse el alemán! Todo estará dentro de la ley —dijo, y lleno de entusiasmo alzó los brazos en alto—. ¡Bebamos, compadre!

—¡Dentro de la ley! —repitió Tarántiev, alborozado—. Bebamos.

—Y si las cosas salen bien, podremos repetir la misma operación dentro de un par de años, todo dentro de la ley.

—¡Dentro de la ley! —corroboró Tarántiev guiñándole un ojo con aire de aprobación—. Vamos a repetir también nosotros.

—¡Repitamos!

Volvieron a beber.

—Pero ¿y si tu paisano se niega a firmar y pide consejo al alemán? —preguntó Iván Matvéievich con cierto temor—. Mal nos irían entonces las cosas. No podríamos pleitear contra él porque ella es viuda y no soltera.

—¡Qué va a escribir! Tal vez al cabo de dos años lo haga —respondió Tarántiev—. Y como se obstine, lo pongo de vuelta y media...

—¡No, no, Dios te libre! ¡Lo echarías todo a perder! Dirá que lo han obligado, tal vez hable de una paliza, sería una causa criminal. No, eso no sirve. Mira, antes de todo bebas con él un poco de vodka, le gusta el de casa, coméis algo. Cuando lo veas un poco mareado, me haces una seña y yo me presento con la carta de crédito. Él la firmará sin mirar la suma, igual que hizo con el contrato, y después de que esté certificada, ino hay reclamación que valga! Además, a un señor como él le dará vergüenza confesar que la firmó en estado de embriaguez. ¡Todo dentro de la ley!

—¡Dentro de la ley! —repitió Tarántiev.

—¡Y Oblómovka, entonces, pasará a los herederos!

—¡Que pase! Bebamos, compadre.

—¡A la salud de los papanatas! —dijo Iván Matvéievich.

Y volvieron a beber.

CAPÍTULO IV

HEMOS de retroceder un poco en el tiempo, a un período anterior a la visita que hizo Shtolz a Oblómov el día de su santo, y situarnos en un lugar alejado del barrio de Vyborg. Encontrarán allí los lectores a personas conocidas de las cuales Shtolz no le contó todo a Oblómov, bien por consideraciones particulares o, tal vez, porque Oblómov tampoco le pidió detalles por razones igualmente particulares.

Cierto día, Shtolz paseaba por un bulevar de París mirando distraídamente a los transeúntes, los rótulos de las tiendas, pero sin fijar en nada la vista. Llevaba mucho tiempo sin recibir noticias de Rusia, tanto de Kiev, como de Odesa, ni tampoco de San Petersburgo. Se sentía aburrido; acababa de llevar tres cartas a correos y regresaba a su casa.

De pronto, sus ojos se detuvieron inmóviles y asombrados en dos señoras que acababan de cruzar el bulevar para entrar en una tienda. Al poco rato, sin embargo, recobraron su expresión habitual.

«¡No, es imposible! —pensó—. ¡Vaya una ocurrencia! Lo sabría, no son ellas».

Se acercó, sin embargo, al escaparate de la tienda con el propósito de verlas mejor a través del cristal. «No distingo nada, están de espaldas a las ventanas». Shtolz entró en la tienda y pidió ver algo. Una de las damas se volvió hacia la luz y Shtolz reconoció a Olga Ilínskaia, pero le pareció muy distinta. Su primer impulso fue acercarse, pero se detuvo y la observó atentamente.

¡Dios mío, qué cambio se había producido en ella! Era y no era la Olga de antes. Sus facciones seguían siendo las mismas, pero estaba pálida, tenía los ojos algo hundidos y en sus labios no se veía ya esa sonrisa infantil, ingenua y despreocupada. Un pensamiento grave y triste parecía aletear en su frente y sus ojos decían muchas cosas que antes no expresaban. Su mirada no era igual a la que él conocía: abierta, sincera y serena. Una nube de pesar e incertidumbre cubría su rostro.

Shtolz se acercó. Ella frunció un poco las cejas, lo miró perpleja durante un momento y lo reconoció; desarrugó el ceño y sus ojos brillaron con profunda y serena alegría. Cualquiera hermano se sentiría feliz de ser recibido con semejante alegría por una hermana querida.

—¡Dios mío! ¿Es usted? —exclamó con voz jubilosa que brotaba de lo más profundo de su alma.

La tía se volvió rápidamente y los tres comenzaron a hablar al mismo tiempo. Shtolz les reprochaba el no haberle escrito; ellas se justificaban. Hacía sólo dos días que habían llegado a París y lo estaban buscando por todas partes. En una casa les dijeron que se había marchado a Lyon, y no sabían qué hacer.

—¿Cómo se les ha ocurrido venir sin decirme una sola palabra? —preguntó Shtolz en tono de reproche.

—Lo resolvimos de pronto y no nos dio tiempo de escribirle —dijo la tía—. Olga quería darle una sorpresa.

Miró a Olga; la expresión de su rostro no confirmaba las palabras de su tía. La examinó con mayor atención, pero ella permanecía impenetrable.

«¿Qué le pasa? —pensó Shtolz—. Antes la comprendía de inmediato, pero ahora... ¡qué cambio!».

—¡Está usted muy cambiada, Olga Serguéievna! ¡Más alta, más mujer! —dijo en voz alta—. Apenas si la reconozco. Y no habrá pasado ni un año desde que la vi por última vez. ¿Qué ha hecho usted en ese tiempo? ¡Cuénteme, cuénteme!

—Pues... nada de particular —respondió, mirando una de las telas.

—¿Qué tal su canto? —preguntó Shtolz, sin dejar de examinar a la nueva Olga, procurando descifrar la desconocida expresión de su rostro, pero sin conseguirlo.

—Hace tiempo que no canto, unos dos meses —respondió Olga con indiferencia.

—¿Y qué es de Oblómov? —preguntó de pronto—. ¿Está vivo? ¿Le escribe?

Tal vez en aquel instante Olga habría revelado su secreto si la tía no hubiese acudido en su ayuda.

—Imagínese —dijo, saliendo de la tienda—, nos visitaba cada día y, de pronto, desapareció. Cuando nos dispusimos a marchar al extranjero, le enviamos un recado y nos dijeron que estaba enfermo y no recibía a nadie, así que no le volvimos a ver.

—¿Yo sabe usted lo que tiene? —preguntó Shtolz, preocupado. Olga, en aquel momento, miraba fijamente con sus impertinentes a un coche que pasaba ante ellos.

—Estuvo realmente enfermo —respondió, mirando con fingida atención el coche—. Me parece, *ma tante*, que eran nuestros compañeros de viaje.

—Quiero que me hable con detalle de mi amigo Iliá —insistía Shtolz— ¿Qué ha hecho con él? ¿Por qué no lo ha traído con usted?

—*Mais ma tante vient de dire*^[16] —respondió Olga.

—Es un hombre muy perezoso —observó la tía— e insociable; tan pronto como había tres o cuatro invitados, se iba. Imagínese, adquirió un abono para la ópera, pero no asistió ni a la mitad de las representaciones.

—Ni siquiera oyó a Rubini —añadió Olga.

Shtolz movió la cabeza y suspiró.

—¿Van a estar mucho tiempo por aquí? ¿Cómo se les ha ocurrido hacer este viaje? —preguntó Shtolz.

—Por Olga, se lo aconsejaron los médicos —explicó la tía—. San Petersburgo no le sentaba nada bien y decidimos pasar el invierno fuera; pero no sabemos aún dónde, si en Niza o en Suiza.

—Sí, ha cambiado usted mucho... —dijo Shtolz pensativo, con los ojos fijos en Olga, tratando de estudiar cada expresión de su rostro.

Las Ilinski pasaron seis meses en París y Shtolz fue su único y cotidiano acompañante y guía.

Olga empezó a mejorar de manera visible; su aire pensativo dejó paso a una actitud serena e indiferente, en apariencia por lo menos. Sólo Dios sabe lo que sentía en su interior, pero, poco a poco, volvió a ser para Shtolz su amiga de antes, aunque ya no reía como antaño con su risa sonora e infantil; se limitaba a sonreír cuando Shtolz contaba algo divertido. A veces, hasta parecía fastidiada de no poder reírse.

Shtolz comprendió en seguida que ya no era posible hacerla reír como antes; muchas veces escuchaba alguna divertida historia sin sonreír siquiera y lo seguía mirando en silencio, o bien impaciente, como reprochándole su frivolidad. A veces, en respuesta a sus bromas, le hacía una pregunta seria, acompañada de una mirada tan insistente, que Shtolz sentía remordimiento por su charla frívola y vacía.

En ocasiones manifestaba tal cansancio interno por el constante ajetreo humano sin ningún objetivo, por las conversaciones triviales, que Shtolz se veía obligado a tratar otros temas que, habitualmente, prefería eludir en sus charlas con las mujeres. A mucho ingenio y habilidad tuvo que recurrir Shtolz para que la mirada profunda e inquisitiva de Olga se aclarara y para que ella, ya satisfecha, no buscara otras respuestas al margen de él.

Se sentía muy inquieto cuando Olga, debido a una negligente explicación suya, fruncía el ceño, lo miraba con expresión fría, severa y la sombra de un descontento profundo y silencioso cubría su rostro. Y debía luego invertir dos o tres días de sutil juego de imaginación, de astucia incluso, y toda su habilidad en el trato con

las mujeres para conseguir que poco a poco, y con dificultad, recobrara Olga su expresión afable y lo mirase y sonriese con la simpatía de siempre.

Solía regresar a su casa agotado por esa lucha y se sentía feliz si vencía en ella. «¡Dios mío, cómo ha madurado esa chiquilla! ¡Cómo se desarrolló su inteligencia! ¿Quién habrá sido su maestro? ¿Dónde aprendió a conocer así la vida? ¿El barón? ¡No, imposible, es un mentecato y nada podría aprender de sus engoladas sentencias! Ya habrá sido Iliá...».

No conseguía comprenderla; pero volvía corriendo al día siguiente para verla y escrutaba su rostro con precaución, con temor; conseguía, gracias a toda su inteligencia y conocimiento de la vida, vencer las dificultades que le planteaban las preguntas y dudas que leía en su rostro.

Armado de su experiencia, se adentraba en el laberinto de su pensamiento y de su carácter, descubriendo y analizando cada día nuevas facetas y rasgos, sin llegar jamás al fondo; observaba con sorpresa y temor cómo su inteligencia exigía constante alimento, cómo su espíritu, no saciado, exigía experiencia y conocimientos. La vida de Olga, su actividad, iba incorporándose cada vez más a la vida y actividad de Shtolz. Después de rodear a Olga de flores, libros y partituras, Shtolz se iba tranquilo a trabajar, plenamente convencido de haber colmado su ocio; visitaba minas, alguna granja modelo o asistía a reuniones sociales donde conocía personajes nuevos o distinguidos; regresaba fatigado con el propósito de sentarse junto al piano y oírla cantar. Mas, de pronto, descubría en su rostro una serie de preguntas y leía en sus ojos la exigencia obstinada de respuestas. Sin proponérselo, incluso en contra de su voluntad, iba explicándole poco a poco lo que había visto y con qué intención.

A veces, ella expresaba el deseo de ver y conocer por sí misma lo que había visto y conocido él. Entonces, Shtolz repetía su trabajo: visitaba con ella el edificio, el lugar, las máquinas, reconstruyendo

para ella los viejos hechos en los muros y en las piedras. Se acostumbró, poco a poco, a pensar y a sentir delante de ella en voz alta, y un día, tras una profunda comprobación, comprendió que ya no vivía solo, sino en compañía de Olga, y que esa vida había comenzado desde que ella llegó a París.

De un modo casi inconsciente, como si estuviera solo, analizaba delante de ella la gestión hecha, el éxito obtenido, asombrándose, al hacerlo, de ella y de sí mismo; luego comprobaba si no había alguna pregunta más en sus ojos, si había comprendido, si estaba satisfecha y lo miraba como a un vencedor.

Si esto sucedía, regresaba a su casa lleno de orgullo, de trémula emoción, y por la noche se preparaba largamente para el día siguiente. No le parecían pesadas las tareas más aburridas y arduas, sino tan sólo indispensables; formaban parte de la urdimbre de la vida, de su fundamento. Los pensamientos, las observaciones, los hechos, en vez de archivarse en silencio y con descuido en la memoria, conferían un bello colorido a cada día.

¡Qué rosada luz se extendía por el pálido rostro de Olga cuando él, sin esperar su interrogante y ansiosa mirada, se apresuraba a presentar ante ella, con ardor y energía, el nuevo material recopilado!

¡Y qué plena felicidad la suya cuando Olga, interesada, dulcemente atenta, procuraba comprender cada mirada, cada palabra! Ambos se miraban ansiosos: él, para saber si había preguntas en sus ojos; ella, para comprobar si Shtolz le había dicho todo, si nada había olvidado, y más que nada, ¡librenos Dios!, si no le había ocultado alguna cuestión confusa, considerada incomprensible para su entendimiento, si le había expuesto todo cuanto pensaba.

Cuanto más complejo e importante era el tema y máxima la atención que ponía Shtolz al explicarlo, mayor tiempo se detenía en él la mirada de Olga, haciéndose cada vez más cálida, profunda y cordial.

«¡Olga, esa niña! —se decía Shtolz, atónito—. ¡Acabará por saber más que yo!».

Olga le hacía reflexionar como jamás había reflexionado antes en nada. En la primavera se fueron todos a Suiza. Todavía en París, Shtolz había decidido que no podía vivir sin Olga. Una vez resuelta esa cuestión, empezó a pensar si Olga podía vivir sin él. Pero resolverla no le resultaba tan fácil.

La abordaba con lentitud y cautela, bien a tientas, bien con valor; le parecía que estaba próximo a su objetivo, que le bastaría captar algún indudable indicio, una mirada, una palabra, una expresión de hastío o alegría; buscaba algún detalle pequeño, el movimiento casi imperceptible de sus cejas, un suspiro y el misterio quedaría desvelado: sabría que también él era amado.

Leía en el rostro de Olga una confianza infantil ilimitada en su persona; a veces lo miraba como jamás había mirado a nadie, a excepción, quizá, de su madre, en el caso de tenerla.

Las visitas de Shtolz, su dedicación y constantes atenciones no eran consideradas por Olga como un favor, una amabilidad o una prueba halagüeña de amor, sino, simplemente, como una obligación, como si él fuera su padre, hermano o, incluso, marido. Eso significaba mucho, tal vez todo. Ella, a su vez, se manifestaba espontánea y natural en cada palabra, en todos sus actos, y reconocía su indiscutible prestigio y autoridad.

Shtolz lo sabía. Además, Olga se lo confirmaba a cada paso, decía que sólo en él creía y que era la única persona en el mundo en quien confiaba.

Shtolz, naturalmente, se enorgullecía de ello, pero igual de orgulloso podría sentirse algún tío de Olga entrado en años, inteligente y con experiencia, incluso el barón, de haber sido hombre capaz y con carácter.

Pero ese prestigio, esa autoridad, ¿provenían del amor? Tal era la cuestión. ¿Había en la admiración de Olga algo de ese delicioso

espejismo de amor, su encantadora ceguera que hace que una mujer se sienta dichosa pese a haberse equivocado?

No, Olga se sometía de un modo consciente a él. Sus ojos brillaban, es cierto, cuando él exponía alguna idea o ponía al descubierto su alma, le miraban con cariño, pero siempre era por algo y, a veces, ella misma explicaba la causa. En amor el mérito se adquiere de forma ciega e irreflexiva, y justamente en esa ceguera e inconsciencia radica la felicidad. Cuando Olga se ofendía, se adivinaba de inmediato el motivo de su ofensa.

Jamás logró Shtolz descubrir en ella un rubor inesperado, ni alegre ansiedad, ni una mirada lánguida o llena de fuego. Una vez tuvo la impresión de que su rostro se había contraído dolorosamente cuando le anunció que se iría a Italia dentro de unos días; pero tan pronto como su corazón desfallecía de dicha y angustia por esos preciosos instantes, Olga recobraba su expresión habitual. «¡Qué lástima —decía con ingenua sinceridad— que no pueda ir con usted! ¡Tengo tantas ganas! Pero ya me lo contará usted todo y lo hará tan bien que me parecerá haberlo visto personalmente».

El encanto quedaba roto por ese sincero y no disimulado deseo y la referencia trivial a su maestría como narrador. Tan pronto como Shtolz iba recogiendo los detalles más minúsculos, en cuanto conseguía tejer una delicadísima trama y le faltaba tan sólo un punto, se le deshacía todo en las manos.

Olga se mostraba serena, sencilla, siempre igual y, a veces, fría. Lo escuchaba en silencio, sin dejar su labor, alzaba de vez en cuando la cabeza, le dirigía una mirada curiosa e interrogante, directamente relacionada con el tema; en más de una ocasión, Shtolz dejaba el libro e interrumpía sus explicaciones, se ponía en pie de un salto y se dirigía a la puerta. Al volver la cabeza, tropezaba con su mirada llena de asombro y volvía avergonzado justificándose de algún modo.

Olga escuchaba tan tranquila sus explicaciones y le creía. Ni dudaba ni sonreía con malicia.

«¿Me quiere o no me quiere? —seguía preguntándose Shtolz insistentemente. Si me quiere, ¿por qué es tan cautelosa y reservada? Y si no, ¿por qué tan atenta, tan sumisa?».

Shtolz tuvo que irse una semana a Londres y se lo dijo el mismo día de su partida, sin haberla prevenido de antemano.

Si ella se hubiese impresionado, palidecido, para él todo habría sido evidente, el misterio habría quedado desvelado y hubiera podido sentirse feliz. Pero Olga le estrechó la mano con fuerza y se puso triste. Shtolz estaba desesperado.

—¡Le echaré muchísimo de menos! —dijo—. Estoy a punto de llorar, me siento como una huérfana. *Ma tante* —añadió con voz llorosa—. Fíjese, ¡Andréi Ivánich se marcha!

«¡Y encima tuvo que decírselo a la tía! —pensaba Shtolz— ¡Sólo faltaba eso! Bien veo que le da pena separarse de mí, que a lo mejor me quiere, pero ese cariño puede comprarse como una mercancía por un tiempo, unas atenciones y servicios... ¡No volveré! —pensaba sombrío—. ¡Olga, esa chiquilla que yo sabía manejar tan bien! ¿Qué le sucede?».

Y Shtolz se sumía en profundas meditaciones.

¿Qué le sucedía? Shtolz ignoraba algo de suma importancia: Olga había amado, en su vida tuvo períodos de febriles angustias, repentinos rubores y dolores ocultos y a veces había perdido el dominio de sí misma. De haberlo sabido tal vez no descubriese si Olga lo quería o no, pero habría comprendido, al menos por qué resultaba tan difícil averiguar lo que sucedía.

En Suiza recorrieron todos los lugares que suelen visitar los turistas. Pero preferían detenerse en sitios poco concurridos. Shtolz acompañaba a Olga en sus paseos por las montañas, juntos contemplaban los precipicios, las cascadas y en cada marco ella ocupaba el primer plano. La seguía por estrechas veredas, mientras la tía permanecía abajo en el coche; observaba con disimulo pero atentamente, hacia dónde dirigía su mirada una vez escalada la

montaña o al detenerse para tomar aliento; esa mirada era siempre para él, y Shtolz ya estaba convencido de ello.

Era para sentirse contento: su corazón, reconfortado, latía alegremente. De pronto, Olga paseaba la vista por el entorno y enmudecía de admiración, parecía sumirse en un ensueño y él desaparecía.

Pero si él hacía un movimiento, haciéndole recordar que estaba allí o decía alguna cosa, Olga solía asustarse, a veces hasta lanzaba un grito. Era evidente que se había olvidado de que él estaba o, quizá, de que existía en el mundo.

En cambio, después, ya en casa, junto a la ventana o en el balcón, hablaba largamente con él a solas, le confiaba todas sus impresiones con palabra viva, emocionada, deteniéndose a veces para buscar la expresión justa, captando al vuelo alguna sugerida por él, agradeciéndole con los ojos la ayuda prestada. Otras veces, pálida por la fatiga, se dejaba caer en algún amplio sillón y eran únicamente sus ojos, ávidos, incansables, los que pedían que siguiese hablando.

Le escuchaba inmóvil, silenciosa, sin perder una sola palabra, sin dejar pasar ningún detalle. Cuando Shtolz interrumpía su relato, ella seguía atenta, sus ojos continuaban interrogándolo y, ante esa muda invitación, Shtolz seguía hablando con nuevas fuerzas y nuevo ardor.

Eso, indudablemente, era muy alentador. Shtolz se daba cuenta de su interés, de que Olga compartía su vida y no necesitaba ninguna otra cosa, que había encontrado su luz y la razón de la vida. Mas, de pronto, se ponía en pie con aire fatigado y esos mismos ojos interrogantes le suplicaban que se fuese... o bien manifestaba tener mucha hambre, y icon qué apetito comía!

Todo eso podía considerarse positivo; él no era un soñador, no le gustaban las pasiones violentas, igual que a Oblómov, aunque por distintas razones. Le gustaría que el amor se deslizara por unos raíles uniformes, aunque su fuente brotase al principio impetuosa

para beber en ella hasta saciarse y saber luego, a lo largo de toda la vida, de dónde provenía esa fuente de felicidad.

«¿Me quiere o no me quiere?», se preguntaba con dolorosa ansiedad, casi a punto de llorar.

Esa pregunta le atormentaba cada vez más, le envolvía en sus llamas, encadenaba sus propósitos. Era la pregunta fundamental, no ya de su amor, sino de toda su vida. Para ninguna otra cosa había ya lugar en su alma.

Se diría que en esos seis meses todos los tormentos y angustias del amor, que con tanta habilidad supo eludir en sus relaciones con las mujeres, se habían abatido sobre él.

Shtolz sentía que su fuerte organismo acabaría por resentirse si se prolongaba unos meses más esa tensión de sus nervios, de su voluntad e inteligencia. Comprendía ahora lo que antes le resultaba incomprendible: cómo se agotan las fuerzas en esas luchas secretas del alma con la pasión, cómo marcan el corazón con incurables heridas que sin sangrar causan dolor; cómo se va hasta la vida.

Shtolz perdió en parte la vanidosa seguridad que tenía antes en sus propias fuerzas; ya no se burlaba irónicamente cuando le decían que algunas personas perdían la razón o enfermaban a causa del... amor.

Empezaba a sentir miedo.

«He de poner fin a esto —se dijo—, ahondaré en su alma, como antaño, y mañana seré dichoso, o me marcharé de aquí. No puedo más —continuó, mirándose al espejo—. Ya ni me reconozco... ¡Basta!».

Y, decidido, se dirigió a su meta, es decir, a la casa de Olga.

¿Qué sentía Olga? ¿Se daba cuenta de la situación de Shtolz o era insensible ante ella?

Era imposible que no se diera cuenta. Mujeres mucho menos sensibles que ella saben diferenciar una abnegación amistosa de un sentimiento distinto, mucho más tierno. Imposible suponer que Olga

coqueteara, pues poseía un sentido moral innato, sincero, no impuesto por nadie. Estaba muy por encima de esa vulgar flaqueza.

Nos queda suponer, tan sólo, que le agradaba, sin ningún propósito práctico, la adoración constante y apasionada de un hombre tan inteligente como Shtolz. Le agradaba, naturalmente: esa adoración curaba su ofendido amor propio, colocándola de nuevo sobre el pedestal del cual había caído. Su orgullo renacía poco a poco.

¿Cómo pensaba Olga que podía resolverse esa adoración que Shtolz sentía por ella? Esa muda pugna entre el afán indagador de Shtolz y su tenaz silencio no podría proseguir constantemente. ¿Presentía, al menos, que toda esa lucha de su amigo no era vana, que acabaría ganando la partida en la cual había invertido tanta voluntad y tesón? ¿No se perdería en vano ese fuego, ese fulgor? ¿Naufragaría en sus rayos la imagen de Oblómov y de aquel amor?

Olga no comprendía nada, no lo veía con claridad y luchaba desesperadamente con esos problemas y consigo misma, sin ver ninguna salida de aquel caos.

¿Qué debía hacer? Permanecer indecisa ya no era posible. Alguna vez ese mudo juego y esa lucha de sentimientos encerrados en el pecho saldría fuera, se expresaría en palabras, pero ¡qué podía ella decirle del pasado! ¿Qué nombre le daría y cómo llamaría a lo que sentía por Shtolz?

Si amaba a Shtolz, ¿qué fue lo de Oblómov? ¿Coquetería, frivolidad o algo peor? Enrojecía sólo de pensarlo. No podía acusarse de ese modo.

Si aquello había sido su primer y puro amor, ¿qué eran sus relaciones con Shtolz? ¿Un juego, un engaño, una hábil estratagema para atraerlo al matrimonio y ocultar así su frívola conducta anterior? Se estremecía ante semejante suposición y palidecía.

Y si no era un juego, ni un engaño, ni una estratagema, era... ¿amor de nuevo? Este pensamiento la desconcertaba. ¿Cómo era posible un segundo amor a los siete u ocho meses del primero?

¿Quién se lo iba a creer? ¿Cómo podría insinuarlo siquiera sin provocar el asombro o, tal vez, el desprecio? Olga no se atrevía ni a pensarlo, ¡no tenía derecho!

Revisó su experiencia, pero no encontró nada referente a un segundo amor. Recordó las autorizadas sentencias de sus tías, de algunas viejas solteras, de diversos escritores, «filósofos del amor», y en todas partes tropezó con la misma irrevocable sentencia: «La mujer ama de verdad una sola vez en su vida». Oblómov también lo había dicho. Recordó a Sóñechka. ¿Qué pensaría ella de un segundo amor?

No, no era amor lo que sentía por Shtolz, decidió Olga. ¡Era imposible! Ella había querido a Oblómov, pero ese amor murió y se marchitó la flor de su vida.

Por Shtolz sentía tan sólo amistad debido a sus brillantes cualidades, por la amistad que le demostraba, por sus atenciones y la confianza que tenía en él.

De ese modo rechazaba la idea, hasta la posibilidad de amar a su viejo amigo. Por ello no podía Shtolz captar en la expresión de su rostro, ni en sus palabras, ningún indicio, bien de total indiferencia o de un sentimiento cálido, ninguna emoción que fuera distinta de una amistad cordial, pero corriente.

Para poner fin a esta situación no le quedaba más que una salida: no permitir el desarrollo de ese sentimiento y huir lo más rápidamente posible. Pero ya era tarde. Tenía que haber previsto, además, que ese sentimiento acabaría transformándose en pasión. Por otra parte, Shtolz no era como Oblómov; no había escapatoria posible de él.

Aunque la huida desde el punto de vista físico resultaba posible, no lo era desde el punto de vista moral. Al principio se había aprovechado de los derechos que le concedía su antigua amistad. Shtolz era, igual que antaño, un compañero ingenioso, alegre y burlón, un observador reflexivo y profundo de la vida, de todo cuanto les ocurría o pasaba por delante y ocupaba su imaginación.

Pero a medida que se veían con mayor frecuencia, cuanto más intimaban espiritualmente, el papel de Shtolz cobraba mayor importancia. De modo insensible dejó de ser observador para convertirse en el intérprete de los fenómenos, en su guía, pasó a ser su razón y su conciencia. Fueron apareciendo nuevos derechos, nuevos lazos secretos que envolvían toda la vida de Olga, a excepción de aquel rincón secreto que ella preservaba con tanto celo de su observación y juicio.

Olga aceptó esa tutela moral sobre su cabeza y su corazón; comprendía que también ella, a su vez, había adquirido su parte de influencia sobre él. Habían intercambiado sus derechos y ella, sin darse cuenta, lo había admitido en silencio.

¿Cómo podía ahora poner fin de repente a esa situación? Era, además, tan interesante... había tal variedad y vida... ¿Qué sería de ella cuando eso le faltara? Y cuando acudió a su cabeza la idea de huir, ya era tarde, carecía de fuerzas para hacerlo.

Cada día transcurrido sin él, toda idea no confiada ni compartida, perdían su valor y significado.

«¡Dios mío —pensaba—, si yo pudiera ser su hermana! Qué felicidad tener sobre él derechos permanentes, no sólo sobre su inteligencia, sino también sobre su corazón, poder gozar de su presencia de forma legal, sin necesidad de penosos sacrificios, sin tener que confesar un pasado lastimoso. ¿Qué soy yo ahora? Si él se va, no tengo ningún derecho para retenerlo y, además, debo desear esa separación. Y si lo retengo, ¿qué puedo decirle? ¿Qué derecho justificaría mi deseo de verlo y oírle a cada momento?... ¿El que me eche de menos porque me instruye y divierte y me resulta agradable y útil? Es una razón, claro está, pero no un derecho. ¿Qué le doy yo a cambio? El derecho de admirarme desinteresadamente y no atreverse a pensar en un amor correspondido, cuando tantas mujeres se considerarían dichosas...»

Olga se atormentaba, pensaba en el modo de hallar una solución, pero no la veía. Se imaginaba con temor la desilusión de

Shtolz y la separación para siempre. Algunas veces acudía a su mente la idea de contárselo todo para terminar de una vez tanto con la lucha de Shtolz, como con la suya propia, mas su corazón desfallecía ante ese simple pensamiento, sentía vergüenza y dolor.

Lo más extraño de todo era que había dejado de sentir respeto por su pasado... comenzaba, incluso, a experimentar cierta vergüenza por él desde que Shtolz se convirtió en su compañero inseparable y entró a formar parte de su vida. De haberlo sabido el barón, por ejemplo, o alguna otra persona, ella, naturalmente, se sentiría confusa, incómoda, pero no se atormentaría tanto como ahora al pensar que pudiera averiguarlo Shtolz.

Se imaginaba con espanto la expresión de su rostro, cómo la miraría, lo que podría decirle y lo que pensaría después. ¡La vería, de pronto, tan insignificante, débil, vulgar! ¡No, no, por nada del mundo debía saberlo!

Indagó en su alma y descubrió horrorizada que no sólo se avergonzaba de su amor, sino también de su héroe... Al mismo tiempo la torturaba el remordimiento por la ingratitud ante la profunda devoción de Oblómov.

Tal vez Olga acabaría por habituarse a su vergüenza, se familiarizaría con ella (¡a todo se acostumbra el ser humano!), si su amistad por Shtolz careciese de intenciones y deseos egoístas. Aunque ahogaba todos los susurros halagüeños de su mente, no podía hacer lo mismo con los sueños de su imaginación. Contra su voluntad, surgía ante ella la visión deslumbradora de aquel otro amor; cada vez más tentadora se le presentaba la imagen de una inmensa felicidad, no al lado de Oblómov en medio de una indolente somnolencia, sino junto a Shtolz, compartiendo su vida tan amplia y variada, tan llena de encanto y sinsabores...

Era entonces cuando lloraba amargamente por un pasado que no podía borrar. Renunciaba a sus sueños y se escondía con mayor ahínco aún tras el muro impenetrable de su silencio y tras aquella amistosa indiferencia que atormentaba a Shtolz. Luego, olvidándose

de sus propósitos y feliz por la presencia de su amigo, se mostraba encantadora, amable y confiada hasta que volvía a recordar que no tenía derecho a soñar con aquella felicidad, que el futuro ya no existía para ella, que los sueños rosados pertenecían al pasado y se había marchitado la flor de su vida.

Es probable que con los años se hubiera resignado a su situación, renunciando a todas las esperanzas de futuro, como pasa con las viejas solteronas, sumiéndose en una fría apatía o dedicándose a obras piadosas. Pero cuando comprendió claramente por algunas palabras que se le habían escapado a Shtolz, que había dejado de ser su amigo para convertirse en su apasionado adorador, que su amistad había naufragado en el amor, sus clandestinas ilusiones la atormentaron todavía más.

Estaba pálida la mañana en que lo descubrió; no salió en todo el día; pensaba, llena de angustia e inquietud, en lo que podía hacer ahora, en cuál era su deber, pero no llegó a ninguna conclusión. Se maldecía por no haber superado su vergüenza al principio, contándole a Shtolz lo ocurrido. Ahora debía vencer, además, el espanto.

Cuando el dolor se le hacía insoportable y las lágrimas anegaban sus ojos se sentía decidida a confesarlo todo, más con sus lágrimas y sollozos que con palabras, para que él viera, además, su arrepentimiento.

Había oído contar cómo se portan en esos casos otras mujeres. Sóñechka, por ejemplo, contó a su novio lo del corneta, que se había burlado de él, que no era más que un chiquillo a quien hacía esperar en la calle, en pleno invierno, hasta que ella salía para subir al coche.

Respecto a Oblómov, Sóñechka no dudaría en decir que se había divertido con él, que era un ser ridículo, que cómo se podía amar a semejante «saco de patatas», nadie se lo podría creer. Una conducta semejante sería justificada por el marido de Sóñechka y por otros muchos, pero no por Shtolz.

Olga podría explicar lo sucedido en forma más coherente, decirle que había intentado salvar a Oblómov del abismo y había recurrido para ello a una especie de coquetería amistosa... a fin de interesarlo, hacerle revivir y, luego, dejarlo. Mas eso era demasiado artificioso, rebuscado y falso... ¡No tenía salvación!

«¡Dios mío, en qué pozo estoy metida! —se torturaba Olga—. ¿Decírselo todo? ¡No! ¡Prefiero que tarde en saberlo, que no lo sepa nunca! Pero no decirle nada es lo mismo que robar. ¡Es una mentira, un engaño! ¡Dios mío, ayúdame!...». Pero nadie acudía en su ayuda.

Por muy grata que le fuera la presencia de Shtolz, hubiera deseado, a veces, no verlo más, pasar por su vida como una sombra apenas perceptible, no enturbiar su clara y racional vida con una pasión imposible.

Durante algún tiempo seguiría lamentando aún su frustrado amor, lloraría por el pasado, después enterraría su memoria, su recuerdo y luego... luego encontraría, quizá un «buen partido» y sería una buena, inteligente y solícita esposa y madre. Vería el pasado como un sueño juvenil, y en vez de vivir se limitaría a soportar la vida. ¡Todas lo hacen así!

Pero no sólo se trataba de ella, había otra persona que cifraba en ella sus mejores esperanzas, toda su vida.

«¿Por qué... habré estado enamorada?», se decía llena de angustia recordando aquella mañana en el parque cuando Oblómov intentó huir y ella creyó que el libro de su vida se cerraría para siempre si él lo hacía. ¡Con qué audacia y facilidad resolvía entonces los problemas del amor y de la vida! ¡Le parecían tan diáfanos! Ahora, en cambio, todo se había complicado, formando un nudo insoluble.

Se había pasado de lista: creía que bastaba no liar las cosas, seguir un camino recto para que la vida, como un mantel, se extendiera ante ella... y ahora... Ni siquiera podía culpar a nadie, ¡ella era la única culpable!

Sin sospechar el motivo de la visita de Shtolz, Olga se levantó del sofá con aire despreocupado, dejó el libro y se dirigió a su encuentro.

—¿No soy inoportuno? —preguntó, sentándose junto a la ventana que daba al lago—. ¿Estaba usted leyendo?

—No, había dejado de hacerlo; está oscureciendo. ¡Le esperaba! —respondió Olga con voz cariñosa y confiada.

—Tanto mejor: necesito hablarle —dijo Shtolz seriamente, acercando otro sillón al lado de la ventana.

Olga se estremeció y no fue capaz de articular una sola palabra. Luego se dejó caer maquinalmente en el asiento y bajó la cabeza, con los ojos en el suelo; su estado era lamentable y hubiera dado cualquier cosa por hallarse lejos de allí.

En aquel instante recordó, con la rapidez de un relámpago, todo lo pasado. «Ha sonado la hora del juicio. No se puede jugar con la vida igual que se juega con las muñecas —parecía decirle una voz venida de fuera—. ¡Tendrás que pagar tu deuda por haberlo hecho!».

Ambos guardaron silencio un momento. Shtolz, al parecer, estaba ordenando sus ideas. Olga miraba de vez en cuando su rostro enflaquecido, de grave expresión, las cejas fruncidas, los apretados labios, y sentía miedo.

«¡Némesis!»., pensó, estremeciéndose interiormente. Se diría que ambos se preparaban para un duelo.

—Supongo, Olga Serguéievna, que sabe usted de qué quiero hablarle —dijo Shtolz, dirigiéndole una mirada interrogativa.

Shtolz se había sentado de tal forma que su rostro permanecía en la sombra, en tanto que la luz de la ventana caía de pleno sobre ella y Shtolz podía leer sus pensamientos.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —respondió Olga en voz baja.

Ante aquel peligroso adversario, Olga no podía desplegar esa seguridad en sí misma, aquella clarividencia, fuerza de voluntad y carácter que había mostrado con Oblómov.

Se daba cuenta de que si hasta ahora había conseguido disimular ante Shtolz y mantenerse firme en la lucha, no lo debía a su fuerza de voluntad, como en el caso de Oblómov, sino tan sólo al obstinado silencio de Shtolz, a su reservado comportamiento. Pero en campo abierto, la balanza no se inclinaba a su favor y por ello con su respuesta «¿cómo quiere que lo sepa?», pretendía tan sólo ganar un minuto de tiempo y una pulgada de espacio a fin de que el adversario descubriese un poco más su propósito.

—¿No lo sabe? —dijo Shtolz sencillamente—. Muy bien, se lo voy a decir...

—¡Oh, no! —se le escapó a Olga.

Tomó la mano de Shtolz y lo miró como pidiendo clemencia.

—¿Lo ve? Ya suponía que lo sabía usted —dijo Shtolz—. Dígame, ¿por qué «no»? —añadió tristemente.

Olga no respondió.

—Si había previsto la posibilidad de sincerarme con usted alguna vez, sabía, como es lógico, la respuesta que iba a darme, ¿no es verdad? —preguntó Shtolz.

—Sí, lo había previsto y me torturaba —respondió Olga, reclinándose en el respaldo del sillón para ocultar su rostro de la luz. Invocaba mentalmente la ayuda de un rápido crepúsculo para que Shtolz no pudiese leer su turbación y angustia en la expresión de su rostro.

—¡Se torturaba! Es una palabra terrible —dijo Shtolz, casi en un susurro—. Es el «Abandonad toda esperanza», de Dante. Nada más puedo decir: ya todo es evidente. Pero, de todos modos, se lo agradezco —añadió con un profundo suspiro—. He salido del caos, de la oscuridad y sé, al menos, lo que debo hacer. Mi única salvación es huir lo antes posible. Shtolz se levantó.

—¡No, por Dios, no! —exclamó Olga, precipitándose hacia él; había cogido una de sus manos y le miraba suplicante y asustada—. Tenga compasión, ¿qué será de mí?

Shtolz volvió a sentarse y Olga también.

—Pero yo estoy enamorado de usted, Olga Serguéievna —dijo Shtolz, casi con voz hosca—. Usted ha tenido que darse cuenta de mi estado a lo largo de estos seis meses. ¿Qué pretende entonces? ¿Una victoria total? ¿Que muera o me vuelva loco? ¡Le estoy sumamente agradecido!

Olga palideció.

—¡Váyase entonces! —exclamó, con la dignidad de una persona injustamente ofendida y, al mismo tiempo, con profunda pena, que no fue capaz de disimular.

—Perdóneme, no debí hablar así —se disculpó Shtolz—. Como ve, ya nos hemos enfadado sin saber nada. Sé muy bien que usted no puede desear nada de eso, pero tampoco puede ponerse en mi lugar, y por ello le extraña que pretenda huir. El ser humano suele ser egoísta sin darse cuenta.

Olga cambió de posición en su asiento, pero no dijo nada.

—Bien, supongamos que no me voy, ¿qué obtendríamos con ello? —continuó—. Usted, naturalmente, me ofrecerá su amistad, que ya es mía, y seguiría siendo mía al cabo de un año o dos, en el caso de que me fuera. La amistad, Olga Serguéievna, es una gran cosa cuando hay amor entre un hombre y una mujer jóvenes o bien entre dos ancianos que se han querido. Pero ¡Dios nos libre!, si hay amistad por una parte y amor por otra. Sé que está usted a gusto conmigo, pero ¿cómo me encuentro yo a su lado?

—Si piensa usted así, váyase, y que Dios le acompañe —dijo Olga con voz apenas perceptible.

—Si me quedara —prosiguió Shtolz, como hablando consigo mismo—, sería como pasear por el filo de una navaja... ¡vaya una amistad!

—¿Cree que es más fácil para mí? —repuso Olga de pronto.

—Para usted ¿por qué? —preguntó Shtolz vivamente—. Usted... Usted no está enamorada...

—No lo sé, le juro por Dios que no lo sé. Pero si usted... si mi vida actual cambiara de algún modo, ¿qué sería de mí? —añadió

abatida, como si hablara para sí misma.

—¿Cómo debo entender sus palabras? ¡Explíquemelo, por amor de Dios! —exclamó Shtolz, intrigado por sus palabras y el tono sincero con que fueron dichas, acercando su sillón al de ella.

Shtolz trataba de distinguir la expresión de su rostro. Olga permanecía callada. La atenazaba el deseo de tranquilizarle, hacerle olvidar las palabras «me torturaba» o explicarlas de un modo distinto a como él las había interpretado. No sabía cómo hacerlo. Sentía confusamente que pesaba sobre ambos un equívoco fatal, que se encontraban en una situación falsa y que los dos sufrían por ello. Tan sólo él, o ella con su ayuda, podría poner orden y luz, tanto en el pasado como en el presente. Para conseguirlo era preciso salvar el abismo, decirle lo que había pasado. ¡Cómo deseaba y temía Olga su juicio!

—Yo misma no comprendo nada. Estoy más sumida en el caos y en las tinieblas que usted —dijo Olga.

—Escuche, ¿tiene confianza en mí?

—Infinita, como en una madre, y usted lo sabe —respondió con voz débil.

—Pues bien, cuénteme todo cuanto le ha sucedido desde que nos separamos. Se ha vuelto impenetrable para mí; antes, en cambio, leía sus pensamientos por la expresión de su rostro. Es la única manera de que podamos comprendernos. ¿No opina lo mismo?

—¡Sí, sí, es indispensable! Hay que acabar con esto de algún modo —dijo Olga, angustiada por la inevitable confesión. «¡Némesis!, ¡Némesis!», pensaba, sin atreverse a levantar la cabeza.

Seguía callada: sus sencillas palabras llenaron de temor a Shtolz y aún más su silencio.

«¡Está sufriendo! ¡Dios mío! ¿Qué le habrá pasado?», pensaba Shtolz, sintiendo frío en todo su cuerpo; le temblaban los brazos y las piernas. Se imaginaba algo terrible. Olga permanecía silenciosa y, al parecer, mantenía una gran lucha interna.

—Así pues... Olga Serguéievna... —insistió Shtolz.

Olga no le respondió. Hizo un movimiento imposible de precisar en la penumbra que los envolvía; oyó tan sólo el crujir de su vestido de seda.

—Me estoy armando de valor —dijo al fin—. ¡Si supiera usted lo difícil que me resulta! —añadió a continuación, y se apartó un poco, procurando vencerse.

Hubiera querido que Shtolz lo supiera todo sin que ella tuviese que decírselo, por una especie de milagro. Felizmente, la oscuridad ya era mayor y las sombras cubrían su rostro. Tan sólo su voz podía traicionarla. No conseguía articular ni una sola palabra, como si no supiera por qué nota debía comenzar.

«¡Dios mío, qué culpable debo ser cuando siento tanta vergüenza y dolor!», pensaba Olga, con angustia.

Y hace poco aún con qué seguridad decidía su propio destino y también el ajeno; ¡se consideraba tan inteligente y fuerte! Ahora, en cambio, le llegaba el turno de temblar como una niña. La vergüenza por su pasado, su amor propio herido, la situación presente, la falsedad de su posición la atormentaban cruelmente... ¡Era insoportable!

—La ayudaré... ¿Estuvo... usted... enamorada? —preguntó Shtolz, haciendo un gran esfuerzo; sus propias palabras le causaban dolor.

Olga confirmó esta suposición con su silencio.

—¿De quién? ¿No será un secreto? —preguntó, esforzándose para que su voz sonara con firmeza, aunque sentía que sus labios temblaban.

La angustia de Olga se acrecentó. Hubiera preferido decir otro nombre, inventar una historia distinta. Vaciló unos instantes, pero no había nada que hacer; lo mismo que en momentos de extremo peligro una persona se tira desde una abrupta orilla o se lanza a través de las llamas, dijo de pronto:

—De Oblómov.

Shtolz quedó estupefacto. El silencio se prolongó varios minutos.

—¡De Oblómov! —repitió lleno de asombro—. ¡No es verdad! —añadió con segura entonación, pero en voz baja.

—Es verdad —dijo ella tranquilamente.

—¡De Oblómov! —repitió Shtolz—. ¡No puede ser! —añadió, tratando de convencerla—. Hay algo que falla: o no se ha comprendido usted a sí misma, ni tampoco a Oblómov o, realmente, no sabe lo que es el amor.

Olga siguió callada.

—Le digo que no era amor, sino alguna otra cosa —insistió Shtolz.

—Sí, estuve coqueteando con él, le engañé, le hice sufrir... así que, en su opinión, trato de hacer lo mismo con usted —dijo con voz contenida, pero vibrante de indignación.

—Querida Olga Serguéievna, no diga eso, no se enfade. No le va. Usted sabe que yo no pienso así. Pero no me cabe en la cabeza ni consigo comprender que fuera Oblómov...

—Usted, sin embargo, lo considera digno de su amistad, lo aprecia muchísimo, ¿por qué entonces no merece ser amado? —se defendía Olga.

—Sé muy bien que el amor es menos exigente que la amistad —repuso Shtolz—, y, a menudo, ciego. Sé que no se ama por méritos, es cierto, pero para el amor se precisa algo más que no se puede definir ni precisar, a veces algo baladí, de lo cual carece por completo mi incomparable, pero desmañado, Iliá. De ahí mi sorpresa. Escúcheme —continuó vivamente—, así no iremos a ninguna parte ni conseguiremos entendernos. No se avergüence de contarme todos los detalles, olvídense durante media hora de sí misma, no se compadezca y cuéntemelo todo; yo le diré lo que fue y, quizá, lo que será... Sigue pareciéndome que... hay un error en todo eso... ¡Oh, si fuera verdad! —añadió con súbita animación—. ¡Si fuera de Oblómov y no de otro! ¡De Oblómov! ¿No sabe que eso significa que no pertenece usted al pasado, ni al amor, que es usted

libre? ¡Cuenta, cuéntemelo de prisa! —concluyó con voz tranquila y casi alegre.

—¡Sí, por Dios! —exclamó Olga, esperanzada contenta por verse libre de una parte de sus cadenas—. Yo sola me vuelvo loca. ¡Si usted supiera cuán digna de lástima soy! Ignoro si soy o no culpable, si debo avergonzarme de lo pasado o echarlo de menos, o confiar en el futuro o desesperarme... Usted habló de sus sufrimientos y no sospechaba siquiera que también yo sufría. Escúcheme ahora, pero no sólo con la inteligencia, sino también con el corazón. Temo su inteligencia. Recuerde que no tengo madre, que estaba perdida, desorientada, como en un bosque... —añadió con voz apagada—. Pero no tenga compasión de mí. Si fue amor... váyase entonces —se detuvo un instante—, y vuelva cuando no sienta más que amistad. Pero si era tan sólo frivolidad, coquetería, huya lo más lejos posible y olvídeme. Escuche...

Por toda respuesta, Shtolz le estrechó con fuerza ambas manos. Olga empezó su confesión, una confesión larga, detallada. Fue trasladando de su cabeza a la de Shtolz, con suma claridad, palabra por palabra, todo cuanto la había estado atormentando durante mucho tiempo, aquello que la hacía enrojecer y que antes la conmovía y hacía feliz, para hacerla caer más tarde en un pozo de pesar y dudas.

Le habló de sus paseos, del parque, de sus esperanzas, del renacimiento de Oblómov y su caída, le habló de la ramita de lilas y hasta del beso. Omitió tan sólo lo sucedido aquella noche asfixiante en el jardín, ya que, probablemente, no había conseguido aclararlo por sí misma.

Al principio su voz era un confuso murmullo, pero a medida que avanzaba en su relato se hacía más clara y segura; fue elevándose de tono y, al final, sonaba con toda naturalidad... Terminó de hablar tranquila, como si estuviera contando la historia de otra persona.

Ante ella se abría el velo del pasado que hasta aquel momento no se atrevía a descorrer. Muchas cosas empezaba a verlas con

claridad y habría mirado sin miedo a Shtolz si la habitación no estuviera en penumbra.

Acabó su relato y esperó la sentencia. Pero la respuesta fue un silencio de muerte.

¿Qué pasaba con Shtolz? No se oía ni el más leve movimiento, ni siquiera su respiración, como si nadie estuviera con ella.

Aquel silencio la llenó de dudas. Shtolz seguía callado. ¿Qué podía significar? ¿Qué condena le estaba preparando el juez más clarividente y bueno del mundo? Todos los demás la condenarían implacablemente, tan sólo él podía ser su abogado defensor, sólo a él lo habría elegido... Él lo comprendería todo, la juzgaría y resolvería la causa a su favor mejor de lo que ella misma hubiera hecho. Pero él callaba, ¿habría perdido, acaso, su pleito?

Volvió a sentir miedo...

Se abrió la puerta y pasó una doncella, trayendo dos velas encendidas que iluminaron el rincón donde ambos se habían sentado.

Olga dirigió a Shtolz una tímida, pero ansiosa e interrogante mirada. Él permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y la miraba con ojos cariñosos y sinceros, gozando de su confusión.

Olga se animó; su corazón volvió a latir reconfortado. Lanzó un suspiro de alivio y a punto estuvo de echarse a llorar. Sintió de nuevo condescendencia hacia sí misma y confianza en él. Era feliz como un niño a quien hubieran perdonado, tranquilizado y llenado de caricias.

—¿Es todo? —preguntó Shtolz en voz queda.

—¡Todo! —respondió ella.

—¿Y la carta?

Olga sacó de una cartera la carta y se la tendió. Shtolz se acercó a la vela, la leyó y la dejó sobre la mesa. Luego volvió a dirigir sus ojos hacia Olga con una expresión que hacía tiempo no había visto en ellos.

Tenía de nuevo ante sí al amigo algo burlón, infinitamente bondadoso y seguro de sí mismo que la mimaba. No había en su rostro ni sombra de duda o sufrimiento. Tomó sus manos, besó primero una, después la otra y quedó profundamente pensativo. También Olga permanecía en silencio y observaba con atención el reflejo de sus pensamientos en la expresión de su rostro. De pronto, Shtolz se puso en pie.

—¡Dios mío, si hubiera sabido que se trataba de Oblómov no me habría atormentado de ese modo! —exclamó, mirándola con tanto cariño y confianza como si no tuviera aquel terrible pasado.

Olga se sintió alegre, ligera. Comprendió que sólo de él sentía vergüenza, pero él no la condenaba, no huía de ella! ¡Qué le importaba el juicio del mundo entero!

Shtolz volvía a estar seguro, se sentía feliz; pero eso no era suficiente para Olga. Se daba cuenta de que había sido absuelta, pero, como reo, quería conocer el veredicto. Y él quería marcharse.

—¿Adónde va? —preguntó.

—Está usted nerviosa, idescanse! —respondió—. Mañana hablaremos.

—¿Usted quiere que no duerma en toda la noche? —le interrumpió Olga, sujetándole por una mano y obligándole a sentarse—. Se quiere marchar... sin haber dicho lo que fue... que será... ahora... ¡Tenga compasión de mí, Andréi Ivánich! ¿Quién podrá decírmelo? ¿Quién me castigará si merezco un castigo... o quién me perdonará? —añadió; y le miró con tal ternura, que Shtolz dejó el sombrero y a punto estuvo de caer de rodillas ante ella.

—Ángel mío, permítame decirle ángel mío —dijo—. No se torture en vano: no merece ni castigo ni perdón. Ni siquiera tengo que añadir nada a su relato. ¿Qué dudas puede tener? ¿Quiere saber lo que fue aquello, darle un nombre? Hace tiempo que lo sabe... ¿Dónde está la carta de Oblómov? —Y cogió la carta de la mesa.

—Escuche, pues —dijo, y empezó a leer—: «Su quiero de ahora no es amor ahora, sino amor futuro; no es más que la inconsciente

necesidad de amar por falta de verdadero alimento, por ausencia de fuego, arde con falsa llama... y se exterioriza a veces en las caricias que las mujeres prodigan a los niños, a otras mujeres o a veces, simplemente, en lágrimas y ataques histéricos... Está equivocada (Shtolz, al leer, subrayó esa palabra), yo no soy aquel a quien espera, con quien sueña. Espere, él vendrá y entonces usted despertará. Sentirá fastidio y vergüenza por haberse equivocado...». ¡Qué cierto es! —dijo—. Sentía usted vergüenza y fastidio... por su error. Nada puedo añadir a eso. Oblómov tenía razón, pero usted no le creyó y en ello radica toda su culpa. Debían haberse separado entonces, pero él estaba subyugado por su belleza... y a usted le conmovía su... ternura de palomo —añadió algo burlón.

—Yo no le creí, pensaba que el corazón no se equivoca.

—Sí, se equivoca y, a veces, de un modo funesto. Pero en su caso ni siquiera intervino el corazón —añadió—. Por una parte fueron el amor propio y la imaginación y, por la otra, debilidad... Y usted tenía miedo de que no hubiera otra fiesta en su vida, pensaba que ese pálido rayo alumbraría su vida y que, luego, se sumiría en una noche eterna...

—¿Y las lágrimas? —preguntó Olga—. ¿No brotaban, acaso, del corazón? No mentía, era sincera.

—¡Dios mío! ¡Por qué llorarán las mujeres! Usted misma me ha dicho que le daba lástima la ramita de lilas y el banco predilecto del parque. Añada a eso el orgullo herido, su fracasado papel de salvadora, algo de costumbre... ¡Cuántos motivos para llorar!

—¿Y nuestras citas, nuestros paseos también fueron un error? Usted sabe... que estuve en su casa... —acabó de decir Olga toda confusa, queriendo, al parecer, borrar sus últimas palabras. Trataba de culparse para que él la defendiera con más ardor, para sentirse más y más justificada ante él.

—Por lo que me ha contado comprendo que en sus últimas entrevistas ya no tenían siquiera de qué hablar. Su así llamado «amor» carecía de contenido: no podía ir más lejos. Estaban

separados, incluso antes de decirse adiós; usted no permanecía fiel al amor, sino a su espectro, que había inventado usted misma. Ese es todo el secreto.

—¿Y el beso? —musitó Olga en voz tan baja que más que oírlo lo adivinó.

—¡Oh, eso sí que es grave! —repuso con cómica severidad—. Por ello habría que castigarla... privándola de un plato a la hora del almuerzo.

Shtolz la miraba cada vez con mayor ternura y amor.

—¡Una broma no justifica semejante «error»! —repuso Olga severamente, ofendida por su indiferencia y la negligencia de su tono—. Me sentiría mejor si me fustigara con una palabra dura, si calificara mi proceder con un nombre justo.

—No bromearía si no se tratara de Oblómov, sino de otro —se justificó Shtolz—; en ese caso el error habría podido acabar... mal; pero yo conozco a Oblómov...

—¡Otro, jamás! —le interrumpió, encendida de rubor—. Lo he conocido mejor que usted...

—¡Ya ve! —confirmó Shtolz.

—Pero si él hubiera cambiado... si hubiera revivido, me obedeciera, ¿no le amaría entonces? ¿También entonces sería un error, una mentira? —preguntó Olga a fin de examinar la cuestión desde todos los ángulos, para que no quedara ninguna sombra, ningún misterio.

—Es decir, ¿si en lugar de Oblómov fuera otro hombre? —preguntó Shtolz—. Es indudable que en ese caso sus relaciones se transformarían en amor, tendrían solidez y entonces... Pero ésa es otra historia y otro héroe, que nada nos importa.

Olga suspiró, como liberada del último peso. Ambos callaron.

—¡Qué felicidad... recobrar la salud! —dijo Olga lentamente; estaba radiante y dirigió a Shtolz una mirada tan llena de profunda gratitud, con una expresión de amistad tan ardiente, tan inesperada,

que le pareció percibir en ella esa luz que llevaba esperando tanto tiempo.

Un estremecimiento de felicidad recorrió todo el cuerpo de Shtolz.

—¡El que está recobrando la salud soy yo! —dijo, y se quedó pensativo—. ¡Si hubiera sabido que el héroe de esa novela era Iliá! ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto sufrimiento inútil! ¿Por qué? ¿Para qué? —decía casi con fastidio.

Pero en el acto se olvidó de ese sentimiento de fastidio y de sus reflexiones. Desarrugó el ceño y sus ojos brillaron de alegría.

—Mas, al parecer, era inevitable; en cambio, ¡qué tranquilo estoy ahora y... qué feliz! —añadió radiante.

—¡Parece un sueño, como si nunca hubiera existido! —dijo Olga, pensativa, en voz baja, admirada por su repentino bienestar—. Usted no sólo me ha curado de la vergüenza y del arrepentimiento, sino también de la amargura y del dolor, de todo... ¿Cómo lo ha hecho? —preguntó en voz baja—. ¿Y todo eso... ese error... pasará?

—Creo que ya pasó —dijo Shtolz mirándola por primera vez con ojos apasionados, sin disimularlo—; es decir, todo cuanto hubo...

—Y lo que vendrá... ¿no es un error?... ¿Es de verdad? —preguntó Olga sin acabar de formular su pensamiento.

—Aquí pone —dijo Shtolz decidido, tomando otra vez la carta—: «Yo no soy aquel a quien espera, con quien sueña... él vendrá y usted, entonces, despertará...». Y lo amaré, añado yo, lo amaré de tal modo que no será suficiente un año, ni siquiera la vida entera para ese amor, pero no sé... ¿a quién? —concluyó, clavando los ojos en Olga.

Ella bajó la vista y apretó los labios, pero a través de sus cerrados párpados brotaban rayos de luz, y aunque los labios trataban de reprimir una sonrisa, no consiguieron hacerlo. Le miró y se echó a reír con tal alegría, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Le he explicado, Olga Serguéievna, lo que ocurrió con usted y casi lo que va a sucederle —dijo—. Pero usted no ha respondido a la

pregunta que no me permitió hacer.

—¿Qué puedo responderle? —contestó Olga, turbada—. ¿Tenía acaso derecho a decir en aquel momento lo que tanto quería saber y tanto... merece? —añadió en un susurro, mirándole tímidamente.

Y le pareció distinguir de nuevo en su mirada una luz de increíble amistad y se estremeció de dicha.

—No se apresure —respondió— y dígame lo que merezco cuando acabe su luto sentimental, el luto del decoro. Este año me ha enseñado alguna que otra cosa. Pero, ahora, decida una sola cuestión: ¿he de irme o... quedarme?

—¡Oiga, está usted coqueteando conmigo! —exclamó Olga alegremente.

—¡Oh, no! —replicó Shtolz con gravedad—. No es la misma pregunta de la vez anterior, ahora tiene otro sentido. Si no me voy... ¿a título de qué me quedo? Olga se turbó de pronto.

—¡Ya ve que no coqueteo! —rió Shtolz, contento por haberla sorprendido—. Después de la conversación de hoy, nuestras relaciones han de ser distintas; ya no somos los mismos que éramos ayer.

—No lo sé... —musitó Olga, aún más turbada.

—¿Me permite un consejo?

—Hable... lo seguiré ciegamente —dijo Olga con una especie de apasionada sumisión.

—¡Cátese conmigo en espera de que «él» llegue!

—No me atrevo aún... —susurró Olga emocionada y feliz, tapándose el rostro con las manos.

—¿Por qué no se atreve? —musitó Shtolz, e inclinó hacia sí su cabeza.

—¿Y mi pasado? —musitó ella, apoyando la cabeza en el pecho de Shtolz, como lo hubiera hecho con una madre.

Shtolz separó despacio sus manos del rostro, la besó en los cabellos mientras contemplaba emocionado su turbación y las lágrimas que asomaban a sus ojos, sin acabar de caer.

—¡Se mustiará como sus lilas! —dijo al fin—. Ha recibido una lección práctica y ya es hora de que la utilice. Su vida empieza: confíeme su futuro y no se preocupe de nada, yo me encargaré de todo. Vayamos a ver de inmediato a su tía.

Aquella noche, Shtolz regresó muy tarde a su casa.

«Encontré lo que buscaba —se decía, contemplando extasiado los árboles, el cielo, el lago y hasta la niebla que se alzaba del agua—. ¡Lo conseguí! ¡Cuántos años de paciencia, de economía de fuerzas espirituales en espera del amor! Esperé mucho, pero ahora tengo la recompensa. ¡He aquí la dicha suprema del ser humano!».

El sentimiento de felicidad ocultó el pasado: la oficina, el carricoche del padre, los guantes de piel vuelta, las sobadas facturas, su vida entera de trabajo. Tan sólo revivió en su memoria la perfumada habitación de su madre, el piano que ella tocaba, la mansión principesca con su galería de retratos de ojos azules y rubios cabellos empolvados... y cubriendo todo ello, la dulce voz de Olga; le parecía oír la cantar...

—¡Olga, mi esposa! —musitó estremecido de pasión—. ¡Ya lo tengo todo, nada más necesito buscar ni ir a ninguna parte!

Embriagado de felicidad, caminaba a su casa sin ver el camino ni las calles...

Olga lo siguió con la mirada un buen rato; luego abrió la ventana y respiró el aire fresco de la noche. Su agitación se había calmado poco a poco y respiraba tranquila.

Fijó los ojos en el lago, en la lejanía, y quedó pensativa: parecía dormida. Intentó precisar lo que pensaba, lo que sentía, pero no lo consiguió. Sus ideas fluían con la regularidad de las olas y la sangre circulaba dulcemente por sus venas. Se sentía feliz, pero no podía determinar los límites de esa felicidad, ni explicar en qué consistía. Pensaba en la razón de ese sentimiento de paz y en el bienestar que la invadía, en el por qué tenía esa serenidad inmutable, ahora cuando...

—¡Soy su novia! —musitó.

«¡Estoy prometida!», suele pensar estremecida y llena de orgullo una joven cuando llega ese momento en su vida, momento que alumbra toda su existencia. Desde esa altura contempla el oscuro sendero por donde caminaba todavía ayer tan sola e ignorada.

¿Por qué no se estremece Olga? También ella caminaba sola por un sendero invisible, también él salió a su encuentro en un cruce del camino, le tendió la mano, pero no la llevó a un camino de rayos esplendorosos, sino a un futuro semejante a la crecida de un río anchuroso, a vastos campos y acogedoras colinas. Sus ojos no se entornaron cegados por el brillo, no desfalleció su corazón, ni se inflamó su fantasía.

Llena de apacible alegría, sus ojos se serenaron contemplando los amplios y venturosos campos de su futura vida. No se estremecía ni brillaban de orgullo sus ojos, pero al trasladar su mirada hacia aquel que le había tendido la mano sintió que una lágrima se deslizaba lentamente por su mejilla...

Sumida en sus sueños de felicidad, Olga parecía dormir: no se movía y apenas se la oía respirar. Veía mentalmente una noche apacible y azul, de suave fulgor, tibia y perfumada. Sus sueños de dicha, con las alas desplegadas, sobre su cabeza flotaban por el cielo como una nube...

En esos sueños no se veía revestida de gasas y encajes para dos horas y luego de trapillo para toda la vida. No soñaba con festines ni con luces ni alegres clamores; soñaba con una felicidad simple, sin artificio... Volvió a repetir, sin estremecimientos de orgullo, pero con profunda emoción:

—¡Soy su novia!

CAPÍTULO V

¡D IOS santo, qué aspecto tan sombrío y mísero tenía la casa de Oblómov año y medio después de la visita inesperada de Shtolz! Al propio Iliá Ilich se le veía más grueso, con el tedio insertado en los ojos como si fuera una enfermedad. Recorría la habitación de arriba abajo, se tumbaba mirando el techo, cogía un libro del estante, leía algunas líneas, bostezaba y se ponía a tamborilear la mesa con los dedos.

Zajar era todavía más sucio y desmañado; llevaba remiendos en los codos y tenía un aspecto desastroso, como si comiera mal, durmiera poco y tuviera que trabajar por tres.

El batín de Oblómov estaba desgastado y, pese a sus cuidadosos remiendos, se iba rompiendo por todas partes; hacía ya tiempo que necesitaba comprarse uno nuevo. La manta de su cama estaba también muy vieja y con remiendos en algunas partes. Los visillos de las ventanas, ya del todo desteñidos, aunque limpios, parecían trapos.

Zajar entró con un viejo mantel, lo extendió en la mesa, junto a Oblómov; luego trajo con mucho cuidado, mordiéndose la punta de la lengua, una bandeja con un jarro de vodka, puso el pan y se retiró.

Se abrió la puerta que conducía a la habitación de la patrona y entró Agafia Matvéievna llevando una sartén chirriante con una tortilla.

También ella había experimentado un gran cambio que no la favorecía. Estaba mucho más delgada. Ya no lucía esas mejillas redondas y blancas que nunca estaban rojas ni pálidas; no le brillaban las ralas cejas y los ojos estaban hundidos...

Llevaba un viejo vestido de percal y tenía las manos toscas y ásperas, tal vez por el sol, el trabajo, el fogón o el agua o por todas esas cosas juntas.

Akulina ya no estaba en la casa. Anisia cuidaba ahora de la cocina, del huerto y del gallinero, fregaba los suelos y lavaba la ropa. Como no podía con todo, Agafia Matvéievna tenía que ayudarla. Ahora apenas trituraba, molía o rallaba. Poco se gastaban en café, canela y almendras. Ni siquiera pensaba en los encajes. Ahora solía picar con más frecuencia cebollas, rallar rábanos y otras cosas por el estilo. Parecía profundamente triste.

Pero no lo estaba por ella, ni echaba de menos su café; su pena no se debía a la limitación de sus recursos; ahora apenas si molía café, trituraba canela o hacía refinadas salsas... Estaba triste porque Iliá Ilich llevaba más de un año careciendo de estas cosas. Ya no se compraba café en grandes cantidades en las mejores tiendas, sólo veinte copecs en una tienducha del barrio, lo mismo que la crema de leche, y en lugar de un jugoso filete se le servía una tortilla con jamón reseco adquirido en esa misma tienducha.

¿Qué significaba todo eso? Pues que toda la renta que recibía Oblómov de su propiedad, puntualmente remitida por Shtolz, se destinaba a satisfacer el pagaré que había firmado a nombre de Agafia Matvéievna.

El negocio «dentro de la ley» ideado por Iván Matvéievich había superado con creces sus esperanzas. A la primera alusión de Tarántiev sobre la posibilidad de un escándalo, Iliá Ilich se turbó avergonzado. Luego se reunieron los tres en buena armonía y acordaron, después de beber, que Oblómov firmara la carta de crédito por un plazo de cuatro años. Un mes después, Agafia Matvéievna firmó otra a nombre de su hermano, sin sospechar de lo

que se trataba ni para qué necesitaba su firma. El hermano le dijo que era un documento importante relativo a la casa y le ordenó que, al firmar, indicara su estado, nombre y apellido.

Ella sólo se quejó porque había mucho que escribir y era mejor que lo hiciese Vania, pues «ya escribía muy bien»; ella podría equivocarse en alguna cosa. El hermano insistió y ella firmó el pagaré con su letra torcida y grande. Y no se volvió a hablar más de ese asunto.

Al firmar ese pagaré, Oblómov se consolaba un poco pensando que era en beneficio de los huérfanos, pero al día siguiente, con la cabeza ya despejada, lo recordaba con vergüenza e intentaba olvidarlo. Evitaba encontrarse con Iván Matvéievich, y si Tarántiev hacía mención de lo sucedido, amenazaba con trasladarse de inmediato a la aldea.

Cuando Oblómov recibió el dinero de la renta, se presentó Iván Matvéievich y le dijo que le sería más llevadero ir pagando de inmediato con ese dinero, pues así la deuda quedaría saldada en tres años, pero si esperaba el vencimiento del pagaré no tendría, probablemente, suficiente dinero y su propiedad se vendería en pública subasta.

Oblómov comprendió en qué garras había caído cuando todo cuanto le enviaba Shtolz se invertía en el pago de la deuda, quedándole tan sólo una pequeña cantidad para vivir.

El hermano tenía prisa: quería liquidar esa deuda, admitida voluntariamente por Oblómov, en dos años, a fin de que nada ni nadie pudiera impedirlo. Por ese motivo, Oblómov se encontraba en situación difícil.

Al principio, apenas si se dio cuenta por su costumbre de no saber nunca de qué dinero disponía. Pero a Iván Matvéievich se le ocurrió pedir en matrimonio a la hija de un almacenista, así que alquiló un piso y se trasladó a vivir allí.

Agafia Matvéievna se vio restringida en sus gastos: el esturión, la exquisita ternera, los pavos pasaron de su cocina a la de su

hermano.

Por las tardes, en la casa de Iván Matvéievich brillaban las luces: se reunían allí los parientes de su futura, sus colegas y Tarántiev. Todo había pasado a la otra cocina. Agafia Matvéievna y Anisia, boquiabiertas, se encontraron de improviso con poco trabajo, muchas cazuelas y numerosos pucheros vacíos.

Por primera vez en su vida supo Agafia Matvéievna que sólo poseía la casa, el huerto y las gallinas, pero que la canela y la vainilla no crecían allí. Se dio cuenta de que los tenderos del mercado iban dejando de saludarla con las reverencias de antes y que ahora las sonrisas y las reverencias eran para la nueva cocinera, gorda y engalanada, de su hermano.

Oblómov entregó a su patrona todo el dinero que Iván Matvéievich le había dejado para vivir y durante tres o cuatro meses Agafia Matvéievna continuó comprando como antes, y lo estuvo haciendo hasta que gastó los últimos setenta copecs que le quedaban. Habló entonces con Iliá Ilich y le dijo que ya no tenía dinero.

Al oírlo, Oblómov dio tres vueltas en el diván, rebuscó en su cajón y en sus bolsillos; tampoco él tenía nada. Trató de recordar en qué se lo había gastado, pero no recordó nada; miró si había algo sobre la mesa, preguntó a Zajar, pero éste nada había visto, ni siquiera en sueños. Agafia Matvéievna se dirigió a su hermano y le dijo ingenuamente que en la casa no había dinero.

—¿Y qué habéis hecho tú y ese gran señor con los mil rublos que le entregué para vivir? —preguntó—. ¿De dónde quieres que saque dinero? Tú sabes que voy a contraer matrimonio y no puedo mantener dos casas. Tú y el señor debéis vivir con arreglo a vuestras posibilidades.

—¿Por qué, hermano, me echas en cara lo del señor? —dijo—. ¿Qué mal te hace? No se mete con nadie, vive tranquilo. No fui yo quien lo buscó para inquilino, sino tú y Mijéi Andreich.

El hermano le dio diez rublos y dijo que no tenía más. Pero, después de consultarlo en la cantina con su compadre Tarántiev, ambos consideraron que no era prudente abandonar así a la hermana y a Oblómov; Shtolz podría enterarse, venir, hacer averiguaciones y cambiar las cosas, haciendo imposible el cobro de la deuda, a pesar de que «estaba dentro de la ley». ¡Menudo bribón era ese alemán!

En vista de ello, Iván Matvéievich decidió dar a su hermana cincuenta rublos cada mes, pensando que se cobraría ese dinero de la renta de Oblómov del tercer año. Dijo a su hermana y le juró que no le daría ni un copec más. Llegó, incluso, a indicarle el tipo de comida que debía preparar, la manera de reducir los gastos y calculó lo que podía obtener por la venta de pollos y coles, llegando a la conclusión de que con todo ello podrían vivir perfectamente.

Agafia Matvéievna, que sólo se preocupaba de su casa y su cocina, pensó por primera vez en otras cosas; por primera vez sus lágrimas no fueron de fastidio por haber roto Akulina algún plato o por haberse enfadado su hermano porque el pescado no estuviera en su punto. Era la primera vez que se enfrentaba con la terrible indigencia, terrible no para ella, sino para Iliá Ilich.

«¡Cómo va a comer ese señor, de pronto, nabos con manteca en lugar de espárragos o cordero en vez de ortegas! Pescadilla salada en vez de esturión o trucha y gelatina compradas en la tienda...».

¡Era terrible! Sin pensarlo más, se vistió rápidamente, alquiló un coche y se dirigió a la casa de los parientes de su difunto marido, aunque no era Navidad, ni Semana Santa, ni se celebraba ninguna comida familiar. Era muy temprano y Agafia Matvéievna iba a consultar con ellos, toda preocupada, lo que podía hacer y a pedirles dinero.

Ellos eran ricos y se lo darían de inmediato en cuanto supieran que era para Iliá Ilich. Si lo hubiera necesitado para comprar café o té, para ella, o ropa y zapatos a los niños, u otras bagatelas semejantes, nada les habría pedido, pero era indispensable comprar

espárragos para Iliá Ilich, ortegas y, además, le gustaban tanto los guisantes franceses...!

Los parientes se quedaron muy sorprendidos, pero no le dieron dinero; le aconsejaron que si Iliá Ilich tenía algún objeto de oro o plata, incluso pieles, podía empeñarlos, pues había bienhechores que le darían la tercera parte de la suma pedida hasta que recibiera el dinero de la renta.

En otro tiempo, esta lección práctica no habría hecho ningún efecto en la genial Agafia Matvéievna, no llegaría a su entendimiento y sería imposible hacérselo comprender, pero ahora la entendió con la inteligencia del corazón, reflexionó y empeñó... las perlas recibidas como dote.

Iliá Ilich, sin sospechar nada, bebía al día siguiente vodka macerado con hojas de casis, acompañado de excelente salmón, tomaba su sopa favorita de menudillos y una ortega blanca y fresca. Agafia Matvéievna y sus hijos comían sopa de coles y gachas en la cocina, y sólo por hacerle compañía a Iliá Ilich tomaba con él dos tazas de café.

Poco después extrajo del secreto cofre un broche de diamantes, al que siguió la plata, después el abrigo de piel...

Cuando se recibió el dinero de Oblómovka, Iliá Ilich se lo entregó todo. Agafia Matvéievna rescató las perlas, pagó los intereses del broche, la plata y el abrigo de pieles; y de nuevo compró espárragos, ortegas y, sólo para disimular, lo acompañaba a tomar café. Las perlas volvieron a su lugar.

De semana en semana, de día en día, iba sacando fuerzas de flaqueza, sufría, pero se las ingeniaba para seguir adelante. Vendió su chal, el traje de los días de fiesta y se quedó con su diario vestido de percal, con los codos al aire; el domingo se cubría el cuello con una vieja y gastada pañoleta.

Este era el motivo de que estuviese delgada, tuviese los ojos hundidos y sirviera personalmente el desayuno a Iliá Ilich.

Tenía, incluso, suficiente presencia de ánimo para sonreír cuando Oblómov le manifestaba que al día siguiente vendría a comer con él Tarántiev o Alexeiev o Iván Guerásimovich. El almuerzo servido era excelente y bien presentado. No ponía en vergüenza al anfitrión. Pero ¡cuántas zozobras y andanzas! ¡Cuánto tenía que suplicar por las tiendas, cuántas noches insomnes! A veces hasta lloraba por este motivo.

Agafia Matvéievna se vio sumergida, de pronto, en una vida llena de inquietudes, conoció días felices y desgraciados. Sin embargo, amaba esa vida; pese a toda la amargura de sus lágrimas y preocupaciones, no la habría cambiado por la anterior de tan suave fluir, cuando no conocía a Oblómov y era la digna dueña de cazuelas, pucheros y sartenes chirriantes, cuando tenía a sus órdenes a Akulina y a un criado.

Sólo de pensar en la muerte se estremecía aterrada, aunque la muerte la habría librado de sus constantes lágrimas, sus diarias preocupaciones y el persistente insomnio.

Después del desayuno, Iliá Ilich escuchó a Masha leer en francés, pasó a la habitación de Agafia Matvéievna, quien remendaba por décima vez una chaqueta de Vania, volviéndola bien de un lado, bien de otro, sin dejar de cuidar el asado de cordero ni de estar pendiente de la hora de hacer la sopa de pescado.

—¿Por qué trajina tanto? ¡Descanse! —dijo Oblómov.

—¿Quién lo hará si no lo hago yo? —respondió Agafia Matvéievna—. Tan pronto como acabe de ponerle estos dos remiendos, haré la sopa. ¡Qué chiquillo tan malo es Vania! La semana pasada estuve arreglándole la chaqueta y volvió a romperla. ¿De qué te ríes? —preguntó a Vania, que estaba sentado ante la mesa en camisa y con los pantalones sujetos por un tirante—. Como te la deje sin arreglar hasta mañana, no podrás salir a la calle. Seguro que te has peleado con tus amigos y ellos te la rompieron.

—No, mamita, se rompió sola —contestó Vania.

—¡Sola! En casa deberías estar repasando las lecciones en vez de correr por las calles. Como Iliá Ilich me vuelva a decir que vas mal en francés, te quitaré las botas y aunque no quieras tendrás que quedarte en casa estudiando.

—No me gusta el francés.

—¿Por qué? —preguntó Oblómov.

—Tiene muchas palabras indecentes.

Agafia Matvéievna se ruborizó y Oblómov se rio a carcajadas. Antes, seguramente, habían estado hablando de «palabras indecentes».

—¡Cállate, bribonzuelo! —dijo la madre—. Más vale que te limpies la nariz, ¿es que no te das cuenta?

Vania sorbió los mocos, pero no se limpió.

—En cuanto reciba dinero, le encargaremos dos pares —intervino Oblómov— y una chaqueta azul, y el año que viene, un uniforme para el liceo.

—Puede usar todavía la vieja —dijo Agafia Matvéievna—; el dinero nos hará falta para la casa. Haremos reservas de carne salada, prepararé confituras... Voy a ver si trajo Anisia crema de leche... —dijo levantándose.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó Oblómov.

—Sopa de pescado, cordero asado y empanadillas de requesón.

Oblómov no dijo nada.

De pronto se oyó el ruido de un coche; alguien llamó a la verja y el perro comenzó a ladrar y a tirar de la cadena.

Oblómov se retiró a su despacho creyendo que sería una visita para la patrona, tal vez el carnicero o el verdulero u otro cualquiera. Por lo general esas visitas acababan con peticiones de dinero, negativas por parte de Agafia Matvéievna, amenazas del proveedor, súplicas de espera, más tarde insultos, golpes en las puertas y frenéticos saltos y ladridos del perro, escenas realmente desagradables. Pero era alguien que venía en coche y los proveedores no solían usarlo. ¿Quién sería?

De súbito apareció Agafia Matvéievna con aire asustado.

—¡Una visita para usted, Iliá Ilich! —dijo.

—¿Quién? ¿Tarántiev o Alexeiev?

—¡No, no, el que comió aquí el día de su santo!

—¿Shtolz? —preguntó Oblómov alarmado, mirando alrededor con la intención de escaparse—. ¡Dios mío, qué dirá cuando vea...! ¡Dígale que no estoy, que he salido! —añadió apresuradamente, y se fue a la habitación de Agafia Matvéievna.

Anisia acudió oportunamente al encuentro del recién llegado, pues la patrona tuvo tiempo de transmitirle el recado de Oblómov. Shtolz lo creyó; se asombró únicamente de que Oblómov hubiera salido de casa.

—Díganle que vendré para almorzar con él dentro de dos horas —dijo, y se fue.

—¡Vendrá para almorzar! —Anisia transmitió el recado.

—¡Vendrá para el almuerzo! —repitió asustada Agafia Matvéievna.

—Habrá que preparar otro almuerzo —decidió Oblómov, tras un rato de reflexión.

Agafia Matvéievna le dirigió una mirada llena de espanto. No tenía más que cincuenta copecs y faltaban diez días hasta el primero de mes, fecha en que su hermano le daba el dinero. Nadie quería fiarle en las tiendas.

—No nos dará tiempo, Iliá Ilich —observó tímidamente—, que coma lo que tenemos preparado.

—Él no come eso, Agafia Matvéievna; detesta la sopa de pescado, hasta la de esturión, y el cordero no le gusta.

—Podemos comprar lengua en la salchichería —dijo Agafia Matvéievna con súbita inspiración—, está cerca de aquí.

—Me parece bien, encargue también alguna verdura fresca: habas, por ejemplo...

«Las habas cuestan ochenta copecs la libra», pensó Agafia, y a punto estuvo de decirlo, pero su lengua siguió muda.

—Está bien, así lo haremos... —dijo, decidida a sustituir las habas por coles.

—Encargue también que compren una libra de queso suizo —ordenó Oblómov, ignorante de los recursos de Agafia Matvéievna— y nada más. Me disculparé, le diré que no lo esperábamos... Y si fuera posible, no vendría mal ofrecerle un caldo.

La mujer se encaminó hacia la puerta.

—¿Tenemos vino? —preguntó Oblómov.

Ella le respondió con una nueva mirada de espanto.

—Mande a buscar una botella de Laffitte —dijo con toda tranquilidad Oblómov.

CAPÍTULO VI

DOS horas más tarde se presentó Shtolz.

—¿Qué te pasa, Iliá? ¡Cómo has cambiado! ¡Estás gordo, pálido! ¿Te encuentras bien?

—Mi salud no es buena —respondió Oblómov abrazándolo—. Se me duerme la pierna izquierda, no sé por qué será.

—¡Qué mal estás aquí! —dijo Shtolz, mirando a su alrededor—. ¿Por qué no dejas ya de una vez este batín? ¡Míralo, está lleno de remiendos!

—Estoy acostumbrado a él, Andréi, me da pena dejarlo.

—¿Y a la manta, a los visillos... —continuó Andréi— también estás acostumbrado? ¿También te da pena dejar esos trapos? ¡Por Dios, Iliá! ¿Cómo puedes dormir en esa cama? ¿Qué te pasa?

Shtolz examinó atentamente a su amigo, luego miró de nuevo la cama y los visillos.

—No me pasa nada —respondió Oblómov, confuso—, ya sabes que siempre fui muy descuidado en lo tocante a mi vivienda... ¡Vamos a comer! ¡Zajar, pon rápidamente la mesa! Y bien, cuenta, ¿vienes para mucho tiempo? ¿De dónde?

—A ver si adivinas cómo estoy y de dónde vengo —respondió Shtolz— Hasta aquí no llegan las noticias del mundo de los vivos.

Oblómov lo miraba con curiosidad en espera de que hablara.

—¿Qué tal está Olga? —preguntó.

—¡Ah, no la has olvidado! Creía que ya no te acordabas de ella.

—No, Andréi, ¿acaso es posible olvidarla? Sería tanto como olvidar que viví un tiempo, que estuve en el paraíso... ¡Ahora, en cambio!... —añadió con un suspiro—. Pero ¿dónde está?

—En su propiedad, dirigiéndola.

—¿Con su tía? —preguntó Oblómov.

—Y con su marido.

—¿Se ha casado? —preguntó Oblómov abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

—¿Por qué te asustas? ¿No será que los recuerdos?... —añadió Shtolz en voz baja y cariñosa.

—¡Oh, no, qué dices! —se justificó Oblómov, recobrándose—. No me asusté, fue la sorpresa. Me sorprendió la noticia, no sé por qué. ¿Cuándo se casó? ¿Es feliz? ¡Dímelo, por favor! No sabes qué gran peso me has quitado de encima. Aunque tú me aseguraste que ella me había perdonado, yo... no estaba tranquilo. Algo me remordía... ¡Querido Andréi, cuánto te lo agradezco!

Su alegría era tan sincera, daba tales saltos en el diván, se agitaba de tal modo, que Shtolz lo miraba complacido y emocionado.

—¡Qué bueno eres, Iliá! —dijo—. Tu corazón era digno de ella. Se lo contaré todo...

—¡No, no se lo digas! —lo interrumpió Iliá—. Puede creer que soy insensible por haberme alegrado de su boda.

—¿Acaso la alegría no es un sentimiento, carente, además, de egoísmo? Te alegras, simplemente, de que sea feliz.

—¡Cierto, cierto! —exclamó Oblómov—. ¡Sabe Dios las tonterías que digo! ¿Quién es el marido? ¿Quién es el feliz mortal?

—¿Quién? —repitió Shtolz—. ¡Qué mal adivino eres, Iliá! Oblómov fijó súbitamente en su amigo una mirada inmóvil estaba estupefacto y había palidecido.

—¿Eres... tú? —preguntó de pronto.

—¿Otra vez asustado? ¿De qué? —preguntó Shtolz, echándose reír.

—No bromees, Andréi, dime la verdad —insistió Oblómov muy nervioso.

—¡Te juro por Dios que no bromeo! Llevo más de un año casado con Olga.

Poco a poco la expresión de susto fue desapareciendo del rostro de Oblómov, dejando paso a un apacible ensimismamiento; seguía con la vista fija en el suelo, pero cuando miró a Shtolz había en sus ojos lágrimas de alegría y una profunda y serena emoción.

—¡Querido Andréi! —dijo, abrazándolo—. ¡Querida Olga... Serguéievna! —añadió, procurando reprimir su exaltación—. ¡El propio Dios os ha bendecido! ¡Qué dichoso soy! Dile...

—Le diré que no existe otro Oblómov —lo interrumpió Shtolz, profundamente conmovido.

—No, dile, recuérdale, que me encontré para que yo le indicara el camino, dile que bendigo ese encuentro y la bendigo a ella en su nueva vida. Si hubiera sido otro... —añadió horrorizado—, pero ahora —concluyó alegremente— ya no me avergüenzo del papel que desempeñé, no me arrepiento de nada, ya no tengo ese peso sobre mi alma. Todo vuelve a estar claro y me siento feliz. ¡Gracias, Dios mío!

A punto estuvo de volver a dar saltos en el diván, llevado por la emoción: tan pronto reía como se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Zajar! —gritó—. ¡Champán para el almuerzo! —Había olvidado que no tenía un copec en el bolsillo.

—Se lo contaré todo a Olga, todo, no en vano es incapaz de olvidarte —dijo Shtolz—. Sí, tú eras digno de ella, tu corazón es profundo como un pozo.

Zajar asomó la cabeza por la puerta.

—Haga el favor de venir —dijo, haciendo señas a su señor.

—¿Qué quieres? —preguntó Oblómov, impaciente—. ¡Vete!

—Deme dinero, por favor —cuchicheó Zajar. Oblómov calló de pronto.

—Bueno, déjalo —musitó dirigiéndose a Zajar—. Dirás que lo olvidaste, que no te dio tiempo, vete... ¡No, ven aquí! —dijo en voz alta—. ¿Conoces la nueva? ¡Felicita a Andréi Ivánich: se ha casado!

—¡Qué alegría, santo cielo! Felicidades, Andréi Ivánich, que Nuestro Señor le conceda larga vida para criar a sus hijitos. ¡Qué alegría!

Zajar hacía reverencias, sonreía, sin dejar de hablar. Shtolz sacó un billete y se lo dio.

—Toma, cómprate una levita nueva —dijo—, con ésta pareces un pordiosero.

—¿Y con quién se ha casado, padrecito Andréi Ivánich? —preguntó Zajar, intentando besarle la mano.

—Con Olga Serguéievna, ¿te acuerdas de ella? —respondió Oblómov.

—¿Con la señorita Ilinska? ¡Santo cielo! ¡Una señorita tan buena! ¡Con razón me regañó usted entonces, Iliá Ilich! ¡Imbécil de mí! La culpa fue mía, siempre creí... Y fui yo quien se lo dijo a los criados de las Ilinski y no Nikita. Bien cierto que era una calumnia... ¡Ah, Dios santo! ¡Bendito sea el Señor! —iba diciendo Zajar al tiempo que abandonaba la habitación.

—Olga te invita a pasar una temporada en el campo, en nuestra casa. Tu amor ya pasó y no es peligroso; no tendrás celos. Vente conmigo.

Oblómov suspiró.

—No, Andréi —dijo—, no temo ni al amor ni a los celos, pero no iré.

—¿De qué tienes miedo, entonces?

—Temo sentir envidia; vuestra dicha será para mí un espejo en el cual veré constantemente mi amarga e inútil vida, pero ya no puedo vivir de otro modo.

—No hables así, querido Iliá. Aunque no lo quieras, tendrás que vivir como la gente que te rodea. Dirigirás la hacienda, leerás,

escucharás música. ¡Si vieras cómo ha mejorado su voz! ¿Te acuerdas de *Casta Diva*?

Oblómov agitó las manos para que no siguiera hablando.

—Ven conmigo. Es Olga quien lo desea y ya sabes que es muy obstinada. Yo me cansaré, pero ella no. Es todo fuego, vitalidad y hasta a mí me deja atrás en muchas ocasiones. El pasado removerá tu alma, recordarás el parque, las lilas y volverás a vivir...

—No, Andréi, no me lo recuerdes, no remuevas el pasado, ¡te lo pido por Dios! —lo interrumpió Oblómov gravemente— El recuerdo me produce dolor y no placer. Los recuerdos son muy bellos y poéticos cuando lo son de una felicidad efectiva, pero resultan muy dolorosos cuando recuerdan heridas cicatrizadas... Hablemos de otra cosa. Aún no te he dado las gracias, amigo mío, por las molestias que te has tomado en Oblómovka. No tengo fuerzas para agradecértelo. Busca mi gratitud en tu propio corazón, en tu felicidad, en Olga... Serguéievna, pero yo... yo... ¡no puedo! Perdona si hasta ahora no te he liberado aún de esta carga. Pero en cuanto llegue la primavera, que ya está próxima, iré a Oblómovka.

—Pero ¿sabes cómo está ahora Oblómovka? No la vas a conocer —dijo Shtolz—. No te lo escribí porque tú no contestas a las cartas. El puente está construido y la casa ya tiene tejado desde el verano pasado. Por lo que se refiere al interior, es cosa tuya. Arréglala a tu gusto, en eso no intervengo. Hay un nuevo administrador, hombre de mi confianza, que se encarga de todo. Has recibido la relación de los gastos, ¿verdad?

Oblómov permaneció callado.

—¿La has leído? —preguntó mirándole fijamente—. ¿Dónde la tienes?

—Espera, la buscaré después del almuerzo; tengo que preguntarle a Zajar...

—¡Ay, Iliá, Iliá, no sé si reír o llorar!

—La buscaremos después del almuerzo, ahora vamos a comer.

Shtolz no pudo reprimir una mueca al sentarse ante la mesa. Recordó el día de San Iliá: ostras, piña, codornices... Y ahora: un tosco mantel, las vinagreras sin tapón, cerradas con papel; en los platos, dos trozos de pan negro, tenedores con el mango roto... Oblómov comió sopa de pescado y Shtolz una de avena y pollo cocido, luego lengua, más bien dura, y cordero, todo acompañado de vino tinto. Shtolz se sirvió medio vaso, lo probó y no volvió a beber. Iliá Ilich bebió dos copas de vodka, una tras otra, y se puso a comer el cordero con avidez.

—Este vino no vale nada —dijo Shtolz.

—Perdona, con las prisas no nos dio tiempo de ir al otro lado de la ciudad —explicó Oblómov—. ¿Por qué no pruebas el vodka? Es muy sabroso. Pruébalo, Andréi. —Y Oblómov apuró la tercera copa. Shtolz lo miraba sorprendido, pero no dijo nada—. Lo prepara la propia Agafia Matvéievna. Es una mujer estupenda —afirmó Oblómov, ligeramente bebido—. Te confieso que no sé cómo podré vivir en Oblómovka sin ella, un ama de casa semejante no se encuentra.

Shtolz le escuchaba con el ceño fruncido.

—¿Crees que es Anisia la que cocina? ¡Pues no! Anisia cuida del gallinero, del huerto, friega los suelos. Todo lo demás lo hace Agafia Matvéievna.

Shtolz apenas probó el cordero y las empanadillas de requesón; observaba con qué apetito lo comía todo su amigo.

—Ahora ya no me verás con la camisa puesta del revés —seguía diciendo Oblómov, terminando de pelar con gran placer un hueso—; ella lo inspecciona todo y de todo se da cuenta; no tengo ni un solo par de medias sin zurcir. Y todo lo hace ella misma. ¡Si vieras qué café prepara! Ya lo probarás después del almuerzo.

Shtolz le escuchaba en silencio y con aire preocupado.

—Su hermano ya no vive con nosotros, se fue a otra casa; quiere casarse y, naturalmente, ya no vivimos como antes. En aquel entonces todo parecía hervir en sus manos, no paraba desde la

mañana hasta la tarde... Te diré una cosa, Andréi —concluyó Oblómov con lengua estropajosa—. Si dispusiera de dos mil o tres mil rublos no te invitaría a cordero, te ofrecería esturión, truchas filetes de primera calidad y Agafia Matvéievna, sin necesidad de cocinero, haría maravillas... ¡Ya lo creo!

Y Oblómov apuró otra copa de vodka.

—Bebe, Andréi, ya verás qué bueno está. Olga Serguéievna no sabría hacerte uno igual —prosiguió con voz cada vez menos firme—. Te cantará *Casta Diva*, pero no sabe hacer un vodka semejante, ni tampoco una empanada de pollo con setas. Empanadas así se hacían tan sólo en Oblómovka y aquí. Y otra ventaja: no las hace un cocinero sabe Dios con qué manos, sino Agafia Matvéievna, que es la limpieza personificada.

Shtolz le escuchaba atentamente, tratando de no perder una sola palabra.

—Tenía antes las manos muy blancas —continuó Oblómov casi ebrio—. ¡Dignas de ser besadas! Pero ahora se han vuelto ásperas porque todo lo tiene que hacer ella misma; ¡hasta me almidona las camisas! —dijo Oblómov conmovido, casi con lágrimas en los ojos— Te lo juro, lo he visto con mis propios ojos. Te aseguro que muchas esposas no cuidan mejor a sus maridos. ¡Agafia Matvéievna es una mujer excelente! ¿Sabes una cosa, Andréi? Alquila una casa de campo por aquí. ¡Qué bien lo podríamos pasar! Tomaríamos el té en el bosque, y el día de San Iliá visitaríamos las Fábricas de Pólvora, nos seguiría un carro con provisiones y el samovar. ¡Nos tumbaríamos en la hierba sobre una alfombra! Agafia Matvéievna le enseñaría a Olga Serguéievna a llevar la casa. Ahora no estamos muy bien, el hermano se fue y andamos escasos, pero si nos dieran tres mil o cuatro mil, te obsequiaríamos con pavos...

—Yo te he mandado cinco mil rublos, ¿qué haces con el dinero? —preguntó de pronto Shtolz.

—¿Y la deuda? —se le escapó a Oblómov.

Shtolz se puso en pie de un salto.

—¿La deuda? —repitió—. ¿Qué deuda?

Y miró como un maestro severo al niño que oculta algo. Oblómov calló súbitamente. Shtolz se sentó en el diván a su lado.

—¿A quién debes?

Oblómov recobró un tanto la lucidez.

—A nadie, es una mentira —respondió.

—Es ahora cuando mientes, pero mal. ¿Qué te ocurre, Iliá? ¡Ahora comprendo el porqué del cordero y del vino ácido! No tienes dinero. ¿Qué haces con él?

—En efecto... debo algo de dinero... a la patrona por víveres... —respondió Oblómov.

—¡Por este cordero y esta lengua! Dime de una vez lo que ocurre. ¿Qué significa toda esa historia del hermano que se fue de casa y que tu economía se resiente? Hay algo que no cuadra. ¿Cuánto debes?

—Diez mil rublos por una carta de crédito... —musitó Oblómov. Shtolz volvió a ponerse en pie de un salto, pero se sentó de nuevo.

—¿Diez mil? ¿A la patrona por los víveres? —repitió, horrorizado.

—Sí, consumíamos mucho, viví a lo grande... Recuerdas seguramente: piña, melocotones... y, claro, me endeudé... —masculló Oblómov—. Pero ¿a qué hablar de eso?

Shtolz no le respondió. Estaba reflexionando: «El hermano se fue y la economía marcha mal; en efecto, itodo es tan mísero, pobre y sucio! ¿Qué mujer será esa patrona que Oblómov alaba tanto? Dice que lo cuida. Y habla de ella con tanto entusiasmo...».

Shtolz sintió un escalofrío al percatarse de la verdad; su rostro se alteró de pronto.

—¡Iliá! ¿Qué significa esa mujer para ti? —preguntó. Pero Oblómov, con la cabeza apoyada sobre la mesa, se había quedado dormido.

«Esta mujer lo está saqueando, se lo quita todo... La historia de siempre, ¡y yo sin darme cuenta hasta ahora!», pensó.

Se puso en pie y abrió bruscamente la puerta de la habitación de Agafia Matvéievna, quien, asustada, dejó caer la cucharilla con la que revolvía el café.

—Necesito hablar con usted —dijo cortésmente.

—Haga el favor de pasar al salón, en seguida estaré con usted —respondió ella tímidamente.

Se echó una pañoleta al cuello y entró tras él en el salón, sentándose en un extremo del diván. Ya no tenía el chal y procuraba cubrir sus brazos con la pañoleta.

—¿Iliá Ilich le dio a usted una carta de crédito? —preguntó Shtolz.

—No —respondió ella mirándolo con perplejidad y asombro—, no me dio ninguna carta.

—¿Ninguna?

—Jamás vi carta ninguna —repitió con el mismo obtuso asombro...

—¡Una carta de crédito! —repitió Shtolz.

Agafia Matvéievna reflexionó unos instantes.

—Debería hablar con mi hermano —dijo—, yo no he visto ninguna carta.

«¿Es tonta o astuta?», pensó Shtolz.

—Pero ¿él le debe dinero? —preguntó.

Agafia Matvéievna le miró con aire de no comprender nada; de pronto su rostro reflejó comprensión y hasta inquietud. Recordó las perlas, la plata y el abrigo de pieles empeñados y pensó que Shtolz aludía a esa deuda, aunque era incapaz de comprender cómo se había enterado. Ella no se lo había dicho a nadie, ni siquiera habló de ello con Anisia, a quien informaba de todo copec invertido.

—¿Cuánto le debe? —preguntó Shtolz inquieto.

—No me debe nada. ¡Ni un copec!

«Trata de ocultármelo, ¡tiene vergüenza esta usurera, esta bestia codiciosa! —pensó—. ¡Pero yo le sacaré la verdad!».

—¿Los diez mil rublos? —preguntó.

—¿Qué diez mil rublos? —inquirió Agafia Matvéievna, asombrada e inquieta.

—¿No le debe a usted Iliá Ilich, por la carta de crédito, diez mil rublos? ¿Es verdad o no? —preguntó.

—No me debe nada. Hace poco debíamos al carnicero doce rublos con cincuenta copecs, pero ya hace quince días que le pagamos, también pagamos a la lechera... Él no me debe nada.

—¿No tiene usted un pagaré a su nombre firmado por él?

Ella le miró sin comprender nada.

—Debería hablar con mi hermano —respondió—, vive aquí al lado, en la casa de Zamikalov, hay una bodega abajo.

—No, permítame que hable con usted —dijo Shtolz enérgicamente—. Iliá Ilich se considera deudor suyo, y no de su hermano...

—A mí no me debe —respondió Agafia Matvéievna—, y si empeñé mis perlas, la plata y el abrigo de piel, lo hice para mí. Compré zapatos a Masha y para mí; a Vania una camisa y pagué también al verdulero. Pero en Iliá Ilich no me gasté ni un copec.

Shtolz la miraba e iba descifrando el sentido de sus palabras. Al parecer, él era la única persona a punto de adivinar el secreto de Agafia Matvéievna. La mirada de superioridad, casi de desprecio, con que la había mirado al principio, cambió por una de curiosidad, hasta de simpatía.

En el empeño de las perlas y de la plata había incluido confusamente el secreto de su sacrificio, pero no podía decidir aún si era debido a una sincera abnegación o en espera de futuros bienes.

No sabía sí alegrarse por Iliá o lamentarlo. Resultaba evidente que él no le debía nada, que esa deuda era una trampa del hermano; al mismo tiempo, había descubierto muchas cosas nuevas... ¿Qué significaba el empeño de la plata y de las perlas?

—Entonces, ¿usted no le reclama nada a Iliá Ilich? —preguntó.

—Haga el favor de hablar con mi hermano —respondió con voz monótona—. Seguro que ahora está en casa.

—Contésteme, tenga la bondad, ¿Iliá Ilich le debe algo?

—¡Ni un solo copec, por Dios que es cierto! —respondió Agafia Matvéievna, mirando el icono y persignándose.

—¿Lo repetiría ante testigos?

—¡Ante todos, hasta en confesión! Y si empeñé las perlas y la plata lo hice para mis gastos...

—¡Muy bien! —la interrumpió Shtolz—. Mañana vendré a verla con dos amigos míos y supongo que no tendrá inconveniente en repetir delante de ellos lo que me acaba de decir.

—Sería mejor que hablara con mi hermano —repetía ella—, porque yo... no voy vestida convenientemente... como estoy en la cocina, podrían criticarme...

—No importa, no importa; a su hermano lo veré mañana, después de que usted me firme un documento...

—He perdido por completo la costumbre de escribir.

—Es poco lo que tiene que escribir, un par de líneas a lo sumo.

—¡Líbreme de esa obligación! Más vale que escriba Vania, lo hace muy bien...

—No, no puede negarse —insistió Shtolz—; si no firma usted ese papel, significa que Iliá Ilich le debe diez mil rublos.

—No, él no me debe nada, ni un solo copec —repitió ella—. ¡Se lo juro por Dios!

—En ese caso debe firmar. Adiós, hasta mañana.

—Sería mejor que mañana hablara usted con mi hermano... —decía Agafia Matvéievna, acompañándole—, vive aquí, en la esquina, pasando la calle...

—No, y le ruego que no le diga nada a su hermano hasta que yo vaya a verlo; de otro modo, Iliá Ilich podría tener un gran disgusto...

—Entonces no le diré nada —accedió dócilmente Agafia Matvéievna.

CAPÍTULO VII

A GAFIA Matvéievna firmó un documento en el cual declaraba que Iliá Ilich no le debía nada. Provisto de ese testimonio, Shtolz se presentó súbitamente ante el hermano.

La visita de Shtolz fue como la caída de un rayo para Iván Matvéievich. También él exhibió el pagaré y señaló con mano temblorosa la firma de Oblómov legalizada por un intermediario.

—Es legal —dijo—, nada tengo que ver con ello: cuido de los intereses de mi hermana, pero ignoro cuánto dinero le prestó a Iliá Ilich.

—Este asunto no terminará así —le amenazó Shtolz al marcharse.

—¡Es un asunto dentro de la ley y yo nada tengo que ver con él! —se justificaba Iván Matvéievich, escondiendo las manos en las mangas.

Al día siguiente, tan pronto como Iván Matvéievich llegó a la oficina, se presentó un ordenanza del director general exigiendo de inmediato su presencia.

—¡El director general! —exclamaron llenos de temor todos los empleados—. ¿Para qué? ¿Qué significará eso? ¿No necesitará algún expediente? ¡Vaya, vaya deprisa! ¡Habrà que poner en orden todos los documentos!

Al anochecer, Iván Matvéievich se presentó en la cantina más muerto que vivo. Tarántiev llevaba tiempo esperándole.

—¿Qué pasó, compadre? —le preguntó con impaciencia.

—¿Qué pasó? —respondió con voz monótona Iván Matvéievich—. ¿Tú qué crees?

—¿Te han reprendido?

—¡Reprendido! —lo remedó Iván Matvéievich—. Más valiera que me hubieran pegado. ¡También tú! —le reprochó—. No me dijiste nada de cómo era ese alemán.

—Ya te dije que era un bribón.

—¡Lo de bribón es lo de menos! He visto a muchos. ¿Por qué no me dijiste que es hombre de influencias? El director general y él se tutean, lo mismo que nosotros. Si lo llego a saber no me meto en ese lío...

—¡Pero si todo es legal! —repuso Tarántiev.

—¡Legal! —lo remedó nuevamente Iván Matvéievich—. Ve a decirlo allí, se te pegaría la lengua al paladar. ¿Sabes lo que me preguntó el director general?

—¿Qué? —interrogó Tarántiev, lleno de curiosidad.

—«¿Es cierto que usted y otro canalla emborracharon al terrateniente Oblómov y le obligaron a firmar un pagaré a nombre de su hermana?».

—¿De verdad que dijo «otro canalla»? —preguntó Tarántiev.

—Así lo dijo...

—¿Por quién lo habrá dicho? —preguntó Tarántiev de nuevo. Iván Matvéievich le miró.

—¿Es que no lo sabes? —preguntó con acritud—. ¿No serás tú por casualidad?

—¿Cómo me han mezclado a mí en este asunto?

—Dale las gracias al alemán y a tu paisano. El alemán lo averiguó todo, metió sus narices en todas partes...

—Tú, compadre, tendrías que haber mencionado a otra persona y decir que yo nada tenía que ver con eso.

—¡Vaya con el santo! —exclamó el compadre.

—¿Qué respondiste tú cuando el director general te dijo «es cierto que usted y otro canalla»...? Ese era el momento de

engañarle.

—¿Engañarle? ¡Cualquiera! ¡Tiene unos ojos! Traté por todos los medios de decirle: «No es cierto, excelencia, es una calumnia, no conozco a ningún Oblómov, la culpa de todo la tiene Tarántiev...». Pero mi lengua no me obedecía, me limité a caer de rodillas ante él...

—¿Es que piensan llevarte a los tribunales? —preguntó Tarántiev sordamente—. Yo nada tengo que ver con todo eso, pero tú...

—¿Que tú no tienes nada que ver con eso? No, compadre. Si hemos de pagar lo hecho, tú debes ir en primer lugar. ¿Quién emborrachó a Oblómov? ¿Quién le insultó y le amenazó?

—Pero fuiste tú quien me dijo que lo hiciera... —contestó Tarántiev.

—¿Eres, acaso, un niño? ¿Es que nada sabías, ni nada tenías que ver con todo lo ocurrido?

—Eso, compadre, es no tener conciencia. ¡Cuánto dinero conseguiste gracias a mí y yo tuve que contentarme con trescientos rublos!

—¿Quieres que cargue yo solo con toda la culpa? ¡Míralo qué listo! Pues yo no sé nada de ese asunto —siguió diciendo Iván Matvéievich—; mi hermana, que como mujer no entiende nada de esas cosas, me pidió que legalizase el pagaré por mediación de un agente y eso fue todo. Tú y Zatiorty fuisteis testigos, y tendréis que responder.

—¡Debes darle una buena tunda a tu hermana! ¿Cómo se atrevió a ir contra ti? —dijo Tarántiev.

—Mi hermana es tonta perdida, ¿qué podemos hacer con ella?

—¿Qué dice Agafia?

—¿Qué dice? Lloro, pero insiste en lo suyo: «Iliá Ilich no me debe nada, nunca le di dinero alguno», eso dice.

—Pero como tú tienes el pagaré que ella firmó a tu nombre —dijo Tarántiev—, no saldrás perdiendo...

Iván Matvéievich sacó el pagaré de su hermana, lo rompió en pedazos y se lo entregó a Tarántiev.

—Toma, te lo regalo, ¿no lo quieres? —añadió—. ¿Qué se le podría sacar? Por la casa, que está desmoronándose, y por el huerto no darían ni mil rublos. Además, ¿me crees tan hereje para dejarla a ella y a los chiquillos en la calle y pidiendo limosna?

—Entonces, ¿nos llevarán a los tribunales? —preguntó Tarántiev asustado—. Habrá que intentar salir lo mejor posible, supongo que tú, hermano, me ayudarás.

—¿Qué hablas de tribunales! ¡No habrá sumario ninguno! El director general me amenazó con expulsarme de la ciudad, pero el alemán intervino, no quiere poner a Oblómov en vergüenza.

—¡Eso está muy bien, compadre! ¡Menudo peso me has quitado de encima! ¡Bebamos para celebrarlo! —exclamó Tarántiev.

—¿Beber? ¿Con qué dinero? No será con el tuyo...

—¿Y el tuyo? ¡Seguro que hoy habrás ganado más de siete rublos!

—¡Eso crees! Has de saber que mis ingresos se han terminado, no acabé de contarte lo que me dijo el director general.

—¿Qué te dijo? —preguntó Tarántiev, asustado.

—Me ordenó que presentara la dimisión.

—¿Qué me dices, compadre! —exclamó Tarántiev, mirándole con asombro—. ¡Me va a oír mi paisano! —concluyó furiosamente—. ¡Lo pondré de vuelta y media!

—¡Tú sólo sabes hacer eso!

—Digas lo que digas, lo pondré de vuelta y media —prosiguió Tarántiev—. Aunque más vale que esperemos un poco; se me ha ocurrido una cosa. Escúchame.

—¿Qué? —preguntó Iván Matvéievich, pensativo.

—Podemos hacerle una buena jugarreta. Lástima que ya no vivas en la casa...

—¿Por qué?

—Porque si tú vivieras allí —dijo, mirándole—, podrías vigilar a Oblómov y a tu hermana, para ver el trapicheo que se traen y... presentar testigos. Entonces, ni el alemán podría hacer nada. Y tú ya tienes las manos libres: si llevas el asunto a los tribunales estás dentro de la ley. Seguro que hasta el alemán dará marcha atrás y querrá llegar a un acuerdo.

—Pues sí, puede hacerse —respondió Iván Matvéievich—. En lo tocante a ideas, nada tienes de tonto, pero ni tú ni Zatiorty servís para realizarlas. Ya encontraré alguna solución —prosiguió, animándose—. ¡Ya verán ellos! Mandaré a mi cocinera a la cocina de mi hermana para que se haga amiga de Anisia y le sonsaque todo... ¡Bebamos, compadre!

—¡Bebamos! —repitió Tarántiev— Pero después ile pondré de vuelta y media!

Shtolz trató de llevarse consigo a Oblómov, pero Iliá Ilich le suplicó tanto que lo dejase por un mes, que Shtolz se compadeció de él. Oblómov le explicó que necesitaba ese mes para acabar todos sus asuntos, subarrendar la vivienda y terminar lo que tenía que hacer en San Petersburgo, a fin de no tener que volver. Además, debía comprar todo lo preciso para el arreglo de su casa en Oblómovka y buscar una buena ama de llaves, del estilo de Agafia Matvéievna; no descartaba, incluso, poder convencerla para que vendiese su casa y se fuese a la aldea, donde hallaría un campo de actividad digno de ella: el gobierno de una casa amplia y compleja.

—Ya propósito de la patrona —lo interrumpió Shtolz—. Quiero preguntarte, Iliá, qué clase de relaciones tienes con ella...

Oblómov se ruborizó de pronto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó presuroso.

—Lo sabes muy bien, de no ser así no te habrías sonrojado. Óyeme, Iliá, te ruego en nombre de nuestra vieja amistad, y si puede servir de algo una advertencia, que tengas cuidado...

—¿Cuidado de qué? —preguntó Oblómov, todo confuso.

—Hablaste de ella con tanto entusiasmo, que empiezo a creer que tú la...

—¿Pretendes decir que estoy enamorado de ella? ¡Por favor, Andréi! —le interrumpió, con una risa forzada.

—Pues me parece aún peor si no hay nada de sentimiento, si no es más que...

—Dime, Andréi, ¿puedes considerarme, acaso, como un libertino?

—¿Por qué te has ruborizado?

—Por haber pensado tú una cosa semejante.

Shtolz movió la cabeza con aire dubitativo.

—Ten cuidado, Iliá, de no caer en una trampa. Es una mujer simple, el ambiente de aquí es asfixiante, obtuso, sucio... ¡Uf!

Oblómov guardó silencio.

—Bueno, adiós —concluyó Shtolz—, diré a Olga que este verano te veremos en nuestra casa o en Oblómovka. No olvides que ella no desistirá.

—¡Sin falta, sin falta! —aseguró Oblómov—. Dile que si ella me lo permite pasaré incluso el invierno con vosotros.

—¡Nos darías una gran alegría!

Aquel mismo día, Shtolz se marchó y por la tarde se presentó Tarántiev. No pudo resistir la tentación de injuriar a su paisano. Pero no tuvo en cuenta que Oblómov, debido a su trato con las Ilinski, había perdido la costumbre de semejante proceder. Ahora, en vez de su apática condescendencia, sentía repulsión por las insolencias y las groserías. Esa nueva actitud se había manifestado hace mucho y, en parte, se había exteriorizado durante la visita que le hizo Tarántiev en verano, cuando vivía en la casa de campo; desde entonces, Tarántiev le había visitado pocas veces, y casi siempre en compañía de otras personas, por lo cual no se había producido ningún choque entre ellos.

—¡Hola, paisano! —dijo con voz iracunda Tarántiev al entrar, sin ofrecerle la mano.

—¡Hola! —respondió fríamente Oblómov, mirando por la ventana.

—¿Te despediste ya de tu bienhechor?

—Sí, ¿y qué?

—¡Vaya un bienhechor! —exclamó, sarcástico, Tarántiev.

—¿Es que ti no te gusta?

—¡Yo lo colgaría! —bramó Tarántiev con odio.

—¡Vaya!

—¡Y también a ti en el mismo árbol!

—¿Se puede saber por qué?

—Porque hay que proceder honradamente: cuando uno debe, ha de pagar y no escurrir el bulto. ¿Sabes lo que has hecho?

—Escucha, Mijéi Andreich, no me vengas con tus cuentos. Durante mucho tiempo te hice caso por mi carácter indolente y despreocupado; pensaba que había en ti un asomo, al menos, de conciencia, pero no la tienes. Tú y el otro sinvergüenza habéis querido engañarme; no sé quién de los dos es el peor, pero ambos me parecéis repulsivos. Mi amigo me ha librado de ese asunto tan estúpido...

—¡Menudo amigo! Oí decir que hasta te birló la novia. ¡Todo un bienhechor! ¿Sabes, paisano?, eres más tonto...

—Ten la bondad de evitarme tus cumplidos —lo interrumpió Oblómov.

—¡No pienso evitártelos! ¡Eres un ingrato! Me has dejado de lado... Yo te proporcioné esta vivienda, a una mujer que es un tesoro, gracias a mí tienes tranquilidad, comodidades de toda clase, te he favorecido en todo, y ahora, ¡tú me vuelves la espalda! ¡Vaya bienhechor que te has buscado! ¡Un alemán! Ahora tiene en arriendo tu finca y ya verás cómo te despluma y encima te hará comprar acciones. Te dejará en la miseria, ¡recuerda mis palabras! Te llamé tonto; pero, además de tonto, eres un animal y encima, ¡desagradecido!

—¡Tarántiev! —gritó Oblómov, amenazador.

—¿Por qué me gritas? También yo puedo gritar para que me oiga el mundo entero, diciendo que eres un tonto y un animal —vociferó

Tarántiev a su vez—. Iván Matvéievich y yo te hemos cuidado, te servíamos como si fuéramos tus siervos, andábamos de puntillas, siempre pendientes de tus menores deseos, y tú lo has calumniado ante sus jefes; ahora está sin empleo y sin un pedazo de pan que llevarse a la boca. ¡Es una vileza sin nombre! Debes cederle ahora la mitad de tus bienes, dame un pagaré a su nombre. Ahora estás sobrio, sabes lo que haces... Dame el pagaré, sin él no me iré de aquí...

—¿Por qué grita usted tanto, Mijéi Andreich? —preguntaron la patrona y Anisia asomándose a la puerta—. En la calle ya se han parado dos transeúntes por sus voces...

—¡Seguiré gritando! —bramó Tarántiev—. ¡Que pase vergüenza este papanatas! ¡Ojalá te siga engañando ese alemán bribón y más ahora que se ha juntado con tu amante!...

Se oyó en la habitación el ruido de una sonora bofetada. Sorprendido por esta reacción de Oblómov, Tarántiev enmudeció en el acto, se dejó caer en una silla, mirando a su alrededor con ojos estupefactos.

—¿Esto? ¿Esto qué significa? ¿Eh? —decía sin aliento, sujetándose la mejilla y con el rostro demudado—. ¡Me lo has de pagar! ¡Ahora mismo me quejaré al gobernador! ¿Habéis visto?

—Nada hemos visto —respondieron las dos mujeres al unísono.

—¡Ah, estáis confabulados! ¡Menuda panda de asesinos, de bribones! Roban, asesinan...

—¡Fuera de aquí, miserable! —gritó Oblómov, pálido, temblando de ira—. ¡Lárgate ahora mismo y no te atrevas a presentarte aquí jamás, si no quieres que te mate como a un perro! Oblómov buscó con los ojos un palo.

—¡Socorro! ¡Me matan! —gritó Tarántiev.

—¡Zajar, echa de aquí a este miserable y que no se atreva a presentarse más por aquí! —gritó Oblómov.

—¡Haga el favor, ahí tiene a Dios y aquí la puerta! —dijo Zajar, señalando el icono y la puerta.

—¡No es a ti a quien vine a ver, sino a mi comadre! —exclamó Tarántiev.

—¡Vaya usted con Dios, Mijéi Andreich! —dijo Agafia Matvéievna—. Venía para ver a mi hermano y no a mí. ¡Estoy harta de usted! ¡Come y bebe a costa de los demás y encima los insulta!

—¿Conque esas tenemos, comadre? Muy bien, tu hermano te ajustará las cuentas. Y tú me pagarás por la afrenta. ¿Dónde está mi sombrero? ¡Que el diablo os lleve, bribones, asesinos! —gritaba mientras atravesaba el patio—. ¡Me pagarás por la afrenta!

El perro tiraba de la cadena y ladraba cada vez más.

Oblómov y Tarántiev, después de lo sucedido, no volvieron a verse.

CAPÍTULO VIII

DURANTE varios años, Shtolz no volvió a San Petersburgo. Hizo una breve visita a la propiedad de Olga y a Oblómovka. Iliá Ilich recibió una carta suya donde intentaba convencerle de que fuese personalmente a la aldea y se hiciese cargo de la propiedad, que se encontraba en perfecto orden. Le comunicaba que Olga y él se iban a la costa meridional de Crimea por dos razones: una, sus negocios en Odesa, y otra, la salud de Olga, algo quebrantada después del parto.

El matrimonio se instaló en un apacible rincón a orillas del mar, en una casa pequeña y modesta. La estructura interior tenía su propio estilo, al igual que la arquitectura exterior, y todo el mobiliario revelaba el gusto personal y el modo de pensar de sus propietarios. Habían llevado consigo innumerables cosas; muchas maletas y bultos les fueron remitidos desde Rusia y el extranjero.

Un gran aficionado al confort tal vez se habría encogido de hombros al contemplar aquella aparente diversidad de muebles, cuadros antiguos, estatuas de brazos y piernas rotos, grabados y otras menudencias que tenían para ellos el valor de los recuerdos. Los ojos de algún experto se iluminarían, quizá, de codicia al ver uno u otro cuadro, algún libro de páginas amarillentas por el tiempo, alguna porcelana vieja, piedras y monedas.

Pero entre esos muebles de tan diversas épocas, esos cuadros, esas menudencias que para nadie tenían importancia, pero que les recordaban algún momento feliz y memorable, se respiraba el hábito

de una vida intensa que hablaba a la mente y al sentimiento estético; se percibía en todas partes una mente activa y la bella actividad humana, al igual que brillaba la eterna hermosura de la naturaleza.

Halló su lugar en aquella casa el alto pupitre del viejo Shtolz, los guantes de piel vuelta; en un rincón estaba colgado el impermeable de hule junto a un armario con minerales, conchas, pájaros disecados, muestras de diversas arcillas, etc. El lugar de honor, entre todo ello, lo ocupaba un espléndido piano con incrustaciones de oro.

Enredaderas de viñedos silvestres, hiedra y mirtos cubrían la casa de arriba abajo. Desde la galería se veía el mar, y por la otra parte de la casa, el camino a la ciudad.

Y era allí donde esperaba Olga el regreso de su marido cuando debía ausentarse. Al verlo, bajaba corriendo, cruzaba un bellissimo sendero lleno de flores, una larga avenida de álamos y se echaba en sus brazos con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, con el mismo ardor impaciente, a pesar de los años transcurridos.

Tal vez las opiniones de Shtolz sobre el amor y el matrimonio fueran originales y exageradas, pero en todo caso eran las suyas. En esa cuestión había seguido también el camino más natural y sencillo, en su opinión. Pero ¡qué difícil escuela de observación, paciencia y trabajo tuvo que cursar mientras aprendió a dar esos «sencillos pasos»!

Había heredado de su padre la facultad de considerar todos los aspectos de la vida, aun los más insignificantes, con gran seriedad. Tal vez hubiera heredado de él la pedante gravedad que los alemanes demuestran en cada opinión, en cada acto de su vida, incluido el matrimonio.

Se decía que la vida del viejo Shtolz era tan clara y evidente para todos como si estuviera grabada en una lápida de piedra y nada había que sobrentender en ella. Pero la madre con sus canciones, su ternura, la mansión principesca de tan variado carácter, la universidad, los libros y la vida social lo apartaban de la recta vía

marcada por su padre; el ambiente ruso trazaba sus invisibles dibujos y convertía la incolora lápida en un cuadro amplio y brillante.

Andréi no imponía pedantes cadenas a sus sentimientos, les dejaba, incluso, una lógica libertad procurando únicamente no perder la «tierra bajo sus pies». Pero al volver en sí, y gracias a su espíritu germano, o bien a otra causa, no podía evitar sacar consecuencias de ello, tomando buena nota de la experiencia vivida.

Era vigoroso de cuerpo, porque lo era de espíritu. De niño fue travieso e inquieto, pero también trabajaba bajo la vigilancia de su padre. No tenía tiempo para soñar. Su imaginación no estaba corrompida ni su corazón gastado: su madre había velado con el máximo esmero por la pureza de ambos.

De joven se preocupaba instintivamente por preservar sus fuerzas, por mantenerlas frescas. Comprendió muy pronto que esa frescura le procuraba vigor y alegría, la virilidad precisa para templar su alma, para no temblar ante la vida, sea cual sea, y no considerarla como un yugo o una pesada carga, sino como un deber al que se ha de hacer frente con toda dignidad.

Había reflexionado profundamente sobre el amor y sus misteriosas leyes. Al observar consciente e inconscientemente la influencia de la belleza sobre la imaginación, el paso de la impresión al sentimiento, sus síntomas, su juego y desenlace, llegó a la conclusión, a medida que se iba adentrando en la vida, de que el amor mueve el mundo con la fuerza de la palanca de Arquímedes, que se encierran en ese sentimiento tanta irrefutable y universal verdad y bien, como mentira e iniquidad en su incomprensión y abuso. ¿Dónde está el bien? ¿Dónde está el mal? ¿Por dónde pasa el límite entre ellos?

Al preguntarse dónde estaba la mentira, surgieron en su imaginación abigarradas máscaras del presente y del pasado. Bien sonriente, bien enfadado o ruborizado veía desfilar una interminable procesión de héroes y heroínas del amor. Quijotes con sus guanteletes de acero y las damas de sus pensamientos, que se

guardaban recíproca fidelidad a lo largo de cincuenta años; pastorcitos de rostro sonrosado y saltones ojos ingenuos y sus Cloes rodeadas de corderitos; empolvadas marquesas, llenas de encajes, de inteligente mirar y perversa sonrisa; Werthers que se suicidaban por amor; damas marchitas llorando siempre su amor en los monasterios; rostros bigotudos de apuestos héroes recientes de mirada osada; cándidos y atrevidos Donjuanes y hombres que se pasaban de listos negando el amor y adorando en secreto a sus amas de llaves... itodos, todos!

Al preguntarse: «¿Dónde está la verdad?», buscaba lejos y cerca en su imaginación y en la realidad, ejemplos de una relación sencilla, honesta, pero profunda e indisoluble, entre un hombre y una mujer, pero no los encontraba. A veces creía hallarlos, pero se daba cuenta más tarde de que sólo era en apariencia y se desilusionaba.

Se entregaba a tristes reflexiones y hasta llegaba a desesperarse.

«Por lo que veo —pensaba—, el amor es un bien que no puede existir en toda su plenitud. Tal vez los corazones que gozan de semejante bien son tímidos, se turban y se esconden, no quieren discutir con los listos que niegan su existencia. Tal vez se compadezcan de ellos; perdonan, en nombre de su felicidad, que pisoteen la flor que, por falta de terreno, puede echar profundas raíces y convertirse en un árbol capaz de cobijarles toda la vida».

Observaba los matrimonios, las relaciones de los maridos con sus esposas, y le parecían tan misteriosas como una esfinge: había en ellas algo incomprensible, incompleto. A esos maridos, sin embargo, no les preocupaban semejantes problemas, caminaban por la senda del matrimonio con paso tranquilo, consciente, como si nada tuvieran que resolver o buscar.

«¿No tendrán razón ellos? Tal vez no se precise ninguna otra cosa», pensaba Shtolz, desconfiando de sí mismo al ver que para algunos el amor era el abecedario del matrimonio o una fórmula de cortesía, lo mismo que el saludo que se hace al entrar en un salón... ¡Y luego, a casarse!

Se sacudían, impacientes, la primavera de la vida. Más tarde, muchos de ellos pasaban la vida mirando de reojo a sus esposas, como fastidiados por haberlas amado alguna vez.

A otros, el amor les duraba mucho tiempo, a veces hasta la vejez, pero no dejaban de sonreír como sátiros...

Por último, la mayoría de los hombres contraía matrimonio como quien adquiere una propiedad, pensando en sus indudables ventajas: la mujer llevaba el orden a la casa, era madre y educadora. Consideraban el amor lo mismo que el hombre práctico considera el emplazamiento de la propiedad, y cuando se acostumbra a él, no le hace ni caso.

«¿Cómo puede explicarse ese fenómeno? —pensaba Shtolz—. ¿Se debe, acaso, a una incapacidad innata dictada por las leyes de la naturaleza o es falta de preparación, de una educación adecuada? ¿Dónde hallar ese sentimiento mutuo que no pierde jamás su encanto natural, que no precisa de ridículos disfraces y que, al modificarse con los años, no se apaga?».

«¿Cuál es el color natural y la policromía de ese bien que lo llena todo, todo satisface y constituye la razón de la existencia?».

Trataba de adivinar el porvenir, ahondaba en la lejanía y vislumbraba, como envuelto en la niebla, el amor y la imagen de una mujer vestida con sus colores, partícipe de sus gustos, una imagen sencilla, pero luminosa y límpida.

«¡Es un sueño, un sueño!» se decía sonriendo. Pero aunque volvía a la realidad, la imagen de aquel sueño persistía en su imaginación.

Al principio, veía en esa imagen el futuro de la mujer en general. Pero más tarde, cuando encontró a Olga más crecida, más mujer, no vio tan sólo su floreciente belleza, sino también su espíritu vigoroso, su ansia de aprender y enfrentarse a la vida. Fue cuando renació en su fuero interno la ya casi olvidada ilusión y el amor se encarnó en la imagen de Olga. Shtolz pensó que en el futuro su mutua atracción podría llegar a ser «verdad», sin ridículos disfraces, sin afectación.

Shtolz no mezclaba con el amor y el matrimonio ninguna consideración de tipo económico o de promoción social. Sin embargo, le preocupaba la idea de cómo podría conciliar su infatigable actividad, sus incesantes viajes, con la vida familiar; cómo, de turista y negociante, se convertiría en tranquilo padre de familia. Si renunciaba a sus continuos viajes, ¿de qué modo llenaría su vida en el seno de la familia? Claro está que la educación de los hijos, sus estudios, el orientarlos en la vida no era tarea fácil ni baladí, pero faltaba mucho para que llegase; y, mientras tanto, ¿qué podía hacer?

Estas cuestiones le habían inquietado con frecuencia y por ello no le pesaba gran cosa su vida de soltero y no tenía prisa por complicarse con los lazos del matrimonio. Ésa era también la razón de que no viese en Olga más que a una joven que prometía y por la cual sentía gran admiración. En broma, y de paso, orientaba su inquieta inteligencia hacia ideas nuevas, valientes, comentaba con ella los hechos, le exponía sus opiniones sobre la vida, explicándole, sin ninguna intención, los diversos fenómenos y su acertada interpretación. Luego, olvidaba a Olga y sus lecciones.

Pero, a veces, al darse cuenta de que su inteligencia y sus opiniones no eran nada habituales, que carecía de falsedad y no buscaba la admiración general, que expresaba libremente sus sentimientos y nada copiaba de los demás, que se manifestaba en todo como era en realidad, espontánea, valiente y segura, se quedaba atónito, sin acordarse de sus fugaces enseñanzas y observaciones.

Si por aquel entonces se hubiera fijado en ella, se habría dado cuenta de que Olga caminaba casi sola, protegida por la superficial vigilancia de su tía; que no pesaba sobre ella la tutela autoritaria de numerosas tías, abuelas, niñeras con las tradiciones del linaje, la familia, caducos hábitos y opiniones. Nadie la obligaba a marchar por un camino trillado. Olga seguía una senda nueva, en la cual tenía que abrirse paso con su propia inteligencia y corazón.

La naturaleza fue pródiga con ella en ese sentido: la tía no supeditaba despóticamente su voluntad ni sus opiniones. Olga adivinaba y comprendía por sí misma muchas cosas, observaba atentamente la vida y prestaba también oído... a las palabras y consejos de su amigo...

Shtolz no se daba cuenta de ello; se limitaba a confiar en que Olga, con el tiempo, que él suponía iba a ser largo, se transformaría en una mujer inteligente y capaz, sin pensar en hacer de ella su compañera.

Olga, por su orgullo y timidez, no permitía que nadie, ni siquiera Shtolz, supiese cómo era en realidad. Y tan sólo en el extranjero, después de la dolorosa lucha íntima sostenida por ella, comprendió Shtolz, admirado, en qué dechado de sencillez, fuerza y naturalidad se había transformado aquella chiquilla tan prometedora y olvidada por él. Poco a poco fue descubriendo sus profundas ansias de saber que él debía satisfacer, sin llegar jamás a colmarlas del todo.

Al principio tuvo que luchar durante mucho tiempo con la viveza de su naturaleza, frenar la fiebre de su juventud, encauzar sus inquietos impulsos, orientar su vida por un cauce apacible, pero lo conseguía durante poco tiempo. Tan pronto como cerraba confiado los ojos, volvía a sonar la alarma, bullía la vida a su alrededor y la inquieta cabeza de Olga o su corazón le planteaban nuevas preguntas. Tenía que calmar su alterada imaginación, serenar o despertar su amor propio. Si algún hecho la sumía en profundas reflexiones, él se apresuraba a explicárselo.

De la vida de Olga fue desapareciendo, poco a poco, la fe en las casualidades, la bruma de lo fantástico. El futuro se le presentaba claro y libre; veía en él, como en el agua transparente, cada piedrecita, cada hoyo, y, luego, el limpio fondo.

—¡Soy feliz! —musitaba, recordando con gratitud su vida pasada. Al intentar adivinar el futuro, se acordaba del sueño de felicidad que había tenido de soltera en Suiza, de aquella serena noche azul; se

daba cuenta de que ese sueño, como una sombra, flotaba en su vida.

«¿Por qué me habrá correspondido semejante dicha?», pensaba Olga humildemente, y se sumía en esas reflexiones, temiendo que esa felicidad se acabase algún día.

Iban pasando los años, pero ellos no se cansaban de vivir, llegó la calma, se apaciguaron los ímpetus, se hicieron comprensibles los altibajos de la existencia, que soportaban con entereza y dignidad, pero la vida no los aburría y Olga llegó a comprenderla.

Sus existencias se habían fundido en un solo cauce. No había lugar para el desenfreno de violentas pasiones, todo era armonía y paz entre ellos.

Podrían descansar, gozando de esa apacible existencia, al igual que los habitantes de remotos lugares que, reuniéndose tres veces al día, mantienen, bostezando, vulgares conversaciones, se hunden en una torpe somnolencia porque ya todo está dicho, discutido y rehecho, porque de nada se puede hablar ni nada hay que hacer, porque «así es la vida».

En apariencia vivían como otros tantos matrimonios. Se levantaban temprano, aunque no al amanecer; les gustaba permanecer un rato ante la mesa del desayuno, a veces hasta sin hablar. Después, cada uno se dedicaba a sus quehaceres o bien trabajaban juntos; después de almorzar iban al campo, tocaban el piano... todo como había soñado Oblómov.

Pero no había somnolencia, ni abatimiento. No conocían la apatía ni el tedio. Siempre tenían de qué hablar y, a veces, discutían acaloradamente.

Sus voces resonaban en la casa y en el jardín; en ocasiones se comunicaban en voz baja alguna ilusión recién nacida, alguna idea nueva o una emoción apenas esbozada.

En su silencio se reflejaba también la dicha, con la cual soñara Oblómov... Solían meditar a solas, tratando de resolver los problemas que se planteaban mutuamente a cada paso...

Quedaban absortos a menudo ante la siempre nueva hermosura de la naturaleza que no se cansaban de admirar. La tierra, el cielo, el mar provocaban sus emociones y sentados, el uno al lado del otro, los contemplaban, sintiendo al unísono, y se comprendían sin necesidad de palabras.

Nunca acogían con indiferencia el nuevo día ni recibían abúlicamente las sombras de las estrelladas y tibias noches meridionales; les mantenía despiertos su mente siempre activa y el espíritu en continua agitación; sentían la necesidad de pensar, sentir y hablar juntos...

Pero ¿cuál era el tema de esas ardientes discusiones, apacibles charlas, lecturas y lejanos paseos?

Pues todo. Durante su estancia en el extranjero, Shtolz había perdido la costumbre de leer y trabajar solo. Ahora, en esa casa del sur, a solas con Olga, compartía con ella todo cuanto pensaba. Apenas podía alcanzarla por la velocidad de su intelecto y su voluntad.

La cuestión de lo que podía hacer en el seno familiar se había resuelto por sí misma. Shtolz tuvo que compartir con Olga hasta su difícil vida de trabajo, porque ella se ahogaba en una existencia quieta, como si le faltase el aire.

Shtolz no hacía nada sin que Olga lo supiese y participase de ello, lo mismo si se trataba de los asuntos de la empresa para la que trabajaba, que de todo lo relacionado con la propiedad de Oblómov o la suya propia. No se enviaba ni una sola carta sin que ella la leyese, Shtolz no le ocultaba ni el menor de sus proyectos y, por supuesto, mucho menos su realización; lo sabía todo y todo le interesaba, porque le interesaba a él.

Al principio lo hacía porque nada se le podía ocultar: escribía las cartas, recibía a los contratistas o a los agentes en presencia de ella y siguió haciéndolo después por costumbre y, al final, por su propia necesidad.

Las observaciones de Olga, sus consejos, aprobación o desacuerdo eran para él una comprobación indispensable... Se dio cuenta de que ella comprendía tanto como él y que sus razonamientos no eran peores que los suyos... Zajar se sentía ofendido porque su mujer era más diestra que él y a muchos maridos les pasa igual, pero Shtolz se sentía feliz por ello.

Luego estaban sus lecturas, que tanto alimentan y desarrollan el intelecto. Olga tenía celos de cada libro, de cada artículo que él leía sin decírselo; se enfadaba en serio o se ofendía cuando dejaba de mostrarle algo que, en su opinión, era demasiado serio, aburrido o incomprendible para ella. Olga lo calificaba entonces de pedante, retrógrado y le regañaba, llamándole «vieja peluca alemana». Con este motivo se producían entre ellos vivas discusiones.

Ella se enfadaba, pero Shtolz se reía y eso la enfurecía todavía más; hacían las paces cuando él dejaba de bromear y compartía con ella sus ideas, conocimientos o lecturas. Todo cuanto Shtolz necesitaba y quería saber era también imprescindible para Olga.

Shtolz no le imponía el conocimiento de una tecnología compleja para enorgullecerse después de tener una esposa «sabia», que es la más estúpida de las presunciones. Si hubiera oído decir a Olga una sola palabra pedante, incluso una alusión a sus conocimientos, se habría ruborizado, pero aún más si con una mirada de incompreensión demostrase su ignorancia en una cuestión corriente en la esfera del conocimiento, pero inaccesible todavía para la mujer. Su más ferviente deseo, y ella lo deseaba aún más que él, era que no existiese nada inaccesible para ella, no para el conocimiento, sino para la comprensión.

No le trazaba diagramas ni cifras, pero le hablaba de todo, leía para ella muchas cosas, sin omitir, con aire pedante, alguna teoría económica o problemas sociales y filosóficos. Se lo explicaba con vehemencia y entusiasmo, extendía ante ella el vasto e infinito cuadro del saber. Los detalles se esfumaban del pensamiento de

Olga, pero en su dúctil intelecto persistía el entorno general, el colorido y no se apagaba su ansia de saber.

Shtolz se estremecía de orgullo y felicidad al distinguir más tarde una chispa de ese fuego en sus ojos, el eco del pensamiento, explicado por él, en sus palabras; al comprender que esa idea había tomado carta de naturaleza en su cabeza y brotaba ahora de su boca no como una idea árida y seca, sino provista de cierta gracia femenina... Se alegraba, sobre todo, si alguna gota fértil de todo lo hablado, de todo cuanto había leído o visto se depositaba, como una perla, en el fondo luminoso de su vida.

Como pensador y artista, Shtolz tejía para ella una existencia racional. Jamás en su vida, ni cuando era estudiante ni en sus duros años de lucha con la vida, cuando salía de sus tenazas y templaba su ánimo en la adversidad, se había entregado tanto a su tarea como ahora, esforzándose por cultivar constantemente el espíritu y la mente de su compañera.

«¡Qué feliz soy!», se decía Shtolz, y, adelantándose al tiempo, soñaba con el futuro, cuando quedaran atrás los años de la luna de miel.

Y en la lejanía le sonreía una nueva imagen de Olga, de una mujer; no una egoísta ni una esposa apasionada, ni una madre protectora, que se marchita después en una existencia incolora que nadie necesita, sino una imagen distinta, sublime, casi inconcebible...

Soñaba con una madre creadora y partícipe de la vida moral y social de toda una generación feliz.

Pensaba con temor si Olga tendría suficiente fuerza y voluntad... y se apresuraba a enseñarle el modo de hacer frente a la vida, de conseguir una reserva de valor para no claudicar ante ella, precisamente ahora que eran jóvenes y fuertes, mientras que la vida fuese clemente con ellos y sus golpes no les pareciesen demasiado duros, mientras que las penas naufragasen en el amor.

De vez en cuando se ensombrecían sus días, pero no por mucho tiempo. Los fracasos en los negocios, las pérdidas materiales apenas les hacían mella; les originaban mayores preocupaciones, más viajes, pero se olvidaban pronto.

La muerte de la tía hizo derramar a Olga sinceras y amargas lágrimas y ensombreció su vida durante varios meses.

Las enfermedades de los niños les producían constante temor y preocupación, pero tan pronto como pasaba el peligro, retornaba la felicidad.

La salud de Olga era la máxima preocupación de Andréi: tardaba mucho en restablecerse después del parto y, aunque recobraba la salud, él no dejaba de sentirse inquieto. No podía suponer mayor desgracia.

«¡Qué feliz soy!», se repetía también Olga, contemplando gozosa su vida, pero, a veces, en medio de esa constatación, se quedaba pensativa... sobre todo a partir de cierto tiempo, al cabo de tres o cuatro años de matrimonio.

¡Muy extraño es el ser humano! Cuanto más plena era su dicha, más pensativa se hacía Olga e, incluso, sentía temor. Se analizó severamente y se dio cuenta de que la turbaba esa vida tan apacible, la contemplación estática de su felicidad. Se esforzaba por sacudir de su alma el ensimismamiento y aceleraba el ritmo de su vida, buscaba con ahínco más movimiento, mayores preocupaciones; pidió a su marido que la llevara con él a la ciudad, intentó hacer más vida social, tratar a más gente, pero ese deseo le duraba poco tiempo.

El ajeteo social apenas le interesaba y tenía prisa por regresar a su rincón para librarse de alguna impresión desagradable, no habitual. Volvía de nuevo a los cuidados de la vida doméstica, permanecía días enteros en la habitación de los niños, cumplía sus funciones de madre y niñera o se dedicaba a la lectura con Andréi, a tratar «temas serios y aburridos», a leer poesía; hablaban de un viaje a Italia.

Olga tenía miedo de caer en algo semejante a la apatía de Oblómov, procuraba librarse de esos momentos periódicos de entumecimiento, de ese letargo espiritual; y cuando menos lo esperaba se sentía de nuevo feliz, la rodeaba otra vez la noche azul acunando sus sueños. Luego, la vida parecía detenerse, como dándose un descanso, y después... sentía confusión, temor, angustia, una sorda tristeza y surgían en su inquieta cabeza oscuras y complicadas preguntas.

Olga se observaba celosamente, se interrogaba, pero no conseguía saber ni averiguar lo que a veces buscaba y pedía su espíritu; además, y eso era terrible confesarlo, echaba algo de menos, como si no le bastara tener una vida feliz; como si, cansada de ella, exigiera algo nuevo, inusitado, adelantándose al futuro...

«¿Qué me pasará? —pensaba horrorizada—. ¿Se puede y se debe, acaso, desear algo más? ¿Adónde puedo ir? ¡A ninguna parte! ¡No hay más camino! ¿Será posible que se haya cerrado ya el círculo de mi vida? ¿Será posible que esto sea todo... todo?...», se decía a sí misma, pero algo quedaba sin decir... Interrogaba con la vista el cielo, el mar, el bosque... pero no hallaba respuesta: todo era lejanía, profundidad y penumbra.

La naturaleza le decía siempre lo mismo; veía en ella el curso ininterrumpido y uniforme de la vida, sin principio ni fin.

Sabía perfectamente a quién podía preguntar sobre esa inquietud suya; estaba segura de que él sabría responderle, pero ¿qué le diría? ¿Qué pasaría si no era más que la queja de un pensamiento estéril o, algo peor todavía, el ansia de un corazón poco femenino, insensible al sentimiento? ¡Dios santo! Ella, tan adorada por él, ¡carecía de corazón y su mente seca, insensible, estaba siempre descontenta! ¿Qué era ella? ¿Es posible que fuera poco femenina? ¡Cómo caería de su pedestal cuando él descubriera sus nuevas e insólitas inquietudes y sufrimientos!

Olga disimulaba ante él o fingía estar enferma cuando sus ojos despedían un seco fulgor y velaba su rostro una oscura nube;

cuando, pese a todos sus esfuerzos, no podía obligarse a sonreír ni hablar; en aquellos instantes escuchaba con indiferencia las noticias más candentes del mundo político, las más curiosas explicaciones de los nuevos logros científicos o de las corrientes artísticas modernas.

Sin embargo, no tenía deseos de llorar, ni sentía tampoco el súbito temblor de cuando despertaban sus fuerzas juveniles y se alborotaban sus nervios. No, no era lo mismo.

«¿Qué me ocurre?», se preguntaba desesperada cuando en alguna hermosa tarde apacible, o bien al lado de la cuna, o en medio de la charla cariñosa de su marido, se sentía de pronto aburrida e indiferente a todo.

Estaba como petrificada, no tenía ganas de hablar y se ajetreaba, nerviosa, para disimular su estado o bien se quejaba de dolor de cabeza y se retiraba a descansar.

Pero no le resultaba fácil ocultar su estado ante los sagaces ojos de Shtolz. Ella lo sabía y se preparaba interiormente para una conversación con él, sintiendo el mismo temor que cuando le hizo aquella confesión. Y llegó el momento.

Una tarde, paseaban ambos por la avenida de álamos. Olga, casi colgada de su hombro, guardaba profundo silencio. Le atormentaba su incomprensible mal y respondía con monosílabos a todas sus preguntas.

—Me dijo la niñera que Oleñka tosió por la noche. ¿No convendría llamar mañana al médico? —preguntó Shtolz.

—Le daré una bebida caliente y no dejaré que pasee mañana. Ya veremos —respondió Olga con voz monótona.

En silencio llegaron al final de la avenida.

—¿Por qué no respondiste a la carta de tu amiga Sóñechka? —preguntó él—. Y yo, que estuve esperando, casi llego tarde a correos. Es la tercera carta que dejas sin contestación.

—¡Quisiera olvidarla lo más pronto posible! —respondió Olga, y guardó silencio.

—Saludé de tu parte a Bichurin —prosiguió Andréi—, como está enamorado de ti, eso tal vez le consuele un poco de que su trigo no llegue en el plazo fijado.

Olga sonrió sin ganas.

—Ya me lo habías dicho —respondió con indiferencia.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes sueño? —preguntó Andréi.

Olga sintió que su corazón daba un vuelco; le sucedía siempre cuando su marido le preguntaba algo relacionado con su estado de ánimo.

—Todavía no —respondió con fingida animación—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Te encuentras mal? —volvió a preguntar.

—No, estoy bien, ¿por qué?

—Entonces, estás aburrida.

Olga le apretó con fuerza el hombro con ambas manos.

—¡No, no! —negó con una voz que se esforzaba por parecer alegre; sin embargo, se percibía en ella algo así como aburrimiento.

Shtolz la hizo salir de la avenida y volvió su rostro hacia la luz de la luna.

—¡Mírame! —dijo, sin apartar la vista de sus ojos—. Podría creerse que te sientes... desgraciada. Tienes unos ojos muy raros hoy... y no sólo hoy... ¿Qué te sucede, Olga?

Volvió a enlazar su talle y la llevó de nuevo a la avenida.

—Pues me sucede... que itengo hambre! —respondió, tratando de reír.

—¡No mientas, no mientas! ¡Ya sabes que no me gusta! —dijo Shtolz con fingida severidad.

—¡Desgraciada! —repitió Olga en tono de reproche, deteniéndose—. Sí, tal vez me sienta desgraciada... ¡por exceso de felicidad! —concluyó con tal acento de ternura y cariño, que Andréi la besó.

Olga se sintió más decidida. La suposición, aunque dicha en broma, de que pudiera ser desgraciada provocó el inesperado deseo de sincerarse.

—No me aburro y es imposible que esto me suceda; lo sabes y, naturalmente, no crees en lo que has dicho; tampoco estoy enferma, pero me... siento triste... a veces... ¡Ya lo sabes, hombre insoportable al que nada se puede ocultar! Sí, siento tristeza y no sé por qué. — Olga apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

—¡Vaya! ¿Por qué será? —preguntó suavemente, inclinándose hacia ella.

—No lo sé —repitió Olga.

—Tiene que haber, sin embargo, alguna causa; si no en mí, alrededor de ti o en ti misma... Esa tristeza es, a veces, el comienzo de una enfermedad... ¿Te encuentras bien?

—Sí, quizá —respondió seriamente Olga—, tiene que ser algo así, aunque yo me encuentro bien. Tú mismo ves qué apetito tengo, cómo paseo, duermo, trabajo. Pero de pronto me invade una sensación extraña, como una especie de nostalgia... y me parece que en mi vida falta algo... Pero no me hagas caso, no son más que tonterías...

—¡Dime, dímelo! —insistió Andréi con viveza—. Te parece que en tu vida falta algo, ¿y qué más?

—A veces me parece sentir miedo —prosiguió Olga— de que algo cambie, que acabe... ¡Ni yo misma lo sé! O bien me atormenta la estúpida idea de lo que pueda pasar en el futuro... Pienso, si esta felicidad... es toda la vida... —Olga hablaba en voz cada vez más baja, avergonzada de sus dudas—, si todas esas alegrías y penas... la naturaleza... —musitaba—, parece que no me bastan, nada me complace... ¡Dios mío! Vergüenza me da decir esas tonterías... esas fantasías... Pero tú no hagas caso... —añadió con voz suplicante, acercándose más a su marido—. Esa tristeza pasa pronto y vuelvo a sentirme bien, a estar alegre y ser feliz, ¡como ahora!

Se apretaba contra él con tímida ternura, realmente avergonzada y como suplicando perdón por sus «tonterías».

Andréi estuvo haciéndole muchas preguntas y ella le contaba, como si fuera un médico, los síntomas de su tristeza, le confiaba sus

vagas impresiones, la confusión de su espíritu y, luego, cómo desaparecía de pronto ese espejismo. Le contó todo cuanto había observado y podía recordar.

Shtolz paseaba en silencio por la avenida, inclinada la cabeza sobre el pecho, perplejo y lleno de inquietud; sumido en reflexiones provocadas por la incomprensible confesión de su mujer.

Olga trataba de leer en sus ojos, pero no conseguía ver nada, y cuando llegaron por tercera vez al extremo de la avenida, Olga no lo dejó reanudar el paseo, le llevó a la parte iluminada por la luna, tal como había hecho él, y le miró a los ojos.

—¿Qué piensas? —preguntó tímidamente—. ¿Te ríes de mis tonterías? Esa tristeza mía es una estupidez, ¿verdad?

Andréi no dijo nada.

—¿Por qué callas? —preguntó Olga, impaciente.

—Tú has estado callada mucho tiempo aunque sabías, claro está, que yo me había dado ya cuenta de que algo te pasaba: deja que ahora calle yo y reflexione. El problema que me has planteado no es fácil.

—Ahora te dedicarás a reflexionar y yo, mientras tanto, me estaré atormentando pensando en lo que vas a decirme. ¡Hice mal en contártelo! —añadió— Más vale que me digas algo...

—¿Qué te puedo decir? —respondió Andréi, pensativo—. Tal vez sea una indisposición nerviosa tan sólo, entonces será el médico quien determine lo que te sucede y no yo. Mañana enviaré a buscarle... Si no es eso... —empezó a decir y calló pensativo.

—¿Qué «si no es eso»? ¡Habla! —insistió Olga, impaciente.

Shtolz seguía caminando sin responder, sumido en sus pensamientos.

—¡Habla, di algo! —insistía Olga, sacudiéndolo por un brazo.

—Quizá sea exceso de imaginación, tienes demasiada energía... o, tal vez, ya estés madura para... —dijo a media voz, como hablando consigo mismo.

—¡Haz el favor de hablar en voz alta! ¡Detesto esa costumbre tuya de mascullar entre dientes! —le reprochó Olga—. Te he dicho tonterías y tú ahora bajas la cabeza y murmuras. Hasta miedo me da pasear aquí contigo en medio de la oscuridad...

—No sé, Olga, me dices «me siento triste, me inquietan ciertos pensamientos», ¿qué se puede deducir de todo eso? Pero ya hablaremos de ello. Creo, sin embargo, que te convendría bañarte de nuevo en el mar...

—Tú murmuraste antes: «tal vez... ya haya madurado...». ¿Qué pensabas? —preguntó Olga.

—Pensaba... —comenzó a decir Andréi lentamente, como si desconfiara de su idea y se avergonzara de sus palabras—, que a veces... hay algunos momentos, es decir, si se descarta la posibilidad de que sea una enfermedad, si tu salud es plenamente satisfactoria, que quizá hayas madurado, que hayas alcanzado una edad en la cual se deja de crecer... cuando ya no hay misterios y la vida se abre toda para ti...

—Creo que intentas decirme que he envejecido, ¿no es verdad? —le interrumpió Olga vivamente—. ¡No te atrevas! —Y le amenazó con un dedo—. Aún soy joven, fuerte... —añadió irguiéndose. Andréi se echó a reír.

—No temas —dijo—, me parece que tú no vas a envejecer nunca. No se trata de eso... A la vejez decaen las fuerzas y se deja de luchar con la vida. No, tu tristeza y tu angustia, si es lo que yo creo, son más bien indicio de fuerza... Una mente inquieta, activa, trata de traspasar los límites del humano conocimiento y entonces, al no encontrar respuestas, aparece la tristeza... un descontento temporal por la vida... Es la tristeza del alma que interroga a la vida sobre su misterio... Quizá sea esto lo que te ocurre... Pero si es así, no son tonterías.

Olga suspiró más bien de alegría; su temor de perder prestigio ante su marido se desvaneció; había sucedido lo contrario.

—Pero yo soy feliz, mi cabeza no está ociosa, no fantaseo y mi existencia está repleta de contenido, ¿qué más se puede desear? ¿A qué vienen esas inquietudes? —preguntó Olga—. ¡Es una enfermedad, un mal!

—Sí, tal vez sea una enfermedad para una mente débil e ignorante, no preparada para soportarla. Esa tristeza e inquietud habrán enajenado, probablemente, a muchas personas. Para algunos son como fantasmagóricas visiones, como el delirio de su razón...

—Mi vida rebosa de felicidad, ¡tengo tantos deseos de vivir!... Y, de pronto, aparece esa amargura...

—¡Este es el pago por el fuego de Prometeo! No sólo tienes que soportar esa tristeza, sino amarla, respetar las dudas y las preguntas. Son el exceso, el lujo de la vida y hacen acto de presencia cuando se llega a la cima de la felicidad, cuando no se tienen burdos deseos. No aparecen en una vida cotidiana, llena de pesar y necesidades. La mayoría de la gente no conoce esas confusas dudas ni la angustia de las preguntas... Pero aquel que tropieza con ellas en un momento oportuno no las considera como un mal, sino como queridos huéspedes.

—Pero no se puede con ellas, te angustian y hacen que te sientas indiferente a... casi todo —añadió Olga, insegura.

—Ese estado no dura mucho; además las dudas refrescan la vida —dijo Andréi—. Conducen a uno hacia un abismo que a nada puede responder y nos obligan a contemplar la vida con mayor cariño... Incitan nuestras experimentadas fuerzas a luchar contra ellas, con el propósito, tal vez, de no dejar que se duerman...

—¡Sufrir por algo confuso, por unos espectros! —se quejó Olga—. Todo está claro y de pronto, ¡se posa en tu vida una sombra maléfica! ¿No hay ninguna posibilidad de luchar contra ella?

—¡Claro que la hay! Es preciso buscar el apoyo en la propia vida. Pero si careces de él, la propia vida te resulta odiosa sin necesidad de esas dudas y sombras.

—¿Qué se puede hacer? ¿Rendirse y sufrir?

—Nada se puede hacer —respondió Andréi—. Armarse de firmeza y seguir el propio camino con paciencia y tenacidad. Ni tú ni yo somos Titanes —continuó, abrazándola— para emprender, como los Manfredos y los Faustos, una atrevida lucha contra las malditas cuestiones; no aceptaremos su reto, inclinaremos la cabeza y soportaremos con humildad el difícil momento, en espera de que nos vuelva a sonreír la vida, la felicidad y...

—¿Y si la tristeza no nos abandona y nos agobia cada vez más y más? —preguntó Olga.

—¡Qué le vamos a hacer! La aceptaremos como un nuevo elemento de la vida... Pero eso no sucede, no puede sucedemos. No se trata de una tristeza exclusivamente tuya, es el mal general de la humanidad. A ti te salpicó una sola gota. Pero resulta terrible cuando el hombre está solo... cuando no tiene en quién apoyarse. Nosotros... y quiera Dios que esa tristeza luya sea lo que yo creo y no el síntoma de alguna enfermedad... Eso sí que sería lo peor. Ante una desgracia así, yo no tendría fuerzas ni defensa... Pero eso, la melancolía, ciertas dudas, problemas confusos, ¿pueden, acaso, acabar con nuestra dicha, nuestro...?

Andréi no pudo acabar porque Olga se lanzó alocadamente en sus brazos y como una bacante, vencida por la pasión, enlazó su cuello con ambos brazos.

—¡Ni la tristeza, ni la enfermedad, ni la inquietud y... ni siquiera la muerte! —musitó apasionadamente, feliz, sosegada y alegre de nuevo. Tuvo la impresión de que jamás le había amado con tanta pasión como en aquel momento.

—Ten cuidado de que el destino no oiga tus quejas —dijo cariñosamente Andréi, aludiendo a la superstición con el propósito de prevenirla— y no las considere como una ingratitud. Le disgusta que no se aprecien sus dones. Hasta el presente has estado aprendiendo a vivir, pero tendrás que soportar la vida cuando lleguen las penas, los sinsabores... y illegarán! Entonces todos los

problemas perderán importancia... ¡Reserva tus fuerzas! —añadió en voz baja en respuesta a su apasionado impulso, como si hablase consigo mismo.

Sus palabras estaban teñidas de tristeza, como si vislumbraran ya en la lejanía «las penas y los sinsabores».

Olga guardaba silencio, impresionada por el triste tono de su voz. Tenía una fe ciega en él, en todo cuanto decía. Contagiada por su gravedad, se entregó a sus pensamientos.

Apoiada en su marido, caminaba con lento y maquinal andar por la avenida, guardando tenaz silencio. Al igual que Andréi, pensaba en el futuro, donde, según las palabras de su marido, les esperaban «penas y sinsabores», el período de «las pruebas».

Sus sueños de ahora eran distintos, la noche había dejado de ser azul y se abría ante ella otra faceta de la vida, pero no festiva y luminosa, llena de paz y abundancia, a solas con él...

Veía una serie de pérdidas, privaciones, inevitables sacrificios... una vida de renunciadas obligadas a caprichos que eran frutos del ocio, de lágrimas y lamentos provocados por sentimientos que ahora no conocían; preveía enfermedades, descalabros económicos, la muerte del marido...

Estremecida y doliente, contemplaba con valerosa curiosidad esa nueva faceta de la vida; la veía con espanto y medía sus fuerzas... Tan sólo el amor no la traicionaba en esa terrible visión; como fiel guardián se mantenía en esa nueva vida, pero tampoco ella era la misma.

Aquel invencible y constante amor era tan poderoso como la propia vida, y en los dolorosos años compartidos se reflejaba en sus rostros, en el lento intercambio de miradas silenciosas llenas de dolor, en la infinita paciencia mostrada frente a las penalidades, en las contenidas lágrimas y los ahogados sollozos...

Ya no existían los rayos luminosos, ni la noche azul, ni el cálido aliento; al cabo de los años sólo parecían juegos infantiles comparados con aquel lejano amor vivido a lo largo de la variable y

temible vida. Ya no se oían besos ni risas, tampoco las confidenciales y profundas charlas en el quiosco rodeado de flores en la fiesta de la naturaleza y la vida... Todo se «había marchitado, había pasado».

A la confusa melancolía de Olga, a sus inquietudes, fueron incorporándose otras visiones, que, a pesar de ser lejanas, eran claras y amenazadoras...

Gracias a las palabras firmes y serenas de Andréi y a la infinita confianza que sentía hacia él, pudo Olga olvidar un poco su misteriosa tristeza, desconocida por muchos, así como las temibles y proféticas visiones del futuro. Caminaba con seguridad hacia delante.

A las «tinieblas» les seguían mañanas luminosas, sus ocupaciones de madre y ama de casa; le atraían los cuidados del jardín, el campo y el despacho de su marido. Ahora ya no jugaba a vivir, despreocupada y satisfecha; vivía con un pensamiento oculto: se preparaba valerosamente para el futuro...

Con el paso del tiempo, su inteligencia se fue desarrollando. Andréi comprendía que su antiguo ideal de mujer y esposa era inalcanzable, pero se sentía feliz al ver su débil reflejo en Olga: jamás había esperado que eso ocurriera.

También tuvo que luchar durante toda su vida por mantener su dignidad de hombre ante los ojos de la orgullosa y altiva Olga, pero no por celos triviales, sino para que no existiesen sombras en su vida, transparente como el cristal. Y eso podría ocurrir si la fe que Olga tenía en él vacilase, aunque fuera un poco.

Muchas mujeres no necesitan nada de eso; una vez casadas aceptan dócilmente tanto las cualidades como los defectos de sus maridos, se resignan con facilidad al papel, a la posición y al ambiente en que les ha tocado vivir o bien ceden con la misma facilidad a la primera tentación casual, considerando imposible o innecesario luchar contra ella, como diciendo: «Es el destino, la pasión, la mujer es un ser débil», etc. Incluso si el marido supera a la inmensa mayoría por su inteligencia —esa cualidad tan atractiva

en un hombre—, ellas se enorgullecen de esa cualidad de su esposo lo mismo que de un valioso collar, pero solamente si ese inteligente marido cierra los ojos ante sus lastimosas argucias femeninas. Pero si él se atreve a considerar trivial comedia su vulgar, insignificante y, a veces, depravada existencia, su inteligencia les pesa y abruma.

Olga desconocía esa lógica de sumisión al ciego destino y no acertaba a comprender las mezquinas pasiones y caprichos femeninos. Había admitido, de una vez para siempre, que el hombre elegido era digno y tenía derechos sobre ella; creía en él y por esa razón le amaba; si dejara de creer, dejaría de quererlo, como le sucedió con Oblómov.

Pero en aquel entonces sus pasos eran inseguros y su voluntad vacilante; se iniciaba tan sólo en el conocimiento de la vida, la estudiaba, comenzaba a conocer su propia mente y carácter, iba recopilando datos únicamente. No estaba formada ni había encontrado su camino.

Creía en Andréi, pero no a ciegas sino con pleno conocimiento. Él era su ideal de hombre, de perfección masculina. Cuanto mayor y más consciente era la fe que Olga tenía en él, tanto más difícil le resultaba a Shtolz mantenerse a esa altura, no ser únicamente el héroe de su pensamiento y corazón, sino también de su imaginación.

No habría soportado Olga que las cualidades que tanto admiraba en su esposo se viesan mermadas ni un ápice. Cualquier nota falsa en su carácter o intelecto le produciría honda conmoción. El derruido edificio de su dicha la habría sepultado bajo sus escombros; pero si conservase sus fuerzas, tal vez seguiría buscando...

Aunque mujeres como Olga no suelen equivocarse dos veces. Al perder la fe y el amor, no hubiera podido comenzar su vida de nuevo.

Andréi se sentía profundamente feliz; su vida, plena de actividad e interés, se desenvolvía en un ambiente de perenne primavera; siempre pendiente de Olga, procuraba enseñarle y la cuidaba con

esmero. Sentía espanto al recordar que estuvo a punto de perderla, que ese camino soñado, sus dos existencias fundidas en una, podían haberse separado, que el desconocimiento de la vida podía haber dado origen a un funesto error, que Oblómov...

Shtolz se estremecía. ¡Cómo imaginarse a Olga en medio de la vida que le preparaba Oblómov! ¡Ella viviendo en la aldea, niñera de sus hijos, ama de casa, vegetando de día en día!

Todas sus inquietudes, dudas, energías estarían dedicadas al cuidado de la casa, a la espera de las fiestas, de los invitados, de las reuniones familiares: nacimientos, bautizos..., se volvería apática y se preocuparía del reposo de su marido.

El matrimonio no sería más que la forma y no el contenido; serviría de biombo y marco invariable para las visitas, recepción de invitados, banquetes y veladas en medio de huecas charlas.

¿Cómo habría soportado Olga aquella existencia? Al principio, lucharía, seguramente, buscando el sentido de su vida, y al adivinarlo, lloraría desesperada. Luego, iría habituándose, se pondría gorda, comería, dormiría, se embrutecería más y más.

Pero no, con ella no pasaría eso. De tanto llorar y sufrir, caería enferma y moriría en brazos de su marido, bueno y débil, que tanto la quiere. ¡Pobre Olga!

Pero si sus fuerzas soportasen esa prueba y siguiera amando la vida y la libertad, Olga batiría sus alas como un águila fuerte de ojos avizores, apresada por débiles manos, y volaría hacia la roca alta donde hubiera otra águila más fuerte y de ojos aún más avizores... ¡Pobre Iliá!

—¡Pobre Iliá! —dijo un día Andréi en voz alta, recordando el pasado.

Al oír ese nombre, Olga dejó el bordado sobre sus rodillas, echó hacia atrás la cabeza y quedó profundamente pensativa. Esa frase la hizo recordar.

—¿Qué será de él? —preguntó al poco rato—. ¿No habría manera de averiguarlo?

Andréi se encogió de hombros.

—Es como si —dijo— viviéramos en la época en que no existía correo y la gente, al separarse en diversas direcciones, se consideraba perdida para siempre y en realidad así ocurría.

—Deberías escribir de nuevo a alguno de tus amigos; por lo menos sabríamos algo...

—No sabríamos nada a excepción de lo que ya sabemos: que se encuentra vivo y sano, que vive en la misma casa. Eso ya lo sé sin necesidad de escribir a los amigos. Pero ninguno podrá decirme cómo soporta su vida, si está moralmente muerto o queda en él todavía una chispa de vida...

—¡No hables así, Andréi! Me causa pena y dolor oírlo. Quisiera saber, pero, al mismo tiempo, me da miedo...

Olga estaba a punto de llorar.

—Esta primavera iremos a San Petersburgo y lo sabremos por nosotros mismos.

—No basta con saberlo, hay que hacer todo...

—¿Acaso no lo hice? ¿Te parece poco el tiempo que perdí tratando de convencerle, resolviendo sus asuntos, haciendo diversas gestiones para él sin haber recibido jamás una sola línea suya? Cuando nos vemos, parece que está dispuesto a todo, pero en cuanto desaparezo, así te he visto no me acuerdo! Vuelve a dormirse. Es como tratar con un borracho.

—Debemos tratarlo con mayor decisión —repuso Olga con impaciencia—, meterlo en el coche y llevárnoslo. Ahora nos trasladamos a la finca, lo tendremos cerca... lo llevaremos con nosotros.

—¡Vaya trabajo que nos ha caído! —dijo Andréi paseando por la habitación—. ¡Y no se le ve fin!

—¿Te pesa? —preguntó Olga—. ¡Eso sí que es nuevo! Es la primera vez que te oigo quejarte de ese trabajo.

—No me quejo, razono simplemente —respondió Andréi.

—¿Y de dónde viene ese razonamiento? Consideras que es una lata y te aburre, ¿no es cierto?

Olga fijó en su marido una mirada inquisitiva.

—No, no es una lata, pero sí un esfuerzo inútil. Es lo que pienso a veces.

—¡No digas eso! —exclamó Olga—. Estaré angustiada todo el día pensando en tus palabras, como la semana pasada. Si continúas siendo amigo suyo, debes hacerlo por cariño hacia él. Si te cansas, iré yo sola y no saldré sin él. Se conmovió al oír mis ruegos. Creo que lloraré amargamente si lo veo indiferente a todo, como muerto. Tal vez mis lágrimas...

—¿Crees que lo van a resucitar? —la interrumpió Andréi.

—No, no lo resucitarán, pero le obligarán a mirar a su alrededor y a modificar su forma de vivir. No estará rodeado de mugre, sino que vivirá en medio de los suyos, con nosotros. En aquel entonces, tan pronto como me conoció, se sintió avergonzado de su apatía...

—¿No será que lo quieres como antes? —le preguntó Andréi en broma.

—No —respondió Olga, pensativa y seria, sumergida en sus recuerdos—. No le quiero como antes, pero hay algo en él que me inspira cariño y a lo que permanezco fiel y no cambio, como algunos...

—¿Quiénes son esos «algunos»? Habla, serpiente venenosa, clava tu aguijón, ¿soy acaso yo? Te equivocas. Y si quieres saber la verdad te diré que fui yo quien te enseñó a quererle y casi, casi, el causante de un mal. Si nada te hubiera dicho, habrías pasado a su lado sin percatarte siquiera de su presencia. Yo te hice comprender que no era menos inteligente que otros, pero que su inteligencia estaba enterrada, oculta y que el ocio lo tenía paralizado. ¿Quieres que te diga por qué sientes aún cariño por él?

Olga asintió con la cabeza.

—Porque tiene una cualidad que vale más que toda inteligencia: ¡un corazón honrado y fiel! Ha conservado esos dones naturales a lo

largo de toda su vida. Sufrió toda clase de golpes que le hicieron caer, perder las ilusiones, permanecer inactivo y, al fin, desencantado de todo y sin ganas de vivir, se refugió en el sueño, pero conservó su honradez y su bondad. Ni una sola nota falsa brotó de su corazón, ni se manchó de lodo. Nunca se dejará seducir por una mentira engalanada ni nada le hará seguir un camino falso. Aunque se agite a su alrededor todo un océano de maldad y vileza, aunque todo el mundo esté envenenado y gire al revés, Oblómov jamás rendirá culto al ídolo de la hipocresía. Su alma seguirá siendo pura, honesta y clara... transparente como el cristal. Hay pocas personas como él, son tan escasas como perlas en medio de una muchedumbre. Su corazón es insobornable, se puede confiar en él siempre y en todo. A esto es a lo que permaneces fiel y por ello jamás será una carga para mí. He conocido a muchas personas dotadas de magníficas cualidades, pero jamás conocí a nadie con un corazón tan puro, claro y sencillo; he sentido afecto por muchos, pero a nadie profesé un cariño tan profundo como a Oblómov. Quien le conoce, no deja de quererle. ¿No es cierto? ¿Tengo razón?

Olga callaba sin levantar la vista de su labor. Andréi quedó pensativo.

—¿No lo he dicho ya todo? ¿Qué más entonces? ¡Ah! —exclamó como recordando—. Me había olvidado por completo de su «ternura de palomo»... —añadió alegremente.

Olga se echó a reír, abandonó su labor, corrió hacia su marido y le echó los brazos al cuello. Le miró un instante con sus luminosos ojos y, pensativa, apoyó la cabeza en su hombro. Se acordó del rostro cándido y sumiso de Oblómov, de su tierna mirada, de su docilidad y de la sonrisa avergonzada y lastimera que, al irse, le dirigió en respuesta a su reproche... y sintió agudo dolor y gran piedad por él.

—No le dejarás, ¿verdad que no piensas abandonarle? —preguntó sin apartarse de él.

—¡Nunca! A menos que se abra un abismo entre los dos o se alce un muro... —Olga besó a su marido.

—¿Me llevarás a verle en San Petersburgo? —preguntó.

Shtolz titubeó y no respondió.

—Di, ¿me llevarás? —Olga exigía imperiosamente una respuesta.

—Escucha, Olga —dijo Andréi, procurando liberarse del anillo de sus brazos—, primero habrá que...

—No, prométemelo. ¡No te dejaré en paz!

—Bueno, si quieres... —respondió al fin—. Pero no la primera vez. Sé lo que te pasaría si él...

—¡No lo digas, no lo digas!... —le interrumpió Olga—. Pero tú vas a llevarme; entre los dos le convenceremos. Tú solo no podrás, no querrás.

—Sea, pero te vas a disgustar y el disgusto quizá te dure mucho tiempo —accedió Andréi no muy contento de haberse dejado persuadir.

—Acuérdate —dijo Olga, volviendo a su sitio— que no le abandonarás a menos que «se abra un abismo o se alce un muro» entre él y tú. No olvidaré estas palabras.

CAPÍTULO IX

LA paz y el sosiego reinaban en el barrio de Vyborg, sobre sus no empedradas calles, sus aceras de madera, sus escuálidos jardines y sus cunetas llenas de ortigas. De vez en cuando se veía alguna cabra, con la cuerda suelta colgada del cuello, pellizcando la hierba o durmiendo pacíficamente. Al mediodía golpeaban la madera las elegantes botas del escribano, de altos tacones, y a su paso se movía un visillo de muselina y tras las macetas de geranios asomaba la cabeza de una mujer o en el jardín, por encima de la tapia, aparecía el fresco rostro de una joven para desaparecer en el acto. Luego se asomaba de nuevo la primera, seguida por la joven. Se oían chillidos y risas de muchachas que se columpiaban en el jardín.

Todo era silencio en la casa de Agafia Matvéievna. Si se entraba en el patio, el cuadro que veía el visitante no podía ser más idílico: las gallinas y los gallos corrían despavoridos y se escondían en los rincones, el perro trataba de soltarse de la cadena y ladraba desaforadamente. Akulina dejaba de ordeñar la vaca y el criado de partir la leña; ambos lo miraban con curiosidad.

—¿Por quién pregunta? —Y al oír el nombre de Iliá Ilich o el de la patrona le señalaban en silencio el porche y volvían a sus tareas. El visitante avanzaba entonces por un limpio sendero de arena, llegaba a las escaleras del porche cubiertas por una pulcra y sencilla estera, tiraba de la reluciente manecilla de cobre y le abría la puerta Anisia, los hijos de Agafia Matvéievna, ella misma o Zajar, pero él acudía siempre el último.

En la casa se respiraba abundancia y bienestar, como ni siquiera en los tiempos en que Agafia Matvéievna vivía con su hermano.

La cocina, los zaguanes, el aparador estaban repletos de estantes con vajilla, de fuentes grandes y pequeñas, redondas y ovaladas, salseras, tazas, montañas de platos, pucheros de hierro, cobre y barro.

En los armarios se guardaban los cubiertos de plata de Agafia Matvéievna desempeñados hacía tiempo y jamás vueltos a empeñar; al lado, la plata de Oblómov. Hileras de teteras y tazas de porcelana o sencillas, con bordes dorados o pintadas con flores, inscripciones, corazones o dibujos chinos. Había grandes tarros de cristal con café, canela, vainilla, de porcelana para guardar el té, botellas de aceite y de vinagre.

Había también en el armario estantes repletos de botellas, frascos, cajitas con remedios caseros, hierbas, cataplasmas, alcoholes, alcanfor, polvos, pomadas y raíces; en otros estantes, jabones, diversos preparados para quitar las manchas, limpiar encajes, etc.; es decir, todo cuanto una buena ama de casa necesita tener a mano.

Cuando Agafia Matvéievna abría de pronto la puerta del armario, lleno de todos esos objetos, ni ella misma podía resistir la fragancia de tantos aromáticos olores y apartaba el rostro.

Del techo de la despensa, y a fin de evitar a los ratones, colgaban jamones, quesos, pilones de azúcar, pescado desecado, sacos llenos de setas secas, nueces.

En el suelo, barriles de manteca, cestas de huevos, recipientes especiales para la crema de leche y otras muchas cosas... Se precisaría la pluma de un nuevo Homero para describir con todo detalle lo atesorado en los rincones y los numerosos estantes de esa pequeña arca doméstica.

La cocina era el auténtico campo de actividad de la gran ama de casa y de Anisia, su digna ayudante. Podemos decir que en aquella casa todo se hallaba en su lugar y a mano, que el orden y la

limpieza reinaban por doquier. Sin embargo, había un rincón donde no entraba ni un rayo de luz, ni un chorro de aire fresco, ni el ojo del ama de la casa, ni la mano ágil y trabajadora de Anisia. Era el rincón o el nido de Zajar.

Se trataba de una habitación sin ventana y más que habitáculo humano parecía una madriguera. Cuando Zajar se dio cuenta de que Agafia Matvéievna tenía planes para mejorar y limpiar aquello, manifestó enérgicamente que no era cosa de mujeres disponer dónde tenían que estar colocados los cepillos, el betún y las botas y que a nadie debía importarle si dejaba su ropa tirada en el suelo, ni que su cama, llena de polvo, estuviese en un rincón detrás de la estufa, ya que era él y no ella quien llevaba esa ropa y dormía en esa cama. Y que la escoba, las tablas, los dos ladrillos, el fondo de un barril y un par de troncos que guardaba en su habitación le hacían muchísima falta para su trabajo, pero nunca explicó para qué; decía también que el polvo y las telarañas no le molestaban y que él, en una palabra, no metía las narices en su cocina; por consiguiente, quería que lo dejaran en paz.

El día que sorprendió allí a su mujer, la miró con tal desdén y la amenazó tan seriamente con el codo en dirección al pecho, que Anisia no se atrevió a entrar más allí.

El asunto, entonces, pasó a instancias superiores, es decir, a Iliá Ilich, quien fue a inspeccionar y tomar severas medidas, pero al asomar tan sólo la cabeza y contemplar todo cuanto allí había, se limitó a escupir y no dijo nada.

—¡Hala, fastidiaros! —exclamó sonriente Zajar, mirando con aire triunfador a las dos mujeres que venían acompañando a Iliá Ilich confiando en que su intervención daría lugar a un cambio.

Las demás habitaciones de la casa estaban limpias y aireadas. Habían desaparecido los viejos y descoloridos visillos; tanto las ventanas como las puertas del salón y del despacho lucían cortinas azules y verdes; visillos de muselina con festones rojos cubrían los

cristales, y todo era obra de las hacendosas manos de Agafia Matvéievna.

Las almohadas, blancas como la nieve, formaban una montaña que casi llegaba al techo; los edredones, guateados, eran de seda.

Durante semanas, la habitación de Agafia Matvéievna se vio repleta de mesas de juego, puestas unas al lado de otras; sobre ellas se extendían esos edredones y el nuevo batín de Iliá Ilich.

Todo lo hacía ella: cortaba la tela, la forraba de algodón y la cosía. Trabajaba con amor, con incansable celo, apoyando su opulento pecho en la tela. Veía su recompensa en el hecho de que el batín y el edredón servirían para cubrir, calentar y acariciar al magnífico Iliá Ilich.

Y él, tumbado todo el día en el diván, admiraba cómo se movían sus desnudos brazos arriba y abajo tras la aguja con el hilo. Más de una vez se quedó dormido, arrullado por el suave susurrar de la seda y el crujido del hilo cortado con los dientes, lo mismo que en Oblómovka.

—¡Deje ya de trabajar! —le decía—. Descanse.

—Dios ama el trabajo —respondía Agafia Matvéievna sin apartar los ojos ni las manos de su labor.

El café, igual de sabroso, se le servía con el mismo esmero y limpieza que años atrás, cuando acababa de trasladarse. La sopa de menudillos, los macarrones con queso parmesano, la sopa de pescado, la empanada, los pollos, del propio gallinero, se alternaban por riguroso turno e introducían una grata variedad en los monótonos días de la pequeña casita.

Gracias a los huertos que se extendían a ambos lados de la casa, el sol la iluminaba generosamente todo el día, primero por una parte y luego por la otra.

Los canarios cantaban alegremente en sus jaulas; los geranios y, a veces, los jacintos que los niños traían del jardín del conde perfumaban la habitación, mezclándose agradablemente con el

humo de un cigarro habano o bien con el de la canela o la vainilla que Agafia Matvéievna trituraba moviendo enérgicamente los codos.

Iliá Ilich vivía como en un marco de oro, en el cual, como en un diorama, cambiaban únicamente las fases normales del día y de la noche y las estaciones del año. No se producían otros cambios ni incidentes importantes que agitaran el poso, a veces amargo y turbio, depositado en el fondo de su alma.

Desde el día que Sholtz salvó a Oblómov de la deuda, tan alevosamente impuesta, el hermano y Tarántiev se alejaron de su vida y con ellos desapareció todo lo hostil. Lo rodeaban ahora personas amables, bondadosas, dispuestas a sostenerlo con toda su existencia, ayudarle a no sentir el peso de la vida.

Agafia Matvéievna se encontraba en el cénit de su existencia. Vivía y se daba cuenta de que su vida estaba colmada, lo que antes no sentía, pero, como siempre, no era capaz de expresarlo o, mejor dicho, ni se le ocurría pensarlo. Se limitaba a pedirle a Dios que prolongase la vida de Iliá Ilich, que lo librase de todo «mal, ira y necesidad»; ponía a su persona, a sus hijos y la casa entera bajo la voluntad divina. Su rostro expresaba constantemente una felicidad total, plena, satisfecha, sin el más mínimo atisbo de deseo alguno, cosa que en otra persona distinta de ella sería imposible.

Agafia Matvéievna había engordado, y toda ella, sus hombros, su pecho, denotaban la misma plenitud satisfecha. En sus cándidos ojos sólo se leía su preocupación por la casa. Había recobrado la dignidad serena con que antes la gobernaba; tenía ahora a sus órdenes a las sumisas Anisia, Akulina y al criado. Igual que antes, más que andar parecía flotar del aparador a la cocina, de la cocina a la despensa, dando órdenes con voz mesurada y baja, con plena conciencia de lo que hacía.

Anisia se mostraba todavía más activa, porque había aumentado el trabajo: iba y venía de un lado para otro, diligente y presurosa, cumpliendo las indicaciones de la patrona. Le brillaban más los ojos y la nariz, esa su nariz parlante, seguía destacándose en primer

lugar, repleta de ideas, propósitos, cuidados, aunque la lengua callaba.

Ambas vestían de acuerdo con su posición y rango. Agafia Matvéievna disponía de un gran ropero con numerosos vestidos de seda, manteletas, y abrigos; encargaba sus cofias, sombreros y zapatos en la parte elegante de la ciudad. También Anisia, en cuanto acababa de cocinar, solía ponerse, sobre todo los domingos, un vestido de lana.

Solamente Akulina seguía con su falda recogida en la cintura y el criado no se separaba de su pelliza ni siquiera cuando hacía calor.

De Zajar no vale la pena hablar: de su levita gris se le hizo una chaqueta, pero resultaba imposible determinar el color de sus pantalones y de qué estaba hecha la corbata. Limpiaba las botas del señor, luego dormía, salía a la puerta de la calle, miraba con aire inexpresivo a los escasos transeúntes o bien se refugiaba en un tenducho de los alrededores, es decir, hacía todo cuanto era su costumbre primero en Oblómovka y, más tarde, en la calle Gorójovaia.

¿Y Oblómov? Oblómov era el reflejo, la personificación plena y natural de esa paz, del bienestar y la sosegada calma. Al pensar y reflexionar en su modo de vivir, al cual se habituaba cada vez más, decidió, por fin, que no tenía que ir a ninguna parte ni buscar nada, que el ideal de su vida se había hecho realidad, aunque sin poesía, sin esa luz que le había forjado antaño su imaginación haciéndolo soñar con una existencia de gran señor, libre de toda preocupación, rodeado de servidumbre y campesinos.

Consideraba su vida presente como una continuación de la que llevara en Oblómovka, pero con distinto paisaje y otro espacio de tiempo. También allí, al igual que en Oblómovka, había conseguido liberarse de las dificultades asegurándose una tranquilidad incommovible.

En su fuero interno celebraba el haberse escabullido de los pesados y penosos requerimientos y peligros de la vida, el estar

lejos del horizonte bajo el cual brillan los relámpagos de las grandes alegrías y retumban, también, los inesperados truenos de los grandes pesares, donde revolotean falsas esperanzas y radiantes ilusiones de felicidad, donde los propios pensamientos corroen y destruyen al hombre y le devora la pasión, donde la inteligencia triunfa o es derrotada, pero no cesa la lucha y el hombre se retira destrozado del campo de batalla, siempre descontento e insatisfecho. No habiendo experimentado jamás los placeres que proporciona la lucha, Oblómov renunció mentalmente a ellos y sólo en aquel rincón perdido, ajeno al movimiento, a la contienda y a la vida, se sentía tranquilo.

Y si alguna vez su imaginación se alborotaba, revivían los olvidados recuerdos, los sueños no realizados, si su conciencia le reprochaba haber vivido de ese modo y no de otro distinto, aquella noche dormía mal, despertaba a menudo, saltaba de la cama y, a veces, corrían por sus mejillas lágrimas frías y desesperanzadas al pensar en el luminoso ideal de su vida ya perdido para siempre; lloraba como se llora por un muerto querido con el amargo convencimiento de no haber hecho lo bastante por él mientras estuvo vivo.

Luego miraba a su alrededor, gustaba de los placeres temporales y, recobrada la calma, admiraba pensativo la apacible serenidad con que se hundía el sol vespertino en el encendido ocaso. Y llegaba, por último, a la conclusión de que su vida no sólo se había conformado de ese modo, sino que había sido creada, incluso predestinada, para ser sencilla y sin complicaciones a fin de probar que el ser humano podía gozar de una existencia de ideal sosiego.

A otros, pensaba, les toca en suerte representar las facetas agitadas de la existencia: poner en movimiento sus fuerzas creadoras y destructoras. ¡Cada cual tenía su destino!

¡Ésta era la filosofía que se había creado nuestro Platón de Oblómovka! Ella le permitía mantenerse alejado de los problemas y exigencias del deber y la necesidad. No había nacido, ni fue

educado, para ser gladiador, sino para simple espectador de la lucha. Su espíritu tímido e indolente no podría resistir las inquietudes de la dicha ni los zarpazos de la realidad. Él representaba un solo aspecto de la vida y, por consiguiente, nada debía ni podía cambiar en ella, ni tampoco sentir arrepentimiento.

Con el paso de los años, la inquietud y el remordimiento fueron menos frecuentes; de un modo apacible y gradual iba acomodando su restante existencia al amplio y sencillo ataúd que él había fabricado con sus propias manos: los ermitaños, que reniegan del mundo y viven en el desierto, también excavan su propia tumba.

Ya no soñaba con organizar su hacienda y trasladarse a Oblómovka con todos. El administrador, designado por Shtolz, le remitía por Navidades una suma importante de dinero y los campesinos le traían trigo y diversos víveres. En la casa reinaban la abundancia y la alegría.

Iliá Ilich adquirió incluso un par de caballos, pero debido a su natural cautela los eligió tan tranquilos que arrancaban al tercer latigazo únicamente. Al recibir el primero y el segundo, uno de los caballos se tambaleaba y avanzaba de lado, el otro repetía lo mismo y, por fin, estiraban el cuello, el espinazo, la cola, y emprendían la marcha balanceando la cabeza. Los caballos llevaban a Vania al liceo, que estaba en el otro lado de la ciudad, y Agafia Matvéievna los utilizaba para ir de compras.

En Carnavales y Semana Santa, toda la familia y el mismo Iliá Ilich iban a la feria, visitaban las barracas; de vez en cuando compraban un palco y todos juntos asistían a una representación teatral.

En el verano paseaban por los alrededores; la semana en que se celebraba el día de San Iliá iban a las Fábricas de Pólvora, y la vida seguía su curso normal; cabría decir que sin cambios funestos, como si los reveses del destino no llegasen a esos pequeños y pacíficos rincones. Mas, desgraciadamente, el estampido de los truenos, que sacude los cimientos de las montañas y los inmensos espacios

aéreos, resuena también en la madriguera del ratón, más débil, claro está, pero perceptible.

Iliá Ilich comía mucho y con gran apetito, igual que en Oblómovka; caminaba y trabajaba poco y perezosamente, como en Oblómovka. Pese a los años, bebía en abundancia vino y vodka, sin la más mínima cautela, y después de comer dormía largas horas.

De pronto, todo eso cambió. Una tarde, Oblómov intentó levantarse del sofá en el cual había dormido una larga siesta, y no pudo; intentó decir algo, pero la lengua no le obedeció. Asustado, agitaba tan sólo una mano en petición de ayuda.

De haber vivido a solas con Zajar, podría estar agitando la mano hasta el día siguiente y, finalmente, morir, de lo cual se habrían enterado ese mismo día; pero los ojos vigilantes de Agafia Matvéievna velaban por él como la providencia. No tuvo que acudir a la inteligencia, sino a su corazón, para darse cuenta de que algo le pasaba.

Y tan pronto como esa suposición la iluminó, Anisia volaba ya en el coche en busca del doctor y Agafia Matvéievna le había rodeado de hielo la cabeza y le aplicaba todos los alcoholes y ungüentos guardados en el secreto armario, todo cuanto el hábito y lo oído aconsejaban hacer en casos semejantes. Hasta a Zajar le dio tiempo de calzarse una bota y de esta guisa cuidaba de su señor con la patrona y el médico.

Iliá Ilich recobró el conocimiento, se le hizo una sangría y el doctor manifestó que se trataba de un ataque de apoplejía y que debía cambiar radicalmente de vida.

Se le prohibió el vino, el vodka y el café, salvo en contadas excepciones, todos los alimentos grasos, las especias y la carne; le prescribió ejercicio diario y un sueño moderado, sólo por la noche.

Sin los cuidados de Agafia Matvéievna nada de eso se vena cumplido, pero ella supo implantar ese sistema y subordinó a él toda la casa, distrayendo a Oblómov de la tentación de beber, dormir la siesta o comer lo prohibido, bien con la astucia, bien cariñosamente.

Tan pronto como Iliá Ilich empezaba a dormitar, caía por sí sola una silla o se rompían con estruendo algunos viejos platos en la habitación vecina o los niños armaban un jaleo indescriptible... Y si con todo eso no conseguía su propósito, resonaba su dulce voz, preguntándole alguna cosa.

El sendero del jardín fue prolongado hasta el huerto y Oblómov paseaba por él dos horas por la mañana y dos por la tarde. Ella solía acompañarle, y si no podía, mandaba con él a Masha o a Vania, o bien a su viejo amigo Alexeiev, siempre dócil y dispuesto a todo.

Y vemos a Iliá Ilich caminando lentamente por el sendero, apoyado en el hombro de Vania; éste, ya adolescente, lleva el uniforme del liceo y apenas puede acomodar su paso enérgico y presuroso al caminar de Iliá Ilich. Después del ataque, como secuela del mismo, movía con dificultad una pierna.

—Bueno, Vania, volvamos ya a la casa —decía.

Y ambos se dirigían a la puerta, pero Agafia Matvéievna les salió al paso.

—¿Adónde van tan pronto? —preguntó, sin dejarles entrar.

—¡Qué va a ser pronto! Hemos ido veinte veces de un extremo a otro, es decir que hemos recorrido casi dos kilómetros.

—¿Cuántas veces habéis hecho el recorrido? —preguntó Agafia Matvéievna a su hijo.

Este titubeó.

—¡No me mientas, Vania! —añadió en tono amenazador, mirándole fijamente a los ojos—. Me daré cuenta en seguida y el domingo no te dejaré salir.

—Bueno, pues... unas doce veces.

—¡Ah, pillito! —exclamó Oblómov—. Cada vez arrancabas hojitas de la acacia y yo las iba contando...

—Bueno, paseen un poco más, todavía no está la sopa de pescado —resolvió Agafia Matvéievna, cerrando la puerta ante ellos.

Y Oblómov, en contra de su voluntad, tuvo que hacer ese recorrido ocho veces más antes de entrar en la casa.

La sopa de pescado humeaba ya sobre la mesa. Oblómov se sentó solo en el diván, a su derecha tomó asiento en una silla Agafia Matvéievna y a la izquierda, sobre una silla infantil, con seguro, había un niño como de tres años. A su lado se sentaba Masha, que ya tenía trece, después Vania y, finalmente, Alexeiev, invitado aquel día, se hallaba sentado frente a Oblómov.

—Le voy a servir un gobio más —dijo Agafia Matvéievna, poniendo en el plato de Oblómov un pescadito—. Ése sí que está gordo.

—Le vendría bien a esto una empanada —dijo Iliá Ilich.

—Se me olvidó, se me olvidó, de verdad. Y había pensado en hacerla ayer, pero se me fue de la memoria —dijo astutamente Agafia Matvéievna—. Y olvidé asimismo, Iván Alexéievich, prepararle la col para las albóndigas —añadió, volviéndose hacia Alexeiev—. No me lo tome a mal.

—No se preocupe, yo puedo comer todo —dijo Alexeiev.

—En efecto, ¿por qué no se le prepara jamón con guisantes o un filete? —preguntó Oblómov—. A él le gusta...

—Fui personalmente, Iliá Ilich, en busca de la carne, pero no había ninguna pieza buena. En cambio, ordené que hicieran jalea de guindas, porque sé que le gusta —añadió, dirigiéndose a Alexeiev.

La jalea no podía perjudicar a Iliá Ilich; por ello le debía gustar y tenía que comerla el siempre dispuesto Alexeiev.

Después del almuerzo, nada ni nadie podía impedir que Oblómov se echara. Habitualmente lo hacía allí mismo, encima del diván, de espaldas, a fin de reposar un poco. Para evitar que se durmiera, Agafia Matvéievna servía el café en esa habitación; sobre la alfombra jugaban los niños y Oblómov se veía forzado a tomar parte.

—No hagas rabiar a Andriusha —reñía Oblómov a Vania cuando éste molestaba al pequeño—. Vas a hacer que llore.

—Masha, cuida de que Andriusha no se haga daño con la silla —le prevenía solícito cuando el niño se metía bajo las sillas.

Y Masha se precipitaba a sacar al «hermanito», que así era como lo llamaba.

Durante un momento todo quedaba en silencio; Agafia Matvéievna había ido a la cocina para ver si ya estaba el café, y los niños se habían apaciguado. De pronto, se oyó en la habitación un ronquido, primero débil, como bajo sordina, y luego más fuerte; cuando Agafia Matvéievna regresó con la cafetera humeante, se sorprendió por los potentes ronquidos.

Miró con reproche a Alexeiev.

—Hice lo posible por despertarle, pero no me hace caso —se justificó éste.

Agafia Matvéievna dejó rápidamente la cafetera sobre la mesa, levantó del suelo a Andriusha y lo sentó en el diván al lado de Iliá Ilich. El pequeño trepó por encima de su cuerpo, le alcanzó la cara y lo agarró con fuerza por la nariz.

—¡Ah! ¿Qué? ¿Quién es? —exclamó, inquieto, Iliá Ilich, despertándose.

—Se quedó usted dormido y Andriusha se le subió encima y lo despertó —dijo la mujer con voz cariñosa.

—¿Cuándo pude haberme dormido? —se justificaba Oblómov, abrazando al pequeño—. ¿Cree que no he sentido cómo se subía encima de mí? Lo oigo todo. ¡Qué pícaro! ¡Me ha cogido la nariz! ¡Espera, ya te daré yo! ¡Ya verás! —decía acariciando al niño. Lo dejó en el suelo y suspiró profundamente.

—Cuénteme algo, Iván Alexéievich —dijo Oblómov.

—Ya hemos hablado de todo, Iliá Ilich, nada más le puedo contar —respondió éste.

—¿Cómo es posible? Usted ve a mucha gente, ¿es que no hay nada nuevo? Supongo que lee usted algo.

—Sí, a veces leo, y cuando leen otros o hablan, yo escucho. Ayer, por ejemplo, en casa de Alexéi Spiridónovich, su hijo, que es estudiante, estuvo leyendo en voz alta...

—¿Qué leyó?

—Sobre los ingleses, que han llevado armas y pólvora no sé a quién. Alexéi Spiridónovich dice que habrá guerra.

—¿Adónde llevaron las armas?

—A España o a la India, no recuerdo bien, pero el embajador estaba muy enfadado.

—¿Qué embajador?

—¡No me acuerdo! —respondió Alexeiev, mirando hacia el techo y tratando de recordar.

—¿Entre quiénes habrá guerra?

—Creo que contra el bajá de Turquía.

—Bueno, ¿y qué más novedades hay en la política? —preguntó Iliá Ilich después de un rato de silencio.

—Dicen que el globo terráqueo se va enfriando cada vez más y que llegará un día en que se hiele del todo.

—¡Vaya! Pero esto no es política —exclamó Oblómov.

Alexeiev quedó confuso.

—Alexéi leyó primero lo referente a la política —dijo, para justificarse—, pero luego estuvo leyendo todo seguido y no dijo cuándo acababa el tema político. Luego habló sobre literatura.

—¿Y qué dijo?

—Pues que los mejores escritores eran Dmítriev, Karamzin, Bátiushkov y Zhukovski...

—¿No menciono a Pushkin?

—No, nada se decía de él. También a mí me sorprendió, porque es un genio...

Guardaron silencio. Agafia Matvéievna fue en busca de su labor y se puso a coser, manejando rápidamente la aguja. De vez en cuando miraba a Iliá Ilich, a Alexeiev, atenta, sin embargo, a todo cuando sucedía en la casa: si reñía Zajar con Anisia en la cocina, si fregaba Akulina la loza, si chirriaba o no la verja, es decir, si salía o no el criado a beber un trago.

Oblómov permanecía silencioso y meditabundo. No estaba ni despierto ni dormido. Dejó que sus pensamientos vagaran

indolentemente y a su libre albedrío, sin concentrarse en nada; escuchaba el rítmico latido de su corazón y parpadeaba de vez en cuando como suele hacerlo una persona que en nada detiene la vista. Era el suyo un estado indefinido y misterioso, como de alucinación.

En la vida suele haber momentos raros y breves en los que uno tiene la impresión de estar viviendo de nuevo lo ya vivido en otra época y en otro lugar. No sabe si lo que está sucediendo ante él lo vio en sueños o si, en efecto, fue una vivencia suya ya olvidada, pero ve los mismos rostros que ya viera entonces, oye palabras dichas en otra ocasión. La imaginación es incapaz de situarle de nuevo allí, la memoria no puede revivir el pasado y esa dificultad le obliga a reflexionar.

Eso mismo le sucedía ahora a Oblómov. Le envolvía un silencio, ya conocido de antes, oía el familiar tic-tac del reloj, el crujido del hilo cortado con los dientes, se repetían palabras y susurros ya escuchados: «No acabo de enhebrar la aguja, hazlo tú, Masha, que tienes mejor vista».

Absorto, fijaba una mirada indolente y maquinal en el rostro de Agafia Matvéievna y del fondo de sus recuerdos se alzaba otra imagen conocida, vista en alguna parte. Procuraba recordar cuándo y dónde había oído aquellas palabras.

Veía el gran salón oscuro de su casa natal, iluminado por una vela de sebo, a su difunta madre y a sus amigas sentadas en torno a una mesa redonda, cosiendo en silencio. El padre, también silencioso, paseaba por la habitación. El presente y el pasado se juntaban, entremezclándose.

Soñaba que había llegado a la tierra prometida donde corrían ríos de leche y miel, donde se comía sin necesidad de trabajar y todos iban vestidos de oro y plata.

Escuchaba relatos de sueños, de augurios diversos, el sonar de los platos y el golpear de los cuchillos; se veía a sí mismo,

abrazándose a su niñera, y oía su voz senil y cascada: «¡Aquí tienes a la más bella!», le decía, señalando a Agafia Matvéievna.

Le parecía ver la misma nubecilla flotando en el cielo azul y la misma brisa que, entrando por la ventana, revolvía entonces sus cabellos; e igual que en Oblómovka, un gallo se paseaba vocinglero al pie de la ventana.

De pronto se oyó ladrar al perro. Una visita, seguramente. ¿No será Andréi que, con su padre, viene de Verjliovo? ¡Qué gran fiesta para él! Seguro que era él; los pasos sonaban cada vez más cerca, se abría la puerta...

—¡Andréi! —exclamó Oblómov.

En efecto, tenía delante de sí a Andréi, pero no al Andréi chiquillo, sino al hombre de mediana edad.

Oblómov volvió en sí. Shtolz en persona, no como una alucinación, se hallaba frente a él.

Agafia Matvéievna tomó rápidamente al niño en sus brazos, recogió su labor de la mesa y se llevó a los chiquillos. Alexeiev también desapareció. Shtolz y Oblómov quedaron a solas, inmóviles y en silencio, mirándose el uno al otro. Diríase que Shtolz le atravesaba con su mirada.

—¿Eres tú, Andréi? —preguntó Oblómov en un susurro apenas perceptible por la emoción, como pregunta el amante a su amada después de una larga separación.

—Sí, soy yo —respondió Andréi en voz baja—. ¿Estás bien?

Oblómov lo abrazó con fuerza.

—¡Ah! —dijo en respuesta. En aquel «ah» había vertido toda la tristeza y alegría escondidas durante mucho tiempo en su alma y que, quizá, jamás había exteriorizado ante nadie desde el día que se separaron por última vez.

Volvieron a sentarse, mirándose fijamente el uno al otro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Shtolz.

—Ahora bien, gracias a Dios.

—¿Estuviste enfermo?

—Sí, Andréi, tuve un ataque de apoplejía.

—¿Es posible? ¡Dios mío! —exclamó Andréi, asustado y lleno de compasión—. ¿Sin consecuencias?

—Sí, pero me falla un poco la pierna izquierda... —respondió Oblómov.

—¡Ay, Iliá, Iliá! ¿Qué te sucede? ¡Te has abandonado por completo! ¿Qué has hecho durante todo este tiempo? ¡Llevamos más de cuatro años sin vernos!

Oblómov suspiró.

—¿Por qué no has ido a Oblómovka? ¿Por qué no has escrito?

—¡Qué te puedo decir, Andréi! Tú me conoces, no me preguntes más —dijo Oblómov tristemente.

—¿Y has estado todo el tiempo aquí, viviendo en esta casa? —preguntó Shtolz, examinando la habitación.

—Sí, aquí estuve todo el tiempo... ¡Y ahora ya no me iré de aquí!

—¿Lo dices en serio?

—Sí, Andréi... en serio.

Shtolz, pensativo, le miró fijamente, y comenzó a pasear por la habitación.

—¿Cómo está Olga Serguéievna? ¿Dónde se encuentra? ¿Se acuerda...?

Oblómov no terminó de hablar.

—Está bien y se acuerda de ti como si os hubierais despedido ayer. Te diré ahora mismo dónde está.

—¿Y los niños?

—Están todos bien... Dime, Iliá, ¿no hablarás en serio cuando me dices que piensas quedarte aquí? Yo he venido a buscarte para llevarte allá, a casa...

—¡No, no! —dijo Oblómov, alarmado, bajando la voz y mirando hacia la puerta—. Te lo ruego, no hables de eso...

—Pero ¿por qué? ¿Qué te ocurre? —empezó a decir Shtolz—. Tú me conoces: hace tiempo que me lo he propuesto y no pienso renunciar. Hasta ahora estuve muy ocupado por diversos asuntos,

pero ahora estoy libre. Debes vivir con nosotros, a nuestro lado; lo hemos decidido así Olga y yo. Gracias a Dios por haberte encontrado tal como estás y no peor. Tenía pocas esperanzas... ¡Vamos! Estoy dispuesto a llevarte por la fuerza. Hay que vivir de otro modo, ya sabes cómo...

Oblómov escuchaba con impaciencia sus palabras.

—No grites, habla bajito, por favor —le rogó—. Allí...

—¿Allí qué?

—Pueden oírte... la patrona puede creer que quiero marcharme...

—Bueno, ¿y qué? ¡Que lo crea!

—¡Eso no puede ser! —lo interrumpió Oblómov—. Escúchame, Andréi —añadió de pronto con aire decidido, inusitado en él—. No te esfuerces en vano, no trates de convencerme: me quedaré aquí.

Shtolz miró con asombro a su amigo. Oblómov le devolvió la mirada con serenidad y decisión.

—¡Estás perdido, Iliá! —dijo—. Esta casa, esa mujer... todo este ambiente... ¡Es imposible! ¡Ven, vámonos de aquí!

Sujetándolo por una manga, tiraba de él hacia la puerta.

—¿Por qué quieres que vaya contigo? ¿Adónde? —se resistía Oblómov.

—Quiero que salgas de este agujero, de esta ciénaga, que vayas hacia la luz y lleves una existencia sana y normal —insistía Shtolz con tono severo y casi imperioso—. ¿Dónde estás? ¿En qué te has convertido? ¡Recobra el juicio! ¿Ésta es la vida para la cual te preparabas? ¿Para dormir como un topo en su madriguera? Recuerda...

—No me lo recuerdes, no remuevas el pasado: no hay retorno posible —respondió Oblómov serenamente, con una expresión consciente y decidida—. ¿Qué pretendes hacer conmigo? Con el mundo al que quieres llevarme he roto para siempre, tú no podrás unir esas dos mitades desgajadas. Estoy atado a este agujero y si me arrancas de él, no tardaré en morir.

—Pero mira a tu alrededor y dime, ¿dónde estás y con quién?

—Lo sé, lo comprendo... ¡Ah, Andréi!, lo siento y lo comprendo todo. Hace tiempo que me da vergüenza vivir. Pero no puedo seguir tu camino, incluso si quisiera hacerlo... Quizá la última vez que nos vimos aún fuera posible... Ahora... —bajó la vista y guardó unos instantes de silencio— ahora ya es tarde... Márchate y no pierdas el tiempo conmigo. Yo merezco tu amistad, bien lo sabe Dios, pero no merezco que te preocupes por mí.

—¿Sabes, Iliá?, tengo la impresión de que no me lo dices todo. Sin embargo, te llevaré conmigo y te llevaré porque sospecho algo... Escucha —dijo—, vístete y ven a mi casa, pasaremos juntos la tarde, tengo que contarte muchas cosas. Tú no sabes lo que está pasando por nuestros lares, ¿verdad?

Oblómov lo miró interrogante.

—Ya no me acordaba de que tú no ves a nadie, vamos y te lo contaré todo... ¿Sabes quién está aquí esperando en el coche? ¡Voy a llamarla!

—¡Olga! —se le escapó de pronto al espantado Oblómov; su rostro cambió de expresión—. ¡Por Dios, no permitas que venga aquí, vete! ¡Adiós, adiós!

Casi empujaba fuera a Shtolz, pero éste no se movía.

—No puedo salir de aquí sin ti, le di mi palabra. ¿Me oyes, Iliá? Si no vienes hoy, vendrás mañana, lo aplazarás pero no conseguirás que renuncie... Mañana o pasado mañana, pero inos veremos!

Oblómov callaba sin levantar la cabeza, sin atreverse a mirarlo.

—¿Cuándo vendrás? Olga me lo preguntará.

—¡Oh, Andréi! —dijo Oblómov con voz suplicante y tierna, al tiempo que lo abrazaba, apoyando la cabeza en su hombro—. ¡Déjame del todo... olvídame!

—¿Cómo, para siempre? —preguntó Shtolz, asombrado, liberándose de su abrazo y mirándole fijamente.

—Sí —musitó Oblómov.

Shtolz se apartó de él.

—¿Y eres tú, Iliá, el que me dices eso? —dijo con reproche—. Me rechazas por ella, ¡por esa mujer!... ¡Dios mío! —añadió, casi gritando como si sintiera de pronto un agudo dolor—. Ese niño que acabo de ver... ¡Iliá, Iliá! ¡Huye de aquí lo antes posible, ven conmigo ahora mismo! ¡Qué bajo has caído! ¿Qué es para ti... esa mujer?

—¡Es mi esposa! —respondió tranquilamente Oblómov.

Shtolz quedó petrificado.

—Y ese niño es mi hijo. Se llama Andréi, en recuerdo tuyo —concluyó Oblómov, y lanzó un suspiro de alivio, libre ya del peso de su secreto.

Ahora fue Shtolz quien palideció; miraba con ojos asombrados, casi inexpresivos. El «abismo» se abrió repentinamente ante él y se alzó un «muro de piedra». Tuvo la sensación de que Oblómov había desaparecido, como si se hubiera hundido de pronto, y experimentó la amarga angustia del hombre que, tras una larga ausencia, se apresura, lleno de emoción, a encontrar al amigo y se entera de que ha muerto hace mucho.

—¡Estás perdido! —susurró de forma casi maquinal—. ¿Qué le diré ahora a Olga?

Oblómov oyó sus últimas palabras, quiso decirle algo, pero no pudo. Le tendió ambos brazos y se abrazaron en silencio, con fuerza, como suelen abrazarse los hombres en víspera de una batalla, antes de morir. Ese abrazo ahogó sus palabras, sus lágrimas y sus sentimientos.

—¡No olvides a mi Andréi! —fueron las últimas palabras que le dijo Oblómov con voz apagada.

Andréi abandonó lentamente la casa, cruzó pensativo el patio y subió al coche; Oblómov tomó asiento en el diván, apoyó los codos sobre la mesa y ocultó su rostro con las manos.

«No, no me olvidaré de tu Andréi —pensaba tristemente Shtolz al cruzar el patio—. Estás perdido, Iliá; no vale siquiera la pena de explicarte que tu Oblómovka ya no es aquel rincón perdido de antes,

que también le ha llegado su turno y que dentro de cuatro años tendrá estación de ferrocarril y tus *mujiks* trabajarán en su construcción; su trigo será llevado en tren hasta el embarcadero... y habrá escuelas... la gente aprenderá a leer y... Pero a ti te asustaría esa radiante perspectiva, no estás acostumbrado y te lastimaría la vista. Pero yo llevaré a tu Andréi a donde no pudiste ir y juntos realizaremos nuestros sueños juveniles».

—¡Adiós, vieja Oblómovka! —dijo, volviéndose para mirar por última vez las ventanas de la pequeña casita—. Tu vida ha caducado ya.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Olga, con el corazón palpitante.

—¡Nada! —respondió Andréi con voz seca y entrecortada.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió él de mala gana.

—¿Por qué has vuelto tan pronto? ¿Por qué no me llamaste y no lo trajiste contigo? ¡Déjame ir!

—No puedes.

—Pero ¿qué sucede allí? —preguntaba Olga, asustada—. ¿Acaso «se ha abierto el abismo»? ¡Contéstame!

Shtolz guardaba silencio.

—¿Vas a decirme lo que ha pasado?

—¡Oblomovismo! —respondió Andréi sombríamente, y, pese a las insistentes preguntas de Olga, mantuvo un hosco silencio hasta que llegaron a casa.

CAPÍTULO X

TRANSCURRIERON cinco años más. Muchos cambios experimentó también el barrio de Vyborg. La desierta calle que conducía a la casita de Agafia Matvéievna se pobló de villas, entre las cuales sobresalía un alto edificio de piedra, perteneciente al Estado, que impedía a los rayos solares entrar alegremente por las ventanas de aquel apacible refugio de paz y pereza.

La propia casita había envejecido un poco, tenía el aspecto descuidado y negligente del hombre que no se afeita ni se lava. Se había desprendido la pintura de sus muros, algunos canalones del tejado estaban rotos y en el patio, se formaban sucios charcos de agua que se evitaban, como antiguamente, poniendo encima estrechas tablas de madera. Si alguien entraba en el patio, el perro ya no ladraba furioso ni tiraba de la cadena, se limitaba a gruñir sordamente sin abandonar su perrera.

¡Y cuántos cambios en el interior de la casita! Ostentaba el mando otra mujer y eran otros los niños que jugaban. De vez en cuando aparecía el rostro cárdeno y huesudo del iracundo Tarántiev, pero ya no se veía nunca al pacífico y amable Alexeiev. Ya no estaban ni Zajar ni Anisia. Una cocinera nueva, bien cebada, se encargaba de la cocina y cumplía de mala gana las órdenes que con voz suave le eran dadas por Agafia Matvéievna. Akulina, siempre con la falda arremangada en la cintura, seguía fregando cacharros y pucheros, y el somnoliento criado, con su inveterada pelliza, se pasaba los días metido en su cuchitril. Por las mañanas se veía pasar

a lo largo de la valla al hermano con un paquete bajo el brazo, llevando tanto en invierno como en verano sus chanclos de goma.

Pero ¿qué había sido de Oblómov? ¿Dónde estaba? ¿Dónde? En un cementerio silencioso y próximo, bajo una modesta lápida reposaba su cuerpo. Los arbustos de lilas, plantados por manos amigas, adornan su tumba y el aroma del ajenjo perfuma el aire. Se diría que el propio ángel del silencio protegía su sueño.

A pesar de la constante vigilancia que ejercían los amantes ojos de su esposa, pendiente de él a cada momento, el continuo reposo y quietud, el lento vegetar de un día a otro, acabaron por detener apaciblemente la máquina de su vida. Iliá Ilich murió, en apariencia, sin dolor, sin sufrir, como se para un reloj al que olvidaron de dar cuerda.

Nadie estuvo presente en sus últimos momentos ni asistió a su agonía. Un año después del primer ataque, sufrió otro, y aunque se repuso, quedó débil, pálido, comía poco, apenas salía al jardín y estaba más silencioso y pensativo; a veces hasta lloraba. Presentía su muerte próxima y la temía.

Varias veces volvió a encontrarse mal, pero se recuperaba. Una mañana, cuando Agafía Matvéievna entró con el café, como de costumbre, lo encontró reposando en su lecho de muerte, igual que si estuviera dormido; tan sólo su cabeza estaba un poco retirada de la almohada y tenía la mano apretada convulsivamente contra el corazón, donde, al parecer, se había concentrado y detenido la sangre.

Hacía ya tres años que había muerto Oblómov; y en ese tiempo todo había vuelto a ser como antes. El hermano, que se había dedicado a las contratas, se arruinó y consiguió, a fuerza de astucias y reverencias, ocupar de nuevo su puesto de secretario en la oficina donde «registran a los *mujiks*». Iba todos los días a su trabajo y regresaba con monedas de cincuenta y veinte copecs que guardaba en un cofre muy bien escondido. La comida volvía a ser abundante, grasienta y sencilla como antes de la llegada de Oblómov.

La persona más importante de la casa era Irina Panteléievna, la esposa del hermano, que se arrogaba el derecho de levantarse tarde, tomar café tres veces al día y cambiarse de vestido otras tantas; se ocupaba de una sola cosa: de que sus enaguas estuviesen almidonadas lo mejor posible. No le interesaba nada más. Agafia Matvéievna seguía siendo el principal motor de la casa: se cuidaba de la cocina y la comida, servía a todos el té y el café, cosía para todos, se ocupaba de los niños, de la ropa, vigilaba a Akulina y al criado.

Pero ¿por qué lo hacía? Era la señora de Oblómov, podía vivir con independencia, no necesitaba nada ni a nadie. ¿Qué podía haberla obligado a cargar con el peso de una casa ajena, a cuidar niños que no eran suyos y ocuparse de todas esas menudencias que una mujer está dispuesta a realizar por amor, por el sagrado sentimiento del deber familiar o bien por un pedazo de pan? ¿Dónde estaban Anisia y Zajar, sus criados por derecho propio? ¿Y dónde, finalmente, el vivo legado de su marido, el pequeño Andréi? ¿Qué era de sus hijos del primer marido?

Sus hijos habían encontrado ya su camino en la vida. Vania, al acabar sus estudios, se había colocado y Masha se casó con el inspector de un centro estatal. La educación del pequeño Andréi fue confiada al matrimonio Shtolz, a petición de ambos, y ya lo consideraban como miembro de su familia. Agafia Matvéievna jamás equiparó ni mezcló el destino de Andréi su educación, modo de vivir y toda su futura vida con el de sus otros hijos, aunque en su corazón les reservara, inconscientemente, el mismo lugar.

—Ellos son tan plebeyos como yo —decía tranquilamente—. Su origen es modesto, pero éste —añadía casi con respeto, señalando al pequeño al tiempo que lo acariciaba con precaución y timidez—, éste es un señorito. ¡Mire qué blanquito, qué pies y qué manos tan pequeños! ¡Y los cabellos son como la seda! ¡El vivo retrato del difunto!

Por ello accedió sin oponerse, hasta con cierta alegría, a la propuesta de Shtolz de educar al pequeño, pues consideraba que su verdadero puesto estaba allí y no en medio de la «plebe», al lado de sus mugrientos sobrinos, hijos de su hermano.

Los primeros seis meses que siguieron a la muerte de Oblómov, vivió con Anisia y Zajar abrumada por el dolor. Visitaba constantemente la tumba de su marido, abrió hasta un sendero hacia ella, y sus lágrimas no cesaban de fluir. No comía ni bebía casi nada; su único alimento era el té y a punto estuvo de caer agotada.

Sin embargo, no se quejaba nunca. Cuanto más tiempo transcurría desde la muerte de Oblómov, más se encerraba en sí misma, en su pena, y apenas si hablaba de sus sentimientos, ni siquiera con Anisia.

—Su ama no hace más que llorar por el marido —decía un tendero a la gorda cocinera.

—La pobre no halla consuelo —comentaba el vigilante del cementerio al verla rezar cada semana en la iglesia.

—¡Se está matando de tanto penar! —decían en la casa de su hermano.

Un día, con el pretexto de expresarle su condolencia, recibió la inesperada visita de toda la familia de su hermano, incluidos los niños y Tarántiev. Tuvo que aguantar sus vulgares palabras de consuelo, sus consejos: «¡Cuídate, piensa en los hijos!», todo aquello que se le dijo quince años atrás con motivo de la muerte de su primer marido. Pero si aquella vez sus palabras consiguieron su efecto, ahora le producían angustia y repulsión.

Se sintió mucho mejor cuando cambiaron de conversación. Le manifestaron que ahora podían vivir todos juntos, que para ella sería «más llevadera la pena entre los suyos» y ellos estarían a gusto porque nadie como ella sabía llevar una casa.

Pidió que le dieran tiempo para pensarlo, se pasó llorando dos meses más y, al final, accedió. En aquel entonces, Shtolz se llevó al pequeño y se quedó sola.

Vestida de oscuro, con un pañuelo de lana negra al cuello, iba y venía como una sombra por la casa, abría y cerraba como antes los armarios, cosía, planchaba encajes, pero todo lo hacía con lentitud, como si le faltasen fuerzas; hablaba en voz baja y, al parecer, sin ganas. La expresión de su rostro denotaba gravedad, y sus ojos, que antes pasaban despreocupadamente de un objeto a otro, parecían dotados de un oculto sentido. Se diría que su rostro había adquirido la misma consciente expresión de cuando se quedó contemplando durante largo tiempo el rostro de su marido muerto, expresión que, desde entonces, no la había abandonado.

Se movía por la casa sin dejar de trabajar, pero su cabeza no participaba en nada. La pérdida de su marido, al parecer, le hizo comprender su vida y reflexionar sobre su significado. Y esa reflexión marcó para siempre, como una sombra, su cara.

Cuando el vivo dolor agotó el caudal de su llanto, pensó tan sólo en lo que había perdido; todo lo restante estaba muerto para ella, a excepción del pequeño Andréi. Únicamente cuando lo veía despertaban en ella indicios de vida, su rostro se animaba, brillaban de alegría sus ojos, mas el recuerdo volvía a llenarlos de lágrimas.

Era ajena a todo cuanto la rodeaba. Le daba igual que el hermano se enfadase por un rublo gastado de más, por el asado mal hecho, que su cuñada se quejara por estar poco almidonadas sus enaguas, por el té frío o flojo, que la gorda cocinera le respondiese groseramente... Agafia Matvéievna no hacía caso de nada, como si no hablasen con ella, ni siquiera oía el sarcástico cuchicheo: «¡La señora, la terrateniente!».

Respondía a todo con la dignidad de su pena y dócil silencio.

Pero en Navidades, en las divertidas fiestas de Carnaval, cuando todos en casa reían, comían y bebían alegremente, estallaba de pronto en llanto, en medio del jolgorio general, y corría a refugiarse en su rincón.

Recobraba luego su expresión concentrada y, a veces, miraba con orgullo y lástima a su hermano y a su cuñada.

Comprendía que había perdido aquello que había dado sentido a su vida; que Dios había enriquecido su ser, dándole alma, y luego se la había quitado; que había sido iluminada por el sol, pero que ahora se habían apagado sus rayos para siempre... Para siempre, eso era verdad, pero en cambio había dignificado su existencia. Ahora ya sabía para qué había vivido y que no había sido en vano.

¡Había querido tanto y tan plenamente! Amó a Oblómov como amante, marido y señor. Pero, al igual que antes, no sabría explicárselo a nadie. Además, ¡quién de su entorno podría comprenderla! ¿Y dónde encontrar las palabras precisas? En el léxico de su hermano, su cuñada o Tarántiev no existían esas palabras, porque tampoco había existido su concepto. Tan sólo Iliá Ilich la habría comprendido, pero ella jamás le dijo nada, pues en aquel entonces ni ella misma lo comprendía y tampoco sabría decirlo. Se volvió aún más silenciosa y reservada. Su vida entera estaba iluminada por la suave luz de los siete años transcurridos como un momento; ninguna otra cosa podía desear ni lugar había a donde quisiese ir.

Sólo cuando Shtolz volvía del campo para pasar el invierno en la ciudad, corría a su casa, miraba ávidamente a su hijo, lo acariciaba con tierna timidez. Le hubiera gustado decirle algo a Shtolz, darle las gracias, contarle todo cuanto guardaba y sentía en su corazón. Él la habría comprendido, pero no sabía hacerlo; buscaba entonces las manos de Olga, se las besaba y torrentes de lágrimas ardientes se escapaban de sus ojos; Olga también se echaba a llorar y Shtolz, emocionado, se apresuraba a salir de la habitación.

Los unía un sentimiento común: el recuerdo de Oblómov, de su alma pura como el cristal. Tanto Olga como Andréi le suplicaban que fuese a vivir con ellos para estar al lado de su hijo, pero ella respondía siempre: «Donde se ha nacido y vivido toda la vida, allí hay que morir».

En vano la informaba Shtolz de las cuentas de su propiedad y le enviaba las rentas correspondientes: ella se lo devolvía todo,

rogándole que lo guardase para su hijo.

—Eso es de él y no mío —repetía con insistencia—; a él le hará falta, es un señor, yo puedo pasar sin ese dinero.

CAPÍTULO XI

UN día, a media mañana, caminaban por las aceras de madera del barrio de Vyborg dos caballeros, seguidos por un coche que avanzaba lentamente. Uno de ellos era Shtolz y el otro, un escritor, amigo suyo, hombre grueso, de rostro apático y pensativo, de ojos un tanto somnolientos. Pasaron ante una iglesia justo en el momento de haber terminado la misa; la gente salía a la calle y delante de todos iban los mendigos, en gran número y variedad.

—Me gustaría saber —dijo el escritor—, ¿de dónde salen tantos mendigos?

—¿Cómo de dónde? De todos los agujeros y rincones...

—No es eso lo que pregunto —repuso el escritor—. Me gustaría saber cómo se llega a ser mendigo, cómo se llega a ese estado, si se produce de pronto o gradualmente, si es de verdad o una añagaza.

—¿Para qué lo quieres, saber? ¿No pretenderás escribir *Mystères de Pétersbourg*?^[17]

—Tal vez... —respondió el escritor bostezando indolentemente.

—Pues aquí tienes la ocasión; pregunta a cualquiera y por un rublo te venderán su historia, tú la apuntas y la publicas con beneficio. Mira, allí tienes a un viejo que parece ser un mendigo normal. ¡Eh, viejo! ¡Acércate!

El viejo se volvió al oír la llamada, se quitó el gorro y se acercó a ellos.

—¡Misericordiosos señores! —empezó a decir con voz ronca—. ¡Ayuden a un pobre soldado anciano, herido en treinta batallas!

—¡Zajar! —exclamó Shtolz, sorprendido—. ¿Eres tú?

Zajar calló de pronto, se llevó la mano a los ojos a guisa de pantalla para evitar el sol y miró fijamente a Shtolz.

—Perdón, excelencia, no le reconozco... ¡estoy completamente ciego!

—¿Has olvidado a Shtolz, el amigo de tu señor? —le dijo en tono de reproche.

—¡Oh, padrecito, Andréi Ivánich! ¡Santo cielo, qué ciego estoy!
¡Padrecito Andréi Ivánich!

Zajar se agitaba, intentando coger su mano y, al no encontrarla, besó el borde de su levita.

—¡Gracias le doy al Todopoderoso por haber concedido a un maldito perro como yo semejante alegría! —clamó no se sabe si riendo o llorando.

Parecía llevar en su rostro la cárdena huella de un lacre que se extendiera desde su frente a la barbilla. La nariz, sin embargo, estaba cubierta de venillas azules. Tenía la cabeza completamente calva, pero sus patillas seguían siendo frondosas, aunque revueltas y enmarañadas; en cada una había copitos de nieve. Vestía un capote viejo, desteñido, que carecía de faldón, y en los desnudos pies, unos chanclos viejos y remendados. El gorro, que llevaba en las manos, era de piel y estaba muy deteriorado.

—¡Ah, santo cielo, el Señor me ha otorgado esta gracia para este día de fiesta!

—¿Por qué estás en semejante situación, Zajar? —preguntó Shtolz severamente—. ¿Por qué? ¿No te da vergüenza?

—¡Ay, Andréi Ivánich! ¿Qué otra cosa podía hacer? —empezó a decir Zajar, lanzando un profundo suspiro—. ¡Tenía que comer! Mientras Anisia vivió, Dios la tenga en su gloria, no andaba pidiendo, tenía comida, pero cuando ella murió durante el cólera, el hermano de la señora no quiso que continuara en la casa, me llamaba parásito, y Mijéi Andreich Tarántiev siempre intentaba darme una patada cuando pasaba por delante de él. ¡Aquello no era vida!

Puede creerme, señor, que ni la comida me aprovechaba. Si no fuera por la señora, así Dios le conceda salud —añadió Zajar persignándose—, hace tiempo que me habría muerto de frío. Ella me daba ropa para el invierno, toda la comida que quería y un rincón para dormir calentito, todo me lo daba por su bondad de corazón. Pero por culpa mía empezaron a regañarla y entonces decidí irme a donde me llevase el viento. ¡Ya va para dos años que ando penando!...

—¿Por qué no buscaste una colocación? —preguntó Shtolz.

—¿Dónde puedo encontrar ahora colocación, padrecito Andréi Ivánich? Estuve en dos sitios, pero no gusté y me despidieron. Ahora todo es distinto, no como antes, mal van las cosas. Para entrar de lacayo hay que saber leer y escribir, los grandes señores ya no reciben a tanta gente ni tienen llena la antesala. Se las arreglan con uno o dos lacayos. Y ellos mismos se quitan las botas: dicen que se han inventado unas máquinas para eso... —continuó diciendo Zajar—. ¡Es una vergüenza, un bochorno, se acaba el señorío!

Y lanzó un suspiro.

—Me coloqué en casa de un comerciante alemán para estar en el vestíbulo, pero se le ocurrió mandarme que sirviese la mesa. ¿Acaso es mi oficio? Un día, llevando una bandeja con unos platos que les dicen de Bohemia, se me fueron los pies porque el suelo era todo liso y resbaladizo. Los platos, incluso la bandeja, cayeron al suelo. Y me echaron. Otra vez mi aspecto le gustó a una condesa: «Tiene aire respetable», dijo, y me colocó de portero. Fue una buena colocación, antigua. Tenía que estar sentado en una silla con aire importante, meciéndome un poco y con las piernas cruzadas. No había que contestar de inmediato si te preguntaban algo; primero se debía lanzar algo así como un gruñido y ya después se dejaba pasar o se echaba fuera, según el caso. Pero a los señores importantes había que saludarles así —dijo Zajar, indicando cómo era el saludo—. Fue una buena colocación, ¡por supuesto! Pero la señora era difícil de contentar. ¡Dios la perdone! Un día entró en mi cuchitril y vio una

chinche. ¡Cómo se puso! Ni que yo las hubiera inventado. ¿Dónde se ha visto una casa sin chinches? Otro día pasó a mi lado y se le antojó que olía a vino... ¡Menuda era! Y me despidió...

—Y de verdad que huele, ¡y mucho! —dijo Shtolz.

—Bebo por la pena, Andréi Ivánich, ¡le juro que es por la pena! —respondió Zajar con gesto de amargura—. Traté de ser cochero, me coloqué con un amo, pero se me quedaban helados los pies, ya soy viejo. Además, me tocó un caballo malísimo; un día casi se mete debajo de otro coche y a punto estuvo de matarme; otro día atropelló a una vieja y fui detenido...

—Bueno, basta ya de andar vagabundeando y de beber; ven a casa, te daré alojamiento y en verano nos iremos a la aldea, ¿me oyes?

—Le oigo, padrecito Andréi Ivánich, pero...

Y lanzó un suspiro.

—Pero no quisiera marcharme de aquí, alejarme de la tumba de mi señor, de Iliá Ilich. —Y volvió a elevar la voz—. ¡Hoy volví a rezar por él! ¡Dios le tenga en su gloria! ¡Qué gran señor se llevó Dios! ¡Era nuestra alegría y cien años tendría que haber vivido! —decía Zajar sollozando—. A veces, cuando todo está silencioso, me quedo pensando y se me antoja oír su voz llamándome: «¡Zajar, Zajar!». Hasta escalofríos me dan. ¡No tendré otro señor como él! ¡Y cómo le quería a usted, Andréi Ivánich! ¡Dios le haya acogido en su seno!

—Ven a casa, así podrás ver a Andriusha. Ordenaré que te vistan y te den de comer, luego haz lo que quieras —dijo Shtolz, dándole dinero.

—Iré, ¿cómo no voy a ir para ver a Andréi Ilich? ¡Supongo que estará muy crecido! ¡Dios santo! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! Iré, padrecito, que el Todopoderoso le conceda larga vida e incontables años... —decía Zajar en pos del coche que se alejaba.

—Y bien, ¿has oído la historia de este mendigo? —preguntó Shtolz a su amigo.

—¿Y quién era ese Iliá Ilich de quien hablaba? —le preguntó el escritor.

—Oblómov. Te hablé muchas veces de él.

—Sí, lo recuerdo; fue tu compañero y amigo. ¿Qué ha sido de él?

—Murió, una vida perdida.

Shtolz suspiró y quedó pensativo.

—No era menos inteligente que otros, de alma pura y diáfana como el cristal noble, cariñoso y, sin embargo, una vida perdida.

—¿Por qué? ¿Cuál fue la causa?

—La causa... ¡la causa! ¡El oblomovismo! —respondió Shtolz.

—¡Oblomovismo! —repitió, perplejo, el escritor—. ¿Qué es eso?

—Ahora te lo explicaré, deja que ordene mis pensamientos y haga memoria. Y anótalo, tal vez sirva para alguien.

Y le relató todo cuanto aquí se ha contado.



IVÁN ALEKSÁNDROVITCH GONCHAROV (1812-1891). Era hijo de un próspero comerciante de granos de Simbirsk, una pequeña ciudad a orillas del Volga. Huérfano de padre a los siete años, y ocupada la madre por entero en el negocio familiar, estudió en varios colegios privados e ingresó en un internado donde estudiaban los hijos de la nobleza, alcanzando una sólida formación y el dominio del francés, del inglés y del alemán. Después estudió en Moscú, en la Escuela de

Comercio, y, desde 1831, en la Facultad de Filología, donde se licenció en 1834. A pesar de haber coincidido con Visarión Belinski, Aleksandr Herzen y Ogariov, se mantuvo al margen de los círculos políticos de la universidad que bullían en esos años. Inició después su carrera en la administración civil del Estado, primero en el Ministerio de Comercio Exterior como traductor, más tarde en el Ministerio de Instrucción Pública y posteriormente en otros altos cargos, como el de Director General de Ediciones e Imprenta y Censor General, puesto este último en el que se jubiló en 1867.

A finales de los años treinta, Goncharov entró a formar parte de la tertulia literaria de la familia Máikov, estirpe de poetas, pintores, editores y mecenas, y colaboró en sus almanaques *El Crocus* y *Noches de luna*, donde publicó sus primeros versos y novelas cortas: *El grave mal* y *Un error feliz*. En 1846 empezó a colaborar en la revista *El Contemporáneo*, dirigida entonces por Belinski. Llevó una vida cómoda y apacible, sin grandes altibajos; la fama le llegaría por las tres grandes novelas que escribió después.

Publicó su primera novela extensa, *Una historia corriente*, en 1847. La obra describe el envilecimiento gradual de un joven movido por nobles aspiraciones y sublimes ideales, y su transformación en un funcionario falaz, desaprensivo y medrador a cualquier precio.

En 1859, publicaría su creación más importante, *Oblómov*, una de las obras centrales de la literatura rusa, en la que enfrenta dos personajes típicos: uno, el que da título a la obra, y cuyo nombre proviene de *oblómok* («cascote, ruina»), es el ocioso representante de la nobleza rusa y de la tradición: perezoso, letárgico, mediocre y abúlico, que sacrifica sus sueños a la inacción viviendo, sin embargo, su desaparición como un drama; se hizo proverbial representando a un arquetipo típicamente ruso. El segundo, Stolz, cuyo nombre en alemán significa «altanero», es el modelo opuesto: equilibrado, de ideas políticas moderadas, partidario de la renovación, lo occidental, la industrialización, el negocio y la acción. La novela fue constantemente retocada hasta su versión final diez años después.

La tercera gran novela de Goncharov es *El precipicio* (1869), cuyo argumento se construye a través de la oposición de dos ideologías y dos mundos: por una parte, el nihilismo revolucionario representado por Mark Vólojov, y por la otra el mundo conservador y tradicional de la abuela Berezhkova. Entre ambos mundos se encuentra indecisa la joven Vera, quien por fin se inclina por el bando conservador. La novela provocó duras polémicas por la manera caricaturesca en que se representaba el personaje de Vólojov: cínico, maleducado, capaz de mentir y falsificar documentos para conseguir dinero, cruel y despectivo. Frente a él se va levantando la figura matriarcal de la abuela Berezhkova, portadora de los valores viejos y perennes de la caridad y el amor cristianos, dulzura, comprensión y una fe inquebrantable unidos a una firmeza absoluta y la conciencia de su papel en el mundo, todo ello rodeado de un halo de espiritualidad religiosa auténtica y profunda.

En 1858 escribiría también *La fragata Palas*, que describe su viaje en barco alrededor del mundo entre 1852 y 1855, como secretario del almirante Yevfimiy Putyatin. También escribió ensayos, como *Apuntes sobre Belinski, Máikov, Notas con motivo del aniversario de Karamzín, Un millón de dudas* (ensayo sobre la comedia de Griboyédov *El mal de la razón*) y artículos sobre el teatro de Aleksandr Ostrovski.

Goncharov murió a causa de una neumonía a los setenta y nueve años, en 1891, y está enterrado en el cementerio del Monasterio de Alejandro Nevski, en San Petersburgo. Sus obras completas ocupan 9 tomos.

Notas

[1] *Jalat*: nombre tártaro de esta vestimenta. <<

[2] Cordones. <<

[3] «Lágrimas invisibles»: Goncharov cita unas palabras de Gogol en *Almas muertas*. <<

[4] Saint George: restaurante de San Petersburgo. <<

[5] Yeruslán Lázarevich: héroe de la épica rusa. <<

[6] *Cólquida*: escenario de la leyenda del vello cino de oro. <<

[7] Especie de alpargatas hechas de corteza de tilo. <<

[8] Illiá Muromets, Bobrinya Nikítich, Aliosha Popóvich, adalid Polkán, Koléchish: héroes de la épica rusa. <<

[9] Condesa de Genlis (1746 – 1830): escritora francesa, autora de obras pedagógicas como *Le fons d'une gouvernante* y novelas como *Les chevaliers du Cygne* o *Belisario*. <<

[10] *Zajarka*: La terminación en *ka* de los nombres rusos tiene un matiz despectivo. <<

[11] Iliusha: nombre familiar y cariñoso de Iliá. <<

[12] *Bursche*: estudiante, miembro de una corporación. <<

[13] *Recht gut, mein lieber Junge:* muy bien mi querido muchacho.

<<

[14] *Cordelia*: personaje de la obra de Shakespeare *El rey Lear*. <<

[15] *Vatrushka*: bollito con requesón por encima. <<

[16] *Mais ma tante vient de dire:* Pero si mi tía acaba de decirlo. <<

[17] *Mystères de Petersbourg*: alusión irónica a la novela *Los misterios de París*, del escritor francés Eugène Sué. <<